

TU

ZORAN DRVENKAR

Lectulandia

Imagina a un asesino sin compasión; a su paso, nadie queda con vida. Llámalo «El Viajero», conviértelo en un mito y témele. Coge luego a cinco amigas que primero le abren la puerta al caos y luego emprenden la huida. Ponles en el equipaje cinco kilos de heroína y un arma. Llámalas «Las dulces gamberras» y desconfía. Coge a un hombre cuya sola existencia te horrorizaría y cuya única obsesión es atrapar a las chicas. Llámalo «El inquilino» y evítalo.

Tú eres cada uno de los personajes de esta novela; como ellos estás lleno de sed de venganza. Rey indiscutible del manejo de la segunda persona, Zoran Drvenkar te invita a convertirte en un asesino real.

Lectulandia

Zoran Drvenkar

Tú

ePub r1.1

SopoAeternus 16.02.15

Título original: *Du*
Zoran Drvenkar, 2013
Traducción: José Aníbal Campos
Diseño de portada: SopoAeternus

Editor digital: SopoAeternus
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para ti.

PRIMERA PARTE

I

*did you ever know
there's a light inside your bones
the hope that you can't hide
and it teases you every night*

*ghinzu
blow*

EL VIAJERO

Cuanto más aspiramos a llegar a la luz, tanto más deseamos que nos rodee la oscuridad. El mismo deseo que anhela la armonía, añora, en una oscura cámara de nuestro corazón, el caos. Necesitamos ese caos con medida, porque no queremos ser bárbaros. Pero nos convertimos en bárbaros en cuanto perdemos el control sobre nuestro mundo. La distancia hasta el caos es tan solo un parpadeo.

Nunca los pensamientos se han transmitido tan rápidamente. Las historias ya no nos llegan por vía oral, por tradición, se nos presentan a velocidad de vértigo en forma de *kilobytes*, de modo que no podemos ni siquiera apartar la mirada. Y cuando esto es demasiado para nosotros, reaccionamos como bárbaros y transformamos el caos en mitos.

Uno de esos mitos surgió durante un invierno, hace catorce años, en la autovía A4 entre Bad Hersfeld y Eisenach. No daremos la fecha exacta, eso puede investigarlo cualquiera por su cuenta. Además, los mitos no se atienen a fechas, son atemporales, y por tanto, están aquí y ahora. Nosotros regresamos al pasado y los convertimos en un ahora.

Es el mes de noviembre.

Es el año 1995.

Es de noche.

El atasco se extiende ya desde hace tres horas en las tres vías, a lo largo de varios kilómetros, a veces se mueven dos carriles, y al final solo uno, hasta detenerse. La autovía está siendo azotada por la nieve. La visibilidad desaparece a los pocos metros. Los quitanieves se arrastran por las carreteras hacia el atasco, y ellos también se atascan. El cielo se enfurece. Los faros de los coches recuerdan las luces bajo el agua. No es una noche para estar fuera de casa. Nadie estaba preparado para ese cambio de tiempo.

La gente está clavada en sus coches. Al principio dejan el motor en marcha, buscan esperanzadas una emisora de radio que les diga que el atasco se disolverá pronto. Buscan en vano. Es la una de la madrugada, no hay ninguna salida en los alrededores, y si alguna apareciera, estaría intransitable. Parón. Los faros se van apagando uno tras otro, los motores se acallan, y solo se oyen el viento y la nevada. La gente se echa abrigos por encima, se reclina en los asientos. A un ritmo inconstante, los coches arrancan, las calefacciones calientan unos minutos, los motores se paran de nuevo.

Tú eres uno entre muchos. Estás solo y esperas. Tu sistema de navegación te dice que estás a una hora y cincuenta y siete minutos de tu casa. No puedes creer que te esté pasando esto. Que a alguien en este país le esté pasando justamente esto. Un

simple atasco al final de la jornada.

Tú eres uno de los pocos que dejan el motor encendido. No porque estés pasando frío. Ya sabes que en cuanto te rodee el silencio llegará la resignación, y tú no eres de esos que se resignan tan fácilmente. Dejas incluso encendido el sistema de navegación, y contemplas el monitor, como si la distancia hasta tu destino pudiera acortarse a cada instante como por obra y gracia de un milagro. Y cuanto más miras hacia allí, más te preguntas cómo puede estar pasándote algo así.

Mil ciento setenta y ocho personas se hacen la misma pregunta esa noche. Están allí sentadas, incómodas, y maldicen su decisión de haber salido en coche tan tarde. Al final desisten y se adaptan a la situación. Pero tú no. Tu motor sigue funcionando desde hace dos horas y media, antes de que gires la llave y te veas rodeado por el silencio. Te queda poca gasolina. El sistema de navegación se apaga. No hay luz, no hay radio. Es el fin. Cada dos minutos enciendes el limpiaparabrisas para quitar la nieve. Quieres ver lo que pasa fuera.

Y así te enteras de que el primer equipo quitanieves está apartando la nieve en la vía que va en sentido contrario. Parece una criatura cansada que arrastra tras de sí, lentamente, al mundo entero. Arcos de nieve caen en el borde de la carretera, arcos de nieve que se ponen rígidos al instante. «Si están limpiando ese lado, seguramente ya lo estarán haciendo en el nuestro», piensas, y observas el quitanieves en el espejo retrovisor hasta que solo se ve el parpadeo de las luces traseras. Entonces cierras los ojos y respiras profundamente.

Tu hermana te regaló hace años un curso de yoga, y algunos de los ejercicios se te han quedado grabados. Te metes dentro de ti y meditas. Te conviertes en parte del silencio y te quedas dormido en pocos minutos. Una hora después, tus ventanas están blancas a causa de la nieve, y una luz mortecina inunda el coche, como si estuvieras en el interior de un huevo. El frío te ha alcanzado y te provoca dolor de cabeza. Los limpiaparabrisas ya no se mueven. Te frotas los ojos y decides bajar del coche. Pretendes limpiar la nieve del parabrisas y ver si hay algún quitanieves un poco más adelante.

La decepción es más aguda que el frío. Estás de pie junto a tu coche: ante ti solo hay oscuridad, y a tus espaldas solo oscuridad. «Soy parte de esa oscuridad», piensas, y esperas, y confías, en que llegue un destello de luz, y de repente rompes a reír. «Solo —piensas—, estoy completamente solo.»

Únicamente el viento te hace compañía. El viento, la nieve y la desesperada calma de los vehículos allí atascados. La risa hace que te duela la cara.

Deberías moverte, de lo contrario te congelarás.

Coges el abrigo, que está en un asiento trasero, y te lo echas por encima.

Unas agujas de hielo se te clavan, los copos de nieve hacen presión en tus labios. Te pones guantes, respiras y sorprendentemente te sientes pleno.

Como si tu existencia hubiera estado anhelando todo el tiempo que llegara este momento; tú, que bajas del coche; tú, que te das la vuelta y sientes la ventisca, y luego sonrías. Es una buena sonrisa, duele menos que la risa.

Un camión pasa arrastrándose por la vía contraria y hace parpadear los faros, como si quisiera saludarte. El viento en contra te alcanza unos segundos después, con toda su fuerza. No te agachas, sientes la humedad en tu cara, te tambaleas un poco y te preguntas cómo es que no puedes poner fin a esa risita tonta. El camión desaparece, y tú sigues ahí de pie, observando la aparentemente infinita fila de vehículos que está delante de ti, que desaparece en medio de la ventisca. Tu vacilación es breve, te das la vuelta y observas la oscuridad a tus espaldas. «Diecinueve años —piensas—, han pasado diecinueve años desde que me sentí así.» Te preguntas cómo ha podido pasar tanto tiempo, y decides no volver a esperar otros diecinueve años para continuar tu búsqueda.

«Yo estoy en el aquí, y el aquí es ahora.»

No hay manera de avanzar, de modo que decides ir hacia atrás.

En los meses siguientes se presentaron innumerables teorías sobre lo ocurrido aquella noche. ¿Fue una pelea? ¿Fue un asunto de drogas, una venganza, o simplemente locura? Algunos pensaron que tenía que ver con la luna, otros citaban la Biblia... Pero la luna no asomó aquella noche, no se dejó ver, y en el caso de que haya un Dios, esa noche debía mirar en otra dirección.

Hubo muchas conjeturas, todo el mundo tenía su teoría, y así surgió el mito.

Al principio todos estuvieron de acuerdo en que tenían que haber sido varias personas. Ninguna persona sola podía haber hecho aquello. Solo con el tiempo las teorías se fueron centrando en la tesis del asesino solitario, y así nació el Viajero.

Algunos pensaron que aquello jamás hubiera tenido fin si la nevada no hubiera cesado de pronto. Otros suponían que había un patrón detrás.

Muchos llegaron a afirmar que el Viajero se había cansado.

Puras conjeturas.

Vas hasta el coche que está detrás de ti y subes al asiento del copiloto.

Los cristales están empañados y cubiertos por dentro. No tienes que ver nada.

Sabes lo que haces y sales del coche al cabo de tres minutos.

Sales del segundo coche al cabo de cuatro minutos.

Te saltas el cuarto y el quinto coche, ya que en ellos hay más de una persona. ¿Cómo sabes que el asiento del copiloto está vacío? Tal vez sea un instinto, tal vez sea suerte. En el cuarto coche duermen dos hombres, y en el quinto hay una familia con un perro. El perro es el único que está despierto y te ve pasar como una sombra junto a la ventanilla. Empieza a gimotear y se mea encima del asiento.

En el coche número diez te tropiezas con el primer problema.

Una mujer está sentada, bien arropada, detrás del volante. No puede dormir, porque está aterida de frío y es demasiado tacaña para dejar encendido el motor aunque sea un minuto. Se ha puesto tres jerséis y se ha echado encima el abrigo. Los cristales de su coche están húmedos por dentro, y las gotas de la condensación se han congelado. A la mujer le duele la cara a causa del frío. Sus manos son garras. Lamenta no tener consigo ningún medicamento. Una pastilla para dormir o dos, y todo sería más soportable.

La mujer se asusta cuando se abre la puerta del copiloto. Por un momento piensa que se trata del servicio de emergencias, que viene a traerle una manta y un termo de té. Ya se dispone a protestar por lo mucho que han tardado.

—Tranquila —le dices, y cierras la puerta detrás de ti.

Hueles su cuerpo, el tenue olor del desodorante. Hueles su cansancio y su frustración, que ella exhala en un vaho ácido y frío. Ella pregunta quién eres. Al hacerlo, tiene la boca reseca y los ojos desorbitados. Intenta echarse hacia atrás. Tu mano siente su cuello un poco quebradizo. Se apaga la luz del interior. La empujas contra la puerta del conductor, pones todo el peso de tu cuerpo en ese movimiento, con el brazo izquierdo extendido, como si quisieras mantenerla a distancia. No le quitas la vista de encima ni un segundo mientras lo haces. Sientes cómo te golpea los brazos, el hombro, y observas cómo sus manos se van transformando. Las garras se convierten en unos pájaros llenos de pánico que revolotean. Ella jadea, se asfixia, entonces su mano derecha encuentra la llave del encendido y arranca el motor. No has contado con eso. En el coche número seis, el conductor había intentado pasarse al asiento trasero. En el coche número ocho, el chófer golpeó varias veces la cabeza contra el cristal de la ventanilla para llamar la atención. Pero ninguno de ellos había intentado arrancar el coche y largarse.

La mujer pisa el acelerador, el coche está en punto muerto. El motor suelta un estertor y no sucede nada más. La mujer toca el claxon. Un quejoso ruido de protesta se escapa del coche. Cierras la mano derecha y la golpeas en plena cara. Una y otra vez. Su mentón se rompe, el rostro cae hacia la izquierda, y ella se desploma. La dejas que se hunda, pero mantienes la otra mano en su cuello. Sientes cómo los huesos se desplazan bajo la presión de tu mano. Sientes cómo se le escapa la vida, la sueltas y apagas el motor. No has tardado ni cuatro minutos.

El Viajero continúa.

En el coche número diecisiete te espera un anciano. Lleva el cinturón de seguridad puesto, como si en cualquier momento pudiera continuar el viaje.

En la radio suena música clásica.

—Ya lo esperaba —dice el anciano.

Tú cierras la puerta a tus espaldas, el viejo continúa hablando.

—Lo he visto. Un camión pasó en dirección contraria. Los faros iluminaron esa

zona de ahí delante. Y lo he visto a usted a través de la nieve.

Y ahora ha llegado usted aquí, donde estoy yo. No tengo miedo.

—Gracias —le dices.

El viejo se quita el cinturón. Cierra los ojos y deja caer la cabeza sobre el volante, como si quisiera dormir. Su nuca se te ofrece. Ves una cadena de oro que cruza su piel tersa como un hilo. Le rodeas la cabeza con las manos. Un tirón, un crujido seco, y al viejo se le escapa un suspiro. Dejas tus manos un rato reposando sobre su cabeza, como si pudieras de ese modo atrapar sus pensamientos en fuga. Surge un momento perfecto de calma.

Al día siguiente se habla en las noticias de una organización. La policía criminal se esforzó por encontrar una relación entre las veintiséis víctimas.

Las familias estaban de luto, y en todo el país se izaron las banderas a media asta. Se habló de terroristas y de la mafia rusa. Se pensó en un culto, un ritual, la teoría de la secta ocupó muchas páginas. Solo los forofos de las armas se salvaron, ya que no se había empleado ninguna. A pesar de lo que se dijo, de lo que conjeturó la gente, lo cierto es que nadie habló de «asesinato en serie».

Finalmente un periódico sensacionalista publicó la expresión con letras grandes y envenenadas en la primera página.

«Crimen en serie en la A4.»

Fue un invierno oscuro para Alemania.

Flotaba en el aire la pregunta sobre cuáles habían sido los motivos del Viajero para bajar del último coche, el número veintiséis, y pensar: «Ya es suficiente.» ¿Acaso lo pensó de verdad? ¿Oiría alguna voz, le hablaban demonios o, simplemente, se aburría? Sea cual sea la respuesta, no tuvo que ver con la nevada, porque la nevada duró hasta el amanecer. No, la verdad no es complicada. Es relativamente simple.

Tú sales del coche número veintiséis y no piensas nada. Sientes el viento y sientes el frío, y te sientes protegido, por lo que ya te dispones a ir hasta el siguiente coche, pero entonces, en el horizonte, ves un destello de luz.

Tal vez la nevada haya reflejado alguna luz muy distante. Sea lo que sea, emprendes el camino de regreso a tu coche. Sigues tu propio rastro, casi borrado por el viento y la nieve, y lo abres de nuevo, como una vieja herida.

Al llegar a tu coche quitas la nieve del parabrisas y te sientas tras el volante.

Respiras hondo, colocas el pulgar y el índice en la llave del encendido y esperas. Esperas el momento preciso. Y cuando arrancas el motor, los coches que están delante de ti despiertan, y los faros de más de cien vehículos iluminan la autovía batida por el viento con una luz opaca y mortecina que recuerda la de una linterna bajo una sábana. El atasco se pone en movimiento exactamente al cabo de cuatro

horas. El Viajero ha estado esperando el momento justo.

Pones la marcha y te sientes satisfecho contigo mismo. El dolor y los latigazos en tus manos no tienen importancia. Más tarde te enterarás de que tienes rotos dos dedos de la mano derecha, y que los nudillos de ambas manos, a pesar de los guantes, están hinchados y cubiertos de sangre. Te duelen los hombros debido a la postura incómoda que tuviste que adoptar dentro de los coches, pero nada de eso cuenta, porque sientes esa indescriptible satisfacción en tu interior. También un dulce sabor de boca, un sabor que no te puedes explicar. El sabor desata un recuerdo, un recuerdo que tiene diecinueve años de edad. Glorioso, deslumbrante, dulce. Sabes lo que significa todo eso. Pensaste que la búsqueda había terminado, pero esta solo se había tomado un respiro. Es el comienzo de una nueva era. O, dicho de otro modo: el comienzo del fin de la civilización tal y como la conoces.

Ese pensamiento empieza a gustarte a posteriori cada vez más.

«No hay principio sin fin.» Un hombre sale de su coche, un hombre sube de nuevo a su coche, y el atasco que se extiende por delante de él empieza a disolverse lentamente. El Viajero continúa su viaje.

RAGNAR

Esto no es el fin, y un inicio tiene otro aspecto. Este es el momento intermedio, en el que todo parece todavía posible. Retirada o ataque. Estamos en el presente. Son las ocho de la mañana. Las luces están orientadas hacia ti, porque este viernes por la mañana tomas una decisión que va a cambiar vuestras vidas, cuando estéis allí de pie, junto al borde de la piscina y no podáis creer lo que estáis viendo. La luz tiene un destello azulado y frío, sube por vuestros cuerpos. Verlo es como una pesadilla silenciosa. Nadie se atreve a romper el silencio.

Desearías estar lejos, bien lejos.

Leo ha retrocedido un paso y espera tu reacción. Ha hundido las manos en los bolsillos de su chaqueta y se esfuerza por permanecer quieto. David se encuentra al otro lado de la piscina y se frota la nuca. Trabaja para ti desde hace tres meses, y tú aún no sabes con certeza qué pensar de él. Es joven, ambicioso y uno de los muchos nietos de Tanner. Para ti la familia no significa nada. Decidiste darle una oportunidad al chico porque Tanner ha puesto las manos en el fuego por él. Es la única forma de lazo familiar que respetas.

Respiras hondo. El aire es cálido y limpio, el aparato de aire acondicionado funciona sin hacer ruido. Oskar hizo ampliar el sótano hace cuatro años. Las paredes y el techo han sido cubiertos de nuevo con azulejos.

Y ellos no solo reflejan la luz, también permiten oír con claridad cada respiración, y resuenan en el silencio como el jadeo de un perro. Te pican las manos. Deseas golpear algo, un saco de arena o una pared. Algo.

«¿Cómo pudo ella hacer esto?»

Te frotas los ojos antes de mirar de nuevo hacia allí. Todavía no te lo crees. Leo cambia de pierna, inquieto, y sabe que pronto habrá jaleo, un buen jaleo.

—No lo creo —dices.

—Tal vez...

Levantas la mano, Leo se calla, y tú te diriges a David: —¿Cuánto calculas que es?

—Treinta, quizá cuarenta kilos, es difícil decirlo.

En la planta de arriba se oyen pasos, pero no levantáis la vista, os quedáis inmóviles alrededor de la piscina. Vuestros reflejos en los espejos son alargados y tiemblan ligeramente. Tal vez haya una línea de metro cerca, o uno de esos monstruosos camiones articulados que se arrastra a lo largo de una calle lateral, enviando sus vibraciones hasta lo más profundo de la tierra.

Vuestros rostros parecen los de unos espíritus, unos fantasmas que lo han visto todo y están cansados de seguir siendo fantasmas. «Cansado es la palabra adecuada», piensas, porque estás mortalmente cansado de toda esta mierda. Te has dado cuenta

de que algo oscuro se te viene encima, y debiste estar preparado. Pero ¿quién podía contar con algo así?

—Jamás he visto cosa igual —dice David.

—Jamás debiste ver algo igual —respondes tú, y oyes a Tanner bajando las escaleras. Él se mantiene a unos pasos de distancia a vuestras espaldas.

Tanner es tu mano derecha. Sin él solo valdrías la mitad. El año que viene cumplirá sesenta, y poco a poco quiere retirarse a descansar. No tienes ni idea de lo que vas a hacer sin él. Él te lo ha enseñado todo, y solamente cuando ya no esté, podrás ver si puedes arreglártelas solo. Uno de vuestros clientes afirmó en una ocasión que Tanner le daba miedo, porque de él no salía nada.

Tanner es una emisora que solo transmite cuando tiene ganas. Como ahora, por ejemplo, cuando dice: —Nada. Se ha ido. Se lo ha llevado todo.

Tú no reaccionas, a fin de cuentas, ¿qué ibas a decir? Decir «gracias» hubiera sido, sencillamente, inapropiado. El temblor de la superficie del agua desaparece. De mala gana, apartas la vista de la piscina. Es la primera vez que lo haces conscientemente. Tu rabia y tu frustración necesitan una válvula de escape. Hasta ahora has ignorado a Oskar. No querías hablar con él, ni siquiera podías mirarlo, ya que una sola mirada hubiera bastado para que explotaras. Esto es culpa suya. Te corriges. Bueno, para ser sinceros, es culpa suya y tuya. Jamás debisteis hacer negocios juntos.

«Jamás.»

Míralo cómo duerme sobre ese maldito sillón de cuero, como si no tuviera ningún problema en su vida. Son las ocho de la mañana, y no sería ninguna sorpresa que estuviera borracho.

—Despiértalo.

Leo se inclina sobre Oskar y lo sacude. Ninguna reacción. Leo le propina un par de bofetadas. Una vez, dos veces, y luego retrocede. Eso no va con él. Cuando Leo retrocede, es que hay un problema. Tú reaccionas de inmediato. Tus funciones corporales se ralentizan. La respiración, el pulso. La sangre circula más lentamente, los pensamientos avanzan espesos, como la melaza. «Un reptil —piensas—, me estoy convirtiendo en un jodido reptil.»

Pero Leo también se da cuenta de algo y dice: —Ya no está aquí.

Tras unos pocos pasos estás junto a Oskar y te agachas delante de él.

Tiene la piel pálida y brilla en varios puntos de su cuerpo. Te recuerdan el sushi seco.

—¿Qué pasa con su piel?

—Es hielo.

Leo te muestra su mano, tiene las puntas de los dedos húmedas.

—Debe de haberse congelado.

De buena gana te echarías a reír. Aquí abajo hay más de veinte grados, fuera ha empezado el verano. «Nadie se congela en verano», tienes ganas de decir, pero no puedes pronunciar ni una palabra. David se coloca junto a ti.

Preferirías que mantuviera la distancia. Pero tú mismo tienes la culpa. David se esfuerza para obtener tu reconocimiento, pero tú no se lo pones fácil.

—¿Puedo?

Asientes, y David se agacha a tu lado y le da unos golpecitos a Oskar en la frente, emitiendo un sonido hueco. David busca la arteria del cuello y le sacude la cabeza.

—Leo tiene razón, Oskar ya no está.

Percibes las miradas de Tanner y de Leo en tu espalda, también David te mira. No hay nada que decir, tienes la mente en blanco... Oskar congelado en un sillón, la mercancía desaparecida y luego, esta maldita piscina. Cuando consigues volver a hablar, dices: —Quiero que ella sufra.

—Eso está hecho —responde David.

La respuesta llega demasiado rápido. David no se la ha pensado, aunque ante una orden como esa es poco lo que hay que pensar. Ha reaccionado de forma automática. Y tú detestas tal cosa, tus hombres deben pensar.

Os levantáis al mismo tiempo, estáis muy cerca el uno del otro, lado a lado, puedes oler su respiración.

—David, ¿qué acabo de decir?

—¿Que ella... debe sufrir...?

Lo agarras por las piernas. Él pretende dar un paso atrás, pero se lo piensa y se queda quieto. Solo su torso se inclina un poco hacia delante, pero no sucede nada más. Tú lo presionas.

—¿Qué es esto, David?

El sudor le cubre la frente, la respuesta es un jadeo.

—¿Sufrir?

—No, David, esto no es sufrir; sufrir es cuando te arranco los huevos y luego te sumerjo en la piscina. Eso sería sufrir. ¿Entiendes ahora a lo que me refería cuando he dicho que ella debía sufrir?

—Entiendo.

Lo sueltas. Tiene las ventanillas de la nariz abiertas de par en par, una lágrima le corre por la mejilla, le tiembla la mandíbula. David tiene veinticuatro años, tú eres diecinueve años mayor. Os entendéis.

—Traedme al chico.

—Pero ¿dónde vamos a...?

—Pregúntale a Darian —lo interrumpes—, él sabrá dónde podéis encontrarlo. Y David, esto va en serio. Mira debajo de cada piedra, y ni pienses en aparecer de nuevo por aquí sin ese chico.

Entonces te vuelves hacia Tanner.

—Ve con él. Leo y yo esperaremos aquí. Tenéis una hora.

Tanner hace un gesto de asentimiento y se va con David arriba. Le dices a Leo que vaya a conseguir dos sillas. También Leo desaparece. Por fin estás solo con Oskar, y la tensión en ti desaparece. Una pesada flojera viene a ocupar su lugar. «Jamás las cosas debieron llegar tan lejos», piensas, y te entran ganas de gritarle a Oskar y de comportarte como un idiota. «Él ya no está.» Leo no pudo decirlo de un modo más apropiado. El «ya no estar» es algo definitivo. No es un comienzo, y solo tiene un fin. Pones tu mano por un momento sobre la cabeza de Oskar. Su pelo parece grasiento al tacto, y a través del cuero cabelludo sientes el frío que emana de su cuerpo.

«¿Qué te ha pasado?»

Le levantas el párpado, como si su mirada pudiera revelarte lo que ha sucedido. «Vamos, háblame.» Pero nada. La mirada de un muerto es la mirada de un muerto. No es la primera vez que la ves. Cuando sueltas el párpado de nuevo, este se cierra lentamente.

Leo baja con las sillas y dice:

—Tío, ahí arriba huele a mil demonios.

Os sentáis delante de Oskar. La masa corporal de Leo hace que la silla desaparezca. Ocho años antes todavía estaba encima de un ring, y daba pena.

En su juventud, Leo había sido dos veces consecutivas campeón regional, pero luego el fuego se apagó y, salvo el propio Leo, todos los demás lo comprendieron. Así que continuó. Al cumplir los cuarenta, un hombre puede estar donde quiera, pero no en un ring. Leo era uno de esos tipos tercos a los que los sesos se le pueden estar saliendo por las orejas, pero que se encogen de hombros y siguen boxeando. Su segunda pasión casi le cuesta la vida. Las deudas de Leo por causa de las apuestas llegaron a alcanzar las seis cifras, y de no ser por Tanner, se tendría que haber ido bien lejos, a Tailandia o Indonesia, donde adoran la carne europea. Peleas sin reglas, peleas sin regreso, pero con mucho dinero. Tanner compró la deuda del veterano boxeador y de ese modo lo salvó. Desde entonces, Leo trabaja para ti y es la sombra de Tanner. No sabes qué secuelas habrá dejado el boxeo en él. Tiene la cara llena de cicatrices, y una buena parte de sus nervios ya no le funciona, sus manos son garras deformes. Su mujer es una exmodelo y lo trata como a un dios. Sabes bien que siempre puedes apostar por Leo. Reposas en él como en una piedra y puede aguantar golpes que nadie más aguanta. Además, casi no se le escapa nada.

—Aquí no hay ni un televisor.

—¿Y eso qué importa?

Leo señala hacia Oskar.

—Si no hay televisor, ¿cómo es que Oskar tiene en la mano un mando a

distancia?

Te sorprendes, no te había llamado la atención ese mando a distancia.

Sobresale como una bolsa negra de hielo entre sus dedos.

«Concéntrate, ¿cómo puedes pasar por alto algo así?»

Entonces te inclinas hacia delante y tomas la mano de Oskar entre la tuya. Por su último cumpleaños le regalaste tres relojes y un estuche para guardarlos.

Los relojes los escogió él mismo, pero el estuche fue elección tuya. El marco de cristal está cubierto con pintura negra como de piano, y en cuanto se lo toca, se encienden en el interior cuatro pequeñas lamparitas. Recuerdas que Oskar te llamó después de su fiesta de cumpleaños y te contó que llevaba una hora delante de aquella caja contemplando los relojes, cómo estaban protegidos en su sueño.

Había días en que Oskar parecía un chico de diez años. Lo que no había podido vivir en su infancia, lo había recuperado siendo adulto de una forma exagerada. Y tú estuviste junto a él como un tío que quiere fardar.

El reloj en la muñeca de Oskar te costó diez de los grandes, pero no es resistente al frío. La fecha te revela que Oskar fue congelado el sábado. El reloj se detuvo unos veinte minutos antes de dar las doce.

Leo te pregunta si tienes alguna idea de lo que pudo haber sucedido ahí abajo.

—Ni idea —respondes, y sueltas la mano de Oskar—. Pero si esperamos hasta que se descongele, seguro que nos contará la historia.

Leo no se ríe. Aunque sabe que has hecho un chiste, reír en este momento sería un error. Lo ignoras, como ignoras el sótano y la piscina que están a tus espaldas, y miras fijamente al cadáver congelado de tu hermano, como si lo que has dicho fuera realmente posible por un momento y pudiera ofrecerte respuestas para todas tus preguntas.

STINKE

Lo de Stinke es cosa de tu hermano. Es mucho mejor que Isabell. Como si fueras oriunda de España o algo por el estilo. No es normal. Al igual que esa otra chica de noveno, la de las trenzas. Como una hippie, pero a lo *techno*.

La llaman Kante. ¿Por qué Kante? Como si no estuviera bien de la cabeza. Así que es mejor que seas, y sigas siendo, Stinke. El nombre se te quedó, a pesar de que tu hermano dejó la escuela secundaria hace cuatro años. Pensaste que luego las cosas se calmarían, pero no fue así. Todos siguieron llamándote Stinke, de modo que te acostumbraste. Stinke está bien. Con ese nombre (que más o menos alude a tu mala leche), todos saben que no deben meterse contigo. Y a nadie se le ocurre pensar en algo maloliente o algo por el estilo.

Cómo iban a hacerlo. Tú hueles bien. El perfume es una protección frente al mundo exterior. Una protección contra tipos como Eric, que está dos asientos por delante de ti y ahora se da la vuelta y te lanza una mirada como si te desnudara de pies a cabeza. Cierras los ojos, porque no tienes ganas de verlo.

Ese culo lampiño. Claro que no te refieres a su culo, sino a su estúpida calva, como si fuese un soldado camino del frente, que se hace el guay y se rapa la cabeza una vez por semana, aunque solo tiene unos pocos pelos en la barbilla, lo que nunca será suficiente para ninguna de esas zorras. Además, ese sí que tendría que tomar más café. O por lo menos eso dice tu tía. La tía Sissi. Siempre dice: «Toma café y te crecerá una barba.» Por lo de las hormonas y eso. Muchas gracias, eso es justamente lo que no necesitas ahora.

Pelos por todas partes. Contra eso la Epolotion, o comoquiera que se llame.

Schnappi, seguramente, podría deletrearlo. Schnappi está siempre al día, es como una estación de radio sin publicidad, que recoge todas las noticias importantes y luego os las comunica.

—Lo del pelo se hace en un pispás —os ha explicado—, se mete una aguja caliente, aquí —dice, señalando el lugar y clavándoos el dedo en la muñeca—. Ahí dentro, en las puertas principales, ¿lo pilláis? O lo hacéis con cera, pero lo de la aguja caliente tarda más, lógico. ¿No os parece? Pues la aguja entra donde nace el pelo y te quema las raíces y suelta un siseo y duele una barbaridad.

—¡Ahhhh! —exclama precisamente Rute, una rubia casi transparente, que no tiene ni un pelo en las piernas.

—No hagas eso —has dicho a continuación, y luego le preguntas a Schnappi cuánto tiempo tarda eso.

—Un par de meses.

—¿¡Un par de meses!?

—¿Qué te piensas?

Habías pensado que un año, pero parece que no es así.

—¿Y *quanto costa*?

Schnappi ha torcido los ojos.

—No sé lo que cuesta. ¿Acaso el negocio es mío? Ve y pregunta tú misma.

De modo que no puede ser Epolotion, de eso ya te has informado.

Cuesta una salvajada y duele salvajemente. Dos veces una salvajada.

Además, te gusta el afeitado. Tarda un poco, pero tus piernas están ahí, ellas lo harán sin problemas, y luego la piel solo te arderá un poco. Puedes pedirle a Indi que te lo haga. Será como en esa película: *Pretty Woman II*. Indi sentado en el borde de la bañera, con tu pie en una mano, la maquinilla de afeitar en la otra, y con muchas ganas de chuparte los dedos de los pies. «Pero Indi —le dirás—, primero afeitar y después chupar.» E Indi responderá: «Claro.» Y luego él te afeitará las piernas y te pondrá totalmente nerviosa con sus miradas, mientras te amodorras en la bañera y bebes sorbos de champú, toda atontada y soñolienta y...

—Eh, ¿estás despierta todavía o qué? —quiere saber Rute.

—Claro, tía.

—Entonces quítame la pierna del hombro.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Babosa.

—Parece que te corras por esa boca, déjate de babas, idiota.

—La babosa lo serás tú —dices, y entrecierras los ojos para ver mejor la pantalla. Vaya cine de mierda. Un sitio de mierda, una película de mierda.

¿Quién va a querer sentarse al fondo del todo? Allí apenas se ve nada. Ojos de mierda. Día de mierda para ir al cine. La próxima vez pagas dos euros y ves un vídeo. Es más divertido. Y si una tiene que mear, no se pierde las escenas más importantes.

—Película de mierda... —murmuras.

Schnappi te da un codazo.

—¡Qué siesa eres, tía!

Nessi está sentada junto a Rute, se inclina hacia delante y te alcanza una Coca-Cola. Por lo menos hay alguien que se acuerda de ti. Bebes y haces sonar los cubitos de hielo. Eric se da la vuelta de nuevo y te echa esa mirada.

Un zombi.

—¿Eres neonazi o qué? —preguntas.

—Bollera —dice él entre dientes, y se da la vuelta.

—Podrías estarte quieta —te ruega Schnappi, y al hacerlo tamborilea con los pies en el suelo, y hasta las personas sentadas cuatro filas más abajo pueden sentirlo. Cada vez que la cosa se pone tensa, Schnappi se transforma en Speedy González.

«Una asiática con *speed*», piensas, y no puedes evitar reír, pero dices: —Estás hecha un manojito de nervios.

—¿Qué? ¿Has recobrado tu buen humor?

—Cállate, Rute.

—Joder, tía, vete a mear; si solo quieres sacarnos de quicio, deja que Schnappi te diga cosas al oído y no mires. Es una superamiga.

—Es justamente lo que voy a hacer.

Y eso es justamente lo que haces.

Hay que salir de aquí.

Salir.

La puerta del cine se cierra a tus espaldas, y tú respiras aliviada.

Vaya aire viciado el de ahí dentro. Como si todos se hubieran tirado un pedo a la vez y luego se hubieran puesto a abanicarlo. Sacas un cigarrillo de tu chaqueta, un paquete nuevo, recién sacado de la máquina, nunca te ha gustado ir de gorrón. Retiras el celofán y rasgas el papel plateado, sacas un pitillo con unos golpecitos y te lo metes entre los labios.

—Venga.

Golpeas con el mechero en el dorso de la mano. La piedra está fallando, no sale fuego.

—Genial, ¿y ahora qué?

No estaría nada bien que entres ahora y le pidas fuego a alguien, te lincharían. Genial. Una colilla en los labios y el bolsillo lleno de ceniza. Vete hasta la caja, seguro que allí tienen fuego.

Ya tienes intenciones de largarte, pero en eso ves a ese tipo subiendo las escaleras. Estaría en el baño. No se ha perdido nada.

—Oye, ¿tienes fuego?

De inmediato, el hombre saca un lanzallamas de color dorado.

—Es de mi padre —te explica, como si lo hubiera heredado, como si tuviera que explicártelo, como si le hubieras preguntado. Seguro que lo robó cuando su viejo apartó la vista. ¿Quieres apostar? El tipo es alto como un jugador de baloncesto, es mucho mayor que tú. Tendrá unos veinticinco. Te ofrece fuego y sonrío. Amable.

—Gracias.

—¿A ti tampoco te gusta la película?

—Bah, qué bodrio.

—Esa es la palabra.

Otra vez su sonrisa. Tú se la devuelves. En todo caso es mejor que estar allí sola.

—¿Qué te parece un helado?

Le dices que estás esperando a tus amigos. A ti no se te puede convencer tan fácilmente. Él mira a su alrededor, como si quisiera comprobar que no es un sueño el hecho de haberte encontrado. Tú estás anhelante.

Entonces te hace un guiño. Sí, un guiño, en serio. Tal vez sea gay o algo por el

estilo.

—Podríamos esperar fuera y tomar el helado. Yo te invito. Pero solo si te apetece —añade, con un evidente signo de interrogación al final. En realidad el tipo es superamable, pero déjalo todavía un minuto con la duda.

Ser amable es la mitad. Y tú no eres ninguna ingenua. «No confíes en ningún extraño que te ofrezca chucherías», te repetía siempre tu tía Sissi, como una cantinela, y quien ha crecido sin padres, suele escuchar lo que le dice su tía.

—Hum —dices, metiendo barriga y examinando al tipo: camiseta negra, vaqueros, unas Dr. Martens en los pies, pulsera de cuero en la muñeca, los cabellos en una trenza. No, no es gay, todavía no has visto a un gay con el pelo largo. Y si tu olfato no te engaña, el tipo lleva tanto perfume detrás de las orejas como tú. Huele bien. Cuando echa un vistazo al reloj, ves otra vez el oro. Podrías apostar que cuando él se ríe, sale el sol.

—¿Por qué te ríes? —pregunta él, y tú solo sabes sonreír. Pero él dice—: Tenemos todavía una hora, así que, ¿qué te parece?

Preguntas y más preguntas. Joder, Stinke, no te pongas en plan pava, no se te va a tirar a las bragas, y si lo hace, tú has vivido cosas peores. Así que relájate, venga, relájate.

—De acuerdo, un helado estaría bien —dices, y sientes que tu corazón se pone a aletear.

Antes de que dejéis el vestíbulo del cine, compráis un helado al tipo que está detrás de la máquina de palomitas. Tú, por supuesto, pides el más caro, no quieres ir de cutre. El tipo dice: «Genial», y tú ríes, y él también se ríe, y de pronto os veis fuera, lamiendo vuestros helados y mirándoos furtivamente una y otra vez. Mirada de flirteo. Tienes como un velo delante de los ojos. No fue mala idea salir de la sala del cine. Y además, el tipo, según como lo mires, se parece a Alberto. Alberto no era italiano, pero tú hubieras deseado que lo fuera. Alberto venía del Este, y en realidad se llamaba Albert, pero ¿qué nombre es ese, por favor? Alberto sonaba mejor. Ese sí que era un tío. Te volvió loca y te metió en cintura. Estaba loco por ti. Te quería comer, te decía.

«Te voy a *comejj*», te decía.

Tenía una pronunciación rara, pero era simpático porque podías reírte de ello. Y la verdad es que tú con él no buscabas charlar. Te chupeteaba y te sorbía los labios como si fueran arroz pintado de color rosa. Y un día, en una parada de autobús, te metió la zarpa por detrás, en los vaqueros, la deslizó debajo de la braga y te magreó el culo. No es un chiste, te lo magreó y magreó. «¿Qué haces?», le preguntaste, y te apretó fuerte contra él, con las dos manos metidas bajo las bragas y respirando con dificultad, te magreaba bien, y tú decías: «Ah, ah, ah.» Pudiste sentir su polla. «Soy un fetichista del culo», te gruñó en el oído, y con eso casi te deja sin sentido. Ya no

eras aquella tía guay, y por eso murmuraste: «Qué cosas dices.» Y aunque no tenías ni idea de lo que era un fetichista del culo, no tenías mucho tiempo para pensarlo, porque Alberto te apretaba y sobaba las nalgas, tanto que pensaste: «Joder, este tío me va a partir en dos.» En realidad no llegó tan lejos, porque Alberto se quedó de pronto tranquilito y dejó de respirar de aquel modo, y te apretó la barriga con otro «ah, ah, ah», y con un suspiro, y todo eso en una parada de autobús un bonito día de mayo.

—... jamás lo he visto. De niño venía más a menudo a Berlín. Mi padre vive en Friedrichshain, y mi medio hermano en Zehlendorf. Pero mi madre vive en Hamburgo, y yo crecí allí...

El tipo habla y habla y te sonríe, y tú piensas: «¿Cuánto tiempo lleva hablando?» Tú le devuelves la sonrisa y te lames un poco de helado de la muñeca, al tiempo que te preguntas si él también será un fetichista del culo.

—¿Entonces, estás de visita? —preguntas, retomando el final de su última frase.

—Correcto.

—Genial.

—¿Y tú? ¿Todavía vas al instituto?

Tú le muestras tu muñeca. Un pequeño tatuaje destaca en el sitio donde la gente mide el pulso. La letra es diminuta, una sola palabra, nada más.

—*Finito?*

—Eso, *finito*.

—¿Vas a hacer la selectividad?

—Qué va.

Entonces miras al techo y ríes: mira que pensar eso, de verdad, como si alguien como tú tuviera aspecto de ir a hacer la selectividad. Este tío hace cada pregunta. Pero presta atención, que ahí viene la siguiente: —¿Y qué planes tienes?

—Ya se verá. Tal vez abra un salón de belleza. Algo así. ¿Y tú?

—No sé adónde quiero ir.

«Rara respuesta», piensas, y haces como si estudiaras los carteles del cine, para que el tipo pueda contemplarte tranquilamente. Tal vez no tenga novia, ya te gustaría a ti. Pero los tipos como él tienen novia, eso está garantizado. Una de esas depiladas que jamás tienen que ir al váter y a las que, al día siguiente por la mañana, la boca les huele a flores. Ese es el tipo que le pega. Demasiado amable para ser de este mundo: habla bien, huele bien y parece tener pasta. Tal vez te preste diez pavos. A lo mejor de ese modo podéis veros de nuevo, con el pretexto de devolverle el dinero.

«No es una mala idea, pero Indi se volvería loco.»

Notas que te está mirando. Su mirada va de tus zapatos de plataforma hacia arriba, hacia tus gastados vaqueros de pana, con el cinturón bien ajustado, cintura estrechita, una blusa bajo la chaqueta de terciopelo, y una larga pausa en tus senos,

porque está claro, allí su mirada se ha detenido más tiempo, pero ¿y qué?, a fin de cuentas él pagó el helado. Tal vez se dé cuenta de que te pareces un poco a Kristen Bell, pero con el pelo rojo, aunque quizá nunca haya visto la serie «Veronica Mars».

—¿Qué edad tienes? —pregunta él. Los ojos fijos en tu boca. Pausa.

—Diecisiete —mientes, echándote un año más—. ¿Y tú?

—Soy demasiado viejo.

—Venga ya.

—¿Qué tal veintisiete?

—Está claro, demasiado viejo —dices, y ríes.

Él también se ríe, toma aire y continúa:

—¿Te apetecería...?

—Eh, eh, eh... ¿¡Qué está pasando aquí!?

Indi ha aparecido, está directamente detrás de ti y parece tan mosqueado como anoche. Rastas apelmazadas que le cuelgan hasta los hombros como una fregona deshilachada, los ojos a media asta, el hedor del incienso y el hachís, camisa medio por fuera y medio por dentro, con sus sandalias, los dedos sucios por el polvo de la calle. Te pone una mano alrededor del hombro, de modo que las puntas de sus dedos tocan tu pecho izquierdo, y le pregunta al tipo: —¿Y tú quién eres?

El tipo te mira como si la pregunta se la hubieras hecho tú, y luego responde: — Soy Neil.

—Vaya, un francés, ¿no? —pregunta Indi.

—No —responde Neil, y ríe sin apartar la mirada de ti.

—¿Eres nuevo aquí? —dice Indi.

—¿Y esto qué es? —intervienes tú, por fin—. ¿Un interrogatorio o qué?

Indi te aprieta un poco más hacia él y se asombra de lo que le ha pasado de pronto a su churri. Pero de su churri ya no queda nada, de lo que tienes ganas es de aplastarle los dedos de los pies con tus tacones.

—Eh, solo quería preguntar —dice Indi—. Mero interés, ¿lo has pillado? Nunca había visto a este tipo por aquí, y no viene mal saber de dónde viene la gente. Europa y eso, ¿verdad?

—Neil creció aquí —le dices— y acaba de regresar de Hamburgo, ¿verdad?

Alzas las cejas al decir eso último. Quieres que Neil vea que lo has escuchado. Y lo has hecho, pero no con la suficiente atención.

—Así es —miente Neil, para no ponerte en ridículo, y entonces se dirige a Indi.

—¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—¿Que quién soy yo, tío?

Indi se ríe y se pasa la mano por los mechones de pelo que le caen detrás de la oreja.

—De verdad tienes que ser nuevo, tío, yo soy Conan el Barbero, tío, ¿quién

pensaste que era?

Indi suelta una risotada, Neil también ríe, mientras tú intentas no torcer la boca y ni siquiera sonreír. «Qué gilipollas», piensas, y te liberas de su abrazo.

—¿Qué pasa? —pregunta Indi—. ¿Estás cabreada?

—No, pero suéltame.

—Vaya, estás sensible hoy, ¿no?

Indi alza las manos como si se hubiese quemado, y da un paso atrás. Le dedica una sonrisa a Neil, pero este no se la devuelve.

Está bien así. Indi da otro paso atrás y mira a su alrededor.

—¿Dónde están los otros?

—En el cine, ¿dónde iban a estar?

—¿Qué? ¡¿Ya empezó la película?!
—Hace una hora, tonto del culo.

Indi y el tiempo. Estuviste esperándolo hasta el último minuto y por eso te perdiste la publicidad, que es lo que más te gusta.

—Joder, ¿y qué hago yo ahora?

«Pues vete a casa», piensas, pero en eso Neil te pregunta cómo te llamas.

—Stinke.

—¿Qué?

—Stinke —interviene Indi, y vuelve a rodearte con el brazo—. Es mi nena, ¿queda claro?!

Te estampa un beso en la mejilla, y hasta la boca le huele a palitos de sándalo. Lo apartas de un empujón.

—Es un nombre raro —dice Neil.

Haces un gesto como diciendo que no tiene importancia.

—Lo de Stinke es por el perfume.

—¿Te has puesto el apodo por el libro? —pregunta Neil, sorprendido.

—¿Qué libro?

—Pues, la novela.

—No, es que siempre huelo bien. Mira, prueba, huele.

Él se inclina hacia delante y huele tu muñeca.

—Huele bien.

—Tú también.

Os miráis.

—Y porque tengo muy mala leche —admites—. Casi siempre.

—Una auténtica peste, vamos.

—Y de qué manera.

—Eh, yo sigo aquí —dice Indi.

Neil lo ignora y te pregunta si tienes algún plan para esta noche. Tú te encoges de

hombros, como si no hubiera nada previsto, como si no tuvieras el plan de irte con tu pandilla hasta el kiosco de pizza y quedaros allí merodeando un rato, como si no quisieras encontraros en la Stuttgartplatz para charlar y fumaros un pitillo, como cada jodido día que vais al cine.

—¿Por qué? —le preguntas.

Neil se inclina hacia delante, sus labios te rozan brevemente la oreja y te susurran:
—Te necesito.

Nada más y nada menos.

«Te necesito.»

—Bien —respondes rápidamente, como si cualquier duda pudiera invalidar sus palabras.

—¿Qué es lo que está bien? —pregunta Indi.

—Vamos a dar una vuelta —le explicas.

—¿Y yo qué hago?

—Espera a la pandilla —le aconsejas, y te das la vuelta, caminas un par de metros delante y esperas que Neil no vaya en la otra dirección. No, no lo hace, sus pasos te siguen. Así que respiras hondo, con alivio, te detienes en la esquina y miras hacia el cruce, como si supieras muy bien lo que haces.

—Allí delante.

Neil señala un Jaguar, rojo y elegante, con matrícula de Hamburgo.

—Guau... ¿De dónde lo has sacado?

—Se lo robé a mi madre —responde Neil, y te abre la puerta.

RUTE

«Había una vez cinco chicas y yo era una de ellas.» Más o menos así podría empezar el cuento. «Una de ellas.» Así es como te sientes exactamente, acostada boca arriba, encima de ti, el techo de la habitación de color verde mohoso, que pintaste una tarde con la ayuda de tus amigas, porque el color rosa te ponía de los nervios y necesitabas un cambio. Vives con tus padres en un viejo edificio, la cama está a dos metros del suelo. Cada mañana es como si despertaras en un bosque. Ahora el verde te recuerda el mar, que viste cuando fuiste con tus padres a las Bahamas. Por supuesto que tuviste que bucear, y allí, en el agua, estuvo a punto de pasar. Por un momento te perdiste. Formabas parte de la profundidad y no supiste dónde estaban el arriba y el abajo. Fue la mejor vivencia que has tenido nunca, y desde entonces te has estado preguntando qué hubiese pasado si hubieras decidido mal y hubieras seguido sumergiéndote. ¿Cómo se pierde una? ¿Desaparece o pasa a formar parte del agua?

Ahora yaces en tu cama, y el verde mohoso del techo está tan cerca que casi se puede tocar. Y aunque estás segura de que no es tan sencillo perderse, por otro lado no lo estás tanto sobre lo que está pasando en realidad entre tus piernas. ¿Es su lengua o es su dedo? Miras hacia abajo, su cabeza se mueve, así que debe de ser su lengua. Pero también se toma su tiempo. Lamentas que las cosas hayan llegado tan lejos. ¿Por qué te dejaste llevar tan fácilmente?

«Lo preguntó de un modo tan simpático...»

¿Y eso es todo?

«Eso es todo.»

Tiras ligeramente de sus cabellos. Eric alza la vista. Le brillan los labios.

Te echa una mirada inquisitiva, y tú en ese momento deseas que pusiera otra expresión.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué tal te sientes? —pregunta él, a su vez, y desaparece de nuevo entre tus piernas.

Desearías que fuera su dedo y no su estúpida lengua, porque con el dedo, sin duda, sentirías más. Hay chicos que no saben besar. Intercambian litros de saliva y pretenden oírte gemir de pasión cuando lo hacen. Y tú quieres que te besen de tal modo que las luces parpadeen. Que parpadeen, no que se apaguen. Los chicos deberían aprender de las chicas. En una ocasión, Nessi te besó. Era Fin de Año, y habíais bebido en casa de Taja, estabais sentadas en la cama, y de repente todas empezaron a lamerse, y tu boca fue a parar a la boca de Nessi, y fue el beso con lengua más cachondo que has experimentado hasta ahora.

Eric, definitivamente, no sabe besar, y te pone de los nervios no habérselo dicho desde el primer día. Ya lleváis saliendo dos semanas y te besa como una rana

melancólica. Taja te lo había advertido, y ahí lo tienes: un tipo que no sabe besar y se pone a trastear entre tus piernas, como si con su lengua fuera a rascar un número de lotería.

Cuentas los libros que hay en la estantería, tensas el vientre y admiras tu ombligo con el pequeño *piercing*. Piensas en qué pizza vas a pedir después y si la película será tan retorcida como todos afirman. Luego recitas el alfabeto de atrás hacia delante y, al llegar a la «F», te hartas, así que coges a Eric por las orejas y lo atraes hacia arriba. En algún momento hay que decir basta. Lo besas y él vuelve a hacer la rana, pero hasta eso es mejor que el baboseo de ahí abajo. Saboreas su lengua y tu propia excitación te excita aún más, y todo es como un círculo que se cierra. Eric se desliza entre tus muslos, la presión es agradable, y tú te aprietas contra él, tu vientre se estremece y empieza a moverse tan rápidamente que lo agarras a él por la nuca para no perder la cabeza del todo. Su boca aterriza sobre tu cuello, quieres advertirle de que lo matarás si te deja alguna marca, pero ya no eres capaz de advertirle nada, porque tus luces empiezan a encenderse, no parpadean, son sencillamente unas luces, mientras el orgasmo atraviesa tu cuerpo como un cuchillo al rojo vivo, cortando un trozo de mantequilla, sin detenerse ni una sola vez, y te recorre dos veces seguidas.

Eric ni se entera, está demasiado excitado para enterarse de algo. Te manosea los pechos, respira en tu oído. Deja caer su nuca y te hundes hacia atrás. El cuchillo ha desaparecido, ahora no eres más que un trozo de mantequilla que se derrite. Es el calor entre las piernas, y la suavidad de tu yo en tu cabeza. Sería perfecto si ahora estuvieras sola.

—Oh, Dios —suspira Eric cuando se la coges con la mano. Se estremece, se aprieta más contra ti, con placer, pero también con el pánico constante de correrse demasiado rápido.

Por encima de su hombro, miras el reloj. Todavía tenéis diez minutos.

Tu mano abre la cremallera, de manera lenta y desganada, tus dedos parecen moverse bajo el agua. A él le tiemblan las rodillas. Lo empujas hacia abajo y lo tumbas. Él ha perdido toda voluntad, podrías hacer con él lo que te venga en gana. Sus bóxers están húmedos en dos partes. Lo tocas y él empieza a retorcerse. Eric había dicho una vez que tu cara sería demasiado para él, y tú te lo imaginaste satisfaciéndose, mirando jadeante la foto del grupo de clase. Ahora tiene los ojos muy abiertos, está casi asustado. «Esto no es amor —piensas—, esto es otra cosa.» Le bajas los calzoncillos sin perder el contacto visual. Le hueles el pene antes de verlo. El olor, la expectación.

—Cierra los ojos —le dices.

Eric cierra los ojos con fuerza, como si su vida dependiera de ello. Tú te inclinas hacia abajo y le besas el glande, se lo lames. Está ardiendo, y tiene un sabor un poco amargo. Insististe en que se lo lavara antes. Con suavidad, te metes el pene en la boca

y sientes cómo se estremece y crece, pero entonces lo dejas caer de nuevo. Llega con sacudidas agitadas, fluye, y cae en tu mano, en su barriga, en las sábanas. Y él gime. «Qué mono», piensas, y colocas un dedo sobre su polla temblorosa, y puedes sentir su pulso. El temblor disminuye, la fiebre ha pasado. Tú levantas la vista. Eric mira fijamente el techo del cuarto, no puede ni mirarte a los ojos, no ha pasado ni un minuto.

Eric espera abajo, mientras tú te repasas los labios delante del espejo y te preguntas cuál será tu aspecto dentro de catorce años. Es cierto que no tienes pensado cumplir los treinta, pero tampoco tenías pensado que, a los dieciséis, te lamiera una rana. Pues ahora tienes dieciséis y estás delante de un espejo con una pegatina de un poni en una punta y un corazón negro en la otra, y te preguntas por qué el tiempo pasa tan velozmente. El corazón lo pintó Taja hace tres años, con rotuladores, cuando tus amigas se quedaron a dormir una noche en tu casa. «Para siempre», dice debajo del corazón. No recuerdas a quién se le ocurrió la idea. Porque nada es para siempre, todo tiene fecha de caducidad.

«Y yo en algún momento cumpliré los treinta.»

No eres lo que se dice un bellezón, estás entre la belleza y el anonimato.

Tus ojos son como agua turbia, y tu pelo es liso y tan claro que es casi blanco.

A muchos les recuerdas a alguien, pero nadie sabe decir a quién exactamente.

Si no existieran tus amigas, tú, probablemente, serías invisible.

Vosotras os parecéis también en muchas cosas, pero lo que os diferencia fundamentalmente es tu hambre. Ninguna de las chicas sabe cómo te sientes.

Hay un hambre en ti que no tiene fin, aun cuando estás llena. Esa hambre hace que te despiertes por las noches, asustada. Quieres más: más música, más charla, más tiempo y más sexo, y, sobre todo, quieres más vida. Tu habitación tiene quince metros cuadrados, no más. Y tú ansías más.

Tus amigas no saben nada de tus planes. Piensan que estaréis recorriendo las calles de Berlín dentro de cien años, que lo compartiréis todo y no os separaréis nunca. Pero tú no te haces ilusiones. Mírate, con tu cara no llegarás muy lejos, del resto tendrá que ocuparse tu mente y tu buen juicio. Y eso sí que te sobra.

El tatuaje de tu muñeca apenas puede leerse, aunque no tiene ni un mes. Agujas, tinta y una botella de vodka. La letra es diminuta. «*Finito*.» Si tus amigas supieran que te lavas el tatuaje cada noche con jabón, no te lo perdonarían. Y si supieran que cuando acabes la secundaria quieres estudiar el preuniversitario, les daría algo. Vosotras tenéis planes. Ahí está Stinke, con su estúpido salón de belleza, como si eso fuera lo máximo, pulirles las arrugas a una panda de jubiladas. Schnappi, simplemente, quiere alejarse lo más que pueda de la loca de su madre, que está planeando, desde hace una eternidad, regresar a Vietnam con su hija para encontrarle allí al hombre adecuado. Schnappi en Vietnam, eso es como tú, trabajando de cajera

en el Aldi. Nessi es la que tiene el plan más loco: quiere vivir con vosotras en el campo. Da igual dónde. Ella es vuestra ecologista particular, y sueña con fundar una comuna en la que podáis cocinar juntas todos los días, charlar y ser felices, y que el mundo exterior desaparezca. Y la artista del grupo es Taja, que ha heredado el talento de su padre y, cuando acabe el instituto, quiere deambular por Europa para tocar por las calles, algo que a ti te parece estúpido, más estúpido que abrir un estúpido salón de belleza. ¿A quién le gusta esa gente que anda por las esquinas aporreando una guitarra? O lo que es peor, ¿a quién le gusta ir sentado en el metro y que, de pronto, entre uno de esos que pretenden animarles el día a los demás?

Lo que tú deseas es poder robarle un cachito a cada una de tus amigas: la rabia de Stinke, la energía de Schnappi, la calidez de Nessi, y muy especialmente te gustaría tener algo de Taja, porque desde hace una semana ha desaparecido, y te daría igual qué parte de ella recibieras, porque lo aceptarías todo. El brillo de sus ojos, que es como si se acercara una tormenta, o su afán de aventura, como si la vida fuera cada vez más peligrosa y no una aburrida sucesión de horas lectivas.

Habéis visto a Taja por última vez hace seis días, y desde entonces todo está como apagado. Nadie devuelve las llamadas, no hay respuestas a los sms. Nada. Stinke fue incluso hasta su casa en Frohnau, pero nadie le abrió la puerta. Schnappi cree que a lo mejor Taja está de viaje con su padre, como hizo por Navidades, que hizo las maletas y estuvo en Tahití, tumbada en una playa, hasta después de Año Nuevo.

Pero esta vez no, y menos tan poco antes de acabar el instituto.

«Por nada del mundo.»

La verdad es que echas mucho de menos a Taja, y compruebas cien veces al día tu móvil porque no quieres perderte ningún mensaje suyo.

Desearías que hubierais tenido una pelea, en ese caso habría una razón.

—Quisiera que estuvieras aquí —dices en voz baja a tu imagen reflejada en el espejo, al tiempo que acaricias el corazón negro y piensas que ya habrá tiempo de desaparecer. Te echas una última ojeada, cansada de tanta hambre, antes de bajar a donde está Eric, que ya te está esperando impaciente.

Las palomitas saben a cartón. El tipo que está detrás de la máquina dice que no puede hacer nada, que es lo que hay. Te promete que la próxima vez te dará una ración recién hecha. Y tú le preguntas a qué próxima vez se refiere. Entonces se pone rojo, y Schnappi se ríe, al tiempo que te da un golpe con el hombro, de modo que dejas caer la mitad de las palomitas sobre el mostrador.

Encontráis la fila cuarenta y cinco, y os apretujáis allí, pues, como siempre, habéis llegado demasiado tarde y ya han empezado a pasar los anuncios, y todos se quejan y dicen cosas, en especial Jenni. Tú le enseñas un dedo, dándole a entender

que preste atención a la pantalla, de lo contrario le vas a tirar el Sprite por la cabeza. Entonces por fin te sientas, y Schnappi dice:

«Llegamos demasiado tarde, ya se han acabado los anuncios.» A lo que tú respondes diciendo que ya lo habías notado. Solo Nessi mantiene el pico cerrado, está allí sentada y parece como si prefiriese estar en otro sitio. Los tráilers de las películas empiezan, y en eso llega Stinke, que entra corriendo, y todos vuelven a quejarse, mientras Stinke va pasando encogida a lo largo de la fila, pisoteando a todo el mundo, y en cuanto ha tomado asiento, en cuanto todo se calma, suena el móvil de Schnappi, con su cómico sonido, pues ha hecho grabar la tos de su prima como timbre, aunque solo es chistoso cuando una no está en un cine. Así que todos empiezan a quejarse de nuevo, y Schnappi dice: «*Sorry, sorry*», y apaga el móvil. Por fin empieza la película, y veis un barco en un puerto, y todos están muy contentos y animados, y a ti te entran ganas de bostezar.

—¿Nos hemos equivocado de película? —pregunta Stinke.

—Tranquila.

Stinke se hunde en el asiento y dice que odia los días de cine.

—¿Y entonces por qué vienes?

—¿Y por qué no?

Bebes de tu Sprite, Schnappi se inclina hacia ti y coge de tus palomitas, se las mete en la boca y las escupe al momento.

—¡¿Qué es esto, cartón, o qué?!

Stinke suelta una risotada, y tú tampoco puedes contenerte, el Sprite se te sale por la nariz y gotea entre tus senos.

«Bueno, muchas gracias.»

En la pantalla, la gente está alegre por el inminente viaje en barco, llevan uniforme y tienen ese aspecto con el que uno se imagina a los yanquis los domingos. Eric se da la vuelta y te guiña el ojo. Stinke le pregunta si quiere hacer una foto, Schnappi le lanza unas palomitas a la cabeza, y tú dices que eso es asqueroso; entonces Jenni da una patada en el respaldo de tu asiento y hace «Chsss», para indicarte que te calles, y a ti te entran ganas de darte la vuelta y soltarle una hostia, pero entonces todo explota y a vosotras los corazones se os caen al suelo, y solo se ven llamas y más llamas, toda la pantalla está envuelta en fuego, y una explosión le sigue a la otra, y vosotras abrís la boca y ya no podéis decir nada más, ya no hay preguntas, pues no cabe duda de que habéis venido a ver la película correcta.

NESSI

Se levantan y salen, miran sus móviles, hablan, olvidan los cartones de palomitas arrugadas, sus vasos de papel vacíos, y se dicen cosas, bostezan, se tocan mutuamente el culo y para entonces ya han olvidado hace rato qué película acaban de ver. Son superficiales como un charco en el borde de la calle, y miran sus móviles como si fueran un GPS sin los cuales no podrían saber hacia dónde ir después de la película. Tienen mucho, y puesto que tienen mucho, quieren más y más, porque no conocen otra cosa. Ávidos, nunca satisfechos, nunca verdaderamente hambrientos, porque los están empapuzando constantemente, antes de que puedan sentir un poquitín de hambre.

Desearías no pertenecer a ese grupo. Están tan distantes de ti, que podrías llamarles a gritos y ellos no te oirán. Oirán tu voz, eso sí, pero no las palabras. Y cuando ya están todos fuera, vuelve la calma, como si la sala de cine contuviera el aliento. Solo se oye el murmullo en los pasillos, y entonces la puerta se cierra de golpe y se hace un absoluto silencio. La sala respira, jadeante. El mundo se ha apagado. El mundo eres tú, y tú lo que deseas es ser otra persona. Un roto en el telón es un roto en la pantalla y un roto en tu vida.

Te miras la muñeca, el tatuaje tiene un brillo opaco. «*Finito.*» No puedes apartar los ojos de esas seis letras y te preguntas qué pasaría si uno pudiera ver en sueños todas las cosas que no quiere ver en la vida real. Cosas ante las cuales uno cierra los ojos. Cosas que uno no quiere imaginarse porque son demasiado terribles. Y qué pasaría si todas esas cosas, un buen día, se saliesen de los sueños y aparecieran en la vida real. Daría igual entonces que las quisieras ver o no, porque ellas estarían allí y tú tendrías que verlas. ¿Qué pasaría entonces? ¿Acabarías con tu vida y seguirías con tus sueños?

«No lo sé.»

—Lo siento, me gustaría dejarte ahí sentada, pero no puede ser, tendría problemas.

Ella está de pie al final de la fila de asientos y tiene la misma edad que tú. Pelo corto y gafas redondas. Jamás te atreverías a salir de casa con ese aspecto. Seguro que escucha Beethoven y hornea galletas con su familia en Navidades. Te gustaría preguntarle si a veces no siente ganas de ponerse a gritar. También quisieras olerle la piel y decirle que no cabe duda de que ella es tan real como tú. Aunque suene descabellado, es eso exactamente lo que quisieras decirle. Seguro que ella no sabe en lo que se convertirá algún día, pero sabe que se convertirá en algo. ¿Y quién puede afirmar eso de sí mismo con absoluta certeza? Tú no, eso está más que claro.

—Lo siento —repite ella, y entonces os miráis y no puedes levantarte, estás como atornillada al asiento, y por mucho que te esfuerzas en ese instante no puedes moverte

del sitio donde estás. Tal vez ella se da cuenta o tal vez conozca esa sensación, porque te deja tranquila. Respeto. Se va de la sala de cine, y la puerta pega un golpe al cerrarse, y otra vez vuelve ese silencio. Tu mundo se ha apagado por un instante maravilloso. Estás sentada en la fila cuarenta y cinco, en el asiento dieciséis. La película se ha acabado, y las cosas de tus sueños siguen al acecho, las tienes en la nuca, y quieren hacerse realidad. Echas la cabeza hacia atrás, porque, hagas lo que hagas, en ese momento no te queda más remedio que llorar.

Todo en ti está mal puesto, está torcido, da igual cómo te coloques, nada está en su sitio. La camiseta, los vaqueros, el pelo, los pendientes, incluso tienes la boca torcida. Pareces un cuadro de Picasso, pero como si el pintor hubiera tenido un día de mierda. Un grano acecha junto a la nariz, y sabes que si ahora te lo aprietas, se convertirá en un desastre. Los grumos de la mascarilla yacen repartidos por tus mejillas. Te lames la punta del dedo y lo tapas con cuidado.

«Podría ser peor», piensas, cuando oyes a tus espaldas el ruido del inodoro y una de las puertas del baño se abre de golpe.

—¡Vaya días de mierda!

Schnappi tira un tampón envuelto en papel higiénico en una papelera, se detiene junto a ti frente al lavabo, mantiene las manos bajo el grifo y encuentra tu mirada en el espejo.

«Vaya ojos», piensas.

La madre de Schnappi se llama San y es oriunda de Vietnam, el padre se llama Edgar y es desde hace treinta años conductor del metro de Berlín.

Conoció a la madre de Schnappi durante unas vacaciones. Schnappi insiste en esa versión. No quiere que nadie piense que su padre solicitó a su madre a través de un catálogo.

Schnappi se enjabona las manos y pregunta si has entendido algo de la película. A ti no solo te gustan sus ojos, sino todo su ser, y en especial que tenga tanta energía. Ninguna de la pandilla es más leal. Sería ideal si hablara un poco menos.

—¿Qué clase de asesino es ese? Quiero decir, ¿no fue ese el que una vez hizo el papel de Jesucristo? ¿Acaso alguien que hace el papel de Jesucristo puede un buen día, de repente, hacer de asesino? Pues yo no lo creo. ¿Lo recuerdas? Jesús tuvo que arrastrar su cruz y nos lo torturaron así durante dos horas. Creo que ahí alguien quiso crearnos un gran complejo de culpa,

¿no te parece? Stinke se ha dormido en medio de la peli, pero la verdad es que no se ha perdido nada del otro mundo, nosotras estuvimos apartando la vista todo el tiempo, por lo asqueroso que era todo...

Schnappi puede hablar como si no hubiera un mañana. Si mantienes la boca abierta suficiente tiempo, ella empieza entonces otra vez desde el principio, como si cada conversación fuera un círculo que ha de cerrarse.

—... ya puedes imaginarte, yo no voy a participar en eso. ¡No voy a hacer de decorado de la pista de deportes! En cuanto tengamos las notas finales, en el instituto no me van a ver más el pelo, ¿o es que tú querías ir a esa fiesta? Nosotras haremos nuestra propia fiesta. Tal vez venga Gero, a ese podría comérmelo con cuchara. Mira esto. Creo que mis pelos están desgastados. Tal vez debería teñírmelos. Creo que estoy envejeciendo. Si un día llego a tener el aspecto de mi madre, me rompes la cabeza. ¿Prometido?

Bueno, ¿y ahora qué haremos? ¿Vienes al salón de juegos o no? En tu casa no hay nada, y quizá luego nos demos una vuelta por el bar de la Savignyplatz,

¿o no quieres venir por lo de Taja? Lo entiendo, pero ya sabes cómo es Taja.

Volverá cuando le apetezca, y hasta entonces deberíamos estar preocupadas.

Espera, que te voy a quitar esa cosa.

Entonces ella abre su mochila, que parece un osito panda cansado, y saca un lápiz corrector. Piensas en Taja y en los mensajes que le has dejado.

—Estate quieta un momento.

Schnappi es medio palmo más bajita, y tiene que ponerse de puntillas.

Te pasa el lápiz corrector, lo guarda nuevamente y dice que ha quedado perfecto. Te miras en el espejo.

«Perfecto.»

Schnappi se te engancha del brazo y te guía fuera de los lavabos, sube las escaleras y sale del cine como solo ella sabe hacerlo. Schnappi sería una magnífica guardaespaldas, te transmite la sensación de que siempre sabe lo que hace. Delante del cine no hay nadie, solamente frente al café Bleibtreu hay un par de personas sentadas.

—Y bien, ¿entendiste la película o no? Porque yo no he entendido nada, nada de nada, te lo juro.

Schnappi ríe y mueve una mano, pero entonces interrumpe la risa y te mira, te mira por fin como es debido, y dice:

—Joder, Nessi, no pongas esos ojos.

Quieres explicarle que no puedes poner otros ojos. No tienes ni idea de lo que a ella le gustaría que dijeras ahora, porque recuerdas la película como si en esas últimas dos horas hubieras estado ciega y sorda. Todo lo que te llega fluye a tu alrededor y desaparece sin dejar huellas, desaparece a tus espaldas, se marcha para siempre, se pierde. Pero luego tu aparato de pensar empieza a funcionar por fin y comprendes que en todo ese tiempo no se ha estado hablando de la película, que el lenguaje de Schnappi es un lenguaje secreto, dice una cosa y quiere decir otra. Durante todo el rato te hace la misma pregunta, simplemente, quiere saber lo que te pasa, por qué estás tan callada, mientras ella habla sin parar, y, por supuesto, tiene razón, porque poco a poco deberías ir dándole una respuesta, aunque no consigues encontrar

ninguna, por eso lo conviertes todo en una pregunta, y dices débilmente, muy bajito:
—¿Y qué pasa si estuviera embarazada?

SCHNAPPI

«Mejor ser una bocazas que tener las tetas pequeñas», ese siempre ha sido tu lema, pero es mejor que ahora no lo digas. Nessi debe escuchar algo diferente. Algo así como: —Vaya tontería, ¡tú no estás embarazada!

—¿Cómo que no?

—No estarás embarazada...

—Pero...

—¿Te has hecho la prueba?

—No.

—Si no te has hecho la prueba, entonces no estás embarazada, ¿de acuerdo?

Contra tu lógica Nessi no puede decir nada, por lo que la llevas a rastras hasta la Bleibtreustrasse, luego a la Kantstrasse y de allí directamente a la primera farmacia para regalarle una prueba de embarazo, como si la estuvieras invitando a comer un kebab, solo que esa prueba es bastante más cara.

—¿Por qué será tan cara?

La farmacéutica se encoge de hombros, como si la prueba no le pareciera cara. Leéis el manual de instrucciones y le susurras a Nessi que la farmacéutica es una de esas que nunca se quedan embarazadas y que por eso la prueba cuesta una fortuna. Entonces te diriges de nuevo a la farmacéutica y le dices con una sonrisa melosa: —¿Ocho euros? ¡¿Está usted segura de que esto cuesta ocho euros?!

La mujer pasa una vez más la cajita por el escáner.

El precio es correcto.

—Tenemos también el envase de dos —dice ella—, y ese cuesta diez noventa y cinco.

—Bueno, eso es una ganga —dices, y miras a Nessi. ¿Necesitamos dos?

—Dos estaría bien.

—Aceptamos la ganga —le dices a la farmacéutica, y le sonríes como si le hubieras tomado el pelo gracias a un truco brillante.

De la farmacia os vais al café más cercano. Antes de que el camarero pueda moverse, le gritas que solo necesitáis mear. En el baño, las dos os apretujáis en una de las cabinas. Nessi está pálida, para ella todo va demasiado rápido.

—Toma aire, bonita.

Nessi toma aire.

Los bastoncitos para la prueba están envueltos en papel transparente, y tú se los enseñas a Nessi, poniéndoselos delante de las narices.

—Ahora meas sobre esto y lo sabremos, porque mientras no lo sepamos no estarás embarazada. Esto es como las matemáticas.

Ella te mira como si hubieses estado hablando en vietnamita. Es un momento raro

en el que te preguntas por primera vez por qué Nessi se preocupa tanto en realidad. A tus ojos, ella es la madre nata. Vosotras, las otras chicas, sois o demasiado flacuchas o demasiado jóvenes o demasiado estúpidas para llegar a pensar en ser madres. Nessi, en cambio, no solo parece alguien que ya lo ha vivido todo, sino que tiene el aspecto de alguien que puede controlarlo todo si quiere.

«Un alma vieja», piensas, llena de envidia.

Hace un par de días tu madre volvió a llamarte aparte y te habló de esa pequeña aldea en la que ella creció. Conoces la historia de memoria, y sabes que no tiene sentido interrumpirla. Esta vez te enteraste de que ella ve cosas que nadie más puede ver. Almas. A tu madre siempre se le han dado bien las sorpresas. Ese día te explicó lo siguiente: «Algunas personas tienen almas jóvenes y otras las tienen viejas, y luego están las personas que no tienen alma.» Tú preguntaste luego qué quería decir eso de no tener alma, porque tu madre no sabe explicártelo todo. Sin alma las cosas no funcionan. Es como si alguien viniera al mundo sin corazón. Tu madre te dio entonces unos golpecitos con el dedo índice sobre la frente, y tú tuviste que prometerle que no te ibas a acercar jamás, nunca jamás, ni siquiera diez pasos, a nadie que no tuviera alma.

—Puedes reconocerlos siempre y en todas partes, porque tienen una mirada muy fría, y cuando te miran, te roban el aliento. Promete que nunca vas a dejar que uno así se te acerque ni a diez pasos.

Tú, por supuesto, se lo prometiste, de lo contrario todavía estarías sentada a su lado. Ese día te enteraste de que tu alma era joven e inexperta, y que tu vida sería un viaje largo y sin alegría.

«Gracias, mamá.»

Ahora te interesaría saber lo que tu madre diría sobre Nessi, que ahora te ha dejado confundida y que ojalá no esté embarazada, y que pregunta: —¿Qué quieres decir con eso de que es como las matemáticas?

—¿Qué?

—Has dicho que es como las matemáticas. ¿Por qué?

—Si reflexionas un rato sobre ello, le encontrarás sentido —le dices, y continúas hablando rápidamente—: pero es mejor que ahora no pienses sobre eso, sino que te concentres y mees encima de esto. Y no pongas ese chisme al revés. Mi vecina lo colocó mal en una ocasión, pero ella es una imbécil, una burra. Y a ver si no te meas en la mano, que eso es asqueroso. Aunque alguna gente diga que la terapia con orina es algo estupendo, no puedo imaginarme a mí misma lavándome la cara con mis propios meados, pues eso...

—¡Schnappi!

Levantas las dos manos en señal de disculpa.

—Ya me callo.

Nessi rompe el envoltorio pero no logra abrirlo. Se lo quitas de la mano, empujas el bastoncito fuera del celofán y se lo devuelves. También liberas el segundo bastoncito, para que todo sea más rápido. Ahora solo esperas que Nessi tenga ganas de orinar, porque sin orinar...

—Vamos —le dices.

Nessi sacude el bastoncito y lo mira.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos minutos.

Le alcanzas el otro bastoncito. Doble es más seguro.

Luego os apoyáis en la pared de la cabina y cada una de vosotras sostiene en la mano un bastoncito. Esperáis. El año pasado pillaste a tu madre en el baño. Estaba sentada en el borde de la bañera y se mordía una uña.

Tenía la piel casi transparente, como una de esas medusas que has visto en el mar Báltico. Tu madre sostenía una de esas pruebas de embarazo, del mismo modo que ahora la sostiene Nessi: en vertical, hacia arriba, como si fuera importante que el bastoncito esté en posición vertical mientras lo sostienes.

Sabías que tu madre no quería tener más hijos. Pronto cumplirá los cuarenta y ya tiene suficiente contigo. Nunca habéis hablado de ello, pero tú tienes claro que ella ha abortado. Desde entonces te preguntas si habría sido un hermano o una hermana. No hubieras tenido nada en contra de tener un hermano.

—Mira —dice Nessi en voz baja.

Tú la miras, miras el bastoncito en su mano y a continuación vuelves a mirar a Nessi.

—No voy a llorar —dice Nessi, y rompe a llorar.

STINKE

Te sientes como si estuvieras deslizándote de culo por la calle. Solo que no duele. Es una sensación increíble lo de ir sentada tan bajo. Miras a la derecha y podrías rascarle las rodillas a la gente de la acera. El Jaguar ronronea. Habláis poco, y eso también produce una buena sensación, dar vueltas por ahí en un coche sin hablar demasiado, entenderse sin palabras y dejarse llevar con la mente en blanco, con un cigarrillo entre los labios. Puro lujo.

—¿Tienes hambre? —pregunta Neil.

No, no tienes, tampoco tienes sed, simplemente estás satisfecha como hacía tiempo no lo estabas. Tu corazón aletea todavía, como si alguien te hubiera encerrado en el pecho uno de esos colibríes. «Aleteos. Aleteos.»

Miras a Neil de reajo y no piensas nada, lo haces sin más, y le pones una mano sobre el muslo. Neil no reacciona, no te mira, no dice nada, sigue conduciendo, con las manos en el volante y el aire dándole en la cara.

Sencillamente tienes que preguntarle.

—¿Adónde vamos?

—¡¿Qué?!

Se lo gritas.

—A bailar —responde él.

—Bien —le dices, y dejas tu mano en su muslo.

El portero no quiere dejarte pasar. Neil saca un par de billetes, pero el portero sigue sin querer dejarte pasar, entonces Neil se lo lleva aparte. Es tan alto como el propio portero, pero la mitad de ancho. Le habla en voz baja.

Con mucha soltura. A continuación, el portero vuelve a mirarte, se pasa la mano por la frente, como si hubiese recibido un golpe, y te hace una seña para que entres. Ya no hay problema. Incluso te sonríe. Ese tipejo no conseguiría acabar en tu cama ni aunque fuese el último tío en el mundo.

—¿Qué le has dicho? —preguntas.

Neil simula una pistola con el pulgar y el índice, te la coloca sobre la sien y ríe.

—Lo amenacé.

Avanzáis entre la multitud, el centelleo de las luces es cegador, y huele a cigarrillos y a niebla artificial, y también hay un tenue olor a limón. En la barra hay un sitio libre, y os apoyáis contra el mostrador, os gritáis al oído y reís con ganas. Sobre la barra hay un espejo de por lo menos diez metros de largo y por un instante terrible no te encuentras en él. Las palmas de tus manos se te humedecen. Ves a Neil, ves a la gente que está a vuestro alrededor, la luz, el humo, la niebla, pero tú no estás allí. Como una vampira.

Invisible. Entonces ves tus pelos recogidos hacia arriba, ves tus morritos, encuentras tu propia mirada, y a continuación te preguntas si en realidad eres tan bajita e insignificante como te dice el espejo. Jamás te habías visto de ese modo. «Eressh una besshtia del sexo», te decía siempre Alberto. Pero ese decía muchas cosas.

—¿Te gusta? —te pregunta Neil, a gritos, y tú sueltas un «¡Yeah!», aunque no te va mucho esa música. No obstante, te mueves como si en todo el día no oyeras otra cosa que no fuera *soul*, solo falta que cantes. Pero, antes de llegar a ese punto, Neil te alcanza una cerveza con una rodaja de limón en el cuello de la botella, y brindáis, y al momento la cerveza se ha terminado y os ponéis a bailar, y os acariciáis, y todo es como debería ser, e incluso, luego, un poco mejor. Puedes oler a Neil entre todos los demás olores, su perfume, el sudor que hay debajo, y huele bien, huele tan bien que te aprietas contra él, y él sonrío y te rodea con sus brazos y te dice al oído: —¿Al baño?

Lo que quisieras es seguir bailando, esa es la verdad, el ahora, pero le agarras la mano y lo sigues a los lavabos. Te das cuenta de que piensas demasiado. Te faltan esos pequeños momentos especiales. Quieres detenerte y decir que todo va demasiado rápido.

«Ni siquiera me ha besado. Ni siquiera me ha tocado. Ni siquiera...»

«Deja ya de pensar, Stinke», te reprendes a ti misma, y te llevas la mano a la boca con la esperanza de que tu aliento no huelga mal, y también esperas que el maquillaje no se te haya corrido con el sudor, y también intentas recordar qué bragas llevas puestas.

«Por favor, que no sean las rojas con la florecillas azules, por favor.»

Neil entra en el baño de los hombres y pasa junto a dos tipos. Cierra las puertas, encuentra una cabina vacía y te arrastra dentro de ella junto con él.

Cierra la puerta y pasa el pestillo.

«Prisioneros.»

La música ahora no es más que un murmullo. La luz negra hace que los dientes de Neil brillen, sus glóbulos oculares centellean como el fuego de magnesio que has visto en la clase de química. Frío y extraño. El temblor nervioso te va abandonando en pequeñas oleadas, el colibrí, cansado, se desploma en tu pecho. Has perdido clase, te muestras temerosa y cohibida.

Ya no te sientes como te sentías cuando subiste al coche con Neil. Eres una mano extendida. Desnuda y sensible. Sería bueno que pudieras apagar esa voz en tu cabeza: «Si ahora me besa, lo haré todo. De lo contrario, no funcionará. No voy a hacer ningún disparate. Lo haré todo con él, porque creo que Neil sabe lo que hace, él me va a...»

—Tengo un problema —dice él, interrumpiendo tus pensamientos.

—De acuerdo —dices demasiado rápido, e intentas sonreír.

—No, en serio —dice Neil, y te habla de esa chica—: ¿Tal vez la has visto? ¿Al otro lado de la pista de baile? ¿Casi directamente bajo la cabina del DJ? ¿No te llamó la atención? ¿No?

Bueno, no es tan importante, en cualquier caso Neil ha venido desde Hamburgo a Berlín por ella. Claro que él también quería ver a su padre, pero en realidad solo ha venido por esa chica, y no sabe qué hacer ahora. Necesita ayuda. Tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Sí.

—¿Y por qué yo?

Él cierra los ojos, como si no pudiera soportar más los lavabos con todos sus garabatos y mamarrachadas. Cuando te mira de nuevo, tienes la sensación de que acaba de despertar. Su mirada casi da pena, es como si estuviera a punto de echarse a llorar. «No, deja eso», piensas, y lamentas al instante haber venido con él hasta aquí. Los problemas con las tías deben resolverlos los propios tíos. ¿Te abordó y te dio la brasa por eso? ¿Es que tienes aspecto de un jodido paño de lágrimas?

—¿Acaso te parezco un jodido paño de lágrimas?

—Pareces auténtica —te dice Neil, y se apoya contra la puerta del baño y vuelve a cerrar los ojos—. Es lo único que sé.

Su nombre es Kira. Neil la conoció en una fiesta en Hamburgo y estuvo con ella. Luego la perdió de vista, y Kira desapareció, sencillamente se largó.

Y Neil empezó a arder, así lo dice él, literal.

—Empecé a arder.

Averiguó que Kira vivía en Berlín con la amiga de un amigo, y le pidió el coche prestado a su madre. Kira no sabe que él está aquí. Y Neil no sabe qué hacer. Y tú estás en el medio, y te sientes como si todavía estuvieras en el cine, en la última fila, con la pantalla algo desenfocada, con la gente gritando, mientras ven una aburrida mezcla de crisis de pareja y comedia sexual.

«Veremos quién es el primero que ríe», piensas cuando estáis de nuevo en la barra. Neil ha conseguido dos botellas de cerveza y pregunta qué te parece Kira.

—Échale un vistazo —te ruega.

Tú miras hacia allí; Kira, por supuesto, es otra de esas depiladas. Pelo liso, cara lisa y, cuando ríe, sus dientes también son lisos. Te recuerda un poco a Taja, una de esas chicas que todos quieren tener por amiga. Solo que Taja no es tan «lisa», tiene ángulos y aristas, y eso la hace especialmente atractiva. Pero tú no quieres pensar ahora en Taja. Neil está esperando una respuesta. Pero ¿qué quiere oír? Que su Kira tiene un aspecto impresionante, que tú desearías que ahora esté teniendo uno de esos días y que se esté haciendo la tonta. Pero las chicas como Kira no se hacen las tontas, y sus días solo les llegan cuando nadie las está viendo.

—¿Qué impresión te causa?

Tú miras al techo. ¿Qué le pasa a este tío?

—Mírala tú mismo.

Neil niega con la cabeza, no, no puede hacerlo. Mira fijamente al espejo que está encima de la barra. No puede, no quiere mirar hacia allí.

—Pero ¿qué te acojona? Esa no es más que una tía como otra cualquiera, seguramente se acuerda de ti. Tú ya no tienes dieciséis años, ¿a qué viene tanto miedo?

Neil hace girar la botella entre sus manos, luego alza los hombros y se queda allí como un idiota, con los hombros alzados. No te queda más remedio que preguntarle: —¿Estás enamorado?

Sus hombros bajan de nuevo, su mirada te evita, y se clava en el espejo situado encima de la barra.

«Has acertado de lleno.»

Ríes.

«¿Y todo eso porque está un poquito enamorado?»

—Estoy maldito —dice él.

—¿Qué?

—No, de veras. Me pasa desde que tengo uso de razón. Y no para. La busco, la busco y no la encuentro. Me comporto como un idiota y ni siquiera puedo... ¿Tú nunca te has enamorado?

—Gilipolleces.

—¿Qué son gilipolleces?

—Pues lo de estar enamorado. Eso es una gilipollez. Eso es para los que no tienen nada mejor que hacer. Por eso yo no me enamoro, ¿entiendes? Para eso me hago daño y me pellizco yo misma.

—No es igual.

—No sabes cómo pellizco.

Neil da un paso atrás, tú lo agarras del brazo. Bebes un trago de su cerveza, aunque tu botella está todavía medio llena. Vaya aguafiestas que es este tío.

—Entonces, ¿nunca has tenido novio? —pregunta él.

—¿Quieres una lista?

—¡¿Y ni una sola vez te has enamorado?! No lo creo.

Neil aparta la mirada del espejo y te mira directamente a los ojos. Son unos reflectores. Notas que, a causa del susto, un poco de cerveza se te sale por las comisuras de los labios, y dejas de nuevo la botella en su sitio.

—Yo me enamoraría de ti ahora mismo —dice él—. Si Kira no estuviera ahí, estaría loco por ti.

Toses. Esto es como un *thriller* psicológico. Ahora tú solo tienes que ir hasta allí y romperle la cabeza a esa Kira, y ya tendrías un nuevo novio que, además, estaría

enamorado de ti.

—Bien, yo me ocuparé de ella —dices, y vas hasta donde está Kira.

Mientras avanzas a duras penas entre la gente que baila, no puedes sacarte de la cabeza la frase de Neil. «Pareces auténtica.» En realidad quizá era un insulto. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Y por qué te escogió precisamente a ti?

«¿Porque yo estaba allí sola, porque no había nadie más cerca, porque...?»

Todo basura. «Nada es casual», dijo Indi una vez, todo pasa como debe pasar. ¿Por qué ibas a dudar de eso ahora? ¿Por qué eres tan jodidamente insegura? Espera a oír lo que dirán tus amigas cuando oigan lo que te ha pasado. Se pondrán verdes de envidia y no te creerán ni una palabra.

—Hola.

Te detienes delante de Kira, te metes las manos en los bolsillos traseros del pantalón y sacas pecho. Ella te sonrío, tiene unos veintipocos, le pega mucho a Neil. Kira se inclina hacia delante y tú también lo haces, como si quisierais abrazaros, pero entonces tú le dices tu nombre al oído, tu nombre verdadero.

—Con dos eles —le explicas, y ella te ofrece la mano. Tienes los dedos fríos como el mármol, destellos verdes en las pupilas.

«Mierda, es guapa la tía.»

—¿Conoces a aquel tío de allí? ¿El que está junto a la barra?

Kira mira por encima de ti. Neil sigue dándoos la espalda. Tú estás segura de que os está observando a través del espejo de la barra.

—Es el tipo que está apartando la vista. El de la trenza. Es mi amigo. Lo conociste en Hamburgo en una fiesta. Luego él te siguió hasta aquí y me ha traído a este lugar. Quería que yo te viera. ¿Lo entiendes? Para que yo te vea y lo comprenda. Está un poco confundido, por tanto viento en la cara, supongo. No sabe a quién quiere. Si a ti o a mí. ¿Tú lo quieres?

—¿A quién?

Kira está flipando, puedes verlo en su ceño fruncido, ves que no sabe de quién estás hablando.

—Neil.

—¿Neil?

—Sí, Neil.

—Jamás he oído ese nombre.

—Oh.

—¿Es simpático?

—Mucho.

—*Sorry*.

—¿*Sorry*, por qué?

—Porque está confundido, pero la verdad es que yo no lo recuerdo.

Tú asientes como si entendieras.

—Bueno, se quedará hecho polvo... —le dices, y vuelves donde Neil.

—¿Y?

Te pregunta sin darse la vuelta, con los ojos fijos en el espejo, os ha estado observando todo el tiempo y ha raspado la etiqueta de la botella de cerveza. Vamos, un cobarde. Pero está bien, también tiene que haber cobardes. Le pegas tus labios al oído y le dices:

—Ella quiere hablar contigo —le dices, antes de darte la vuelta y dejarlo solo en la barra.

Y ahora estás ahí, todavía temprano, la noche acaba de comenzar y podrías esperar a la pandilla en el parque. Podrías si quisieras, pero ¿qué es lo que quieres?

Sientes como si hubiera pasado un día entero. El tiempo con Neil se ha extendido como si alguien hubiera agarrado los minutos y los hubiera estirado.

«Como mínimo podría haberme besado.»

Te imaginas cómo habría sido. Sus labios, los tuyos, y adelante. No hay nada que hacer. No tienes fantasía. En cuanto la cosa se pone seria, la pantalla se queda en blanco. En tu boca queda el sabor de la cerveza y del limón, y te recuerda a una playa, el mar, crees oír el rumor de las olas, pero no eres capaz de imaginarte un simple beso.

«Una mierda.»

Miras al cielo. Estrellas sobre Berlín: eso siempre es un milagro. «La ciudad está demasiado iluminada —te explicó una vez Schnappi— y por culpa de todas esas luces no puedes ver el cielo. Los reflejos y esas cosas.» Esa tía lo sabe siempre todo. No obstante, deseas que ahora ella estuviera allí. Ella y Rute y Nessi. Y Taja, claro, también Taja. Ella enseguida sabría lo que has hecho mal con Neil.

La añoranza empieza a entrarte en el cuerpo, y te muerdes el labio inferior.

«Taja, ¿dónde estás?» Un agujero en la barriga, atravesado por el viento, y allí hay siempre un punto frío, da igual lo que uno haga, ese punto jamás se calienta. Han pasado seis días y tú ya ni puedes recordar su cara.

«¿Qué pasaría si se ha ido para siempre?»

—¿Qué haces ahí arriba?

Miras a la derecha. Ahí está Neil, de pie al lado de su Jaguar.

—Busco estrellas —le respondes, y bajas del techo del coche.

Neil se frota la cara con ambas manos.

—¿Has estado llorando?

Él deja caer las manos. No ha estado llorando. Pero está acabado.

Entonces dice:

—No se acuerda. Dice que estaba tan borracha que ya no recuerda ni en casa de

quién se celebró la fiesta.

Esperas a ver si dice algo más, pero no. No puedes dejar de preguntar: —¿Y entonces? ¿Todavía estás enamorado?

Él vuelve a alzar los hombros y los deja caer, lo cual quiere decir cualquier cosa, pero entonces abre la puerta del copiloto y tú subes al coche.

Él va al otro lado del coche. Tú te pones el cinturón, él también lo hace, arranca el motor y os vais. Te das cuenta de que no hay mucho que decir, examinas tu cara en el retrovisor y te dedicas una sonrisa, al tiempo que cruzas tus manos, satisfecha, sobre el regazo.

Están en el parque como un grupo de cuervos atiborrados; a su alrededor hay cajas de pizza y latas de cerveza. Es tu pandilla. Neil no quiere conocerlos, ni siquiera se baja, se queda sentado en el coche y te garabatea su número en la entrada del cine, luego te dedica una sonrisa cansada y dice: «Por si cualquier cosa.» Probablemente ni se dé cuenta de tu beso; sin embargo, tú sí que notas la delgada película de sudor que cubre su mejilla, y te lo imaginas regresando a Hamburgo por la autovía, viajando durante horas, solo, hasta los camiones le adelantarán. Y hay algo que sabes con toda seguridad: pronto se olvidará de Kira, pero no de ti.

SCHNAPPI

Nessi mira a través de la calle y evita tus ojos. No quiere ir con vosotros al parque, no quiere ver a los demás, no quiere hablar, no quiere nada. La cuestión es: ¿qué quieres hacer tú ahora? Tu mejor amiga está embarazada y tú no puedes desaparecer ahora así, sin más, y dejarla sola, eso no está bien.

—No se lo cuentes a nadie —dice Nessi.

—Primero te llevo a casa —dices, evitando su ruego, lo cual no es nada estúpido, porque no sabes si podrás mantener la boca cerrada. Siempre te ha costado guardar los secretos. Solo existen para ser compartidos.

—Gracias.

Y aunque no te queda de camino, llevas a Nessi en la bicicleta hasta la Nollendorfplatz. Es una imagen graciosa. Una enana que apenas llega a los pedales, y detrás una gigante abrazando a la enana, como si la más tenue brisa pudiera separarlas.

Atravesáis la Kurfürstendamm, y al llegar a la iglesia memorial, bajáis por la acera, los turistas os ladran. Durante el viaje le hablas de tu madre en la bañera, aunque en realidad no sabes lo que tu madre estaba haciendo aquel día. Tu boca es como una ametralladora a la que nunca se le acaba la munición. En dos ocasiones se te escapa la palabra «aborto», y te muerdes la lengua para frenar el torrente de palabras. Nessi no reacciona. Sigue aferrada a tus caderas y tiene la cabeza apoyada en tu espalda. Cuando os detenéis en la Winterfeldplatz, ella se queda sentada y tú esperas un minuto, y otro, hasta que le dices que ya habéis llegado. Nessi se baja, se seca los ojos y mira hacia arriba, al bloque de pisos de alquiler, como si la hubieras traído hasta un campo del Gulag.

—¿Adónde vas en realidad?

Te asustas. Vuelves la cabeza. Deberíamos empezar a preocuparnos por ti. Nessi sigue sentada en la parte trasera de la bicicleta, y tú estás todavía encima del sillín, sintiendo su cálido seno sobre tu espalda. Nessi ha hecho una buena pregunta. ¿Adónde vas en realidad? No estáis en la Winterfeldplatz, delante del edificio de Nessi, ni siquiera estáis en los alrededores, sino que os encontráis viajando a toda pastilla por Charlottenburg, más exactamente a través de la Krumme Strasse, y, para ser más exactos aún, camino de la Stuttgartplatz.

«En algún momento la voy a palmar», piensas, e intentas controlar el temblor de tus brazos.

Durante tu primer apagón mental, hace dos años, estabas en una clase, y en eso sonó el timbre del recreo. Saliste al exterior para comprarte un chocolate en el kiosco, y estuviste charlando con un chico con el que siempre habías querido charlar. Stinke

fue la que te trajo de nuevo a la realidad, dándote una patada a la silla, por atrás, y en ese momento volviste al aula, y Stinke quiso saber si podías darle un chicle. Tú no entendiste lo que había ocurrido. Lo habías sentido todo de un modo tan auténtico y real que aún podías saborear el cacao en tu boca.

La segunda vez fue un mes más tarde, en una fiesta. Habíais pasado casi todo el rato jugando al *strip-poker*, y cuando te aburraste, bajaste para bailar un rato. Dos canciones más tarde estabas completamente sudada y feliz, y querías ir a buscar algo de beber, cuando Rute te dio un golpecito en la frente y dijo que le gustaría ver si te estabas marcando un farol o no, porque quien sudaba tanto como tú solo podía estar marcándose un farol.

Miraste a las que estaban a tu alrededor desconcertada. Estabas todavía jugando al póquer, y tu mano era una mierda. Pero allí estaba el recuerdo del baile y también las gotas de sudor en tu frente.

Tus amigas no saben nada del asunto. Tienes miedo a que te tomen por una loca y te internen en una clínica. Probablemente eso lo heredaste de tu madre. Ella dice de sí misma que es una chamán, y afirma que puede sentir cuándo los muertos le pasan al lado. También cree firmemente que cada persona ha de cruzar un abismo, antes de ser una persona auténtica. Sea lo que sea eso de ser una persona auténtica, tu madre dice muchas cosas, cuando el día es largo, y también dice que ella solo puede morir en Vietnam, en ningún otro lugar, y no hay quién la haga desistir de esa idea. Tú has consultado esa palabra y estás segura de que tu madre no es una chamán, porque ella jamás ha puesto sus capacidades al servicio de la comunidad, así que lo que mejor le pega es el calificativo de bruja.

Han transcurrido dos años, y en este tiempo has tenido uno de esos lapsos por lo menos una vez al mes. Esa es la denominación para esos sueños que tienes despierta, que, en realidad, no son solo sueños. No es un corte en la película, tampoco un fundido en negro. Tengas lo que tengas, nadie ha escrito sobre ello. La pena es toda tuya. Por eso no te sorprende ni un segundo que hayas llevado a Nessi en la parte de atrás de la bici durante un kilómetro a través del tráfico de Berlín sin que hayáis ido a parar bajo las ruedas de un coche.

«La práctica hace al maestro», piensas, y te gustaría que tus brazos dejaran de temblar de una vez.

Y ahí estás de nuevo, con arena en el engranaje. Has cometido un error, debiste llevar a Nessi a casa. Mírala, no está del todo presente, es como una de esas muertas en apariencia, que van con la mirada perdida por el barrio y un día se te tirarán al cuello si no prestas atención.

Nessi deja la mitad de su pizza y vacía una cerveza entera, luego da una calada a un porro y aguanta la respiración, hasta que el humo ha desaparecido en ella y solo sale aire caliente.

«Eso no está bien, nada bien.»

Desearías que esos chicos desaparecieran, entonces podríais hablar. Los chicos son Indi, Eric y Jasper. Pero también podrían llamarse Karl, Tommi y Frank. Hace un año hubiera supuesto una gran diferencia, pero en algún momento todo eso cambió. Como si el final del instituto hubiera apagado también vuestro interés. Rute es la única excepción. Ella flirtea con los tres chicos, y tú podrías apostar a que por lo menos uno de ellos tiene una erección. Te deslizas hasta donde está Nessi y no puedes dejar de pensar en Taja. Solas sois unas inútiles, juntas sois fuertes.

Primero desaparece Taja, luego Stinke. «Las hermanas de sangre no deberían dejarse tiradas.» Eso es lo que te gustaría susurrarle a Nessi, sobre todo, pero Nessi pensaría de inmediato que es ella la que te ha dejado abandonada, así que mejor cierra el pico.

Suena un pitido dos veces, Nessi saca su móvil de la chaqueta. «Que no sea ese Henrik —piensas—, que sea cualquier otro, pero no Henrik.» Conoces a un montón de idiotas, pero Henrik está entre los primeros de la lista. Nadie debería quedarse embarazada de un tío como ese. Sabes de lo que hablas. Os habéis besuqueado un par de veces y te dejó tirada cuando no quisiste acostarte con él. Henrik es como un anuncio de la tele, que a todo el mundo le parece chistoso y olvida de inmediato, porque hay muchos otros anuncios que son igual de graciosos.

Rute señala a algo por encima de tu hombro.

—¡Vaya, mira quién viene por ahí!

Te das la vuelta. Stinke se baja de un cochazo, hunde sus manos en los bolsillos traseros del pantalón y empieza a caminar hacia vosotros.

El alivio inunda tu cuerpo con tal fuerza que empiezas a reír estúpidamente.

«Ahora todo saldrá bien.»

—Oye, ¿dónde has estado? —pregunta Rute.

—¿Dónde piensas que he estado? —responde Stinke, y ni siquiera se da la vuelta cuando el Jaguar rojo se marcha.

—He estado de viaje, primero en Tenerife, luego en Malibú.

La pandilla silba y ríe, Nessi levanta la vista de su móvil y sonrío con gesto de cansancio. Stinke dice que necesita comer algo, pero pronto, rápido, y va hacia el kiosco de las pizzas. A Rute le viene a la mente la misma idea que a ti, y las dos corréis detrás de Stinke. Nessi ha quedado olvidada por un instante. Queréis saber lo que Stinke ha estado haciendo con el tío del Jaguar.

—Apenas puedo caminar —responde ella—, así de cachondo era el tipo.

Rute y tú pegáis un chillido; aunque no quieres hacerlo, ese chillido se te escapa

de la boca, sencillamente. Te llevas de inmediato la mano a la boca y la envidia hace que los ojos se te pongan vidriosos. Si te los frotases ahora, saldría polvo de estrellas, sin duda.

—¡No es cierto! —dice Rute.

—Claro que es cierto.

—¡Di que no es verdad! —le exigés.

—Sí que lo es.

—Bueno, ¿y qué se le va a hacer?

El tipo de las pizzas os sonrío. Tendrá unos cuarenta y tantos, lleva una camiseta estúpida y tiene tanta grasa en el pelo como si hubiese pasado la semana metido en una freidora. Stinke lo ignora y estudia el menú, aunque siempre pide la misma pizza.

—¿Quién es? —pregunta Rute.

—¿Quién es quién?

—Joder, el tío del Jaguar.

—Ah...

Stinke tuerce la cara, como si tuviera dolor de muelas.

—¿Qué pasa? —preguntas tú.

—Joder, tía, ¿qué tienes? —replica Rute.

Hasta el tipo de las pizzas se inclina hacia delante, como si supiera de qué estáis hablando.

—Pues mira, he olvidado preguntarle su nombre —dice Stinke, y pone grandes ojos de niña inocente, como solo puede ponerlos alguien que sabe exactamente que la inocencia es para un pedazo de mierda hipócrita que se abre de piernas por un trozo de pizza.

Camináis hasta el Lietzensee. Los chicos quieren ir al parque, porque creen que cuando la luna brilla y todos estéis sentados en la orilla, la cosa se pondrá romántica y quizá alguno pille cacho. Vosotras les dejáis que se lo crean, porque así cierran el pico y tratan de hacerlo todo bien.

Junto a la orilla, hacéis un hoyo en la hierba, arrugáis un poco de papel y metéis algunas ramas secas. Indi lía el segundo porro de la noche, y os sentáis allí, soplando el humo para espantar a los mosquitos y hablando en voz baja, como si no quisierais molestar a la noche. Jasper pone alguna musiquilla en su móvil, un perro ladra en la otra orilla, y ahora sería magnífico que pudieras cerrar los ojos y entrar en uno de esos lapsos mentales tuyos, porque lo que va a pasar ahora mismo no te gustará.

Uno de los chicos fue el primero en darse cuenta.

—Oye, ¿qué le pasa a Nessi?

Miras a tu alrededor. Nessi ya no está sentada con vosotras, está agachada junto a la orilla, y extiende primero una pierna, luego la otra. Sin hacer ruido, se va metiendo en el agua. Totalmente vestida, por supuesto. Los chicos sueltan una risotada. Tú

intentas levantarte, pero Eric te retiene y pregunta si tú también quieres ir a bañarte o qué.

—¡Nessi!

Stinke corre hacia la orilla, de repente todos están allí, mientras tú sigues sentada sobre la hierba, como un paquete que alguien ha olvidado enviar, y cuando por fin te ves al lado de tus amigas, ves a Nessi con los brazos extendidos, flotando en medio del lago. Sencillamente, flota allí, y se hace la muerta, mientras los chicos gritan y la llaman el «monstruo del lago Nessi», y vosotras le gritáis que debe regresar, e incluso desde el hotel de enfrente alguien le grita alguna tontería desde una ventana, pero Nessi no reacciona.

—Ya volverá —dice Stinke, y señala hacia la hierba, donde están la cartera y el móvil de Nessi.

—Si no quiere que su móvil se le moje, es porque tiene intención de volver.

—En todo caso, yo no voy a ir a buscarla —afirma Indi, y escupe en el agua.

—Vaya sorpresa —dice Stinke.

Los chicos se sientan de nuevo alrededor de la fogata. Para ellos es algo interesante lo que está sucediendo, pero allí, en el lago Lietzensee, no está pasando nada en ese momento. Vosotras, las chicas, os quedáis de pie junto a la orilla, y Rute dice que seguramente Nessi ha tenido algún disgusto con Henrik, tú agregas que Henrik es idiota, y Stinke que vaya descubrimiento, y añade:

—Tal y como se está comportando Nessi, no cabe duda de que está embarazada.

—Yo no lo he dicho.

Tus amigas te miran sorprendidas.

—De verdad, no lo he dicho —añades rápidamente.

—Mierda —dice Rute.

—Joder —dice Stinke.

Nadie necesita confirmar ahora que eres una de las peores personas en este mundo para guardar un secreto.

—De verdad, no he sido yo la que lo ha dicho —repites, y suena tan débil que durante un rato no se te ocurre nada más que hacer, salvo mirar fijamente al Lietzensee y confiar en que Nessi permanezca todavía un rato más en el agua.

II

*so you lost your trust,
and you never should have*

*coldplay
see you soon*

EL VIAJERO

El país no volvió a hablar de ti durante casi dos años. Pero tú no habías desaparecido ni te habías ocultado. No eres de esas personas que poseen una doble identidad. Lo del doctor Jekyll y mister Hyde es para ti un absurdo. Tú regresaste a tu vida. Sin hacer ruido. Faltaste ocho horas, ocho horas, en las que nadie te echó de menos.

Tu vida siguió su curso.

Te levantabas por las mañanas y tomabas tu desayuno. Eras valorado en tu trabajo. Almorzabas con tus colegas y charlabas. Ni una sola sombra cruzaba tus pensamientos. Tú eras tú. Los fines de semana cumplías con tus deberes familiares y visitabas a tu hijo de dieciséis años durante un par de horas. Tu mujer os había preparado algo de almorzar, y luego, discretamente, te ponía delante las facturas. Os separasteis de mutuo acuerdo, ninguno habló de divorcio, pues ninguno de los dos quería dar el último paso. Así que cada fin de semana guardabas aquellas facturas, le dabas un beso al chico en la cabeza a modo de despedida y te ibas luego nuevamente a tu apartamento de tres habitaciones.

Algunas noches te encontrabas con amigos, otras te quedabas solo, sentado delante del televisor, contemplando el mundo, viendo cómo este se salía más o menos de su quicio. Estuviste de vacaciones, ahorraste algún dinero y te operaron dos veces de la rodilla. No pensaste en ningún momento acerca del invierno o del atasco en la A4. Viste los reportajes en los periódicos y oíste las noticias en la radio.

Cuando ponían algún reportaje en la televisión, cambiabas de canal con desinterés. Sabes lo que has hecho, no hay motivo alguno para seguir pensando sobre ello. Tú eres tú. Y, solo al cabo de unos dos años, el Viajero regresó.

Es octubre.

Es el año 1997.

Es de noche.

Nos encontramos en pleno otoño, y a ti no se te va esa sensación de que el verano no se quiere marchar. El tiempo está moderado, es agradable. Los fines de semana hay tormentas y la temperatura cae por las noches hasta por debajo de los diez grados. Parece el último suspiro del verano.

Llevas cuatro horas en la carretera y pretendes detenerte en una de las áreas de descanso para hacer una breve pausa, pero los aparcamientos están repletos de camiones articulados, así que continúas conduciendo y pones el intermitente al llegar a la siguiente gasolinera. Tampoco allí hay sitio. Los camiones, con sus remolques, te recuerdan casas abandonadas, de esas que ruedan por los campos sin estarse quietas jamás. Todavía te quedan ciento ochenta kilómetros para llegar a casa. No eres de

esas personas que van hasta el límite y luego se vienen abajo por el agotamiento. Ese no eres tú.

Después de pasar junto a las bombas de gasolina, aparcas a la sombra de un remolque, bajas del coche y te estiras. Durante unos minutos permaneces inmóvil en medio de la oscuridad y escuchas el ronroneo del motor. A lo lejos se oyen unos pasos, el ruido de los grifos, de motores que arrancan, el rumor de la autovía. Entonces se oye un crujido. Miras a tu alrededor. Al otro lado del aparcamiento hay una hilera de árboles sin hojas que se alzan hacia el cielo de la noche. En una de las ramas hay un cuervo. Se mueve como si quisiera llamar la atención. Y en ese preciso momento te das cuenta de que jamás habías visto un cuervo de noche. Gaviotas sí, y lechuzas, incluso llegaste a ver una vez un azor sobre una señal de tráfico, pero nunca un cuervo. Inclinas la cabeza. El pájaro te imita y luego mira hacia un lado.

Tú sigues su mirada. A trescientos metros de la gasolinera hay un motel.

Encima de la entrada brilla un neón de color rojo. Una mujer sale. Va hasta su coche, sube y se marcha.

Sabes muy bien lo que pensaste.

Pensaste: «Ahora hay una habitación libre.»

Hay siete cámaras en la gasolinera y unos ochocientos coches han pasado por delante de esas ventanas en ese tiempo. La policía ha verificado todas las matrículas. Se creó una brigada especial, una brigada que al año siguiente no se ocupó de otro caso que no fuera ese. Horas extras, frustración, sospechas y una enorme cantidad de idiotas que afirmaron que habían sido ellos. Los periódicos se volvieron como locos, todas las demás novedades perdieron su interés. Pero no tenían nada que ofrecerles a los lectores. Salvo los muertos.

Caminas hacia el motel, entras al vestíbulo y no te sorprende que no haya nadie en la recepción. Es tarde. De una radio sale música. Sobre la recepción cuelga un cartel negro con una flecha blanca que señala un botón.

En el cartel dice: «Por favor, tocar.»

Tú no lo haces.

Desde un cuarto trasero llega el centelleo de un televisor. Entras en esa habitación, una mujer duerme en un sofá desplegable, está tapada hasta el cuello con una manta de lana. En la mesa que tiene delante hay una bandeja de plástico con un plato precocinado. Restos de guisantes. Puré de patatas.

Un pedazo de carne. Al lado hay una botella abierta de Fanta y un vaso vacío.

Te sientas frente a la mujer, en el sillón, y te relajas. El murmullo que llega desde el televisor, el sueño de la mujer, el silencio de la noche. Cuando sales de la habitación, dejas el televisor encendido. La manta de lana se ha movido, la colocas cuidadosamente otra vez sobre el cuerpo de la dama, y la remetes en los extremos.

El motel tiene dos plantas arriba, y en cada planta hay dieciséis cuartos, en la planta baja hay diez. Observas el croquis de los pasillos. Bajo el mostrador de la recepción encuentras una caja. Y en ella hay tres llaves maestras.

Subes hasta la última planta por la escalera.

Abres la primera puerta y entras. Te quedas a la entrada y sales otra vez. También abandonas la segunda habitación al cabo de pocos segundos.

Niños. El olor de los niños. Después de haber entrado en la tercera habitación, respiras profundamente, y te responde una sola respiración.

Cierras la puerta. La oscuridad te rodea.

Estás en el lugar correcto.

Si pasaras hoy por esa gasolinera, podrías ver que el motel está cerrado.

La visión te recordaría aquella noche de hace doce años: sin luces en las ventanas, con las cortinas inmóviles, la calma. El parpadeante neón situado sobre la entrada está roto. Y aunque el aparcamiento estuviera repleto, ya nadie aparca un vehículo delante del motel. «Está maldito», dicen. La maleza se ha abierto paso a través de las grietas, como si quisiera servir de apoyo a la fachada. Ya nadie pone flores delante. Las velas mortuorias también han desaparecido. Solo hay un horrible grafiti de color amarillo chillón sobre la entrada: «*Forever Young.*»

Casi dos años después de lo ocurrido en la A4 has vuelto a aparecer, y todos han reconocido tu firma. Los periódicos te llaman el Ángel Vengador.

En internet eras el Viajero, a veces la Pesadilla Alemana o el Lobo Feroz. Los fanáticos te llaman el Flagelo de Dios. Entre tanto, la policía ya sabía que actuabas solo. Había huellas por todas partes, y las huellas no mienten. Eras consciente de eso. Las huellas significan que tú has estado allí. La sinceridad es importante para ti. No hay nada que quieras ocultar. Todos deben saber que existes. Claro que tus huellas dactilares no pudieron ayudar mucho a la policía. No tienes antecedentes, no estás fichado en ninguna parte, tú solo existes en tu mundo.

Tu mito fue creciendo más allá de las fronteras de Alemania, tu eco se extendió por toda Europa. En Inglaterra, un empleado de banco se volvió loco, en Chequia fue un cliente de un supermercado y en Italia fue una mujer que explicó luego que ya no soportaba más la presión. Los acontecimientos empezaron a acumularse. En Suecia, un hombre mató a su familia a golpes y recorrió todo el edificio de apartamentos con las manos ensangrentadas, hasta que un perro pastor se le tiró al cuello. En Holanda, un jovencito puso unos explosivos en un McDonald's, hizo cola y encendió la mecha cuando le tocaba su turno. Un telepredicador habló del Juicio Final, se hicieron estudios, teorías y diagnósticos llenaban las pausas para la publicidad. La humanidad parecía caminar directamente hacia la autodestrucción con los brazos abiertos. Y nada

de eso tenía que ver contigo.

Nada de rabia, ni de desesperación, nada de instintos autodestructivos o de venganza.

Nada de odio, ni de amor, ni de religión, ni de política.

No tienes prisa. Entrás en las habitaciones, una tras otra, y te sientas al borde de las camas. Los observas mientras duermen, como se contempla a un enfermo que tiene fiebre y necesita una mano que lo refresque. Te asombras de lo que está pasando contigo. El aquí. El ahora. Tú, al borde de la cama de una persona desconocida. Tú, con tus manos alrededor de su cuello, con tus puños en su rostro. Tú, que no vacilas ni una sola vez. Y ellos, que intentan defenderse y luego desisten. Y siempre aparece esa sensación de entendimiento. Como si supieran por qué lo haces. Como si comprendieran en esos breves instantes antes de morir. Por lo menos así lo sentías tú: como si ellos entendieran. Como si entendieran que estás en medio de una búsqueda, que tienes que explorar la oscuridad. Porque la oscuridad siempre está ahí. Y en la oscuridad no puede encontrarse nada.

Esa noche entras en cuarenta y dos habitaciones y dejas un rastro de treinta y seis muertos. Luego vuelves a colocar la llave maestra en la caja y sales a la noche, como alguien que ha terminado de descansar y sabe que ahora puede continuar viaje.

El cuervo ha desaparecido del árbol, el neón sigue brillando sobre la entrada. Han pasado tres horas. El tráfico se mueve, incansable, en ambas direcciones. El mundo fuera del motel apenas ha cambiado.

Durante el viaje a casa te miras las manos sobre el volante. Esta vez no te has puesto guantes. Tienes las manos magulladas, los nudillos ensangrentados. El dolor te sienta bien. «Soy, existo.» Eres consciente de que has dejado muchas huellas y rastros.

Pero eso te sienta bien. Es lo adecuado.

RAGNAR

Oskar no es el primer muerto que ves. Si no prestas atención, a alguien podría ocurrírsele la idea de que se trata de una tradición familiar. Y aunque en ese momento aquello no te parece gracioso, horas después harás un chiste sobre eso y, una vez más, serás el único en reírte de él.

Tu primer muerto fue un loco que por el día se comportaba de un modo normal y al que, por la noche, cuando llegaba a casa, se le iba la olla. Has leído mucho sobre enfermedades mentales, esquizofrenia. Te has informado intensamente sobre los efectos mentales de las guerras, pues siempre quisiste entender a tu padre. Pero ¿cómo ha de entenderse la paranoia de un hombre que jamás ha estado en una guerra?

Has averiguado que un tío tuyo sufre esas mismas alucinaciones. Tal vez se trataba de un defecto genético. Todo es posible, pero nada se puede disculpar. Cada uno es responsable de su propia vida, y las disculpas son para cobardes. Tu padre era, definitivamente, uno de ellos.

Trabajaba en una empresa de construcción como albañil, y conoció a tu madre a principios de los años sesenta en Oslo. Le propuso matrimonio y se la trajo a Alemania. Los primeros años de su matrimonio transcurrieron sin fricciones, y solo cuando Oskar y tú nacisteis cambió todo. Vuestro padre empezó con vuestra educación cuando tú tenías seis años y Oskar, tres. Fuera de vuestro piso era el hombre más normal que uno pueda imaginarse. Pero cuando abría aquella puerta después del trabajo, se hacía el silencio. El televisor crepitaba muy bajito, las conversaciones se quedaban colgadas en el aire, como un eco en las habitaciones, y a veces incluso llegasteis a contener el aliento. Tan pronto como vuestro padre entraba en el piso, empezaba una vida distinta para vosotros.

Dos décadas después le preguntaste a tu madre cómo había podido dejarse hacer todo aquello, y si jamás había tenido dudas sobre el estado mental de su marido. Ella no te entendió. Quiso saber por qué tenías que mancillar la memoria de tu padre.

Después de que entraba en el piso, se quitaba los zapatos y desaparecía en el cuarto de baño. Durante ese tiempo, tu madre pasaba la cadena y aseguraba la puerta del apartamento con varios candados. Traía con tu ayuda la plancha de metal que estaba detrás del guardarropa y la colocaba contra la puerta. Se colocaban dos fijaciones y la puerta del piso quedaba asegurada.

Para ti era al revés. Estabais atrapados.

En una ocasión cometiste el error de abrir la puerta del cuarto de baño, aunque tu padre os lo había prohibido. Sentías curiosidad y por entonces la locura de tu padre parecía ser tan solo una tenue llovizna pasajera. Tenías siete años y tenías que

averiguar, sencillamente, lo que ocurría en aquel baño cada día después del trabajo. Esperaste a que tu madre se fuera con Oskar a la cocina para preparar la cena y entonces empujaste la manilla de la puerta.

Tu padre estaba desnudo delante del lavabo y se estaba lavando con una esponja. No se veía nada más. Te sentiste tan aliviado que casi te echas a reír. En realidad no querías saber nada más. Pero tu alivio no duró ni diez segundos. Tu padre te dijo entonces que entraras y cerraras la puerta tras de ti. No te miró al decirlo, no era necesario que te mirara. Tú lo escuchaste y obedeciste. Tu padre dejó la esponja a un lado y dijo que debías apagar la luz.

Obedeciste. Tu padre corrió la cortina que estaba delante de la ventanita del baño. Todo se volvió oscuro, muy oscuro. Tu padre te preguntó si sabías lo que era el miedo. Asentiste. Tu padre quería oír una respuesta. De modo que le dijiste que sí: «Sí, sé lo que es el miedo.» Silencio. Sentiste que tu padre estaba justo delante de ti. El olor de su cuerpo desnudo. Debió de haberse inclinado hacia delante, porque su respiración pasó por tu cara como una llamarada. «Tú no tienes ni idea de lo que es el miedo», te dijo. Entonces oíste el agua correr, y en el instante siguiente una toalla húmeda te envolvió la cabeza. Aquella toalla fue como un *shock*. Era asfixiante y estaba fría. Aunque no podías ver nada, él cogió aquella toalla. Tu padre volvió a preguntarte si sabías lo que era el miedo. Y también dijo: «Yo te voy a enseñar lo que es el miedo. Voy a inculcarte todo sobre el miedo, para que aprendas a respetarlo y a prestarle atención. Porque sin miedo no puedes vivir. El miedo es aire, es agua, el miedo es todo.» Tú reaccionaste instintivamente, lo de la toalla era demasiado para ti, no podías respirar y empezaste a lanzar golpes a tu alrededor.

Pero no recuerdas nada más.

Más tarde, tu madre te recogió del suelo y te llevó en brazos a la cama.

A las seis, ella volvió a despertarte para que limpiaras la guarrería del baño.

Te quedaste sin aliento cuando viste lo que habías hecho. Había vómito en las baldosas, orín y dos huellas de manos ensangrentadas en la pared pintada de blanco, manchas que tuviste que frotar con un trapo y con jabón hasta que quedaron relucientes. Jamás volviste a cometer el error de sorprender a tu padre en el cuarto de baño. Aprendiste a respetar el miedo.

En cuanto vuestro padre salía del baño, empezaban los preparativos. Él examinaba todas las ventanas, revisaba con lupa la puerta de la calle y había que asegurar la puerta del jardín antes de que vuestra madre bajara las persianas. Te acuerdas de que ella siempre os aseguraba en secreto que todo eso se arreglaría pronto, que vuestro padre estaba pasando por una mala etapa. Se equivocaba. Aquella llovizna se convertiría en una tormenta.

Tu padre tenía sus planes.

Sacaba en préstamo, de la biblioteca, libros sobre la guerra, y os enseñaba a

sobrevivir en parajes hostiles. Una vez llegó a casa y os exigió que le sacarais una bala del brazo. Se quitó la camisa. Allí estaban sus brazos fibrosos, sus músculos nudosos, pero ninguna herida. Oskar ya sabía lo que vendría a continuación, y a la vista del brazo desnudo rompió a llorar.

Vuestro padre señaló la caja.

La caja era una maleta de metal abollada que había pertenecido a vuestro abuelo. El que no obedecía o rompía a llorar, iba a parar dentro de esa maleta. Recuerdas el olor. Betún y aceite de linaza. Vuestra madre encerró a Oskar. Jamás una palabra de protesta salió de sus labios. El lloriqueo de Oskar salía de la maleta como si fuese un insecto atrapado.

—Aquí —dijo tu padre dándote unos golpecitos en el hombro—, aquí está la maldita bala. Sácala, Ragnar, sácala.

Lo hiciste todo bien. Calentaste el cuchillo con un quemador. Le alcanzaste a tu padre una botella de aguardiente y le hiciste beber. Tu madre tenía preparadas las vendas. No vacilaste ni un segundo, y le cortaste la piel a tu padre, como si fuera un trozo de tocino en un plato. Todavía tienes la imagen clara y nítida ante tus ojos, ves cómo la hoja del cuchillo penetra y divide la piel, cómo la sangre empieza a brotar, primero de un modo vacilante, para luego empezar a correr por el brazo, y tu padre te sonrío y te dice: —Está bien así, me has salvado la vida.

En esos años siempre teníais ojeras, porque vuestro padre no os dejaba ir a la cama antes de medianoche. Teníais tanto que hacer, tanto que aprender. Él os hacía ver documentales de la guerra y os enseñó cómo se cuida un arma. Con nueve años podías desmontar una Luger y armarla de nuevo. Podías diferenciar munición de distinto calibre y decir cuál era la más apropiada para determinada situación. Estudiaste los puntos más vulnerables del cuerpo humano.

Y aunque vuestro padre jamás había matado a un ser humano, tú aprendiste de él. Te convertiste en su herramienta, mientras que a Oskar le costaba, no comprendía lo que significaba todo aquello. Sencillamente, era demasiado pequeño. Tenía miedo, y tú lo tomaste bajo tu protección. Y funcionó. Vuestro padre fue concentrando su atención cada vez más en ti, Oskar quedó exonerado.

Y esa protección se la brindaste a tu hermano hasta el día de hoy.

Desde el lunes por la noche hasta el viernes por la madrugada llevabais una vida distinta. También cuando vuestro padre se iba al trabajo durante el día, y la vida normal os acogía con clemencia durante ese tiempo. Solo podíais respirar durante los fines de semana. Los sábados y los domingos vuestro padre desaparecía sin dejar rastro y nadie hablaba de ello. Durante dos días, él dejaba de existir para vosotros. Vosotros dos habéis conjeturado que estaría cumpliendo alguna misión secreta, o que tal vez trabajase para el Ejército. Tuvieron que transcurrir ocho años para que

podieras averiguar su secreto. Y hasta hoy no sabes si tu madre estaba enterada del todo. ¿Cómo era posible que no lo supiera? No era una mujer débil ni estúpida. Pero había sucumbido a vuestro padre, eso puede transformar a cualquier mujer fuerte en una criatura lamentable.

Lo peor eran los días en que os inculcaba disciplina. Vuestro padre quería comprobar si podríais mantener la boca cerrada. Quería saber hasta dónde seríais capaces de llegar para defenderos el uno al otro. Y para ello se inventaba juegos. «Revélale a tu hermano un secreto», te decía. Y tú te inclinabas hacia Oskar y le susurrabas algo al oído. «¿Qué te ha revelado tu hermano mayor?», le preguntaba entonces vuestro padre a Oskar, al que los ojos, de inmediato, se le salían de las órbitas, contenía el aliento y negaba con la cabeza. A veces tu padre le ordenaba que se tumbara en el suelo, y a continuación, con la mano, oprimía la pequeña cara de Oskar contra la alfombra. O lo alzaba por los pelos, hasta que las puntas de los dedos de los pies de tu hermano flotaban sobre el suelo. «¿Qué te ha dicho tu hermano?»

Siempre la misma pregunta, una y otra vez. Las lágrimas corrían por las mejillas de Oskar, él no quería defraudar a vuestro padre, quería ser grande y fuerte, y demostrar lo que había aprendido. Entonces vuestro padre lo cogía por el cuello.

—Puedo percibir ese secreto —decía—, está oculto aquí dentro, puedo sentirlo, puedo sentirlo con claridad.

Y eso era demasiado para Oskar, que se desplomaba, inconsciente.

Entonces tu padre se dirigía a ti.

—Tu hermano se ha mostrado como un valiente, ha guardado silencio.

Ahora solo quedas tú. ¿Cuál es tu secreto? ¿Qué es lo que yo no debo saber?

Y a continuación te amenazaba con un montón de cosas, y tú te mostrabas como un valiente soldado, en posición de firmes, sin mirarlo, porque estaba prohibido el contacto visual. Y hasta le pegaba a tu madre para hacerte hablar. Nada. Te preguntaba si querías que la violara delante de tus ojos. Tú negabas con la cabeza y mantenías la boca cerrada. Pero no debiste mover la cabeza. Eso fue un error.

—¿Me dices a mí que no?

Y entonces te llevó al cuarto de baño, y allí, en la oscuridad, con una toalla mojada sobre la cabeza, te resquebrajaste. Era demasiado, era el recuerdo y la locura de aquel hombre que era tu padre, y siempre encontraba un camino para colarse en tu mente. El secreto salía de tus labios entre balbuceos. Todo había acabado. Tu padre te sacó del baño sin decir palabra.

Esperó a que tu hermano recuperara el sentido, y entonces te escupió en la cara y te dijo que eras un traidor y que habías puesto en juego la vida de toda la familia. También tu hermano tuvo que escupirte y tu madre no estuvo autorizada a mirarte el resto de la noche.

Todo era una cuestión de disciplina.

Desde ese día, hace más de treinta años, sabes muy bien lo que vale mantenerse callado. Tu padre podría hacerte hoy lo que quisiera, que no tendría ninguna oportunidad. Has aprendido.

Tanner y David necesitan cuarenta minutos para encontrar al chico. Lo llevan abajo, a la piscina. David tiene intenciones de contarte por dónde han estado buscando. Pero tú haces un gesto de rechazo, no quieres oírlo. Te dejan solo.

Parece como si tuviera doce años, pero estás seguro de que es mayor, de lo contrario no estaría en la pandilla de tu hijo ni serían amigos. Esperas a que su mirada coincida con la tuya para decirle: —¿Sabes quién soy?

Él niega con la cabeza. No conoce tu cara, pero sí tu nombre.

—Mi nombre es Ragnar Desche.

Entonces se encoge, se arruga del todo. Bien. Su mirada parpadea de izquierda a derecha, poco a poco se va dando cuenta del lío en el que se ha metido.

—Tu novia nos la ha jugado, por eso estás aquí, ¿lo entiendes?

Él asiente, aunque estás convencido de que no sabe de qué estás hablando. Lo dejas pasar, quieres resolver esto cuanto antes.

—También debes haberte dado cuenta de que tengo un pequeño problema aquí. ¿Ves a ese hombre del sillón?

El joven se vuelve.

—Se llama Oskar. Era mi hermano. ¿Sabes ahora por qué he hecho que te busquen?

El chico te mira brevemente, pero luego aparta la mirada. Puedes ver una sombra oscura sobre su labio superior, ves cómo tiembla. Deberías hacerle más preguntas, eso le dará la sensación de que tiene algo que decir.

—¿De dónde eres?

—De aquí.

—¿Y tus padres?

—De Eslovenia.

—¿Se entienden los eslovenos con los serbios?

La mirada del chico vaga nerviosamente otra vez por todo el sótano. «Si se pone a llorar ahora —piensas—, perderé los estribos.»

—Te he hecho una pregunta.

—Yo... Yo no sé...

—¿Eres esloveno y no sabes si los eslovenos se entienden bien con los serbios?

—Yo soy de Berlín.

Das dos pasos y estás junto a él, es un palmo más bajito que tú, tu rostro está sobre el suyo, puedes oler el miedo y el olor a chicle que tiene en la boca.

—Escupe ese chicle.

Lo escupe en el suelo. Se agacha. Tu voz es un siseo.

—Escúchame bien, gilipollas sabihondo, puedo darte por el culo tanto rato que tus padres no sabrán si eres un ser humano o el agujero de un desagüe. También puedo darles por el culo a tus padres, si lo prefieres. Lo que necesito de ti son respuestas claras, no quiero oír nada más. ¿Lo hemos entendido?

Él te ha entendido. Esperas unos segundos y entonces te alejas, coges una de las sillas y la colocas delante de la piscina.

—Ven, siéntate —le dices.

El chico vacila, se sienta y mira a la piscina.

—Es triste la vida, ¿verdad?

El chico no sabe si debe o no responder. Tú te quedas de pie detrás de él y le pones las manos sobre los hombros. De tal padre, tal hijo. Lamentas que tu hijo no esté ahí. Podría aprender algo.

—¿Qué sabes de esa chica?

El joven se estremece, como si le hubieras puesto un cuchillo al cuello.

Pero tus manos siguen donde estaban. Sus clavículas parecen al tacto como si estuvieran hechas con huesos de gallina.

—Cuéntamelo todo. Cómo se llama, dónde puedo encontrarla. En fin, todo.

El cuerpo del chico está tieso como un palo, le quitas las manos de los hombros. Bastaría un golpe para romperle la nuca.

—Tú sabes lo que ella ha hecho.

El chico dice que él no sabe nada. Tiene que decirlo dos veces, su voz es demasiado débil. De repente adoptas un tono amable.

—Mi hijo me ha hablado mucho de ti. Dice que eres bueno, que un día llegarás muy lejos. También me contó que entre tú y esa chica hay algo más.

Me ha dicho que estáis juntos.

Silencio, la cara del chico se pone roja, él mira fijamente a la piscina, y eso también es una respuesta. Probablemente sea uno de esos tipos cortos de entendederas que se hacen pajas seis veces al día y asedian a las chicas con frases tontas.

—¿Conoces a Taja?

El joven niega con la cabeza.

—¿Conoces al padre de Taja?

El chico niega otra vez con la cabeza. Le dices que ese de ahí es el padre de Taja. Él sigue tu brazo con la mirada, mira otra vez a tu hermano muerto y comprende poco a poco la relación. Los ojos se le salen de las órbitas. Ya es hora de que lo entienda del todo.

—Una hija mata a su padre, un hombre pierde a su hermano, cinco kilos de heroína desaparecen y un chico está sentado en una silla y no responde. Así están las cosas.

Miras tu reloj.

—Dentro de media hora abandonaré la casa. Si hasta entonces no he recibido ninguna respuesta tuya, te quedarás aquí. Y ahora mírame.

El chico levanta la vista, tiene lágrimas en los ojos. Huele a hormonas y a sudor, y también un poco a mierda.

—¿Cómo te llamas?

—Mir... Mir... Mirko.

—Hola, Mirko, te queda media hora para salvar tu vida.

MIRKO

Una cucaracha que se esconde bajo una piedra. Exactamente. Tú eres la cucaracha, y la piedra es un coche bajo el que te has metido, como si en cualquier momento el cielo fuera a desplomarse sobre tu cabeza. Si alguien te profetizara ahora que el padre de Darian estará a tu lado dentro de tres días, dándote media hora para que salves tu vida, probablemente jamás habrías salido de debajo de ese coche. Hasta ahora jamás te habías tropezado con Ragnar Desche. Él es una leyenda, es un fantasma y es el padre de tu mejor amigo. De Ragnar Desche no se habla. Nunca. Pensar en él es tabú. O como dijo una vez Darian: «Si mi padre lo quisiera, estaría muerto en un momento.»

En tu boca hay un sabor desagradable, algo dulzón y metálico, como si hubieras pegado un mordisco a una tableta de chocolate sin retirar el papel de aluminio. Escupes y ves una mancha roja sobre el asfalto, así que te tragas tu propia sangre.

Has echado a correr. Punto. Se acabó.

«Lo sé.»

¿Cómo pudiste echar a correr? Solo el último de los mierdas echaría a correr. Y tú eres el último de los mierdas. ¿Y qué haces ahora? No puedes quedarte ahí, sencillamente, debajo del coche, ocultándote. Eso no puedes hacerlo. Siempre se sale, de algún modo, siempre se sale.

La cucaracha rueda hacia un lado, se alza agarrándose de la manilla de la puerta y se queda agachada detrás del coche, con la espalda pegada a la puerta del conductor, la cabeza hacia atrás para que la sangre no le gotee de la nariz. Ya sabes, si la alarma del coche empieza a sonar ahora, la cucaracha se meará en sus vaqueros a causa del miedo.

Todo permanece en silencio.

Respiras hondo y observas el otro lado de la calle.

Todo permanece en silencio.

El solar y las ruinas te recuerdan a un perro rabioso que está esperando a que hagas el primer movimiento en falso. Está al acecho, rígido. Cinco farolas iluminan entre parpadeos la fachada. Es una de esas ruinas que a vosotros tanto os gustaban cuando erais niños. Con grafitis en los muros, sin una persona a la vista, y tesoros escondidos por todas partes. Pero tú ya no eres un niño, las ruinas ya no te parecen interesantes. Son las once de la noche, y la ciudad es una mano codiciosa que flota por encima de ti, queriendo arrojarte al solar, para que te devore.

Alzas la nariz y te preguntas cómo es que nadie te ha seguido. La cosa no puede ser más triste. Nadie tiene interés en ti.

Querían a Darian. Y tienen a Darian.

«Mierda.»

—¿Qué estoy haciendo...?

Tu voz es como un graznido. Los soliloquios no son tu fuerte. En las películas de terror, las víctimas empiezan en algún momento a hablar solas, para que el espectador también comprenda que la situación se va volviendo cada vez más crítica, pero tú estás a varios universos de distancia de una situación crítica.

«¿Cómo pude echar a correr?»

Tu lengua palpa a tientas si se te ha aflojado un diente. Te sientes aliviado, todo está completo, la sangre fluye de tu nariz y baja por el paladar, lenta y espesa como un jarabe. Tu nariz, sin embargo, ni siquiera está rota. Te la golpeaste cuando te metiste debajo de este maldito coche. Una cucaracha.

Niegas con la cabeza para poner en marcha tu aparato de pensar. Tienes que hacer algo, lo que sea, tienes que hacer algo, o de lo contrario ya no podrás ni mirarte al espejo lo que queda de año.

Piensa.

Al lado de la iglesia hay aparcadas un par de bicicletas, empiezas a trastear una, tiras de la cadena, golpeas el pedal. La cadena se rompe con un chasquido, y tus manos están magulladas, pero has conseguido soltar la cadena, joder.

—De acuerdo, de acuerdo...

Enrollas un extremo alrededor del puño y dejas que la cadena se balancee sobre tu muslo, luego cruzas la calle.

Pase lo que pase, hay una cosa segura, nadie va a contar contigo.

Darian está sentado en las ruinas, sobre un contenedor de plástico volcado, y mira fijamente hacia delante con los codos sobre las rodillas, las manos le cuelgan flácidas. Te recuerda la ilustración de un libro. Hércules sentado sobre una roca después de una gran batalla, tomando un descanso.

Darian no levanta la vista cuando tú te acercas, y por un momento estás seguro de que está llorando.

—¿Todo bien?

Darian levanta la cabeza. Sobre su ojo izquierdo tiene un corte ensangrentado, y tiene el labio inferior como si se hubiera inyectado Botox.

Tiene un moratón en el brazo, sus músculos sobresalen, la camiseta le queda demasiado ajustada. Es un enigma para ti cómo alguien puede atreverse con Darian.

—¿A qué viene esa cadena de bici? —pregunta él, y sus palabras suenan como si tuviera un cojín metido en la boca.

—Lo siento —dices, y dejas caer la cadena.

Y entonces te ves ahí, con la cadena a tus pies, y allí está Darian, que te mira y afirma: —Te largaste.

Bajas la cabeza, te ruborizas.

—Esos mamones —dice—. Mira bien cómo me ha quedado la cara. ¿Lo ves?

Te inclinas hacia delante y miras su cara. Sí, lo ves.

—Me los voy a cargar por eso —dice—. Y ahora...

Darian te extiende su mano. Sin que tenga que decirlo, te quitas los vaqueros. Es lo menos que puedes hacer por él. Por suerte no te da una hostia. Tú la habrías aceptado. También podría haberte pegado una paliza con la cadena; tampoco sería un problema, las cucarachas aguantan esas cosas.

Tus vaqueros son demasiado cortos y se pegan a las piernas de Darian como una segunda piel, no consigue cerrar el último botón, tiene unos abdominales de titán, y sus muslos son de acero. Desde que ha instalado en el sótano esas pesas y esa máquina has estado varias veces con los demás ahí abajo, pero todo eso era demasiado rápido, demasiado para ti. Tu cuerpo es tu cuerpo, y así debe quedar. Aunque no dirás que no a un kilo más de musculatura. «El entrenamiento lo es todo», es el lema de Darian. No es de sorprender que se lleve a todas las chicas.

—Primero me machacan, sí, y luego me roban los pantalones. ¿Crees que eso me da miedo?

No, no lo crees. No crees que haya nada que pueda darle miedo a Darian.

Además de su entrenamiento particular, Darian acude dos veces por semana a un gimnasio de la Adenauerplatz, toma unos preparados de proteínas y, a los diecisiete años, parece tener veinticinco.

—Eso no me da miedo, porque sé muy bien quién lo ha hecho.

Darian piensa que eran turcos, tú murmuras algo sobre eso, y luego afirmas que fueron turcos. Pero ambos sabéis que los turcos no tienen nada que ver con el asunto. Ni los turcos, ni los yugoslavos, ni tampoco esa pandilla de Spandau, ni los idiotas que tomaron el Westend y de los que nadie sabe si son polacos o rumanos. No, ni siquiera esos.

Darian continúa hablando:

—Debiste haberlos oído. Se rieron a carcajadas. Te juro que no volverán a reírse de esa manera. Espera y verás. Los voy a rajar, ya verás.

—Tal vez deberías...

—No digas nada —te interrumpe él.

—Yo solo quería decir...

—¡Mirko, que cierres el pico!

Tú cierras el pico. Cuando se trata de su viejo, Darian se muestra muy sensible. Él es el único chaval en todo Berlín que, por culpa de su padre, se convierte a menudo en blanco de algún ataque. Como esa noche.

Un blanco no para los turcos, ni para los yugoslavos, sino para seis chavales del vecindario. Darian es un desafío. A ver lo lejos que se puede llegar antes de enfurecer a los dioses.

—¿Qué le vas a contar si te pregunta?

—Mi padre ni siquiera se dará cuenta.

—Pero, bueno, ¿qué le dirás si se da cuenta?

—Que he tenido una pelea con un par de idiotas, nada más.

Tú asientes, una palabra al padre de Darian y esos tíos desaparecerían de la ciudad, jamás se los volvería a ver. Por lo menos eso se dice.

Darian escupe.

—Tengo orgullo, ¿lo pillas? Tengo mi propio orgullo. No necesito a mi padre para que me limpie el culo. Así que, si quieren, pueden darme unas hostias tranquilamente, que vengan cuando quieran. Así se aprende, es una inversión, ¿lo pillas? ¿Quieren encontrar un perro furioso? Pues yo les daré un perro furioso. Me convertiré en uno. Me he quedado con sus caras. Un día estaré listo, y me las pagarán. Mirko, te lo digo, esos me las pagarán.

Hoy fue tu presentación. Darian ha ido contigo hasta el barrio de Columbiadamm, para que conozcas a Bebe y a su gente. Bebe tiene repartidas por Berlín veinticuatro salas de juego que son como cavernas. Las heredó de su familia. Darian le tiene una envidia a Bebe que se muere. Durante dos horas has tenido que oír cómo ambos trataban de impresionar al otro contándose sus éxitos, sus batallitas. Al final, Bebe dijo que la semana siguiente mandaría a dos chicas a hacer la calle, mientras durase el verano, eso traería un poco de distracción al barrio. Darian no tenía nada que pudiera competir con eso, así que murmuró algo para decir que teníais que iros. Eran poco más de las diez, y no habías aprendido nada en todo ese tiempo. A ti te gusta aprender cosas nuevas.

Al salir del metro, ellos estaban esperándoos. Caminaron hacia vosotros, dos por el medio, dos por la izquierda y dos por la derecha. Darian no vaciló ni un instante y echó a correr, apartó a los dos tipos del medio con los hombros, y tú corriste de inmediato detrás de él. Corristeis por las calles, por los patios traseros, en dirección a las ruinas, porque conocéis bien el sitio.

¿Cómo ibas a saber que esos seis tíos las conocían?

Esperáis brevemente junto al semáforo y cruzáis en rojo. Te alegra que sea tarde. No te gustaría que alguien te viera con esos jodidos calzoncillos.

Zapatillas deportivas, calcetines blancos y calzoncillos azules, con unos relojes blancos encima. Un regalo de Navidad de tu madre.

Darian te pregunta por cuarta vez por qué siempre tienes que llevar vaqueros. Los chándales son mucho más cómodos. Tú no sabes qué responder a eso.

Es una típica noche de martes, y en la calle no hay nada, solo los dos o tres vagabundos habituales que están delante del kiosco y os silban cuando pasáis. El kiosco permanece abierto hasta las dos, y hasta las dos los vagabundos no se moverán

de allí. Da igual cómo esté el tiempo, los vagabundos siempre están allí. Delante de la puerta de tu edificio, Darian te pega un coscorrón.

—Oye, tío, ¿estás todavía aquí?

—Sí, sí...

—Mañana te devuelvo los pantalones. Y prométeme que cerrarás el pico.

—De acuerdo.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

No parece tener intenciones de irse, todavía quiere algo más de ti.

Sientes cómo se te tensan los músculos, como si tuvieras que esquivar un segundo golpe.

—¿Va todo bien entre nosotros?

—Claro.

—Estamos aquí el uno para el otro, Mirko.

—Lo sé.

Él cierra el puño, tú cierras el puño, y cuando los dos puños se encuentran, os miráis y Darian dice: —Está bien que lo hayamos aclarado.

—Todo está claro.

—Y piénsate lo de los chándales.

—Cuando me pongo un chándal, me parezco a un pavo con aspiraciones de jugar al fútbol.

—Ahí le has dado.

—Gracias.

—Saluda a tu madre de mi parte.

—Lo haré.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Después de entrar a hurtadillas en el piso, sigues hasta el cuarto de baño y te lavas la cara. Dejas correr el agua de la ducha mientras permaneces sentado, inmóvil, en el borde de la bañera, como si alguien te hubiera quitado las pilas. De vez en cuando metes la mano bajo el chorro, tienes la mente completamente vacía, te duele la nariz, y el dolor es un latido sordo. Pero todo está bien. El ruido de la ducha te tranquiliza. Es como una película que puedes ver tantas veces como lo desees. Y cuando metes la mano, esta se moja y tú pasas a formar parte de la película.

Te metes bajo la ducha. Te frotas el cuerpo para sacarte el pánico y disfrutas con el agua cayéndote por la espalda. Los golpes en la pared del baño te sacan bruscamente de tus pensamientos. Cierras el grifo, te secas y te pones la toalla alrededor de la cintura.

—¿Por qué tienes que ducharte tan tarde?

Tu madre está tumbada en el sofá del salón, con una novelita de amor en el regazo y un cigarrillo en la mano izquierda, mientras que su mano derecha reposa en el sitio donde tendría que estar el corazón. Su pregunta es de esas que no buscan una respuesta. Le das los saludos que le envía Darian y entras en tu habitación. Cierras la puerta a tus espaldas, dejas caer la toalla y te vistes, como si el día acabara de comenzar. La cabeza te vuelve a funcionar, te sientes decepcionado de ti mismo. Fue un error echar a correr. Darian no lo olvidará nunca. Por suerte no había allí nadie más de la pandilla. Por dondequiera que lo mires, sabes que tendrás que arreglarlo de algún modo.

«De algún modo.»

A través de la ventana entra el olor de los kebabs y del humo de los cigarrillos, las voces de los vagabundos pueden diferenciarse claramente la una de la otra, suenan más roncadas. En algunas ocasiones tu madre ha bajado para quejarse. Vivís en la segunda planta, y sois los únicos que os quejáis. Los vagabundos habituales se burlan de vosotros.

Te abotonas la camisa, tienes las manos sucias todavía de la grasa de la cadena, y no se te quitará en varios días. Parece como si la policía te hubiera tomado las huellas dactilares. El tío Runa te matará. Miras el reloj. Si no apareces en el kiosco de las pizzas antes de la medianoche, ya puedes quedarte en casa. Tu tío te espera desde hace una hora y dieciséis minutos. Te gustaría ser Darian. Alguien que no se deja mangonear. «Salvo esta noche, esta noche se ha dejado mangonear y zarandear», piensas, y de inmediato te avergüenzas de haberlo pensado.

No podía ser de otro modo. En cuanto el puesto se llena de clientes, el buen humor del tío Runa se incrementa. Ahora no se ve a nadie. Ni siquiera a un exhausto taxista que hace una pausa para dar un respiro a sus hemorroides. Un zumbido de insectos colma la noche. Al otro lado de la calle hay alguna gente sentada delante de los cafés. De vez en cuando una risotada, el ruido de una silla al moverse, cuando alguien se pone de pie. La cabina telefónica que está al lado parece un ojo amarillo que centellea de forma irregular y te transmite con un guiño noticias absurdas.

El tío Runa está apoyado en la abollada nevera y mira fijamente a los cafés de enfrente, como si fueran sus enemigos personales. No entiende cómo se pueden abrir cuatro cafés en la esquina de una calle. Son muchas las cosas que tu tío no entiende. Va con un delantal blanco y una camiseta roja con un Cadillac plateado impreso en el pecho. Lleva la camiseta metida dentro de los pantalones, y la barriga le cuelga por encima del cinturón. No tienes ni idea de por qué no es capaz de vestirse de un modo normal. Ya no tiene veinte años, tiene cuarenta y tantos, y hace como si supiera lo que está de moda.

Debería preguntarte a ti. Tú sí que sabes lo que está de moda, porque tú eres lo

contrario, tú sí que eres guay.

—¿Qué vienes a buscar aquí? —pregunta tu tío, y escupe a través de los colmillos. Cuando tenías seis años, quiso enseñarte a escupir de ese modo.

Esa manera desenfadada de escupir. Jamás lo aprendiste, así que él te estampó el cartelito de «tonto». Al tío Runa le gusta decir que se siente culpable por tu padre, y por eso te deja trabajar para él. Él hace algo bueno por ti. Lo cual no le impide pagarte únicamente seis euros la hora. Desde las diez de la noche hasta las cuatro de la madrugada te encargas del kiosco de las pizzas, y luego caes en la cama, rendido, o estás tan eufórico que pasas la noche en vela y te duermes en clase. Así van las cosas desde hace tres meses.

Tú preferirías pasearte por los clubes al lado de Darian, vendiendo hierba y pastillas. Pero nadie te respeta todavía. Todavía eres un cero a la izquierda.

—Dime, ¿qué vienes a buscar?

El tío Runa siempre te hace el mismo numerito cuando llegas tarde. No hay ninguna variación, siempre la misma cara desencajada, como si estuviera entre un montón de perros que llevan tu nombre. Un tren de cercanías pasa por el puente. Cuando vuelve el silencio, tú murmuras: —Lo siento.

—¿Y por qué tienes las manos así?

Escondes los dedos manchados a la espalda.

—Tu madre es una buena mujer, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

De repente el tío Runa estalla, como si tú hubieras dicho lo contrario.

—Jamás te atrevas a decir nada en contra de tu madre, ¡¿me entiendes?!

¡Tu madre es un ángel! ¡Ni te atrevas a decir nada en contra de tu madre! ¡Tu padre es un hijo de puta! Contra él puedes decir lo que te dé la gana.

—Él es tu hermano...

—¡Por eso sé muy bien que es un hijo de la gran puta!

El tío Runa se tranquiliza de nuevo.

—¿Qué te piensas? ¿Cómo crees que lo sé, eh?

Por encima del hombro, mira hacia el reloj. Sabes que tiene algo con tu madre. Por la manera en que la toca y la besa al saludarla, por la forma en que se sienta a veces en la cocina por las mañanas, como si hubiera pasado la noche allí. Sabes muy bien que tu madre jamás golpea la pared cuando el tío Runa se pasa mucho tiempo en la ducha. Su albornoz está colgado detrás de la puerta.

«Probablemente él se alegre de que mi padre haya desaparecido.»

Tu tío respira hondo, como si tuviera que tomar una importante decisión. El Cadillac que lleva en el pecho se estira. Alguien arranca una motocicleta, una mujer ríe.

—¿Qué voy a hacer contigo, chaval?

Tú guardas silencio. El tío Runa se rasca la cabeza y suspira. Entonces sabes que todo va a ir bien.

—Vamos, ponte a trabajar. Ponte a trabajar de una vez, y no hablemos más de esto.

Quince minutos más tarde tu tío te da un coscorrón, como si allí, en tu cabeza, viviera alguien, y se marcha, dejándote solo. Te lo imaginas caminando por aquellas calles, saludando a los dos vagabundos con un gesto de la cabeza, como si fueran sus dos perros guardianes preferidos, te lo imaginas subiendo las escaleras hasta la segunda planta y te imaginas a tu madre abriéndole la puerta; te los imaginas riendo, más o menos como la mujer de hace un rato, con arrogancia y aires de superioridad, porque saben que en las próximas horas estarás ocupado, mientras que ellos tienen todo el tiempo del mundo para follar hasta perder el sentido. En algún momento tendrán que pagar por eso. Y más de seis euros la hora. De eso estás seguro.

La justicia de este mundo algún día tendrá que ponerse de tu lado. No tienes ni idea de cómo será esa justicia, qué aspecto tendrá, en realidad tampoco piensas en serio sobre eso, porque en ese momento te alegras de poder estar por fin solo detrás del mostrador.

«Solo.»

Hoy es el día del espectador, y dentro de media hora acabarán las funciones de la noche y esto se va a llenar. Te preparas y pones delante, sobre la nevera, las bebidas que ya están frías, hasta que forman una hilera perfecta; cortas verduras y mezclas las ensaladas. En la radio suena una música, subes el volumen y nadie te dice que lo bajas. Nadie quiere nada de ti. Salvo la clientela, pero eso está bien, ellos sí que deben querer algo de ti.

Mientras que tu tío, casi siempre, desenvuelve las bases de las pizzas con antelación, para que todo sea más rápido, tú prefieres hacerlo en el momento de servirlos, para que estén frescos. Así el cliente verá que estás haciendo algo por él. Salsa de tomate, un poco de queso y los ingredientes, y luego un poco más de queso. Te encanta el sonido de las bandejas de latón entrando en el horno. La mirada al cliente, la pregunta de si es eso lo que quería. Siempre una sonrisa, siempre satisfecho. Tú.

«Sí, yo...»

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué estás mirando?

Son las dos de la madrugada, la oleada de los que han ido al cine ha mermado desde la medianoche, y tú puedes contar los clientes con los dedos de una mano. Hace rato que desististe de contar a los borrachos, ya que ellos no son auténticos clientes, son alcohólicos que se ponen hasta las cejas y necesitan siempre un último trago antes de ir a acurrucarse en el banco de un parque para arrancar un día más del

calendario de sus vidas.

—Yo... Yo no miro nada —mientes, y no tienes ni idea de cuánto tiempo llevas mirándola fijamente.

Sus ojos verdes brillan como dos fogatas lejanas, y su pelo es de un rojo tan oscuro que es casi negro. Sobre su boca no se te ocurre nada de momento, y esa boca se mueve, y dice:

—¿Dónde está el tipo que hace las pizzas?

—Yo soy el tipo que hace las pizzas.

—Tú, como mucho, tendrás doce años.

Tú no reaccionas, en primavera cumplirás los dieciséis, pero te lo guardas para ti, porque temes que ella es mayor. Tiene que ser mayor, es arrogante y descarada, o se lo hace. No puedes saber que está jugando contigo. Sabe quién eres y que andas con Darian. Te ve todos los días en el instituto y sabe que tú también te has fijado en ella. Si hubieras sabido todo eso en ese momento, ahora todo sería mucho más fácil para ti. Así que, sencillamente, solo estás un poco asustado y miras nervioso hacia otra parte, apartando la vista de ella. Está sola, y es la primera vez que la ves sola.

Normalmente está siempre con un grupo de chicas que revolotean a su alrededor como si ella fuera un foco de luz. Te gusta particularmente la pequeña cicatriz que tiene en la barbilla, como si en realidad fuera una chica frágil.

Entonces ella chasquea los dedos delante de tu cara.

—Bueno, ¿qué?

No sabes lo que quiere decir.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Quince.

—Ni hablar.

Te encoges de hombros y deseas que el momento perdure. Que dure horas, días. No es necesario ni que habléis. Le hornearías una pizza tras otra, le despacharías las bebidas que quisiera y te quedarías mirándola todo el tiempo. Nada más. Sería muy bonito que, mientras tanto, ella riera y dijera que siente haber pensado que tenías doce años, que no pareces en absoluto un chico de doce años. Eso sería muy amable de su parte. Pero ahora te das cuenta de que tiene los ojos vidriosos. O está colocada o borracha.

—Tú te llamas Mirko y vives en la Seelingstrasse, ¿no?

—Encima del kiosco —respondes, como si ella te hubiera hecho un cumplido.

«Pero ¿cómo sabe ella todo eso?», te preguntas, y entonces ella misma te contesta:

—Te he visto un par de veces saliendo del edificio.

—Ah.

—Sí, ah.

Os miráis, y puesto que no se te ocurre nada mejor, le muestras tu mano.

—Hoy tuve una pelea. Me defendí con una cadena de bicicleta.

Ella te mira la mano herida, te mira a ti, no parece impresionada. Pero en fin, sigue hablando contigo. Te dice que necesita urgentemente un móvil.

Su dedo índice se alza en el aire.

—Es para una sola llamada, te lo juro.

Tú no señalas a la cabina telefónica que hay detrás de vosotros, tampoco preguntas qué le ha pasado a su teléfono. Las chicas siempre tienen un móvil. Ahora no preguntes nada. Ve hasta la parte trasera, mete la mano en tu mochila y regresa con tu móvil.

—Sí, claro.

Vas hasta la parte trasera, metes la mano en tu mochila y regresas con tu móvil. Ella ni te da las gracias, se da la vuelta y empieza a marcar. Bajas el volumen de la radio, para escucharla.

—... no, nada de eso, estoy aquí atascada... No, nada... Pero yo... Te pagaré diez, te lo prometo. ¿Qué? Por favor, Paule, ven a recogerme... ¿Qué?

¿Sabes la hora que es? ¡Por aquí no pasan autobuses! Además, los detesto, eso lo sabes tú muy bien. ¡¿Qué?! ¡A tomar por culo la tía Sissi...!

De repente se da la vuelta, con tu móvil pegado todavía al oído, te mira, te ha pillado, tú te encoges un poco, pero le sostienes la mirada.

—¡Una mierda también! —exclama ella, y de pronto no sabes si está hablando contigo.

Ella apaga el móvil. Le preguntas si tiene algún problema.

—¿Qué sabes tú de problemas?

—Yo... Yo podría llevarte hasta tu casa.

—¿Cómo vas a llevarme hasta mi casa?

—Puedo hacerlo si quiero.

—Pero a ti no te voy a dar diez euros.

—De acuerdo, no pasa nada.

Te ríes y no sabes lo que estás haciendo. El tío Runa te va a estrangular si cierras el kiosco aunque sea un minuto. Pero haces algo aún peor. Después de que el tío Runa te haya estrangulado, va a cortarte en pedacitos, en cuanto averigüe que le has cogido su destartalada Vespa.

—¿Con ese cacharro?

Ella ha rodeado el kiosco de las pizzas, y tú le has quitado la lona a la motocicleta como alguien que hace un truco de magia. Ella está allí de pie, como si quisiera comprar la Vespa, luego le da un golpe con el pie a la rueda trasera, la moto casi se cae de lado. Te estremeces, pero no dices nada. El tío Runa da una vuelta con ella a la manzana una vez por semana, para que la batería no se descargue. Pilló esa Vespa de

un vertedero de chatarra, y la reparó él mismo. La llama *Dragica*.

—Pero no me pongo casco, que quede claro.

Ella señala a sus cabellos recogidos en un moño alto. Tú asientes, si no quiere ponerse el casco, que no se lo ponga. Desanudas el lazo del delantal y hueles por un momento su respiración. «Definitivamente, está borracha.» La llave de la Vespa está colgada en un gancho encima de la radio. La coges como si fuese algo que haces todos los días. Tal vez después vayas con ella hasta la calle donde vives, la Seelingstrasse, y toques el claxon. Tal vez el tío Runa reconozca el traqueteo de *Dragica* y eche a correr detrás de ti.

Después de cerrar el kiosco, te pones el casco de tu tío. Te queda grande, pero eso no tiene importancia. Ella está allí, y te extiende la mano.

—¿Qué pasa?

—¿Pensaste que te iba a dejar conducir a ti?

—Pero...

—O todo o nada.

Le entregas la llave y te imaginas lo que se sentirá al ir sentado detrás de ella. Su calor, su proximidad. En las curvas os apretaréis, y seréis como una sola persona. No ella, no tú, sino vosotros. Y mientras piensas eso, sientes una gran excitación y se te empina, y enseguida piensas en tu madre, la imaginas sacándole las vísceras a un pollo, pero entonces la Vespa despierta a la vida con un ronquido, baja el bordillo traqueteando y se mueve a través de la calle. Un taxi toca el claxon y entonces las luces de la Vespa se encienden y la moto desaparece por la esquina más próxima.

Sin ti.

TAJA

Tú ya no estás. Cuando te mueves, el aire a tu alrededor se detiene. Ni un vaho. Hablas, y el silencio responde. Estás ahí pero no estás. Y aunque en ese momento no puedes creerlo, es una alegría poder encontrarte por fin a ti misma. En los pensamientos de tus amigas siempre estarás presente, pero de todos modos hasta ahora hemos sabido tan poco de ti que es como si no existieras en realidad.

Estate tranquila, no tienes por qué hablar, no tienes que pensar ni tienes que ser por un rato, nosotros lo averiguaremos todo sobre ti. Averiguaremos por qué te has convertido en una sombra, por qué ya no quieres existir. Por qué eres invisible. Abriremos una ventana en tu vida y dejaremos entrar la luz, y luego iremos un paso más lejos y te sacudiremos hasta que grites enfurecida. Pero habrá tiempo para eso. Eso viene después.

La mesa situada delante de ti está en posición vertical, pero nada se cae al suelo. Ni las copas, ni las revistas, ni la bolsa despanzurrada con el polvo blanco saliéndose de ella. Ni siquiera la base para la cafetera, tejida a mano, se mueve. Cada vez que lo miras, te preguntas adónde habrá ido a parar la cafetera y cuán pequeño se ha de ser para vivir en un calentador. En un estado entre el sueño y la vigilia ves vibrar tu móvil, que temblequea moviéndose de izquierda a derecha, antes de quedarse inerte de nuevo. Las paredes están en posición horizontal, la luz se enciende, la luz se apaga.

Tu nariz pierde líquido constantemente, a veces es sangre, pero la mayoría de las veces son solo mocos. Hueles el orín y el olor ácido del vómito. Pero eso todavía no es nada comparado con el hedor que llega desde la cocina. Has cerrado la puerta porque pensaste que eso serviría. Pero a las moscas no las detienen las puertas cerradas. Entran por las rendijas, llegan desde todas partes y van directamente a la cocina. Están por todos sitios. Tú no quieres pensar en ello. Bebes un sorbo de agua, y al cabo de pocos segundos es como si no hubieras bebido nada. Quisieras que lloviera. Tienes la boca tan reseca que quisieras que cayera ahora mismo un aguacero en medio de la habitación. Te falta la fuerza para levantarte, ni siquiera puedes estirar el brazo para agarrarte del borde de la mesa. Lo intentas, y crees oír el chirrido de los tendones de tu brazo. Las puntas de los dedos tocan el borde.

Agotada, desistes, retiras el brazo y vuelves a quedarte dormida.

Crees en el tiempo. Le rezas al tiempo y esperas que te escuche. «Solo un poco, solo un poco atrás», piensas, y sabes lo estúpido que es ese pensamiento.

«No obstante...»

A veces miras al reloj que está encima de la chimenea. A izquierda y derecha hay unas placas con los premios ganados por tu padre. Platino, oro, oro, platino. Y entre ellos está el reloj, como si fuese un premio muy especial por...

«¿Nada?»

Te concentras. A veces consigues que el minuterero se detenga un poco.

Se detiene. Pero no consigues nada más, el minuterero jamás se mueve a la inversa, hacia atrás. Es como echar un pulso contra el campeón del mundo en esa especialidad. En algún momento ya no te queda savia, no hay nada detrás de tu voluntad, y el minuterero se libera de su rigidez y avanza un buen trecho.

Y luego otro.

Y otro.

Y el tiempo vuelve a ser el tiempo, riéndose de ti con sus minutos y segundos sobre tu cabeza. Y lo detestas por eso. Al mismo tiempo lo deseas.

Sin él no puedes ser, pero quisieras que desapareciera para siempre.

El tiempo es tu nueva religión.

Dormir es viajar en la mente. No hay que hacer maletas, no hay que esperar, solo hay que estar ahí. Y ese es el aspecto de tu «allí»: una casa sobre una roca, por encima del agua, en lo alto del cielo. Estás sentada en un fiordo.

Y aunque no guardas ningún recuerdo de ese lugar, lo sabes: «Aquí he nacido.» Es un día gris, nieva y la nieve transforma las paredes del valle en unos dibujos japoneses a plumilla. Un viento helado rasca la superficie del agua. Y allí estás tú, allí quieres estar. En un jardín, envuelta en muchas mantas; a tu derecha hay una mesa con una tetera y una taza de té, y de fondo, el silencio de la casa. Coges la taza en la mano, sientes el calor del té a través de la cerámica, las palmas de tus manos se calientan.

No hay nada más, no tiene por qué haber más.

Despiertas con el rostro sepultado entre los cojines del sofá y estornudas dos veces. La sangre flota como una niebla muy fina sobre el cojín, te viene un mareo y recuestas nuevamente la cabeza, la sangre fluye hacia tu garganta como una suave corriente de lava que se te acerca y te calienta. Te duele todo el cuerpo, todo te late, tus pensamientos están heridos.

Tu mano se aferra al respaldo del sofá, centímetro a centímetro te vas incorporando. La mesa adopta una posición horizontal, las paredes recobran su verticalidad y tus piernas tiemblan, aunque no estás de pie. Colocas los pies en el suelo e intentas controlar ese temblor. Así permaneces un tiempo.

Con el rostro entre las manos, con el temblor en las piernas. Miras el polvo a través de los dedos y sientes esa quemazón en la nariz, lo añoras. Sabes lo que puede aliviarte el dolor y lo que puede hacerte dormir de nuevo. Es tan sencillo. Es como si

esa idea hubiera llegado a tus piernas, y de repente estas dejasen de temblar. Te inclinas hacia delante, agarras la cucharilla del té y la metes en la bolsa de plástico. Esparces el polvo sobre el tablero de la mesa y coges una de las pajitas de colores. Todo va muy rápido, sientes dolor, y tus sentidos dan la bienvenida al sabor amargo de la droga, y luego sientes una breve sensación de asfixia, la aguantas y te tumbas hacia atrás, te llevas la rodilla al pecho y te conviertes en una pelota caliente y pulsante.

«... por fin...».

Duerme.

Esta vez es otro allí. Ya no estás en el fiordo, estás con tus amigas, el tiempo se ha vuelto más clemente y te ha llevado consigo. Avanzas hacia atrás. Es justo después del instituto, todavía recuerdas el día y el año, y resulta tranquilizador, porque también sabes lo que va a suceder. Es algo seguro. Y en ese momento entregarías tu alma por tener un poco de seguridad.

Te encuentras dentro de una imagen fija. Tus amigas han quedado congeladas en ese momento que ya fue y que no volverá a ser nunca más.

Estáis sentadas en la habitación de Rute. Sabes que en cualquier momento podrá oírse por los altavoces el primer cd de Coldplay. Rute tiene todos los álbumes, pero solo puede poner ese, porque habéis acordado que *Parachutes* es algo auténtico, y que todo lo que vino después es pop prefabricado para los adolescentes. Seáis lo que seáis, jamás habéis sido adolescentes. O como lo explicó Nessi en una ocasión: «Somos demasiado viejas para ser jóvenes.»

Yaces tumbada en el suelo, y tienes la cabeza sobre el regazo de Schnappi. Encima de ti está el techo de color verde mohoso, que pintasteis juntas y del que cae a veces algún desconchón, porque tuvisteis que usar la pintura muy espesa. Schnappi te mira desde lo alto, como una fotografía que acaba de despertar, tú se lo permites.

«Pronto.»

Es otoño, hace ya nueve meses de eso. Entonces tenías el pelo largo, pero luego fuiste a la peluquería, antes de Navidad, y durante los meses siguientes tus amigas te estuvieron llamando «Francesita». Entre tanto, el pelo te ha crecido de nuevo, pero te lo has dejado corto, pues siempre te pareció tonto que todas tuvierais el mismo peinado. Largo, largo, largo.

Schnappi y su pelo, que recuerda la seda negra; Rute y su melena de poni rubia, con la cual intenta siempre, en vano, ocultar los granos de la frente; Stinke, que se tiñe su melena de rojo oscuro desde que la conocéis, y Nessi, que parece un ángel, y siempre te hace suspirar cuando se recoge su cabellera dorada en un moño alto, dejando ver su cuello. Fue un acierto cambiarte el peinado.

«Ahora.»

Rute está sentada en la cama con las piernas cruzadas, y tiene una revista sobre el

regazo; la está hojeando, y su lengua asoma entre los labios.

Stinke está sentada frente a ella y tiene un cigarrillo en la mano, aunque en casa de Rute no está permitido fumar; pero Stinke, sencillamente, no puede hacer otra cosa. Recuerdas que incluso se le escapó una lagrimilla cuando Rute se lo prohibió. Sin embargo, Stinke podría dejar de fumar sin problemas, pero le molesta que le prohíban algo.

Sabes qué es lo siguiente que va a decir. Os preguntará qué hay de gracioso en que no quiera saber nada más de ese tipo. También conoces vuestra reacción. Pero todavía no se mueve nada en la habitación. Tus pensamientos y tus palabras aún están petrificados. El humo del cigarrillo flota en el aire como una raya hecha al carboncillo.

Tú exhalas.

«Ahora.»

—¿... os parece gracioso? —pregunta Stinke en tono desafiante—. Axel es un idiota, ¿acaso parezco alguien que quiera estar con un idiota?

—Durante tres meses lo pareciste —dice Rute.

—¡Nunca llegaron a ser tres meses!

—Bueno, un cuarto de año.

Reís, Stinke mira al techo y pregunta qué tiene de gracioso eso. A vosotras os parece increíblemente gracioso, y si Stinke no estuviera tan enfadada, también se reiría, pero eso ahora no toca, eso haría que fuera menos gracioso.

Una brisa sopla por la ventana y reparte el humo por toda la habitación.

Inhalas el olor hasta lo más profundo y desearías tener el valor para fumarte uno también.

—Ni lo pienses —te dice Rute desde la cama.

—Pienso lo que quiero —respondes.

Rute levanta la revista. Miráis brevemente hacia allí y hacéis un gesto negativo con la cabeza. Dais calificaciones a las actrices, y sois crueles. Salvo algunas excepciones, todas son unas inútiles que ganan demasiado dinero.

Nessi es la única que se conoce todos los nombres.

—Cate Blanchett —dice.

—Déjame ver —dice Stinke.

Rute coloca la revista hacia donde está ella.

—Esa no es Cate Blanchett.

—Esa es Kate Winslet —dice Schnappi.

Rute mira hacia la revista y lee:

—Es Cate Blanchett.

—Mierda —dice Stinke.

Nessi asiente, satisfecha. Está sentada en uno de esos sillones idiotas que parecen

rellenos de alubias, de esos que con cada movimiento es como si un corredor borracho estuviese haciendo *footing* sobre gravilla.

—Si te tiras un pedo en ese sillón —dice Schnappi—, vas a atufar toda la casa.

Bebéis Fanta. Esperáis a que Rute os muestre la siguiente fotografía, pero en eso se abre la puerta de golpe. Aunque ya sabías que la madre de Rute iba a entrar, te asustas, del mismo modo que te asustaste aquella vez. El recuerdo está tan fresco en tu mente, que quisieras gritarles a tus amigas: «¡He estado aquí ya en otra ocasión, y quiero quedarme para siempre!» Pero guardas silencio, porque sabes que eso no puede ser. También el tiempo tiene sus reglas.

—Pensé que había olido humo.

La madre de Rute mira a su alrededor. Ya os echó de la casa una vez porque la música estaba demasiado alta. Stinke abre mucho los ojos, lo cual la pone en evidencia, casi al punto de que mejor sería que levantara un cartel, confesándolo.

Su cigarrillo ha desaparecido pero, por supuesto, Stinke dio una última calada, y ahora tiene todo el humo en los pulmones.

—Yo no os entiendo, sois chicas, y mira qué aspecto tiene todo aquí.

Es típico de la madre de Rute. Mira bien cómo está todo y luego lo comenta en tono de asombro. Vosotras miráis a vuestro alrededor, como si de repente ahora todas tuvierais ojos. No tiene buen aspecto. Las ropas tiradas por ahí, los zapatos, los cedés alrededor del equipo de música, algunos abiertos, muchos sin funda, y la mayor parte de ellos bajados del ordenador, con los nombres escritos con rotuladores. Y delante las revistas, los cómics, las páginas del trabajo que pretendíais discutir, pero que era tan aburrido que Schnappi dejó caer las hojas. Y allí está la bandeja con las tarrinas de helados, apuradas a fondo, y una mancha pegajosa en la alfombra, en el sitio donde se cayó la cuchara. Y luego, por supuesto, los nachos. El gato de Rute quería meter el hocico en la bolsa. Durante un rato anduvo caminando por allí con la bolsa metida en la cabeza, pero luego se la quitó con una sacudida y los nachos volaron sobre la alfombra.

—Eso lo hizo *Freddie* —dice Schnappi.

—Tal vez deberíamos matar a *Freddie* —dice la madre de Rute.

—Joder, mamá —suspira Rute, sin levantar los ojos de la revista.

—No me digas «Jodermamá», de lo contrario os largáis todas ahora mismo de aquí. De inmediato.

Rute hace como si no hubiera oído nada, y levanta la revista.

Vosotras negáis con la cabeza, no, esa no. Sois unas fans de las series y habéis visto todas las temporadas de «Perdidos» por lo menos dos veces, para vosotras las mujeres deben parecerse a Kate, de lo contrario no son nada.

—Milla Jovovich —dice Nessi.

—Julie Delpy —dice la madre de Rute.

—Minnie Driver —dice Schnappi.

Tú rompes a reír.

—¿De qué te ríes? —te pregunta Schnappi.

—Tú no reconocerías a Minnie Driver ni aunque la tuvieras sentada en las piernas.

—Claro que la reconocería.

Rute mira la revista. Nessi, por supuesto, tiene razón. La madre de Rute suelta un taco, ella habría jurado que se trataba de Julie Delpy.

Stinke tose el humo.

—¿Qué pasa contigo? —pregunta la madre de Rute.

—Cáncer —dice Stinke, y se golpea el pecho.

—Sobre eso no se bromea.

—Eso díselo a mi médico.

Vosotras soltáis una risita, la madre de Rute frunce el ceño. Peligro.

—Isabell, no quiero que fumes en nuestra casa. ¿Cuántas veces...?

—Joder, mamá —la interrumpe Rute, dejando caer la revista—. Por favor, cierra la puerta cuando salgas. Mira... —dice, señalando a su alrededor, como si su madre aún no se hubiera dado cuenta de lo que ha interrumpido— esto es una reunión de chicas.

Por un momento creéis que Rute ha ido demasiado lejos. Eres la única que sonrías, porque sabes cómo va a reaccionar la madre de Rute. «Esa es mi hija», dirá, y sonreirá.

—Esa es mi hija —dice, y sonrías.

—Y esa es mi madre —responde Rute, devolviéndole la sonrisa y desapareciendo de nuevo tras la revista, como si su madre se hubiese marchado ya.

Schnappi te acaricia la cabeza, tú te estiras y ronroneas como si fueras *Freddie*. Nessi mueve su trasero sobre el sillón de alubias y dice que será un chile muy sabroso. Soltáis una nueva carcajada, y cuando os habéis calmado de nuevo, notáis que la madre de Rute sigue de pie en el marco de la puerta.

—Vaya unas guarras que sois —dice la madre.

Stinke no la contradice.

—Cierto, somos unas guarras —dice—, pero también somos un encanto.

Schnappi levanta el pulgar, Rute también lo hace, tú levantas tu pierna izquierda y Nessi solo se encoge de hombros y dice: —Cuando Stinke tiene razón, la tiene.

La madre de Rute se inclina hacia delante, su boca se mueve, pero no sale ninguna palabra, pero ya estáis acostumbradas a leerle los labios. A descifrar si os dice «Largaos de aquí» o «Haced menos ruido». Conocéis los matices.

Lo que dice tampoco es nuevo para vosotras. «Os detesto.» En realidad, lo dice con cariño. Nadie os detesta, la gente os quiere. La puerta se cierra y, en ese preciso

instante, acaba *Parachutes*, la última canción se termina y sabéis lo que eso significa: le seguirá una breve pausa y luego vendrá la canción que Rute ha pillado en internet. Una rareza que no puede encontrarse en ningún álbum de Coldplay. En cualquier momento empezará a sonar una guitarra y vosotras cantaréis como hacéis siempre.

Saboreas las primeras líneas en tu boca y comprendes por qué el tiempo te ha arrastrado hasta aquí: esa canción forma parte de Taja, que nueve meses más tarde yacerá totalmente colocada en el sofá del salón de su padre, habiendo perdido todo vínculo con la realidad.

Pero tú todavía llevas el pelo largo; todavía tus amigas están a tu lado y no eres la persona más sola del mundo. Esa canción lo vincula todo. Esperas, la pausa acaba, la guitarra suena y tú coges aire, mientras Stinke dice: —No pienses que eso es tan fácil.

Tú la miras sorprendida. Son las palabras equivocadas. Ahora estáis cantando, eso es lo que tiene que suceder, pero la música se acalla y nadie canta.

«Equivocadas —piensas—, son las palabras equivocadas.»

—Vamos a cantar después —dice Rute, y deja caer el mando a distancia.

—¿Creíste de verdad que podías evitarnos? —pregunta Schnappi por encima de ti.

Tú te incorporas y te apartas de ella arrastrando el culo por el suelo, un par de nachos quedan aplastados bajo tu mano, tus amigas te miran.

—Estamos esperando —dice Stinke.

—¿Qué estáis... esperando?

Tú te quedas muda, te estás marcando un farol, porque sabes muy bien lo que están esperando. Nessi mete la mano en sus vaqueros y te lanza su móvil.

—Treinta y seis veces intenté localizarte. Míralo si no te lo crees.

—Yo también lo intenté la misma cantidad de veces —dice Schnappi.

—Y detesto tu buzón de voz más que a esos estúpidos de los Simpsons —dice Rute.

Stinke se baja del antepecho de la ventana y se agacha delante de ti.

—Y ahora dínoslo, ¿qué pasa contigo?

Puedes oler su respiración. Cigarrillos y helado de limón. Stinke toma tus manos entre las suyas. Y por la manera en que te mira, por la manera en que te miran todas tus amigas, les dices la verdad.

—En realidad no estoy aquí. Vengo del futuro.

Rute se agacha junto a Stinke.

—Oye, Taja, tía, eso ya lo sabemos.

—¿Crees que no lo sabemos desde hace tiempo? —pregunta Schnappi detrás de ti, y tú sientes que sus brazos te rodean con firmeza.

—No obstante, eso no explica nada —dice Nessi—. ¿O es que, en tu opinión, eso explica algo?

Sabes que eso no explica nada, y maldices el tiempo y sus juegucitos, y entrecierras los ojos, como si estuvieras en un sueño, y cuando los abres otra vez, yaces de nuevo sola en el salón, sobre el sofá, y tu boca está muy reseca, y tus mejillas mojadas a causa de las lágrimas. «¿Dónde estáis?», piensas llena de añoranza, y agarras el borde de la mesa y la arrastras por encima de la alfombra, hasta que queda justo delante de ti. Tu mano busca, tu mano encuentra. Aprietas el móvil con firmeza contra tu pecho, y respiras aliviada.

«Ahora todo va a ir bien.»

Apoyas la cabeza nuevamente sobre el cojín del sofá, hasta que te falta el aire y desapareces en medio de una clemente oscuridad.

NESSI

La noche pende sobre ti, y debajo está la oscuridad. Mientras, tú flotas en un espacio intermedio, y oyes a tus amigas llamándote. Te imaginas que todo se quedará así para siempre. Sencillamente, te quedarás flotando, sin preocuparte por nada, olvidando que hay una criatura que crece dentro de ti.

«Podría darme por vencida y hundirme», piensas, y comprendes que es un disparate. Jamás has tenido muy buena opinión de la gente que se suicida porque no soportaba la vida. En los libros, en el cine, en la vida misma. Pero ¿quién sabe lo que pensarás dentro de diez años? ¿Quién sabe lo que pensarías si estuvieses enferma, sufriendo en una cama, o si se te rompiera el corazón, y el mundo de repente pareciera tan oscuro como el lago que está ahora debajo de ti, o como la noche que está encima? ¿Quién lo sabe?

Giras en el agua y ahora sientes todo el peso de tu ropa mojada, que tira de ti hacia lo profundo. Sin prisa mueves los brazos y nadas de regreso a la orilla.

A los chicos les parece sexy y dicen que deberías hacerlo más a menudo. Sonríes, tienes sentido del humor, tus dientes castañetean. El mundo está lleno de idiotas, y tú eres una de ellos. Tus ropas están extendidas sobre la hierba para secarse, Rute te ha prestado su chaqueta.

Estás sentada junto al fuego, con las rodillas a la altura del pecho, los ojos cerrados. Schnappi dice que a ella casi se le para el corazón, pero dado que a ella casi siempre se le para el corazón por cualquier cosa, incluso cuando un guaperas le pasa por al lado, eso no significa nada. Mucho más llamativo es que Schnappi evite tu mirada. No tienes necesidad de preguntar. Tus amigas saben que estás embarazada. Schnappi nunca fue buena guardando secretos.

—¿Tienes frío? —pregunta Stinke.

Tú niegas con la cabeza, como si volvieras a tener seis años y estuvieras otra vez sentada junto al fuego con tus padres, después de una larga caminata, terriblemente cansada y terriblemente excitada, por poder estar con los adultos a una hora tan avanzada. Stinke te rodea con el brazo, escucháis la cháchara de los chicos y miráis las llamas. Sois pacientes, como suelen serlo las chicas cuando quieren deshacerse de los chicos. Apenas habláis. Ellos se van despidiendo uno tras otro. Eric dice que a lo mejor se ven más tarde en el bar, y al decirlo mira a Rute. Indi, por supuesto, es el último. Intenta convencer a Stinke de algo, pero Stinke lo ignora, hasta que por fin os quedáis solas.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta Rute, como si acabaras de salir del agua.

—No lo sé, me apetecía.

—¿Y si hubiéramos estado en la estación de trenes, te hubieras lanzado a la vía?

—Qué tontería.

—Entonces, ¿por qué?

—Yo no tenía intenciones de matarme, Rute.

Todas asienten, tenían la esperanza de que lo dijeras, y ahora ya lo has dicho.

—Y ahora todas cerraremos el pico —dice Stinke, antes de que Rute te siga agobiando—. Si Nessi no quiere, no hablaremos de ello, ¿de acuerdo? ¿O no?

Todas se miran, te toca el turno a ti, te han lanzado la pelota, así que dices:

—Estoy embarazada, y no quiero hablar de ello ahora.

Otra vez asienten todas, ha sido aceptado. Te sientes tan aliviada que enseguida te entran deseos de hablar de ello, pero al mismo tiempo estás tan agotada por todas las cosas que han pasado ese día que lo único que quieres es dormir. Schnappi te lee el pensamiento y dice que basta por hoy. Te ofrece llevarte a casa.

Rute te abraza y te dice que puedes quedarte con la chaqueta. Stinke te pasa la mano por la espalda y te da un beso en la boca. Jamás te había sido tan difícil separarte de tus amigas. Te enfundas los vaqueros mojados.

Schnappi te coge de la mano y vais hasta donde está la bicicleta. Cuando habéis recorrido dos calles, ella frena, se vuelve hacia ti y te jura que ella no ha dicho ni una pa labra.

—Ellas se dieron cuenta, Nessi, te aseguro que, de verdad, se dieron cuenta.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—Gracias.

Schnappi continúa pedaleando, tú pegas la cabeza contra su espalda y cierras los ojos.

Es poco más de medianoche cuando te deslizas dentro del piso.

Tus padres duermen, y cualquier ruido te descubriría, así que te quitas las zapatillas y caminas en calcetines por el pasillo en dirección al cuarto de baño. Cierras la puerta con una ligera presión, y te apoyas de espaldas en ella. Solo al cabo de un minuto te atreves a encender la luz. Tienes la cara pálida, tu ropa está todavía mojada y pesa. Ese numerito jamás hubieras podido hacerlo en invierno.

«Me he metido en las aguas del Lietzensee», piensas, y te haces un corte de mangas en el espejo.

Bajo la ducha, el agua está tan caliente que por un momento retrocedes, asustada, pero no cambias la temperatura, sino que aguantas el calor y esperas hasta que este llegue a lo más profundo de ti, después de haber atravesado todas las capas, poniéndote al rojo vivo.

Hacía tiempo que no pasabas tanto frío.

Cuando sales de la ducha, el baño es un paisaje de niebla.

Limpias el espejo y te contemplas.

Puedes acercarte más.

Intentas descubrir algún cambio. Nada. Te miras el vientre. Todo está como debe estar. Los pechos, la barriga, las piernas. «Todo como siempre.»

Cierras el puño y lo oprimes contra el ombligo. Estás furiosa. Estás tan furiosa contigo misma que quisieras golpearte el estómago.

«¿Y luego?»

No sabes qué pasará luego.

Pero puedes ver muy bien cómo van a ir las cosas.

Por la mañana se lo contarás a tus padres. Ves a tu padre, lo ves haciendo un gesto negativo con la cabeza, lo oyes decirte: «Mi pequeña.» Tu madre romperá a llorar y sacará una botella de vino blanco de la nevera. Ella no te entenderá. Querrá saber cómo te imaginas que será todo. Ni hablar de abortar, eso tenlo en cuenta, el aborto es tabú, ya que tu madre tuvo que abortar a los diecinueve y hasta hoy no ha podido perdonárselo. Tus padres aún sufren por esa decisión. De modo que ni una palabra sobre abortar, porque si lo haces ya puedes ir cogiendo un sacacorchos y sacarles los ojos.

Ves a tu madre con sus lágrimas y sus hombros temblorosos, y tu padre inclinado hacia delante, con las manos abiertas, como si quisiera atraparte en la caída. Después de la primera copa de vino, tu padre dirá que todo saldrá bien, que tenéis sitio en el piso, que hasta ahora era demasiado pequeño, pero eso tampoco lo vas a notar. Tu madre se te acurrucará y te prometerá que ella se va a ocupar de todo, porque para algo es tu madre, y eso no debes olvidarlo nunca. También dirá que se alegra de que hayas esperado a acabar el instituto, como si tú hubieses planificado lo de quedarte embarazada.

Luego mirará a tu padre y dirá, conmovida: «¡Voy a ser abuela!»

Tus padres no preguntarán de quién es la criatura, porque tienen miedo a la respuesta.

Así es y así será siempre.

«Miedo.»

Y todo el tiempo tu mano izquierda ha estado cerrada, en un puño.

En las semanas siguientes empezarás a engordar. No es que ahora estés flaca, pero sabes que tu madre, durante su embarazo, parecía una ballena, por eso en tu caso será igual, ella te lo ha profetizado. Pasarán los meses, y el curso de formación que la tía Helga te prometió se lo llevará una chica que está en tu mismo año. Apenas verás a tus amigas, porque sus vidas son sus vidas, y la tuya es la tuya, y no se puede ir en dos direcciones a la vez. De vez en cuando te llamará Stinke, y a ti se te saltarán las lágrimas, y también Stinke llorará desconsolada, y al cabo de dos horas tendréis las orejas tan calientes de tanto charlar al teléfono que colgaréis aburridas. Leerás todo lo que haya sobre bebés, sopesarás las ventajas y desventajas de dar a luz en casa y te

decidirás por el hospital. Poco a poco te irás acomodando a la situación. Tu diecisiete cumpleaños parecerá un té de señoras. Stinke pasará con Schnappi y se quedarán un cuarto de hora. Rute te mandará saludos a través del móvil.

¿Y Taja? De Taja no volverás a oír hablar, porque todavía nadie sabe dónde se ha metido. Ese día no habrá regalos para ti, solo habrá regalos para el bebé.

Calcetines, chaquetillas, juguetes. En el supermercado, la gente te mirará de reojo y te evitará. Todos sabrán qué clase de persona eres. Una madre, una mamá, una ballena. Y a veces preguntarán quién es el padre. Y a veces tú los mirarás y sonreirás, como si esa sonrisa fuera una respuesta. Sabes que eres muy joven para ser madre. Eres incluso demasiado joven para ser nada. Pero lo de avanzar hacia atrás solo funciona en las películas.

Durante el parto serás solo dolor, y esos dolores te dejarán hueca y te llenarán de fuego. «Después de eso ya no puede pasarme nada malo», pensarás. Y luego vendrá el niño. Rojo, gritón, y todo irá bien.

«Y todo será hermoso.»

Es lo último que deseas. Quieres vivir sin ataduras, sin obligaciones, sin padres. Quieres ser alguien que dirija su propia vida, una vida en la que nadie se meta. No quieres ser una de esas muchas chicas a las que ponen nombre de estrella del pop. Ninguna de las muchas chicas que andan por ahí como si fueran emocionales adolescentes faltas de personalidad, que se quedan embarazadas y lo aceptan, porque son demasiado estúpidas para tomar otro camino.

«No una de esas, no.»

Pero ¿quién sabe si así no te iría mejor? Mira a Stinke. Su madre desapareció cuando ella era todavía un bebé, y después de que el padre decidiera que dos hijos eran demasiado trabajo, dejó a Stinke y a su hermano con la tía Sissi y desapareció, largándose a Argentina. Stinke tenía entonces nueve años y creyó hasta los doce que su padre volvería para Navidad. El hermano de Stinke, en cambio, lo comprendió enseguida. Y en cuanto le tocáis el tema a Stinke, ella hace un gesto de rechazo y dice que eso ya no le pica por dentro. Pero vosotras sabéis que no es así. Es un picor invisible contra el que no sirve de nada rascarse. Una mezcla de odio y resignación.

Tú, en cambio, quieres a tus padres, pero te gustaría estar sin ellos, pues no se les escapa nada.

Pegas un salto cuando el móvil empieza a sonar en el bolsillo de tu chaqueta. Te has quedado dormida sentada en el váter, tienes el pelo seco y la tapa del inodoro ha quedado con la impresión de tus muslos. Rápidamente cubrirás el móvil con una toalla. Suena dos veces, luego se calla. Apartas la toalla. El sms es tan breve que por un momento piensas que tu móvil se ha vuelto loco:

«Venid.»

Entonces miras quién ha enviado el mensaje, y ya no tienes que reflexionar más,

tus problemas son banales, todos, porque esto es más importante. Sales corriendo del baño hacia tu cuarto y te vistes. Te pones unas zapatillas deportivas desgastadas, te das la vuelta y ves a tu madre en el marco de la puerta.

—¿Vanessa? ¿Vanessa, qué ocurre?

Pasas por su lado y sales corriendo del piso, como alguien que se ha olvidado a sí mismo en algún sitio ahí fuera y espera reencontrarse lo más pronto posible, antes de que sea demasiado tarde.

SCHNAPPI

Ella te insulta. Te insulta a través de la puerta cerrada, como si fueseis extrañas y como si tu vida fuera una porquería y ella pudiera escupirla. Al fondo oyes a tu padre murmurando, diciendo que no es tan grave. Ella lo ignora y te insulta de nuevo. Uno de los vecinos grita algo desde abajo, en la escalera, y dice que os calléis. Pero tú le gritas que se calle él.

Golpea una puerta.

La cosa sigue.

Te llama puta. Te llama bastarda. Esperas a que se le acabe el aire y aprietas el timbre. Sus pasos se alejan, y tú no levantas el dedo del timbre, lo aprietas tanto que el pulgar se te pone blanco, pero entonces el timbrazo para de repente. Rompes a reír. Ha desconectado el timbre. Ríes hasta que se te saltan las lágrimas, hasta que esas lágrimas dejan de tener que ver con la risa.

El dedo se aparta del timbre, te sientas en el felpudo, con la espalda pegada a la puerta.

«Y eso que hoy solo he llegado con tres horas de retraso. ¿Qué son tres horitas?»

Algunas noches logras entrar en el piso a hurtadillas, para pasar desapercibida. En un par de ocasiones tu padre ha estado sentado en la cocina, esperándote, y ha sacudido la cabeza y dicho que se había preocupado. Pero en realidad a él no le molesta, confía en ti y te llama su «pequeño sol».

«Si ella no estuviera...»

Tu madre debe de haber escondido el llavero. Jamás le hubieses atribuido tanta imaginación. Ella te contó una vez que las casas de su aldea no tenían puertas, porque la gente confiaba la una en la otra, y si alguien robaba algo, se expulsaba a toda su familia del lugar. Así eran las cosas en su aldea de origen, y es un enigma para ti cómo a alguien que ha crecido sin puertas puede ocurrírsele la idea de esconder una llave.

Estás muy cansada.

Ahora esperarás a que se duerma, y luego tu padre te dejará entrar.

Media hora de espera, una hora a lo sumo. El día pasa por tu cabeza como un vagón de metro que uno ha estado esperando toda una eternidad. Ves a Nessi en el agua, os veis en el cine, y puedes saborear las palomitas rancias.

Te gusta mirar en retrospectiva al día anterior. Es un poco como regresar a casa a última hora de la tarde, encender el televisor y, luego, ver una serie que solo te muestra a ti, que te enseña andando por la vida, con todos tus errores, tus heroicidades. Le hablarás a tu padre de la película. A él le gusta Denzel Washington. Pero ¿cuál no será la sorpresa de tu padre cuando, dentro de veinte minutos, abra la puerta y vea que has desaparecido? ¿Y cuál no será la tuya cuando tu vida tome un

nuevo rumbo en cuestión de segundos, arrastrándote a varios kilómetros de Berlín?

Todo es posible. Y todo comienza con dos breves sonidos de móvil.

Estás sentada en el oscuro rellano, porque no piensas estar accionando una y otra vez el interruptor de la luz. Estás sentada en medio de la oscuridad, y el teléfono suena dos veces. Lo sacas del bolsillo y lees en la pantalla rojiazul el sms, y reaccionas como habéis reaccionado todas esa noche a aquel mensaje.

Echas a correr.

RUTE

También a ti te llega el mensaje a la misma hora. Estás tumbada de nuevo junto a Eric y te zumban los oídos. Esta vez no ha habido sexo. Estáis los dos muy borrachos. Tus padres piensan que vas a pasar la noche en casa de Stinke. Una mentira más o una mentira menos. Tú tienes otros problemas, porque no puedes dejar que todo siga así. Cuatro cócteles en el pequeño bar de la Savignyplatz, que abre toda la noche, y en el que solo se os sirve porque una de las camareras es la hermana de Eric. Schnappi y Stinke se fueron tras la segunda copa, tú no pudiste parar, y te bebiste también las copas que correspondían a Nessi. Y por eso ahora estás acostada junto a Eric. En tu defensa has de decir que no tenías ninguna oportunidad real de irte a casa en tu estado. Tu madre te habría cortado la cabeza, y tu padre hubiera bailado sobre tu cadáver.

El colchón está en el suelo, y huele un poco a moho, a lo que se añade el olor penetrante de un joven sudado que se pone demasiada colonia. Son cosas que no vas a echar de menos. Tampoco la mano en tu hombro.

—¡Lárgate!

Eric insiste. Te sacude como si fueses una máquina de jugar que le ha robado su último euro. Gimoteas, podrías hasta vomitar, inclinarte fuera del colchón y vomitar. Pero no, no lo haces. Todavía te queda un poco de respeto por ti misma. De modo que abres los ojos y, como por arte de magia, se abren también tus oídos.

—... eso está parpadeando tanto que me va a volver loco. Loco del todo.

¿Cómo se apaga esto? Dime cómo se apaga este chisme.

—¿Qué?

Eric te muestra una estrella verde, que a veces se ilumina y a veces se apaga. Sientes la saliva saliéndote por la comisura de los labios, te la limpias.

—Hazlo ya —dice Eric.

Reconoces tu móvil. Adoras ese parpadeo, es pulsante como una luz bajo el agua, tú lo has programado así a propósito.

—Llévatelo —dices.

—Primero apágalo.

—¡Mételo debajo de la almohada y déjame dormir!

—¡Tú no me vas a joder ahora!

Eric se levanta y te quita la manta.

—Este chisme está vibrando y se enciende y apaga. ¡Desconéctalo!

Tú quisieras estrangularlo. «Es tan estúpido que no sabe apagar un móvil», piensas, y se lo quitas de la mano. Miras el mensaje que ha entrado y lo ves doble, luego triple, y luego otra vez doble. Te frotas los ojos, vuelves a mirarlo. Tu dedo pulgar teclea el PIN y el móvil deja de iluminarse. Eric suelta un resoplido de alivio,

pero su felicidad solo dura unos segundos.

—¡Mierda! ¡¿Y ahora qué estás haciendo?!

Recoges tus ropas del suelo y deseas desaparecer, pero entonces te das cuenta de que has bebido demasiado, incluso como para cruzar un paso de cebra de un modo seguro. Vuelves la vista hacia la cama. Eric se cubre los ojos con el antebrazo. No, con él no puedes contar.

«Tal vez haya sido solo una ilusión —piensas—. Tal vez encienda de nuevo mi móvil y no haya nada allí.»

Entras al cuarto de baño, te arrodillas delante del inodoro y te metes los dedos en la garganta. Después de eso te sientes mejor. Te echas un poco de agua en la cara y metes la mano en tu monedero. Cinco euros. Eso no va a alcanzar. Regresas a la habitación. Eric se ha quedado dormido con el brazo sobre la cara. Sacas la cartera de sus pantalones. Nada, solo un par de monedas. Dejas caer la cartera, tomas aire y miras por segunda vez el móvil.

«Venid.»

Sabías que no era una ilusión. Los móviles no mienten. Te pones las botas y sales corriendo.

STINKE

Claro que en toda historia hay siempre un idiota. Alguien que lo hace todo mal, que jamás está en el sitio correcto y al que siempre lo pilla el tren.

Alguien como tú, que desaparece con una Vespa robada tan campante, como si hubiera ganado a una tragaperras. Tú eres la idiota, una perfecta subnormal. Al mismo tiempo, también eres la única que está tumbada en su cama, satisfecha. Te pesa la cabeza por las dos copas, tal vez el camarero te echó algo en el vaso. Detestas que los camareros te echen los trastos y empleen siempre la peor táctica, poniéndose babosos. Si les hubieras dicho que sí a todos los camareros, habrías muerto alcohólica hace mucho tiempo.

Por fin te entra sueño y sueñas con Neil, que en la disco se te puso de rodillas y te dijo que no le importaba tu braguita de florecitas. Sueñas con Nessi, que se puso a flotar en el agua como un nenúfar, y empezó a desaparecer a lo lejos, aunque tú no parabas de gritar su nombre. Suerte que tienes un hermano, de lo contrario, probablemente, hubieras estropeado el resto de esta historia.

—¡Levántate!

La luz se enciende y apaga, se enciende y apaga.

—¿Estás sorda o qué? ¡Levántate!

Desearías estar sorda, o qué. Te giras hacia el otro lado. Pero tu hermano insiste.

—Una de las chifladas de tus amigas está haciendo un ruido infernal desde hace una hora, ¿cómo es que no lo oyes?

Es suficiente. Apartas la manta, protestas como una verdulera y sacas las piernas fuera de la cama. Unas estrellitas explotan delante de tus ojos, sientes mareos y te inclinas hacia delante, te miras los dedos de los pies, hasta que las explosiones cesan. No has oído el timbre. Y alégrate de que ese día tu tía tenga el turno de noche.

—Joder, Paule, no he oído el timbre —murmuras.

—No me digas...

Tu hermano cierra de un portazo la puerta a sus espaldas, y tú te echas hacia atrás. Tal vez todo no sea más que un sueño. «Tal vez, sencillamente, no pueda volverme a dormir...»

La puerta de tu habitación se abre otra vez de golpe.

Levantas la cabeza.

Rute está allí, y dice:

—Odio que no cargues la batería.

Y, por como lo dice, sabes que ha pasado algo.

«Algo malo.»

El reloj que está a tu lado marca las tres y diez.

«Da igual lo que sea, sin duda es algo malo.»

Esa conclusión llega a tu cerebro como una onda expansiva, te suenan los oídos, tienes que frotarte la nariz, porque de pronto te pica.

—Dios mío —dices, como una abuela a la que se le rompe, camino de casa, la bolsa de la compra. Logras ponerte de pie dando tumbos, y te vistes, mientras Rute te cuenta lo del mensaje que ha recibido.

Cinco minutos después estáis sentadas en la Vespa robada, vuestros cabellos ondean al viento. Berlín yace en coma, las calles están vacías, han sido barridas, y los semáforos tienen un pulso débil, cansado, que recuerda en cierto modo a la iluminación navideña. ¡Cuánto detestas la Navidad! ¡Y cuánto adoras esta ciudad de noche!

III

*drives up to the next seat and onto the roots
drinking up the village
and drinking a little more*

portugal. the man
the devil

EL VIAJERO

Y entonces desapareciste.

Sin dejar rastro.

Y el caos quedó detrás de ti.

La brigada especial seguía buscándote incansablemente. Comentaron que querías que te pillaran, después de encontrar tu sangre en los muertos.

Dijeron que ya no eras tan cauto. Tu ADN les resultaba ahora ya tan familiar como tus huellas dactilares.

¿Eso te intranquilizó? ¿Te diste siquiera por enterado?

Sí que te diste por enterado, del mismo modo que uno se entera de las cosas porque la gente habla sobre ello. Se decía que el Viajero se estaba volviendo descuidado y que pronto caería en la trampa de la brigada especial. A nadie se le ocurrió la idea de que tal vez al Viajero no le interesara lo que había dejado detrás de él. Te movías hacia delante. El pasado quedaba atrás, como el vago recuerdo de un sueño. Para nada te levantaste empapado en sudor, preguntándote qué había sucedido. Eso es algo tonto, eso solo lo hacen los psicópatas. El pasado había quedado atrás, y no te perseguía.

Eres como un tiburón que tiene que mantenerse todo el tiempo en movimiento, porque de lo contrario se hunde. Hay que seguir moviéndose, fluyendo hacia delante. No hay vuelta atrás. Y del mismo modo que el tiburón carece de vejiga natatoria, tú careces de moral. Si vacilases, te hundirías hasta el fondo en esta sociedad nuestra, en muy poco tiempo, y desaparecerías.

Mantenerse quieto es la ruina, así que sigues moviéndote a un ritmo tranquilo.

Por espacio de seis años no se supo nada de ti. En internet, la gente se preguntaba si el Viajero no habría llegado ya a su destino. Tenías en tu cuenta más de sesenta muertos. Ninguna de las investigaciones condujo a nada, nadie había visto nada, y todos empezaron a cuestionarse el trabajo de la brigada especial. No había ningún patrón ni ninguna conexión entre las víctimas, no había un motivo visible. Y aunque los agentes de la brigada especial jamás lo hubieran admitido, estaban esperando a que tú dieras el siguiente paso. Que cometieras más errores. Estudiaban los perfiles de personalidad de los asesinos en serie, analizaban el comportamiento de todos los locos furiosos e intentaban encajarte en alguna de esas categorías. No sabían con quién estaban tratando.

En 1998, recibiste una mejor oferta de trabajo y te mudaste a una gran ciudad. Tu hijo había cumplido siete años y te había escrito su primera carta, en la que te preguntaba si no podías llevártelo contigo durante el verano. Le respondiste diciéndole que era una idea estupenda, que le preguntara a su mamá. La mamá dijo

que no. La vida seguía su curso.

Tu novia de entonces te dejó, porque le resultaba demasiado incómoda la relación a distancia. Fuiste a teatros y conciertos. Empezaste a leer más libros, y viste un montón de documentales. En ese tiempo descubriste la cultura, y conociste a una mujer que compartía tu pasión por la arquitectura.

Por lo demás, apenas cambió nada en tu vida. No te volviste más tranquilo, ni bebiste más de la cuenta, ni cuestionaste tu existencia. Tampoco tus amigos notaron ningún cambio. Estabas equilibrado. En esos años viajaste mucho. A veces lo hiciste con alguien más, o en un grupo, o incluso solo. En ninguna parte dejaste un rastro de muertos detrás de ti.

Cuando empezó el nuevo milenio, tu nombre ya era una leyenda.

Alguien estaba escribiendo un libro sobre ti, alguien había creado una página en internet que no solo ofrecía un foro de debate, sino que publicaba listas de todas tus víctimas y, con la autorización de los responsables, era controlada regularmente por la brigada especial. Y claro, también hubo alguien que intentó imitarte, y fue dominado por su primera víctima. El día en que aquellos dos aviones de pasajeros se estrellaron contra las torres del World Trade Center, la gente empezó a olvidarte. El mundo iba camino de otro nuevo caos. Guardaste luto por los estadounidenses, pasaste la tarde delante del televisor y, luego, continuaste tu vida, como todos nosotros.

Un año tras otro y tras otro.

Había llegado de nuevo el invierno, mientras viajabas por el país, bajo una tormenta de nieve. Los periódicos escribieron: «El Ángel Vengador ataca de nuevo.»

Venganza por qué, esa es la cuestión.

Tú guardas silencio.

Es noviembre.

Es el año 2003.

Es de noche.

Fennried es un pequeñísimo pueblo en la región del Havel, situado entre Ketzin y Brandemburgo, tan insignificante, que no hay allí ni una cabina telefónica ni un buzón de correos. Tiene una calle principal y una secundaria, treinta y seis casas, ocho fincas abandonadas y dos máquinas de tabaco. La parada del autobús está situada delante de la entrada del pueblo, y dos veces por semana una furgoneta se detiene delante de la panadería y una vez por semana pasa un vehículo de congelados por sus calles y hace sonar el claxon. El pueblo está dormido, el edificio más alto es una iglesia ruinoso que tiene un pequeño cementerio, en el que las lápidas o están tumbadas o apoyadas unas sobre otras, como cansadas. En vísperas de las elecciones,

los partidos políticos no se han tomado la molestia de pegar carteles a lo largo de las dos calles del pueblo. Es un lugar situado en medio de todo. No crece, tampoco se hace más pequeño, está atascado en su insignificancia.

Uno de tus fans escribió una vez que el reto había sido tan grande que tú no pudiste resistirte. También escribió que, después de haberlo planificado mucho, habías tomado la decisión de hacer una visita a Fennried.

Confeccionó un croquis de tu viaje a través del lugar, como si lo hubiera consultado contigo, y publicó el croquis en su blog. Por ello estuvo cuatro días en prisión preventiva. Sabía demasiado. Los de la brigada especial le dejaron marchar cuando averiguaron que tenía todos los detalles gracias a un policía que había participado en las investigaciones en Fennried.

Es jueves. Después del trabajo te metes en el coche y viajas en dirección a Berlín. Esta vez no tenías ni idea. Fue como un arañazo en la garganta.

Después de despertarte, bebiste café y sentiste el cambio. Es como si el viento hubiera cambiado de dirección. Has pasado el día al ritmo habitual, después del trabajo estuviste incluso una hora haciendo *jogging*, y solo después te montaste en el coche.

Poco antes de llegar a Berlín abandonas la autovía y te detienes en una gasolinera. Te comes de pie un sándwich de salmón y hablas con la cajera. Te enteras de que su marido ya no quiere ver a sus hijos y que, al cabo de catorce años de la caída del Muro, aquí apenas nada ha mejorado, al contrario, muchas cosas han ido a peor. Pero la mujer de la caja sonrío cuando lo dice.

Te gusta su optimismo. Te regala una franqueza que espera alguna respuesta por tu parte. Tú le devuelves la sonrisa y continúas viaje.

Una vez que has cruzado Fennried, cobras conciencia de lo pequeño que es. Te diriges hacia un sendero del bosque y das la vuelta.

Un minuto y veintiséis segundos de un extremo al otro. La mitad de las farolas de la calle no funcionan. Son las nueve de la noche, y casi todas las ventanas están a oscuras. En alguna que otra casa parpadea la luz de un televisor.

Recorres por tercera vez el pueblo. El viento intenta empujar el vehículo fuera de la calle. Bajas la ventanilla del conductor y disfrutas del frío. Delante de un edificio abandonado te detienes y esperas. Un coche desconocido en un pueblo tan pequeño un desolado día de invierno. La nieve empieza a rodearte. Las luces en las ventanas se apagan. Es un poco parecido a aquella noche en medio del atasco. Calma, soledad. Te recuerda un poco el silencio del motel. En ambas ocasiones te sorprendiste a ti mismo. Intuías tu potencial pero, sé sincero, no sabías de lo que realmente eras capaz.

Ese nuevo conocimiento te da una sensación de seguridad. Como un coche de carreras que conoce su fuerza.

Poco después de la una, bajas del coche y te diriges a la primera casa.

¿Qué buscas? ¿Qué te hace matar? ¿Algún trastorno físico? ¿Un tumor, tal vez, que te oprime la corteza cerebral? ¿Una enfermedad que te obliga a derramar sangre? ¿Aprendiste de alguien? ¿Alguien te tomó de la mano y te mostró lo liberador que es matar? ¿Es liberador? ¿Por eso te pones en camino? ¿Buscas salvación, purificación, absolución? ¿Es un instinto? ¿Es placer?

Aunque las persianas de casi todas las ventanas están bajadas, la mayoría de las puertas están sin pestillo. Vas de casa en casa. Tocas el timbre si es necesario. A veces te ladra un perro, a veces alguien ha pasado la cadena. Te muestras amable y simpático. Te dejan entrar, y tú los matas rápidamente, con eficiencia. En realidad, no pudiste escoger un sitio mejor.

En su gran mayoría, los que viven aquí son jubilados. Solo te encuentras con dos mujeres por debajo de los cincuenta. Una es enfermera, la otra es médica jubilada. La plaquita de la doctora está rodeada de flores secas y su puerta es la única que se abre después de haber llamado una sola vez.

Un pueblo entero, treinta y ocho casas, cincuenta y nueve habitantes.

No dejas ni un alma con vida.

RAGNAR

La casa huele fatal, a carne podrida, y os preguntáis de dónde puede salir ese hedor. La cocina, sorprendentemente, está limpia, y hasta han fregado el suelo, mientras que el salón, por el contrario, es un basurero. Han movido el sofá, los sillones están volcados, hay cristales rotos por todas partes y vómitos sobre la alfombra. La mesa está cubierta de pajitas de colores, latas de refrescos y platos con restos secos de comida. Se ve el rastro de un polvo blanco entre las ranuras de la madera, y supones que se trata de tu heroína. Todo parece indicar que ha tenido lugar una fiesta.

—Parece como si hubiesen celebrado una fiesta —dice Leo.

—Lo mismo acabo de pensar yo —dices.

Leo señala hacia fuera.

—Pensé que nos sentaríamos al aire libre.

La mesa del jardín está a rebosar. Leo ha traído dulces, café y panecillos de la panadería. Junto a los platos hay unas servilletas.

Leo sabe lo que te gusta. Aunque la situación no lo exige, deseas mantenerte en tu línea de acción. Tus hombres no deben pensar que algo es diferente solo porque tu hermano esté muerto en el sótano y la mercancía haya desaparecido.

Tanner y David ya están sentados. David ha abierto el *notebook*. Leo sirve café. Si ahora tu hermano saliera y preguntase si alguien quiere zumo de naranja recién exprimido, todo sería como siempre.

—¿Hay conexión?

David vuelve hacia ti la pantalla. Tanner rodea la mesa junto con Leo.

La imagen es en color. Tu hermano siempre adoró estos juguetes electrónicos.

Las cámaras están bien ocultas y distribuidas por las habitaciones, la resolución de las imágenes es muy nítida. Sabes que aquí se han filmado con esto algunas pelis porno privadas. Tu hermano no tenía vergüenza. Unos sensores de movimiento activan las cámaras en cuanto alguien entra en el encuadre. Un disco duro de dos *terabytes* guarda las grabaciones. David dice que él todavía no sabe lo lleno que puede estar el disco, ni hasta qué día se remontan las imágenes, pero va a ocuparse de eso de inmediato.

—Enséñanos el sótano —dice Tanner.

David conecta las cámaras de las distintas habitaciones: la cocina, el salón, y por un momento os veis sentados en el jardín, el baño de abajo, el baño de arriba, los dormitorios, la buhardilla, el garaje, y, finalmente, el sótano. Puedes ver la piscina y al chico, que la mira fijamente, como si la piscina fuera un oráculo. No se ha movido de su silla. «Esto no va a tardar mucho», piensas, y ya te dispones a pedirle a David que aparte el portátil, para que podáis desayunar en paz, pero Tanner se te adelanta.

—Vete una imagen atrás.

David hace clic. Veis el garaje. Tanner resopla.

—Creo que tenemos otro problema.

Ves lo que quiere decir.

—¿Dónde están sus coches? —preguntas.

—El Mercedes está en el taller —dice David—, Oskar lo dejó allí la semana pasada, pensaba que el sistema electrónico estaba funcionando mal.

—¿Y el Range Rover?

Nadie responde. Miráis el garaje abandonado.

—¡Eh! ¡¿Dónde está el Range Rover?!

—No lo sé —dice David.

—Llama al taller y averígualo.

David pretende levantarse, con gesto exageradamente solícito.

—¿Qué haces? —le pregunta Tanner.

—Pensé que...

—Siéntate y desayunemos en paz. El chico es ahora lo más importante.

David vuelve a tomar asiento, empuja el portátil hacia el final de la mesa para mantenerlo a la vista. Leo pregunta si alguien quiere el cruasán.

Tanner lo comparte con él. Intentas concentrarte en la comida. Tus pensamientos hacen lo que quieren. No se te va de la mente la cara de tu hermano. Su mirada inerte. Conoces esa mirada. La reconocerías en cualquier parte.

«Parecía tan sorprendido.»

—¿Alguna idea de por qué Oskar está en ese sótano, congelado, con un mando a distancia en la mano?

Por supuesto que nadie sabe lo que sucedió aquí. Eso te inquieta. Si el chico no estuviera en ese sótano, tú mismo verificarías de inmediato las grabaciones de las cámaras durante los últimos días. Es tu deber saberlo todo, tenerlo todo bajo control. ¿Qué pasaste por alto? Partiste de la idea de que la chica iba a escucharte. Tendrías que haber contado con que algo se torcería. El chico en el sótano es ahora tu única esperanza para arrojar algo de claridad en este enigma.

Miras el reloj.

Al chico le quedan todavía diecinueve minutos.

El tiempo siempre fue para ti algo importante. El tiempo fue durante años una cerca de alambre de espinos erigida por tu padre, cuando os encerraba durante cinco días a la semana, aislándoos del mundo exterior. Los fines de semana la verja se abría, y la vida normal retornaba. En esa vida normal ocurrió, finalmente, que un buen día, después de ocho años sin tener ni idea, te encontraste con tu padre realmente.

¿Recuerdas cómo era recorrer las calles con quince años? ¿Recuerdas cómo todo parecía percedero, y vivías con el temor de que después de aquello no hubiera nada?

Vivías para llegar a los fines de semana, porque esos dos días significaban libertad. Nadie hablaba sobre ello, nadie comentaba dónde estaría tu padre durante ese tiempo. En una sola ocasión, Oskar se atrevió a preguntar y tu madre se llevó rápidamente el índice a los labios, como si con ello pudiera responder a todas las preguntas. Viste la tristeza en sus ojos y comprendiste que ella no se diferenciaba en nada de vosotros: también vuestra madre lo soportaba todo y no sabía lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Tu compasión se fue transformando con los años en mera rabia.

Una madre no tenía derecho a no tener ni idea de lo que pasaba. Debía proteger a sus hijos. Debía saber lo que estaba ocurriendo.

Los fines de semana hacías exactamente lo mismo que tu padre, y desaparecías de casa sin dar explicaciones. A los quince años ya no creías que estuviese realizando misiones secretas ni que trabajara para el Ejército; a los quince intentabas pensar lo menos posible en él. Habías pasado la noche en la casa de unos amigos de Brema y habías vivido otra realidad. Habías bebido, fumado porros, habías visto un montón de vídeos guarros, y solo esperabas cumplir los dieciocho para poder huir de tu vida.

Y entonces él se cruzó en tu camino.

Menuda sorpresa te llevaste cuando, después de una noche de juerga, un domingo por la mañana, en la cola de la panadería, viste pasar a tu padre por delante del escaparate. Tu reacción fue espontánea. Saliste corriendo de la panadería y lo seguiste con la mirada. No tenía nada de especial que tu padre pasara por allí. Ni siquiera en Brema. Pero lo curioso era aquel niño pequeño que llevaba de su mano derecha, y la mujer que llevaba a su izquierda. Tu padre llevaba al niño de la mano, la mujer iba cogida de su brazo.

No era tu madre, no era tu hermano.

Solo cuando doblaron la esquina, saliste corriendo, y cuatro calles más abajo los seguiste hasta un edificio de pisos de alquiler. Los viste ir al patio trasero a través del pasaje interior. El chico caminaba delante, la mujer seguía a tu padre. Tú te detuviste en el patio y observaste sus siluetas, los viste subir por la escalera hasta la tercera planta.

La semana siguiente fue como todas las semanas. La pesadilla de vuestras vidas no varió, aunque había sido eso lo que habías esperado.

Estabas seguro de que tu padre te calaría y lo averiguaría todo.

No sucedió nada.

Durante cinco días te mordiste la lengua.

El viernes por la noche desapareciste de casa, y el sábado por la mañana estabas a la espera, vigilando las ventanas del edificio de alquiler.

Al chico, a la mujer, a tu padre.

Solo querías echarles un vistazo a los tres. En eso, te engañaste todo lo que pudiste, pero estuvo bien, porque la situación era extraña para ti. Lo que es extraño, ha de ser observado, te había enseñado tu padre. No sabías lo que querías, solo sabías que al final te causaría dolor.

Cuando salieron del edificio, tú estabas al otro lado de la calle. Tu padre se mostraba muy diferente. Lo veías reír, veías cómo le acariciaba la cabeza al chico, y luego lo viste besar a la mujer. Con amor.

Tu padre no era tu padre.

Tuviste que apartar la vista.

Delante del cine y frente al Burger King, delante de una librería, de una floristería, delante del supermercado y de la carnicería. Los seguiste a todas partes y, finalmente, los seguiste de vuelta al edificio. Estabas muerto de hambre y de sed, pero no comiste ni bebiste nada. Sabías que eso te distraería.

Te distraería de tu rabia y tu desamparo, que pugnaban en tu interior como dos fuerzas enfrentadas, provocando un oleaje oscuro dentro de ti.

Hora tras hora.

Solo cuando se estaba acercando la medianoche y todas las luces se apagaron en aquella tercera planta, te diste la vuelta y fuiste a ver a un amigo. Dormiste inquieto esa noche, y el domingo por la mañana, a las siete, ya habías ocupado otra vez tu puesto.

El edificio despertaba.

Sabías que ahora estarían desayunando, charlando, con la radio puesta y la tostadora escupiendo tostadas. Un domingo más en tu vida. Te sentías tan solo que se te escaparon las lágrimas.

A las doce y media la mujer salió con el niño del edificio.

Saliste a la calle. No querías que te vieran en el patio. Pasaron a tu lado y el niño dijo:

—¿Y qué tal si vamos a tomar un helado?

La mujer rio y continuó caminando con el chico.

El pasillo del edificio olía a pintura reciente y a sisal. En cada descansillo había un árbol de plástico, las ventanas estaban limpias, nada parecía gastado. Subiste las tres plantas y viste que tenías dos puertas donde elegir.

A la izquierda vivía F. Hommer. A la derecha había un cartelito de latón, con letra cursiva, que decía: «Desche.» Pasaste el dedo sobre tu apellido y pensaste: «Así que

vivo aquí.»

Necesitaste diez minutos para poder llamar al timbre.

Él llevaba una camisa blanca y unos pantalones de lino de color azul.

Estaba descalzo y parecía alguien que acaba de llegar de la playa. Jamás habías visto descalzo a tu padre. Llevaba en una mano un periódico y en la otra un bolígrafo. No pudiste mirarlo a los ojos. Lo estudiaste como si fuera una criatura sin cabeza. Viste cómo los dedos de los pies se le encogieron por un momento. El periódico en su mano empezó a temblar. Te llamó la atención el anillo de casado, y te lo imaginaste quitándose el viejo anillo cada vez que os dejaba en la otra casa y poniéndose ese. Te preguntaste si era tan fácil para él cambiar de una familia a la otra. Y te preguntaste por qué. Esa era la pregunta que no te dejaba en paz ni un instante.

«¿Por qué?»

—¿Ragnar?

Hasta su voz sonaba distinta. Más pequeña, más insignificante. Una voz sin amenaza ni peligro. Simplemente una voz. Y aun así, no pudiste mirarlo a los ojos.

—Joder, chaval —dijo, y dio un paso atrás.

Tal vez fuera una invitación, o tal vez no, el caso es que pasaste por su lado y entraste al piso. Con los hombros tensos y encogidos, las manos cerradas en dos puños. La puerta se cerró. El ruido de los pies descalzos en el parqué. Él te tocó en el hombro.

Sus palabras fueron inseguras.

—Esto tiene que haber sido una sorpresa para ti.

«Está nervioso», pensaste, y quisiste formularle muchas preguntas, quisiste reprocharle muchas cosas, pero al final no llegaste a hacerlo, tus instintos asumieron el control. Puso una mano en tu hombro. «Peligro.» Ni siquiera te diste la vuelta. Tu codo se le clavó en un costado. Cuando tu padre se dobló, lo cogiste por los pelos y lo lanzaste a través del pasillo. Se golpeó con uno de los armarios. Las dos puertas se abrieron, unos juegos saltaron al exterior, una pelota de tenis amarilla rodó por el suelo. La boca de tu padre exhaló un jadeo. Y antes de que pudiera levantarse, le habías torcido el brazo derecho detrás de la espalda. Eras el hijo de tu padre, él te había entrenado, y tú sabías lo que había que hacer. Un poco de presión bastó, y de pronto él estaba de puntillas, con los pies chirriando sobre el parqué, cuando lo empujaste hacia el salón. Un sofá grande con los sillones a juego, un televisor encendido, pero sin el volumen, un balcón. Tuviste ganas de arrojarlo por el balcón. Pensaste en reventarle el televisor en la cabeza. Pero tenías muchas preguntas.

Lo soltaste.

Él se desplomó y cayó al suelo, se sostuvo el brazo y no dijo ni una palabra, mientras tú estabas de pie, sobre él, sin poder mirarle todavía. Tu respiración no estaba más acelerada, ni siquiera estabas nervioso, solo un pensamiento descabellado

te inquietaba.

«¿Qué pasa si su verdadera vida es esta y yo no existo realmente?»

Sus ojos buscaban los tuyos, mientras que tú tenías la mirada puesta en su pecho, que se elevaba y hundía con su jadeante respiración. Y entonces tuviste ganas de arrancarle ese corazón miserable, y preguntarle cómo había podido haceros todo aquello. Él supo lo que estabas pensando y te dijo:

—Tú no lo entenderías.

—Yo no quiero entenderlo —fue lo que te salió de la boca, y por la manera en que lo dijiste, supiste que era verdad. A veces toda explicación es innecesaria, lo aprendiste ese día. Ese pensamiento no te ha abandonado desde entonces.

«Hay acciones que no se pueden justificar ni perdonar.»

Y entonces tu padre te agarró.

Puedes permitirte algunos momentos de ingenuidad cuando tienes diecisiete, cuando te mimaba una chica de veinte años. Ahí puedes mostrarte ingenuo y estar al descubierto. Ahí puedes cerrar los ojos y creer en la bondad del hombre. Ahí sí. Pero no delante de tu padre. Ahí no.

Se puso de pie tan rápidamente que tú no tuviste tiempo para darte cuenta de que su debilidad solo era fingida y que esperaba a que tú bajaras la guardia. Una mano te agarró por el cuello, el otro brazo fue contra tu pecho, y te incrustó contra la pared, golpeándote una, dos veces, de modo que uno de los cuadros cayó y se hizo añicos en el suelo. Los ojos de tu padre eran dos ranuras. Conocías y temías esa mirada. Tu yo se encogió, tus piernas se ablandaron y se negaron a seguir sosteniéndote.

¿Qué te habías pensado? ¿Querías jugar a ser juez? Tu padre estaba llevando otra vida, sí, engañaba a tu madre y vivía en un piso diez veces mejor acondicionado que el vuestro. ¿Y qué? ¿Habías olvidado quién era? Es el padre, el maestro y el torturador. Él puede hacer y dejar de hacer lo que le dé la gana. Él es Dios, es el mundo, es el aire, y si quiere, puede quitarte el aliento y borrararte del mapa.

Entonces él se te rio en la cara, y tu miedo se convirtió en una llamarada, y todos los años bajo su puño se encendieron dentro de ti. No debió sonreír de aquel modo. Tu rodilla se alzó y se le clavó en el estómago.

Apartaste su mano de un golpe, y tu puño le acertó en la garganta. Dio unos traspiés hacia atrás, no podía respirar, te arrastró consigo al suelo. «Porque si él se hunde, me arrastrará.» Le barriste las piernas, su presa se aflojó, resbaló a lo largo de la pared y aterrizó de espaldas sobre el parqué. El golpe retumbó en todo el piso. El rostro de tu padre se tiñó de rojo oscuro. Y durante todo ese tiempo estuvo mirándote, con esa mirada de sorpresa. Te miraba como luego, años más tarde, te miraría Oskar cuando ya estaba muerto, después de que le levantasas el párpado. Esa pregunta, por qué.

Había algo en los ojos de tu padre, una profundidad que tú no habías notado

antes. Una respiración pesada y ruidosa se escapaba de su pecho, y de pronto se quedó allí tumbado, sin moverse. Tú mantuviste la distancia y lo observaste. Todo era posible: que fuera otro engaño, o que estuviera muerto.

«¿Sabe él lo que yo pienso?»

Hasta eso sabe.

Con cuidado, te inclinaste sobre él, y de nuevo oíste esa respiración ruidosa. Luego silencio. La boca de tu padre se abrió y se quedó abierta.

Entonces te agachaste junto a él y esperaste a que saliera otra vez esa respiración.

Pero nada.

Acercaste tu cara a la suya, algo te observaba desde la oscuridad de sus ojos, algo se movía hacia ti. Le sostuviste la mirada, no tenías miedo: ni a la oscuridad, ni a tu padre.

Y luego ese algo desapareció también, la mirada de tu padre se quebró y se volvió opaca. Su último aliento te golpeó en la cara.

Café, polvo, algo corrupto, algo ácido.

«¿Huele así la muerte? ¿Es que estoy oliendo su jodida alma?»

Te levantaste, tomaste aire profundamente y te marchaste.

Aunque tal vez «marcharse» no sea la palabra adecuada. Del mismo modo instintivo que reaccionaste con violencia ante la cercanía de tu padre, también instintivamente emprendiste la fuga. Ya no había vuelta atrás. En tu cartera había once marcos y unas monedas, no tenías más. Caminaste sin rumbo por Brema. No querías hablar con nadie, no querías ver a nadie, y te reencontraste a ti mismo en la salida de una autovía. No te interesaba adónde condujera aquella autovía, lo único importante es que habías comenzado algo.

Seis horas después te bajaste de un coche en Berlín. Tu primo mayor vivía allí, pero no conocías su dirección, ni siquiera estabas seguro de si tenías ganas de visitarlo. Seguro que se habría alegrado de alojar en su casa al asesino de su tío.

Berlín era un buen comienzo, y 1981 fue un buen año para mudarse a la gran ciudad, porque todos hablaban de Berlín, el último refugio de quienes se negaban a hacer el servicio militar, la metrópoli salvaje. Tú también tenías tus propias ideas románticas. Berlín era para ti la ciudad de la libertad, aunque estuviera rodeada de muros. «Una ciudad como mi vida.» Aquella idea te gustaba.

La primera noche dormiste en el parque del Tiergarten. Por la mañana caminaste por Berlín y la ciudad se esforzó en vano para gustarte. Todo en ti estaba embotado y como amortiguado. La rabia había quedado relegada a un segundo plano, y había dejado sitio al desamparo. No obstante, ni pensaste por un segundo en regresar a casa.

En la Wittenbergplatz comiste unas patatas fritas en un kiosco y te pusiste a contemplar a la gente que salía del metro, que desaparecía por sus bocas, hora tras

hora. No había entre vosotros ninguna relación. Tú no eras uno de ellos, y ellos te ignoraban.

Cada vez que habías hablado con tus amigos acerca de Berlín, salía el tema del barrio de Kreuzberg, el de la vida alternativa, el sueño de ser un anarquista. Le preguntaste al dueño del kiosco cómo podías llegar a Kreuzberg.

La línea uno del metro te llevó hasta la Kottbusser Tor. Saliste de la estación y, al ver la calle, los edificios y la gente, supiste que habías llegado al sitio correcto. Por fin la ciudad reconocía tu presencia. No pasaron ni diez minutos. Una chica te abordó y te preguntó si tenías fuego. Fue tu primer ángel de la guarda. En los años siguientes iban a ser tantos ángeles que por un rato el cielo tuvo que cerrar sus puertas. Algunos de esos ángeles desaparecieron para siempre de tu vida. Uno de ellos, por lo que sabes, está haciendo la calle, dos son madres, y hay otro que anda chutándose por España.

El ángel número uno se llamaba Natasha y fue una experiencia completamente nueva para ti. No era como las chicas de Brema. Más energía, más placer. Te bebiste sus gestos y sus palabras con avidez, pero ni siquiera puedes decir si era guapa o no. A ti no te importaba la belleza, te importaba esa forma particular de energía. Le diste fuego y ella se puso a tontear contigo, te escuchó y se mostró tan urbanita que te sentiste como un tonto de pueblo con los zapatos llenos de estiércol.

Caminasteis por Kreuzberg, ella te enseñó todo lo que había que ver.

Tuviste la sensación de que ella estaba allí solamente por ti, y cuando quiso saber si buscabas dónde dormir, tú la miraste y pensaste: «¿Es que soy tan fácil de calar?» No quisiste hablarle del pueblucho del que acababas de escapar. Te preocupaba que tus problemas sonaran lastimeros e infantiles.

Así que te encogiste de hombros y tu ángel te tomó de la mano, literalmente, y ese mismo día aterrizaste en un viejo edificio con vistas al parque Görlitz, y allí viviste los siguientes ocho años.

—¿Ragnar?

Levantas la vista. David señala la pantalla del portátil. Han transcurrido catorce minutos desde que dejasteis al chico solo. Él ya no está sentado en la silla, camina a lo largo de la piscina, de un lado a otro. Te recuerda a los animales del zoológico, que se vuelven locos poco a poco en su cautiverio. Hay un nombre para ese comportamiento; pero antes de que lo recuerdes, Tanner dice:

—Es una lástima. Le das un par de minutos a ese memo, y se pone a hacer lo que hacen todos los memos.

Le habéis dejado su móvil, el truco más viejo. Cuando un recluso ve una ventana abierta, trepa para escapar por ella. En eso no sirve de nada tener un coeficiente de inteligencia de más de cien, y dado que, desde el primer momento, el chico no te pareció demasiado inteligente, aquello no fue una sorpresa. David sube el volumen.

El chico está hablando por teléfono. Tu hermano siempre apostó por la calidad, se entiende perfectamente cada palabra. Sería mejor si no tuvierais sonido. Sientes tu rabia. David se ruboriza. Nadie dice nada, porque no hay nada que decir. El niño pone fin a su llamada. David cierra el portátil. Todos lo habéis escuchado. Tanner se levanta de la mesa.

—¿Os dejamos solos?

Tú niegas con la cabeza. Aunque nadie puede verlo, se ha abierto delante de ti una pendiente. Tus piernas te llevan, tu corazón bombea aceleradamente y la razón ya no tiene nada que decir. No puedes pensar en detenerte. Entrégate a ese ritmo y confía en no tropezar y caerte. Detestas no tener elección.

—David, averigua hasta dónde se remontan las grabaciones de las cámaras y adónde ha ido a parar ese Range Rover. Y contacta con el patólogo forense de la Clínica Humboldt. ¿Cómo se llama?

—Fischer.

—Eso. Necesitamos un certificado de defunción para Oskar y el certificado del registro civil. Quiero tener esos papeles hoy encima de la mesa.

David asiente y guarda el portátil. Es hora de mandarlo a paseo. No tiene por qué verlo todo. Esperáis a que se haya ido, solo entonces emprendéis el camino del sótano. Te entregas al ritmo. El final de la pendiente te espera. Todavía respiras tranquilo.

El joven está sentado de nuevo en la silla y mira fijamente a la piscina.

No sabe marcarse faroles, sus hombros le delatan. Se da la vuelta cuando vosotros entráis por la puerta.

—Conozco a esa chica solo desde el martes por la noche —dice él, rápidamente, con agitación, como si hubiera estado practicando una y otra vez la frase y ahora se sintiera aliviado de haberla soltado por fin.

—Eso es un comienzo. Entonces, la conoces desde hace tres días. Muy bien. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Eso no lo sé.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Dónde puedo encontrarla?

—He dicho que no lo sé.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—De verdad, la conozco solo desde el martes por la noche.

—Yo no te conozco ni hace media hora y ya sé tanto sobre ti que tengo hasta dolores de cabeza.

El chico mira fijamente el suelo. Tú miras a la piscina y piensas que ya es suficiente, y le dices a Tanner:

—Dame tu arma.

Tanner saca la automática de su sobaquera y te la entrega. Oyes el inquieto roce de los pies de Leo. Ha cogido esa costumbre en las últimas semanas, y tendrá que quitársela pronto, porque ese nerviosismo suyo te pone de los nervios. Quitas el seguro y le pones el cañón del arma al chico en la cabeza.

—Levántate.

Él se pone de pie, le tiemblan las rodillas.

—Por última vez, ¿dónde está esa chica?

El chico no se atreve a volver la cabeza hacia ti.

—Mírame.

Él tuerce la vista para tenerte en su campo visual. Y entonces lo reconoces. Es algo insignificante, casi invisible. Pero tú lo reconoces. Él sonríe.

En medio de todo el miedo y del pánico, se oculta una pequeña sonrisa. Y aunque te parece inconcebible, lo cierto es que tienes a un pequeño mártir delante de ti.

MIRKO

¿Cómo un chico normal se transforma en un mártir en dos días? Todo empieza con el joven completamente desorientado y desconcertado en medio de la noche, en medio de Berlín, en una calle, y con un casco de moto en la cabeza. No está realmente furioso, aunque una desconocida acaba de largarse con la Vespa de su tío. Hay un aleteo nervioso en su pecho, como si un pájaro moviera sus alas por primera vez. Hay allí un anhelo, aunque ni siquiera conoce el nombre de la chica, y aunque ahora alguien le dijera que la chica se llama Stinke, al chico ese nombre hasta le parecería romántico. Está feliz. Ella ha hablado con él, ella lo ha mirado, ha estado junto a él. Puedes llamarlo cursilería o ceguera. Puedes llamarlo «tonto» o, simplemente, «amor». Lo llames como lo llames, esa chica te ha cazado. Pero eso no te convierte en un mártir, ¿o sí?

A la mañana siguiente, el tío Runa está sentado en vuestro piso, a la mesa del desayuno, leyendo el periódico deportivo esloveno *Ekipa*. Lo compra en un kiosco de Kaiserdamm. Lo traen unos conductores de autobús que viajan de Zagreb a Berlín y paran en Eslovenia. A menudo el periódico tiene una semana de retraso, pero eso no le molesta al tío Runa. Dice que necesita ese contacto con la patria. A ti te parece que si necesita ese contacto lo mejor sería que se largase a Eslovenia. Ver a tu tío por la mañana temprano en la mesa, con el periódico en la mano, es una visión deprimente, porque tu padre hacía exactamente lo mismo antes de desaparecer. Una mañana y otra.

—¿Cómo fue todo ayer? —pregunta el tío Runa sin levantar la mirada.

—Como siempre —respondes tú, y piensas en la Vespa. Si tu tío se entera de que ha desaparecido, harás como que no sabes nada, y así saldrás del apuro. El tío Runa, a fin de cuentas, también sale de apuros durmiendo en vuestra casa cada dos noches. Tu madre afirma que, de lo contrario, no tendría a nadie con quien desayunar. Las personas más solitarias del mundo son también las más miserables mentirosas.

Coges una taza. El café sabe a quemado. Le añades un poco de leche, una tostada salta de la tostadora, la pones encima de tu plato y le pones un poco de embutido ahumado. El tío Runa alza la nariz, carraspea y sigue leyendo. Tú miras por la ventana y reprimes un bostezo. Esta es tu vida, y nada indica que pronto serás un mártir.

Vaya día más aburrido. En el instituto, buscas a la chica, pero ella no aparece. Por la tarde te reúnes con la pandilla. Darian no dice una palabra sobre el fiasco de la noche anterior. Tiene un poco mejor el labio inferior, y la herida sobre el ojo ha hecho costra. A los otros les dice que una de las pesas se soltó y casi le arranca la cabeza. Los tíos se lo creen todo, lo cual no te ayuda demasiado, porque Darian te margina.

Lo que hiciste ayer fue una cagada, y ahora él te lo hace pagar, y solo te pregunta por qué no le has devuelto la llamada esa mañana, y entonces recuerdas que tu móvil ha desaparecido.

—Pues consíguete uno nuevo —dice Darian—. Los únicos que no tienen móvil son los vagabundos.

Quiere ir a los billares, así que vais. El día va llegando a su fin, y Darian desaparece a eso de las nueve con Marco y Gerd, pues quieren recorrer los clubes. Aunque el miércoles es un día soso, es mejor que quedarse dando vueltas por ahí sin hacer nada. La vida de ellos se separa en esas horas de la tuya, como una carretera rural de una autovía. Tú emprendes el camino hacia el trabajo, excitado y nervioso, y es la primera vez que sientes curiosidad por la noche que vive al otro lado del mostrador.

—Vaya, por una vez eres puntual. —Así te recibe el tío Runa.

Te quitas la chaqueta y te pones el mismo delantal con el cocinero sonriente. El tío Runa está apoyado contra una pila de cajas de cerveza, y espanta los mosquitos con su respiración. Desde que ha empezado el verano, fuma puros, y el mal olor te hace pensar en pañales llenos de mierda que han estado mucho tiempo al sol. Tu tío no tiene ni pajolera idea de que su Vespa, la que está a sus espaldas, ya no es una Vespa. La bicicleta estaba junto a la estación, tan oxidada que el candado se abrió cuando le diste la patada.

Nadie va a echarla de menos. Luego la cubriste con la lona. Se parece a la Vespa, solo que es un poco más delgada.

Al cabo de una hora, el tío Runa, por fin, te deja solo. Empieza la espera. Ella vendrá, lo sabes, vendrá y te devolverá la Vespa, y entonces por fin podrás saber su nombre.

Hasta las tres de la madrugada lo crees.

A la mañana siguiente, el tío Runa está sentado de nuevo en vuestro piso, ante la mesa del desayuno, leyendo la misma edición de *Ekipa*.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Coges una taza. El café sabe a quemado. Le añades un poco de leche y pones un poco de embutido ahumado en tu tostada. Son las nueve y media, solo tienes clase a tercera hora, y no tienes prisa. El tío Runa te muestra su taza, tú le sirves más, entonces él arruga la nariz y continúa hojeando el periódico. Todos los días son iguales cuando la chica de tus sueños no se deja ver. Miras por la ventana y desearías conocer su nombre.

Diez minutos después escupes la espuma en el lavabo y te preguntas por qué la pasta de dientes tiene que hacer tanta espuma, pero en eso tu madre golpea la pared.

—¿Y ahora qué pasa?! —gritas.

Ella está sentada en el salón, con un cigarrillo en la mano, con los pies sobre la mesilla de centro. Entre los dedos de los pies tiene una bolitas de algodón de color azul claro, y la pintura de uñas recién extendida brilla, húmeda. El olor te da mareos, esa mezcla de química y humo de cigarrillo por las mañanas es demasiado para ti. En el cenicero ya hay seis colillas, pero lo mejor es que cierres el pico y no digas nada. Tu madre te entrega el teléfono como si fuera un calzoncillo sucio; lo ha encontrado debajo de tu cama. Detesta que tus amigos te llamen al fijo. Debes usar tu móvil, la línea del fijo debe permanecer libre. Desde que tu padre se largó con otra mujer, tu madre espera cada día que él la llame. No es que quiera saber cómo le va ni lo que está haciendo. Solo quiere insultarle.

O como te dijo una vez: «Quiero decirle a ese cerdo lo que pienso, solo entonces podré morirme en paz.»

—¿Sí? —dices en el auricular.

—¿Cómo es que no saltaste y te sentaste detrás?

Sabes enseguida que es ella. Te alejas de tu madre y vas a tu habitación.

Tu corazón funciona a toda velocidad, y te preguntas cómo ha conseguido tu número. Tu madre te grita que vas a llegar tarde a clase. «A la mierda», piensas, y cierras la puerta a tus espaldas, el auricular pegado a la oreja.

—¿Es que ya no puedes hablar o qué?

—Yo... Yo sí que puedo hablar. Pero la Vespa que te llevaste no es mía, es de mi tío.

—Oh, pobre tío.

—Pero...

—Bueno, no vayas a cagarte ahora en los pantalones, te devolveré ese cacharro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Si me ayudas.

—¿Qué?

—Tenemos un problema. Mis amigas y yo. Necesitamos medicamentos, y, ya sabes, me resulta difícil ir a una farmacia sin una receta y pedirlos ¿sabes? Y tú, bueno, tú sabes de eso.

Sus palabras siguen resonando.

«Tú sabes de eso.»

Debe saber que eres amigo de Darian.

Una mierda más.

—¿De dónde has sacado mi número?

—Adivínalo.

Ella te confunde, te pone nervioso, quisieras echar a reír, quisieras decirle que

anoche estuviste esperándola cada minuto y que se lo perdonas todo. Pero mejor te callas la boca.

—Tienes un número guardado como «Mamá». Y puesto que pareces alguien que vive con su madre...

Ella no sigue hablando, puedes completar el resto de la frase en tu mente. Ahora ella no solo tiene la Vespa de tu tío, también te ha robado tu móvil. Y te ha ofendido.

«Bueno, ¿y qué?»

—Y otra cosa, no te he robado la Vespa —añade ella—, la he tomado prestada. También te devolveré tu móvil.

—¿Cuándo? —te apresuras a preguntar.

Oyes el sonido de un claxon y miras por la ventana. Vuelven a tocar el claxon. Miras hacia la calle. Está sentada en la Vespa, sonriente, con el pelo largo recogido en una trenza, con una de esas gafas de sol de cristales extra grandes sobre la nariz, de modo que su cara casi desaparece tras ellas.

Te recuerda a la mujer de algún mafioso de alguna película de los años setenta. Ella te mira desde abajo, con tu móvil en la mano.

—¿Sorprendido? —la oyes decirte al oído, y entonces le da al motor y tú rompes a reír, y no puedes parar de reírte. Tal vez sea histeria. O tal vez sea que te sientes demasiado feliz. Quisieras gritarle que está como una cabra, que está como una auténtica cabra, pero entonces se oye un bramido.

—oye, zorra, ¿¡qué haces en mi vespa!?

Miras a la derecha. El tío Runa está asomado a la ventana de vuestra cocina. Tiene la cara roja, levanta un puño y lo sacude.

—¡baja de ahí ahora mismo o te voy a matar!

La chica hace lo que haría cualquiera, sea la mujer de un mafioso o no.

Pisa el acelerador y se marcha de allí tan campante, entre el ruido de la moto.

Su trenza roja es como una bandera ondeando tras ella.

Por hoy puedes olvidarte de las clases. También deberías ignorar el cabreo de tu tío.

—¡¿La has visto?! ¡¿Esa era mi Vespa, no?!

—Tonterías.

—Mirko, ¿qué quieres decir con «tonterías»? Yo reconozco mi *Dragica* en cualquier parte. ¿Cómo es que esa zorra tiene mi Vespa?

—Tío Runa, esa no era tu Vespa —le dices, para tranquilizarlo, y murmuras que ahora tienes que irte al instituto. Coges tu mochila y sales corriendo del piso, antes de que él pueda hacerte más preguntas. Esperas ver a la chica en la calle. Pero la calle está vacía. Dos chavales avanzan de frente hacia ti, vienen pateando un vaso de cartón, se lo pasan.

—¿Habéis visto a una chica en una Vespa?

—Tío, yo todavía estoy dormido —dice uno, mientras que el otro te rodea como si fueses una farola.

Das la vuelta a la manzana corriendo. Ella necesita tu ayuda, te ha telefonado, no pretende desaparecer así sin más.

«Por favor, otra vez no.»

Escupes. Desde que ella ha insinuado lo de Darian, tienes un mal sabor en la boca. Es algo tan amargo como la envidia, tan salado como el rencor. Tu colega no tiene muy buena opinión de ti. ¿Por qué esto te pasa precisamente ahora? ¿Por qué ocurrió hace dos días? Hace un par de días erais todavía uña y carne, y no había cobardes que se hubieran escondido debajo de un coche.

Dos esquinas más allá, ella está sentada en la Vespa, junto al bordillo.

—Sabía que vendrías —dice ella, y te entrega el móvil.

—¿Y la Vespa?

—¿Me vas a ayudar?

—Te ayudaré, pero necesito que me devuelvas la Vespa.

Ella se baja, monta la moto sobre el estribo y te entrega la llave y un papelito.

—Esa es la lista.

Abres el papel.

«Oxazepam. Tilidina. Naloxon. Nemexin. Clometiazol.»

—Vaya. ¿Piensas abrir una farmacia!?

Ella no sonrío. Se coloca las gafas de sol sobre la nariz, tiene la piel hinchada bajo el ojo izquierdo.

—¿Quién te hizo eso?

—Ese no es el asunto.

—¿Alguien te ha golpeado?

—No te precipites, fue un accidente.

Entonces da unos golpecitos en el papel que tienes en la mano.

—¿Puedes conseguirme algo de eso?

Miras de nuevo la lista. No sabes qué medicamentos son ni de dónde puedes sacarlos, pero te lo callas. Si te preguntara si puedes conseguirle uranio, se lo conseguirías.

—Algo conseguiré, no te preocupes —le aseguras, y casi la miras con ojos suplicantes—: ¿es todo?

Ella de repente sonrío, es una sonrisa triste. Dice que eso será todo, y te suena como si lo sintiera, como si sintiera no querer nada más de ti.

«Ilusiones, Mirko, puras ilusiones.»

—¿Cuándo puedo recoger el material?

—¿Esta noche?

—¿Eso es una pregunta?

—Una propuesta.

—Esta noche entonces.

—¿A las siete?

—A las siete estaría bien. Puedes invitarme a un helado.

—¿Un helado?

Ella señala tu móvil.

—Tienes mi número ahí, llámame cuando sepas dónde hay buenos helados.

Dicho esto, se pone de nuevo las gafas, se acomoda la mochila en la espalda y se va, pasándote por el lado. «Esta noche a las siete», piensas, y te quedas mirándola hasta que ha desaparecido por una esquina, y solo entonces recuerdas lo último que te ha dicho. Nerviosamente, examinas la lista de contactos de tu móvil. El nombre te llama la atención de inmediato: «Stinke.»

«¿Qué? Por favor, ¿quién puede llamarse Stinke?»

Ella te coge la llamada al segundo timbre.

—¿Has olvidado algo?

Ella no pregunta quién llama. Sabe que solo puedes ser tú.

—La heladería de la Krumme Strasse —le dices.

—Bien, allí estaré.

—¿De verdad te llamas Stinke?

—¿Y de verdad tú te llamas Mirko?

—Pero ¿por qué Stinke?

—Porque huelo bien.

No sabes cómo huele. Deseas entonces que estuviera ahora delante de ti, para poder hundir tu nariz en su nuca.

—¿Algo más?

—¿Para quién son los medicamentos?

Ella guarda silencio, oyes su respiración, el silencio se prolonga.

—Para mi amiga, no está muy bien y tenemos miedo de que muera —dice ella finalmente, y corta la comunicación.

Estás de pie al borde de la calle y te sientes increíblemente satisfecho contigo mismo. «Stinke.» Besas tu móvil, sí, lo besas. Esa chica te tiene comiendo de su mano, te va a anular. No tienes nada en contra de desaparecer por ella. Por ella lo harías todo, incluso convertirte en nada. Ha nacido un mártir.

TAJA

Como salida de la nada, una mano se posa sobre tu frente y te refresca.

Como salidas de la nada, oyes unas palabras, y esas palabras han sido pensadas solo para ti.

—Taja, oye, Taja, ¿puedes oírme?

Como si te sacaran de la nada, te alzan hacia lo alto, y te depositan suavemente, como si fueses una pompa de jabón que respira y tiembla, pero que puede reventar al menor contacto erróneo. Sientes el cristal en tus labios, bebes y toses. Y ahí está de nuevo la mano tranquilizadora. Y sientes una respiración en tu oído.

—Taja, despierta.

«Estoy despierta», quisieras responder, pero sabes que es mentira. Estar despierta significa estar en la realidad. Y la realidad es un pajarito que ya no te quiere, desde que has cogido el camino torcido. «Yo ya no existo», quisieras decir, pero tu boca está en huelga, toda tu cabeza está...

—Tía, no tan fuerte.

—No es tanto.

—Si te diera un par de bofetadas, te echarías a llorar.

—Schnappi, cierra el pico.

—Solo lo digo.

Abres los ojos, tus amigas retroceden, asustadas.

«Son auténticas —piensas—, están ahí de verdad, ellas...»

—Oye, tesoro —dice Nessi.

—¿Qué le pasa en los ojos? —pregunta Rute, como si tú no pudieras oírla. Quieres levantar la mano y frotarte los ojos. «¿Qué les pasa a tus ojos?»

No puedes moverte.

—Tranquila.

Stinke pone una mano en tu tórax, como si tuviera que tranquilizarte.

Quisieras decirle que estás tranquila, pero tus dientes castañetean, tu cuerpo es todo temblores y estremecimientos. Te das la vuelta hacia un lado, y Schnappi ya tiene el cubo listo. Vomitas y vomitas, y cuando has acabado, cuando por fin tienes la sensación de que has acabado realmente, sientes un rumor en tus intestinos y te cagas sin poder hacer nada por evitarlo.

Cuando despiertas por segunda vez, yaces de costado y la puerta del jardín está abierta. Un viento cálido refresca tu sudor y espanta el mal olor de la planta baja. Oyes unas voces y unas risas, luego hueles perfume, y sabes que Stinke está ahí.

—¿Te sientes mejor?

Te das la vuelta, Nessi está sentada en el otro extremo de la cama.

Intentas sonreírle, pero tuerces la cara, tienes los labios secos y agrietados.

Nessi te alcanza un vaso de agua. La bebes con avidez, y te pasas la lengua por los labios reseco.

—¿Cómo...?

Tu voz es un graznido, pero eso no importa, Nessi sabe lo que quieres decir. Te cuenta que, después de recibir tu sms, todas acudieron allí.

Estuvieron llamando durante un buen rato, pero al final entraron por el jardín. Asientes, llevabas días sin cerrar la puerta ventana del jardín. El hedor, sencillamente, era demasiado.

—¿Qué día es hoy? —preguntas, como si el tiempo fuese importante.

—Miércoles. Poco después de las seis de la mañana, el sol acaba de salir. Te encontramos abajo, en el sofá, y te trajimos arriba. Estamos agotadas.

Asientes, notas cómo te corren las lágrimas.

—Lo siento, yo...

—Tranquila. Estamos contigo. Lo importante es que ya te sientes mejor, del resto no tienes que preocuparte. Estuvimos a punto de llamar a un médico, pero Stinke creyó que era una pésima idea.

—Rute también se opuso.

Levantas la vista, Stinke está de pie en el ventanal del jardín, sonriéndote. Rute y Schnappi aparecen a su lado, y de repente estás rodeada de caricias, sientes su calor, su preocupación, y comprendes que jamás te habías sentido tan arropada. Pase lo que pase ahora, ya no estás sola.

Ellas te ayudan a llegar hasta el cuarto de baño. Tus piernas son de goma, en cuanto tensas un músculo, se acalambra. En el espejo ves tus ojos por un segundo. Inyectados en sangre, embotados, parecen una cuchara arañada. La bañera está llena, la espuma burbujea, te dejan a solas. Por un rato te quedas sentada en el agua, sin más, y te dejas envolver por el calor. Te avergüenzas. Ellas te han limpiado la mierda, te han cambiado la ropa de cama y han limpiado los vómitos del suelo. Ya no te sientes muy capaz de hacer nada. Sientes como si se hubiera roto tu vaina protectora y tu piel no fuera más que una delgada capa. ¿Cuánto peso crees que has perdido? ¿Cinco o seis kilos? No quieres ni pensar en ello. Hasta tu pelo parece haber perdido vida, y los huesos de tu mandíbula están como quebradizos, como si tuvieras una enfermedad incurable. Además, te arde el estómago, y cada célula de tu cuerpo pide a gritos la droga. Te pica la nariz, te vibra la lengua, pensar en ese polvo te hace la boca agua. Te atragantas con tu propia saliva. Tu salvación está en el salón, en una bolsa de plástico.

«Podría preguntarles a mis amigas si...»

Olvidalo, se te ha acabado la fiesta.

«Pero...»

Cierras los ojos y escuchas los burbujeos de la espuma.

Nessi ha dicho que es miércoles. «Miércoles», piensas, y no quieres mirar atrás a la secuencia de martes-lunesdomingo-sábado-viernes-jueves-miércoles.

«No.»

Quieres empezar de nuevo con este miércoles. Es el verano en que todas dejaréis el instituto. Es un nuevo comienzo. Piensa en eso. Por un breve minuto lo consigues, luego tu cuerpo empieza a anhelar de nuevo la droga, y tú te hundes en la bañera, como si pudieras esconderte. Contienes la respiración. Y contienes la respiración.

Nessi te está esperando cuando sales del cuarto de baño. Te ha sacado algunas prendas de ropa. Se lo agradeces, porque no puedes decidir lo que debes ponerte. Nessi te ayuda a vestirte y, al final, te aparta el pelo de la frente, te lo coloca detrás de las orejas y te confiesa que tienes muy pero que muy mal aspecto.

—Gracias.

Entonces te rodea las caderas con su brazo y te lleva hasta la puerta.

Allí vacila brevemente.

—Tengo que decirte algo, pero no te enfades.

—En este momento no me hará enfadar nada —respondes, y sabes que es mentira. En tu interior hay un animal hambriento que se ha vuelto loco, que tira de las paredes de tu estómago, que corre desde tus piernas hasta tus brazos, dejándote una miserable piel de gallina por todo el cuerpo, una piel que pica y que desea ser rascada.

«Nada puede sorprenderme.»

Por lo menos eso piensas.

—Estoy embarazada —dice Nessi.

Tus amigas te están esperando en el jardín. Os sentáis alrededor de la misma mesa en la que, dentro de dos días, habrá cuatro hombres reunidos, antes de que empiece vuestra caza. Vosotras no podéis saberlo, todo sería muy diferente si lo supierais en este momento.

Rute te cubre los hombros con una manta. Tu silla está al sol. Tiembles de frío, aunque hace calor. El aire huele exageradamente a flores. La luz de la mañana te ciega, y quieres cerrar los ojos y dormir hasta que el verano haya terminado.

—Toma.

Schnappi te da una taza de té. Tú preferirías un café.

—Preferiría un café.

—Tiene jengibre. Te dará fuerzas. Yo misma lo machaqué. Mira, ¿lo ves? Casi se me parte una uña, y la prensa de ajos está estropeada. O te tomas mi té o me voy a casa.

Bebes el té. El sabor fuerte del jengibre te anestesia la boca y te hace sudar, vacías

la taza y solo puedes confiar en que Schnappi haya hecho una jarra entera. Tu cuerpo necesita un tratamiento de *shock* para quitarte la droga de dentro. Y un solo té de jengibre no lo consigue. Dejas la taza vacía.

Schnappi está satisfecha y te pasa su café.

—Buena chica, este va por la casa.

Bebes con avidez y tienes la sensación de que vas a vomitar de nuevo.

Tranquila, respira, tranquila. Tus amigas esperan. Han visto el salón y la cocina. Quieren saber qué significa todo aquello y cómo es que su mejor amiga ha desaparecido de sus vidas durante una semana sin dejar rastro. Y también les interesa, por supuesto, por qué te has puesto hasta las cejas de droga. Tienen tantas preguntas, que no dicen nada y solo esperan.

«Si tan solo supierais», piensas, y miras a tu alrededor, y en ese momento comprendes lo que hacen tus ojos.

Buscan la bolsa de plástico.

Ya no está sobre la mesa del salón. No está en el sofá. «¿Dónde está?»

Tus pulmones se encogen en un espasmo. Te sientes traicionada, la mirada se te pone borrosa. Pero ahora contrólate. Ya has lloriqueado bastante estos últimos días. Ya va siendo hora, de verdad, de que aceptes otra vez la realidad.

«Realidad de mierda.»

Respiras hondo, agarras la taza de café con ambas manos y quieres contarles a tus amigas lo ocurrido, pero no te salen las palabras. Miras fijamente el café. Las lágrimas te corren por la cara. Sientes cómo tu yo se vacía. Te odias por esa debilidad y quieres desaparecer en el sofá y apretar la bolsa de plástico contra tu pecho.

«Pero ¿dónde está...?»

Stinke se inclina sobre la mesa y te pega una bofetada. Levantas la vista, asustada. Todas las demás miran a Stinke, y ella dice: —Tenía que hacerlo.

Tú asientes. Ella tiene razón. Tenía que hacerlo. Te hace bien. Duele y te hace bien.

«Más», piensas, pero no llega ninguna más.

De modo que te levantas.

De modo que caminas delante.

Y ellas te siguen.

La escalera que baja hasta el sótano. En varias ocasiones te sostienes en la barandilla, con un hombro apoyado en la pared, para no caerte.

«Débil, ¿cómo puedo sentirme tan débil?» El sótano está dividido en dos espacios. Entrás al que utilizáis como despensa, que es tan grande como la cocina que está arriba. El olor de las manzanas almacenadas es un perfume en comparación con el hedor que hay en la casa. Hay estanterías repletas de botellas de vino y bebidas, latas, cajas y bolsas. Los productos están tan ordenados como en un supermercado.

Para tu padre siempre fue importante ser independiente. Llamaba al sótano «su búnker». Está tan fresco que sientes frío. Cuando eras niña, dormías aquí abajo las noches de verano cuando el calor se volvía insoportable dentro de la casa. Tu padre colocó una tumbona, una pequeña mesa y una lámpara para leer. Y cuando te sentías verdaderamente aburrída, traías tus muñecas al sótano y les hacías una nueva casa entre cajas de cartón, al tiempo que te imaginabas cómo caían bombas sobre Berlín, mientras vosotros estabais allí, seguros.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Rute a tus espaldas.

Te sobresaltas, habías olvidado por completo a tus amigas. Concéntrate.

Te detienes delante del congelador, pones la mano sobre la tapa.

Cuando hablas, tu voz es un susurro:

—No sabía qué otra cosa podía hacer con él.

Todo acaba y empieza con la muerte. Eso no es ninguna frase sabia especial, es un hecho. Tu primera vida fue breve y acabó con la muerte de tu madre. Tenías dos años, el coche volcó y acabó en una zanja. Tu madre murió por el choque, tu padre lleva una cicatriz en la frente a causa de aquello, pero a ti no te pasó nada. Seguiste durmiendo en el asiento trasero.

«Fue un milagro», decía la gente. Desde entonces detestas los milagros.

Tu padre no quiso quedarse en Noruega después del accidente, por eso regresasteis a Alemania. Berlín fue vuestro destino, porque el hermano de tu padre vivía allí. El tío Ragnar.

De nuevo la familia estaba otra vez reunida.

Entonces comenzó tu segunda vida.

Tus recuerdos de los primeros años en Berlín son relativamente vagos.

Durante un tiempo vivisteis en Friedenau. Todavía recuerdas bien el patio interior, los altos árboles, la mucha gente en la calle. Todavía recuerdas incluso cómo se llamaba una vecinita: Tina. De ese tiempo no te ha quedado mucho más. Los recuerdos de tu madre se solapan con esos primeros años en Berlín, como si ella hubiera estado presente.

Poco después de que cumplieras los seis años, tu padre compró la casa en Frohnau, y tú empezaste la primaria. En aquel otoño empezó tu verdadera vida, y también tu padre encontró su camino. La música siempre había sido su debilidad, compuso sus primeras piezas y convirtió su pasión en un oficio.

Visto desde fuera, todo parecía ir bien, del mejor modo. Pero lo que tu padre hacía, la gente que conocía, la pérdida de su gran amor, todo ello lo rodeaba como de un aura negativa, y te la pasó a ti. La desconfianza se convirtió en tu compañero de juegos. Todo podía acabar en cualquier momento. Nada era seguro. Aprendemos de nuestros padres, y aunque tu padre asumió los dos papeles, no fue capaz de sustituir a

tu madre. Y, vamos, tú también se lo ponías difícil. Sin entender en realidad el porqué, te sentías como un trozo de mierda. Como si tu madre hubiera muerto a propósito, dejándote sola. Como si esa fuera la verdad y tú no valieras nada.

Hasta llegar a la secundaria, solías cubrir de regalos a cualquier chica que entablara amistad contigo. En la guardería, en primaria, en el vecindario.

Les dabas todo lo que tuvieras a mano: muñecas, libros, cedés, juguetes.

Pensabas que de ese modo podías asegurártelas. Pero sucedía lo contrario.

Entre tus brazos, ellas apenas podían respirar, y pronto se buscaban otras amigas. Y no te devolvían tus regalos. Y eso te dolía en el alma. Habías leído que el que daba recibe siempre el doble. Pero tu padre te hizo saber que esos dichos habían salido de la porquería de la Biblia y que no significaban nada.

Él te decía: «Si le tienes mucho cariño a algo, no debes dárselo a nadie, porque, sea lo que sea, tu corazón siempre lo echará de menos.» Sabías que hablaba de tu madre. Pero no entendías lo que quería decir en realidad, porque, a él tu madre se la habían arrebatado, él no se la había entregado a nadie.

La carrera de tu padre era imparable, y en eso desempeñó un importante papel su hermano, pues él le proporcionó los contactos con las emisoras de radio y televisión. Tu tío Ragnar fue siempre el héroe de tu padre, pero nunca fue el tuyo. En el fondo, tú no le caías bien, y él tampoco hacía ningún esfuerzo por ocultártelo.

Mucho antes de que llegaras a la secundaria, tu padre ganaba más dinero del que había imaginado ganar jamás. Lo tenían muy bien considerado como compositor en el ramo de la publicidad, y todo lo que hacía tenía éxito. Sin embargo, nunca era suficiente. El estar satisfecho no formaba parte de su filosofía de vida. «Un corazón roto es un corazón roto, y no puedes hacer nada», decía siempre, con énfasis, lo que, a fin de cuentas, era solo una coartada para sus excesos con las drogas y sus constantes cambios de pareja, mujeres que entraban y salían, y nunca se quedaban. Y en el medio estabas siempre tú: la chica que había perdido a su madre. La chica solitaria que no hallaba su lugar en este mundo.

Tu autoestima estaba por los suelos, pasabas de un estado de melancolía a otro, escuchabas la música adecuada y escribías poemas sobre la soledad y la muerte. No cabía duda de que acabarías en algún momento tumbada en el sofá, con la cara llena de *piercings* y cicatrices en los brazos si al pasar a la secundaria la suerte no se hubiera puesto de tu parte haciendo que te asignaran a la clase correcta.

Allí encontraste a tus amigas.

La primera que estaba allí era Stinke, que durante las clases introductorias en el anfiteatro se inclinó hacia ti y te preguntó si por casualidad tenías un jodido támpax, que se iba a desangrar y sus pantalones eran requetenuenos. Rute y Schnappi se unieron en el patio, Nessi se cambió medio año después a vuestro instituto y ya

estuvisteis completas.

Tus amigas te aceptaron desde el principio. Eras para ellas una chica interesante, adoraban tu melancolía y tu voz quebradiza cuando cantabas algo acerca del fin del mundo. Tú eras el contrapeso a sus locuras, y las hacías regresar a la tierra cuando se elevaban demasiado sobre las nubes. Y también eras su estrella, en parte porque tu padre escribiera esos tontos *jingles* que todos conocen. Y luego también estaba el vínculo familiar con Darian. Y aunque tu primo te cae tan bien como su padre, el parentesco tiene sus ventajas. Darian te ignora del mismo modo que lo hace su padre, tú eres la primita pequeña que en Navidades también recibe un regalo, pero nada más.

Pero así y todo, hay una ley no escrita. Los vínculos de sangre siguen estando ahí, y tú puedes entrar con tus amigas en cualquier club. Los porteros nunca ponen dificultades, porque saben quién es tu primo.

Si ahora dijeras que te has sabido entender con tu padre, sería una mentira. Cada uno de vosotros habéis vivido más o menos a vuestra bola. Él te dio todas las libertades para poder tener su vida, y eso es lo único que todavía valoras de él. Aunque a veces te ha molestado que no te pusiera límites, estuviste satisfecha con ese arreglo. Hasta que hace una semana sonaron sus teléfonos.

Vacilas, miras a tus amigas, las ves cómo te observan, cómo te escuchan. Entonces te llenas de valor, superas ese límite infranqueable e invisible y les hablas de lo ocurrido el pasado miércoles. Sin omitir detalle.

Fue por la mañana temprano, no tenías clase hasta más tarde, tu padre estaba en su estudio, en la buhardilla, y tú oías la música desde abajo. La casa es lo suficientemente grande como para que podáis evitaros sin dificultad durante todo el día. Te habías preparado unos sándwiches y te habías sentado en el salón con un mapa de Europa. A finales de agosto querías viajar por varios países, con tu guitarra, tocando en las calles y conociendo las diferentes culturas. Sentías curiosidad, y tenías la sensación de que el mundo se pondría a tus pies. Te marcaste una ruta y empezaste a buscar albergues juveniles. Sabías lo que querías ver, y tenías una tremenda confianza en que tus amigas también te acompañarían. Desde hacía un año habías estado preparándolas. Aunque ellas decían que lo del Interrail sonaba interesante, ninguna de ellas se tomaba los planes en serio. O como decía Schnappi: «Prefiero dormir en mi cama.» Tal y como estaban las cosas en ese momento, tendrías que viajar sola, pero eso también estaba bien. Te esperaba la aventura.

París era un sueño, y Madrid, naturalmente, y también tendrías que encontrar el valor para hacer una excursión de un par de días a Noruega, no solo para ver la casa donde naciste, sino también para visitar la tumba de tu abuela. Ese mero pensamiento hacía que te sudaran las manos. Aunque en todos aquellos años ninguno de los parientes de Noruega se puso en contacto con tu padre ni contigo, pervive en ti una vaga fantasía: la de que llegas a Ulvtannen y ves el hotel en la playa, y todos van a

reconocerte de inmediato, acogiéndote como a una de ellos. Todo parece posible si tú lo haces posible.

Eres libre. No tienes ningún novio formal ni tienes una profesión que te interese. Tu padre es de la opinión de que toda persona que cumple los dieciséis debería conquistar el mundo, así que tenías luz verde por su parte.

Tu curiosidad por el mundo es el único aspecto en común que compartes con el tío Ragnar. Cuando este se enteró de tus planes, te dio un sobre con quinientos euros. Nada parecía poder detenerte. Pero entonces sonaron los teléfonos.

No eres ninguna fan de los tonos de los móviles, y mucho menos desde que la gente puede descargarse canciones. Todos quieren tener su melodía, todos quieren ser especiales y diferentes, pero esa circunstancia los hace a todos iguales. El hambre de originalidad. Tu padre no era en eso ninguna excepción, con la única diferencia de que él usaba como tonos de sus teléfonos sus propias composiciones, y esa, precisamente, la detestabas. Era el *jingle* de una pasta de dientes para niños.

Estabas sentada en el sofá, viajando por Europa con el dedo, y acababas de instalarte en Portugal. Y entonces sonó la melodía.

Tu padre tenía cuatro líneas de teléfono fijo distribuidas por toda la casa, y todas las llamadas se desviaban a un mismo número. Él no quería ser uno de esos idiotas que llevan siempre un teléfono colgado del cinturón, de modo que se convirtió en un idiota que deja que sus teléfonos suenen por todas partes, sacando de quicio a todo el mundo.

Uno de los teléfonos empezó a llamarte desde la cocina. Y después que oíste aquel *jingle* por quinta vez, sin que el buzón de voz de tu padre hubiera saltado todavía, tomaste impulso y te pusiste de pie de un salto.

Entonces el teléfono dejó de sonar.

No obstante, fuiste hasta la cocina. El procedimiento era siempre el mismo. Sacabas la batería y la dejabas junto al aparato. Tu padre jamás se quejó. Estabas a punto de abrir la tapa de la batería, cuando el teléfono sonó de nuevo. Soltaste una palabrota, la batería se atascó, el teléfono seguía sonando, y entonces el *jingle* se acalló y una voz de mujer dijo: —*Vi bør snakke*.

Le diste la vuelta al teléfono a causa de la sorpresa. Debes de haber apretado la tecla de aceptar llamada después de que tu padre cogiera el teléfono. Por espacio de unos segundos, te quedaste mirando a la pantalla, antes de pegarte el auricular al oído.

—... *med mig tysk* —dijo tu padre.

—Como quieras —dijo la mujer en alemán—, pero no olvides que ella era su abuela.

—Sé quién era, pero ya no tiene nada que ver con nosotros.

—No digas «nosotros» —le dijo la mujer—, ya no tenía nada que ver contigo. —

Tu padre guardó silencio, creíste oír que le rechinaban los dientes, tal vez fueran interferencias—. Es su herencia —siguió diciendo la mujer—, por lo menos podrías admitirlo.

Entonces tu padre explotó.

—¿Admitir? ¡Como si yo no hubiera admitido nada! ¿Sabes lo que puedes hacer? ¡Métete esa herencia por el culo! ¿De dónde has sacado el número?

Ahora fue la mujer la que guardó silencio. El silencio empezó a prolongarse, y entonces tu padre, en voz baja y amenazante, dijo: —Te lo advertí. Y te lo advierto otra vez: ¡no vuelvas a llamar aquí nunca más!

—Entiendo.

—¿Qué quiere decir con que «entiendes»? ¿Es que me estás escuchando? ¿Te enteras de lo que te estoy diciendo? ¿Sabes lo que quiere decir que no vuelvas a llamar nunca más?

—Lo siento, pero sabes que...

—¡Mira, que te den! —la interrumpió tu padre—. Que te den, y vete a la mierda con tus jodidas explicaciones. ¡No necesitamos esta mierda tuya! ¿Me entiendes?!

Con esas palabras tu padre cortó la comunicación y tú te quedaste a solas con la respiración de la mujer. En ese momento hubo una sospecha que se encendió en ti como una llama, como una cerilla encendida en la oscuridad. La mala conexión, la voz de la mujer, el nerviosismo de tu padre.

«Han estado hablando en noruego.»

Era como en un pésimo melodrama: unos parientes que te buscan para que regreses al seno de la familia. Tenías ganas de decir algo, pero entonces la mujer también colgó. Demasiado tarde. Te sentías tan perpleja que no eras capaz de apartar el teléfono del oído. Los pensamientos se sucedían unos a otros. Oíste un rumor en la línea, y al hacerlo miraste por la ventana hacia la entrada del garaje. Reaccionaste de nuevo cuando tu padre apareció en la puerta de la cocina y preguntó por qué no estabas llamando con tu propio móvil.

—¡Eh, hola! ¿Estás todavía en este planeta?

Aún estabas allí, y se lo demostraste lanzándole el teléfono. El aparato lo golpeó en el hombro y aterrizó en el suelo. Las dos baterías saltaron y rodaron hasta llegar a tus pies.

—Pero ¿¡a ti qué te pasa!?! —preguntó tu padre, riendo.

Estaba borracho, y cuando estaba borracho no se tomaba nada en serio.

Tenía en la cara esa estúpida sonrisa que se suponía que hacía que se le disculpara todo.

—¿Quién era esa? —preguntaste.

—¿Quién era quién? —preguntó él a su vez, y estiró la mano por tu lado para abrir la puerta de la nevera. Tú empujaste la puerta y volviste a cerrarla.

—¿Quién era esa mujer del teléfono?

Él retrocedió un poco, entonces te apartó a un lado, con decisión, sacó una botella de agua y cerró la nevera.

—No tengo ni idea de quién me estás hablando.

Bebió directamente de la botella al tiempo que te observaba por el rabillo del ojo.

—Lo he escuchado todo —le confesaste.

—Mala chica —dijo él.

—¿Quién era esa?

—Una de tus tías.

—¿Qué tía?

—La tía...

Hizo un gesto con la mano en el aire. Mentía tan mal que daba pena.

—Joder, ¿cómo se llama?

—¿Me estás puteando?

—¿Cómo podría?

Él cerró la botella y se encogió de hombros.

—Ahora no me viene a la mente el nombre.

—¿¡Acabas de hablar con ella y no sabes cómo se llama!?

—Pues eso parece.

—¿Y por qué habéis discutido?

—Ya sabes cómo son los noruegos.

—¿Qué yo sé...? ¡¿Qué?! ¡Cómo voy a saber cómo son los noruegos si jamás he conocido a ninguno!

—En eso tienes razón —dijo él, y rio de nuevo.

Tú le quitaste la botella.

—¡Eh, oye, todavía tengo sed!

—Ahora vas a hablar conmigo.

—Pero si estoy hablando contigo.

—¿Quién estaba al teléfono?

Él te miró como si quisiera responderte, pero entonces empezó esas perfectas maniobras para cambiar de tema, maniobras que tú conocías tan bien. Murmuró que se sentaría un rato a ver la televisión.

Y dicho esto salió de la cocina y fue a sentarse un rato delante del televisor. Sabías que el alcohol no era su única droga. Una vez te había explicado que ninguna musa de este mundo era tan buena como un buen colocón. Fuera lo que fuese un «buen colocón», tu padre siempre necesitaba, para ello, vodka, cocaína y un montón de hierba.

Recogiste las baterías del suelo y las pusiste de nuevo en el teléfono; intentaste tranquilizarte, pero entonces lo seguiste hasta el salón, donde estaba él, sentado en el

sofá, haciendo *zapping*. En cuanto encontraba algo de publicidad, se apoyaba hacia atrás, satisfecho, y esperaba a ver si ponían algún anuncio con sus *jingles*.

—Te voy a estar dando la lata todo el día con eso —lo amenazaste.

—Pues que te diviertas.

Te plantaste delante del televisor. Tu padre alzó los brazos, enfadado.

—¡Esto es injusto!

—¿Qué edad tienes en realidad?

Él te apuntó con el mando a distancia e hizo como si te cambiara de canal.

—Oskar, ¿quién estaba al teléfono?

—Joder, deja eso, ya sabes cuánto detesto que me llames Oskar.

—Dame una respuesta.

Él se rascó la nuca con el mando a distancia.

—Es algo complicado, hablamos de eso mañana, ¿de acuerdo? ¿O qué tal pasado mañana? ¿O te lo escribo? ¿Qué te parece?

Tú no te moviste del sitio. Contaste hasta veinte en tu cabeza, y entonces dijiste:

—¿Qué es lo que he heredado?

—Joder, ¡es verdad que has estado escuchando!

—Claro que he estado escuchando, te lo he dicho, estuve escuchando.

¿Es que no oyes lo que te digo?

—Te oigo, te oigo. Lo oigo todo. Es el hotel, ¿de acuerdo? Lo has heredado. ¿Satisfecha?

—¿El hotel de la playa?!

—Y ahora no te me vuelvas loca. Es un hotel viejo, necesita reformas.

Pero si ahorras bastante y le pides un poco de dinero prestado a papá, tal vez lo puedas reformar.

—¿Qué?

Sentiste mareos. Te hundiste en uno de los sillones. Tenías el corazón a mil. Era el único hotel de playa del mundo sin una playa. «Mío.» Veías en tu mente las fotografías. La gravilla delante de la entrada de coches en pendiente. El enorme abeto del norte que arrojaba su sombra sobre la fachada. Ves a tu madre delante de él, saludando a la cámara. Ves una cortina ondeando en una ventana. Con el fiordo y las montañas en el fondo.

«¿El hotel de la playa sobre el acantilado? ¿Es mío?»

Tu boca estaba de pronto reseca. Noruega te llamaba.

—Sé que ahora esto es duro para ti —siguió diciendo tu padre—, pero ¿por qué crees que no quería contártelo?

Entonces él apagó el televisor y dejó aparte el mando a distancia.

Entonces empezó, con toda calma, a liarse un porro. Del mismo modo que tenía repartidos teléfonos por todas partes, en cada habitación había unos pequeños

estuches de madera con papel y hierba. El ritual te era familiar, y tu padre esta vez no habló hasta que el porro ya estuvo ardiendo entre sus labios.

—Tal vez deberíamos hablar.

—De acuerdo.

—Tal vez ya sea hora. Eres mayor, puedes soportarlo.

—Dios mío, ¿qué vendrá ahora?

Él te ofreció el porro, pero tú negaste con la cabeza, él tomó una segunda calada y, al soltar el humo, dijo: —Deberíamos ser sinceros.

—Odio cuando dices eso.

Él te miró dubitativo.

—Tal vez todavía no estés preparada.

—Oskar, estoy preparada.

—Bien, es bueno oírlo.

Tú te inclinaste hacia delante en el sillón, apoyaste los codos en las rodillas y tus piernas te temblaban.

—¿Qué ha pasado?

—Lo del accidente de tu madre...

Tu padre echó una tercera calada al porro.

—... eso no fue así, aquello fue una mentirilla.

—¡¿Qué?!

Él se pasó la mano por la frente.

—Esta cicatriz me la hice nadando. Un idiota de la otra clase me tiró desde el trampolín de tres metros. Se llamaba Roland o algo así. Pero luego él...

—¡¿qué has dicho?!

Tú no querías gritar, pero tu voz salió de ti con un ímpetu incontrolado.

Tu padre guardó silencio y miró hacia el jardín, como si hubiera alguien allí que pudiera salvar la situación. Pero no había nadie, por supuesto. Cuando él volvió a hablar, su voz estaba llena de tristeza.

—Ella por entonces tenía a otro, ¿entiendes? Quería separarse y quedarse contigo. En fin, que yo te cogí y me largué. A eso no se le puede llamar abandono. Tampoco fue un secuestro, porque tú eras mi pequeña. Tu madre pensaba que ella podría acusarme de algo, pero ella no conocía a los abogados de Ragnar. Además, nosotros todavía estamos casados oficialmente, así que tendría que aclarar todas esas cosas, lo del derecho de custodia, etcétera.

Tu voz era ahora un suspiro:

—¿Mamá está viva?

—Te lo estoy diciendo.

—¡¿Mamá está viva?!

—¿Es que hay eco en esta habitación?

En ese momento supiste qué era quedarse paralizada. Las piernas, los brazos, la cabeza. Solo los pensamientos se movían, borrando esas tres palabras. «Mamá está viva.» Y a veces sonaba como una pregunta, y otras veces como una respuesta. Y entonces explotaste: —¿cómo pudiste mentirme?!

—Fue por necesidad.

—¿necesidad?!

—Taja, ella tenía a otro, ¿qué podía hacer yo? ¿Dejarte con ella y ver cómo era feliz con el otro? Vivíamos en el campo, jamás hubiera funcionado.

¿Debía ver cómo lo llamabas «papá» y te apartabas de mi camino en la calle?

Para mí todo eso era inaceptable.

—Pero... hubieras podido...

—Claro que hubiera podido contártelo antes, pero entonces te habrías marchado con seis años, para ir a visitar a tu madre. No, deja eso. Ahora ya has acabado el instituto y puedes hacer lo que quieras. Eres una adulta, puedes asimilarlo. He hecho las cosas lo mejor que he podido.

—¿Que has hecho qué?!

Él miró su porro y lo apagó. No pensaba repetirse, así que cogió el mando a distancia y encendió de nuevo el televisor, como si vuestra conversación hubiera terminado. Y entonces te levantaste, te inclinaste por encima de la mesilla de centro y, con rabia contenida, le preguntaste una vez más a tu padre quién era la persona que había estado al teléfono. Y tú tuviste que oírlo.

Él no apartó la mirada de ti.

—Era tu madre, que vive en Ulvtannen, y quería...

—¡eres un miserable pedazo de mierda!

—Oye, escúchame, lo hice por tu bien...

—¡te odio! ¡quisiera verte muerto!

—Joder, Taja, cualquiera puede...

Él se quedó sin habla, veía las lágrimas en tus ojos, veía tu rabia, y a través de su colocón y de su ignorancia, debió de comprender que estabas hablando muy en serio. Te vinieron ganas de agarrar el estuche de madera y golpearlo con él. Jamás has sido violenta, solo una vez te pegaste con una chica de la clase de al lado, porque ella la había tomado con Rute. La violencia no es una solución, eso lo sabe cualquiera. Pero ese día comprendiste por primera vez lo que conduce a la violencia: la decepción, el desamparo, la debilidad.

Tu padre lo vio todo en tus ojos, y un cambio se produjo en él: en su rostro, en su mirada. Se encontraba en estado de *shock*. Se hundió en el sofá y suspiró. Una vez. Oíste un crujido. La mano derecha le empezó a temblar, su mano izquierda era como una garra que sostenía el mando a distancia, apretándolo tan fuerte que el plástico se había roto.

—¿Papá?

Él solo te miraba. No parpadeaba. Era como si hubiera visto algo en ti que no había visto nadie hasta entonces. Oscuridad. Su boca se abrió y se cerró de nuevo. Estaba allí sentado, inmóvil, y su mirada siguió siendo por unos segundos su mirada, hasta que algo desapareció.

Ese día no tuviste ni idea de lo que había desaparecido, y ahora, que se lo estás contando a tus amigas, te oyes susurrar que tal vez pudo haber sido su alma: por un momento, el miedo centelleó en los ojos de tu padre, pero al momento siguiente faltaba algo, tenía la mirada vacía, perdida, pero aún clavada en ti.

Y así fue como mataste a tu padre.

OSKAR

Claro que te habías hecho tus ideas acerca de la muerte, pero jamás contaste con la posibilidad de que te sorprendiera de ese modo. Tu ideal había sido siempre una despedida discreta, a una edad muy avanzada. Un baño caliente y la música adecuada de fondo, una botella de vino tinto, y tú te quedarías satisfecho y te irías durmiendo suavemente. En su lugar, lo que te encuentras es una hija furiosa, que te grita, como si fueras lo peor de lo peor.

Jamás debiste dejar que las cosas fueran tan lejos. ¿En qué estabas pensando?

Tu muerte tiene lugar por etapas. Por un momento, Taja está de pie frente a ti, mientras tú apagas el porro y esperas a que ella se tranquilice. Pero al momento siguiente aparece esa oscuridad, y no entiendes lo que ha sucedido. Algo falta. El tránsito. La desconexión. El apagado. Estás muerto sin comprenderlo. Sin embargo, siempre pensaste que habría la posibilidad de comprenderlo.

«¿Muerto?»

Sí, muerto.

La oscuridad se mantiene. Y en medio de esa oscuridad, tu cuerpo empieza a transformarse. De arriba abajo. Y aunque no lo notas, sabes que está sucediendo. Como si tu cuerpo estuviera despidiéndose con un suspiro.

Como si toda luz fuera a desaparecer de él, fluyendo hacia lo lejos, escapándose.

Y cuando la luz regresa, todo sucede de pronto, y te quedas mirando fijamente al techo. Los colores explotan a tu alrededor, y buscas la manera de respirar, decirle a Taja que a lo mejor ese fue el viaje más horrendo de todos.

Pero el viaje aún no ha acabado, solo acaba de empezar. Todo acaba y comienza con la muerte. Pero en realidad jamás contaste con que te sorprendería así. Si eres sincero, hay muchas cosas en tu vida con las que no contaste nunca: con lo de tener un padre chiflado, que os educó a ti y a Ragnar como un dictador; no contaste con un hermano que te abandonaría cuando tenías doce años; pero mucho menos contaste con la vida que llevaste en Noruega ni con tener una mujer como Majgull. Y de tu hija no vamos ni a hablar.

—¿Papá?

Si pudieras llorar, ahora te echarías a llorar. Joder, tío, cuánto tiempo hace que ella no te llamaba «papá». Y lo dice en serio. No es su voz lo que te lo revela, sino sus pensamientos, sus sentimientos. Los puedes oír. Como si tuvierais una conexión mental. Es un mundo nuevo que se abre para ti, de repente. Cada pensamiento, cada emoción te resulta accesible. ¿Y qué haces con ello? Nada. Eres tan solo un observador que no puede intervenir. ¿Qué mierda es esta?

«Una absoluta y jodida mierda.»

Taja te alza, el techo desaparece de tu campo visual, ahora estás otra vez sentado, y ves a tu pequeña. Las yemas de sus dedos te acarician la cara como si pudieras venirte abajo con cualquier movimiento en falso, entonces ella se aparta y sale corriendo. Vergüenza, miedo.

«Pobre chica.»

Y cuando ella huye, tú comprendes por fin lo que ha ocurrido. Sus pensamientos salen revoloteando detrás de ella, te encuentran y tú no los crees. No quieres creerles.

Sientes la presencia de Taja en la habitación antes de verla. Tus ojos apenas te obedecen, del mismo modo que apenas te obedece tu cuerpo. Miras recto al frente. Taja se sitúa justo delante de ti, como si quisiera atrapar tu mirada. No quiere ni pensar en la palabra «muerte». Piensa en todo lo demás.

No quiere tocarte de nuevo. Respira la culpa y desaparece de tu campo visual.

Taja está de nuevo allí. Ha reflexionado. Ha llorado. Sus nudillos están enrojecidos. Debe de haber golpeado contra una pared. Jamás pudo controlar sus sentimientos. Está sentada ahora a tu lado. Sus manos te tocan.

Tú no sientes nada.

No sientes sus manos en tu cuello.

Nada.

Tampoco su cabeza sobre tu hombro.

Nada. Pero sabes lo que está pensando.

«Oigo sus pensamientos, y si los oigo, tal vez funcione...»

Pero no.

«Pero si los oigo y los veo, tal vez ella pueda...»

No, se ha acabado. *Finito*. No hay avance ni retroceso. Puedes recibir, pero no puedes emitir. Confórmate con eso.

Y de ese modo, fuera, va oscureciendo, y tu hija se apoya contra tu cuerpo inerte, sin vida. Duerme, mientras tú puedes escuchar sus pensamientos como si se tratase de una emisora secreta de radio que solo transmite para ti. Todavía estás desconcertado. Sabes que has ido demasiado lejos, pero ¿debes acabar así por eso? Tú y tu culpa y tu vergüenza.

Escuchas los miedos de tu hija, su desconcierto, su rabia. Y otra vez surge la pregunta: «¿Podrá él perdonarme? ¿Me perdonará?»

Con tu mirada fija, abres un hueco en el espacio. Un hombre muerto que espera a lo siguiente que va a ocurrir. Y mientras esperas, las células muertas empiezan a disolverse en tu cuerpo. Los enzimas de tus tejidos están como locos. El *rigor mortis* te abandona. Solo tu puño sigue aferrado, como una garra, al mando a distancia, no lo suelta. El resto de tu cuerpo cede.

Como si quisiera estar allí una última vez para tu hija, con un suave beso tranquilizador.

Amanece. Taja despierta de un sobresalto y desaparece de tu lado. Está asqueada. Pretende lavarte, y eso está bien, tú hubieras reaccionado igual. Le da asco la muerte.

Cuando regresa, la luz es distinta, el sol ha llegado a la pared de enfrente, han pasado varias horas. Taja aparta el sillón un poco más. Ves su brazo, ves su rostro al borde de tu campo visual. Tu hija no quiere que la mires. Ella echa un vistazo a su móvil, como si allí se ocultaran todas las respuestas. Sus pensamientos son: «¿Qué va a decir Stinke...?»

«¿Llamo a la policía...?»

«¿Llamo al tío Ragnar...?»

«¿O a Rute...?»

«¿Espero...?»

«¿A qué espero...?»

«¿Cómo ha podido...?»

«¿Qué pasa si...?»

«Tal vez podría...»

Se chupa el pulgar. Tú pensaste que se le había quitado esa costumbre, y, como si ella pudiera oír tus pensamientos, se limpia el pulgar en sus vaqueros, recoge las piernas y se abraza. Desearías poder sostenerla, porque, claro, la perdonas. Es tu hija. Y aunque nadie se merece morir así, no puedes estar furioso con tu hija. Un padre es un padre.

Pero entonces Taja desaparece de nuevo.

Ves cómo el sol se pasea por el salón. La pared de enfrente se torna oscura, se torna clara.

Oyes una música que llega desde la planta de arriba. Dos veces ha sonado tu *jingle* de la pasta de dientes en los teléfonos, y luego ha cesado.

Probablemente Taja haya quitado las baterías. Esa música te gusta algo más.

Es Alabama 3. Tú le regalaste el cedé, porque pensaste que una noche se sentaría a tu lado y podríais ver juntos «Los Soprano» y disfrutar de la canción de la serie. A ella la serie le parecía extrañamente tranquila. Así fue como lo dijo: «Extrañamente tranquila.» Pero la música le gustaba.

Ella aparece delante de ti. Ha bebido. Ha saqueado el bar. Coñac, Metaxa, aguardiente. Si la pudieras oler, sabrías que apesta. Ha vomitado dos veces y en cualquier momento irá hasta la nevera y sacará el vodka del congelador. Es como tú, débil, alguien en busca de salvación. Olvidar: la fórmula mágica de los cobardes. Quiere hacerte tantas preguntas, su cabeza es un libro lleno de preguntas, pero entonces se echa a reír, porque sabe que es una tontería ponerse a hablar con un muerto.

—Y ahora me beberé tu vodka —dice, y desaparece otra vez.

El salón se oscurece. Tu hija está en la cocina, bebiéndose tu vodka. El cedé se acaba, el cedé empieza desde el principio.

Woke up this morning.

De noche.

Luz en el pasillo. Taja pasa tambaleándose ante tu campo visual. No ha dormido, tiene las ideas muy confusas, está borracha y ha llorado, y arroja una bolsa de plástico sobre la mesa. Es casi una acusación.

Te sorprende que haya encontrado la heroína. Aunque con la hierba no tenías casi cuidado, la dejabas por ahí, en todas partes, siempre fuiste muy cuidadoso con las drogas duras. Una vez más se ve lo ingenuo que has sido.

Tu hija lo sabe todo sobre ti. Sabe dónde están las drogas, dónde ocultas tus sucios secretos. Es probable que hace tiempo haya descubierto tu colección de porno, y también sabe lo de las cámaras. No te asombraría, con Taja todo es posible. Y si no viene alguien pronto, puede suceder que a la pequeña se le vaya completamente la olla.

Ver a tu propia hija cómo va hundiéndose cada vez más y más, durante dos días, es un puro dolor. Pero oír cada uno de sus pensamientos, y no poder hacer nada, es quizá el verdadero infierno después de la muerte. No desaparecer de verdad, permanecer en un estado en el que uno se entera de todo lo que sucede a su alrededor, ser testigo de una caída, impotente, y sin existir. E ir a la tumba: como alguien que sabe, pero que no puede hacer nada con ese conocimiento. Tras milenios de evolución, dar por fin un paso hacia delante, y no poder conseguir nada, porque ya no se está.

El viernes por la noche, Taja empieza a perder la cabeza poco a poco.

Tal vez sea tu olor, tal vez sean sus dudas. ¿Qué debe hacer? «Hola, mi padre está aquí muerto hace dos días, yo lo maté. ¿Podrían venir a recogerlo, por favor?» Puedes notárselo. Culpa y más culpa. Bebe, apenas come, te observa, observa la heroína. Quieres advertirle, ella no sabe lo que tiene delante. Esa heroína es dinamita. Dinamita pura. Algo así es raro en el mercado. Casi nadie puede permitirse esa calidad, pero quien tiene el dinero, ya no toma otra cosa. Con eso se construyen bombas. Es una bomba mental.

«Por favor, pequeña, no.»

Pero ella lo hizo. Está allí sentada, brindando por ti. Si pudieras, apartarías la vista. Pero lo ves todo. Su euforia, su sueño, ves cómo cobra fuerza de nuevo y luego se desploma, como un globo sin aire. Y ves cómo vomita en el suelo, sin fuerzas para llegar hasta el baño, asqueada de sí misma. Y mientras tanto, explota en una actividad exagerada, caminando con su móvil de un rincón a otro del salón, sin hacer ni una sola llamada, porque quiere aclararlo todo, pero no sabe cómo, pero quiere. Terca y llena de culpa.

Su rostro sobre la mesa, la pajita, que deja un trazado perfecto sobre la madera, el «Ahhh» de satisfacción, y la manera en que se frota la nariz y te mira, para luego decidirse.

Te coge por debajo de los sobacos y te arrastra con mucho esfuerzo escaleras abajo. Lloro todo el tiempo. Tu niña llora fuerte. Su plan no es lo que tú te habías imaginado como una despedida de este mundo. Pero será solo temporal. Así lo esperas. Además, vuelve a hablar contigo. Sus pensamientos son una cosa, su voz es otra.

—No sé qué otra cosa puedo hacer... Yo... Yo no quisiera que vengan y se me lleven. Y... tampoco quiero que tú... No puedo enterrarte, papá, no puedo hacerlo...

Ella vacía el congelador y apila los paquetes de congelados. Carne y pescado. Muchas cosas las has cazado tú mismo, con Tanner a tu lado, muy temprano, por la mañana, en un bosque al norte de Berlín, con un silencio de cuento de hadas, el crujir de las ramas al romperse y, luego, el disparo.

Cuando Taja ha hecho suficiente sitio, te alza para meterte en el congelador.

Si tu cuerpo tuviera todavía el rígor mortis, eso no sería posible. Pero ahora puede alzarte sobre un paquete de pescado y tú casi quedas sentado en la misma posición que en el sofá. Cuando te inclinas, Taja coloca dos paquetes de filetes entre tu hombro y la pared del congelador. Así es mejor, aunque ahora estás un poco inclinado hacia atrás y miras hacia arriba. Taja intenta quitarte el mando a distancia de la mano. No se puede hacer nada, tú no lo sueltas. Entonces ella se inclina hacia ti dentro del congelador, te acaricia la cabeza y te promete que regresará pronto.

—Regresaré pronto.

La puerta se cierra con un chasquido.

Está oscuro.

Estás sentado en medio del frío.

«Pronto» es solo una palabra.

Y tú estarás sentado en el frío. Sentado en el frío. Sentado y sentado en el frío.

El congelador se abre y se oye un grito. Un grito, luego tres, y al final son cuatro chicas gritando que te miran fijamente desde arriba. Sus gritos se acallan. Estás orgulloso de tu hija, te enorgullece que haya vencido por fin su terquedad y haya llamado a sus amigas en busca de ayuda. Las reconoces, aunque primero tienes que poner orden en tus pensamientos: Stinke-Rute-Nessi-Schnappi. Cada mes, Taja organizaba una fiesta pijama, y tú te marchabas voluntariamente de casa. Cualquier padre que cría solo a su hija debe respetar los deseos de esta.

Sería bonito que pudieras tranquilizar a las chicas con unas breves palabras: «No es tan grave», les dirías, pero nada de eso sucede, por supuesto. El frío del congelador asciende en hilillos de niebla, y se posa sobre los rostros de las chicas, como si tu alma extendiera sus dedos hacia ellas. El no sentir nada también tiene sus ventajas.

Tras cinco días eres un pedazo de carne congelada.

—¿Está muerto de verdad? —pregunta Schnappi.

—¿Piensas que está ahí sentado para refrescarse? —pregunta Stinke, irritada.

—Eso es perverso —dice Nessi, y por la manera en que lo dice sabes que está embarazada. También conoces el nombre del chico que no se puso el condón a propósito, porque pensaba que no pasaba nada por una vez. Y Nessi le creyó. «Pobre Nessi», piensas, y oyes el latido del corazón del no nacido, como un tamborileo susurrado. Sabes lo que será.

—¿Y por qué lo has metido ahí? —quiere saber Rute. Ella es la razonable, la que indaga el trasfondo de todo. En una ocasión quiso que le dijeras si no era infinitamente aburrido malgastar tu talento. Para ella, los *jingles* eran una porquería comercial. Si no se hubiese tratado de una amiga de tu hija, la hubieras echado de casa, probablemente, ya el primer día.

Te concentras en Taja. Tu pequeña está destrozada. Su cuerpo late lleno de avidez por la heroína, es un sonido sordo y cansado. El corazón se le acelera, sus pulmones trabajan con desgana, le tiembla el mentón y tiene ese sabor amargo en la boca en cuanto piensa en la droga. Y piensa en ella casi sin parar.

«La añora, ella la añora.»

Taja les habla a sus amigas de su miedo a tener que ir a vivir con sus parientes. Sabe que tu hermano jamás la acogerá. Y tiene razón. Ragnar tiene suficiente con su empresa. En cuanto se haga oficial tu muerte, tu Taja se tendrá que ocupar de Taja. Tu pequeña es menor de edad, ¿qué pensará ella?

Una nueva vida en Dortmund. Su tercera vida. Pero Taja no quiere una tercera vida.

—¿Y cuánto tiempo pretendes tenerlo escondido aquí?

—No lo sé, pensé que...

Taja alza los hombros. Desconcierto y miedo.

—En realidad yo no quería matarlo, solo estaba furiosa y, de repente...

Silencio. Y luego la voz resfriada de Stinke:

—¿De dónde has sacado esa mierda?

—¿Qué mierda?

—¿Quién dice que lo has matado?

—Pero es verdad, está muerto.

Schnappi interviene:

—Solo porque quieras que alguien se muera, eso no significa que vaya a morir, solo porque tú lo quieras. Si eso fuera así, la mitad de la ciudad estaría muerta. Joder, Taja, tal vez tuvo un ataque al corazón o un estúpido derrame cerebral. No sería nada extraño, se ponía hasta las cejas de droga.

«Gracias, Schnappi», piensas.

Antes de que Taja pueda asimilar eso último, Stinke vuelve a tomar la palabra. Y aunque ella te ha sacado de quicio más de una vez, en este momento la veneras. Porque ella no encoge la cabeza, porque ella ve, en medio de esa tragedia, el lado cómico. Como ahora, cuando dice: —Tal vez solo se esté haciendo el muerto.

Su cara aparece de pronto delante de la tuya. Pecas y una pequeña separación entre los colmillos. Ella te saluda: —¡¿Hola?!

«Hola.»

—Eso no tiene gracia —dice Rute.

Stinke desaparece de tu campo visual. Si ahora tuvieras dieciséis años de nuevo, te enamorarías de ella al instante. Porque Stinke es un enigma, y nadie sabe lo que va a hacer después.

—¿Y por eso te colocaste de esa manera? —le pregunta a Taja, pero no espera la respuesta, sino que añade—: Eres idiota. Vivimos en la misma ciudad, ¿lo has olvidado? Si tienes algún problema, puedes recurrir a nosotras y no drogarte. ¿No es eso lo lógico?

—Sí, claro —dice Taja, apocada.

—Déjala en paz, eso no sirve de nada ahora —interviene Nessi—. Es mejor que pensemos en lo que vamos a hacer a continuación.

Todas te miran. Entonces Stinke toma impulso, da un paso adelante y cierra la tapa del congelador de golpe.

«Oscuridad, vieja amiga.»

STINKE

Te miran asustadas.

—¿Qué pasa? ¿Queríais verlo un rato más? —preguntas, y te alegra que esa puerta esté cerrada. Un muerto ya es tremendo, pero uno metido en un congelador, como un helado, vamos... Todo tiene un límite. Un muerto es un muerto.

—Podrías haber cerrado la puerta con más delicadeza —dice Nessi.

—¿He herido tus sentimientos?

—No los míos, pero quizá sí los suyos.

—Mira, guapa, ese ya no tiene sentimientos.

—Eso lo dices tú.

—Sí, lo digo yo.

—Ah, ¿crees que es así?

—Así es, soy una experta en el tema.

Le dedicas una sonrisa a Nessi, y ella te la devuelve. Entonces recuerdas otra vez lo que estáis haciendo allí, y miras a Taja. Su labio inferior tiembla, tiene los ojos desorbitados. Su padre está metido en ese maldito congelador y tú te dedicas a picarte con Nessi. Bravo.

—Sí, pero su padre está ahí dentro porque ella lo ha metido ahí.

—¿Por qué no cierras el pico? —dice Schnappi, y te hace un corte de mangas.

Rute rodea a Taja con el brazo y le dice:

—Ven, volvamos arriba.

Taja vuelve a sentir mareos y desaparece en el baño de arriba. Estáis sentadas fuera, agotadas. Te sientes como ese tipo de *La naranja mecánica* al que le han sujetado los párpados para obligarle a ver películas durante horas y horas. Convulsivamente despierto y bajo descargas eléctricas. En cuanto tuerces el rostro, tarda un tiempo en recuperar la movilidad de la cara.

Son las ocho de la mañana, todavía tenéis la noche metida en los huesos.

Aunque quisieras, no podrías dormir ahora. La cabeza te trabaja sin cesar, tus pensamientos no quieren quietarse, y para colmo este tiempo...

Los rayos de sol asoman por encima del seto y arañan el jardín como un loco que no se ha cortado las uñas. Es un día deslumbrante, lo cual no tiene mucho sentido. Debería estar lloviendo a cántaros, una tormenta. Los días espléndidos hacen que uno tenga buen ánimo, pero vuestro estado de ánimo es todo menos espléndido.

—Tenemos que dormir —dice Nessi.

Schnappi bosteza con tal fuerza que le cruje la mandíbula. Se frota la mejilla y tiene lágrimas en el rabillo de los ojos.

—Chicas, yo no puedo dormir cuando es de día. No me miréis tan raro, siempre

ha sido así. Solo consigo cerrar los ojos cuando fuera está oscuro.

Estás a punto de decirles que hacía mucho tiempo que no oías una tontería tan grande, pero en eso una arcada que viene del baño te interrumpe.

Nessi se pone de pie al instante, y Rute se le une, tú también las sigues, y solo Schnappi deja su lindo culito donde está, pues opina que demasiados cocineros estropean el potaje.

Taja está sentada en la tapa del inodoro y no se puede levantar.

—Las piernas no me responden.

La ayudáis a ponerse de pie. Ella no quiere volver a la cama, quiere quedarse con vosotras. De modo que la lleváis al jardín. Schnappi, por supuesto, se ha quedado dormida con la boca abierta, como un bebé en espera de su alimento. Nessi va a buscar agua a la cocina, mientras que tú, con la ayuda de Rute, acolchas una de las tumbonas con unas mantas. La frente de Taja está cubierta con una aceitosa capa de sudor, tiene los brazos llenos de manchas rojas, y aunque se ha lavado hace una hora, de ella emana un fuerte olor. Nessi regresa con el agua, Taja la bebe con avidez. Rute coloca la bolsa con las drogas en una punta de la mesa.

—¿Desde cuándo consumes esa mierda?

La respuesta es tan bajita que tienes que inclinarte hacia delante para entender lo que dice Taja.

—Desde hace un par de días.

—¿Y cuántas veces al día?

—De vez en cuando.

—Taja, mírame. ¿Cuántas veces?

Se miran. Taja mantiene el contacto visual por espacio de dos segundos, pero entonces se pone a mirar fijamente sus manos y confiesa que en los últimos cinco días ha vivido solo de ese polvo. Nessi tuerce la cara y entrecierra los ojos, lo cual, cualquier otro día, hubiera sido gracioso.

Observas a Taja. «¿Cómo las cosas pudieron llegar tan lejos? ¿Y cómo es que no nos llamó?» Tú eres la que más se reconcome con eso. «Nosotras estábamos ahí.» Taja entrelaza las manos y dice:

—Después de que mi padre... murió, me dediqué a beber, al principio.

Pero luego... luego encontré eso.

Señala con un gesto del mentón la bolsa de plástico. La punta de la lengua asoma entre sus labios. Taja traga como si tuviera algo en la boca.

Nessi le sirve más agua. Ella la bebe, agradecida.

—Me sentaba bien, ¿lo entendéis? Pude tranquilizarme y dormir otra vez, y cuando estaba despierta, tomaba más. Eso me ayudó, me...

Taja alza los hombros y los deja caer de nuevo.

—... sentaba bien.

Tú acercas la bolsa y miras el polvo.

—¿Y qué es?

—Coca o algo así —responde Taja.

Rute cree haber oído mal.

—¡¿Ni siquiera sabes lo que es?!

Taja baja la cabeza. Tú quieres interponerte. Rute puede matar con las palabras. Tal vez debería ser abogada. Le pega. Y si un día todas vosotras acabáis ante un tribunal, Rute estaría allí, con un traje chaqueta, para defenderos, y al final os sentaríais en un jardín, fumando cigarrillos y burlándoos de la ley.

—¿Cuándo tomaste esa porquería por última vez? —quiere saber ella.

—Antes de enviaros el sms.

Rute mira su móvil.

—Hará unas cinco horas entonces. Quién sabe, tal vez te sientes tan mal porque te ha venido el mono.

Taja ríe, y su risa es débil.

—Vaya chorrada, no soy una yonqui.

Vosotras la miráis. Aunque apenas tenéis experiencia con drogas duras, ese era el único tema en las clases al que prestabais mucha atención. Por pura autodefensa, una nunca puede saber lo que se va a cruzar en su camino.

Schnappi despierta de repente y se sienta en la tumbona, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Os mira a todas confundida y dice: —Tías, pensé que estaba en la guerra.

—¿En qué guerra? —preguntas.

—No lo sé. Una guerra es una guerra. Todas estábamos prisioneras, en una casa destruida, una auténtica pocilga en ruinas, y no podíamos salir.

Os señala a Nessi y a ti.

—Tú y tú. Estábamos en una cocina muy vieja, y allí había un zombi o algo por el estilo. Pero no uno de esos que se come a la gente, ese quería otra cosa. Y por una pared chorreaba la sangre, y había vapor, auténtico vapor, debido al calor que había. Y tú...

Continúa, señalando a Taja.

—... tú te escondiste. ¿Por qué te escondías? Eso casi me vuelve loca en el sueño, porque no sabía dónde estabas. ¿Tenéis alguna idea de por qué sueño esa clase de porquerías?

Entonces señala el agua.

—Además, tengo sed.

Nessi le alcanza la botella. Schnappi bebe y se da cuenta de lo pálida que está Taja, y pregunta si se ha perdido algo. Rute se lo dice a las claras: —Taja tiene el mono.

—¡Joder, no soy ninguna yonqui!

—¿Qué cantidad había en la bolsa antes de que te pusieras a consumir?

—No lo sé.

Schnappi mira confundida a sus amigas.

—Su padre está muerto, así que puede ser una yonqui por un par de días.

—Gracias —dice Taja, y se lo cree.

Pero conoce a Schnappi bastante mal. Miss Vietnam asiente satisfecha y hace uno de sus elegantes quiebros a los que jamás conseguirás acostumbrarte.

—Y ahora dime una cosa sinceramente, ¿qué pasa ahora con tu madre?

Taja os mira buscando ayuda, como si alguna de vosotras pudiera frenar a Schnappi. Pero nadie puede hacer eso.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres? ¿Qué podría pasar ahora con mi madre?

—Bueno, ella está viva, en Noruega. ¿No vas a llamarla? Seguramente querrá que te vayas a vivir con ella. Es mejor que mudarse a la cuenca del Ruhr. Noruega es genial. Allí a la gente le va estupendamente, aunque su país tiene los índices más altos de suicidio. Pero ¿y eso qué? No se puede tener todo. Quiero decir, si yo fuera tú, lo último que haría sería recoger mis cosas y marcharme a Dortmund. Porque, ¡seamos sinceras! ¿Qué se te ha perdido allí? Así que llama a tu madre, que seguro que se alegra.

—Sigue soñando —le dice Rute.

—¿Por qué?

—Piénsalo un poco. Taja no tiene ningún recuerdo de su madre, ni siquiera la reconocería si coincidiera con ella en un ascensor. Esto no es una serie de televisión, donde al final todos lloran y se abrazan. Taja no puede llamar así, sin más, y ponerse a charlar. Olvídalo. Además, ¿quién dice que su madre realmente quiera verla?

—Una madre es siempre una madre —explica Schnappi.

—¿Sí? ¿Como la tuya? —se te escapa.

Schnappi permanece tranquila.

—Nadie es tan mierda como mi madre —dice ella, y se vuelve otra vez a Taja, abriendo mucho los ojos—. A lo mejor es ella la que se decide a venir aquí.

—¡¿Por qué iba a hacer eso?! —pregunta Taja, asustada.

—¿Porque eres su hija? En fin, si tú fueras mi hija y te hubieran secuestrado durante catorce años, me subiría de inmediato al primer avión y querría verte.

La cara de Taja se derrite, ha desaparecido la alarma, su voz se torna suave.

—Gracias.

—De verdad lo creo.

—Lo sé.

Rute destruye el momento, sensible como siempre.

—Su madre también hubiese podido hacer algo en estos últimos catorce años.

—Hubiera podido, pero no lo ha hecho —dice Schnappi con tono sentencioso.

Nessi suspira.

—Joder, Schnappi, tía, preferiría que te volvieras a dormir. Te estoy escuchando desde hace cinco minutos y me das dolor de cabeza.

—Vosotras me habéis despertado, ¿no? —pregunta Schnappi, mirando a su alrededor. Espanta una mosca y se pregunta si esto es un programa de debates de la tele, y si no es hora ya de hacer algo contra esas malditas moscas.

Fin de la discusión.

Nessi dice que el mal olor es demasiado para ella. Schnappi dice que no soporta las moscas. «Dos flautas en una habitación no hacen una orquesta», piensas, y las dejas a las dos sentadas en el jardín. Sigues a Rute hasta la cocina. Taja insiste en ayudar. Pálida y temblorosa, camina detrás de vosotras y no podéis quitársela de encima.

El hedor es agobiante. Los paquetes de carne sacados del congelador cubren toda la encimera de la cocina, algunos ya han formado pegajosos charcos de sangre, otros han caído al suelo y han reventado.

—¿Por qué no los has metido en la nevera? —preguntas.

—Quise hacerlo, pero yo...

Taja se encoge de hombros.

—... debo haberlo olvidado.

Cuentas los paquetes y lo dejas al llegar a treinta. Carne podrida, pescado podrido, la cocina está llena de moscas zumbando. Vosotras las espantáis, pero ellas se quedan enredadas en vuestro pelo, e intentan meterse por los huecos de la nariz. Te recuerda unas vacaciones en Creta, cuando tu tía quiso asar unas chuletas. Fuisteis a cenar y os olvidasteis de las chuletas.

La ventana estaba abierta, era pleno verano y hacía un calor abrasador. Por la mañana, la cocina estaba llena de moscas, y ya se retorcían en la carne los primeros gusanos.

—Las moscas deben de haber puesto sus huevos —dices—. Deberíamos sacar toda esa mierda antes de que empecemos a vomitar.

Taja trae unas bolsas de basura y unos guantes de goma. Metéis en ellas los paquetes y respiráis solo por la boca. Las moscas enloquecen y os asedian, como si estuvierais hechas de luz.

Después de haber sacado fuera la última bolsa con la ayuda de Taja, os quedáis fuera, de pie, mientras Rute friega la encimera y el suelo.

Taja te pregunta si tienes un cigarrillo. Estáis apoyadas la una contra la otra, hombro con hombro. Le das fuego, el tabaco huele mejor al arder que todo lo que has estado oliendo en las últimas horas. ¡Qué bonito sería estar ahora en el patio del

instituto, siendo abrumadas por un profesor que os dice que no tenéis permiso para fumar en el patio. Solo eso, ningún otro problema.

Suspiras. Ya no os sentís como si tuvierais dieciséis, os sentís viejas y cansadas, estáis junto a los contenedores de basura y miráis hacia la ventana abierta de la cocina, como si fuera un cuadro y vosotras fuerais las visitantes de la exposición de arte más aburrida que se hubiera organizado nunca.

Entran moscas, salen moscas. Las manos de Taja tiemblan. Te preguntas cómo te sentirías tú si hubieras estado drogada tanto tiempo. Pero tú ya tienes resaca con dos copas de champán. Taja apoya la cabeza en tu hombro.

—Me siento como una mierda.

—Debiste llamarnos.

—Lo sé.

Guardáis silencio, fumáis, y tú preguntas:

—¿De dónde ha salido esa droga? Quiero decir, nadie tiene, así como quien no quiere la cosa, dos kilos de droga en la despensa.

—Mi padre la estaba guardando.

—¿Cómo que la estaba...?

—No lo sé, Stinke.

Ella aparta la cabeza de tu hombro. Has entrado en territorio prohibido.

Ella deja caer su cigarrillo y lo apaga con la punta del zapato sobre una baldosa. Tú cierras el pico y esperas si ella tiene algo más que decir. Y lo tiene.

—Lo oí hablando de eso una vez por teléfono. Ya sabes, siempre le gustó esa mierda de los gánsters. Y no era por el dinero, él tenía pasta para él y para cuatro más, lo que le importaba era que se confiara en él. Además, le gustaba mucho tener reservas de cosas. Ya has visto el sótano.

Por un momento ella vuelve a ser tu Taja, con ese fuego en los ojos. El mentón levantado, el peinado a lo chico, hasta el lóbulo de la oreja, enmarcando su pálido rostro. No es la primera vez que la envidias por su valor al cortarse el pelo. Podrías estamparle un beso por eso. «Mi Taja», piensas, cuando ella te pregunta si quieres ver las drogas.

El escondite se encuentra en el estudio de su padre, en un rincón situado entre los teclados y una mesa de mezclas. Es una vieja maleta de metal con muchos arañazos. Pensaste que si alguien almacena drogas, debe hacerlo en una caja fuerte, por favor. Lo de la maleta de metal es algo tonto.

Está repleta de trastos y tiene un doble fondo. Sacáis nueve bolsas de ese polvo blanco. También encontráis dos bolsitas de pastillas, seis placas de hachís y varios frasquitos de un líquido marrón.

—¡Guau! —dices, sorprendida.

Por supuesto que hace rato que te has dado cuenta de lo que está sucediendo aquí.

Taja pretende descargarse de toda culpa, mostrándotelo todo. Tú eres su testigo y al final podrás decir: «Joder, Taja no tiene culpa de nada, había tanto material que nadie podía resistirse.» A ti te parece bien, lo harías con gusto por ella. Cualquier cosa es mejor que una Taja con los ojos tristes, vagando por ahí, sintiéndose culpable. La visión de las drogas la ha despertado. Tal vez espera que apartes la vista un momento para poder meterse una raya.

«Pero ya puede quedarse esperando sentada.»

Taja cierra la tapa y dice:

—Y aún no has visto el sótano.

La otra mitad del sótano es una bóveda enorme, que recuerda esas películas en las que unas tías sexys esperan a unos tipos de aspecto horroroso para acabar con ellos con un par de golpes de kárate. Por supuesto, las mujeres llevan bikini y están embadurnadas de aceite, y en medio de la habitación hay una piscina. Puedes ver el borde de la piscina a la luz de la puerta abierta. El sistema de ventilación trabaja bien, pero por muy bien que funcione, ese aroma podrías reconocerlo en cualquier parte.

Respiras hondo mientras Taja va palpando la pared, hasta que acciona un interruptor. Un color azul se alza desde la piscina, mientras desde arriba unos leds arrojan unos suaves conos de luz sobre el suelo. Taja se detiene junto al borde de la piscina, la luz azul la envuelve como si fuera niebla.

—No podía hablar con nadie de esto, se lo prometí. Yo tenía mis secretos, y él tenía los suyos. Pero ahora...

Ella guarda silencio, y tú sabes lo que quiere decir: «Ahora que él ya no está...»

Te detienes junto a ella y miras la piscina. Te quedas boquiabierto.

—¿Esto es de verdad?

—Es más que de verdad. La cultiva desde hace años.

—Pero ¿en una piscina?!

Te enteras de que la piscina fue el regalo para una deportista que había ganado hacía seis años alguna medalla en la categoría de braza. La relación no duró mucho, y cuando se separaron, el padre de Taja no supo qué hacer con la piscina.

—Y se convirtió en esto.

El suelo de la piscina está cubierto con tierra oscura. A la altura del borde hay unas lámparas de vapor de sodio. Ves un sistema de riego, ventiladores, y sobre todo ello cuelga un sistema de ventilación. Calculas que la piscina debe de tener unos seis metros de ancho y quince de largo. Las plantas crecen en filas perfectas.

—Él mismo plantaba las semillas. Era su pasatiempo.

Con trece años fumasteis vuestro primer porro. Taja jamás os reveló de dónde había sacado la hierba, pero cada vez que se le pedía un poco, ella traía. También ese enigma ha quedado despejado ahora.

—Os hemos buscado por todas partes.

Os dais la vuelta, Rute y Nessi están en el marco de la puerta.

—Ya os he dicho que estaban en la casa —dice Schnappi, y pasa junto a ambas, mira a su alrededor y dice: —¡Esto es puro lujo!

Tú señalas con el pulgar a tus espaldas.

—Pues echa un vistazo a eso.

Las chicas se acercan. Las observas, su reacción es como la tuya, boca abierta, ojos enormes.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta Nessi.

—Lo es —dices.

Cuando salís del sótano, estáis un poco mareadas. Un campo de cultivo de marihuana en una piscina tiene ese efecto, es lógico. Las moscas han desaparecido de la casa. Todavía huele mal, probablemente ha impregnado la alfombra y las paredes. La corriente de aire ayuda poco.

Habéis sacado de su escondite las drogas del padre de Taja y las colocáis sobre la mesa. Curiosamente, las pastillas son las que tienen la apariencia más peligrosa. Rute sacude uno de los frascos, pero no lo abre.

—¿Qué será esto?

No tenéis ni la más remota idea.

—¿Y las pastillas?

—Probablemente aquí hay de todo un poco —dice Taja.

Levantas una de las bolsas y la sopesas en la mano.

—Si esta bolsa pesa medio kilo, entonces aquí hay cinco kilos.

—Cinco kilos —repite Nessi, haciendo eco.

—¡Cinco kilos es mucho! —explota de repente Schnappi, que se echa a reír, y luego rompen a reír también Nessi y tú, y Rute, que al principio duda un poco, porque siempre está dándole al coco por todo, al final termina riendo, al igual que Taja, que se os une, y solo dejáis de reír cuando empieza a doleros el diafragma y os empiezan a correr las primeras lágrimas.

Digamos que son unos cinco kilos de heroína, digamos que son unas trescientas pastillas, incluidas Upper & Downer, éxtasis y *speed*, PCP y LSD, digamos que hay otros ochocientos gramos de hachís marroquí y seis frascos de tintura de opio de doscientos mililitros. Digamos, también, que, considerando la calidad del producto, todo eso tendría un valor en el mercado de aproximadamente tres millones de euros.

Sí, pongamos tres millones.

RUTE

No tenéis ni idea del valor de las drogas, lo cual no es importante en ese momento, porque volvéis a ser las cinco chicas que siempre quisisteis ser. Y esas cinco chicas se ríen de la ironía del destino que ha puesto en sus manos cinco kilos de droga. Si alguien afirmara en ese instante que jamás volveréis a sentir os así, lo mandaríais a paseo. No creéis en un mañana, porque sois el ahora. Y lo que ahora cuenta son vuestros chistes y esas frases que parecen que no se os agoten nunca. Apartáis las drogas y os ponéis a charlar, a beber zumo de naranja y a comer patatas fritas, como si el padre de Taja todavía estuviera vivo, como si seis ceros no fueran un problema y Nessi no estuviera embarazada. Podéis hacerlo porque vosotras, en ese momento, sois vosotras mismas, y eso sienta bien, os sienta endemoniadamente bien.

Sería muy bonito que esta historia pudiera terminar aquí. Como una serie, como el último capítulo de una serie, que nadie sabe cómo va a continuar. Un final. Pero el caos aguarda, se va extendiendo y os rodea con sus brazos, como si fuera un buen amigo que solo ha salido un momento para fumar un cigarrillo y se alegra ahora de estar otra vez con vosotras.

Todo va bien durante una hora más, pero entonces Taja se viene abajo.

En primer lugar, empieza a sentir frío, y luego empieza a tener arcadas. Sus músculos están tensos y apenas puede respirar. La obligáis a beber agua y camináis con ella, dando vueltas por el jardín. Ella tiene escalofríos, y a la vez está empapada en sudor; quiere más agua, y entonces, de repente, se suelta y consigue llegar al váter. Nessi está a su lado, le dice: «Ni los vómitos ni la mierda pueden conmigo.» Nessi es su heroína. Vosotras estáis fuera, junto a la puerta del baño, y habláis de si sería prudente o no llamar a un médico. Tú te opones enérgicamente.

—Un médico se daría cuenta enseguida de lo que le ha pasado. Y cuando se dé cuenta, llamará a la pasma. Olvidadlo.

—Además, su padre sigue en ese congelador —añadió Schnappi.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? —suelta Stinke.

—Nada, pero es extraño, que venga un médico y que haya un muerto en el congelador.

—Schnappi, nadie sabe que él está ahí.

—Ya lo sé, fue solo un comentario. Mal karma y esas cosas.

—¡¿Y eso qué tiene que ver con el karma?!

Las frenas.

—Eh, chicas, ¿qué pasa con vosotras?

—No puedo creer que Schnappi diga esas cosas —se defiende Stinke.

—Pues, créelo, porque hay más.

Tú las coges de las manos como a dos chiquillas maleducadas y las llevas al jardín. Allí os preguntáis cómo podréis hacer que se recupere Taja sin que sea preciso llamar a una ambulancia. Schnappi quiere echar un vistazo en internet, porque allí está todo, y seguro que también hay consejos sobre desintoxicación.

—Sí, ¿por qué no? —dices.

Schnappi desaparece arriba, donde está el ordenador de Taja, mientras tú sacas tu móvil y llamas a tu madre para decirle que te quedarás en casa de Taja todo el fin de semana.

Stinke también quiere llamar a su casa, así que le das tu móvil y vas a ver cómo está Taja.

La puerta del cuarto de baño está cerrada. Llamas.

—¿Va todo bien?

Nessi abre. Taja yace hecha un ovillo en el suelo, está cubierta con un albornoz.

—¿La ponemos en la cama?

Nessi niega con la cabeza. Le alegra que por fin Taja se haya quedado dormida. De modo que apagáis la luz del cuarto de baño y dejáis la puerta abierta un palmo. Os preparáis unos sándwiches en la cocina. Nessi revuelve los armarios y descubre un bote de cristal con pimientos en conserva.

Cuando salís de nuevo, Stinke se ha echado en una de las tumbonas.

Nessi se acuesta en la de al lado y se come los pimientos con los dedos. Luego bebe un largo trago de la salmuera, suspira satisfecha y, en menos de un minuto, se queda dormida. «Vaya, estupendo», piensas, y observas a tus amigas durmiendo, la mesa llena de drogas. Y aunque no eres la más experimentada —dos pastillas que tomaste, que Eric juró que eran de LSD, algunos porros y un intento catastrófico de meterte *speed* por la nariz en una fiesta—, sabes que tienes delante un par de sueños que aguardan a ser soñados. Te inclinas hacia delante, abres la bolsita rota y metes un dedo en el polvo blanco. Lo hueles y te limpias el dedo en los vaqueros.

«Una pequeña victoria también es una victoria.»

Es importante que mantengas la mente clara. Tienes conciencia de que sin ti, aquí, todo se vendría abajo. Es una sensación agradable la de llevar esa carga. Vosotras sois una familia, y alguien ha de mantenerla unida. «¿Si no fuera yo, quién lo haría?» Aguzas el oído a ver si oyes a Taja, y en eso se te cierran los ojos. Es un poco como si desaparecieras en una bañera llena de agua caliente.

Diez minutos. Quince.

Los gritos provenientes del baño de invitados hacen que todas os despertéis sobresaltadas.

Taja se viene abajo sin cesar. Convulsiones, mareos, frío. La lleváis arriba, hasta su cama y la cubrís. En cuanto se haya tranquilizado un poco, pensáis, todo irá a mejor; lo peor ha pasado ya, y entonces a Taja le viene otro ataque de escalofríos, y

todo empieza. Vomita cada sorbo de agua que bebe, y ni pensar en que coma algo. Sus manos se crispan sobre su barriga, como si quisiera coger el dolor y arrancárselo. Unas marcas rojas le quedan en la piel.

Taja llora y se os resiste. Dice que le pica. Su codo golpea el rostro de Stinke, esta cae de la cama. Basta. Agarráis a Taja, ella patalea y os grita cosas, os grita que la dejéis sola. Solo se va tranquilizando poco a poco. El pelo corto se le ha pegado a la cabeza. Está agotada, y al final se queda dormida. No es un sueño como es debido, es puro desmayo. La repentina calma es alarmante.

Respiráis pesadamente. Stinke tiene un chichón bajo el ojo y pregunta si tiene mal aspecto.

—Hay que ponerle hielo —dices, y bajas con Stinke hasta la planta de abajo, para enfriar su mejilla con un poco de hielo.

Entre tanto, Schnappi ha concluido su búsqueda en internet y llega con un montón de papeles. Pregunta si se ha perdido algo. Stinke se quita la bolsa de hielo del ojo y le enseña la hinchazón.

—A Taja se le ha ido la olla.

—Me alegro de no haber estado aquí.

Tú quieres saber lo que ha encontrado Schnappi.

Ella deja las páginas impresas sobre la mesa.

—No creo que se trate de cocaína. Los síntomas de la desintoxicación no encajan. Podría ser heroína, pero la heroína, normalmente, es de color marrón. Así que he estado buscando y he encontrado que también hay heroína blanca. Así que ese material debe ser bastante puro.

—Taja dijo una vez que su padre tomaba coca, así que eso, sin duda, es cocaína.

—¿Es que me escuchas alguna vez? —pregunta Schnappi, irritada, y eso no sucede muchas veces, que Schnappi se irrite—. Acabo de decir que los síntomas no coinciden.

—Ya te he oído —responde Stinke.

Schnappi hojea las páginas.

—Como no estaba segura, lo que hice, sencillamente, fue imprimir todo lo que tuviera que ver con desintoxicaciones, lo mismo si se trataba de coca, de heroína o de *speed*. Pero lo que más me preocupa es la circulación sanguínea de Taja. Si no hacemos nada, puede venirse abajo. Taja se nos podría mo...

Schnappi guarda silencio, pero sospecháis lo que iba a decir. Nessi lo dice: —Taja no se nos va a morir.

—¿¿Cómo puedes siquiera pensar algo así?! —la increpas.

—Seguro que vosotras también lo habéis pensado —se defiende Nessi.

—Sí, pero no lo hemos soltado a la primera de cambio.

Schnappi encuentra la página y os la muestra. Allí está, negro sobre blanco:

La desintoxicación en frío no es aconsejable sin ayuda médica, los síntomas que surgen en el proceso pueden acabar en la muerte.

—Vaya mierda —dice Stinke, y pega un golpe con la mano abierta sobre la mesa —; Taja ha estado tomando esa porquería durante cinco días solamente, nadie la diña por eso.

—¿Has visto cómo se puso hace un rato?

—No, cerré los ojos, Rute. Claro que lo vi. Pero, de todas formas, uno no se muere así como así, ¿no?

Schnappi saca la página impresa.

—Aquí dicen más cosas.

Miráis las páginas, cada una de vosotras coge un montoncito de hojas y empezáis a leer.

La conclusión da miedo. Todos los medicamentos que podrían ayudar a Taja necesitan receta médica. Vosotras no tenéis más que tés de hierbas, vitaminas y minerales. En uno de los artículos se dice que una mera desintoxicación física de la heroína puede durar hasta dos semanas, y que esa droga, en comparación con otras, es la que deja el mayor potencial adictivo.

En ningún lugar se dice cómo se comporta el cuerpo después de consumir la droga durante cinco días. Apartáis las hojas. Estáis tan agotadas de toda esa cháchara especializada que ya no tenéis nada más que decir.

Los ataques de Taja duran hasta bien entrada la tarde. Llantos, arcadas, gimoteos. Taja ya no quiere seguir acostada, así que camináis con ella un rato por el jardín. Está muy bien que el jardín de la casa esté aislado por unos setos. Caminar ayuda a evitar las convulsiones y distrae a Taja. Cuando siente un hormigueo bajo la piel, la frotáis con una esponja. Habláis con ella, y no la perdéis de vista ni un minuto.

Tú lees las hojas que ha imprimido Schnappi por segunda vez y haces una lista de los medicamentos que podrían ayudarla. Habría que preguntarle a alguien que sepa del asunto. No tienes ni idea de quién puede ser.

Poco antes de que cierren las tiendas, Schnappi y Stinke salen a comprar. Nessi se queda con Taja, y mientras la deja que se tome un baño y la ayuda a entrar en la bañera, tú cambias por tercera vez ese día la ropa de cama y la metes en la lavadora. Schnappi y Stinke regresan con fruta, verdura y zumos. También han comprado palitos salados y CocaCola, porque Schnappi opina que eso siempre ayuda. Para vosotras hay pizza.

Despejáis la mesa del jardín. Acuerdas con las demás que las drogas deben desaparecer de allí, así que, con la ayuda de Stinke, las llevas de nuevo arriba. No te gustaba que Taja estuviera viéndolas allí todo el tiempo.

—¿De quién crees que es todo esto? —preguntas cuando ponéis los paquetes nuevamente en la maleta metálica.

—Eso da igual —dice Stinke—. Algún idiota vendrá a recogerla cuando la eche de menos.

Diez minutos más tarde coméis. Taja intenta mantener la sopa en el estómago, mordisquea unos palitos y se bebe dos botellas de CocaCola. Por un rato todo vuelve a ser como siempre. Es como si Taja solo tuviera una gripe y pudiera salir a pasear en cualquier momento por el barrio y volver a ser vuestra Taja. El caos se burla de vosotras. Estáis cansadas, dormís a intervalos irregulares, en un sueño siempre inquieto, pero estáis ahí.

El día acaba, llega la noche.

Por la mañana, al día siguiente, Stinke toma una decisión, pero tú no te enteras. Taja duerme arriba, Schnappi se ha acostado en uno de los cuartos de invitados, y tú estás sentada con Nessi y Stinke en el jardín, la casa está en calma. Son las ocho de la mañana y tenéis ojeras. «No vamos a aguantar este ritmo durante dos semanas», piensas, y en eso Nessi pregunta por qué, simplemente, no llamáis a la madre de Taja.

—¿Y qué le vas a contar? —preguntas tú—. ¿Que Taja se está desintoxicando y hace poco que sabe que su madre está viva? Ah, y no olvides decirle que su padre está ahí abajo, metido en un congelador, que por eso no puede ocuparse de su hija.

—Ya sabía yo que habría algún inconveniente —dice Nessi, y bosteza.

Tú la miras. Tal vez sea la falta de sueño, o tal vez estás a punto de tener tus días, pero en cualquier caso nunca Nessi estuvo tan guapa como esa mañana. «¿O será ese maldito embarazo?», piensas, y al mismo tiempo te preguntas cuánto tiempo piensa Nessi ocultar la verdad. Todavía no habéis intercambiado una palabra sensata al respecto. No habéis hablado de si va a abortar o no. De quién es el padre. Qué vendrá después.

—Serás una madre estupenda —dices—. Da igual lo que suceda.

—Eso, si llego a ser madre.

—Sí, claro.

Nessi rodea la mesa y primero te besa a ti, y luego besa a Stinke en la mejilla. Dice que ha sido un bonito intento de tu parte, pero que la discusión queda aplazada, porque ya no puede mantener los ojos abiertos y prefiere acostarse en uno de los cuartos de invitados. Te gustaría seguirla y dejar que el día fluya, pero sabes que es preciso hallar una solución. Taja necesita ayuda con urgencia. Y si nadie reflexiona sobre esa solución tan necesaria, nada se solucionará.

—Quedamos nosotras dos —dices.

—Yo ando como una vagabunda desde hace una hora —te responde Stinke con los ojos cerrados.

Tú levantas los pies y te alegra mucho que nadie te haya dejado embarazada. Y mientras reflexionas sobre tu vida, pequeña y compacta, das una cabezada, y es ese, precisamente, el instante que Stinke había estado esperando. Primero parpadea, luego sus ojos se abren de golpe, está más que despierta. Tú no te enteras de nada. Stinke espera otro par de minutos para que tú te sumas en un sueño profundo, y entonces se levanta y empieza a hacer sus preparativos.

Stinke tiene un plan, pero no está segura de lo que vosotras pensaréis de él. Así que: «Ojos que no ven, corazón que no siente», piensa ella, y antes de que una de vosotras os despertéis, ella ya ha subido a la Vespa, la ha sacado a la calle sin darle, para que nadie oiga el ruido. En el bolsillo izquierdo de su chaqueta está la lista con los medicamentos que tú has copiado de las páginas impresas por Schnappi.

Que nadie diga luego que Stinke no estaba preparada. Tendrías que verla cómo viaja en su moto en esa tibia mañana de jueves por el barrio de Charlottenburg, para convertir a un chico normalito en un mártir de primera.

MIRKO

La labor de un mártir no es nada fácil. Tiene que hacer sacrificios, ser desinteresado, y, sobre todo, tiene que soportar mucho sufrimiento. Tú procederás justo en ese orden, así que empezarás por el sacrificio. Te saltas las clases e intentas averiguar quién podría conseguirte esos medicamentos.

Hay un par de fuentes. Puedes preguntarle a Mehmed, el de Wedding, pero también podrías probar con Timo, que vive solo dos calles más allá. Pero sabes que eso no funciona así. Tienes que recorrer el camino correcto. Darian responde a tu llamada al segundo timbre.

—Oye, has encontrado tu móvil.

—Estaba en el kiosco de las pizzas.

Darian se ríe.

—Probablemente tu tío se lo apalancó y ha estado llamando toda la noche a líneas eróticas de Bosnia.

—Nosotros somos eslovenos.

—¿Qué?!

Durante diez minutos, tienes que escuchar cuáles son las nuevas fuentes de vitaminas que tu amigo ha descubierto en internet, y luego te informas, como de pasada, de quién puede conseguirte rápidamente medicamentos de estricta prescripción médica.

—¿Qué te traes entre manos? ¿Vas a abrir una farmacia?

Te ríes como si no hubieras oído nunca el chiste, y le dices que los medicamentos no son para ti. Darian te pilló al momento.

—Mirko, mi casanova, ¿cómo se llama ella?

Por supuesto que te ruborizas. Algunos piensan que eres una suerte de recadero, otros piensan que eres una especie de esclavo moderno, que hace todo lo que le dice su jefe. Pero a nadie parece molestarle que tu jefe solo tenga diecisiete años. Tú te ves más bien como un aprendiz. Darian te ha tomado bajo su protección, eras nuevo en el instituto y algunos la emprendieron contigo. Él les dio un par de patadas en el culo y te dijo que parecías necesitar un colega. Desde entonces sois amigos. Incluso después de que Darian se marchara del instituto, nada cambió, porque los vecinos siguen siendo vecinos aunque cambien de dirección, y un colega, en este barrio, es siempre un colega. Haces algunos trabajillos para él y, desde hace un año, subes y bajas escaleras, haces compras para las fiestas, llenas copas, lías porros y eres recadero y amigo, todo en una misma persona. No ves en ello ninguna injusticia, conoces tus puntos fuertes. Darian sabe que puede hablar contigo, a diferencia de lo que sucede con otros chicos de la pandilla. En una ocasión comprobó que los dos hablabais el mismo idioma, y no se refería al alemán. A veces desearías poder

mostrarle a Darian lo leal que realmente eres. Nada de esconderte debajo de un coche. Piensas, por ejemplo, en un tiroteo, y te ves a ti mismo lanzándote delante de él para salvar su vida. Eso del martirio debes de haberlo mamado de niño. Tu madre siempre fue así, hasta que tu padre la dejó plantada.

La voz de Darian suena distorsionada a través del móvil.

—Venga, está claro que se trata de una tía.

Su voz es como si te estuviera metiendo la lengua en la oreja.

Ríes tímidamente, eres como un escaparate.

—No puedo decirte nada.

—¿Sois pareja?

—Claro que somos pareja, pero no puedo decirte nada.

—¿Es enrollada?

—Superenrollada.

Oyes a Darian revolver cosas y maldecir porque no encuentra el número de Depp, pero al cabo de un rato lo encuentra y te dice: —Desde que Depp se marchó, tiene un trabajo como enfermero en un hospital de Westend. Tiene acceso a todo.

Entonces Darian te da su número fijo y su móvil, y a continuación surge una pausa incómoda.

—Te lo compensaré —dices, y Darian sabe de inmediato a lo que te refieres.

—No le des más vueltas a eso.

—Sí que se las doy, te dejé colgado, pero te compensaré, te lo juro.

—Vale —dice Darian, y te pregunta si esta noche vas a ir con él al cine.

Así, de ese modo tan sencillo, vuelves a ser parte de la familia.

«Así de sencillo.»

—A las diez y cuarto —dice Darian—. Ponen no sé qué mierda de Denzel Washington y el tipo que hizo de Jesús. El martes me perdí la peli, pero a quién le gusta ir al cine el día del espectador.

Tú te sientes agradecido y aliviado por que te lo proponga, y le prometes que estarás allí. Aunque a las diez tienes que entrar a trabajar, no vas a perderte esa noche con la pandilla. Tu tío lo entenderá, y si no lo entiende, pues peor para él.

Después de que colgaras, tienes que hacer cincuenta flexiones para poder poner los pies de nuevo en el suelo. A continuación llamas a Depp al fijo. En realidad, Depp es un músico de talento que ha suspendido dos veces la selectividad y al final ha terminado siendo enfermero. Lo llamáis Deppen (el tonto, el memo) porque tiene un coeficiente de inteligencia de ciento setenta y no sabe qué hacer con él. Hace seis meses se mudó con su novia a Spandau. Quieren tener un hijo, y Spandau es un barrio barato. Lo cual demuestra una vez más que Depp se merece el apodo sin haber hecho nada para merecerlo.

Nadie contesta.

Marcas el segundo número.

—Estoy trabajando —dice Depp a modo de saludo.

—Soy yo, Mirko.

—Ah, hola, Mirko. Estoy trabajando todavía. Justo ahora estoy metiéndole por las narices a un abuelo una cuchara de puré de garbanzos, porque el pobre no puede abrir la boca. Sí, me refiero a ti, abuelete. ¿Quieres que te meta esta mierda por la nariz? ¿Es lo que quieres? Así que abre esa boca o voy a traer una manguera. Así, eso está bien.

—¿Depp?

—¿Qué pasa?

—Necesito algo.

Le lees la lista. Él te dice que sí, que podría conseguírtelo todo pero, que si le preguntas a él, con dos de esos medicamentos es suficiente.

—¿Te estás desintoxicando o qué?

—No, no es para mí.

Te alegra que no te pregunte si pretendes abrir una farmacia o para quién son los medicamentos. Depp no es de esos. Acordáis que recogerás el material a las tres, en su casa. Te quedan dos horas todavía. La dirección es al norte de Spandau. Depp te dice lo que quiere a cambio. Es todo un colega.

A las tres y diez llamas a su puerta. Llevas en la mano izquierda una bolsa de papel, y el olor es penetrante y dulzón. La puerta se abre. Ella solo lleva puestas unas braguitas y una de esas camisetas sin mangas que quedan tan ajustadas que puedes verle hasta los latidos del corazón. Sus oscuros pezones se comprimen contra la clara tela. Si no te mirara de ese modo, podría ser hasta sexy.

—¿Qué pasa?

Le entregas la bolsa. Veinticuatro donuts, dos de cada variedad. Ella echa un vistazo dentro y lo pillá. Depp jamás engorda, se come todo lo que se le ponga a tiro. Los donuts no son una maldición. Otros necesitan oxígeno, él necesita grasas y azúcar.

—¿Eres Gina, verdad? —preguntas.

—Manja —responde ella, y te deja solo delante de la puerta del piso.

Se oye un ruido en el interior. En el piso de arriba una puerta se cierra de golpe, un niño lloriquea, con voz callada y triste. Manja te hace esperar. Al cabo de diez minutos vuelve a la puerta. Tiene polvo de azúcar alrededor de la boca. Lleva una taza de café en una mano y, en la otra, los medicamentos; te los entrega y se te queda mirando hasta que tú te das la vuelta y te marchas.

Y ahora estás ahí, con cierta inquietud en el estómago, que no mejora cuando percibes el olor del helado y los bollos. Hace un calor abrasador, la gente hace cola

delante de la heladería, niños y avispas, de vez en cuando algún perro que ha pegado la nariz al suelo con la esperanza de encontrar sobras. Son las siete y veinte, y ella aún no ha llegado. A las ocho cierran la heladería, y entonces tendrás un problema. Dos veces caes en la tentación de llamarla. Sabes que eso sería tener muy poca clase. Y quieres mostrarte como un tío con clase. Ya no tienes doce años. Así que ten paciencia y deja el móvil en el bolsillo. Espera.

Bernie pasa con la bicicleta y saluda. Jojo se compra un helado y te pregunta si esperas que haga mejor tiempo. También las gemelas se dejan ver por allí. Tisa y Mel. Nadie cree que sean gemelas. Jamás llevan la misma ropa, se peinan diferente y parecen buenas amigas. Alguien dijo alguna vez que uno solo podría confundirlas si las veía desnudas bajo la ducha. Tisa te pregunta si tienes cincuenta céntimos. Mel tiene problemas con sus gafas de sol y quiere saber si, por casualidad, no tienes uno de esos pequeños destornilladores. Le das a Tisa el dinero, pero no, no tienes un destornillador de esos. Kolja aparece con su nueva piba, con una mano metida en el bolsillo trasero de sus vaqueros, la chica tiene un tatuaje muy pequeño bajo el ojo izquierdo. Milka llega arrastrando a Gero. Preguntan si también irás al cine.

Poco a poco te vas poniendo nervioso. Media pandilla se va a tomar helado y se divierte, mientras que tú te quedas allí, a la espera. Debiste escoger un sitio mejor para quedar, uno en el que no hubiera tanto ajetreo.

—Aquí.

Ella te alcanza un helado. Chocolate, dos bolas. Te atragantas y toses.

Estabas mirando en la otra dirección, por supuesto. Ella está allí, como si te hubiera estado esperando, como si fueses tú quien ha llegado tarde. «Stinke.»

Sientes que tu cara se ablanda y sonríes como un estúpido.

—Hum, qué rico, chocolate —dices como un niño de cinco años que se ha pasado el verano esperando poder comer dos bolas de helado de chocolate.

—¿Y bien? ¿Los tienes?

—Los tengo.

Vais paseando por la calle. No habláis, os coméis vuestros helados. En el portal de un edificio os sentáis en el escalón y tú sacas los medicamentos de la chaqueta y repites lo que Depp te ha dicho al teléfono.

—Dos de esos medicamentos son más que suficientes.

Además, Depp te ha añadido unas instrucciones sobre el modo de usarlos.

Stinke debe ignorar el prospecto y utilizar los medicamentos tal y como Depp se lo ha escrito.

—¿Qué te debo?

—Es un regalo.

—¿De verdad?

—De verdad. Si necesitas más...

Dejas los tres puntos suspensivos al final, quieres decirle que debería verte de nuevo, que, de lo contrario, el resto de tu vida no tendrá sentido y que serás muy infeliz. Pero ¿quién dice algo así?

Stinke se inclina hacia delante y te da un beso en la mejilla. Un poco de helado se le derrama entre los dedos. Inspiras rápido y la hueles. Huele bien.

—Te debo una —dice ella, y se levanta, y tú estás seguro de que eso ha sido todo, de que no volverás a verla de nuevo, tal vez en el instituto, al pasar, y todo porque no puedes abrir la boca como es debido. Entonces ella duda y se da la vuelta, y vuelve a sentarse a tu lado. Tu corazón interpreta un solo de tambores. Ella se coloca las gafas de sol y dice: —¿Qué pasaría si yo también tuviera algo que venderte?

—¿Y qué podría ser?

—Unas cuantas pastillas.

—De acuerdo.

—Hachís.

—De acuerdo.

—Y cinco kilos de cocaína.

Entonces no dices: «De acuerdo», solo la miras.

—Aunque también podría ser *speed*, o heroína.

—¡¿Cinco kilos?!

—Más o menos.

—¿Cuánto más o menos?

—Pues eso, más o menos cinco kilos. ¿Conoces a alguien que quiera comprarlos?

La comprensión es como un proceso que se va gestando ante tus ojos a un tiempo desorbitado. Claro que es posible que todo eso se le haya ocurrido en el momento, pero la probabilidad es muy baja. Ella quiere vender algo.

Sabe quién es tu mejor colega. Te tiene pillado. El resto ya puedes calcularlo tú solito. «Tal vez no necesita de verdad esos medicamentos, y solo quería ver si yo la ayudaba, y ahora ella saca sus garras y me las clava. Mierda.» De repente estás pensando como un adulto. La desconfianza de tu madre se te ha contagiado. No va contigo tener esos pensamientos. Eres ingenuo, confías en todo y en todos. El cinismo no es tu fuerte, pero un poquito de desconfianza jamás ha hecho daño a nadie.

—Yo te ayudo —dices con un retintín amargo.

Y es eso justamente lo que haces, han pasado ya catorce horas, y por eso estás ahora en este maldito sótano, mientras el padre de Darian te apunta con una pistola en la frente, preguntándote si eres un jodido mártir.

Probablemente él nunca haya intentado pensar con una pistola apretada contra la sien. Entonces no sería tan descabellado, sería cómico.

Te vienen a la mente unas películas que has visto por lo menos cien veces.

Reservoir Dogs. Truth Or Consequences. Knallhart. Y aunque sabes que no te puede pasar nada, en ese momento eso no te ayuda mucho. Eres el colega de Darian. Eso cuenta, sea para lo que sea, pero eso cuenta. Y el miedo está bien. Quien no siente miedo en un momento así, es que no está bien de la cabeza.

—¿Eres un maldito mártir?

—Yo soy esloveno —dices, lo cual, normalmente, es una buena respuesta, pero no es la respuesta que quiere oír Ragnar Desche. Uno de los hombres que está detrás de ti rompe a reír. El padre de Darian ni siquiera mueve el rostro. Gira la cabeza y le silba al hombre como si él hubiese dicho esa frase y no tú.

Decides no mostrarte gracioso nunca más. Te han dejado esperando durante media hora en ese sótano y ahora tienes una pipa en la cabeza, e intentas ser gracioso. ¿Qué pasa contigo? Haces lo que hacen los animales cuando se sienten amenazados, te quedas petrificado. También podrías tumbarte de espaldas, pero ¿qué aspecto tendrías?

—Sabes lo que es un mártir, ¿verdad?

Respondes que lo sabes. Vas a un instituto público, cierto, pero no has nacido ayer.

—Pero yo no soy un mártir —mientes.

—Entonces no deberías comportarte como uno. ¿Tienes idea de dónde está esa chica ahora?

—Ni idea.

El cañón de la pistola presiona con más fuerza contra tu cabeza. Cedés, retrocedes, pero intentas mantener la calma. Respiras superficialmente, y miras a la piscina, a las hileras de plantas de marihuana que parecen invitarte con un guiño.

«Tranquilo.»

El padre de Darian baja el arma.

«¡Sí!»

Tú aún no te mueves. Inclinas la cabeza, miras de reojo. Te imaginas contándole esto a Darian más tarde. Te lo imaginas riéndose de ti.

«Mi padre no es un asesino», te dirá.

—¿Todo en orden? —pregunta uno de los hombres detrás de ti, como si estuviera decepcionado por el hecho de que el arma ya no esté sobre tu sien.

Tú miras al padre de Darian. Es un poco como si él no estuviera allí. Te ignora con la mirada. Y tú, que eres un estúpido de remate, abres la boca.

—¿Me puedo ir?

Un error, tío, un tremendo error. Has sacado a Ragnar Desche de sus pensamientos. Él te fulmina con la mirada. ¿Hay algo que estés haciendo bien esta noche? Su mirada llega desde una distancia de más de mil kilómetros, y se centra de nuevo en ti. Te lo has buscado.

—¿Sabes lo que me saca de quicio de los gilipollas como tú?

No lo sabes, solo sabes que él ha bajado el arma, y eso quiere decir que todo vuelve a estar bien. Además, crees que el padre de Darian no pretende realmente que le des una respuesta.

—Vuestra generación lo tiene todo, pero no devolvéis nada a cambio.

Tomáis y tomáis, y al final ya no quedará nada que podáis coger, y caeréis unos sobre otros como hienas. Mírate. Pensáis que podéis permitir os cualquier paso en falso, y es justo ahí donde os equivocáis. Solo podréis permitir os esos pasos en falso cuando tengáis algo que ofrecer. Pero no ofrecéis nada.

—¿Será... que somos tacaños? —dices, y de inmediato entornas los ojos, y deseas desvanecerte en el aire. El pánico te convierte en un payaso. Eso todavía no lo tienes controlado. Cuando una vez en primaria un chico te tenía inmovilizado con una llave de estrangulamiento, se te ocurrió preguntarle si podíais cambiar los papeles.

—Dime una cosa, ¿eso te parece gracioso?

—La verdad es que no.

—¿Estás drogado?

—No.

—Poco a poco voy entendiendo por qué mi hijo es tu amigo. A él le gusta rodearse de payasos. Le da la sensación de ser el más listo. Y tú eres su pequeño payaso, su monito. ¿Sabes cuál es tu problema, pequeño mono?

Mírame.

Lo miras. Él se da unos golpecitos con el dedo en la frente.

—Que estás perdido aquí dentro. ¿Piensas que no he entendido lo que pasa contigo? Estás loco por esa pequeña, pero a ella no le interesas. ¿Alguna vez has protegido a alguien a quien le interesas un carajo? Esa es la sensación que en este momento hincha tu pecho. Piensas que eres un héroe, pero no eres más que un maldito mártir, que, al final, se quedará solo al borde de la carretera, haciendo señas con el pulgar, viendo pasar el mundo por tu lado sin que nadie te recoja. Hace tiempo que esa chica te olvidó. Y ahora dame tu móvil.

—No tengo...

—¡dime una cosa! ¿pretendes putearme? ¡dame ahora mismo tu jodido teléfono móvil!

Su voz se rompe contra las paredes, se han acabado las palabras. Con los dedos temblorosos, sacas el móvil del bolsillo del pantalón y, cuando se lo vas a entregar, comprendes por qué lo quiere.

«Joder, ¿cómo puedo ser tan estúpido?»

Estás ahí, en ese maldito sótano, ¿y crees en serio que puedes llamar en secreto, sin que nadie se dé cuenta, a la chica de tus sueños, para alertarla acerca de este loco? Su nombre y su número han quedado guardados como la última llamada. ¿Cómo

pudiste?

«Ellos la encontrarán y yo seré el culpable.»

Tu brazo se mueve rápidamente hacia atrás, pretendes lanzar el móvil a la piscina, pero una mano te agarra por la muñeca.

—¡Suéltalo! —te dice el armario que está detrás de ti, y te quita el teléfono.

Y ahí estás ahora, sin móvil, y delante de ti está todavía el padre de Darian, aunque algo ha cambiado. Algo elemental. Él tiene ahora lo que quería, y ya no te necesita. Se acabó. No obstante, el pánico no ha desaparecido, y tienes la desagradable sensación de tener que explicarte.

Rápidamente, antes de que sea demasiado tarde. «¿Demasiado tarde para qué?» Retrocedes un poco y chocas con la silla, que se cae al suelo y golpea las baldosas. El padre de Darian no se mueve del sitio, su mirada sigue clavada en ti. ¿Cómo es posible que parezca tan cansado de repente? Él levanta el arma y la dirige hacia tu cara. Sabes que no va a disparar, pero no sabes por qué te amenaza todavía. Y él te lo acaba de decir. Tú ya no tienes nada más que ofrecer. Pero eso pone las cosas peores, y eso te asusta. «No tengo nada más.» El arma delante de tu rostro está quieta. Los ojos del padre de Darian están quietos. «Estoy a resguardo», piensas, esperas. La pregunta del millón es: ¿cómo puedes equivocarte tanto?

DARIAN

¿Puedes imaginarte a tu mejor amigo y a tu padre de pie, delante de una piscina, y a tu padre con una pistola en la mano, mientras tu mejor amigo casi se caga en los pantalones? Aunque quisieras imaginártelo, tu fantasía tiene sus límites, así como tu capacidad para planificar. Si hubieses sabido lo que has provocado, jamás hubieras cancelado la noche de cine y te hubieras ocultado desde hacía dos días, como Mirko aquella vez, debajo de un coche.

Lo habrías hecho todo de un modo diferente y jamás se hubiera producido ese encuentro.

Cada jueves por la tarde, a la misma hora, estás en el local de Pepe, te comes un kebab y bebes un batido de proteínas helado. De cinco a nueve, estás siempre localizable allí para cualquiera. A tu izquierda están tus dos móviles y un libro sobre entrenamiento de supervivencia. Preferirías tener una oficina, pero tu padre es de la opinión que estás muy lejos de ser un hombre de negocios. Y aunque no trabajas para él, no puedes buscar una oficina sin su aprobación. Las reglas son las reglas. Él opina que primero debes conocer la calle, porque él también empezó así. Lo de los alborotadores y los okupas, eso puedes ahorrártelo. Ya no estamos en los ochenta, ni siquiera en los noventa, aunque la radio pretende hacértelo creer todos los días, con su maldita música retro. Estamos en el nuevo milenio, todo es diferente y ya nada es como era antes, así que estás sentado en un bar de kebabs, porque todavía no tienes una oficina.

Los viernes tus chicos pueden encontrarte en el parque, y los fines de semana haces la ronda para los hermanos. Los lunes estás siempre sentado en la sala de juegos de Kaiserdamm, un lugar al que te gusta ir en verano, por el aire acondicionado y por la cajera, que desaparece contigo en los lavabos cada vez que tienes ganas. Ella adora los músculos, y tú tienes músculos, los dos encajáis perfectamente. Los martes juegas con los hermanos al golf y los miércoles es tu día privado, en el gimnasio. Si eso no es vida, vamos...

Ella está sentada delante de ti.

Mirko te ha llamado hace veinte minutos diciendo que tenía algo para ti. Que tiene algo, eso puedes verlo, tal vez una tremenda erección, por como está ahí de pie. «Como una bolsa de la compra a reventar que alguien ha olvidado al borde de la calle.» Siempre te vienen a la mente las imágenes más descabelladas en cuanto ves a tu colega. Mirko es leal, Mirko llegará a ser alguien y crece bajo tu sombra como ninguno de los otros. Él es tu hombre.

Disfrutas con su complejo de culpa. Si lanzaras un palo a lo lejos, él sería el primero en echar a correr para traértelo. Pero, para ser absolutamente sincero, puedes

entender bien que se largara aquel día. Aquellos tíos eran muy cabrones, a Mirko solo le hubiesen roto la jeta, así que fue mejor que desapareciera para que no fuera testigo de tu humillación. La verdad es que tienes planes para él, a partir del año que viene quieres llevarlo contigo en tus rondas. Ya te acompañó cuando fuiste a ver a Bebe, y a los chicos les cayó bien, porque no estuvo abriendo la boca todo el tiempo. A veces desearías que tu padre se hubiera ocupado de ti, del mismo modo en que tú ahora te ocupas de Mirko. La educación no es lo suyo. Él es un sabio de la logística.

Nadie ofrece más seguridad que Ragnar Desche. En esta última etapa han sido principalmente las armas y las drogas, él se ocupa de su transporte y su almacenamiento, supervisa la logística. Sabes que la última década no ha perdido ni una sola bala ni un simple gramo de cocaína.

Estás orgulloso de tu padre y respetas su manera consecuente de ser.

Sin embargo, tus dos ídolos verdaderos son dos hombres de un calibre muy diferente.

Jonas y Axel Krüger son berlineses de pura cepa, y la última primavera quisieron ponerte bajo su tutela, por entonces tenías dieciséis años y tu padre se negó durante todo un año antes de darte luz verde. Desde entonces eres tú quien negocia, y aprendes a conocer la calle desde dentro. Tú no eres supervisor, el hombre de la logística, tú quieres ensuciarte las manos y ser como los dos hermanos. Todo lo que ellos te están enseñando ahora, se lo enseñarás tú algún día a Mirko. Violencia, disciplina y obediencia. El humor también forma parte del entrenamiento, por eso dices ahora: —Joder, tío. Estás como una bolsa de la compra reventona.

—Muy gracioso.

—Vamos, siéntate, siéntate de una vez.

Mirko se sienta junto a la chica. Le haces una señal a Pepe para que te traiga otro batido. Desde que su local se ha convertido en tu base de operaciones, hay una batidora allí. Pepe sabe lo que hay que poner en tus batidos. Y aunque aquello sabe a rayos, a ti te gusta que Pepe solo los prepare para ti. Lo sano no tiene por qué saber bien, eso lo sabe hasta un niño. «Por eso es tan importante convertirse en adulto —piensas—, porque entonces por fin puedes comer lo que te da la gana.» Esos *kebabs*, por ejemplo, están muy bien. No mucha salsa, nada de cebolla y suficiente lechuga, como para hacer morir de envidia a un ruso. Tú le pegas un mordisco, miras a la chica y piensas: «Mirko se ha buscado una tía cachonda.» La conoces de algún sitio, seguramente del barrio, es probable que estuviera en alguno de los clubes o que haya comprado algo a tu gente. Tú, que eres un perro descartado y superficial, ni por un momento se te ocurre que es una buena amiga de tu prima. Una vez la viste en una fiesta, pero entonces ella tenía el pelo suelto y no llevaba gafas de sol. Ahora sus ojos están ocultos tras dos cristales marrones. Solo puedes distinguir las pupilas a duras penas.

—¿Un batido? —preguntas con la boca llena, y bebes un sorbo de tu vaso.

Ella niega con la cabeza. Tú asientes, como si lo entendieras, dejas el *kebab* en el plato y te limpias la boca.

It's business time.

—Pues hagamos negocio —dices.

La chica mete la mano en un bolsillo de su pantalón y te pone una cajita de Tic-Tac sobre la mesa. Sabor a naranja. Siempre te ha parecido una idiotez que los Tic-Tac sean blancos y que solo sea naranja la caja. Alguien te contó que antes eso era distinto, había colorantes y cosas por el estilo. Como si un colorante fuera dañino para la salud.

—Vaya —dices, y coges la cajita de Tic-Tac y la abres.

El polvo es blanco, lo hueles y huele a Tic-Tac. Pepe llega con el batido.

Es verde, con una corona de espuma blanca. Le preguntas si quiere un TicTac. La chica pone unos ojos como platos. Pepe dice: «No bueno azúcar», y se marcha de nuevo.

—¿Lo has oído? —le preguntas a la chica, y ríes—. ¡¿No bueno azúcar?!

Ella solo te mira, es evidente que no tiene sentido del humor, y esas gafas enormes la hacen parecer una estrella del porno acabada. Mirko, por el contrario, tiene ahora un asomo de sonrisa en las comisuras de sus labios.

Mirko sabe apreciar un chiste. Entonces la chica dice: —Tenemos cinco kilos.

Tú no dejas que se te note nada. Sea quien sea esa tía a la que Mirko ha arrastrado hasta aquí, parece ser una mina de oro. No te preguntas de dónde ha salido la droga, pues se te hace la boca agua y tu mente ya está centrada en los beneficios. Cuando preguntas por las pastillas, la chica mete la mano en su chaqueta y pone un puñado encima de la mesa.

—¿Estás loca? —le dices entre dientes, y barres las pastillas del tablero de la mesa hacia la palma de tu mano. Ella sonríe. El humor es una espada de doble filo. Guardas las pastillas en tu chaqueta.

Mirko te mira de un modo extraño, y, sin saber por qué, te recuerda la tapa de la lavadora de tu madre, cuando ella ha recogido la ropa y deja la máquina abierta para que se seque. De niño siempre querías meterte allí, para viajar en el tiempo. Tu madre te pegaba un coscorrón cada vez que te pillaba intentándolo. Ahora tu madre está con un tío español y en casa ya no se habla de ella.

—Pareces una lavadora. La tapa de una lavadora, ¿lo entiendes?

Mirko frunce el ceño. El chiste está un poco traído por los pelos.

Tú miras a tu alrededor. Sería una putada que uno de la policía antidrogas estuviera sentado en la barra bebiendo *ayran*, mientras tú cierras allí el negocio de tu vida.

«¡Cinco kilos, tío!»

Das unos golpecitos a la cajita de Tic-Tac, y un poco de polvo cae en el dorso de tu mano.

—Apartad la vista —dices, y te metes una raya.

Si pudieras ver ahora tu sonrisa, sacarías una foto y la harías enmarcar.

Entra bien, pasa bien, te sienta bien. «Muy bien.» Tensas el brazo. Una sensación estupenda. Acero y carne. La piba pregunta qué se siente al tener esos brazos.

—Joder —exclamas, te quitas las lágrimas con un parpadeo—. ¿Y tienes cinco kilos de esto? ¡Joder, esto es la leche!

La chica se pone de pie.

—Eh, ¿adónde vas?

—A buscar el resto. Lo vas a comprar, ¿no?

«Puedes apostar tu culo a que lo haré», piensas, y te muerdes la lengua para no decirlo. Estás confundido, pensabas que ella lo había traído todo.

«¡Joder, esto sí que pega fuerte!» Le sonríes como un estúpido. ¿Y tú pretendes ser un profesional? ¿Piensas que va a salir a la calle con cinco kilos de ese material? Qué suerte que los dos hermanos no te están viendo ahora.

La chica dice que regresará hacia la medianoche.

Dice que quiere cincuenta mil.

Tú te le ríes en la cara.

—Eso vale mucho más —le explicas, y eso suena muy poco profesional, pero con ese material no has podido evitar ser sincero, además, quieres ser un caballero, porque la chati está para comérsela y a lo mejor alguna noche tiene ganas de meterse una raya de tu polla. Gratis, por supuesto.

—Yo no quiero más —dice ella.

—Ah.

Cincuenta de los grandes. Tío, los hermanos van a flipar. La verdad es que ha valido la pena saltarse la noche del cine. Mirko no te ha traído oro, sino diamantes. Pero bueno, Mirko tenía que compensarte.

—¿Nos encontramos aquí?

Tú niegas con la cabeza. En una hora el local va a estar a tope. Y medianoche es demasiado temprano. A esa hora la ciudad está totalmente despierta, fresca como una lechuga. Propones veros en un parque. En el Lietzensee. A las dos. El pequeño campo de fútbol es bastante controlable, y por la noche allí no van ni los vagabundos. No sería la primera vez que te citas con alguien allí. El campo está oculto tras un talud. Si dos de tus chicos hacen guardia, podríais celebrar allí una orgía y nadie se daría cuenta.

—Allí, por la noche, se puede celebrar una orgía —dices.

—Por la noche se puede celebrar una orgía en cualquier parte —dice la chica, como si fuera eso lo que hiciera cada noche.

—¿A las dos entonces?

—A las dos.

Ella te mira a ti y luego a Mirko. Tú darías un billete de cien euros por verla sin gafas.

—¿Tú vienes también?

—Sí, claro.

Ella te mira de nuevo.

—No irás a putearme, ¿verdad?

Tú te llevas la mano al pecho, al lado del corazón. Por supuesto que la vas a putear. Al final se va a conformar con veinte mil. Al final todos aceptan.

Los hermanos jamás se enterarán de que eran cinco kilos. Tres son suficientes.

Y las pastillas terminarán en tu cartera. Tú no puteas a la gente, no, tú la haces arrastrarse y, de paso, le pegas patadas en el culo. Una palabra de honor más o menos... tienes que pensar en ti.

—Te doy mi palabra —dices.

Cuando ella se marcha, esperas a que la puerta se cierre y empiezas a reír a carcajadas.

—¡Joder, Mirko, qué pibón más imbécil!

—No digas eso.

Tú te levantas y os dais la mano.

—Lo has hecho bien, tío, no podía ser mejor, estamos en paz, ¿de acuerdo? ¿O no?

Mirko asiente, «en paz», sonrío, el alivio está escrito en letras mayúsculas en su frente. Atraes a tu colega hacia ti, de modo que su pecho flacucho choca contra tu plancha de acero.

—Te recojo a menos cuarto en el puesto de comidas.

Le das una palmadita en la espalda, estás tan colocado por el polvito ese que tienes ganas de agarrarle el culo a Mirko. «Estoy de puta madre», piensas, y dejas que Mirko se marche.

—Y el cine hoy se jodió —le gritas todavía a sus espaldas, al tiempo que meneas la cajita de Tic-Tac—: Todavía tengo que probar un poco de esto, así que Denzel puede esperar.

Mirko asiente, lo entiende. Tú le alcanzas tu batido a modo de regalo y él se lo lleva afuera. Miras hacia abajo y ves que tienes una tremenda erección.

—¡Oye, Pepe! —gritas—. ¡Mira lo que puede hacer el Tic-Tac!

Dos horas después estás en la cama, exhausto por la droga, la ventana está abierta, y tú eres el rey de la ciudad, el lloriqueo de una ambulancia, un avión que va rumbo a Tegel, música en los altavoces, y el negocio del año en tu bolsillo. Tienes puesto el canal MTV, pero sin sonido, una cantante se da palmadas constantemente en las

nalgas, como si estuviera furiosa por tener ese trasero. Tú das unos golpecitos en la cajita de Tic-Tac, y el polvo cae en forma de llovizna sobre el dorso de tu mano.

«¡Joder, tío! ¿¡Qué material es este!?»

La última vez que pasaste un día con *speed*, tenías en tu casa a unos amiguetes de Köpenick y casi achicharráis la PlayStation. Luego os fuisteis al sótano e hicisteis ejercicios con las pesas, hasta que vuestros ojos empezaron a ver toda la gama de colores. Hoy no es un día para jugar. Hoy es un día en el que querrías quedarte en la cama oyendo música.

«¡El negocio de la década!»

Más tarde le enseñarás a esa chica lo que es un verdadero negocio. Has reunido diez mil, no has podido reunir más, Bebe metió cinco mil en el bote, y el resto de tu bolsillo. La chica refunfuñará, protestará, pero puede darse por satisfecha.

—¿Darían?

—¿Sí?

—Baja un momento.

Sacas las piernas de la cama, tu amodorramiento desaparece tan pronto que parece que nunca ha estado ahí. Cuando el viejo llama, hay que pasar por el aro. No caben ni el «luego» ni el «enseguida». Te lo inculcó desde que eras un niño, y las cosas no fueron a mejor cuando tus padres se divorciaron.

Corres al baño, te echas agua fría en la cara, un último vistazo, e intentas sonreír, pero la sonrisa se desvanece.

Tu padre está en la cocina, haciéndose un capuchino en la máquina.

Está descalzo, lleva unos pantalones de lino y una de esas camisas de seda que parecen de aire. Se le ve relajado, como si no tuviera ninguna preocupación. Lo admiras y lo temes. Tú quieres ser como él, y luego hacerlo todo mejor. Quieres ofrecer fiestas y hacerle saber a la gente que todo es posible, porque tú lo haces posible. Tu padre es cuidadoso con el dinero.

Presta atención a lo que come, con quién come y quiénes son sus amigos. Es un tipo delgado, casi asceta, mientras que tú revientas de energía y tu cuerpo ocupa el doble de espacio. Y ni un solo gramo de grasa, todo es dinamita. Tu padre jamás intentó llamar la atención. Tú, en cambio, quisieras coger al mundo por los huevos y gritarle en la cara que existes. Te proporciona mucha satisfacción ser más alto que él. Dos centímetros. El resto no es más que una derrota genética. Aun cuando tu padre te da la espalda, como si no fuera necesario mirarte, siempre te hace sentir que estás muchos escalones por debajo de él. Pero tú eres joven, y todavía tienes mucho camino que recorrer, mientras que tu padre ha llegado hace tiempo.

Te pregunta lo que vas a hacer el fin de semana y si ya has pensado cómo vas a pasar el resto del verano. Quiere que el próximo año vuelvas a estudiar. Debes aprender a administrar sus finanzas. A ti eso no te interesa para nada, así que callas,

esperas que los hermanos acudan en tu ayuda y apoyen tu carrera. «¡Carrera! ¡Qué palabra tan guay!», piensas, y casi te echas a reír. Este verano será tu último verano en libertad. Tienes planes de visitar a tu madre en España. Ella ha insistido en que lo hagas. Tu padre quiere saber si ese plan se mantiene, si has reservado el vuelo y blablablá. Entonces se da la vuelta y te mira con expresión inquisitiva. Entonces comprendes que no le has respondido ni una sola vez.

Tú estás allí, estás allí, estás allí.

—¿Qué has estado tomando?

Tu padre bebe un sorbo de su capuchino. Quieres responderle, pero tus dientes entrechocan, como si alguien te hubiera sellado la boca. «¿Acaso es tan evidente?», te preguntas, e intentas no mostrar ninguna sonrisa estúpida.

Son muchas las preguntas que te zumban en la cabeza. Te gustaría saber por qué tu padre nunca echa polvo de cacao en el capuchino. «¿Por qué, papá? —quieres preguntarle—. ¿Por qué?» La risa te hace lanzar perdigones de saliva.

«¡Capuchino! ¡Qué palabra tan estupenda!» Y ahora no te echas a reír.

«*Business is business*», piensas, y sonríes al pensar en llamar «papá» a tu padre. Conoces las reglas. Mientras estás trabajando, no puedes tocar la droga. Nunca. Ahora no estás trabajando, así que tranquilo. Lo que más te preocupa es el hecho de que no puedas controlarte delante de tu padre.

«Él quiere control, su vida es control, yo lo sé, él lo sabe, yo...»

—Tengo un negocio —murmuras, metes la mano en el bolsillo de tu vaquero y sacas la cajita de Tic-Tac. Se la lanzas a través de la encimera de la cocina.

Va a parar a las manos de tu padre. Manos seguras, estupendas. Tu padre deja el capuchino, vierte un poco del polvo sobre la encimera y mete un dedo dentro. Lo prueba, te mira y dice: —¿Y esto qué es?

—Coca.

Tú solo sientes cómo te agarra, no lo ves venir.

—¿Esto qué es, Darian?

—Co...

Él es demasiado rápido. Un revés. El movimiento flota en el aire como un cometa que se mece al viento y solo deja un rastro de colores. «Ya partió —piensas—, ahora viene la siguiente pregunta»:

—Darian, ¿qué es esto?

—Pensé que...

Enmudeces. La cabeza te estalla.

«¿*Speed*?»

No, no es *speed*, lo habrías reconocido.

«¿Coca?»

No vuelvas a decir que es coca.

«¿No será heroína?», piensas, y tu boca dice:

—¿Es heroína?

—¿De dónde ha salido esto?

Tú lo sueltas todo a borbotones, le hablas de la chica y del negocio, y le confiesas todo, también lo de las pastillas, ni siquiera mientes en la cantidad, porque tu padre no es un comprador, tu padre es Dios, y adivina cualquier mentira.

—¿Cuándo?

—Esta noche, a las dos.

Le hablas de Mirko, que lo ha organizado todo, y le hablas del sitio de la cita. A tu padre no le gusta tu plan. Te lo destruye con una sola frase.

—Mantén a tu amigo lejos.

—Pero...

—Y espero que de aquí a las dos tengas la mente despejada.

Con esas palabras se guarda la cajita de Tic-Tac, coge su capuchino y sale de la cocina sin dignarse a mirarte.

A las doce estás sobrio de nuevo desde hace rato. Has sudado la droga, has corrido diez kilómetros en el aparato, has hecho ejercicios y ejercicios, hasta que tu cuerpo solo fue puro dolor. Quince minutos de sauna, una ducha fría y ahí estás.

Solo te quedan unas dos horas para el encuentro.

Visitas el Starlight en la Ku'damm. Rico y André van contigo. Vendes unas pastillas y un poco de hierba. Mientras los clientes desaparecen con Rico en el lavabo, tú bebes un agua mineral sin gas tras otra y miras una y otra vez tu móvil. Tal vez tu padre se lo piense, sí, tal vez la luna sea de queso. Mirko te espera a menos cuarto junto al puesto de pizzas de su tío. Se ha tomado el resto de la noche libre.

Sabes que solo tiene a esa chica en su mente, y te preguntas cómo vas a decirle que se quede allí y no parecer un inútil. Olvidas algo. Algo elemental.

Memorízalo.

«Yo soy el jefe, y un jefe no puede ser un inútil.»

Bravo.

Poco antes de la una y media vas en el autobús nocturno por la Kantstrasse, te bajas en los juzgados y subes por la Windscheidstrasse. La verdad es que ya va siendo hora de que te saques el carné de conducir y tengas tu propio coche. Esa noche de verano te impacta en la cara, tiene el aliento rancio, cargado de grasa de fritangas y de esquinas meadas. Te gusta el olor, sudas, es agradable. Al llegar a la Stuttgartplatz ves el kiosco de pizzas como un destello de vida opaca junto al puente del tren de cercanías.

Mirko está junto a una de las mesas, tomando una cola *light*.

—Vas a coger un cáncer con esos colorantes —dices, a modo de saludo.

—Chorradas —responde él, y te da la mano.

Hay una tranquilidad sorprendente. Es una sofocante noche de jueves en Berlín. El tío de Mirko está raspando el horno; se oye el choque del metal contra el metal; no hay ningún cliente a la vista y las luces en los cafés de enfrente están apagadas. Todos se han ido a casa.

—Una ciudad muerta, ¿verdad?

—Totalmente muerta. ¿Vamos?

Te frotas la nuca.

—Joder, Mirko, tenemos un problema.

—¿Cómo? ¿Qué problema?

Mientes, le mientes y le dices que tu padre ha rechazado el negocio.

—No hay efectivo para la piba.

Mirko quiere saber qué tiene que ver tu padre en todo eso. Es una pregunta legítima, tú trabajas para los hermanos. Tu padre tiene las manos limpias, él es el supervisor de la logística. Te has ido de la lengua. Genial. Ya habrá tiempo de dejar colgado al jefe. Te burlas de Mirko.

—Sin mi viejo no funciona nada, ¿qué te habías pensado?

—Joder, pero esa chica se va a cabrear.

Mirko saca su móvil.

—¿Qué haces?

—Llamarla, para que...

—Olvídalo, ella ya lo sabe.

—¿Qué? ¿Cómo que lo sabe?

—Porque... Porque yo ya la he llamado para cancelar la cita.

—Pero si tú no tienes ni su número.

Os miráis. Os miráis un poco más. Tu cabeza trabaja como poseída y revisa todo el banco de datos de tu chiflado cerebro, pero no encuentra ninguna respuesta razonable. Mirko vuelve a la carga.

—Ni siquiera sabes su nombre.

De repente sonrías. Un lobo enseñando los dientes. Te inclinas un poco hacia delante. Tienes unos deseos indescriptibles de estamparle la lata de Coca-Cola a tu amigo en la cara, y apretársela hasta que su madre ya no lo reconozca. Esas ganas son solo un destello, jamás le harías una cosa así a Mirko. Jamás.

—Oye, Romeo, si te digo que ella ya lo sabe, es porque lo sabe. ¿Crees que te iba a mentir? Así que, venga, guarda ese móvil.

Él no reacciona. Tú lo coges por la cara. Tus palabras son un susurro.

—Mirko, guarda ese jodido móvil. El asunto se ha jodido. Se acabó.

Finito. ¿Lo has entendido?

Oyes que su tío dice algo desde el puesto de pizzas, miras hacia allí, pero sin

soltar a Mirko. El tío maldice y aparta la vista.

—De acuerdo —dice Mirko.

—¿Está todo claro?

—Todo claro.

Entonces le sueltas la cara. Él se queda mirando al suelo.

—Mírame.

Él te mira.

—Estamos el uno para el otro, ¿lo has olvidado?

—Claro que no.

—Yo cuido de ti, tío. Día y noche. No lo olvides nunca. Y mañana vamos a ir al cine, yo te invito, ¿de acuerdo? Le propinas un ligero gancho en el hombro y subes otra vez por la Windscheidstrasse. Las manos en los bolsillos de tu chándal, los hombros rectos. Puedes oír cómo Mirko y su tío hablan a tus espaldas. Idioma de yugoslavos, no entiendes ni una palabra.

Cuando llegas a la Kantstrasse, echas un vistazo a tu móvil. Son las dos menos diez. Es hora de que te pongas en camino. Tu padre te espera.

RUTE

Estáis sentadas en el metro una al lado de la otra y vuestros reflejos en las ventanas os miran fijamente. En medio de vosotras está la bolsa deportiva.

La cremallera está cerrada, y la mano de Stinke reposa sobre la bolsa como una araña inquieta. Unas uñas negras tamborilean sobre la tela. Quisieras pegarle en los dedos, pero en realidad estás furiosa contigo misma. Stinke adora el caos, tú siempre lo has sabido, y te reconcome que no puedes hacer nada para remediarlo.

Primero desaparece esa mañana sin dar explicaciones, dejando únicamente en la cocina un montoncito de TicTacs, luego llega a las nueve de la noche con unos medicamentos y os habla de ese chico al que le ha robado la Vespa y que, casualmente, es amigo de Darian.

Todas saben quién es Darian. Nadie se acuerda del chico.

Los medicamentos han sido un acierto total. Taja se siente mejor al cabo de pocos minutos. Duerme más tranquila, y ya no tiene ni sudoraciones ni picazón. Objetivo conseguido. Por lo menos eso pensaría cualquiera. Pero no, a Stinke eso no le basta, y ella os cuenta la ocurrencia que ha tenido. Y vosotras no habéis pensado ni un segundo que os esté engañando.

—Pues yo estaba allí, y él me dio los medicamentos, ¿de acuerdo?, y entonces yo iba a marcharme y se me ocurrió.

Os habéis mirado entonces como si ella estuviera hablando en un idioma desconocido.

—¿Qué? —dijo Schnappi.

—Que tengo una cita —dijo Stinke.

—¿Con quién? —preguntaste tú.

—Con Mirko y con Darian esta noche, a las dos. Va a ser en un pispás.

—¿Un pispás? —repitió Nessi, confundida—. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Eso quiere decir que le venderé la droga a Darian y eso nos dará un montón de dinero.

Vosotras guardasteis silencio por un momento y luego tú dijiste: —Podría meterte una hostia ahora mismo, imbécil.

—Puedes hacerlo si quieres, pero luego no te quejes, porque no recibirás nada.

—¿Cuánto va a ser? —quiso saber Schnappi.

—Cincuenta de los grandes.

—¿qué?!

Schnappi y Nessi se tambalearon un poco por la impresión. Tu entusiasmo se mantuvo dentro de ciertos límites. Tu voz sonó como la de una abuelita a la que le han quitado el asiento en las mismas narices: —Stinke, eso no puede ser.

—Claro que puede ser.

—Si lo haces, entonces ya no te conozco.

Stinke rio.

—¿Qué es eso de que ya no me conoces? ¿Qué quiere decir eso?

—Te estás metiendo en algo muy peligroso, y no quiero...

—Pues mantén los pies en la tierra —te interrumpe Schnappi—. Peligroso es cuando cruzas la calle o cuando alguien te arroja un televisor en la bañera cuando tú estás dentro.

—Correcto —dijo Stinke.

—Darian es el primo de Taja —continuó Schnappi—. ¿Cómo iba a putear a Stinke? Piénsalo, Rute. ¡Cincuenta mil pavos! ¡Joder, tía, son diez de los grandes para cada una de nosotras!

—Diez de los grandes no están nada mal —admitió Nessi, y Schnappi admitió que algunas chicas hacían la calle por diez de los grandes, y entonces todas rieron y tú te quedaste allí sin poder creer, sencillamente, lo estúpidas que eran tus amigas. Entonces Stinke desapareció en la planta de arriba, adonde fue a buscar la droga, y tú te sentiste como si alguien te hubiera golpeado con un martillo. En medio de la frente, y varias veces, una tras otra.

Lo peor fue que Schnappi te sonrió, radiante, como si acabara de transformar un trozo de mierda en oro. Y Nessi hizo un gesto con la cabeza, como esos estúpidos perritos de juguete que se ven tras los cristales traseros de los coches. Le preguntaste cómo podía parecerle bien aquello, y Nessi te respondió, toda muy seria, que si no se hacía nada, no se obtendría nada. El martillo volvió a golpearte en la frente, y en eso Stinke bajó con una bolsa deportiva y dijo que estaba lista.

—Stinke, no puede ser —repetiste, y por tu voz notaste que ese disco empezaba a rayarse. Así que le impediste el paso.

—¿Qué es esto? ¿Pretendes retenerme?

—Por favor, no vayas —dijiste, y Stinke te prometió que estaría de vuelta en dos horas.

Ella te abrazó, pasó por tu lado y salió de la casa. La puerta se cerró, y Schnappi comentó:

—Stinke es Stinke.

A lo que Nessi añadió:

—¿Has intentado alguna vez detener a Stinke en serio?

No, no lo has hecho. «Pero ya va siendo hora de hacerlo», pensaste, e hiciste lo único que te pareció razonable: corriste detrás de tu amiga.

Claro que no es posible —no lo ha sido nunca— parar a Stinke. Os pusisteis a caminar hacia el metro y os gritasteis como unas verduleras, os peleasteis por la bolsa y luego os pusisteis de acuerdo en que tú podrías ir. Y aunque fue solo una pequeña victoria, fue mejor que dejar ir sola a Stinke.

Y ahora estáis sentadas en el metro, y os quedan todavía seis estaciones.

Os bajaréis en Kaiserdamm, cruzaréis el puente y caminaréis por la Riehlstrasse hacia arriba, hasta llegar a la Wundtstrasse. En la entrada del parque del Lietzensee dudaréis un instante, luego bajaréis por el camino, entraréis en el campo de fútbol, cambiaréis la bolsa con las drogas por el dinero y regresaréis por la Riehlstrasse, cruzaréis otra vez el puente, cogeréis el metro, y no podréis creer lo que habéis conseguido. Así de fácil será. Eso dice Stinke.

—Estás loca, ¿lo sabes?

Stinke asiente.

—Y tú eres mi guardaespaldas. Eso sí que es estar loca.

Os observáis a través de vuestros reflejos, como dos pistoleras que esperan a ver quién de las dos es la primera en hacer un movimiento. Una anciana está sentada en el otro extremo del vagón, roncando. Una voz automática anuncia la siguiente parada. «Deutsche Oper.» Las paredes del túnel pasan a toda velocidad, la luz parpadea. La bolsa deportiva yace entre vosotras como una bomba. Stinke te saca la lengua. Tu reflejo intenta no sonreír. Quedan cuatro estaciones.

El campo de fútbol se ve abandonado. Llegáis con media hora de antelación, y os sentáis en la orilla de enfrente, a cien metros en línea recta del punto del encuentro. Si pudierais caminar sobre el agua, estaríais al otro lado en un minuto.

—Es extraño —dices.

—Sí —responde Stinke.

—¿Confías de verdad en ese Darian?

Stinke se ríe.

—Es un inútil. Debiste verlo. Parece que haya besado a un dóberman.

Hinchado y con esos brazos...

Ella te muestra cómo son sus brazos.

—Se piensa que es un tío muy duro. Pero con ese puedo hasta yo.

Además, Mirko estará allí. Mirko es un buen tío. Haría cualquier cosa por mí.

Está loquito por mí, ¿entiendes?

Tú entiendes y dices:

—Si se ha enamorado de ti, él se lo ha buscado.

—¿A quién se lo dices?

Ella te rodea con el brazo.

—Por eso tú me quieres tanto.

Tú te liberas del abrazo y sigues esperando, miráis fijamente hacia el campo de fútbol y veis unas sombras, y vuestros ojos escudriñan como locos la oscuridad. La hierba está húmeda y está tan cerca del agua que vuestros traseros empiezan a mojarse. Esperas no pillar una cistitis.

—¿Y qué pasa si no vienen?

—Pues nada, que no vienen, pero al menos el intento valió la pena —dice Stinke, y te mira, y por la forma en que te mira, tú, en contra de todas las reglas de la razón, deseas que jamás se vuelva una persona normal, que siga siendo siempre esa criatura salvaje e imprevisible que te infunde miedo por su carácter imprevisible, cuando ya seáis abuelas y os caguéis de nuevo en los pañales.

—Sé sincera, Rute, cincuenta de los grandes, ¿es una locura! ¡Métetelo en la cabeza! Si sale bien, podrás comprarte todos los libros que quieras, y Taja podrá viajar por ahí hasta que se aburra, y Schnappi podría largarse de casa y no tendría que ir jamás a Vietnam, y nuestra Nessi no necesitaría a ningún estúpido que se ocupe de ella y podría tener a ese bebé con toda tranquilidad.

—¿Y qué pasa contigo?

—Yo tendría mi salón de belleza.

—Stinke, creo que un salón de belleza costaría más.

—¿En serio?

—En serio.

Stinke tiene entonces la segunda ocurrencia del día.

—Quizá tú me des tu parte.

—Sí, quizá —dices, y lo piensas en serio, porque tú eres la única a la que a sus padres les va bien económicamente. Y en cuanto a los libros, ya tienes suficientes.

—¿De verdad? —insiste Stinke.

—De verdad.

Tras una breve pausa, añades:

—Tal vez siga estudiando.

Por fin lo has soltado. Puede que sea por la oscuridad que te rodea y te protege. En algún momento tenías que decirlo. Los momentos más raros son los que no se prevén. Te pones tensa.

Stinke dice que eso ya lo sabían todas.

—¡¿Qué?!

—Joder, Rute, ¿quién te conoce mejor que nosotras? Tú eres nuestra profesora. Claro que seguirás estudiando. Tus padres te desheredarían si haces un estúpido curso de formación profesional. No tengas miedo, siempre nos caerás bien.

Te faltan las palabras, desde hace meses te rompes la cabeza pensando en cómo explicárselo, y ellas lo sabían todo el tiempo.

«¿Quién conoce a quién aquí?», te preguntas.

Stinke echa un vistazo a su móvil.

—Bueno, allá voy.

—Ten cuidado.

—No te preocupes, soy dura de pelar.

Ríes, la atraes hacia ti cogiéndola de la mano y la besas brevemente en la boca,

vuestros rostros están tan próximos que puedes ver el oro de su iris.

—Ten cuidado —repites, y esta vez Stinke no hace ningún chiste, esta vez asiente solamente y se pone las gafas de sol.

Tú la dejas ir.

La Neue Kantstrasse rumorea en tu oído, el autobús nocturno en dirección al zoo pasa traqueteando, luego vuelve a reinar el silencio y solo pueden oírse los pasos de Stinke. En el puente, ella se detiene y mira hacia donde estás tú, abajo. Tú la saludas, ella te saluda, y entonces oyes cómo te dice en un susurro que todo va a ir bien, antes de que continúe y los arbustos te tapen la visibilidad. Tienes que cruzar el puente, subir un trecho por la Wundtstrasse y luego bajar los escalones hasta el otro lado del parque. El campo de fútbol está todavía vacío. No ha venido nadie, lo tienes todo a la vista, los ojos te duelen por el esfuerzo.

El campo está vallado y recuerda una gran jaula. Las porterías son unas varillas de metal sin red, el suelo está cubierto de un material plástico. Stinke se queda en la entrada y mira a su alrededor. Está desconcertada, son las dos y cinco. A lo lejos, con sus gafas de sol enormes, te recuerda la cara de un escarabajo.

«¿Podrá ver algo?»

Durante unos instantes, Stinke se queda a la espera delante del campo, antes de atravesar la entrada. Ves su espalda, ella se detiene al cabo de unos pasos, oyes los latidos de su corazón y maldices. Alguien llama a Stinke, y por supuesto, Stinke no ha desconectado su móvil.

«¡Cuelga! —piensas—. ¡Sea quien sea, cuelga!»

Durante un segundo piensas que puede ser Mirko, que os quiere advertir de algo. El móvil enmudece, vuelve a reinar el silencio, entonces oyes una voz de hombre decir: —Pensé que nunca vendrías.

Pausa.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Stinke.

—Pregunta equivocada —dice la voz del hombre—. La pregunta correcta es: ¿cómo alguien ha conseguido toda esa droga?

Stinke das dos pasos atrás, tú no puedes ver al hombre, delante de Stinke solo hay oscuridad.

—¿Eres un poli? —pregunta Stinke.

Silencio. Entonces el hombre dice:

—Ahora vamos a charlar, pero primero debes desconectar tu móvil. Tu amiga se ha enterado de demasiadas cosas. Quítale la batería, para que no haya malentendidos.

Cuando oyes eso, casi dejas caer tu móvil. Stinke vacila, y tú rezas para que se dé la vuelta y eche a correr, porque la voz de ese hombre te da miedo.

Seca, llena de aristas y rincones. Esa no es la voz de alguien que aguante las bravuconadas de Stinke.

Hay un ruido. Stinke te habla directamente al oído.

—Luego te llamo, ¿vale?

—Stinke, no...

No puedes decir más, la conexión se interrumpe.

Tú entrecierras un poco los ojos para ver mejor. De nada sirve. Stinke ha dado un paso adelante y ha desaparecido en la oscuridad.

«¿Quién es ese tipo?», te preguntas, y quieres levantarte e ir hasta allí, pero entonces una mano se te posa en el hombro. Silenciosa como una sombra, pesada como una piedra. Te das la vuelta.

Parece una pared con una cabeza pequeña y rapada. Un amasijo de músculos, y luego esa cara. Lo reconoces de inmediato. Lo has visto en la calle y en los clubes. Stinke lo ha descrito bien. Su labio inferior está hinchado, tiene una tirita sobre la frente y otra en el brazo. Realmente tiene el aspecto de que lo ha besado un dóberman. «Aunque es familia de Taja, el parecido es cero», piensas, y pretendes preguntarle si por las mañanas sorbe huevos crudos, pero entonces él te pega. Un rayo de luz explota en tu cabeza.

Caes hacia un lado, pero antes de que ruedes por el césped, él ya te ha cogido por los pelos. Su rostro está muy cerca del tuyo. Hueles su respiración ácida, y ves sus ojos, las pupilas dilatadas y la rabia que hay detrás. Te arde la cara a causa del golpe, cierras los dedos con firmeza alrededor de tu móvil. «Lo que tú puedes hacer, puedo hacerlo yo también.» Aciertas donde está la tirita de la frente. Él te suelta y se agarra la cara, sorprendido. La herida se ha abierto, tiene la mano llena de sangre. Está desconcertado. Tú te alejas a rastras, él te agarra por la pierna, y tú pateas, lo golpeas en el hombro, y cuando intentas levantarte, resbalas sobre la hierba mojada. Aterrizas de bruces, y el aire se te escapa con un sordo gemido. Él te agarra el tobillo y te arrastra hacia él. Tus pies trazan unos surcos a través de la hierba, pero te resistes, no cedés, su puño golpea la corva de tu rodilla, tus dedos se sueltan y él te arrastra y arrastra por el césped hasta donde están los matorrales. Ahora estáis fuera de la vista, ahora él te aprieta la cabeza hacia abajo, de modo que la mitad izquierda de tu cara desaparece entre la hierba. Yaces allí, con un ojo aplastado, el otro abierto, presa del pánico, con la boca llena de tierra. Lo oyes decir algo, pero no entiendes ni una palabra, porque su mano te cubre la oreja derecha.

—¡no oigo nada!

Él retira la mano y la coloca alrededor de tu cuello.

—Una palabra más y acabo contigo, ¿está claro?

Asientes, su mano desaparece, te apoyas e incorporas y escupes tierra.

Entonces, por el rabillo del ojo, ves que él está agachado a tu lado, como un jodido perro.

—No te lo habías imaginado, ¿verdad? Pensaste que cubrirle las espaldas era una

buena idea. Pues yo también he venido a cubrirle las espaldas a alguien. Podríamos formar un equipo.

Sientes la rodilla como si alguien te la llenara de aire sin parar. Te limpias la suciedad de la cara.

—¿Me puedo levantar?

—Te puedes sentar, pero no levantarte.

Te sientas y escupes unas briznas de hierba.

—Ahora esperaremos —dice él, y mira hacia la otra orilla, como si tú no estuvieras presente. En sus labios se dibuja una estúpida sonrisa. No sabes qué ha venido a buscar aquí. «¿Por qué no está al otro lado, comprándole a Stinke la droga? Y si él está aquí, ¿quién está al otro lado?» Transcurren cinco minutos, y entonces suena su móvil. Él escucha brevemente y dice: —No, aquí está controlado —dice, antes de guardar otra vez el teléfono; entonces respira hondo y habla sin mirarte.

—Esto te va a doler.

STINKE

El hombre está sentado, inclinado hacia delante, y tiene los codos apoyados en las rodillas. Oscuros pantalones de lino, camisa negra, con las mangas subidas. Por su edad, podría ser tu padre. Desearías poder verle mejor los ojos. Los ojos lo revelan todo. Y los suyos son como charcos oscuros. Después de haberle quitado la batería al móvil, él da unas palmaditas en el banco, a su lado, y te dice: —He oído hablar de tu oferta. Ven, siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

Sientes su mirada. En su mano derecha da vueltas tu cajita de Tic-Tac.

Poco a poco va extendiéndose la sospecha de que esto no ha sido una buena idea. Él esperará hasta que te sientes a su lado. Te sientas. Él se pone la cajita de Tic-Tac sobre el muslo y mira hacia el campo de fútbol como si pudiera distinguir algo en esa oscuridad.

—¿Qué tendrás, quince, dieciséis años?

—Dieciocho.

—Quítate esas gafas de sol, estamos solos.

Te quitas las gafas de sol, y, finalmente, puedes ver mejor. Cada arruga de su cara, el color de sus ojos. La boca muestra un mueca sarcástica, como si lo supiera todo sobre ti y estuviera haciendo un esfuerzo por reprimir la risa.

—Pero serás consciente de que tu edad no tiene ninguna importancia.

Podrías tener diez años, a mí me daría igual, porque ahora nosotros dos compartimos un problema en común, y eso es lo único que cuenta.

Él te mira de nuevo.

—¿Sabes cómo se determina la calidad de la droga? A algunos les basta con probarla con la lengua. Juran que pueden reconocer las diferencias en la calidad y en la mezcla. ¿Me sigues? Claro que todo eso es un absurdo. Nadie puede determinar la calidad de ese modo. ¿Sabes lo que es esto?

Su dedo índice da unos golpecitos en la caja de Tic-Tac. Tú no reaccionas.

—Me había imaginado que no lo sabías. Probablemente creas que se trata de cocaína o de *speed*. Un error perdonable. La gente normal casi nunca ve heroína blanca. En el instituto seguro que te han enseñado que la heroína es de color marrón. Eso también es correcto. La heroína normal tiene un tono marrón y llega a las calles con un contenido de pureza de un veinte por ciento, y eso ya es buen material. Lo habitual es un diez por ciento, y hasta menos. Cuanto más elevado sea el corte, más aditivos lleva, en la mayoría de los casos son sustancias amargas, para que parezca más auténtica. ¿Has probado heroína alguna vez?

Tú niegas con la cabeza.

—Es una auténtica porquería. Pero volvamos a nuestro problema. La gente que

tiene que ver en serio con las drogas prueba su mercancía en el laboratorio. Yo tengo un químico que solamente se ocupa de eso. ¿Adivinas lo que él ha averiguado hace una hora?

—¿Que mi mercancía es una porquería?

—No, que tu mercancía, realmente, es mi mercancía.

Tú te quedas pasmada, él sonríe.

—¿Entiendes lo que quiero decir? Tenemos aquí una heroína con un ochenta y ocho por ciento de pureza. Cinco kilos. Hablamos de un valor en el mercado de dos millones y medio de euros. Y todo eso está en tus manos en un día como hoy, en un año como este... Está todo muy claro.

Tú no sabes cómo lo ha hecho, pero su brazo ahora te rodea los hombros, está tan cerca de ti que te da miedo, y te habla al oído.

—Algo así no lo hay dos veces en una ciudad como Berlín. No con esa calidad ni en esa cantidad. La pregunta es: ¿cómo diablos alguien como tú puede tener unas drogas que guardaba mi hermano pequeño?

Su pregunta queda flotando en el aire. Tú habías contado con todo, incluso estuviste segura, durante un rato, de que él, en realidad, era un poli, y que te condenaría a trescientas horas de servicio a la comunidad. Pero esto ahora te deja fría. ¿Hermano pequeño? ¿Guardado? La deducción es relativamente simple: «El tío de Taja está sentado a tu lado, y su hermano pequeño es Oskar, que en ese momento está en un congelador, y yo estoy metida en la mierda hasta el cuello.» Reprimas tus pensamientos, como si el tío de Taja pudiera mirar dentro de tu cabeza, y empiezas a calcular cuáles son tus oportunidades. En eso siempre fuiste muy buena. Tu buen juicio funciona mejor cuando estás estresada, como si necesitaras estar entre la espada y la pared. ¿Qué puedes hacer ahora? Si reaccionas de inmediato, podrías conseguirlo. Un cabezazo hacia delante, puedes pegarle con la frente en la cara, y mientras él escape sus dientes, tú echas a correr y desapareces a través de la Neue Kantstrasse hasta llegar a la otra orilla, donde está Rute, y...

—Ni lo pienses siquiera —dice él, interrumpiendo tus pensamientos—. Puedo partirte el cuello tan rápidamente que ni te darías cuenta.

Os miráis. Hay mucha proximidad, y a ti la proximidad te asquea. Él está bronceado y lleva la cabeza rapada. Su boca sonríe amigablemente, ya no hay sorna, como si pudiera ser amable cuando se lo propone. Pero eso es falso, todo es falso cuando lo miras a los ojos. Metal. Esos ojos no tienen ninguna intención de ser amables. En la mejilla izquierda tiene una cicatriz pequeña en forma de hoz, y la piel, en ese punto, es más clara. En un gesto mecánico, quieres tocarte tu mejilla, allí donde el codo de Taja te ha alcanzado. Tienes un morado. «¿Qué ve ese cabrón cuando me mira?», te preguntas, y encuentras la respuesta en su mirada.

«Nada, no ve nada de nada, porque yo, en realidad, no existo para él.»

Su mano reposa sobre tu espalda, un calor desagradable emana de ella.

Como si un fuego te subiera por la columna vertebral.

—Suéltame —le dices entre dientes.

La mano desaparece. Tú te apartas y te pones de pie. Él se queda sentado. Su voz sigue siendo tranquila, y tú desearías que mostrase más emociones.

—Ahora depende de ti. Lo que tú me prometas, me lo tomaré al pie de la letra. Y si rompes tu palabra, te perseguiré. ¿Nos hemos entendido?

—Yo no te tengo miedo.

—Pues deberías tenerme miedo, pequeña, deberías estar cagándote de miedo ahora mismo.

Se levanta. El tipo te saca un palmo. Te cuesta levantar la vista para mirarlo. Pero lo haces. Él quiere saber cuál era tu plan.

—Has venido sin mi mercancía, ¿qué pensabas hacer?

—Lo tengo todo en una bolsa. Iré a buscarla cuando tenga el dinero.

—¿Sí?

—Sí.

Tú y tus planes. Cuando bajaste con Rute en la parada de Kaiserdamm, le explicaste que no confiabas en nadie, por eso dejasteis la bolsa deportiva en una de las taquillas de la estación. A Rute casi se le paró el corazón. Tú pretendías cambiar la llave de la taquilla por el dinero. Opinabas que los profesionales lo hacían así.

Un profesional, en ese momento, debía de tener otro aspecto muy distinto. No tan sorprendido. Por la manera en que estás de pie delante del tío de Taja, comprendes que esta habría sido tu última estación si hubieras traído la droga. Es como si alguien estuviera de pie junto a tu tumba, esperando a que te echas dentro de ella.

«Jamás habría dejado que me fuera.»

—Un buen plan —dice el tío de Taja—. Yo, en tu lugar, tampoco me hubiera fiado de mi hijo. Ahora puedes irte. Nosotros dos hemos acabado.

Él mira su reloj.

—Te daré hasta mañana por la mañana. Devuelves la mercancía al sitio de donde la robaste. No quiero saber cómo lo conseguiste, cómo lograste robarle a mi hermano. Yo, mañana temprano, iré a verle, y cuando le pregunte dónde está la heroína, él abrirá su maleta metálica y allí estará el material, entonces yo le daré una palmadita de satisfacción en el hombro y desayunaré con él. Después del desayuno, ya habré olvidado que tú y tu amiga habéis existido alguna vez. ¿Lo has comprendido?

Tú aprietas la llave en tu mano derecha y asientes, afirmando que lo has entendido, que no hay problema, que así lo haréis. Casi has estado a punto de darle las gracias, cuando comprendes lo que acaba de decir. Ha dicho que después del desayuno él habrá olvidado que tú y tu amiga habéis existido alguna vez. Miras hacia el otro lado, por encima del campo de fútbol, hacia la otra orilla del Lietzensee.

«¿Cómo sabe él que Rute está al otro lado?»

—¿... algo que ver con esto?

—¿Qué?

Él repite la pregunta pacientemente, no tiene prisa.

—¿Tiene Taja algo que ver con esto?

Tú vacilas un momento, eso es suficiente respuesta para él.

—Nunca me ha gustado esa pequeña —admite, y se aparta de ti. Él ya ha dicho lo que quería decir, así que puedes irte.

Y eso es justamente lo que haces, te vas del campo. Cuando estás subiendo los escalones hacia la calle, echas un vistazo hacia la valla: el tío de Taja tiene el móvil pegado al oído, de espaldas a ti, con las piernas abiertas como un futbolista que defiende su portería. «Hace rato que me ha olvidado», piensas, y le oyes decir: — Hazle daño.

Él cierra su móvil, se vuelve hacia ti y te mira.

—Vete —dice.

Y tú echas a correr como nunca habías corrido en tu vida.

NESSI

El nuevo día existe desde hace dos horas, diecinueve minutos y cuarenta y ocho segundos, y nadie en este mundo parece interesarse por ti.

Estás sentada en el jardín, esperando a que regresen Rute y Stinke. Lamentas un poco no haberte puesto del lado de Rute. Pero cincuenta de los grandes son cincuenta de los grandes, y si nadie va a salir perjudicado, es un regalo al que no se debe hacer ascos.

Schnappi está durmiendo a tu lado en una tumbona. Todo está tranquilo. Por el momento, no tienes que preocuparte por Taja, está noqueada por los medicamentos. Hace diez minutos pasaste a verla. Se le había corrido la manta y tenía la rodilla pegada al pecho, como si quisiera desaparecer en sí misma.

El calor es tan sofocante que hasta los mosquitos se toman un descanso.

Hay aire de tormenta, tienes de punta los pelos de los brazos. Estás contigo misma, a solas, y estás embarazada, y ahora sientes cierta tristeza. Deseas volver a ser esa chica superromántica que eras antes del embarazo. Una de esas chicas que sueñan con vivir en el campo y con tener un caballo.

Echas la cabeza hacia atrás y miras hacia lo alto, hacia la noche. Por encima de ti, nervioso, tiembla el firmamento, un punto de luz se mueve hacia el aeropuerto de Tegel, y luego aparece un breve relámpago, y el cielo se vuelve por unos segundos un negativo. Y por la manera en que miras hacia arriba, sientes cernirse sobre ti esa sorprendente calma que se siente cuando ya nada funciona. Como aquel verano, hace cuatro años. Tú estás en el trampolín de diez metros, y detrás de ti hay una fila de niños ruidosos. En ese momento has comprendido que no tienes escapatoria, nadie querrá bajar de nuevo las escaleras, jamás. Así que avanzaste hacia el borde del trampolín y miraste hacia abajo, hacia la piscina, y supiste con exactitud que no sobrevivirías a aquel salto, estaba claro. «Este es mi fin.» Y mientras pensabas eso, sentiste por primera vez esa calma. La calma de los desesperados. «Da igual lo que suceda ahora, va a suceder», pensaste, y te dejaste caer.

El timbre de tu móvil corta el silencio. No te sobresaltas. Algo tenía que pasar, y ha pasado. Schnappi, por el contrario, se sienta de golpe y te mira con ojos acusadores: —¿Es que quieres matarme o qué?

—Es solo el móvil —le dices para tranquilizarla.

Schnappi se deja caer hacia atrás y quiere saber por qué no lo coges si solo se trata del teléfono. Respondes. Stinke está en el otro extremo de la línea. Su voz suena histérica y no quiere que digas nada. Habla tan agitadamente que solo entiendes la mitad de lo que dice.

—Stinke, habla más despacio.

Te dice dónde está. Respira profundo. Te dice lo que debes hacer. Tú quieres

preguntarle qué ha ocurrido, pero ella te interrumpe y dice que tienes que darte prisa. Lo dice dos veces.

—Nessi, date prisa, por favor.

Las lámparas despiertan con un parpadeo. En el garaje hay sitio para cuatro coches, pero solo hay uno.

—Yo pensé que su padre tendría un Mercedes —dice Schnappi.

—Yo también lo pensé.

—Nessi, esto no es un Mercedes, esto es un monstruo.

El Range Rover parece recién salido de la fábrica. Tiene un brillo frío bajo las luces de neón y parece lejano, como el firmamento que estabas contemplando hace un momento. No hay ni una mota de polvo sobre la pintura negra, y el parabrisas es como el ojo de un insecto que os observa con desprecio.

—Es demasiado grande para nosotras —dice Schnappi.

—¿Y qué otra opción tenemos?

Stinke quería que llamaras a alguno de los chicos de la pandilla para conseguir un coche. Son las dos y media de la madrugada de un viernes. Lo has intentado, pero ninguno de los chicos contesta al móvil, y es dudoso que puedan tomar prestados los coches de sus padres para acudir en vuestra ayuda.

«¿Cómo diablos se consigue un coche después de medianoche?»

A Schnappi se le ocurre la idea de mirar en el garaje del padre de Taja.

Y ahí estáis ahora, sintiéndoos como dos enanas. El Range Rover es más alto que vosotras.

Tiras de la manilla de la puerta del conductor, que, por supuesto, está cerrada con llave. Miráis en la rueda trasera, porque Schnappi opina que en las películas la gente esconde siempre sus llaves en la rueda trasera. Pero no es así en esta película.

—Nessi, esto no es una buena señal.

Tienes unos deseos enormes de graparle la boca.

—Podría preguntarle a mi padre —apunta ella.

—¿De verdad crees que él nos llevaría?

Schnappi niega con la cabeza.

—Pero podría preguntar.

—No, mejor no.

Regresáis a la casa y revisáis todos los cajones.

Nada.

Pensáis en la posibilidad de despertar a Taja.

—Pero ¿cómo va a saber Taja dónde guarda su padre la llave...?

Schnappi se calla, os miráis y pensáis lo mismo.

—No, por favor —dice Schnappi.

Es hora de volver al sótano.

El padre de Taja tiene el mismo aspecto que ayer. Está quieto, rígido, muerto.

—Yo no puedo hacerlo —dices.

Schnappi suspira, se inclina hacia delante, mete la mano, volviendo la cara, en el congelador y, después de palpar un rato, encuentra el llavero en un bolsillo delantero del pantalón. Mete dos dedos y tuerce la expresión del rostro al hacerlo, como si metiera las manos en un cubo lleno de gusanos.

Después de pillar el llavero, te lo entrega. Las llaves están congeladas.

—¿Y estás segura de que te las puedes arreglar con ese coche?

Asientes, ¿qué otra cosa vas a hacer? Ahora no tienes escapatoria, Schnappi no te lo perdonaría nunca.

Tu madre te enseñó a conducir un poco cuando os fuisteis de vacaciones solas a Grecia. Era más fácil de lo que te habías imaginado. Y eso es justo lo que le dices a Schnappi.

—Si el coche es automático, lo podré hacer.

—¿Y si no?

—Entonces ya veremos.

De vuelta al garaje.

La llave entra bien.

Te sientas en el coche y palpas con el pie.

Solo dos pedales.

«Bingo.»

Por unos cinco minutos enteros debatís si Schnappi debe quedarse con Taja, pero entonces Schnappi se cansa de tanta discusión y sube al coche.

—Entonces demuéstrame lo que sabes hacer —dice, y se pone el cinturón de seguridad.

Hasta que llegas al primer semáforo te sientes terriblemente nerviosa, la altura es algo nuevo para ti, te sientes como si estuvieras sentada en una tribuna y no fueras tú la que condujese el coche, sino que te llevaran. El acelerador es muy sensible, los frenos son como una pluma. Cuando por fin te relajas y pretendes girar, la rueda delantera se sube sobre la acera y embistes un contenedor de basura que se cae al suelo con gran estruendo y rueda por la calle.

—No pares —dice Schnappi.

Tú frenas. El coche se detiene con una sacudida al borde de la calle.

Sacas el pie del freno. El coche se mueve de nuevo. Vuelves a pisar el freno.

Os sentís proyectadas hacia delante, voláis de nuevo hacia atrás y el coche queda parado.

—Nessi, coge aire.

Tus manos se aferran al volante, los nudillos se te ponen blancos.

Aflojas el agarre y sacudes los dedos. Unas manchas oscuras se han formado bajo tus sobacos. Eres puro pánico. El corazón te late con fuerza. Schnappi comenta con sequedad: —Bueno, estás embarazada.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Las hormonas y esas cosas.

—Yo estoy perfectamente.

—Tal vez vomites en secreto.

—No vomito en secreto —respondes, y abres de golpe la puerta del conductor para vomitar en la calle.

—Venga, vamos a dejarlo —dice Schnappi, al tiempo que te acaricia la espalda.

Saca de quicio eso de estar embarazada, no reconoces tu cuerpo y este hace lo que quiere. Pero lo que más te enerva es que todos te consideran y que Schnappi, después de todo, tenga razón. Ella rebusca en la guantera y afirma, de pasada, que su padre también le ha dado clases de conducir.

—¿Y lo dices ahora?! —le dices casi chillando.

—Fueron solo un par de clases, además, era un coche con cambio de marchas, y, por otro lado, yo jamás conduciría un monstruo como este. Tú lo estás haciendo muy bien.

Schnappi encuentra un paquete de chicles y te pasa uno. El sabor a menta te permite respirar.

—¿Estás mejor?

—Más o menos. Tal vez deberías hacerte comadrona.

—Tal vez debería darte una patada en el culo para que el niño salga ahora mismo.

Sobre eso no hay mucho más que decir, de modo que acercas un poco más el asiento al volante, pones el pie sobre el freno y metes la marcha. Ahora estás más tranquila, y bajas del bordillo como una diva de noventa y cinco años que va a la peluquería. Por lo menos eso dice Schnappi.

SCHNAPPI

Avanzáis a duras penas por la autovía urbana. Un jubilado en una bicicleta iría más rápido. Es un milagro que ningún coche patrulla os haya hecho señas para que os arriméis a un lado por obstruir el tráfico. Por suerte sois casi las únicas que estáis en la calle a esas horas, de lo contrario los coches estarían dando bocinazos cada diez segundos. Si no fueras la enana que eres, podrías sentarte detrás del volante, pero con tus piernas probablemente ni siquiera llegues a los pedales. Evitas hacer cualquier comentario. Nessi ya está lo bastante tensa. Si le preguntases ahora si prefiere niño o niña, estamparía ese tanque contra un poste. Por eso te quedas sentada, tranquila, contemplando las luces de la ciudad, y acostumbrándote a esa sensación de que tu vida entera es una autovía tediosamente larga en el rincón más recóndito de Vietnam, una autovía por la que solo se puede viajar a diez kilómetros por hora. «Eso, en caso de que en Vietnam haya algo así como autovías tediosamente largas», piensas, y recuerdas las veces que tu madre te ha prometido que tu vida verdadera solo comenzará en su patria de origen. Para ella, esto de aquí no es vida. Es el prelude del infierno, antes de poder entrar en el paraíso. A ti te gusta el infierno, te sientes bien aquí, y la idea de que en el paraíso no se entienda el alemán, porque en él solo pueden entrar los vietnamitas, te da un miedo tremendo. Tu vietnamita es terriblemente malo. Y hasta hace veinte minutos ni siquiera creías en el infierno.

—¿Sabes lo que es el infierno?

—Viajar en coche conmigo al volante.

—¿Cómo lo sabes?

—Gracias, Schnappi.

Necesitáis cincuenta y seis minutos para llegar a Charlottenburg. Junto a la torre de televisión, subís por la salida a paso de marcha. Las calles están desiertas, los semáforos en verde, casi llegáis a los veinte kilómetros por hora.

Un coche patrulla se os pone a la misma altura por espacio de unos segundos, y Nessi casi se desmaya. Intenta mantenerse erguida, y te pregunta torciendo la boca si los polis os están mirando. Tú le pones la mano en la rodilla y le dices que no se olvide de respirar. Pero, claro, ella lo olvida y empieza a respirar otra vez de un modo normal solo cuando los faros traseros del coche patrulla no son más que dos puntos diminutos.

Al llegar al Lietzensee os detenéis tras el hotel Seeblick, en una boca del garaje, en ese sitio nunca hay dónde aparcar a tan altas horas de la noche.

Nessi se baja y se apoya contra el coche. La fallan las piernas, pero por lo menos ya no tiene ganas de vomitar. Tú coges a tu amiga de la mano y entráis en el parque.

Vuestras dos amigas están sentadas en la orilla, mirando al agua, como si

estuvieran haciendo un picnic. Rute tiene la cabeza apoyada en el hombro de Stinke. «Qué bonito», piensas, mientras bajáis por el césped hacia la orilla, y realmente todo se ve muy bonito. Nessi pregunta a qué ha venido todo ese estrés. Stinke le dice: «El estrés te mantiene joven.» La bolsa deportiva está al lado de Rute, en el suelo. Rute da unas palmaditas en la hierba. Vosotras os sentáis y contempláis el agua, y luego decís que no podéis creer que Nessi haya estado metida en esas aguas hace dos días. Nessi suelta una risotada, y luego tú preguntas qué ha ocurrido. Y Stinke señala la bolsa. «¿Quieres echar un vistazo?» Abres la cremallera, la bolsa está llena de dinero. Son todos billetes de cien, sujetos por unas cintas de papel, y todo es vuestro. Tu pequeño corazón pega un salto y tú dices. «¡Qué locura!» Y Stinke dice: «Estaba claro, ¿no?» Y a continuación os cuenta cómo se encontró con Darian en el campo de fútbol y que todo se hizo en un pispás: entrega de la bolsa, entrega del dinero y ya está. «Y para ello solo tuvimos que ir un rato en metro», dice Rute. Y vosotras reís de nuevo y os ponéis en camino, y Nessi os lleva en coche hasta el mexicano de la Krumme Strasse, y os sentáis allí, y apenas habéis pedido cuando suena tu móvil, y es Taja, que te dice que está perfectamente, que lo de los medicamentos ha sido un rotundo éxito y que por qué habéis desaparecido, que a ella le hubiera gustado ir con vosotras para que le diera un poco el aire, así que le indicas dónde estáis, y le dices también que coja el primer taxi que pase, y antes de colgar, levantas tu móvil para que las demás puedan gritarle algo, y Stinke dice: —Pensé que no llegaríais nunca.

Parpadeas, todavía estás en el camino, al lado de Nessi, y el parque os rodea con su oscuridad. Te preguntas si tendrás esas fugas mentales ahora todos los días o qué. «Tal vez me vuelva loca, tal vez pronto pueda viajar a través del tiempo.» Stinke y Rute no se han movido del sitio y están sentadas abajo, junto a la orilla. Stinke levanta la mirada hacia vosotras. Nessi te da un empujón, tú pones fin a tu rigidez y bajas a través del césped. Entonces Rute también se da la vuelta. Os detenéis nuevamente y no podéis dar un paso más. Es como si el aire se hubiera transformado en hormigón delante de vosotras. Tu maldito lapso mental debía haber sabido que algo más se te echaría encima. Veis la cara de Rute y ya nada está bien.

Es cierto que eres pequeña, pero terca. ¿Cuántas veces no tuviste que pelearte en la escuela primaria porque algunas chicas eran de la opinión de que hablabas demasiado y tenías los ojos muy raros? Tampoco sirve de nada que tu padre sea alemán, eso lo hace todavía peor. Eres una de esas bastardas que tienen un aspecto exótico y nunca encajan en ninguna parte. Así que haces lo que hacen todos los bastardos, te buscas un hueco y te conviertes en la chica que no le deja pasar una a nadie. Tu corazón, ciertamente, es más blando que el de Stinke, pero ninguna de tus amigas puede superarte en rabia. La rabia de Schnappi es como la de una trampa para osos, eso lo sabe cualquiera. Y cuando se rompen todas las cuerdas y todo se pone difícil, tú derrotas a tu enemigo con tu cháchara.

—¿Darian?!

Dices su nombre como si no pudieras creer que se llame así.

—¿Ese armario asqueroso?! ¿Ese pelado de mierda?! ¡Si lo agarro, haré que tenga que suplicarme!

Das una patada en la hierba, un pedazo de tierra salta, miras a tu alrededor y te encantaría tener ahora a mano un par de piedras para lanzarlas contra las ventanas del hotel. Y aunque tu brazo no da para tanto, la idea es lo que cuenta, y cada una de tus ideas es ahora como un cohete con la mecha encendida. «¿Cómo puede estar Stinke tan tranquila?» No tienes que preguntar, porque ves la respuesta en su mirada evasiva, la ves sin querer verlo.

«Miedo, nuestra Stinke tiene miedo.»

Ayudáis a Rute a llegar al coche. No puede apoyar bien el pie derecho, tiene la rodilla terriblemente hinchada. Nessi quiere llevarla al hospital de inmediato, pero Rute dice: —Yo me quedo con vosotras. Sé muy bien lo que va a pasar si voy a un hospital. Llamarán a mis padres y me retendrán allí un par de días. Y yo no quiero apartarme de vosotras.

—Además, no tenemos tiempo para hospitales —dice Stinke—. Tenemos al tío de Taja pisándonos los talones.

Os detenéis.

—¿Tenemos a quién?!

Entonces os enteráis de lo que ha sucedido en el campo de fútbol, que las drogas están a buen recaudo en una taquilla de la estación y que Ragnar Desche va a aparecer en la casa por la mañana para recoger su mercancía.

—Por eso no podemos ir al hospital, no tenemos tiempo para eso.

Sencillamente, no tenemos tiempo. ¿Qué cara creéis que pondrá el tío de Taja si ve que su hermano está muerto y metido en un congelador?

Te quedas sin habla, y por mucho que te esfuerzas, no te viene a la mente ninguna buena frase. Solo habéis oído historias truculentas sobre el tío de Taja. Que antes había sido soldado, y que, durante la guerra de los Balcanes, siendo francotirador, se había cargado a más de cien personas. Que casi todos los policías reciben sobornos de él, y que por eso puede incendiar, sin que le pase nada, un club nocturno en la Alexanderplatz. Que está loco y que les da miedo hasta a los propios locos. Todas son historias muy bestias, todo inventado, mentiras, pero, nunca se sabe.

—¡Pero, Stinke, ese es Ragnar Desche!

—Nessi, ¿y de quién crees que estoy hablando?

—Pero... ese tío está loco, no podemos enfrentarnos a él, mataría a nuestros padres y luego...

—Nessi, cierra el pico —la interrumpes—. Esos no son más que rumores. Él también es un ser humano. Además, es el tío de Taja. Reduce.

Primero tenemos que ocuparnos de Rute, el resto puede esperar.

«El resto —piensas tú— es un muerto en un congelador y una tonelada de drogas en una bolsa deportiva. Y luego está, claro, la pregunta del millón: ¿cómo vamos a salir vivos de todo esto?» Pero tú no dices nada de eso, de lo contrario Nessi echaría a correr y se pondría a pegar gritos.

Cuando llegáis al Range Rover, Stinke no puede creer lo que está viendo. Es una agradable sensación saber que también a ella se la puede sorprender de vez en cuando.

—¿No había nada que llamara menos la atención? —dice, y le pega una patada a la rueda trasera—. Debíais conseguir un coche, no un tanque.

—Puedes ir andando, si quieres —dice Nessi, y ayuda a Rute a subir al coche.

Guardáis silencio durante todo el viaje de regreso. Estás sentada detrás, con Rute, y tienes su cabeza en tu regazo. Más tarde descubriréis los moratones en sus brazos y su espalda. Pero a la luz de las farolas, que pasan volando, solo puedes ver que tiene el ojo izquierdo inyectado en sangre y un feo corte que cruza su labio inferior. Darian la ha pateado como a una pelota, y tú juras que eso, por lo menos, le va a costar una pierna.

La ciudad pasa volando por vuestro lado, como si os evitara. Esquinas-edificios-semáforos-coches-esquinas-edificios-semáforos-coches. Rute cierra los ojos. Tú le pones la mano en la frente e intentas enviarle vibraciones positivas. De dónde vas a sacar esas vibraciones positivas es un enigma para ti. La palma de tu mano late, y eso tiene que significar algo.

Cuando os detenéis delante de la casa de Taja, despiertas a Rute y la ayudas a bajar. Son las cuatro y media, el cielo centellea con un color gris pálido, y la mañana está tan cerca que podéis oírla respirar. Lleváis a Rute hasta el jardín y saqueáis el botiquín de la casa, le aplicáis un gel analgésico en los moratones, y cortáis el vaquero de Rute desde los tobillos hasta la cadera. Stinke trae una bolsa de hielo y la aprieta con cuidado sobre la rodilla hinchada. Rute suspira y dice que eso le sienta bien.

—¿Qué hacéis?

Os asustáis. Taja está en la puerta que da al jardín, con una manta sobre los hombros y una botella de agua en una mano. Estaba en la cocina, vio la luz fuera y ahí la tenéis. Descalza y en bragas, con una camiseta delgada como papel de fumar. Las sombras siguen pegadas a sus ojos con un oscuro banco de nubes, pero es evidente que se siente mejor.

Te apartas a un lado para que ella pueda echar un vistazo a Rute.

—¡Rute! ¡¿Qué te ha pasado?!

No sabes lo que es exactamente. Tal vez el tono en la voz de Taja, o sencillamente

el hecho de que esté allí delante de vosotras, como una persona normal, y no ande arrastrándose por el baño, mientras vomita. En cualquier caso, Rute se encoge de hombros, desconsolada, y rompe a llorar.

Diez minutos después, Taja también está informada de lo ocurrido, y le dice a Stinke: —Entonces, ¿quisiste venderle el material a mi primo? ¿Al hermano de mi padre, que se la estaba guardando?

—¿Cómo iba a saber yo que ese material era suyo?

—Bonita, ¿por qué siempre tienes que crear problemas?

—Pensé que podríamos sacar un poco de dinero.

—Pudiste haberme preguntado.

—Taja, estabas en coma.

—Y a mí no quiso escucharme —interviene Rute.

Guardáis silencio, os miráis, entonces habla Taja y dice lo que todas estáis pensando: —Chicas, estamos con la mierda al cuello.

—¿Qué crees que hará tu tío?

—No lo sé.

—¿No irá a...? ¿O sí?

—En realidad, no. Además, somos parientes.

—Bueno, tú eres su pariente —le dices—, pero ¿qué pasa con nosotras?

Taja guarda silencio, y Nessi dice:

—Podríamos ir a la policía.

Taja niega con la cabeza.

—A alguien como mi tío es mejor no denunciarlo.

—Solo tenemos que devolver la droga a su sitio.

Stinke niega con la cabeza.

—Yo no voy a devolver nada.

—¿Qué?!

—Mira a Rute. Ese tipo no se merece nada. ¿Cómo pudo dejar así a nuestra amiga? Si le hubiera dado las drogas en el parque, ahora no estaría aquí. Así es él.

—Tonterías.

De repente Stinke se altera, hay pánico en su voz.

—¿Cómo puedes decir que son tonterías?! Yo fui la que habló con él, Nessi, no tú. Ese tipo me metió un miedo de muerte, y a mí no me da miedo cualquiera, eso lo sabes. ¿Crees de verdad que me va a dejar ir así, sin más, y que luego me lo tropezaré en la Wilmersdorfer Strasse cuando estemos de compras y nos saludaremos amablemente, mientras él le dice a sus colegas: «Oíd, esa es la chica que me quería vender mi propia mercancía, pero no os preocupéis, ya lo devolvió todo»? Vamos, Nessi, ¿es que no ves las películas?

¿Cuándo ha salido bien algo así?

—Nunca —responde Nessi, y baja la cabeza.

—Y mucho menos si el tipo encuentra a su hermano muerto aquí —dice Rute, e inclina la cabeza hacia un lado para escupir sangre en el macizo de flores que está a su lado.

Taja le acaricia la espalda y le pregunta:

—¿Estás bien?

—Solo me sangra la nariz.

Rute echa la cabeza hacia atrás y habla hacia el cielo de la noche: —Chicas, deberíamos desaparecer.

Nessi ríe.

—Rute, tenemos dieciséis años. No podemos desaparecer así como así.

—¿Quién lo dice?

—Es así.

—Pero ¿quién lo dice?

—¿Y adónde pretendes ir? —pregunta Stinke.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Y qué hacemos con la droga? —pregunta Taja.

Stinke alza una llave.

—Está a buen recaudo en la taquilla, y por mí puede quedarse allí.

Nadie puede hacernos daño e irse de rositas.

Te gustaría lavarle el cerebro a Stinke. Quisieras decirle que ella también tiene la culpa de cómo han dejado a Rute. Pero, para tu sorpresa, Taja le da la razón.

—Stinke tiene razón. Mi tío tiene que pagar si quiere recuperar el material.

Todas os quedáis sin habla. La miráis y, en ese momento, tenéis la sensación de que todo va a salir bien, de que nada puede fallar, porque esa chica pálida que hace una semana perdió a su padre y ha estado metiéndose heroína durante varios días, esa chica muestra sus dientes, os dedica una sonrisa radiante y os dice: —Estoy a favor del plan de Rute. ¿Qué nos retiene aquí?

Desaparezcamos.

—Pero ¿adónde vamos a ir? —pregunta Nessi.

Ninguna tiene una respuesta. La pregunta se queda flotando en el aire.

Tú te estiras, levantas el brazo en el aire, como si pudieras coger la pregunta.

Recuerdas un poco a una niña pequeña que tiene que ir al servicio con urgencia. Ellas te miran. Está claro que tienes una idea.

—Venga —dices.

OSKAR

Y aquí llega tu última actuación como artista invitado. Todavía estás en escena, aunque tu cobertura es bastante limitada. Vas perdiendo cada vez más la relación con tu yo y te aferras a los recuerdos. Los momentos se deshilachan y se alejan, como si el pasado fuera un tren que ha parado en una estación abandonada y se va alejando lentamente. Lo oyes, lo ves, pero no puedes seguirlo. Tu mayor miedo es que desaparezca para siempre, dejándote solo. Así que repites en tu mente los nombres, los lugares, las fechas.

«Julio de 1987. Taja. La pérgola del jardín. Abril de 1992. Majgull.

Ulvannen. Noviembre de 2000. Prenzlauer Berg. Ragnar. ¿Husemannstrasse?

Abril de 2005. Gina. Helsinki. Marzo. ¿O fue abril? Mayo o...»

Es en vano. Hagas lo que hagas, los datos concretos se te escapan, el tren se mueve incansablemente hacia delante, y tú estás allí, intentando no perderlo de vista.

Luz.

El congelador se abre. Dos chicas te miran. Buscas sus nombres. «Nessi y...» No reconoces a la otra chica. Una asiática, es una asiática. «Nessi y...» No das con el nombre. Ellas te miran. Las oyes pensar. «Tiene el mismo aspecto que ayer.» Nessi mete la mano por tu costado, se alza de nuevo, dice: «No puedo hacerlo.» Entonces se inclina la asiática. Su cabello te acaricia el rostro.

Sus pensamientos son como una línea recta. «Rápidorápidorápidorápido.»

Cuando ella se yergue de nuevo, oyes un tintineo. Ella suspira y dice: «¿Y tú estás segura de que sabrás arreglártelas con ese coche?» El congelador se cierra con un golpe sordo. Oscuridad. Las chicas se alejan. «Schnappi, su nombre es...»

Luz.

Schnappi y Stinke. Tienen prisa. Schnappi dice: —¿Y por qué precisamente yo?

—¿Es que pretendes que Taja arrastre a su propio padre muerto o qué?

Vamos, cógelo.

Una tercera voz.

«Por fin.»

—Puedo hacerlo.

Taja está ahí. Desearías poder sentir sus manos. Ella quiere despedirse y no sabe cómo. No quiere dejarte solo en la oscuridad, y te levanta con la ayuda de Stinke para sacarte del congelador. Ves sus hombros, su mandíbula, te llevan al sótano, donde está la piscina. Intentas encontrar algo de claridad en los caóticos pensamientos de tu hija. Tristeza, hay mucha tristeza. «Mi pequeña.» Pierdes la cobertura, Taja se te escapa y, luego, se produce un silencio, de repente los pensamientos de Stinke empiezan a hacer ruido, pero tú no puedes filtrarlos, y la noche se extiende ante ti por

un segundo, como un paisaje inquieto. Ves a tu hermano en el parque del Lietzensee, en el campo deportivo, y oyes sus palabras, ves a Rute, que yace allí como un animal herido, sobre el césped, con las rodillas pegadas al pecho, pero entonces la conexión se interrumpe de nuevo y las chicas, para entonces, ya te han sentado en un sillón, dan un paso atrás y te miran.

—Que te vaya bien, Oskar —dice Stinke.

—Sí, que te vaya bien —murmura Schnappi.

La única que no dice nada es tu hija, ella llora, y por fin su rostro entra de nuevo en tu campo visual.

«Cansada, mi pequeña está muy cansada.» Su mano toca tu mejilla, sigue sintiéndose culpable, y tú no puedes hacer nada para impedirlo.

Ellas se marchan, las luces se apagan.

Oscuridad.

Luz.

Stinke entra corriendo. Su presencia es como un fuego incontrolable.

«¿Qué hace?»

Se queda junto a la pared del fondo, delante de la caja con los interruptores, aprieta unos botones y las luces se encienden. Stinke busca y busca, antes de encontrar el botón correcto, y grita: —¡Sí!

La piscina empieza a llenarse. El agua borbotea, el control es electrónico. En cuanto el agua alcanza cierto nivel, la instalación se apaga.

Cloro, estabilizador de cloro antialgas, todo eso se añade de forma automática. Ese dispositivo te ha costado un montón de dinero. Es el fin de tus plantas. Tú las has sembrado y cuidado, y ahora las van a ahogar, mientras tú estás sentado en un sillón, muerto, sin poder hacer nada para impedirlo. Pero comprendes por qué lo hace Stinke. Y, sé sincero: su venganza te gusta. «Por lo de Rute.» Es una buena venganza. Ragnar enloquecerá.

Las luces se apagan con un clic. La puerta se cierra.

Otra vez estás solo. Empiezas a descongelarte, lentamente. Y luego tus ojos se cierran. Lentamente. Y la oscuridad lo abarca todo.

La puerta del sótano se abre.

«Tal vez Taja haya regresado, tal vez quiera...»

Pero no, no es tu hija. Lo reconoces por su manera de resoplar.

Es Leo. Sus pensamientos son simples y claros.

«Vaya mierda.»

La puerta se cierra de nuevo, y sabes que tu hermano hará su entrada de un momento a otro.

Ahí está, y de mal humor. Cree que el fiasco de la piscina es su mayor problema. Está tan irritado que ni siquiera te presta atención. Te castiga con su manera de

ignorarte, porque piensa que duermes borracho en el sillón.

Entonces baja Tanner, y tu hermano se entera de que toda la mercancía ha desaparecido. Él se gira hacia Leo.

—Despiértalo.

Leo te palpa la cara y se muestra confundido: «¿Qué pasa con Oskar?»

Tu hermano lo comprende en cuanto Leo se alza de nuevo. Su comprensión recorre en un estado de pánico el sótano y choca con los precarios residuos de tu razón. Y luego le sigue un pensamiento que tú no entiendes en absoluto: «Un reptil, me estoy convirtiendo en un maldito reptil.»

—Ya no está aquí —dice Leo.

De repente tu hermano está cerca. Unos pocos centímetros os separan.

Desearías poder verlo. «Una última vez.» Pero tus ojos permanecen cerrados.

—¿Qué pasa con su cara?

—Eso es hielo. Debe de estar congelado.

«Error», piensas tú.

David se detiene junto a tu hermano y, con expresión seria, te da unos golpecitos en la frente, como si fueras un muñeco de cera. Un toc toc seco resuena.

—Leo tiene razón. Oskar ya no está aquí.

Cualquier cosa que pueda decir a continuación, desaparece en un agujero negro. Las interrupciones se producen cada vez más rápido y con mayor frecuencia. Solo cuando tu hermano te levanta el párpado izquierdo, regresas y lo ves: con el rostro flacucho, la mirada triste. Entonces escuchas sus pensamientos y ya no te cabe duda, por fin. Lo has sospechado todos esos años, has sospechado que Ragnar es el culpable de la muerte de vuestro padre. Solo tu mujer conocía tu teoría, jamás te atreviste a preguntárselo a Ragnar. La autopsia determinó que vuestro padre había muerto por un derrame cerebral, pero nadie pudo decir lo que había sucedido exactamente.

Ahora lo ves todo, porque tu hermano recuerda. Recuerda su propia rabia, el miedo de tu padre y el apartamento que tú jamás pisaste, la vida que tú nunca te viste obligado a ver. Tú lo entiendes, y estás orgulloso de Ragnar.

«Eres mi héroe —quisieras decir—. ¿Cómo pudiste irte a Berlín por esa razón?» Apenas lo has pensado, resuenan unos pasos, y tu hermano te cierra de nuevo el ojo. Pausa en las transmisiones.

Como agua mineral en un vaso, cuando las burbujas suben y se van haciendo cada vez más pequeñas, así eres tú ahora, así es tu pensamiento.

Acabas de ver a tu hermano, pero luego vino otra vez la oscuridad, y ahora aparece una nueva voz.

—De aquí.

—¿Y tus padres?

—De Eslovenia.

—¿Se entienden los eslovenos con los serbios?

—...

—Te he hecho una pregunta.

—Yo... Yo no lo sé.

—¿Eres esloveno y no sabes si los eslovenos se entienden con los serbios?

—Yo soy de Berlín.

Pausa.

Tu hermano está buscando a tu hija. Él no solo quiere a Taja, quiere también a las otras chicas. Y muy especialmente a Stinke. No sabe todavía quiénes son esas chicas. No tienen nombre, ni ninguna relación con Taja.

«Está bien así.»

Lo de las chicas es personal. El resto es negocio.

«Taja jamás te robaría nada —quisieras gritarle—, mi hija no es una de esas», pero ¿qué sabes tú? Tú estas muerto, tu yo es una burbuja que se deshace. ¿Qué sabes tú?

Pausa.

Dejan al chico solo. Él quiere ser un héroe y mantiene la boca cerrada.

Es uno de esos muchos idiotas que piensan que el amor lo puede todo y que nunca se acaba.

«Oye, mírame», te gustaría gritarle.

Y tus pensamientos se te escapan de nuevo.

Pausa.

Regresas cuando tu cuerpo se viene abajo, el frío te abandona y el tejido muerto empieza a desplazarse. Te sorprende que todavía puedas ver. Tu ojo izquierdo se ha abierto. El joven camina a lo largo de la piscina, como si estuviese buscando una segunda salida. Entonces el idiota saca su teléfono móvil. En serio.

—¿Qué? ¿Por qué no respondiste? Claro que intenté alertarte, pero tú no lo... ¿Qué? No, el padre de Darian ha cancelado el negocio y ahora yo estoy con la mierda al cuello. Me han secuestrado, ¿lo entiendes? Me esperaron delante del instituto y ahora estoy aquí, en un sótano, y me están machacando. Quieren saber quién eres... ¿Qué? En una casa con una piscina, y la piscina de hierba ahora está llena de agua, ¡imagínate! No, volverán enseguida... Del padre de Darian... ¿Sabes quién es...? Pues entonces puedes imaginarte lo cabreado que está, su hermano está ahí sentado, muerto, y las drogas han desaparecido. ¿Cómo pudiste robarle las drogas?... ¿Qué?... No, no te preocupes, él no me va a sacar nada. Es un gilipollas, pero lo voy a putear. A él y a sus guardaespaldas. —Y cómo se pasea de un lado a otro. Un puto gilipollas—. Pero no puede hacerme nada. Le voy a decir que es un pedazo de maricón, y si se lo digo es que lo es, ¿lo entiendes? Cuando salga de aquí, estará mirando por el

raballo del ojo durante una semana, por haberse metido conmigo. ¿Dónde estás ahora?... No, ni lo he pensado. Espera.

El chico calla. Te mira.

«Sabe que lo estoy observando.»

El chico se agacha delante de ti. Dice que es espantoso, y entonces te cierra el ojo izquierdo, y eso es todo, es la despedida, la burbuja se deshace, el tren desaparece en una curva y ya no lo ves más, ya no ves nada, porque se ha acabado, definitivamente.

Finito.

RAGNAR

El año después de la muerte de tu padre viviste en varios pisos compartidos y nunca saliste de Berlín. Eras un punk, un revolucionario, estabas ávido de mundo, pero al mismo tiempo lo despreciabas. Necesitaste ese año para llenarte de valor y llamar a tu casa. Oskar cogió el teléfono después del segundo timbre, como si hubiera estado esperando tu llamada. Si tu madre hubiese contestado, hubieras colgado sin decir palabra.

—Oye, hermanito, ¿me has echado de menos?

A Oskar aquello no le pareció gracioso, no le pareció gracioso nada de lo que le dijiste. Tu historia le sonaba poco convincente: que estabas hasta las narices de vuestro padre, que Berlín siempre había sido tu sueño. «Ser libre significa estar vivo.» Murmuraste algo así como que lo sentías, que sentías no haber llamado antes. Y entonces Oskar interrumpió tus excusas diciendo:

—Él está muerto.

Sin nombres, sin apelativos. Sencillamente «él». Sabías que tenías que hacerte el sorprendido. Pero no funcionó. Tú eras tú, y nada podía evitarlo.

Así que solo dijiste: «Vale», y sentiste alivio.

Era verdad.

Un perro se detuvo junto a la cabina telefónica, levantó la pata trasera y meó en el cristal. Tú le diste una patada al cristal, y el perro retrocedió asustado, dejando un amarillento reguero en zigzag sobre la acera.

—¿Cómo pudiste dejarnos solos? —preguntó tu hermano.

—No lo sé.

—¿Qué respuesta es esa?

—Si nadie hace nada, tampoco pasa nada.

Oskar colgó. ¿Qué respuesta tan estúpida había sido esa?

No podías endilgarle a tu hermano pequeño esos discursitos de revolucionario, además, era una frase que habías leído en un calendario.

Original no era.

Volviste a llamar. Oskar te preguntó qué querías. Te disculpaste. Y él te hizo saber que no se iba a dejar vender esa moto, que eso no le servía de nada. No pudiste por menos que reír. Oskar era un bocazas para ser un chico de trece, y eso fue exactamente lo que le dijiste, aunque sabías que tenía catorce. Querías irritarlo, para que fuera otra vez tu hermano y no siguiera ladrándote como cualquier adolescente cabreado.

—Ragnar, tengo catorce, y tú eres un auténtico cabronazo, demasiado hijo de puta para ser mi hermano.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y si te molesta lo que te digo, pues que te den.

Silencio. Los dos os habéis quedado escuchando la respiración del otro, entonces Oskar no aguantó más y se echó a reír, y tú reíste con él. Eso te produjo tal alivio, fue tan liberador, que en ese momento hubieras dado lo que fuera por estar junto a él.

—Te odio.

—Lo sé.

—¿Cómo pudiste desaparecer?

—Lo siento.

Y apareció de nuevo el silencio, esta vez lo interrumpiste tú.

—¿De verdad que está muerto?

—Un paro cardiaco. Lo encontraron en casa de otra mujer.

—¿Qué mujer?

—Ni idea. Tiene otro hijo. Un chico. El cabrón tenía dos familias, ¿te lo podías imaginar?

Asentiste y evitaste responder a su pregunta:

—¿Cómo está mamá?

Él te lo cuenta todo, te dice que fue como una presa que cede bajo la presión del pasado. Te enteras de cómo han vivido, de que la muerte de vuestro padre lo ha cambiado todo. Te informas sobre los amigos que ahora podían pasar por casa, de las risas que llenaban el piso.

—La tía Mara y la tía Joos estuvieron aquí. Media Noruega ha venido a visitarnos, y tú te lo has perdido, tío, te lo estás perdiendo, de verdad —dijo Oskar, y quisiste gritarle: «¡Estoy en Berlín! ¡Estoy allí donde hasta los osos bailan, así que no vengas a contarme que me estoy perdiendo nada!»

Cuando Oskar quiso saber cuándo volverías, le explicaste que no sabías, que tenías un trabajo, que te las arreglabas, o que tal vez pronto pasarías. Fue una mentira más. No querías volver a ver aquel pueblucho vuestro. Y Oskar debió de haberlo sospechado, porque no volvió a hacerte jamás esa pregunta.

A lo largo de los nueve años siguientes creció la distancia entre vosotros. Cuando Oskar acabó el instituto, se mudó con vuestra madre a Noruega, al viejo hotel, que por entonces estaba cerrado y necesitaba con urgencia una rehabilitación. Ulvtannen, el único hotel de playa del mundo que no tiene playa. Tu madre siempre había soñado con regresar.

Mientras tu hermano empezaba una nueva vida en Noruega, tus raíces en Berlín se consolidaban. Tenías trabajillos: repartir publicidad, turnos nocturnos en gasolineras, auxiliar en obras, camarero, reponedor en supermercados, repartidor de bebidas y vendedor de salchichas en algún kiosco. No había ningún trabajo que hiciera que se te cayeran los anillos, y tal vez todo hubiera seguido así hasta la eternidad si no hubieras dejado embarazada a uno de tus angelitos. Una familia con

perro, y tú empujando un cochecito por el parque y por las noches sentado con los colegas en el bar: la vida infinitamente libre de un desempleado en Berlín que no quiere nada más, porque tiene muy poco y necesita muy poco. Todo eso acabó el día en que Flipper apareció en tu vida.

Los años ochenta estaban a punto de expirar. Tú tenías veintitrés años y, desde hacía algunos meses, trabajabas en una tienda de vídeos que vendía cintas prohibidas bajo mano y vivía principalmente de copias pirateadas.

Flipper acababa de llegar de Vancouver, era el primo lejano de un buen amigo y esos días estaba en Berlín. A sus cuarenta y pocos, parecía un hombre de sesenta, y estaba tan cansado de la vida que mantenía los ojos abiertos solo con mucha dificultad. O como él mismo te contó: «Chaval, he visto tantas cosas que tengo que tomarme un descanso.» Flipper no solo era el hombre más cansado que se había cruzado en tu camino, era el mayor de los traficantes.

Nochevieja de 1989.

Tu padre llevaba casi una década bajo tierra, y el Muro estaba destruyéndose pedacito a pedacito. Berlín vivía la embriaguez de la libertad, y Alemania aún no sabía que un día estaría ante los restos del Este como ante una tumba abierta.

Los torrentes de personas no se detenían. Venían de todas partes, como si todo el bloque del Este se hubiera vaciado, como si Berlín fuera una puerta de vaivén por la que uno podía entrar y salir cuando quería.

Cada día que empezaba, aquella ciudad era para ti el sitio más excitante del mundo, solo aquella noche de Fin de Año te sentiste desplazado, fuera de lugar, lo cual tal vez tuviera que ver con el hecho de estar en un bareto lleno de humo junto a la estación de Görlitz, con la boca llena de sangre, escuchando a un viejo que se llamaba Flipper y que te estaba contado toda su vida con pelos y señales.

Te encontrabas mal. Esa misma tarde, un dentista rabioso te había extraído dos muelas del juicio en una operación de urgencia, y tenías la cabeza a reventar, como un retrete atascado que intenta respirar.

Normalmente ya estarías en cama desde hacía rato, pero la terquedad te mantenía en pie. Solo es Nochevieja una vez al año. Además, te gustaba la compañía de Flipper, aunque con aquel ruido solo entendías una palabra de cada tres.

Flipper se hubiera divertido más si hubiera tenido por compañía una marioneta. Tú no podías hablar, estabas hasta las cejas de analgésicos, no podías beber alcohol, pero lo de escuchar todavía funcionaba. Y Flipper hablaba sin parar. De su vida en Túnez, de sus experiencias con las drogas, de las mujeres y de los distintos huesos que le habían roto. Te señaló una cicatriz que tenía en la nuca, y te describió el cuchillo con el que casi le cercenan la cabeza. Había estado cuatro años en una cárcel italiana, había pasado a miles de emigrantes mexicanos a través de la frontera con Estados Unidos, y si el destino le tenía reservado un tiempo más, quería marcharse a

Alaska un día.

—Por el frío, ¿me entiendes?

Era la cháchara de un yonqui que envejece, que bebía Metaxa y fumaba unos puritos apestosos. Antes tú no tenías ni idea de quién era realmente. Por entonces no podías saber que estarías tres años más tarde al pie de su tumba, llorando. Por Flipper, por ti y por tu padre, pero especialmente por esa sensación de abandono.

Flipper no se apartó en toda la noche de tu lado. Te consiguió bolsas de hielo y apartó la vista cada vez que escupiste sangre en un vaso de plástico.

Hacia la medianoche, el bar empezó a llenarse de gente y ruido, y tú decidiste que tal vez un poco de alcohol podría ayudar a los calmantes. Durante una hora y ocho vodkas con limón te fue bien, chupaste cubitos de hielo y te enjuagaste la herida con alcohol, pero entonces te sentiste mal y tuviste que salir a rastras.

Berlín parecía estar jugando a la guerra.

La lluvia descendió como una cortina centelleante, el viento la agarró y la lanzaba contra las fachadas. De los balcones volaban petardos, y caían ante tus pies, y, en medio de tu embotamiento, viste que un grupo de borrachos intentaba recoger los petardos antes de que explotaran. La Wiener Strasse era una locura. No sabías adónde ir. Al cabo de diez metros, te tambaleaste y casi te caes al suelo. Flipper te sirvió de apoyo, mientras tú te sostenías entre dos coches aparcados. Él te sostuvo la cabeza, apartó de una patada unos petardos chisporroteantes y te limpió el vómito de la boca con la manga de su chaqueta. Un cohete extraviado aterrizó en medio de la calle, y por unos segundos quedasteis iluminados por una luz roja. Flipper te sonrió, y se pareció al mismísimo diablo acabado de salir de una bañera de sangre. Os detuvisteis en el portal de un edificio, el aire a vuestro alrededor olía a azufre y la lluvia que rebotaba sobre la acera os salpicaba hasta las rodillas.

—Vaya Nochevieja de mierda —dijo Flipper.

No querías volver al bar. Preferías quedarte allí de pie toda la noche, respirando profundamente el hedor y el frío de la lluvia. Flipper fumaba y miraba por encima de la calle, como si no estuviera en Berlín, sino muy lejos.

En Tijuana, en El Cairo, en Rabat. Llevaba el pelo canoso recogido en una trenza, no le caía ni un mechón sobre la frente. Contemplaste las arrugas de su cara, que parecían líneas trazadas al carboncillo a la luz de los cohetes que explotaban. Y te juraste entonces que cuando tuvieras cuarenta años no querías tener ese aspecto. Flipper notó tu mirada y te sonrió. Tenía los dientes de un color blanco radiante.

—¿Todo bien?

Asentiste. Poco a poco empezó a gustarte el hecho de que no pudieras hablar.

—¿Tienes algún problema con la coca?

Te encogiste de hombros, el alcohol y la marihuana habían sido hasta ahora tus únicos pecados, pero si Flipper pensaba que en este estado la coca te haría bien, tú

serías el último en decir que no. Era Año Nuevo, y había que tener nuevos propósitos, tomar nuevas decisiones.

—Tengo un paquetito aquí.

Tomó una calada de su purito, con cada palabra que decía exhalaba humo.

—¿Puedes guardármelo?

Escupió.

—¿Por un par de días?

Asentiste de nuevo, entonces Flipper te pasó la mano por la cabeza, como si tuvieras diez años, y te preguntó dónde vivías. Brazo sobre hombro, bajasteis por la Skalitzer Strasse. Tu época de okupa había llegado a su fin el año anterior, cuando conociste a tu ángel número once. Ella era enfermera, y el piso en aquel edificio tan chic estaba a su nombre, tres habitaciones en la Prinzenstrasse, con un pequeño balcón que daba al patio interior.

—Mejor alguna vista que ninguna —dijo Flipper, y dejó la puerta del balcón abierta. Oíais la ciudad, oíais la lluvia y estuvisteis charlando hasta las nueve de la mañana. El dolor en tu boca había disminuido, y ahora hasta podías articular las palabras. Fue la mejor conversación de tu vida. Flipper se mostró interesado, quería saberlo todo sobre ti; y tú lo soltaste todo como nunca antes lo habías hecho. También le hablaste de tu padre, sobre todo le hablaste de tu padre.

—Así que te lo cargaste —dijo Flipper al final.

Tú solo lo miraste, sin saber lo que debías responder.

—No, está bien —siguió diciendo Flipper—. Es bueno que lo hayas soltado de una vez. En fin, si me preguntas a mí, te perdono. El resto tienes que resolverlo tú solito.

—No hay nada que perdonar —fue lo que dijiste tú.

Flipper asintió como si no hubiese esperado otra respuesta. Luego dijo algo que no has podido olvidar hasta hoy y que te insufla valor en los momentos más difíciles.

—Tu padre hubiera hecho exactamente lo mismo. Él no hubiera tenido piedad contigo. Hiciste bien.

El ángel número once llegó a las once a casa de su turno en urgencias, y os preparó un revuelto; luego dijo que debíais dormir, y te llevó a la cama.

Flipper, con una manta, se acomodó en el sofá del salón. Dormisteis hasta la tarde y os encontrasteis luego en el cuarto de baño. Flipper llevaba puesto tu albornoz y se parecía mucho a Christopher Lee.

—He hecho café —dijo.

—¿Desde cuándo estás despierto?

—Desde hace diez minutos.

Te metiste bajo la ducha, y luego tomasteis café. Flipper no mencionó ni una sola vez lo del paquetito. Hizo dos llamadas y luego estuvo sentado en el retrete una

media hora. Cuando sonó el timbre de la puerta, abriste, pero allí no había nadie. Solo una bolsa de papel sobre el felpudo.

—Buen servicio.

Flipper estaba de pie detrás de ti, subiéndose la cremallera de los pantalones. Estiró la mano por tu lado y levantó la bolsita de papel del suelo, la sopesó y te la entregó. Luego cogió su mechero y el paquete de puritos de la mesa, se puso el abrigo y se despidió con un apretón de manos.

—Ahora tengo que irme, y mantén el ánimo.

Fue la última vez que lo viste con vida. El olor de sus puritos se mantuvo durante cuatro días en el piso, pegado a las cortinas y al sofá.

En la bolsa estaba el paquetito. Tú jamás lo tocaste, lo metiste en el armario de la ropa y allí lo dejaste olvidado. Supiste desde el principio lo que había que hacer. Por instinto. Seis semanas después, Flipper te telefoneó.

Eran las tres de la madrugada. Flipper estaba haciendo una escala en Vladivostok y quería preguntarte si podías llevar aquel paquetito a Dahlem y entregarlo.

—¿Ahora mismo?

—Si no tienes nada mejor que hacer...

No tenías nada mejor que hacer, así que subiste a tu bicicleta y fuiste hasta Dahlem con el paquetito. Hacía un frío insoportable, pero disfrutaste yendo en febrero a través de la ciudad dormida. Era algo salvaje, era distinto, era la vida.

Esa mañana conociste a tu segundo traficante. Marcel Tanner te recibió con una taza de té y una pipa bien cargada. Fue amistad a primera vista, y Tanner se convirtió en los años siguientes en tu mentor, antes de que dejara el trapicheo y entrara en tu empresa como accionista. Desde entonces has sabido mantener el círculo en unas dimensiones pequeñas, porque ser pequeño significa estar a resguardo, lo pequeño es fácil de controlar. El esfuerzo valió la pena. La empresa tiene ahora tres accionistas, además de un informático, un técnico de laboratorio y dos abogados. Os habéis convertido en una pequeña familia muy cohesionada y en la que hay confianza mutua. Y aunque no lo vas a admitir nunca, aquella vez actuaste como quería tu padre.

Todo comienza y acaba con la disciplina.

El chico que está delante de ti sabe lo que es la disciplina. El cañón del arma presiona contra su cabeza, y la cabeza cede un poco, el chico no ofrece resistencia, no se encoge. Te recuerda un poquito a ti mismo, aquella vez, cuando estuviste frente a tu padre y levantaste el mentón en gesto desafiante, y soportaste la paliza sin mostrar un ápice de debilidad. La debilidad solía encender a tu padre. No venirse abajo, jamás ponerse de rodillas. «Morder, siempre morder.» Sin esas mordeduras jamás hubieras venido a parar a Berlín. Estarías todavía en tu pueblucho, serías un tonto más, alguien que teme a su padre y a la vida.

Tal vez sea el parecido, o tal vez sea la circunstancia de que llevas dos minutos de pie junto al chico, con la pistola contra su cabeza. A partir de cierto tiempo, cualquier amenaza pierde su efectividad.

Dejas caer el arma.

El joven no se mueve, mantiene la cabeza ladeada, desconfía.

«Como Oskar y yo.»

Sientes un cosquilleo en la espalda y tienes la sensación de que tu hermano muerto te está observando desde su sillón. «Él está muerto, ya no ve nada», te dices, y te preguntas qué consecuencias desencadenará su muerte y a quiénes tendrás que dar la noticia. Hay un montón de gente que debe saberlo. ¿Qué les vas a decir? ¿Cómo se lo vas a explicar?

—¿Todo bien? —pregunta Tanner.

Asientes, aunque tus pensamientos están muy lejos, tanto que casi te da vergüenza. Si tu hermano muerto supiera lo que estás pensando ahora mismo, regresaría de entre los muertos para estrangularte. Ya nada se puede reparar. Y aunque lo sabes, desearías poder sacar ahora el móvil, como si nada, y llamar a Majgull. Echas de menos su voz. Ella sabría qué hacer.

Ahora sería una gran ayuda para ti.

Dos años después de la caída del Muro tu negocio prosperaba y tú empezabas a trabajar con correos, lo mismo si se trataba de drogas, de armas o de antigüedades. A ti, en realidad, qué fuera el producto no te interesaba.

Tú eras el supervisor de la logística, y en eso eras de los mejores. Con tu empresa, te habías labrado una posición que te permitía dirigir el mercado, como un director de orquesta, pero en la sombra. Quien quisiera seguridad para su mercancía, tenía que recurrir a ti. Ya entonces eras consecuente y estabas entusiasmado con lo que hacías, ávido, hambriento. Tú mismo dictabas las reglas, y nadie las rompía. Sin esa coherencia ni esa avidez te hubieras quedado trabajando en aquel videoclub.

1992 fue un año dorado. La empresa se había establecido, tus contactos llegaban hasta Australia y el mercado asiático quería hacer negocios con vosotros. Tampoco podías quejarte en lo privado. Estabas con el ángel número catorce. Se llamaba Helen, estaba embarazada de siete meses y, a mediados de mayo, se convertiría en la madre de Darian. El mundo parecía estar lleno de sorpresas positivas, y también la llamada de tu hermano se sumó a esas sorpresas, sin duda. Oskar ya estaba harto de aquella distancia entre vosotros y dio un paso en dirección a ti.

Te invitó a su boda.

Por vuestras pocas conversaciones telefónicas, sabías que había conocido a una mujer, pero no sospechabas que la cosa fuera tan en serio. No habías visto a tu hermano en once años. Por pura intuición, te habías mantenido alejado de él. Quizá,

sencillamente, tenías miedo de presentarle al nuevo Ragnar. Quién sabe. En cualquier caso, nadie podía saber lo fatal que sería ese encuentro entre vosotros. Fue un error que jamás debiste cometer.

Actuaste espontáneamente.

La invitación de tu hermano llegó en el momento justo. El éxito implicaba mucho estrés. Necesitabas un respiro. Tanner fue el único en decirlo abiertamente:

—Nada de llamadas, nada de preguntas, nada de Berlín. Sé un extraño en tierra extraña, del resto me ocupo yo.

Cogiste el coche. Desde Rostock partía tres veces al día un trasbordador hasta Trelleborg. Te quedaste en la cubierta del barco, reflexionando sobre todos esos últimos años. La empresa, tu ángel embarazado, tus éxitos. Fue muy purificador hacer un resumen. «Voy a ser padre», pensaste entonces, y te preguntaste para qué podía servir eso. Cuando el barco atracó, atravesaste Suecia sin detenerte y solo paraste al cruzar la frontera para pasar la noche en suelo noruego.

No sabías qué esperar. Tal vez un momento de iluminación, con las voces ebrias de tus antepasados llamándote, de buen humor, algo así.

Pero nada de eso sucedió, fue una noche como otra cualquiera. Por la mañana te inundó una calma agradable, una calma que te acompañó hasta el lejano norte. Para ti era importante recorrer todo el camino conduciendo tú solo. Era tu propia forma de meditación. Estar solo. Sin los pensamientos de otro.

Por supuesto te equivocaste de carretera y tomaste la que no llevaba al hotel de la playa, de lo contrario, todo hubiera sido demasiado perfecto.

Llegaste a un pueblo llamado Lunnis y le preguntaste a un chico que estaba sentado al borde de una fuente, mientras sujetaba por la correa a un perro bastante flacucho. El chico saltó de la fuente, te hizo doblar la esquina y te enseñó el acantilado que se alzaba como el brazo furioso de un gigante con el puño en alto.

—¡Ulvannen! —dijo el chico.

Miraste hacia arriba y solo viste una basta pared de roca. Oskar no había mentido, el hotel solo podía verse desde el fiordo.

Quién sabe, tal vez tus antepasados tenían un extraño sentido del humor y pensaron que alguna vez el fiordo podría trepar por el acantilado, hasta el borde, con lo cual el hotel podría convertirse por fin en un hotel de playa. O pensarían que la playa de guijarros que estaba al pie del acantilado sería suficiente para atraer a los turistas. Pero en fin, pensarán lo que pensarán tus antepasados, lo cierto es que nada consiguió quitarles la idea de la cabeza, y construyeron un hotel de playa que recuerda una de esas suntuosas mansiones de la época colonial.

Te metiste de nuevo en el coche y encontraste la carretera.

«Como salido de un cuento de hadas», fue tu primer pensamiento cuando el hotel

apareció ante ti tras la última curva. Un imponente abeto del Cáucaso se alzaba a la izquierda del hotel, arrojando su sombra sobre la fachada. Eso te recordó que antes había allí únicamente abetos, todo un bosque, lo cual debió ofrecer una vista muy especial: centenares de abetos meciéndose al viento.

«El hogar.»

El hotel había quebrado a finales de los años setenta. La familia se había dispersado por el mundo y ya no quería invertir más dinero en el viejo edificio. Conocías el hotel solo por fotografías, tu padre jamás mostró interés en viajar con vosotros al lugar donde había nacido tu madre. Oskar había hecho un gran trabajo. Desde su llegada a Noruega, hacía cuatro años, tu hermano trabajaba para salvar el hotel. Había pintado la fachada, renovado las instalaciones de agua y electricidad, y mejorado el techo.

Era un nuevo comienzo. En aquellas fotografías, el hotel no tenía un aspecto tan estupendo.

Aparcaste el coche en la subida y bajaste. Estabas a punto de sacar el equipaje del maletero cuando se abrió de golpe la puerta de doble hoja, y allí estaba tu hermano pequeño. Si te lo hubieras tropezado por la calle, no lo hubieras reconocido. Hasta ese momento, el que había seguido habitando en tu cabeza era aquel chico de doce años que te robaba tus cómics y se acurrucaba a tu lado, sin llamar la atención, para que tú lo protegieras del mundo.

—¡Ragnar!

Fue una sensación agradable abrazarlo.

Fue como llegar a casa.

El hotel de la playa tiene doce habitaciones, repartidas entre la primera y la segunda planta. Las habitaciones tienen vistas al fiordo, y en cada una de las plantas, rodeándolas como un cinturón, hay una terraza. Cuando uno está en ella y mira hacia abajo, el fiordo te devuelve la mirada desde el fondo.

Tu madre vivía entonces en la planta baja, y tu hermano había ampliado la de arriba, para él y para su prometida. Había derribado paredes y creado espacios muy amplios. La segunda planta todavía no había sido casi tocada por las reformas. Escogiste la única habitación que estaba lista, y te quedaste un rato en la terraza, mirando hacia abajo, hacia el fiordo, antes de ir a ver a tu madre.

Ella rompió a llorar de inmediato y no paró de acariciarte, como si quisiera comprobar que eras tú de verdad. No te hizo ningún reproche, y recalcó una y otra vez lo mucho que te parecías a tu padre. No era una comparación agradable, pero tú no dejaste que se te notara.

Ese día aún no podías saber que un tumor estaba a punto de extenderse por el vientre de tu madre. Le quedaba medio año de vida. Tu segunda visita a Ulvtannen fue para asistir a su entierro.

Después de la cena bajaste con Oskar por la carretera hasta el pueblo.

Te presentó a amigos y conocidos, y apenas entendiste una palabra. Tu noruego se había oxidado, y tenías que responder en inglés. La gente te cayó bien, todos te acogían como a un hijo pródigo, pero tú tenías otros problemas.

Nadie notaba lo mucho que te deprimía aquel lugar idílico. Llovía, y el fiordo era como una sombra amenazante. Oskar te dijo que no podía imaginarse viviendo en otro sitio. Adoraba el hotel, la niebla matutina sobre el agua, y hasta el trabajo le gustaba: cuatro días a la semana viajaba hasta Vik, hasta la hidroeléctrica donde había conocido a Majgull.

—No necesito más para vivir —decía tu hermano.

Majgull vivía en una granja situada a cuatro kilómetros de Lunnis. La familia os recibió muy afectuosamente, un perro te saltó encima, un niño pequeño te abrazó la pierna izquierda y no quiso desprenderse de ti. En un salón enorme, todos se reunieron a vuestro alrededor, se sirvió aguardiente y brindasteis, respondisteis preguntas, y entonces, como salido de la nada, se desató el fuego. Jamás habías contado con eso. Conocías la situación por películas y libros. Te sentiste desprotegido y desnudo. Bastó una mirada, y ardiste como un haz de leña.

«Majgull.»

Hasta hoy crees que nadie notó nada. Ni tus miradas, ni el susto en los ojos de ella, cuando estuvo frente a ti, con el pelo todavía mojado por la ducha, la piel enrojecida, y una película casi invisible de perlas de agua en el labio superior. Y tan seguro estás hasta hoy de que nadie se dio cuenta de nada, como seguro estás, también, de que Majgull fue la única que te caló al momento. Ella se dio cuenta del peligro. Percibió tu hambre.

—Me llamo Ragnar —te presentaste.

—Majgull —dijo ella, y vaciló un instante antes de inclinarse un poco hacia delante, como si quisiera revelarte un secreto. Habló en voz baja, con palabras que solo habían sido concebidas para ti.

—*So you are the one who killed his father.*

No fue una pregunta, sino una afirmación. «Conque eres tú el que mató a su padre.» Tú no reaccionaste, solo la miraste, mientras una idea clara pasó por tu cabeza: «Oskar lo sabe.» Majgull soltó tu mano y se dirigió a tu hermano. Rieron, él la abrazó, y no fue necesario nada más, bajaste la vista, obnubilado, y desde ese momento intentaste apartarte del camino de Majgull.

«Dos días —pensaste—, y me largo.»

Oskar no te mencionó la muerte de vuestro padre ni una sola vez, y tú te cuidaste bien de no abordar el tema. Aunque Flipper pensara que habías actuado bien, no estabas seguro de cuál sería la reacción de tu hermano pequeño. Todo entre vosotros parecía estar claro, y así debía seguir. El día de la boda se acondicionó el salón de

fiestas del hotel y se preparó un bufé. Un grupo de música estaba ensayando desde el desayuno éxitos de los sesenta, y tú le dijiste a Oskar que tenías que hacer un par de llamadas con calma. Por entonces Oskar todavía pensaba que te dedicabas a la construcción. De tal padre, tal hijo.

Huiste del ajetreo y te fuiste a caminar a lo largo del fiordo. El tiempo había cambiado, y el paisaje brillaba de repente bajo una luz totalmente distinta. Durante tres horas estuviste sentado sobre la hierba, mirando el agua y empezando a entender a Oskar. Si uno aspiraba a poco, podría encontrar más que suficiente aquí.

Ella estaba con sus damas de honor, sentada en un prado por el que tú estabas caminando, pues pensaste que era un atajo para llegar a Ulvtannen.

Aquellas mujeres parecían unas sirenas a la espera de un marino solitario. Y tú fuiste a parar donde ellas, como un barco que naufraga. La embriaguez de lo femenino te rodeaba. Y en medio estaba Majgull. Allí, en medio, estaba Majgull.

Te ofrecieron de comer y de beber. Su toско inglés te excitaba, sus meras palabras bastaban para seducirte. Había tanta calidez en ellas que por primera vez en tu vida fuiste consciente de que un hombre necesita más de una mujer a su alrededor.

«Para probarlo todo, para no perderse nada.»

El banquete nupcial debía celebrarse a última hora de la tarde, después de la boda. Una vez que comiste y bebiste, las damas de honor te explicaron que el primer hombre que se tropieza con la novia y su séquito es el último que debe besarla antes de entregarla a su marido.

—*You have to do this, please, please, please!* —te rogaron las damas de honor, y con ello quedó sellado tu destino.

El tuyo, el de Majgull y el de tu hermano.

Los labios de Majgull se comprimieron, duros, contra los tuyos, y luego se ablandaron por unos segundos, y tú lo viste en los ojos de ella, esos ojos claros y abiertos que te observaban del mismo modo que tú los observabas.

Las damas de honor aplaudieron. Majgull te apretó el brazo, en señal de gratitud, y luego rio, y con esa risa su aliento aterrizó en tu boca.

Eso lo recuerdas bien.

Su aliento en tu boca.

La boda tuvo lugar en la *stavkirke* de Hopperstad, en Vikøyri. Era un sitio estrecho y con olor a moho. Treinta personas intentaron hallar un sitio en aquel edificio histórico que ya tendría que haberse derrumbado por sí solo hacía más de cien años. Tú estabas apoyado en una de las columnas, sin entender ni una palabra de la ceremonia. Te resultaba difícil no mirar descaradamente a Majgull. Tus manos estaban cruzadas a la espalda, nadie debía ver tus puños. Más tarde viajasteis hasta Ulvtannen en una caravana de coches, los cuales aparcaron a lo largo del acantilado, por todas partes habían colgado lucecitas y guirnaldas, había niños correteando y la

música podía oírse hasta en Lunnis.

No te enteraste apenas de nada de la fiesta. Bebiste, comiste. Una de las damas de honor empezó a flirtear contigo, y otra se esforzó en que bebieras un aguardiente destilado por ella misma. A cada rato aparecía Oskar a tu lado, radiante de alegría, te rodeaba con su brazo y te decía lo contento que estaba de tenerte allí.

—Sin ti esto no sería auténtico.

Te marchaste al amanecer, cuando todos dormían aún. La niebla volvía a flotar por encima del agua, las guirnaldas rumoreaban a causa del viento, y no te tropezaste con nadie, no había nadie en ninguna de las ventanas para decirte adiós. Dejaste una breve nota. El trabajo te llamaba. Hasta pronto, tal vez. Y le deseaste a la pareja todo lo mejor.

Las semanas siguientes continuaste viajando rumbo al norte, para perderte en la soledad. Nadie sabe lo que pasó en ese tiempo, nadie tiene que saberlo. Tus pensamientos giraban en torno a la mujer que ahora pertenecía a tu hermano. No pensaste en tu angelito embarazado. Ni un solo segundo.

Cuando regresaste a Berlín eras otra persona. Te volcaste en el trabajo y dejaste de imaginarte un futuro con Majgull. No deseabas inmiscuirte en la vida de tu hermano. A mediados de mayo, Darian vino al mundo, y te convertiste en parte de una nueva familia.

Cuando tu madre murió, cuatro días después de Nochebuena, viajaste de nuevo a Noruega. Esta vez tomaste prestado el *jeep* de Tanner. Te recibió un oscuro paisaje invernal que encajaba muy bien con tus pensamientos. El hotel parecía demasiado seductor, la nieve demasiado blanca.

Solo pasaste una noche en Ulvtannen. Oskar no se apartó ni un solo instante de tu lado, lo cual estuvo muy bien. De ese modo pudiste evitar a Majgull más fácilmente. Ella debió de darse cuenta, pues os dejó a ambos a vuestro aire. Soportasteis vuestro luto, os emborrachasteis a conciencia y os visteis envueltos en una pelea en un bar. A la mañana siguiente enterrasteis a vuestra madre en su tumba, y a continuación te pusiste las gafas de sol y emprendiste el viaje de regreso. La ceremonia fúnebre no te interesaba.

Huiste de Noruega a la carrera, no volverías nunca más. Lo juraste. Tu familia te esperaba. Tu hijo, tu mujer. Y por un tiempo tu vida funcionó sin problemas, como si ya no tuvieras más sueños. Durante un tiempo habías sido el hombre más hambriento en un mundo de gente harta.

—¿Puedo irme ya?

Esas palabras te sacan de tus pensamientos. Miras al chico, que te ha mentido y ahora quiere irse a casa. Sabes que ha hablado por teléfono con la chica. Has oído lo que ha dicho sobre ti. Cada insulto. Le preguntas:

—¿Sabes lo que me cabrea de los gilipollas como tú?

Él se encoge de hombros y pone de nuevo esa sonrisa de mártir. Si tuvieras veinte años menos, te pegarías con él. Le dices lo que piensas de él y de su generación, pero a tus palabras les falta fuego, en realidad ya no tienes ningún interés en ese chico. Ponle fin. Bueno es lo bueno, pero no lo demasiado.

Le pides que te entregue su móvil.

—No tengo nin...

—¡dime una cosa! ¿pretendes putearme? ¡dame ahora mismo tu jodido móvil!

Él lo saca de un bolsillo trasero de su pantalón y se dispone a entregártelo, pero entonces comprende por qué lo quieres. Retira el brazo, pero Leo es más rápido.

—Suéltalo.

Leo coge el teléfono y retrocede de nuevo. El chico se muestra inseguro.

Probablemente se esté preguntando si ahora todo vuelve a estar bien. Luego lo comprende. De repente ha comprendido la relación que hay en todo aquello: las chicas, las drogas, la piscina y, por supuesto, su papel en toda esa historia; todo tiene ahora sentido. Sus mentiras, sus verdades, su vida insignificante. Todo. Y eso lo hace retroceder, la silla se vuelca y golpea contra el suelo; si pudiera, ese chico echaría a correr ahora mismo. Tú no te mueves del sitio, sus reacciones son previsibles, las ves en sus ojos. Quiere decir algo, pero también para eso es ya demasiado tarde.

Levantas el arma y le disparas en la cabeza.

—¿Y bien?

Leo frunce el ceño y te entrega el móvil del chico. El último número marcado tiene un nombre asignado.

—¡¿Stinke?!

—Tal vez sea un apodo —dice Leo.

Llamas. Suena seis veces. Entonces oyes un ruido, alguien grita algo, alguien ríe, reconoces su voz de inmediato, ella dice:

—Joder, tías, cerrad el pico, que no oigo nada. ¿Hola? ¿Mirko?

—Hola, Stinke —dices tú.

Silencio, los ruidos de fondo se han acallado. Ya ha comprendido que no eres Mirko. Y probablemente también sepa con quién está hablando.

—Teníamos un trato —le recuerdas.

—A la mierda el trato.

—Te encontraré. No podrás esconderte siempre, acabaré encontrándote.

—Ya te lo dije, no te tengo miedo.

—Pequeña...

—Hijo de puta —te interrumpe, y corta la comunicación.

SEGUNDA PARTE

I

*i'm riding faster than a million miles per hour
with the motorcycle angels
i'm an angel*

kid loco
motorcycle angels

EL VIAJERO

Ahora ya sabemos bastante de ti y te conocemos un poco más, pero aún no sabemos de dónde vienes ni por qué eres así. Permítenos ir más atrás.

Permítenos regresar al día en que supiste por primera vez que el mundo giraba de otro modo en cuanto se daba un paso fuera de la realidad.

Es diciembre.

Es el año 1976.

Es la última hora de la tarde.

Una familia cena, mientras el invierno brama y las calles, con callada resignación, desaparecen bajo la nieve. No hay ruidos de coches, no hay niños jugando, y hasta los perros han dejado de ladrarse en las aceras. El padre y el hijo están sentados en silencio a la mesa, la madre está apoyada en la cocina. Ella nunca se sienta. Ella suele comer más tarde, sola, porque así tiene más tranquilidad. Eso dice ella. Tu madre, tu padre, tú. Eres consciente de que tus padres no se entienden desde hace años. Se soportan. Tu padre duerme en el sofá. Tu madre se encierra en el cuarto de baño. En público son dos sombras que jamás se tocan. En la casa hacen como si el uno o la otra estuvieran de mal humor, como si vosotros, los niños, no entendierais lo que ocurre ante vuestros ojos. Ninguno de los dos cree en el divorcio. El divorcio es para perdedores. Y tu padre es un ganador. No piensa dejar marchar a tu madre. En la mesa de la cocina os sentáis todos frente a frente. Tu madre a la derecha, tu hermana a tu izquierda. Su lugar está hoy vacío. Hoy tiene clase de baile. Puede llegar tarde.

—Bueno, siéntate ya —dice tu padre, y tu madre lo ignora y enciende un cigarrillo. Está apoyada en esa maldita cocina, como si no pudiera sostenerse en pie por sí sola. Desearías que se gritaran. Desearías que se abalanzaran el uno sobre la otra con cuchillos en las manos. Y sería bonito que tu madre saliera victoriosa. Todo sería más fácil.

La noticia os llega cuando tu hermana llega de la clase de baile. Tú lo sabes desde que las oyes correr en el pasillo. El ritmo de sus pasos, su pánico sordo. Solo cuando ella está en el marco de la puerta, dice: —¡Robbie está muerto!

Tu padre te mira asustado, como si hubieses sido tú quien ha pronunciado esas palabras. Tu madre se lleva las manos a la boca, el cigarrillo se le cae de los dedos. Tú bajas la mirada, porque no sabes cómo debes reaccionar. Observas la brasa del cigarrillo, ves cómo, poco a poco, va abriendo un agujero en el linóleo. Cuando levantas la vista, tu padre te sigue mirando, asustado.

Diez minutos después. Tu padre despeja la entrada del coche con la pala. No tendría que hacerlo, podríais atravesar el jardín hasta la casa de los Danisch, pero tu padre necesita un pretexto. Ganar tiempo. Esparce arena.

Deja la pala en el garaje. Lo cierra. Entra en la casa. Tu madre ha hablado por teléfono con la madre de Robbie, reclaman vuestra ayuda. Tú estás sentado en tu habitación, contemplando la nevada, que golpea la ventana como un enjambre de insectos furiosos. Tus padres hablan en la planta baja. Los oyes a través de la puerta. Tal vez se olviden de ti.

Tu hermana te mira fijamente y te pregunta si vas a venir o qué. Te levantas, pasas por su lado y oyes a tu padre decir: —Esto no es para mí.

—¿Qué quieres decir con eso de que no es para ti?

—Pues eso.

—Pero Karen y Thomas son nuestros amigos.

—No son mis amigos. Son vecinos.

—¿Cómo puedes...?

Guardáis silencio mientras bajáis la escalera. Tu hermana va muy pegada detrás de ti. La oyes mascullar, siempre masculla cuando tiene miedo.

—Id delante —dice tu padre, y desaparece en el salón.

Sus botas están en el pasillo como dos tocones de árboles recién cortados. La nieve bajo las suelas se ha solidificado en grumos, y no quiere derretirse. Tu madre abre la puerta de la calle y lanza las botas hacia fuera.

En el salón se enciende el televisor. Tú quisieras sentarte frente a él. Quisieras que sacaran los cuchillos. Y ahora tu padre podría ser tranquilamente el vencedor.

—Cobarde —oyes decir a tu madre, a media voz.

—¿Qué le pasa a papá? —pregunta tu hermana.

—Está cansado —responde tu madre.

—Yo también estoy cansada —dice tu hermana, tiene una mirada vidriosa, como si las lágrimas de sus ojos se negaran a salir. Tu hermana tiene siete años, Robbie tenía trece. Tu madre quiere que os pongáis algo negro.

Vais arriba y os cambiáis de ropa.

—¿Qué es eso?

Te miras. Tu único jersey negro tiene un tiburón blanco delante. Tiene la boca abierta de par en par.

—No pensarás ponerte eso.

—No tengo nada más.

—Si los padres de Robbie te ven con eso, les va a dar...

Tu madre enmudece, se lleva la mano a la boca y niega con la cabeza, como si no supiera qué decir. Regresas a tu cuarto y sacas del armario un jersey de lana de color azul oscuro.

—¿Mejor?

Tu madre está junto a la ventana y se suena de espaldas a ti. En realidad, le da igual el jersey que te pongas. En el reflejo de la ventana puedes ver que ha cerrado

los ojos. La nieve choca contra el cristal. Desde algún lugar oyes hablar a tu hermana. Quieres ir a ver cómo está, pero sabes que tu madre te tiene que dejar ir.

—Yo no quiero perderte —la oyes decir, como si aquello tuviera que ver con lo que estaba pasando.

Es terrible. Los Danisch están sentados uno al lado del otro en el sofá y tienen un aspecto lamentable. Ha venido la tía Henna, que no es tía de nadie.

Vive a dos calles de allí, y se ha autonombrado tía de todos. Siempre está cuando uno la necesita. Las mujeres cuentan que la tía Henna enterró a su marido en el sótano, porque quería conservarlo para ella. Crees que eso es mentira. La tía Henna es atractiva. Muchos hombres vuelven la cabeza cuando pasa, así que no necesita enterrar a uno en un sótano.

La tía Henna trae café y aguardiente, y habla en voz baja con vosotros.

Dice todo lo que dirían los Danisch, si ellos hablasen con vosotros. Es como oír la radio. Al cabo de media hora, la señora Danisch deja la habitación y va arriba. Tu madre la sigue. No pasa un minuto y los gritos de lamento de la señora Danisch resuenan desde la planta de arriba. Se te pone la piel de gallina. Todos los demás hacen como si no los oyeran. Bebes una cuarta taza de café y sientes ganas de meterte el dedo hasta la campanilla para vomitarlo.

Tu hermana se ha enrollado como una gata en el sillón y duerme. La tía Henna te sirve café otra vez. El señor Danisch coloca su mano sobre su taza vacía. Quisieras arrastrarte bajo la mesa para que todos te olviden. El tablero de la mesa es de cristal. El señor Danisch te vería. Y no te olvidaría. Te preguntaría qué estás haciendo. Te tomas tu café. No se te ocurre nada mejor.

El señor Danisch va hasta el jardín. Lo sigues. La nieve se ha acumulado. Todo el jardín parece como sumergido en un vaso de leche. La piscina cubierta no ha cambiado. Eso es un enigma para ti. Tendría que haber cambiado. Acababais de nadar en ella, acababais de estar ahí, persiguiéndoos de un extremo al otro de la misma, mientras la nieve mostraba su furia a vuestro alrededor, sin poder haceros nada. Pero de repente la piscina se ha vuelto tabú a pesar de que nada en ella ha cambiado. Cuando entrecierras los ojos, ves a Robbie. Los brazos extendidos, la cara hacia abajo, desnudo e inmóvil.

Nada.

—Ojalá nunca hubiéramos construido esa piscina —dice el señor Danisch, y le da al interruptor. El techo empieza a moverse lentamente. La nieve cae con fuerza a través de la abertura y se disuelve en la superficie del agua.

—Es la mejor piscina de toda la ciudad —afirmas, pero tus palabras son huecas, vacías, como el espacio en el que está alojado tu cerebro.

—Lo sé, Robbie solía decir lo mismo —responde el señor Danisch, que se da la vuelta sin cerrar el techo. La nieve te golpea en la cara, hay nieve por todas partes. El

agua empieza a desprender vapor. Robbie había ajustado la temperatura para vosotros esta mañana. Te gustaría accionar el interruptor y ver cómo el techo vuelve a cerrarse sin hacer ruido. Como un ojo cansado.

Como tus pensamientos, si pudieras pensar. Pero no te atreves a tocar el interruptor. No sabes si el señor Danisch perderá los estribos si lo haces.

Lo oyes decir en el salón:

—Todo fue muy rápido.

Y la tía Henna responde:

—El chico no sufrió.

Y desde la planta de arriba se oyen los llantos de la madre de Robbie.

—Aquí.

Tu padre ha venido. Lleva puesto su mejor traje. Se ha afeitado y dice que lo siente, y apenas puede controlarse.

—Reacción retardada —lo llama él, y el señor Danisch asiente y le estrecha la mano. Más tarde, los dos hombres se retirarán al sótano, se sentarán en dos banquetas y se pasarán de un lado a otro una botella. Whisky o vodka o coñac. Conoces las reservas de alcohol que tienen los Danisch.

Sabes detrás de qué pila de libros está escondida. Vosotros habéis vaciado la botella de vodka hasta la mitad y la habéis rellenado con agua. Los hombres no lo notarán. El señor Danisch le confesará a tu padre lo culpable que se siente. Buscará un buen pico para destruir esa piscina. Tu padre intentará impedirselo. Más tarde. Pero ahora tu padre no te quita la vista de encima. Es la misma mirada con la que te ha mirado cuando tu hermana entró corriendo en casa, trayendo la noticia de la muerte de Robbie. Conoces el problema de tu padre. Puedes leer en sus ojos. Se imagina que te ha pasado a ti. Como si algo así pudiera pasarte. Tu madre piensa lo mismo. Apenas se comunican entre ellos, pero cuando lo hacen, usan una misma frecuencia de ondas.

—Bueno, bebe.

Tu padre te ofrece una botella de cerveza. Eres demasiado joven para beber cerveza. Trece años es demasiado joven. El café está bien, pero la cerveza es tabú. Sin embargo, la muerte de Robbie hace que tu padre te vea con otros ojos. Él ni sabe la edad que tienes. A partir de hoy todo es posible.

Bebe.

—Gracias.

Bebes un sorbo y luego haces girar la botella entre tus dedos, como has visto hacer en la televisión. Tu hermana se ha despertado y bebe de su CocaCola. ¡Cuánto no darías ahora por una CocaCola!

Estáis delante del ventanal. Pensaste que todos evitarían mirar a la piscina. Pero todos la miran, como si a cada momento pudiera suceder algo y hacer que el tiempo

retroceda, para que Robbie pudiera salir ileso del agua.

La nieve cae con fuerza a través del techo. Te gustaría que cayera más suavemente. Pero la nieve ya no quiere caer suavemente, es una avalancha.

—Todavía no lo puedo creer —dice el señor Danisch, y se muerde el labio inferior. Os reflejáis en el cristal de la ventana.

Tu hermana es la primera en apartarse y encender el televisor. La tía Henna le dice al oído que eso no está bien. Tu hermana le dice cuál es la serie que empieza ahora. La tía Henna dice: «Bueno, si es así.» Tú observas la habitación en el reflejo. Ves a tu padre a la izquierda y al señor Danisch a tu derecha. Nadie dice lo que ha sucedido. Tú cierras los ojos. Como una navaja.

Como una puerta. Como una tumba sellada.

Al día siguiente, Dennis te está esperando delante del instituto y te pregunta: — ¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

Tú pretendes seguir andando, pero él te agarra por el brazo y te arrastra hasta el portal de un edificio. Vuestros anoraks se rozan y producen un ruido susurrante, como si compartieran un secreto.

—¿Cómo que nada? —repite Dennis, y te oprime contra la pared, al tiempo que te aprieta el cuello con su antebrazo, tanto que tienes que erguirte y ponerte de puntillas.

—¡No me vaciles! —dice él, amenazante, y tú puedes ver el miedo en sus ojos, oírlo en sus palabras, y el olor del miedo sale de su boca, y también puedes olerlo.

—Si intentas joderme, chaval, acabo contigo.

—No... pasó... nada —logras decir con esfuerzo.

Dennis te suelta, da un paso atrás y se marcha corriendo.

Robbie se inventaba frases, decía cosas como: «No toda puerta abierta es una entrada» o «Quien ve demasiada luz, arroja sombras». En el instituto lo insultaban diciéndole que estaba loco. A las chicas les caía bien, porque él les hacía cumplidos que ellas nunca entendían del todo, pero que siempre encontraban graciosos. Les decía: «¡Qué bien hueles! Me gustaría soñar con ese olor.» O: «Cuando tú ríes, el sol mira a otro lado.» Los chicos comentaban que su madre había tenido muchas sesiones de rayos X durante el embarazo.

Las chicas juraban que eso tenía que ver con el agua del grifo.

A ti Robbie te caía bien. Tal vez porque también bebías agua del grifo, o tal vez porque pensabas que entendías sus frases. Es cierto que decía muchas tonterías, pero eso es mejor que no decir nada. Como tú. Que eres como un pez. Callado.

Ahora el otro asiento de tu pupitre está vacío, y todos evitan mirar en tu dirección.

Los profesores no te llaman a la pizarra. Eres invisible, porque Robbie es invisible. Si ahora mismo te levantarás y salieras, nadie diría nada.

Es una sensación agradable. Tú siempre soñaste con eso: ser invisible. Dos días antes de Navidad. Como un ángel que se oculta en su misma existencia de ángel. Saldrías a pasear por la ciudad y a comer lo que te apeteciese.

Leerías cómics sin comprarlos, irías al cine sin pagar y toquetearías a las chicas. Lo que te viniera en gana.

Así de sencillo.

Sobre la pizarra hay una estrella que una chica ha confeccionado. A la derecha de la puerta cuelga una foto de Robbie. El profesor la ha pegado sobre una cartulina, y vosotros podéis escribir vuestros nombres alrededor de la foto. Te recuerda el yeso de la pierna de tu hermana, todo garabateado, después de que se cayera aquellas vacaciones en que fuisteis a esquiar. Seis semanas después le quitaron el yeso y fue a parar a la basura. Tu hermana estuvo llorando toda una tarde, pues quería salvar aquellas firmas. Te imaginas que el profesor les entregará a los padres de Robbie la cartulina. Lo ves con exactitud en tu mente, ves cómo ellos meten la cartulina en la basura.

Aunque tal vez conserven la foto.

En una ocasión, Robbie tuvo una discusión con un chico de secundaria.

El chico era un roquero de melena hasta el culo, que, en la última fiesta del instituto, había salpicado a todos con cerveza y que solía vender cigarrillos liados por él mismo durante los recreos en el patio. Robbie no tenía ningún respeto. Podía mirar a la gente de un modo tan extraño que uno llegaba a pensar que tenía una pierna demasiado corta. El roquero se dio cuenta de eso y le preguntó a Robbie qué le pasaba. Le preguntó si Robbie no prefería ocuparse de su propia mierda. Robbie se encogió de hombros y respondió: «Muchos pelos en la cabeza no hacen un peinado.» El roquero, sencillamente, se quedó petrificado, como si alguien lo hubiera desenchufado. Y entonces Robbie se alejó y jamás volvió a mirar con esos ojos al roquero. Sabía bien lo que le convenía. Jamás iba demasiado lejos. No era tonto. Cuando alguien lo desafiaba, él decía: «No, deja eso, ¿o un muñeco de nieve puede mear en el fuego?» Y entonces se echaba a reír. Podía reírse de buena gana, siempre te lo pareció.

Dos chicas se te acercan durante el recreo. Te preguntan cómo lo llevas, si lo viste en la piscina y qué sensación tuviste, «pues a fin de cuentas erais amigos, ¿no?; tiene que ser una sensación rara, ¿no?». Y mientras ellas hablan, tú observas su aliento, que se disuelve en nubecitas delante de sus labios y se une al aire, y entonces te preguntas qué pasaría si inhalaras esas nubecillas de aliento, si de ese modo podrías saber lo que han comido o bebido o lo que han pensado en las últimas horas. Tal vez esas volutas

de aliento sean jirones del alma. Si fuera así, les absorberías el aire de los pulmones en pequeñas raciones, para que se callaran por un rato.

En el segundo recreo te quedas en el aula. El monitor empuja a un grupo de chicos hacia el patio pero te ignora. Estás otra vez junto a la ventana, y eres invisible. Es muy solitario eso de ser invisible. Es un poco como estar mojado bajo la lluvia. No tiene lógica.

Te saltas la última hora y te vas a casa. Te levantas en medio de la clase y dejas el aula. El profesor ni siquiera te mira. Es una sensación agradable.

Eres el último soldado de ese invierno. Las navidades solo se celebrarán si tú quieres. Pero tú no sabes lo que quieres. Tu madre está otra vez en casa de los Danisch; tu padre trabaja, tu hermana está en el colegio, y tú abres la puerta de la casa y te ves solo.

—Estoy solo —dices, y cambias el auricular al otro oído—: tenemos que hablar.

—No.

—Si no vienes, iré a la policía.

—Joder, tío, vaya mierda.

Dennis cuelga, y tú sabes que vendrá. Estás de pie junto a la ventana, esperando. Te tocas la garganta, que te duele, y recuerdas el miedo. Todo se oculta en los ojos, en la boca, en las palabras. La rabia, el miedo, el deseo.

Dennis se vendrá abajo. Lo has visto. Y si Dennis se viene abajo, todo se vendrá abajo. Como un castillo de naipes. Como el hielo después de un largo invierno. O como una mentira cuando esta se topa con la verdad.

Os conocéis del barrio. Dennis, Robbie y tú. Dennis es dos años mayor.

El verano pasado estuvo sacándoos durante tres meses vuestra paga, y a cambio podíais tocar a su prima. La prima Rita. Y en una ocasión pasasteis la noche en casa de Dennis, y él os apremió a que ambos os satisficierais mutuamente. Estuvo bien mientras mantuviste los ojos cerrados y te imaginaste que era Beate, la de tu clase, hasta ahí estuvo bien. Más tarde, Robbie, por supuesto, hizo sus chistes. Primero te sentiste avergonzado. Y Dennis dijo que Robbie debía parar, o le iba a meter una hostia. Pero Robbie le hizo un gesto de rechazo, como hacía siempre, y se calló. Dennis, Robbie y tú. Os conocéis del barrio.

Observas el reloj. Necesitas algo para frenar el miedo que se refleja en los ojos de Dennis. Quieres robarle las palabras hasta que ya no tenga aliento.

Y todo para controlar el miedo. Tienes que convencerlo de que es algo peor que un codazo que le dejará sin aire. Peor que un puño repartiendo dolor.

En el sótano de tu padre, donde están las herramientas, encuentras el martillo adecuado. Tiene la cabeza de plástico y es tan pesado que parece estar hecho de hierro. Eso bastará. Coges el martillo y te lo llevas arriba, y lo escondes debajo de los

cojines del sofá. Poco a poco ya va siendo hora. Miras de nuevo el reloj, y en eso llaman a la puerta.

—Entra.

—No sé.

—Vamos, entra, Dennis.

Pasa por tu lado y se detiene en el recibidor, indeciso. Te saca un palmo, no tiene motivo para estar preocupado.

—Siéntate.

Dennis te sigue hasta el salón y se sienta. En el borde del sillón, la mirada inquieta. Ves el rastro húmedo que sus botas han dejado en el suelo.

Tendrás que limpiarlo más tarde, de lo contrario a tu madre le dará algo.

Dennis está intranquilo. Su anorak cruje. Te alegra no llevar puesto el tuyo.

Ya no sois iguales. Él es él, y tú eres tú.

—¿De qué quieres hablar? —pregunta.

—Todo ha de quedar entre nosotros.

—Sí, claro.

—No quiero que te alteres, Dennis.

—¿De qué hablas? ¿Qué estás diciendo?

—He dicho que no quiero que te alteres.

—¿Estás loco? Yo no tengo nada que ver con lo que pasó.

—Justo a eso me refiero.

—¡¿Qué?!

Sacas el martillo de debajo de los cojines, y al hacerlo no pierdes de vista a Dennis ni un instante. Te inclinas hacia delante y le rompes el codo de un solo golpe. Es tan sencillo como responder a una pregunta.

Era la segunda vez ese año que el caos de la nieve paralizaba la ciudad y se suspendían las clases. Robbie llamó poco después del desayuno y te dijo que el agua estaba caliente y que sus padres habían salido y que quien no se bañara ese día, en medio de aquel invierno, en una piscina climatizada, era porque la tenía muy pequeña. No hiciste caso al comentario, te fuiste de inmediato a casa de los Danisch en compañía de Dennis.

Era de ensueño. Abristeis el techo y os pusisteis a flotar en el agua caliente, mientras el viento helado soplaba por encima de vosotros, haciendo que se os congelaran las puntas de los pelos, mientras los copos de nieve se depositaban en vuestros rostros como una lluvia de agujas frías. En ese momento la nieve caía todavía silenciosamente, en ese momento la nieve era una delicia que el cielo arrojaba con cariño.

Nadasteis desnudos, os perseguisteis a lo largo de la piscina y jugasteis a tiraros del pene. El que hacía de cazador, tenía que coger a otro y tirarle del pene, entonces

quedaba libre y el otro pasaba a ser el cazador. Era tu turno, y las reglas decían que no podías salir de la piscina.

Dennis y Robbie saltaron por encima de ti, dando gritos, y tú perseguiste sus pálidos traseros como si fueran unas boyas luminosas. Robbie era bajito y ágil, y condenadamente rápido. Cada vez que se te escapaba, oías alguno de sus dichos: «Un par de leños en la chimenea no hacen un bosque.»

«No todo espíritu está en una botella.»

«Quien tiene muchas cosas en la cabeza, no tiene que preocuparse de la fuerza de gravedad.»

Dennis se reía de los dichos. Por lo menos al principio. Pero cuando le tocó a él ser el cazador, y Robbie se le escapaba, empezó a ponerse furioso poco a poco.

—¡Cierra el pico! —le gritó.

Robbie respondió:

—No todo pozo profundo contiene buena agua.

Tú quisiste alertar a Robbie, recordarle que un muñeco de nieve no puede mear sobre el fuego, pero mantuviste la boca cerrada, porque a fin de cuentas era un juego, diversión, y a ti te había costado bastante trabajo pillar a Robbie. Además, te gustaba que Dennis sufriera un poco.

—Una frasecita más y ya verás —dijo, y guardó silencio.

—¿Ya veré qué? —preguntó Robbie, y se alzó en el borde de la piscina, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, el mentón levantado hacia delante. Su pene se le había encogido a causa del frío y parecía una nuez con nariz. Tú estabas a su lado y temblabas de frío. Hubieras podido pasarte el día jugando a cazar pililas, porque el frío no te importaba, pues sabías que te esperaba el calor de la piscina. Pero la alegría previa había sido mejor que el juego.

—¿Quieres saber lo que verás? —preguntó Dennis.

Robbie asintió.

—Pues te voy a estampar una hostia y lo verás.

—Vamos, no seas aguafiestas —dijo Robbie, y saltó por encima de Dennis, describiendo un elevado arco, para aparecer luego en el otro extremo de la piscina, mucho antes de que Dennis consiguiera llegar a la mitad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Robbie—. ¿Es que te has movido?

—Cierra el pico —le gritó Dennis—, de lo contrario te lo cierro yo, ¿entendido?

Robbie se quedó dentro del agua. Extendió los brazos y los colocó sobre el borde de la piscina. Reflexionó. Se esforzaba, quería arrinconar todos los dichos y frases de este mundo.

—Ocho centímetros —dijo—, ocho centímetros son un corto final.

Dennis está apoyado en la pared, lloriqueando, cubriendo su codo con la mano.

Tú estás sentado de nuevo en el sofá, y todo está listo. Una tablilla, gasa, un par

de calmantes, de esos que siempre toma tu madre cuando tiene esos días.

—¿Cómo... cómo has podido...? ¡Joder, tío...! ¡Mi brazo!

Dennis es ahora más joven que tú. Más débil. Te tiene miedo. Y tú esperas que ese miedo aumente.

—Ni una palabra —dices.

—Tú, maldito...

—Ni una palabra —repites.

El martillo de goma está en la mesita de centro, en medio de vosotros.

Dennis lo mira fijamente.

—Si lo prefieres, puedo romperte el otro brazo —le dices, y Dennis se muerde el labio inferior y sigue lloriqueando en voz baja.

Él persiguió a Robbie por la piscina. Sin pausa, en serio. Dennis salió del agua, ignorando por completo las reglas. Pero a Robbie no se le podía atrapar. Aquello hubiera podido seguir así eternamente. Y cuando Robbie, por enésima ocasión, pasó nadando por tu lado, tú interviniste finalmente.

Sucedió. No hay que buscarle ninguna explicación, tu instinto te dijo: «Agárralo.»

Dennis soltó un grito de triunfo y empezó a acercarse, nadando.

—No hagas ninguna tontería —dijo Robbie, intentado liberarse de su presa.

—Quiero que digas un dicho —le exigiste.

—Suéltame —replicó Robbie, y había miedo en su voz.

—Primero un dicho.

Dennis se acercaba cada vez más.

Robbie empezó a dar golpes a diestro y siniestro.

Tú lo agarraste con más fuerza.

—No me sé ninguno —dijo.

—Solo un dicho, Robbie —repetiste, y reíste, pues era algo tonto, algo realmente tonto, pero de todos modos para ti era importante oír uno de aquellos dichos. Robbie era el maestro de las palabras. Para ti era un misterio cómo podía tener siempre una frase ingeniosa a mano. Y jamás se repetía. En una ocasión había afirmado que se debía a la sangre china que corría por sus venas. Y al decirlo había cruzado los dedos, ya que, por supuesto, no había ningún chino en su familia.

—Vamos, dilo —le insististe—, un dicho y te suelto.

Robbie cerró los ojos, se concentró y dijo:

—Si el gato fuera un caballo...

Pero no pudo decir nada más.

Dennis os había alcanzado, y estaba hecho una furia.

—Dilo otra vez —le exigió.

Robbie se dio la vuelta.

—¿El qué?

Dennis le pegó en la oreja, se oyó un sonido seco, las salpicaduras del agua te llegaron a la cara, y la oreja de Robbie se tiñó de rojo.

—Dilo otra vez —repitió Dennis.

—¿Lo de la fuente?

—Lo de la pilila, hijo de puta.

—Yo no he di...

De nuevo un golpe, salpicaduras de agua, Robbie torció el rostro, tus manos estaban todavía aferradas a sus brazos. La nieve te pinchaba en la cara, de modo que tuviste que entornar un poco los ojos.

—Ya basta —dijo Robbie de repente, muy serio, y te miró. Te miró a ti.

Como si hubieses sido tú el que le había pegado. Pero tú no lo habías hecho.

Así que le sonreíste y le respondiste:

—Dime un dicho.

—¡Suéltame!

—Dilo otra vez —exigió Dennis detrás de él, y volvió a pegarle.

A partir de ese momento, Robbie empezó a dar patadas en serio a su alrededor.

Le hiciste una llave de estrangulamiento, y Dennis se acercó como una nube oscura y lo hundió, lo dejó emerger de nuevo y le dijo: —Conque ocho centímetros, ¿eh? ¿Dijiste ocho centímetros?

—¿Dije eso?

—Ocho centímetros, yo lo oí, ¿o es que no lo oí?

—Quien hace muchas preguntas —dijo Robbie, jadeante— es porque no tiene sentido del humor.

Tú soltaste una carcajada que fue un bramido. Pánico y nerviosismo. Te hervía la sangre. Dennis volvió a sumergir a Robbie. Tu sangre excitada te hacía sudar en el agua. Robbie lanzó un golpe y te alcanzó en la cadera. Y entonces emergió de nuevo. Tú no podías parar de reír.

—Dime otro dicho —dijiste—, otro dicho y quedarás libre.

Te gustaba este juego más que el de cazar pililas. Te gustaba, porque tenías a Robbie bien agarrado, y porque te caía bien Dennis: por su rabia y su desesperación. Había días en que Dennis te caía mejor que Robbie. En días como ese. Dennis jamás se reía cuando tú te corrías y no querías abrir los ojos.

Entendía que estabas soñando con chicas. Y decía siempre: «Puedes cerrar tranquilamente los ojos, así es mejor.» Y Robbie siempre decía: «No te me corras encima de la camisa, tío.»

—Un dicho, Robbie —le exigiste—, dilo ya.

Robbie te escupió en la cara, y, por fin, tú también sentiste ganas de sumergirlo.

Os lo pasasteis de un lado a otro, de un lado a otro, y mientras lo hacíais os fuisteis desplazando del borde de la piscina. Robbie se fue debilitando, entornaba los

ojos, intentaba coger aire. Y cuando Dennis dijo que ya bastaba, tú pediste, por enésima vez, tu dicho, pero a Robbie no se le ocurrió nada, sencillamente, no se le ocurrió nada. Así que le rodeaste la cadera con tus piernas, y lo abrazaste con fuerza.

Y os hundisteis.

Y Dennis se largó.

Y Robbie y tú... Robbie y tú os hundisteis.

Simplemente.

Dennis no habla. Le tiembla el mentón, tiene los ojos vidriosos, se ha tomado tres pastillas. Te preguntas cómo sería su mirada si lo hubieras obligado a tragárselas todas.

—Esto queda entre nosotros —le dices en la puerta.

Dennis no puede ni mirarte. Las lágrimas le corren por las mejillas. No es por los dolores, y tampoco es por Robbie. Está llorando por miedo, miedo de ti.

—Bien —dices, y cierras la puerta.

Más tarde te ocultaste en la nieve. Viste cómo el cadáver de Robbie flotaba a la deriva en medio de la piscina. Su culo tenía un brillo más claro que su espalda, y los omóplatos eran como dos pequeñas colinas, mientras que el cabello se desplegaba alrededor de su cabeza como si hubiera cobrado vida propia. Te alegró que permaneciera boca abajo, con el rostro metido en el agua. La nieve lo rodeaba como una cortina furiosa. Una niebla fina se elevaba de su espalda. Como si el cuerpo ahora solo pudiera respirar a través de la piel. Como si su alma se disolviera en una bruma.

El coche de su madre se detuvo en la entrada con un chirrido de neumáticos. La señora Danisch bajó. Sus pasos por el camino de la entrada resonaron en la nieve. Llevó las compras hasta la cocina, y entonces oyó el silencio. Gritó el nombre de Robbie. No podía saber que a partir de entonces ya no podría gritar nunca más el nombre de su hijo. Y entonces se asomó al ventanal que daba al jardín, y descubrió a Robbie en la piscina. Esperaste el tiempo necesario para que ella lo descubriera. Así tenía que ser. No querías dejar a Robbie solo. Y cuando su madre pegó aquel grito, tú te levantaste de tu escondite tras la nieve y te fuiste a casa.

Es la noche después. Después de Robbie, después de Dennis, después de ti. Te has escabullido y trepado por encima de la verja. La llave cuelga en un gancho junto a la puerta del jardín. Te has desvestido y has puesto tu ropa en una pila bien ordenada sobre una silla.

El agua está tibia. El techo se desliza y se abre, la noche es tan vasta que parece que tu vida no tiene principio ni fin. Yaces de espaldas y te dejas llevar. Estás desnudo y tranquilo. Después de la muerte de Robbie, estuviste seguro de que muchas cosas llegarían a su fin. Pensaste que jamás volvería a haber un cielo

estrellado. Estuviste seguro, además, de que la nieve cubriría el mundo entero y que se iniciaría una nueva glaciación.

Y ahora, sobre ti, brillan millones de estrellas, y ha dejado de nevar.

«Todo fin es un comienzo.»

Flotas inmóvil y quieto en el agua, miras fijamente el cielo sobre ti. Los padres de Robbie duermen, tus padres duermen, el mundo te ha dado la espalda. Pero así está bien. Sientes como si tu alma fuera a desprenderse en cualquier momento de tu cuerpo, ascendiendo hacia la noche. Como nieve en marcha atrás. Y allí arriba tu alma se encontraría con la de Robbie.

Probablemente él te esté esperando. Mueves los brazos muy ligeramente.

Tienes un pensamiento, y ese pensamiento te hace sonreír. «Pues vas a esperar mucho tiempo», piensas, y mueves los brazos como un ángel que deja reposar sus alas por un rato.

Y así empezó todo.

NEIL

¿Quién podía contar con que te veríamos de nuevo? Seamos sinceros: nadie. Pero ahí estás otra vez, tres días después, con el corazón roto. Estás sentado, muerto de cansancio, en el banco de un parque, a orillas del Alster, contemplando el sol, cómo se eleva lentamente sobre la ciudad de Hamburgo, lo mismo que si hubiera estado toda la noche sumergido en un baño de oro.

Son las ocho y media de la mañana de un viernes, y te alegraría poder estar tumbado en tu cama. La noche fue dura: un concierto, después una fiesta, y al final, terminaste en casa de una chica con la que compartiste un taxi, Tina o Gina o algo así. Las mujeres no son tu problema, si tú fueras el último hombre que quedara sobre la tierra, no te quejarías. Tuviste tu primera relación sexual cuando cumpliste los catorce años, después de que la hermana de tu mejor amigo te llevara aparte y te dijera que tenía que mostrarte algo. Ella fue la primera que dejó ese agujero que hay en ti. Tal vez sea un virus, pero tal vez pese sobre ti una maldición; lo cierto es que desde ese día estás sumido en la incansable búsqueda del gran amor. No sabes si esa añoranza crece con la edad, pero si es así, puedes entender por qué la gente se corta las venas o ve todo el día comedias románticas. Ese agujero en tu corazón no te deja en paz. Da igual que despiertes junto a centenares de mujeres, nunca es la verdadera, le falta alma. Esa alma. Y a veces es preciso viajar trescientos kilómetros para averiguar que esa alma no podrás encontrarla en Berlín.

Esta mañana te despertaste asustado a eso de las seis, empapado en sudor, con el corazón latiéndote a toda velocidad y la boca reseca. Siempre te ha resultado difícil dormir en casas ajenas. Tina o Gina, o como se llamase, no se despertó cuando tú abandonaste su cama y te deslizaste hacia el pasillo.

Dos de las puertas de las habitaciones estaban cerradas, pero la tercera estaba abierta. Un hombre estaba acostado, atravesado en la cama, y roncaba con la boca abierta; frente a él había una mujer sentada junto a la ventana, mirando los grises del amanecer. Llevaba únicamente una camiseta y fumaba un cigarrillo. No notó tu presencia. De la cocina salió un san bernardo y te miró como si lo hubieses desatendido a lo largo de muchos años. Se detuvo delante de ti, resoplando y bloqueándote el paso. Tú lo apartaste hacia un lado y cerraste la puerta de la calle a tus espaldas.

La fiesta se había celebrado en Eimsbüttel, pero no recuerdas nada de Altona; de todos modos, los carteles de las calles no engañan. Durante un rato caminaste por el barrio, excitado, sin parar. La noche se te había metido hasta los huesos, y sentías cada paso como si te movieras entre gelatina. En la panadería te compraste un café y un cruasán; te sentaste en una caja de electricidad y observaste la ciudad mientras

despertaba. A veces esos momentos de extremo cansancio son como una droga. Te sientes parte del lugar, como si la gente a tu alrededor fueran extras, y los edificios, las fachadas y el clima fueran el decorado perfecto para otro día más en tu vida.

Y a todo ello se añadía la banda sonora: pasos en la acera, puertas de edificios que se cerraban, el seco aleteo de las palomas, que revolotearon llenas de pánico cuando un perro empezó a perseguirlas. Una sonrisa se dibujó en tus labios, y no había ni un solo pensamiento de futuro en tu cabeza.

Cuando estabas a punto de entrar en la estación que está junto a la Sternschanze, sonó tu móvil. Tuviste que pegártelo bien a la oreja, ya que en ese momento pasaba un coche por delante. Pero luego reconociste su voz y soltaste una carcajada.

—No te rías —dijo ella, y también se echó a reír.

Preguntó si habías sobrevivido a Berlín, y tú le respondiste que tu corazón todavía funcionaba. Entonces ella quiso saber dónde podía encontrarte. Simplemente eso. No había nada más que decir.

Desde entonces han transcurrido dos horas, y tú estás sentado en el banco de ese parque, contemplando la salida del sol, la orilla opuesta, siendo testigo de cómo la luz rompe en la cúpula de la mezquita. Pasan jadeando algunas personas que hacen *jogging*, y a lo lejos resuena la sirena de un coche de bomberos; y entonces te viene una idea tan clara y pura que casi te echas a llorar: «Si ahora mismo me disuelvo en la nada, convirtiéndome en parte de la atmósfera, tendría un buen final.»

Realmente estás muy cansado.

Un claxon te provoca un sobresalto. Te habías quedado dormido, como esos ancianos que se pasan todo el día en el banco de un parque y luego regresan a casa, al anochecer, con los hombros llenos de cagadas de pájaros.

El coche está al borde de la calle, los cristales teñidos son impenetrables, y el cielo se refleja en ellos con el filo de un cuchillo. Te frotas los ojos, y cuando miras de nuevo, la ventanilla del copiloto baja, el cielo desaparece y ahí está ella.

—¿Has tenido que esperar mucho?

—Un par de minutos.

—¿Nos invitas a desayunar?

—¿Nos?

Ella no responde. La ventanilla sube de nuevo, las puertas del coche se abren y cinco chicas bajan de él.

Tenéis una mesa situada bajo las amplias ramas de un castaño, y las chicas comen como si hubieran ayunado durante toda una semana. Stinke está sentada frente a ti, con el pelo recogido en una trenza, y con un morado que le brilla bajo un ojo. Se ve cansada, todas parecen cansadas. A la chica que está al lado de Stinke, Rute, le ha

tocado la peor parte. Alguien la ha golpeado con mucha violencia. Ella es la única que lleva una falda larga, pues tiene la rodilla tan hinchada que no le entra en ningún vaquero. La otra chica, la que está a la derecha de Stinke, está pálida y agotada. Su corte de pelo a lo chico deja al desnudo su largo cuello. Jamás has visto un cuello tan delicado, un cuello que pide a gritos que lo acaricies. Es Taja. Te enteras de que ha tenido un desliz con la heroína, pero que ya se va recuperando.

—Y la hemos salvado —dice Schnappi, alzando su pequeño puño en el aire, como si acabara de marcar un gol.

Mira que has oído nombres estúpidos y raros, Mümmel, Bozo, Lutscher y Stinke, pero jamás habías conocido a nadie que se llamara Schnappi. No sabes si es oriunda de China o de Japón. Lo de Vietnam ni se te ocurre. Para ti, todos los asiáticos son iguales, lo cual no es nada amable, pero tu conocimiento de las personas no es que impresione mucho. Schnappi mide aproximadamente uno cincuenta y tiene la complexión de un elfo. Cuando te dio la mano, sentiste cada uno de sus delicados huesos. Habla como un torrente, y al saludarte afirmó que ya había oído hablar muchísimo de ti. Te transmite la sensación de saber más de tu vida que tú mismo.

—¡Por nosotros! —dice Schnappi.

Las chicas alzan sus vasos y sus tazas, y brindan por ellas. Todavía no tienes ni idea de qué las ha traído hasta Hamburgo ni qué quieren de ti. Pero pueden tomarse el tiempo que quieran, porque a tu derecha está sentada Nessi, y ojalá eso dure un buen rato.

—Perdonad, tengo que ir otra vez —dice ella, y se levanta.

Es la tercera vez que va al baño. Dice que vomita mucho, que se siente anoréxica. De pronto el sitio que está a tu lado parece abandonado y frío, como si una nube hubiese tapado el sol. Claro que Nessi es demasiado joven para ti, claro que tú eres demasiado viejo para ella, pero no se trata de eso.

Cuando ella ha desaparecido dentro de la cafetería, les preguntas a las demás chicas quién es el padre. Todas se encogen de hombros.

—No saques el tema —te advierte Taja.

«¿Por qué voy a hacerlo?», piensas, y conoces la respuesta, porque la respuesta es tu corazón, y tu corazón te dio un vuelco cuando Nessi bajó del Range Rover. El anhelo empezó a salirte por los poros de la piel. Pero tú nunca aprendes. ¿Es la cara o es el cuerpo? ¿Son los gestos o es, simplemente, química?

Stinke se inclina hacia delante y te acaricia la mano.

—Regresará enseguida.

Las chicas ríen. No te molesta que ellas puedan leerte en el rostro lo que piensas. Stinke sonrío, tú le devuelves la sonrisa y dices: —Sabía que volveríamos a vernos.

—Ya, pero no sabías que sería tan pronto.

Schnappi te da unos golpecitos en el brazo.

—Háblanos un poco más de esa maldición.

—¿De qué?

—Venga, ya lo sabemos todo. Si hablas con Stinke, hablas automáticamente con nosotras. Es como en un manicomio: todos los locos ven el mismo canal de televisión. Así que cuéntanos.

—No hay mucho que contar. Mi corazón arde constantemente, añoro el amor y me enamoro de cualquier mujer que se me cruza en el camino. Eso es todo.

Claro que también podrías añadir que tu vida cojea desde hace algún tiempo, que este año vas a cumplir veintiocho y que estás cansado de esa parálisis. Pero está bien que no lo digas, no todos los pensamientos han de compartirse.

—¿Y? —quiere saber Schnappi—. ¿Te has vuelto a enamorar?

Antes de que se te ocurra una respuesta, suena una melodía, y Stinke saca su móvil del pantalón y reconoces que su timbre es *Tongue*, de Bell X1.

Taja se inclina para ver quién llama, y exclama, incrédula: —¿Mirko?!

Rute coge el móvil.

—¡Ese mamón!

Stinke sostiene el móvil fuera del alcance de las otras y quiere saber lo que Rute se trae entre manos.

—Pues decirle que es un traidor.

—Todavía no sabes lo que ha pasado.

—Stinke, alguien tiene que haberse chivado, eso es evidente. El guapito de tu Mirko dijo que estaría en ese campo de fútbol, pero no estaba allí.

¿Quién crees entonces que se chivó?

—No lo cojas —dice Schnappi.

—Stinke, no —dice Taja.

Stinke mira al cielo, como si las demás chicas fueran tontas.

—¿Por qué no? —pregunta, y acepta la llamada.

—¡Eres un cabronazo! —le dice a modo de saludo, y les hace un guiño a sus chicas—. Sí, sí, me has oído bien, Mirko. Dijiste que ibas a estar allí, y luego nos dejas colgadas. ¿Qué? —Stinke escucha, luego se pega el móvil al pecho y os dice: —Tiene a Mirko.

Entonces vuelve a hablar al móvil:

—Claro que sé quién es Ragnar Desche. Puedes decirle a ese desgraciado que vamos a ir a ver a la pasma.

Las chicas empiezan a gritar de repente, y quieren saber de qué está hablando Stinke. Taja le lanza un panecillo a la cabeza. Stinke dice: —No, Mirko, era solo un chiste, mejor no lo digas.

Stinke se aleja unos pasos de la mesa. Y ese es el momento en que tú puedes sonsacar un poco a las chicas y preguntarles qué está pasando. Pero las chicas ni

siquiera te miran. Observan a Stinke, que sigue hablando por el móvil, pone fin a la conversación y se acerca de nuevo a la mesa.

—Tu tío ha capturado a Mirko —le dice a Taja.

—¿Que ha hecho qué?!

—Pero no os preocupéis, Mirko no sabe nada.

—¿Estás segura?

—¿Acaso parezco insegura?

Para ser sinceros, eso es precisamente lo que parece Stinke. No tienes ni idea de lo que está pasando allí. Nessi regresa de los lavabos.

—¿Y esa cara? ¿Me he perdido algo?

—El nuevo *lover* de Stinke ha llamado —dice Schnappi.

—No es mi *lover*, ni siquiera ha cumplido los doce.

—Yo tenía once cuando tuve mi primer novio —dice Taja.

—Eso no cuenta —acota Schnappi—, tu novio tenía nueve años y no sabía que tú tenías esa edad.

—Por lo menos tenía un novio, mientras que tú todavía les cambiabas los vestidos a las muñecas.

Siguen tonteando así un rato más, ignorándote como si fueses un camarero que se ha sentado a su mesa. Ya se han olvidado de la llamada, existen solo para ellas y el resto del mundo puede irse a la mierda. Eres paciente y disfrutas de su presencia. Solo después de haber comido y bebido lo suficiente, te contarán de pasada, como quien no quiere la cosa, que están huyendo. Te enteras entonces de cómo ha muerto el padre de Taja, y de que Taja se sintió culpable y por eso se puso hasta las cejas de heroína; te enteras de que han descubierto un gran alijo de droga y de que a Stinke se le ocurrió la idea de venderla. También te cuentan lo del fiasco en el parque del Lietzensee, de cómo golpearon a Rute a modo de advertencia y sabes también lo del ultimátum de Ragnar Desche. Pero aun después de oír todo eso, no sabes dónde está el problema.

—Pero ¿cuál es realmente el problema?

Ellas te miran como si fueras una mezcla de accidente de tráfico y aborto involuntario.

—Habéis devuelto las drogas, ¿no?

Sus miradas permanecen impasibles, entonces Stinke te pregunta si has mirado bien a Rute.

—Darian fue quien la puso así. Sin motivo. Casi le arranca un brazo, además, ahora tiene un diente flojo. ¿Crees que se puede hacer eso con una de nosotras, sin más, y quedarse tan pancho? Nos hemos merecido esas drogas de mierda. El tío de Taja no volverá a verlas jamás.

Crees que has oído mal.

—Chicas, tenéis que devolver esas drogas.

No hay reacción.

—¿Y dónde las habéis escondido?

—En una taquilla, y allí se quedarán.

Asientes como si eso tuviera algún sentido, pero no lo tiene.

—¿Y cuál es vuestro plan?

Las chicas se miran. Saben muy bien qué será lo siguiente, pero no quieren que tú lo sepas. Se muestran cuidadosas. ¿Cómo vas a saber que solo eres una escala en su huida?

—Vamos a desaparecer —dice Rute finalmente—. Desapareceremos y nadie nos verá nunca más.

—Nadie puede hacer eso.

—Claro que sí, espera y verás.

Ha surgido una barrera entre vosotros. Has dudado de las chicas y ellas se lo han tomado a mal. Así que ve al grano antes de que las pierdas para siempre.

—¿Y cómo puedo ayudaros?

—Necesitamos dinero —dice Stinke, y respira aliviada, soltando un suspiro, como si hubiera estado esperando todo el tiempo a que preguntaras—. Hemos reunido todo lo que teníamos. En mi caso, no había nada que aportar, mi tía es una tacaña y mi hermano solo me dio un paquete de tabaco. Nessi también está pelada y Rute pudo conseguir cien euros, y sanseacabó.

Schnappi levanta el dedo índice.

—Yo puse cincuenta.

—Mira que te gusta chulearte —dice Nessi.

—Eres una perdedora —responde Schnappi.

—Y cincuenta de Schnappi —sigue diciendo Stinke—. Taja había ahorrado quinientos para su viaje en tren por Europa y con ello tenemos unos setecientos. Ya viste el cochazo, eso chupa más que un hijo tonto, si queremos estar viajando un tiempo, pues...

No sigue hablando. Se encoge de hombros y te mira, a la espera de que tú, por fin, entiendas. Con tus pocas entendederas uno puede recorrer medio mundo. Tú y el Jaguar de tu madre, y todo el dinero que pusiste sobre la mesa en la discoteca. Eres un cajero automático, pero con corazón. Hasta tu mechero es de oro.

—¿Cuánto? —preguntas.

—¿Cuánto puedes darnos?

Miras el reloj. Son las nueve y media. Necesitas más información, pero sabes que tu padre no va a coger el teléfono hasta las diez y media. Podrías rascar algo. Si quisieras. En tu cuenta está la herencia del abuelo. Pero tienes una condición, aunque eso vendrá después. Todo lo que necesitas ahora es un poco de tiempo.

—Dadme dos horas.

Ellas respiran aliviadas y te dan las gracias. Nessi te regala una sonrisa y hay en ella tanta calidez y afecto que tu ser más profundo se derrite, y de él solo queda un charco. Es mejor que desaparezcas antes de que caigas en uno de tus raptos romanticoides. Ya te dispones a levantarte, cuando suena otra vez el móvil de Stinke.

—No me digas que es de nuevo tu *loverboy* —dice Schnappi.

—No es mi *loverboy*.

Stinke mira a la pantalla. Taja se inclina y sonrío con sorna.

—Sí que es tu *loverboy*.

Las chicas ríen y afirman que Mirko tiene que estar metido en un buen apuro si está llamando tan seguido. Tú ríes con ellas. ¿Qué diríais si supierais que en ese momento Mirko yace en el suelo, junto a piscina, con un agujero de bala en la cabeza, que su sangre está tiñendo el agua de la piscina? ¿Y cómo reaccionarías si supieras quién es realmente el tío de Taja? Es muy probable que te levantases de la mesa y te marchases en silencio, sin dedicar ni un pensamiento más a esas cinco chicas.

—Cerrad el pico, no entiendo ni una sola palabra —dice Stinke, y cuando todas se callan, habla por el móvil: —¿Hola? ¿Mirko?

Ella se queda de piedra, se da la vuelta y te mira. «¿Por qué a mí?», piensas mientras la oyes decir: —A la mierda el trato.

Nessi frunce el ceño, Taja se inclina hacia delante. Stinke dice: —Ya te dije que no te tengo miedo.

Schnappi se levanta. Rute ha cerrado los puños.

—Hijo de puta —dice Stinke, y corta la conexión.

Las chicas esperan y no hacen preguntas.

—Era el cerdo del tío de Taja —dice Stinke—. Dice que nos encontrará.

No hay reacción, las cinco amigas son como siluetas bajo la luz intensa del sol que brilla a través de las hojas del castaño. De repente hace frío, la carne se te ha puesto de gallina y no entiendes cómo es posible. Entonces Stinke se llena de valor, extiende los brazos y pregunta qué pasa.

—¿Os habéis cagado de miedo o qué? Chicas, quien crea que puede meternos miedo, está jodido. Nada ni nadie nos mete miedo, ¿de acuerdo? Él dice que nos va a encontrar, pues que nos busque. ¿Se cree que somos estúpidas?

RAGNAR

Apartas el teléfono móvil del oído y lo miras, entonces miras a Tanner y dices:

—¿Se cree que somos estúpidos?

Tanner no reacciona. Sabe que es una pregunta retórica.

Te diriges a Leo.

—Quiero saberlo todo sobre esa tal Stinke. Cómo se llama en realidad, dónde vive, quiénes son sus amigos y qué tiene que ver con Taja.

A continuación, le lanzas el móvil.

—Y dale a Fabrizio este último número, que rastree la llamada y averigüe dónde está esa Stinke ahora. Nos reuniremos dentro de una hora en la oficina. Y de esto de aquí...

Miras al chico muerto, que yace delante de la piscina. No sientes nada salvo satisfacción. «Quien no da nada, no recibe nada —piensas—, y quien coge algo, debe poder dar.»

—... nos ocuparemos luego.

Evitas mirar a tu hermano. Por el momento, nadie te pregunta por tus sentimientos. Tienes que mantener la cabeza fría y resolver este problema de un modo rápido y definitivo, antes de dejar aflorar los sentimientos. Y ni pienses en reaccionar de manera espontánea. Presta atención a cada paso. Ya habrá tiempo suficiente para Oskar.

Una hora después estás sentado solo en tu oficina, tus hombres esperan delante de la puerta. David ha tenido éxito. Las grabaciones en la casa de Oskar se remontan a diez días atrás. Tres de las ocho cámaras estaban conectadas. Salón, buhardilla, dormitorio de Oskar. Cada movimiento ha quedado grabado. David te ha editado las escenas más importantes y te las ha grabado en un disco. Ahora estás sentado delante del monitor de tu ordenador y le das al *play*. David ha dicho que las grabaciones más relevantes empiezan el miércoles pasado. La fecha aparece abajo a la izquierda de la imagen.

Miércoles, 1 de julio de 2009:

Ves a tu hermano, ves a Taja, los oyes discutir y entiendes cada palabra.

Ves lo que ha sucedido, repites las escenas y las ves de nuevo. Tu hermano muere. Y luego Taja se viene abajo. Adelantas la cinta...

Viernes, 3 de julio de 2009:

... y ves a tu sobrina en la buhardilla, abriendo la maleta metálica con la mercancía, ves cómo saca a rastras el cadáver de Oskar del salón. Tal vez tu hermano ha empezado a oler, tal vez ella no pudo soportar más su visión.

Tanner ha descubierto el congelador en el que estaba el cadáver de Oskar.

Para ti es un enigma por qué a Taja se le ocurrió esa idea.

Adelantas hacia los días siguientes y ves cómo ella se coloca en el salón, sin pausa, ves cómo vomita y se mueve inquieta cuando duerme. La noche del 7 al 8 de julio aparecen las cuatro chicas y entran al salón por el jardín. Te inclinas hacia delante y detienes la imagen.

«Ahí estás, Stinke.»

Todavía no tiene ese moratón bajo el ojo, todavía no se ha tropezado contigo. Observas a las otras chicas. No has visto antes a ninguna de ellas. Tu dedo pulsa la tecla y la imagen se pone de nuevo en movimiento...

Miércoles, 8 de julio de 2009:

... y Taja le enseña a Stinke la mercancía en la buhardilla. Ellas sacan la droga. Nueve horas después, Stinke y otra de las chicas meten de nuevo la droga en la maleta de metal...

Jueves, 9 de julio de 2009:

... y entonces llega la noche siguiente, y Stinke se ve de nuevo en la buhardilla, saca la mercancía de la maleta y la mete en una bolsa deportiva.

La grabación llega a su fin. Es un resumen de siete minutos y veintitrés segundos. La muerte de tu hermano, la desesperación de Taja, el robo de tu mercancía. Sacas el disco del ordenador y lo observas un momento, antes de romperlo contra el borde de la mesa.

—¿David?

El aludido abre la puerta.

—¿Quién más ha visto esto?

—Solo yo.

—Bien. Borra el disco duro.

—Entiendo.

—Ya podéis entrar.

Arrojas el disco roto a la papelera que está debajo del escritorio y te das cuenta de que estás empapado en sudor. Sabes que David no va a decir ni una palabra sobre las grabaciones. Tanner va al grano de inmediato.

—¿Qué captaron las cámaras?

—De eso hablaremos luego.

Tanner mira a David. Este le sostiene la mirada. Tanner vuelve a dirigirse a ti.

—Ragnar, quiero saber lo que han captado esas malditas cámaras. Es cierto que era tu hermano, pero también era mi amigo. ¿Tuvo Oskar un infarto o qué...?

—Taja lo mató.

—¡¿Qué?!

Tanner ha pegado un salto, tu hijo se ha quedado boquiabierto, se ha acercado un paso, abriendo y cerrando las manos, Leo ha cerrado los puños, su mandíbula se mueve. David es el único que no reacciona. Tanner no tiene palabras.

«Está bien que sea así.»

—Pero...

—He dicho que hablaremos de eso más tarde, y eso debe bastarte. Así que hazme el favor y siéntate.

Tanner se sienta. No te gusta que te hagan preguntas. Debes trazar una línea de acción.

—¿Qué habéis encontrado?

Leo le entrega a David una carpeta. David echa un vistazo al contenido, saca una foto y cierra la carpeta. Dice: —El verdadero nombre de Stinke es Isabell Kramer. Va al mismo instituto que Taja y, hace tres meses, participó en un concurso escolar junto con sus amigas. Hemos descargado la foto de la página web del instituto.

Pone la fotografía encima de la mesa y te la pasa.

—De izquierda a derecha están Sunmi Mehlaui, Ruth Wassermann, Isabell Kramer, Vanessa Altenburg y nuestra Taja. Las cinco son amigas desde la secundaria.

Observas la foto. Ahí están ellas. Stinke, Taja y las otras tres, a las que acabas de ver en la grabación. Todas te enseñan el dedo índice. No te lo tomas a mal. A su edad tú no eras mejor.

Bajo la foto dice: «Perdedoras felices.»

—¿Qué concurso fue este?

—*Poetry Slam*. Actuaron juntas, hicieron sus tonterías y quedaron en último lugar.

—¿Cuál de ellas era la que estaba esperando en la otra orilla? —le preguntas a tu hijo, que está en la puerta, ya que nadie le ha ofrecido sentarse. Él mira la foto y da un golpecito con el dedo en la segunda chica por la izquierda. Es la misma chica que metió las drogas con Stinke en la maleta— ¿Ves cuál es el problema? —le preguntas a Darian, y antes de que este pueda responder, continúas hablando—: El problema es que no supiste meterle suficiente miedo.

A él le tiemblan los músculos de la cara. Ese chico detesta las críticas.

Necesita tu atención como una planta necesita la luz, y tú lo tratas como a un empleado.

—Tienes que reparar eso, ¿entendido?

Tu hijo dice que te ha entendido, y se coloca de nuevo junto a la puerta, con las manos cruzadas delante de la entrepierna, como si quisiera protegerse los testículos. Chándal, sudadera, zapatillas deportivas. Parece un matón. Te das cuenta de que le echa un vistazo a Tanner. Tanner lo ignora. Él es el padrino de tu hijo, y cuando estaba en el instituto lo ayudó en un par de ocasiones a salir de apuros, pero esos

tiempos han acabado, y Tanner tiene ahora problemas muy distintos. Lo ves en su rostro. «Taja, ¿una asesina? Eso jamás.» Es algo que no le cabe en la cabeza. A diferencia de ti, a Tanner le cae bien la chica y no entiende cuál es tu problema con ella. ¿Cómo iba a entenderlo? Cada vez que él ve a Taja, ve a Taja, pero tú ves a Majgull.

—¿Qué más tenéis?

—Sabemos, por la secretaria del instituto, que Taja no fue a clase en toda la semana pasada. Las otras chicas están ausentes desde hace tres días, pero tampoco estaban en sus casas. Y por el aspecto que tenía el salón de Oskar, debe de haber sido una fiesta muy loca.

Guardas silencio, tienes una información más fidedigna.

—¿Qué hay del número de móvil?

David mira a Leo, y Leo dice:

—Es de la tal Stinke. Fabrizio pudo localizar el móvil sin dificultades.

La chica ya no está en Berlín.

—¡¿Qué?!

—Cuando marcaste el número hace una hora, Stinke estaba junto al Alster, en un café que se llama Schatzkästchen. Desde que Fabrizio lo localizó, verifica las coordenadas cada diez minutos, y ella está todavía en Hamburgo. Hemos conseguido el número de Taja, lo hemos sacado del móvil de Oskar, y lo hemos verificado también. Tiene la misma ubicación. Creemos que toda la pandilla está junto al Alster.

—¿Y el Range Rover?

Le toca el turno a David.

—Hablé con el taller. Solo están reparando el Mercedes, pero ellos no creen que sea un problema seguirle el rastro al Range Rover. Oskar puso un transmisor a los dos coches, desde que le robaron el Porsche el año pasado.

En cuanto hayamos encontrado el código de acceso para el Range Rover, podremos marcar el número del transmisor y él nos enviará su localización por sms.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Ellos esperan tu reacción. Hasta tú esperas tener una reacción razonable, pero primero tu juicio debe procesar todos los datos. Por mucho que te esfuerzas, no ves el sentido que hay detrás de todo eso.

«¿Qué están haciendo esas chicas?»

Por un momento, tienes la intención de decirles a tus hombres que te dejen solo, pero lo que sale de tu boca suena muy distinto, lo dices en voz muy alta y furibunda: —¡¿me vais a decir que unas jodidas chicas de dieciséis años han viajado con el range rover de mi hermano y cinco kilos de heroína de berlín a hamburgo, sin que nosotros pudiéramos hacer nada?!

Tu voz resuena en las paredes de la habitación. Ves que tu hijo baja la cabeza, para no tener que sostenerte la mirada.

—Quizá alguien las haya ayudado —dice Tanner, ignorando abiertamente tu ira, ya que no os lleva a ninguna parte. Tú se lo agradeces.

Respiras, respiras, tus manos, cerradas en dos puños, se relajan.

—Sí, tal vez —dices, con la misma tranquilidad que Tanner, y lamentas tu arrebato. Les das las gracias a Leo y a David por su buen trabajo y le preguntas a Tanner si tiene a alguien en Hamburgo.

—Hasta donde sé, los griegos vuelven a estar completos. Markus se ha establecido de nuevo, desde hace un mes, en Fuhlsbüttel. Y también tenemos a los Dietrich. Su jefe ha salido de la trena.

—¿Qué hay de Oswald y de Bruno?

Tanner vacila.

—Mejor no.

—¿Mejor no? ¿Por qué?

—Ya lo sabes.

Por supuesto que lo sabes. La última vez que trabajasteis con Oswald y Bruno, una entrega fallida se convirtió en un baño de sangre. Bruno explicó más tarde que el ambiente se enrareció, y Oswald dijo que a veces había que hacer lo que había que hacer. Tú no tienes mucho aprecio por esa cháchara esotérica, pero sabes que Oswald y Bruno obtienen resultados. Son colaboradores externos, y gozan de cierta inmunidad. Su defecto es que son brutales, lo que los convierte en un riesgo. Pero obtienen resultados, y punto.

—Envíales las fotos de las chicas a sus móviles y dales la dirección del café. Con un poco de suerte, este asunto estará resuelto en media hora.

OSWALD Y BRUNO

Están de pie delante del escaparate y se preguntan qué no encaja con los colores, o si se debe a sus ojos. En la tienda todo parecía muy distinto. La camisa de Oswald es demasiado rosa, y la camiseta de Bruno es demasiado azul. Parecen unos helados caseros con patas.

—Parezco un maldito pitufo —dice Bruno.

—*Shit* —dice Oswald.

El día había empezado bien. Iban a un Starbucks, pero a Bruno se le antojó detenerse delante de ese escaparate.

—Bajo la luz inapropiada nada parece realmente bueno —dijo.

—*Shit* —repitió Oswald.

Mientras Bruno se cambia en el baño, Oswald pide café, agua mineral y pastel de chocolate. Y mientras Oswald se cambia, Bruno encuentra un sitio fuera y remueve la crema de leche de su café, intentando, al mismo tiempo, meterse un cigarrillo en la boca. Desde que ha dejado de fumar, se siente terriblemente sano. El aire fresco no le va nada, y la compañía no podría ser peor. Aunque todos afirman que se extinguieron en los años noventa, alrededor de ellos lo que hay, principalmente, son *yuppies*: mujeres idiotas con relucientes blusitas de poliéster, que fingen ser diez años más jóvenes; tipos de pelos revueltos y eterna mirada de estudiantes, que ganan al mes sumas de cinco cifras y se mueven como si se acabaran de levantar de la cama. Todo cambia. Ahora los *yuppies* intentan pasar inadvertidos. Han dejado de exhibir su riqueza, porque también los *yuppies* conocen la soledad, así que fingen ser jóvenes, ser desenvueltos y estar perdidos. Bruno se pregunta a quién quieren engañar. No pueden cambiar su comportamiento: hacen ruido con sus móviles o se sientan delante de sus MacBooks, cambiando cada treinta segundos la posición del monitor porque el sol es demasiado intenso. Bruno se siente reafirmado. Cuando la luz no es la adecuada, nada funciona. Oswald sale al exterior, lleva su ropa de antes y dice que se siente otra vez él.

—Tú lo has dicho —dice Bruno.

Beben su café, se comen sus pasteles de chocolate y estiran las piernas.

No pueden saber que dentro de cuatro minutos recibirán una llamada de Tanner. Ni siquiera pueden sospechar que toda luz puede transformarse de repente en oscuridad.

A Bruno le toca conducir hoy, Oswald se encargará del resto: ventilación, música, las bebidas y el picoteo. Cuando Bruno es el copiloto, casi siempre oyen Steppenwolf y hace calor en el coche. A Oswald le va más el aire fresco y la música de Ghinzu, y una cerveza helada en la mano. Ahora están oyendo Mine, y hasta Bruno no tiene

más remedio que sonreír. Son muy parecidos en muchas cosas. No tienen conciencia, creen que la brutalidad es una especialidad deportiva refinada y jamás dudan el uno del otro. Y los dos están estudiando inglés.

—*Man, I love that sound.*

—*It is strange, but strange is good.*

—*It makes my nerves tingle.*

—*That's very nicely said.*

—*Thank you.*

Durante cuatro años, Oswald intentó entrar en los Bomberos, pero suspendió todos los tests psicológicos. Durante un tiempo se ganó la pasta como guardaespaldas, hasta que un día la familia Lasser se fijó en él. Los pequeños encargos se fueron sucediendo, y pronto la envergadura de estos alcanzó tal punto que Oswald ya no pudo satisfacerlos todos. Fue entonces cuando Bruno entró en escena.

Bruno sirvió tres años en la Legión Extranjera francesa, y alcanzó el grado de oficial. Le gustaba el trabajo, pero no se las arreglaba con los nuevos reclutas. En general, eran oriundos de Rumanía o de Rusia, gente que se le atravesaba por su mera mentalidad. Por eso Bruno regresó a Alemania, donde conoció a Oswald, en una fiesta ofrecida por la familia Lasser. Después de eso, se unieron, y desde entonces realizan todos los trabajos juntos, son los mercenarios de la calle. Su mayor sueño es ser contratados como auténticos mercenarios por la Aegis Defence Services. Y para aprobar el test de admisión, pulen su inglés y visitan cursos de idiomas en internet.

—*There is this new restaurant, where you pick everything you want to be fried and then you put it in a little bowl and the chef fries it and a waiter brings it to your table so you can eat it with rice.*

—*What are you talking about?*

—*I'm hungry, that's what I am talking about.*

—*You had a brownie.*

—*I know.*

—*Guess what.*

—*What?*

—*I'm hungry, too.*

—*What are you thinking about?*

—*How about a nice steak with fries and Kräuterbutter?*

—*Man, shut up, my juices are flowing.*

—*Yeah, mine, too.*

Bruno aparca el coche detrás de un Range Rover, ambos bajan y se ponen sus gafas de sol. Mucha gente los toma por hermanos: la misma complexión, los mismos gestos. Pero eso es lo que sucede cuando dos personas trabajan juntas durante mucho

tiempo: se borran las diferencias, uno acaba siendo el reflejo del otro, y también las costumbres empiezan a encajar, como calcadas sobre papel transparente. Bruno lo llama «asimilación característica». Oswald todavía no sabe qué pensar de esa definición.

El café tiene doce mesas al aire libre, distribuidas bajo un castaño de amplio follaje. Todas las mesas están ocupadas. Un día sin lluvia en Hamburgo significa calles llenas, y quien no está en la calle se va a dar un paseo a orillas del Alster o se sienta en la terraza de un café.

—Ahí están.

Oswald señala una de las mesas. No hay forma de pasar por alto a las chicas. Bruno se relame los labios. Las chicas son un caso para él. A Oswald le van más las maduras, las que ya no tienen nada que perder.

—Voy a tomar mi postre —dice Bruno, y pasa como una ola oscura a través de las mesas. Se detiene junto a la vuestra y se quita las gafas de sol.

Las chicas levantan la vista al unísono y ven a un hombre calvo de unos treinta y cinco años, con chaqueta de cuero, perilla, nariz partida en dos, ojos cansados.

—Chicas, nos envía Ragnar Desche.

Al mismo tiempo, Oswald se ha situado al otro lado de la mesa y observa cómo la pequeña del pelo rojo agarra un tenedor. «Haz otro movimiento y te parto la muñeca», piensa Oswald. Sabe muy bien en qué punto tiene que golpear. Conoce el ruido que provocará la fractura. Y para ser sincero, en su fuero interno espera que la chica haga ese falso movimiento. Y como si la pelirroja pudiera oír sus pensamientos, levanta la vista y mira al calvo de unos treinta y cinco años, con su camiseta roja y su pantalón de lino beige, recién afeitado, con un tatuaje en el cuello y un lunar en la comisura de los labios. El hombre no sonrío, y la pelirroja aparta de nuevo la mirada.

«Tienes suerte», piensa Oswald, y oye que Bruno dice:

—Chicas, nos envía Ragnar Desche.

—¿Y?

Bruno cree haber oído mal. Aquella bocazas le recuerda a esa actriz de la película *Kill Bill*. No recuerda su nombre. Algo de Lucy. Su pelo es como tinta negra. A él le gusta como pronuncia ese «¿Y?». Se la imagina diciendo: «¡Fóllame!» o «¡Sí, acaba conmigo!». Bruno señala con el pulgar por encima de su hombro.

—Nuestro coche está ahí detrás. Tenemos que hablar.

—Nuestro coche también está ahí detrás —dice Lucy—, pero nosotras no hablamos con vosotros.

—¿Conque esas tenemos?

—Sí.

—Oswald.

—Sí, Bruno.

—Coge a la rubia.

Y entonces Oswald coge a la rubia.

La rubia es la mejor elección. Abatida y con un ojo morado, es la víctima ideal. Oswald le agarra el pelo con la diestra. Al segundo siguiente, la rubia está de puntillas, y él le rodea el cuello con el brazo. Es tan fácil como cerrar una cremallera.

—Oiga, ¿qué está haciendo? —pregunta la mujer de la mesa vecina.

—Policía Criminal —dice Bruno, sonriendo, y le muestra el hueco que hay entre sus colmillos, y también abre su chaqueta de cuero, mostrando la culata de la pistola. La mujer mira rápidamente hacia otra parte.

—Vosotros no sois polis —dice la pelirroja.

Bruno se encoge de hombros.

—Y vosotras tampoco sois unas buenas chicas que andáis de paseo con el coche de papá, ¿me equivoco?

—¡Suéltame, gilipollas! —dice entre dientes la rubia, intentado liberarse.

Oswald tensa el antebrazo y le aprieta el cuello, la chica jadea, desiste y alza las manos. Entonces Oswald afloja la presa, Bruno carraspea y dice:

—Voy a repetirlo solo una vez. Nuestro coche está ahí detrás, y tenemos que hablar.

Ahora las chicas obedecen, se ponen de pie. «Sí que son buenas chicas», piensa Bruno, y le hace un guiño a Oswald. Oswald se lo devuelve, y su boca se convierte en una «O» y él aparta a la rubia de un empujón, como si la chica quemara.

—¿¿Qué?!

Oswald lamenta haber apartado la vista un segundo de la pelirroja. Se mira hacia abajo. Tiene un tenedor clavado en la parte interior del muslo. En realidad, es algo tonto. Un tenedor es un tenedor. Oswald ha tenido cosas peores clavadas en el brazo y en la espalda. Cuchillos, destornilladores, navajas, e incluso, en una ocasión, el palo de una escoba. Un tenedor no es más que un tenedor. Pero Oswald detesta que lo sorprendan, y sabe muy bien lo que va a ocurrir ahora. Después de sacarse el tenedor, cogerá a la pelirroja y luego la soltará de nuevo, cuando ella le pida clemencia, lloriqueando.

—¡Guarra!

Oswald se saca el tenedor del muslo y tiene intenciones de agarrar a la pelirroja, pero entonces algo caliente empieza a correrle por la pierna. «Me he meado», piensa, asustado. La pernera derecha del pantalón tiene un tinte oscuro desde el muslo hasta los zapatos.

«Esto no son meados, es...»

La sangre mana con su color rojo brillante de la herida, salpicando la mesa. Oswald deja caer el tenedor y aprieta la mano contra la pierna. Sus pensamientos se reducen a una frase, una frase que recorre su mente en un vaivén de pánico y que, al

parecer, no tiene fin: «La cría me ha alcanzado la arteria la cría me ha alcanzado la arteria la, maldita cría, me ha alcanzado la arteria la cría me ha la cría me ha la, maldita cría, me ha alcanzado la arteria.»

Bruno necesita un instante para entender lo que está pasando. Ve la cara sorprendida de Oswald y luego la sangre, la ve salpicar la mesa, la ve teñir el pantalón, cuando Oswald saca el tenedor. Las chicas retroceden, una silla se cae, alguien grita. Oswald se tambalea hacia atrás, una mano apretada contra el muslo, la cara descompuesta en una mueca, y solo entonces Bruno es capaz de reaccionar. Primero allí.

Eso lo retrasa unos cinco segundos.

Cinco segundos que Bruno no tiene.

Lucy está tan cerca, que él puede oler su respiración. No sabe que ella puede ser muy rápida. Con el codo izquierdo nota que su arma ha desaparecido de la sobaquera. «¿Cómo lo ha hecho?» El cañón de la pistola se clava en su barriga, y automáticamente sus músculos se tensan, como si los músculos del abdomen pudieran parar una bala. Y aunque Bruno sabe con certeza que el seguro sigue puesto, no tiene ninguna garantía de eso.

—Si vosotros sois polis —dice Lucy—, yo soy Bruce Lee.

Dos de las chicas rodean la mesa corriendo, y pasan junto a Bruno, solo Lucy se queda cerca de él, de modo que sus senos turgentes le provocan una reacción en sus testículos. «Ella es muy bajita —piensa él—, ¿cómo puede ser tan rápida?» Bruno no se mueve. Nunca le ha pasado algo así.

—Cierra los ojos —le dice Lucy.

Bruno cierra los ojos, huele su cálido aliento de chicle y no puede hacer nada contra la excitación. Quisiera decirle a la pequeña que ella le pone tan cachondo que no tiene ni palabras, pero entonces el cañón del arma desaparece de su barriga. Bruno abre los ojos y ve a Lucy corriendo detrás de sus amigas. Ignora a Oswald, ignora a la gente que le grita y se aparta. Solo ve los cabellos de Lucy ondeando al viento, saca del bolsillo de su chaqueta un puño americano y lo acaricia con los dedos de la mano derecha, antes de iniciar la persecución.

La pérdida de sangre hace que Oswald se sienta un poco ido. No es la primera vez que pierde sangre. En una ocasión, Bruno tardó una hora en encontrarlo, después de que un grupo de albaneses le diera una buena.

Oswald estaba entre unos arbustos, presionando con ambas manos el corte que tenía en el cuello. Primero la cabeza se aligera, se empieza a sentir un frío en las manos y los pies, un frío que va subiendo hasta el corazón, mientras que, a su alrededor, el final empieza a abrirse como un telón y la oscuridad fluye, sumiéndolo todo en una calma asfixiante. Oswald sabe que sería prudente dejar que la pelirroja se

largue, sacarse el cinturón y hacerse un torniquete en la pierna. Pero también sabe que tiene un trabajo que hacer aquí, así que pasa al ataque, coge a la pelirroja por el brazo y tira de ella. La chica se cae. Oswald no puede reprimir la risotada, tiene tal fijación con la pelirroja que no cuenta ni por un segundo con la presencia de la rubia. Esta se arroja sobre él como una furia, le clava las uñas en la cara, le raja la comisura de los labios, se aferra a sus ojos; luego la rubia lo deja por espacio de un segundo y él piensa que le ha llegado su turno. «¡Ahora me toca a mí!» Nunca podrá entender cómo pudo equivocarse tanto. La rubia le golpea con ambos puños en el estómago, sacándole todo el aire, y Oswald cae de rodillas, chocando contra el duro suelo.

—¡Corre! —oye gritar a la rubia.

—Pero...

—¡Stinke, corre!

Oswald sabe que tiene que ver con la pérdida de sangre, no puede explicarse la situación de otro modo. Tiene que ser eso. Él no es ningún inútil, él es un hombre, y la rubia es solo una chica, y está allí como si fuera una guerrera. «Judo o kárate — piensa—, estos malditos críos lo aprenden hoy todo muy rápido.» Oswald cierra los ojos, baja la cabeza y se queda en esa posición. Sabe el aspecto lamentable que ofrece. El gran Oswald se muestra débil y está de rodillas. Pero también es un hijo de perra que sabe apretar los botones adecuados. La rubia se aparta de él, y cae en el truco más antiguo de este mundo. Sabe luchar, pero nadie le ha enseñado las reglas.

«Cuando hieras a alguien, asegúrate de que no podrá levantarse más.»

La rubia se da la vuelta.

Oswald oye el roce de su falda y se levanta.

Bruno se siente viejo, las tres chicas que corren delante de él son rápidas, especialmente Lucy, que parece un cohete enloquecido. Bruno encoge la cabeza, es solo músculos y respiración. Hoy puede pasar cualquier cosa, sin duda, pero aún tiene que llegar el día en que una chica lo deje así, colgado.

Al cabo de quinientos metros, alcanza a la pequeña que estaba sentada al lado de Lucy. La chica chilla cuando lo ve a su misma altura. El brazo izquierdo de Bruno sale disparado y golpea a la chica en el pecho, y esta se cae por encima del banco de un parque y cae en la hierba. Bruno sigue corriendo.

Delante de él está ahora la chica que estaba sentada a la derecha de la pelirroja. Bruno sabe que esa es la hija de Oskar Desche. Uno de esos bellezones que ya de adolescentes dejan sin aliento a cualquier hombre: piernas largas y una cara para soñar con ella, y luego ese extraño peinado que a él le gustaría cogerle para atraer su cabeza hacia él. Bruno no consigue recordar su nombre, nunca se le ha dado bien recordar nombres, de eso se encarga normalmente Oswald. Tanner le ha enviado una foto de las chicas al móvil. Y aunque les insistió en que no le hicieran nada a la hija de Desche, las reglas en este momento no tienen vigor. Además, Tanner no tiene por

qué enterarse nunca. Bruno le pone una zancadilla a la chica y la saca de la carrera.

Ella cae, como si le hubieran hecho falta. Bruno ya se ocupará de ella más tarde, pero ahora continúa corriendo y va sintiéndose mejor.

«Lucy, voy a por ti.»

Su pelo es como una bandera, su culo es una manzana. Bruno se imagina poniendo ambas manos sobre ese culo, automáticamente corre más rápido. Lucy avanza hacia el cruce. Solo se da cuenta de su error cuando ha llegado a la isleta. Los coches se han puesto en movimiento, no puede seguir, no puede retroceder.

Bruno espera a que se abra un claro en el tráfico y salta hacia el otro lado. Ella le da la espalda. La isleta tiene tres metros de ancho. Están solos.

—Sorpresa —dice Bruno.

Ella se da la vuelta. Sus ojos centellean. Lleva en la mano la Five-Seven Tactical de Bruno. Bruno respeta y teme esa arma. No es solo que se pueda poner en automático y que tenga un cargador con veinte cartuchos, sino que es capaz de pulverizar la mayoría de los chalecos antibalas como si fueran de cartón; además, tiene un retroceso mínimo, parecido a una caricia. Hay pocas cosas en este mundo a las que Bruno tema realmente. Y una de esas es su querida Five-Seven, cuyo cañón apunta tembloroso en ese instante contra su pecho. Bruno dice: —Baja el arma.

Ahora el brazo de Lucy tiembla, tiene que ayudarse con la otra mano para sostener el arma. Bruno ve una lágrima rodando por su mejilla y desearía podérsela enjugar. Sabe que no va a disparar. Sabe qué personas son capaces de hacerlo y qué personas no. Si ella fuera capaz, no estaría allí de pie, de ese modo. Él no es ningún idiota. Conoce a los cobardes, a los dudosos, a los asesinos. Y ella no es una asesina. Ella es una guarrilla. Y él la ha escogido. Ahora ella le pertenece. Y eso es, justamente, lo que le dice.

—Ahora me perteneces.

Ella baja el arma. El semáforo cambia. Los coches se detienen. Bruno siente las miradas de los conductores. Lucy ha bajado la cabeza.

—Mírame.

Ella alza la cabeza y lo mira.

—Y ahora camina hacia mí.

Y del mismo modo que Bruno reconoce a los asesinos a sueldo, reconoce a alguien que se ha venido abajo. Ella se acerca, cinco pasos, está delante de él. Cerca, tan cerca que casi se tocan. Bruno siente lo excitado que está.

—Ven, apóyate en mí. Se ha acabado.

Ella se apoya en él. Es tan bajita que siente su aliento debajo de su corazón. El semáforo cambia. Los coches se mueven. Un conductor no puede apartar la vista de ellos. Los demás coches tocan el claxon. El coche que ha reducido acelera. Bruno le acaricia su maravilloso pelo negro. Su puño americano destella. La cabeza de ella

huele a arena caliente. Él sabe que tendrá que hacerle daño, pero también sabe que mantendrá el dolor dentro de ciertos límites.

—Buena chica.

La mano derecha de la chica se apoya sobre el pecho de él, y él arroja su aliento sobre los dedos de ella. La chica alza la mirada y muestra una sonrisa, y esa sonrisa no tiene sentido, porque ella está mirando a otro sitio, detrás de él. Bruno vuelve la cabeza para ver lo que ella está viendo, y siente la presión de los dedos de ella. El golpe le llega tan de sorpresa que Bruno no entiende cómo ha sido posible. «¿Cómo he podido equivocarme así?» Todo estaba en sus ojos, ella estaba rota, perdida, y todo era una mentira. Su pie izquierdo queda apoyado en el bordillo, el derecho toma impulso hacia atrás, sus dedos, los de él, se deslizan de sus cabellos y, por una fracción de segundo, los dos se miran. Pero entonces una furgoneta alcanza a Bruno, y este es arrastrado por la isleta, hacia los coches que avanzan en la dirección contraria.

Oswald lo tiene más fácil que Bruno, pues él no tiene que seguir corriendo. La rubia ni siquiera sabe que él está detrás de ella. Ella, con su falda demasiado larga, no es demasiado rápida, y probablemente piensa que él sigue en la acera, de rodillas, desangrándose.

«Chavala, no tienes ni idea de quién soy yo», piensa Oswald, y vuelve a agarrarla por el pelo. Por un momento la rubia pierde el equilibrio, su boca se cierra en una «O» de asombro, sus piernas vuelan hacia delante. Oswald la atrae hacia sí, siente el calor de su cuerpo y es entonces cuando se da cuenta de que algo ha cambiado.

«Me congeló. Tengo que hacerlo rápido, antes de que...»

La rubia grita, la rubia patatea, Oswald pierde el equilibrio y cae. El golpe lo sacude, sus dientes entrechocan, provocándole dolor, se muerde la punta de la lengua. La chica estira las manos hacia atrás, le tira de las orejas.

Oswald pierde el control. Dolor y rabia, rabia y dolor. Aprieta y oye unos huesos que se rompen, aprieta y oye cómo las piernas de ella se arrastran por el suelo, desplaza su peso y rueda hacia la rubia, como si estuviera en una cama y se diera la vuelta, mientras alguien le aporrea la espalda, mientras alguien tira de sus brazos. Entonces cubre a la chica con su peso y empieza a absorberle el calor de su cuerpo, hasta que los dos quedan inmóviles sobre un charco de sangre y ya no hay nada entre ellos que los diferencie.

Ni luz, ni fuerza, ni calor.

Oswald no se enterará de cómo ruedan por encima de la chica. No se enterará de que la pelirroja le escupirá, lo pateará y le gritará insultos, ni de que los clientes del café apartarán a la pelirroja. No se enterará de nada.

Ahora él forma parte de un presente que continúa existiendo sin él.

Oswald nunca se enterará de que a la rubia la llamaban Rute, que tenía un hambre de vida enorme y hubiera dado cualquier cosa por dejar su huella en el mundo. Tampoco se enterará de que dos agentes de policía, ese mismo día, llamarán a la puerta de los padres de la chica en el barrio de Westend, en Berlín, y que la madre se vendrá abajo y que tendrá que sostenerse en su marido. Él no estará allí cuando los padres lleguen a Hamburgo para identificar a su hija en el depósito de cadáveres. Y tampoco sabrá nunca lo que se siente al morir a los dieciséis años de un modo tan absurdo, y perder a tus amigas y, así y todo, ser una heroína, porque esa chica ha conseguido pararle los pies a un tipo como Oswald. Para siempre. Por toda la eternidad.

NEIL

—Soy yo.

—Pensé que vendrías a Berlín.

—Ya estuve allí.

—¿Cómo? ¿Estuviste aquí?

—Hace tres días, pero no me gustó el ambiente y por eso me marché.

—Dime, ¡¿estás loco?! ¿Vienes a Berlín y ni siquiera puedes hacerle una visita a tu padre?

—Ya te he dicho...

—Eso no es una disculpa, Neil. Yo me estoy muriendo, y tú tuviste un mal día, ¿es eso lo que me quieres decir?

—Lo siento.

—Chaval, de verdad que a veces pareces un tarado.

—Ya te dije que lo siento.

—¿Tu medio hermano lo sabe?

—Él no sabe nada, tampoco lo vi.

—Bien. ¿Qué te preocupa?

—Nada.

—Venga, hombre, te conozco, y sé cómo eres. No me estás llamando para decirme lo idiota que eres. ¿Qué pasa?

—¿Te dice algo el nombre de Ragnar Desche?

—¡¿Qué tienes tú que ver con Desche?!

—Oye, tranquilízate.

—¡Quiero saber qué tienes tú que ver con Desche!

—Nada. Yo... En fin, una amiga tiene un problema con él, y pensé que tal vez el nombre te dijera algo.

—Mantente alejado de él.

—¿Quién es?

—Neil, quiero que te mantengas alejado de él, prométemelo.

—Te lo prometo.

—Bien.

—Entonces ¿qué?

—Tu abuelo y Ragnar Desche trabajaron juntos. De eso hace quince años. En general, se trataba de mercancías que no podían pasar por la aduana. Desche era el supervisor de la logística, así lo llamaban. Se decía que uno podía confiarle su alma, que él te la congelaría y al cabo de una década te la devolvería intacta. No había nada que él no pudiera suministrar o almacenar. Ni siquiera los cadáveres eran un problema para él.

—¿También drogas?

—Claro que había drogas también. ¿Qué pasa contigo? ¿Es que naciste ayer? Armas, antigüedades, dinero e informaciones, todo eso son mercancías, como las drogas o las personas. De lo único que Desche se ha mantenido alejado es del tráfico de personas, eso habla en su favor. Cualquiera cosa que hubiera que guardar o transportar, Desche se ocupaba. ¿Te haces una idea ahora?

—Me la hago.

—Neil, ¿quién es esa amiga tuya?

—Es una conocida.

—Pues deshazte de ella.

—¿Qué?

—He dicho que te deshagas de ella. Si ella tiene un problema con Desche, nadie la puede ayudar. ¿Qué ha hecho?

—Ha cogido algo que no es suyo.

—¿Y qué es ese algo?

—Cinco kilos de heroína.

—...

—Ritchie, ¿sigues ahí?

—Claro que sigo aquí. No lo entiendo. ¡¿De dónde sacas a esos débiles mentales?! Pensé que tenías tu vida controlada. ¿Es que tu madre no te enseña nada? ¿Acaso quieres ser como yo? No es nada divertido ser como yo, eso deberías haberlo aprendido.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Saca las narices de todo ese asunto. Nadie le coge a Ragnar Desche algo que es suyo y sale ileso. Nadie. ¿Lo entiendes?

—Entiendo.

—¿Sabe tu madre algo de esto?

—No, claro que no.

—Salúdala de mi parte.

—¿No quieres hablar con ella? Ella está...

—Estoy muy cansado.

—Estarás cansado, pero conmigo sí que puedes hablar.

—Es distinto.

—Ritchie, yo soy tu hijo y...

—Ya sé que eres mi hijo, me lo restriegas todo el tiempo por las narices.

—Pero ella...

—No quiero que me oiga así. Me da igual lo que pienses, pero tu madre debe mantenerme en su recuerdo tal y como yo era. ¿Es tan difícil de entender? De ese modo la protejo.

—¿Y qué pasa si no quiere que la protejan?

—No conoces a tu madre. Además, eso es un asunto entre ella y yo, primero tendrás que convertirte en un adulto y hacer tus propias mierdas para que puedas revolver la mía. Y ahora colguemos, que, si no, me pongo sentimental.

Cuelga, antes de que tú puedas decir otra palabra. Estás delante del teléfono y una vez más no sabes qué pensar de tu padre. Él jamás asumió ese papel, siempre ha seguido siendo Ritchie. Hace ocho años le diagnosticaron un cáncer, y desde hace ocho años se esconde en Berlín. No quiere ver a tu madre y solo permite visitas a tu medio hermano y a ti. Ritchie está muy flaco, está enfermo y el pelo se le ha caído a causa de la quimioterapia pero, como por arte de magia, sigue aferrado a la vida. Un muerto viviente, que no permite a nadie a su lado.

—Vaya, ya estás despierto.

Tu madre está detrás de ti, con los ojos cansados, los gestos cansados. El año pasado cumplió sesenta, y tú estás seguro de que Ritchie no la reconocería. Un cansancio permanente parece rodearla. A veces ese manto se levanta cuando tu madre se rodea de gente, pero en cuanto vuelve a estar sola, toda su fuerza se desvanece y el cansancio se apodera de ella nuevamente.

—Fue una noche larga —dices.

—Ya lo veo. ¿Has desayunado ya?

La besas en la mejilla y vas con ella hasta la cocina, para acompañarla mientras desayuna. No puedes desaparecer ahora así como así. Has ocupado el lugar de tu padre, y eso conlleva responsabilidades. Las chicas tendrán que esperar.

Le llevas café a tu madre, le alcanzas el correo y la escuchas.

Ella te acepta como eres, y eso tiene su precio. Desde que acabaste el instituto, no ganas mucho más dinero del que gastas, ves películas y te reúnes con amigos. Nueve años de pausa. Para ti es un enigma cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo. Tenías planes de estudiar, quisiste abrir un club con un amiguete, lo intentaste incluso como programador. Pero todos tus planes se han quedado en eso, en planes. A veces te preguntas si todo sería diferente si tu padre no se hubiera marchado de Hamburgo. No eres un perdedor, sencillamente, estás satisfecho con ese estilo de vida: el mundo no espera nada de ti, y tú no esperas nada del mundo. Tu madre cree que encontrarás tu camino. Pero ¿qué pasa si no hay camino? ¿Qué pasa si hace tiempo que ya has llegado? El hijo de una rica heredera y de un truhán enfermo de cáncer. *Finito*.

La oscuridad atrae a la oscuridad. Tal vez por eso formes parte de esta historia, quién sabe. Las raíces van a lo hondo. La familia de tu padre fue durante tres décadas gente muy importante en el ambiente criminal de Hamburgo. El nombre de Exner era conocido por todos, y todo empezó con tu abuelo Maximilian, también conocido como el Abuelo Maxe, y más conocido aún como el Káiser. Él fundó un imperio. A finales de los años sesenta, financiaba en el Reeperbahn cualquier club nocturno en

ascenso, e impuso su idea de que en los extremos de la mal afamada Herbertstrasse se pusieran carteles que prohibían el paso a la calle de las putas a las menores de edad y a las mujeres. «El Káiser mantiene limpia Hamburgo», ese era el lema. No solo se embolsaba los rescates, a cambio de los cuales prometía seguridad, sino que controlaba también la prostitución y hacía que las putas se hicieran una revisión médica con regularidad. Hasta el reparto de las obras en construcción estaba en sus manos. A principios de los años setenta fue él quien puso las primeras máquinas de juego en los bares, especuló con terrenos y amplió su imperio con la venta de coches robados. En todas esas décadas, mantuvo las manos fuera del negocio de las drogas y las armas. De su primer matrimonio tuvo dos hijos, Ruprecht y Ritchie. Ritchie nunca tuvo la ambición de ser el heredero del Káiser. Se le daban bien los pequeños tratos, cuando había que llevar un coche de un punto a otro, pero cuando se trataba de lo duro, cuando alguien se había olvidado de pagar y por eso había que partirle un brazo, para eso Ruprecht era el hombre adecuado. Ruprecht era dos años mayor que Ritchie, y sabía lo que hacía. Para él solo existía el imperio del Káiser, el resto eran cagadas de moscas.

¿Quién sabe dónde estaría tu padre ahora si no hubiera conocido a tu madre? Tal vez hubiera pasado, como Ruprecht, cinco años en la cárcel, o se hubiera tenido que esconder en un pueblo de montaña italiano, como tu tío Fredo. A finales de los noventa, tu padre se apartó de la familia y, tras la muerte del Abuelo Maxe, renunció a su herencia. Tal vez el dinero lo sedujo, pues tu madre tenía la nobleza en la sangre, poseía una mansión en el Alster y no tenía que preocuparse por cómo iban las acciones. Pero tal vez tu madre le enseñara otra vía para disfrutar de la vida. Sea lo que fuere, ahora tu padre está enfermo y solo en Berlín, y teme mirar a su gran amor a los ojos. No, la verdad es que no tienes ningún interés en ser como tu padre.

—Tal vez deberías ir hasta allí —dices.

Tu madre mantiene la mano en la taza, aunque está vacía. Tú te inclinas hacia delante y vuelves a servirle café. En cualquier momento tu madre va a decir: «Sí, tal vez.» Vuestras conversaciones se parecen a partidas de ajedrez.

Las aberturas son siempre iguales.

—Sí, tal vez —responde tu madre, pero no lo cree. Te mira con ojos escrutadores.

—¿Cómo está él?

—Como siempre. Ni mejor ni peor.

—¿Piensas que la última sesión de quimioterapia le ha afectado?

«Pregúntale tú misma», quisieras responderle, pero te encoges de hombros. Hay días en que sientes ganas de sentar a tu madre en el coche y llevártela a Berlín. Llamar a la puerta de Ritchie y largarte en cuanto él la abra, para dejarlos a los dos solos. Si tuvieras el valor, si tu madre no fuera a oponerse, si el sol un día saliera por el oeste y tu valor echara a correr y venciera a la cobardía. Entonces tú haces el

siguiente movimiento, dices: —Deberías odiarlo por esconderse.

—Él no se esconde.

—Claro que se esconde. Es como un lobo herido que se lame las heridas.

—¡Mamá, han pasado ocho años!

—Lo sé.

—¿Por qué os torturáis de ese modo?

Ella sonrío, tú odias esa sonrisa, que te desarma, que te convierte en el hijo pequeño que no entiende nada del mundo.

—Espera, cuando hayas encontrado a la mujer ideal, pensarás de un modo muy distinto acerca de tu padre.

—Eso dices siempre.

—Y tú todavía no has encontrado a esa mujer.

Ha acabado vuestra pequeña disputa. Tablas. Cualquier otra frase daría lugar a ataques innecesarios, y tú no quieres obligar a tu madre a hacer tal cosa. Ella debe estar en paz. Le dices que tienes que salir. Ella no te pregunta adónde, porque sabe que vas a regresar. Rodeas la mesa y la besas en la mejilla. La mujer más triste de todo Hamburgo y su hijo.

Al cabo de diez minutos ya has salido del banco. Pediste que te dieran un sobre, y en ese sobre hay seis mil euros. La suma tiene que ser correcta, porque vas a pedir a cambio mucho más. Apenas conoces a esas chicas, y no crees que vuelvas a ver ese dinero. Si la suma no es la justa, ellas nunca aceptarán tu trato, y ahora necesitas un trato. Sabes que tu padre te tildaría de loco por esto. «Pero yo hago lo que tengo que hacer», piensas, y de pronto sientes ganas de llamar a Stinke, pero ella se te adelanta.

—Hola —dices—. Iba justamente a...

—Oye, ¿te has chivado? —lo interrumpe ella.

—¿Qué?

La voz de ella es estridente:

—Han aparecido aquí dos tipos, después de que tú desaparecieras, ¿nos vendiste? ¡¿Eh?!

—Tranquilízate, yo no he...

—¡no me mientas!

—Stinke, no te estoy mintiendo. ¿Qué ha ocurrido?

La voz se le rompe.

—Rute está... Nuestra Rute está...

Se corta. Miras tu móvil y no sabes cómo debes reaccionar. Vuelve a sonar. Oyes llorar a Stinke, oyes sus sollozos.

—Stinke, habla conmigo. ¿Qué ha ocurrido?

—Rute... Ellos han... Rute está muerta...

—¡¿Qué?!

—Nuestra Rute está muerta.

Tragas saliva, entornas los ojos, los abres de nuevo.

—¿Dónde estáis?

Stinke adopta un tono arrogante.

—Sí, a ti te lo voy a decir...

—Stinke, de verdad que no tengo ni idea de lo que ha ocurrido.

Una de las chicas dice algo al fondo, Stinke le responde, tus pensamientos dan vueltas. «¿Cómo es posible que una de esas chicas esté muerta? Solo las he dejado solas una hora. Si me hubiera quedado allí, entonces...»

—¿Estáis todavía en ese café? —preguntas.

—Ese café está ahora lleno de polis, allí...

Ella enmudece, respira hondo, sencillamente, quiere saberlo y lo pregunta:

—¿No te chivaste? ¿No nos has denunciado?

—Te lo juro.

—Porque si lo has hecho, entonces...

—¡Te lo juro, Stinke!

Silencio. Voces en el fondo. Silencio.

—¿Dónde estás exactamente?

Le dices en qué cruce estás. Ella cuelga y tú miras el sobre que hay en tu mano, y te preguntas por enésima vez por qué haces todo esto. Sin embargo, la respuesta es evidente. Solo tienes que llegar a ella.

Ellas necesitan solo diez minutos, no buscan aparcamiento. El Range Rover se detiene en doble fila. La ventanilla del copiloto se baja, y tú ves a Stinke. Tiene los ojos enrojecidos, y la boca tan desencajada que parece que se va a derretir. Espera que tú vayas hacia donde está ella. Las chicas no quieren correr ningún riesgo, el motor sigue encendido, pueden desaparecer en cualquier momento, así que mueve el culo y hazlo de una vez. Vamos.

Te detienes junto al coche y dices que lo sientes.

—¿Cómo nos han encontrado? —quiere saber Stinke—. ¿Tienes idea de cómo han podido encontrarnos?

La anarquía ha desaparecido de su voz. «Era tan fuerte y viva», piensas, y tienes intenciones de disculparte por algo de lo que no tienes culpa alguna.

Di algo sensato, anímala, infúndele valor.

—No lo sé —dices, aunque tienes una idea de lo que pudo pasar. Hoy en día ya nadie puede esconderse de verdad, y tampoco sirve de mucha ayuda que ellas hayan robado ese coche. El Estado policial que todo lo controla es un chiste, ya que cualquier persona privada, con ayuda de un buen ordenador y unas pocas relaciones, puede acceder a informaciones que deberían estar guardadas bajo llave. «Además,

chicas, os habéis metido con Ragnar Desche», quisieras decirles, pues seguro que un tipo como Desche dispone de algo más que un ordenador para seguirles el rastro a esas chicas.

O como bien dijo tu padre: «Nadie puede cogerle algo a Ragnar Desche y salir ileso.»

—¿Qué pasó exactamente?

Stinke te cuenta lo de los dos tipos que aparecieron en el café. Te cuenta que Rute la salvó, y al decirlo las lágrimas le ruedan por las mejillas, y tú tienes que controlarte para no abrazarla a través de la ventanilla.

—Rute estaba a menos de cinco metros detrás de mí, ¿entiendes?, ya habíamos acabado, pero cuando yo... cuando yo me di la vuelta, ¿sabes?, ella ya no estaba, ¿sabes?, no estaba, yacía en el suelo, y ese... ese maldito cabrón estaba sobre ella y le...

Nessi se le acerca desde el asiento del conductor, atrae a Stinke hacia ella y la abraza. Tú estás ahí, el sol te golpea en la nuca, tú estás simplemente ahí y sientes la mirada de Nessi, mientras ella te mira por encima del hombro de Stinke. «Yo no he tenido nada que ver con eso», quieres asegurarle, y le dices: —He hablado con mi padre.

Stinke se separa de Nessi. Schnappi y Taja se inclinan hacia delante. Te miran. Cuatro chicas de dieciséis años que, en su duelo, parecen tener seis.

«Unas niñas —piensas—, mierda, todavía son unas niñas.»

—Mi padre sabe quién es Ragnar Desche. Y me ha advertido. Me ha dicho que nadie le coge algo a Ragnar Desche.

—¿Es como la mafia? —pregunta Schnappi.

—Mi tío no es de la mafia —dice Taja.

—No lo sé. No sé quién es —mientes—, pero creo que puedo ayudaros.

Tengo aquí seis mil euros, con ellos podéis arreglároslos durante un tiempo, y cuando regreséis, el asunto ya estará arreglado.

—¿Y cómo se arreglará el asunto? —quiere saber Nessi.

—Dejadme eso a mí.

Ellas vacilan, te clavan la vista, hace rato han comprendido que hay un inconveniente. Siempre hay un inconveniente para todo. Stinke dice cuál es.

—¿Y qué quieres a cambio?

—La llave.

—¿Qué?!

—Quiero la llave de esa taquilla.

—¿Por seis de los grandes?!

Stinke ríe, te gusta verla reír, aunque no sea una risa auténtica.

«Mejor que nada», piensas.

—Esas drogas valen veinte veces más —dice ella, y tú lo sabes.

—Lo sé, pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata entonces?

Hablas tranquilamente, tienes que convencerlas con tu tranquilidad, porque si te descubren, aunque sea por espacio de un segundo, se largarán.

—Seamos sinceros. ¿Qué otra opción tenéis? Os daré un montón de dinero en efectivo. ¿Qué podéis hacer vosotras con las drogas? Estáis huyendo, y las drogas están en Berlín. Eso no encaja, ¿o es que tenéis planes de regresar a Berlín?

Stinke evita tu pregunta.

—¿Y tú? ¿Qué pretendes hacer tú con las drogas?

—Hacer negocio.

—Pero tú no eres un traficante.

—Claro que no soy un traficante, pero sé hacer negocios.

Stinke sube la ventanilla sin previo aviso, y esta se cierra con un ligero chasquido. Tu rostro se refleja en el cristal tintado. Por un momento no te reconoces. Pareces decidido, pareces alguien que quiere algo.

«Si Ritchie pudiera verme ahora.»

Cuando la ventanilla baja de nuevo, miras a Nessi a los ojos, y es un poco como si Stinke no estuviera sentada a su lado. Otra vez sientes ese tirón en el pecho. Desearías poder besar a esa chica. Como en la novela donde el tipo hace que el tiempo se detenga para poder hacer lo que quiera. Te bastaría un solo beso, no la tocarías más. Detengámonos por un segundo. Estamos un poco confundidos. Aquí hay algo que no cuadra. ¿Te pones romántico mientras esas chicas lloran a su amiga muerta?

—¿Qué miras con esa cara de estúpido? —pregunta Stinke.

—Nada.

—Está flirteando —dice Nessi.

—No estoy flirteando —dices demasiado rápido, y bajas la mirada—. ¿Os habéis decidido?

Sí, lo han decidido.

—Si regresamos y has vendido esa porquería, queremos un treinta por ciento.

—De acuerdo.

Stinke parece haberse quedado pasmada.

—¡¿Cómo que de acuerdo?! ¿Es que no vas a regatear?

—No me gusta regatear.

—Tío, vaya hombre de negocios que eres, estás loco.

—Lo sé.

Entonces ella extendió su mano.

—Dame el dinero.

—Primero la llave.

Ella te entrega la llave, tú la guardas, pero no les das el dinero.

—Neil, por favor, no nos putees.

—Hay algo más —afirmas, y abres la puerta trasera. Te sientas dentro del coche, y lo haces con tal naturalidad que ninguna de las chicas tiene tiempo para reaccionar. La puerta se abre, la puerta se cierra. Schnappi te hace sitio en un gesto automático. Hueles la piel del coche, hueles a las chicas, su dulzor, su sudor y su tristeza, sobre todo esta última es como una caverna con paredes de terciopelo, y con poco aire para respirar.

—Es mejor que bajas —dice Schnappi.

—Yo solo quiero hacerlos...

No puedes seguir, porque sientes que algo duro presiona tus costillas.

Miras hacia abajo y ves la mano de Schnappi, y en ella, la culata negra de una pistola automática, y al final un cañón, que es lo que oprime tus costillas, como si hubiera allí una entrada secreta a tus entrañas.

Exactamente siete minutos después bajas del coche y te quedas de pie al lado del copiloto. Aún no estás dispuesto a marcharte. Quieres preguntarles a las chicas hacia dónde piensan ir, y si os volveréis a ver alguna vez. Pero no lo haces. Sería como infligirse heridas uno mismo. Ellas jamás te lo contarían y tú te sentirías ofendido.

Así que ahórratelo y márchate.

Ya te dispones a darte la vuelta cuando Nessi se inclina por el lado de Stinke y te extiende la mano. Tus dedos entre los suyos. Vuelves a tener dieciséis y tu corazón bombea y bombea, tratando de absorber ese momento.

Quieres ofrecerle a Nessi una nueva vida, quieres decirle: «Quédate aquí, y yo me ocuparé de ti y del niño, si tú, a cambio, salvas mi alma.» Vuestros dedos se separan, Nessi se retira y pone la marcha. No hay nada más que decir, ni una última mirada, nada. El coche pasa por tu lado como una barca que se aleja de la orilla, y tú te quedas allí, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, con la esperanza de que esta vez sabes lo que haces.

«Uno tiene que saberlo.»

Mírate, eres un héroe que tiene que sostenerse los pantalones, porque si no se le caen. Aunque la adorada Five-Seven Tactical de Bruno está hecha, en buena parte, de material sintético, pesa, junto con el cargador, unos ochocientos gramos. Cualquiera que se meta ese peso en la parte trasera del pantalón debería llevar un cinturón, de lo contrario recuerda a un triste gánster que va a tener su primer día en la calle.

¿Crees en serio que podrías levantar esa arma y disparar? ¿Por Rute?

¿Por una chica que has visto hoy por primera vez? ¿O por Nessi?

«Tal vez.»

Ves el coche alejarse y te lo quedas mirando, mientras, poco a poco, vas cobrando

una vaga noción de por qué estás haciendo todo eso.

«¿Porque es lo correcto?»

Tal vez.

DARIAN

Cuatro palabras pueden significar muchas cosas. Más que hablar sin parar, más que un libro entero. Sobre todo si esas cuatro palabras salen de boca de tu padre.

—Ocúpate tú de eso.

Ha hecho que Tanner te acompañe. Habéis subido a un coche y viajado a Frohnau y habéis aparcado en el garaje vacío. Cerraste la puerta a vuestras espaldas, y luego entrasteis juntos en la casa. Ahora estás de pie en la puerta del sótano.

La luz tiene un resplandor azulado, el de la piscina, y refracta en las baldosas como los pensamientos de unas almas inquietas. Mirko yace junto al borde, dándote la espalda, como si se hubiese dado la vuelta para que tú no tuvieras que verlo.

«Como si no quisiera darme la cara.»

Tanner te pregunta cuánto tiempo vas a quedarte en el marco de la puerta.

—Es tu trabajo, no el mío, así que manos a la obra y piensa después.

Entras en el sótano y te esfuerzas para no fijarte en Mirko. Tu tío está sentado en uno de esos sillones de cuero, como si durmiera, pero tú sabes que es solo una ilusión. Nadie duerme tan quieto, nadie está rodeado de ese vacío mientras duerme.

Lleváis a Oskar arriba. Tanner extiende una manta sobre el suelo del salón. Envolvéis a Oskar con ella y lo lleváis al garaje. Es como en una película de gánsters barata. Se abre el maletero, metéis a Oskar, entráis de nuevo en la casa y bajáis al sótano. Ahora sí que no podrás evitarlo.

Mira a Mirko. Mira lo que le han hecho.

Un halo negro rodea su cabeza, las moscas revolotean zumbando alrededor de su cara y le caminan por la frente, otra desaparece dentro de su boca y no vuelve a aparecer. El charco de sangre recuerda un círculo de jarabe de arce seco, una película opaca se ha formado sobre la piel. Mirko mira más allá del agua. Solo ves su ojo izquierdo. Sabes que lo correcto sería que te inclinaras ahora sobre él y le cerraras el ojo, pero no consigues hacerlo.

Por un momento te imaginas que eres tú el que yace allí. Las moscas, el silencio. Atrapado para siempre en ese instante.

—¿Sabes de quién es la culpa de esto, verdad? —pregunta Tanner.

—Lo sé —respondes, y sientes de inmediato cómo te llenas de ira, y esa ira es un buen sucedáneo de la tristeza. No puedes saber, por supuesto, que esto es una nueva enseñanza de tu padre. Te hace creer lo que él quiere hacerte creer. Te atiborra de mentiras y fomenta tu ira. Él es como todos los padres, quiere ver a sus hijos crecer y desarrollarse, y quiere mantener abierta la posibilidad de cortar ese crecimiento si su hijo se convierte en una amenaza. Tu padre quiere llevarte hasta tus límites, y tú eres un perro obediente que solo confía en la mano de su amo, en nadie más. Si ahora Tanner te contara que tu padre le disparó a Mirko una bala en la cabeza por las

mentiras y, especialmente, por la arrogancia que mostró ante él, no le creerías ni una palabra.

Pero cuestionar a tu padre no es una opción.

Las chicas tuvieron la culpa.

De lo de Oskar, de lo de Mirko.

Tu padre te ha contado que encontraron a Mirko delante de la piscina.

¿Venganza por el fracaso del trato? ¿Venganza por tu fracaso?

Quién sabe. «Todavía el cuerpo estaba caliente», dijo tu padre. Y ahora yace ahí, frío. Y tú no cuestionas nada.

—¿Estás listo?

Intentas levantar la cabeza de Mirko, que está pegada; la superficie del charco de sangre empieza a agrietarse, y la boca de tu amigo está abierta de par en par, mientras un líquido sale a través de ella; una mosca sale y camina por encima del labio inferior, luego levanta el vuelo. Reprimes una arcada y dejas caer la cabeza.

—Cógelo por los brazos.

Le coges los brazos y no entiendes cómo Tanner puede estar tan tranquilo. Él agarra las piernas de Mirko y dice: —Puedes tirar tranquilamente, ya no siente nada.

Tú tiras de los brazos. La cabeza de Mirko se desprende del suelo con un chasquido y cae hacia atrás. Lamentas no haberle cerrado los ojos. Mirko te está viendo al revés. ¿Qué verá?

«Nada, absolutamente nada.»

Sí, pero ¿qué pasa si está viendo algo?

«A mí. A su mejor amigo. Al amigo que lo ha metido en esto.»

Apartas la vista de Mirko y miras a Tanner. Una mirada vacía. Una mirada perdida.

—¿Todo bien?

Tú quieres asentir, pero no puedes. En tu fuero interno estás llorando desconsoladamente, por tu amigo, porque en realidad querías mucho a ese yugoslavo y todavía no puedes entender lo que ha sucedido aquí. Él era para ti como un hermano pequeño. Él lo hacía todo por ti.

—Todo perfecto —dices, y reprimes las lágrimas con un parpadeo, y entonces lleváis el cadáver arriba, lo envolvéis en una manta y lo metéis en el maletero, junto al de Oskar.

Después de que hayáis dejado la autopista a la altura de Oranienburg y de haber recorrido el centro de la ciudad, os detenéis en el Lehnitzsee. El crematorio, desde fuera, parece viejo y deteriorado, pero Tanner opina que eso es solo la fachada, que dentro todo es alta tecnología. Hace diez años las instalaciones fueron privatizadas, y tu padre participó en la remodelación.

Opinaba que un crematorio era una buena inversión.

Hay un hombre delante de la entrada, con un mono azul y fumando.

Tanner hace señas con las luces del coche, dos veces, y el hombre abre el portón. Lo seguís a paso de marcha, aparcáis debajo de un imponente plátano y os quedáis sentados en el coche, mientras el hombre desaparece dentro del crematorio. Tanner baja la ventanilla del conductor y ajusta el espejo retrovisor para no perder de vista la entrada. Tienes las manos húmedas y te las secas en el pantalón del chándal. Esperáis unos diez minutos sin decir palabra, y entonces el hombre sale.

—Ahí está —dice Tanner, y pone el retrovisor en su posición original.

Bajáis, estrecháis la mano del hombre. Tanner le entrega un sobre. El hombre no lo cuenta, se guarda el sobre y dice: —Bueno, hagámoslo.

El maletero se abre sin hacer ruido. Tanner observa, mientras vosotros sacáis primero el cadáver de Mirko y luego el de Oskar y los lleváis al crematorio. Allí están listos dos bastos ataúdes de madera. El hombre mira su reloj.

—El horno está caliente. Por mí, ya podemos hacerlo.

—¿Los dos al mismo tiempo? —preguntas.

—Los dos al mismo tiempo —responde el hombre.

Pensaste que sería una incineración más digna. Pensaste que estarías al lado, viendo cómo tu tío era pasto de las llamas, y luego tu amigo.

El hombre os aparta de los ataúdes y os conduce a través de un pasillo.

—No necesitamos las cenizas del chico —dice Tanner.

Tú no lo contradices. Entráis en una habitación de techo bajo en la que hay una mesa con dos monitores y un teclado. El hombre señala el monitor de la derecha. Ves cómo los dos ataúdes se ponen en movimiento y entran en el horno. El hombre mira otra vez su reloj.

—Si mando los restos al molino, acabaremos esto en una hora y media.

¿Está bien así?

—Muy bien —dice Tanner—. Esperaremos fuera.

Y esperáis fuera.

Dos horas más tarde entráis en el restaurante de la Olivaerplatz, uno de los preferidos de tu padre. Has pasado aquí cada cumpleaños y cada Navidad. Los cocineros te conocen por tu nombre de pila, y el dueño quiere liarte con su hija desde hace una eternidad.

Tu padre está sentado con Leo junto a la ventana y tiene la mano sobre la carta, su pulgar golpetea el papel. Aunque nadie puede verlo, tu padre está bajo los efectos de un *shock*. Cuanto más tranquilo parece, tanto más tenso está.

Os sentáis. Él pregunta si todo ha ido bien. Tanner abre la carta y no responde. Comprendes entonces que la pregunta va dirigida a ti. Era tu misión la de ocuparte de los cuerpos.

—Sin problemas —respondes, y piensas en la urna que está en el asiento trasero

del coche.

«Mi tío. Muerto. Mi mejor amigo. Muerto.»

Quisieras decirlo en voz alta, quisieras preguntar cómo pudo pasar algo así, aunque ya conoces la respuesta, así que mejor mantienes la boca cerrada.

Puede que seas cualquier cosa. Pero ser tonto y miedoso no forma parte de tu repertorio. Cuando le preguntaste a Tanner, durante el viaje de regreso, a qué molino se refería el hombre del crematorio, él rio y te pidió que fueras madurando de una vez.

—Tu padre no quiere que pienses de un modo tan simple —dijo Tanner, y te dio una palmada en el pecho—. Deberías pensar en algo más que en tus músculos. Si no entiendes algo, intenta entenderlo. La respuesta te llegará por sí sola.

Miraste entonces la urna que estaba en tu regazo y te sentiste como un niño. Tanner te dejó colgado durante cinco minutos y luego dijo: —En una cremación, no siempre se quema todo. Los mil grados de temperatura no son una garantía. Y puedes imaginarte que la gente no quiere ver restos de huesos o dientes cuando esparce las cenizas de sus familiares.

Por eso los restos son enviados al molino de huesos.

Claro que te lo habías imaginado, pero no sabes mantener la boca cerrada. Tanner tiene razón, tienes que madurar.

Repásalo todo, y entonces podrás ahorrarte todas esas preguntas que no te dejan en paz: «¿Qué ha pasado con Mirko? ¿Sencillamente ha desaparecido? ¿Qué dirá su madre? ¿Y qué les voy a decir a mis chavales?»

Eres como alguien asomado a una ventana, viendo llover, pero que tiene que decir en voz alta que llueve. La muerte es algo obvio, así que aprende a vivir con esas cosas obvias, porque la muerte es ahora parte de tu vida.

—La urna estaba caliente todavía —se te escapa.

Los hombres te miran. Otra vez tienes los ojos húmedos. Diecisiete años, un chico entre hombres. Tu padre te pasa una carta. La coges, la abres.

La carta está llena de símbolos que no tienen sentido. Encuéntrales un sentido, dales uno. Tanner acude en tu auxilio, te da un golpecito en la oreja y dice: —Por lo menos no secaron a Oskar en un congelador, de lo contrario se te hubieran congelado los huevos durante el viaje.

Los hombres ríen. Tú ríes con ellos. Es obvio.

Estáis en los entrantes cuando David aparece en el restaurante y pone patas arriba todos los planes del día. Esa noche tu padre no irá al teatro, Tanner decepcionará a su chica y suspenderá la cena prevista, Leo se sentará otra vez detrás del volante y tú tendrás que pasar sin tu entrenamiento.

David os cuenta que la familia Lasser ha llamado.

—Bruno está en coma, lo ha atropellado un camión. No saben exactamente qué

sucedió. Pero no acaba aquí la cosa. Oswald se desangró delante del café, y una de las chicas murió allí.

—¿Qué chica? —pregunta Tanner.

—La pequeña, a la que Darian le dio la paliza.

Tú sueltas un siseo entre dientes. Ellos te miran, es mejor que no reacciones ahora de la manera equivocada, mantente tranquilo, quieren que seas un tipo guay, así que te comportas como tal y haces la pregunta correcta.

—¿Y qué hay de las otras?

David abre las manos.

—Desaparecieron.

Tu padre se limpia la boca con la servilleta de hilo y aparta el plato. Ya nadie se interesa por Oswald y Bruno. Ambos eran soldados y, por lo tanto, sustituibles. Y lo mismo vale para la chica. Ella debía saberlo, se lo habían advertido. Tu padre bebe un sorbo de su vino blanco y mira hacia fuera.

Nadie habla, nadie se mueve, los camareros mantienen la distancia.

Finalmente tu padre se vuelve hacia Tanner y le pregunta qué opina. Tanner no vacila ni un instante.

—No podemos dejar pasar esta.

Tu padre le hace señas al camarero para que traiga la cuenta, y luego os mira a todos, uno a uno.

—Leo, tú conducirás. Tanner, dile a la familia Lasser que se mantengan al margen del asunto, es un problema nuestro. David, a ti no te necesitamos.

Te quedarás en Berlín y te ocuparás de la casa de Oskar. Todas las huellas deben desaparecer, límpialo bien todo y encuentra ese maldito código del Range Rover. Dile a Fabrizio que mantenga una línea telefónica abierta para nosotros y que localice los móviles de las chicas cada cinco minutos. Quiero saber si se mueven un centímetro del lugar donde están.

Tu padre mira brevemente su reloj.

—Nos vamos en media hora. ¿Alguna pregunta?

No tenéis preguntas.

—Bien. En cuanto las encontremos, regresaremos a casa y esparciremos las cenizas de Oskar. Y tú, Darian...

Por fin te mira. «Por fin.» No se ha olvidado de ti.

—... tú vas a demostrarme que eres algo más que mi hijo.

Él no aparta la vista de ti, ahora ya no es tu padre, es tu jefe. Tú guardas silencio, el jefe no espera respuesta.

NEIL

Sabes que vendrán. Te parece apropiado regresar al principio, porque todo comenzó aquí, en la orilla, así que todo va a terminar aquí. Tienes la cabeza embotada, desconectada. Pensar no ayuda en este momento, es hora de actuar.

El agua centellea ahí abajo, y te recuerda un vestido de mujer. Entonces eras muy pequeño y ya no recuerdas dónde se celebró aquella fiesta, solo te acuerdas de que había mucha tarta y cómo era al tacto el vestido de tu madre.

Como si su piel se hubiera vuelto líquida. Sabes, es hábil lo que estás haciendo. Te olvidas de tu problema y piensas en otra cosa. Sigue así. Piensas en sorprender a tu padre. Tal vez hagas ese viaje hasta Berlín. Secuestras a tu madre y reúnes a tu familia. Tu padre no te lo perdonará nunca, pero de todos modos sería una proeza. Te sientes como un héroe desde que saliste de aquel Range Rover. Pero también tienes conciencia de que para ti ya no habrá un después.

Niegas con la cabeza. Sabes que es un sinsentido. Hay tantas cosas sin aclarar. Aún no has resuelto tu problema del gran amor. Has conseguido tan pocas cosas en tu vida que es vergonzoso. No has escalado una montaña ni te has bañado en el océano. Si ahora desaparecieras, no quedará ningún rastro tuyo.

Los pasos a tus espaldas son distintos. No son los pasos de los que pasean, que se dirigen a alguna parte. No son esos pasos. No. No quieres tener miedo, nadie debería tener miedo. El miedo es cosa de memos, te inculcó tu abuelo Maxe. Tú nunca quisiste ser de esos que bajan la cabeza. Ni antes ni ahora.

No te das la vuelta.

El sudor se acumula en la nuca, tienes las manos pegajosas y se quedan adheridas en la barandilla. Miras el agua que fluye, como si allí estuvieran ocultas todas las respuestas a tus preguntas. Los pasos se acallan a tu lado. El agua fluye y fluye. La gente que pasea sigue su camino, el día avanza, incansable, hacia el anochecer, y tus instintos te gritan que deberías largarte.

«Corre, desaparece, hazlo.»

Pero es cierto, eres el hijo de tu padre, si bien, al mismo tiempo, eres su contrario. Así que no echas a correr y te pasas ocho años lamiéndote las heridas.

Tú no.

«No, yo no.»

Ellos se apoyan a derecha e izquierda del pretil, junto a ti. No te tocan, tú no los miras. Esperas. Tienes las negras y eso significa que debes ser paciente, porque son las blancas las que deben hacer el primer movimiento, así ha sido siempre y así será. Transcurre una eternidad, y entonces las blancas salen, una voz a tu izquierda dice:

—Aquí estamos.

RAGNAR

Estás en el Heiligengeistfeld, y el cielo es de un azul cristalino que recuerda los ojos de un inocente recién nacido. Tú te pones las gafas de sol.

Vuestro coche está aparcado a treinta metros de la Puerta Millern, en zona prohibida. Esperáis a que Tanner baje y os confirme las coordenadas.

Están preparando la Hummelfest, ya están listos los kioscos y una buena parte de las atracciones para la afluencia de visitantes que debe batir el récord del año pasado. Quedan tres días para la inauguración, y en este momento no hay nada que te interese menos.

—Algo en esto me huele mal —dice Leo.

Han transcurrido dos horas y media desde que salisteis de Berlín. Estáis tan cerca de las chicas que ellas ya tendrían que sentir vuestro aliento, pero Leo tiene razón, algo huele mal allí. Tanner llega y os dice: —No hay ningún error, Fabrizio ha verificado tres veces las coordenadas.

Los cuatro os ponéis en movimiento al unísono. Sois una maquinaria bien engrasada que avanza sobre ocho piernas, evitáis una de las grúas, pasáis por el tobogán de aguas bravas y os detenéis delante de la noria.

Miráis hacia arriba. Las cabinas más altas se mecen al viento.

—No pueden estar ahí arriba —dice tu hijo.

Un técnico os explicará que todavía nadie puede subir a la noria.

Tanner le pone unos billetes en la mano. Las cabinas empiezan a moverse y pasan lentamente por vuestro lado. Leo las examina una por una. En la cabina número veintiséis, encuentra una bolsa de plástico en el asiento. El técnico se pone nervioso.

—¿Es una bomba o algo así?

Nadie le responde. Tanner abre la bolsa, echa un vistazo dentro, vosotros os miráis y miráis de nuevo la bolsa. Cuatro teléfonos móviles os devuelven la mirada y uno de ellos empieza a iluminarse. Se oyen los primeros acordes de una canción, y tú aprietas la tecla de aceptar llamada.

—Tenemos que hablar —dice una voz.

Te subes las gafas de sol a la frente y miras a tu alrededor. Oyes tu respiración y examinas el lugar.

«¿Dónde está?»

Sabes que debe estar teniendo contacto visual. La voz te dice cuál será el punto de encuentro y luego se corta. Dejas caer de nuevo el móvil en la bolsa de plástico. Tienes un humor de perros.

Es viernes por la tarde, y en Hamburgo nadie trabaja a esas horas. Toda Alemania se apunta al fin de semana y se ríe en la cara de la crisis económica mundial. El paseo

está repleto. Paseantes, gente que hace *jogging*, madres con cochecitos y un montón de locos con perros que sonrían a otros locos con perros. Ha escogido bien el lugar. Está apoyado en el pretil y os da la espalda, como si no tuviera ningún problema en su vida. No te engaña. Te colocas a la izquierda, Tanner se coloca a su derecha, Leo espera en el coche y tu hijo mantiene la distancia, sin perder de vista nada.

—Aquí estamos.

Él primero te mira a ti, luego a Tanner, y más tarde su mirada vuelve a ti. Ahora sabe quién lleva la voz cantante. Estimas que debe tener unos veinticinco años. Lleva el pelo largo y cuidado. Puedes ver en su frente una película de sudor. Un aroma a perfume caro emana de él. Sea quien sea, nunca lo has visto antes.

—Deja los codos sobre la barandilla —le dices— y abre las piernas.

Le tiembla el párpado izquierdo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque yo no hablo con nadie que tiene una pistola en la cintura del pantalón y cree que yo no me doy cuenta.

Ahora él podría echar a correr, podría intentar sacar el arma. Sus codos se quedan apoyados en la barandilla y abre ligeramente las piernas. Tu hijo da un paso adelante y lo cachea, saca la pistola, te la enseña, tú asientes, y tu hijo la guarda en su chaqueta, antes de dar de nuevo un paso atrás.

—Bien —dices, y te apoyas de nuevo en el pretil—, ya está hecho.

¿Quién eres tú?

—Neil.

—¿Neil qué?

—Neil Exner.

—Oh, mierda —dice Tanner desde el otro lado.

No muestras ninguna excitación y examinas el rostro de Neil en busca de parecidos.

«¿El nieto del Káiser? Pero ¿qué es esto?»

Tú estuviste en el bautizo de ese chico, jamás lo hubieses reconocido. La última vez que él se cruzó en tu camino tenía nueve años y estaba montando en bicicleta mientras tú charlabas con su abuelo.

«¡Qué pequeño es el mundo!»

Estás seguro de que esto no es una casualidad. Hay un montón de Exner en Alemania, pero cruzarse justamente con uno en el Alster, después de que tu hermano ha sido asesinado y a ti te han robado cinco kilos de heroína, eso no tiene nada que ver con el azar, detrás se oculta algún plan. De repente todo cobra sentido. Las chicas son solo un instrumento. Ahora todo encaja. A ello se añade el nerviosismo de tu hermano en los últimos meses, como si algo lo estuviera persiguiendo, como si tuviera un gran peso encima.

Todo encaja. Pero ¿de qué se trata? ¿Y por qué la familia Exner quiere joderte?

«Eso, ¿por qué?»

¡Qué poco profesional es esto! ¿Es que hay algo que no has entendido?

Ritchie Exner se está muriendo de cáncer, su hermano loco, Ruprecht, ha desaparecido y el Káiser está en su tumba y desde hace once años no planea nada nuevo.

Y aquí tenemos ahora al pequeño Exner.

Pregúntale.

—¿Qué tiene que ver tu familia con todo esto?

—Nada.

—Te lo preguntaré otra vez: ¿qué tiene que ver tu familia con todo esto?

—Mi familia no tiene nada que ver con esto, ¡¿de acuerdo?!

Tal vez sea ese «¿de acuerdo?», o tal vez sea la manera de responderte: pero te hormiguean los dedos por las ganas de aplastarle la cabeza contra la piedra del pretil.

—¿Sabe tu padre algo de esto?

—He hablado con él esta mañana, pero, como ya te he dicho, mi familia no tiene nada que ver.

—Entonces, ¿todo es una casualidad?

—Eso parece.

Tú miras la barca que pasa lentamente por delante, observas una gaviota que gira con parsimonia a la luz del sol, como una moneda lanzada al aire que se resiste a la ley de la gravedad. Estás contento de vivir en Berlín.

—¿Sabes lo que pienso de las casualidades?

Escupes. Escupes a Hamburgo y escupes ese día.

—Pues no mucho más que ese escupitajo. Así que empieza desde el principio y convénceme de que tu familia no tiene nada que ver con este asunto.

Él te cuenta que hacía tres días estaba en Berlín. Y que allí conoció a una chica. Stinke. Que pasaron la noche juntos y que hoy por la mañana ella lo ha buscado en Hamburgo, porque ella y sus amigas necesitan dinero.

—¿Y tú les diste el dinero?

—Ellas no saben quién soy ni quién es mi familia —dice él, evitando tu pregunta—. Tampoco saben que estoy hablando con vosotros.

—¿Y tú les diste dinero?

—Un poco.

—¿Te contaron ellas lo que hicieron?

Él asiente.

—Entonces sabes un montón de cosas, las suficientes como para que finjamos que esto es una casualidad. ¿No te parece? ¿Sabes también lo que les va a pasar a esas chicas si yo las encuentro?

—Por eso estoy aquí.

Él carraspea, y coge aire como si tuviera que tomar impulso.

—Os quiero proponer un negocio. Yo sé dónde están las drogas, todo el paquete. Esperas a ver si te dice algo más, pero él guarda silencio. Espera tu pregunta.

—¿Y qué quieres a cambio?

—A las chicas.

Estás confundido.

—Nosotros no tenemos a esas chicas.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero es que las dejéis marchar. Vosotros recibís de vuelta vuestra mercancía, y eso ha sido todo.

Tanner ríe, su risa asusta a Neil Exner, que por un momento se estremece. Mira a Tanner. Este niega con la cabeza, como si Exner hubiera cometido un grave error, y camina hacia donde está tu hijo. Ahora Neil Exner es todo tuyo.

—Mi hermano está muerto —le dices.

—Lo siento, pero pienso...

—No tienes que pensar nada. Te he dicho que mi hermano está muerto.

Y después de esa frase viene un punto. Y tras el punto tú ya no tienes nada más que decir. No espero ninguna compasión de tu parte. Da las gracias a tu abuelo por estar vivo todavía. ¿Crees que toda esa gente que está paseando alrededor de nosotros me impedirían arrancarte el corazón? ¿Qué es lo que no te funciona bien? ¡¿Te reúnes conmigo y traes una pistola?! ¡¿Se te ha ido la olla?! ¿De dónde sacaste esa arma?

—Me la dieron las chicas.

—¿Y cómo cinco adolescentes de Berlín consiguen una pistola que usa una unidad especial francesa destinada a combatir el terrorismo?

Está más que claro que él no tiene ni idea.

—Si llegase a averiguar que tu familia tiene algo que ver con este problema, entonces te aconsejaría que tu clan se esconda bien, como ha hecho tu tío Ruprecht, que desaparezca sin dejar rastro. Te lo preguntaré por última vez: ¿crees de verdad que ha sido casualidad lo que nos ha traído hasta el Alster?

—Tal vez haya sido el destino.

Tú te le ríes en la cara.

—Pequeño, el destino es un tipo con sífilis y una polla de hierro que te folla por el culo en cuanto te pones a mirar en la dirección equivocada. ¿Crees que alguna vez yo le daría la espalda al destino?

—No realmente.

—Entonces olvida el destino. Estamos aquí porque sentimos algo...

Demasiado, diría yo... Yo siento algo por mi hermano, y tú sientes algo por esas chicas que no conoces...

De repente te refrenas y comprendes lo que estás haciendo allí. No quieres

contarle a ese chico nada acerca de tu rabia ni de tu sensación de impotencia. Mantente frío.

—¿Fue idea tuya lo de los móviles? —preguntas.

Él asiente y dice que un GPS ya no es un invento raro, y vosotros pudisteis seguirles la pista a las chicas hasta aquel café.

—¿Y lo de la noria? ¿Lo montaste todo para que ellas ganaran un poco más de tiempo?

—Quiero protegerlas, quiero...

—¿De quién quieres protegerlas?

Te ríes de él.

—¿De mí?

Le das unos golpecitos con el dedo en el pecho, como si fuera totalmente absurdo proteger a nadie de ti. Él asiente con la cabeza, se refiere a ti, y tú gritas hacia atrás por encima del hombro: —Eh, ¿habéis oído eso, chicos? Quiere proteger a esas chicas de mí.

Tanner y tu hijo no se ríen. Neil Exner muestra una sonrisa cansada, sabe que le estás vacilando, y puesto que lo sabe, tú le devuelves la sonrisa por un segundo, casi a modo de disculpa, antes de hundirle el puño en el estómago, tan profundamente que puedes palpar sus entrañas y sentir cómo se redistribuyen ahí dentro bajo la presión. Exner intenta tomar aire, da un paso hacia un lado y queda colgado por encima de la barandilla. Un hilo de saliva sale de su boca y va a parar al agua. Sostienes al chico, haces que se ponga en pie, te pegas a él. Todo ha sido tan rápido que ninguno de los transeúntes se ha dado cuenta de nada. Sois dos amigos sosteniendo una conversación íntima.

—¿Dónde está la mercancía?

—Yo...

Exner tose.

—... necesito una promesa...

—No hay promesas. Simplemente, confía en el destino.

Tú lo empujas un poco más contra el murete del pretil, de modo que él puede ver su reflejo en el agua.

—¿Dónde está la maldita mercancía?

Él levanta la mano en gesto apaciguador, ya tiene suficiente. Un pato se acerca nadando, gira en círculo y se aleja de nuevo. Neil Exner saca una llave de su pantalón y te la entrega.

—Está en una taquilla de la estación de metro de Kaiserdamm. Está en...

—Sé dónde está.

Tú guardas la llave y sueltas a Neil Exner. Él se limpia la saliva del mentón, respira hondo, llevándose una mano al estómago y otra al pecho.

Está blanco como un papel.

—¿Ragnar?

Tú te das la vuelta. Tanner te alcanza su móvil.

—Es David, sabe dónde están las chicas.

Tú sonríes y miras a Exner.

—¿Sorprendido? ¿Pensaste realmente que íbamos a perderlas solo porque tú te llevaste sus móviles? El GPS ya no es un invento raro, ¿sabes?

Tú extiendes la mano, tu hijo te alcanza la bolsa de plástico con los teléfonos, y tú se la estampas a Exner contra el pecho.

—Hubiera bastado con quitarles la batería.

—Si les hubiera quitado las baterías, ahora no estaríamos aquí.

—Chico listo.

—Ya no soy ningún chico.

—Si no eres un chico, entonces deberías dejar de comportarte como tal y dejar tranquilas a esas chicas. Todo esto se ha acabado para ti aquí. ¿Lo has pillado? Bien. Y saluda a tu padre de mi parte cuando lo visites la próxima vez.

Pretendes darte la vuelta, pero la mano de Exner te agarra el codo, tu hijo pretende interponerse, pero tú lo frenas con un gesto de la cabeza. Exner dice: —Por favor, ya tenéis lo que queríais, y una de las chicas está muerta, eso debería bastar.

En ese momento reconoces en sus ojos al Káiser. El Káiser de aquellos días en los que estaba débil. Ya tienes suficiente.

—¿Crees realmente que esa mercancía es mi mayor problema? Quiero decir, ¿parezco alguien que viaje desde Berlín hasta Hamburgo por unos putos kilos de heroína? ¿Acaso tengo aspecto de camello? ¡¿Me tienes por un idiota, eh?!

—No, pero...

—Te dejo ir únicamente por tu abuelo, que hace mucho tiempo fue amigo mío, pero no te aproveches más de eso.

—¡Pero ellas no hicieron nada!

—¿Puedes oírte? ¿Puedes oír esos lloriqueos? ¿Es que ellas te dijeron que no habían hecho nada? ¿Te contaron que a mi hermano se le paró el corazón o que tuvo un derrame cerebral? Dime una cosa, ¿qué edad tienes en realidad como para tomarte en serio lo que te dicen unas chicas de dieciséis años, solo porque son simpáticas y vulnerables?

Exner no te mira. Has dado en un punto débil. Ese tipo no está pensando con la cabeza, está pensando con sus sentimientos.

—Mírame.

Él te mira.

—¿Pondrías las manos en el fuego por esas chicas?

—Yo...

Vacila, quiere conservar su mano.

—Yo no lo sé —dice, terminando la frase.

—Si no estás seguro de por qué estás poniendo tu vida en juego aquí, es mejor que te mantengas fuera. ¿Es que no aprendiste nada de tu abuelo? Solo aquellos que no tienen nada que ofrecer mendigan. Y ahora mírate. Estás mendigando. Se acabó. Vete a casa.

Él baja la mirada. Es cierto, se ha acabado.

Pero tú aún no has acabado con él.

—Oye, chaval, sé sincero, ¿no lo notas ya?

Neil frunce el ceño, no sabe de qué estás hablando.

Tú te inclinas hacia delante, de modo que tus labios casi rozan su oreja.

—No te des la vuelta ahora, Neil Exner, porque el destino, justo ahora, te está dando por el culo.

Con esas palabras lo dejas allí y regresas al coche.

Leo te sostiene la puerta, tú te sientas, Leo cierra la puerta y rodea el coche. Tanner te pasa el móvil y te dice que David ha encontrado el código de acceso para el GPS del Range Rover en el escritorio de Oskar. Hablas al móvil.

—David, ¿dónde están?

—Junto al mar del Norte, más exactamente, en Skagerrak, un tramo del mar del Norte entre...

Tú lo interrumpes, impaciente.

—Sé dónde está la maldita Skagerrak. ¿Desde cuándo están en el agua?

—Desde hace aproximadamente media hora.

—¿En qué dirección?

—Es el trasbordador que va a Kristiansand.

Tú cierras el móvil y se lo entregas a Tanner, que te pregunta si tienes idea de hacia dónde se dirigen las chicas. Tú asientes. Lo que no sabes es lo que se les ha perdido allí, pero está más que claro cuál es su destino.

«*Back to the roots*», piensas, «De vuelta a las raíces», y reflexionas cuál va a ser tu siguiente paso. En ese sentido, te pareces a Neil Exner. Contemplas cada acción como una partida de ajedrez, miras con anticipación y calculas las jugadas de tu oponente, antes de empezar a arrinconarlo. Todos los estrategas lo hacen así, pero no todos tienen a la muerte de su lado.

—Regresamos a Berlín —dices.

Leo arranca el coche. Tanner pregunta qué vais a hacer con Neil Exner.

Tú miras hacia la orilla. El nieto del Káiser ha desaparecido.

—Déjalo que se marche. Ese ya no nos causará más problemas.

Leo pone la marcha. Tu hijo te alcanza una botella de agua mineral, bebes y le pides a Tanner que ponga música. Tu hijo te pregunta si puede quedarse la pistola. Tú

le preguntas si sabe qué arma es. Lo sabe. Puede decirte quién la ha fabricado en Bélgica, qué peso tiene con o sin cargador, y cuáles son sus ventajas. Solo debe prestar atención a sus puntos débiles. Se lo dices. Son los mismos puntos débiles que tiene tu hijo. Esa arma le pega muy bien. Por un momento cierras los ojos. Berlín te espera. Es preciso despedir a tu hermano, y después ya no habrá ninguna otra dilación: se levantará la veda.

II

kill me if you dare
hold my head up everywhere
keep myself right on this train

kasabian
underdog

EL VIAJERO

Después de haber borrado del mapa un pueblo entero, el país casi se vuelve loco. Fuiste el reportaje titular del semanario *Der Spiegel*, la revista *Stern* encargó a un equipo de psicólogos que trazaran un perfil del asesino, mientras que *Fokus* sacaba un reportaje especial sobre los muertos de Fennried. El tabloide *Bild* escribió en su portada: «¡Y nadie escapó!» Y el *BZ* salió a la carga de inmediato: «Bienvenidos al matadero llamado Alemania.»

Todos pensaban que la cosa continuaría de ese modo. Tú eras el terror, eras un flagelo. Nadie podía sospechar que te estabas aproximando al final de tu viaje.

La cacería se intensificó. La prensa no daba tregua, y apenas había un periódico que no lanzara alguna nueva teoría. La población reaccionó, los políticos sacaron sus conclusiones. La brigada especial fue reorganizada y ampliada a ciento cincuenta policías, después de que en el Bundestag empezaran a apremiar para que se intensificara tu búsqueda. El nuevo equipo intentó establecer una relación entre los asesinatos de la A4 y los del motel con los de Fennried. Pero ¿cuál era exactamente esa relación? Jamás se había invertido tanto dinero ni se había visto tal despliegue de personal en una acción policial. Todo en vano. Tu manera de matar parecía arbitraria, no había ningún vínculo entre los muertos.

Tampoco el perfil sirvió de ayuda. No sabían en qué categoría ponerte: no eras un asesino en serie, no eras un genocida, tampoco te encajaba el papel de loco que de pronto empieza a matar. Tú eras algo situado en medio de todo eso, una creación singular del infierno que mataba aparentemente sin motivo. Una periodista dijo en televisión que tu forma de matar era cada vez más sanguinaria porque lo que a ti te interesaba era el reto. Para ti es un enigma cómo a alguien se le puede ocurrir una idea tan enrevesada. Quitarles la vida a otros seres humanos no es un concurso, a fin de cuentas.

1995. 1997. 2003.

Ellos decían que los intervalos se acortarían, no que se alargarían.

Decían que podía seguirse un patrón, pero que no conseguían verlo. Tenían algunos puntos de partida: sabían que no te bastaba con un solo muerto, que buscabas lugares solitarios y que, por lo visto, actuabas sin motivo alguno. Y sabían otra cosa: sabían que cuando el Viajero mataba, lo hacía de forma eficiente, pero que jamás morían niños y jamás usaba un arma. Pero ¿eso qué dice de ti? ¿Que tienes un corazón tierno? ¿Que te gustan los niños? ¿Que les temes a las armas?

La verdad es que, en el fondo, sabían tan poco de ti que no tenías necesidad de preocuparte. A pesar del ADN y de las huellas dactilares. Ellos solo tenían a los

muertos, y esos muertos no les revelaban nada. Cada semana que pasaba, cada mes, crecía la desesperación. Sabían, ciertamente, de lo que eras capaz, pero no conocían nada de tu presente ni de tu pasado, no tenían ni idea del chico que habías ahogado en una piscina, del mismo modo que no tenían ni idea de por dónde buscarte.

Cuando tu hijo cumplió los siete años, te llamó un día por la mañana al trabajo y te preguntó qué cosas te daban miedo. Se había roto la muñeca y por la noche había soñado con cangrejos enormes que querían cortarle el brazo. Por unos segundos te quedaste sin habla, porque, para ser sincero, no se te ocurrió nada que pudiera darte miedo realmente. Hasta que, desde un sitio muy distante, una voz llegó hasta ti. Era la voz de tu abuela, que había huido de Rusia con su familia después de la primera guerra mundial. Tú adorabas a esa mujer, que te abastecía a ti y a tu hermana de cómics y os permitía dormir en su jardín durante las noches de verano, u os contaba cuentos muy peculiares antes de iros a dormir, cuentos que ella había oído de niña y que no podían encontrarse en ningún libro. Tu hermana quería oír aventuras con caballos y princesas, pero a ti los cuentos no te bastaban y te tomabas esas historias al pie de la letra. En algún momento empezaste a buscar ángeles caídos entre los troncos podridos de algún árbol, u ojos llorosos de brujas bajo las piedras del río, y cuando el campanario de la iglesia tocaba las siete, cruzabas los dedos para que tu corazón no se convirtiera en piedra. Uno de esos cuentos te conmovió de una forma muy especial.

Era la historia de la profundidad y la oscuridad.

En cada profundidad habita un monstruo que solo está hecho de dientes y que devora todas las almas que se le acercan. Tanto pecadores como santos, nadie está exento. Ese monstruo puede sobrevivir en el hielo, puede dormir en un volcán, es indestructible. Y cada vez que emerge de sus profundidades, transforma la luz en oscuridad. No tiene alma, y por eso no conoce el remordimiento. Jamás se muestra furioso. Y quien no conoce la culpa, quien jamás siente rabia y devora cualquier alma que se le acerca, a ese no se le puede detener. Él es como la profundidad que se traga la luz. Y siempre habrá una profundidad, y ninguna luz del mundo es lo suficientemente fuerte para llegar hasta el rincón más oscuro. Ese monstruo tiene su hogar en cualquier parte.

Y luego, en cada oscuridad habita un demonio que nació sin corazón y devora corazones, a fin de aplacar su hambre insaciable. Ese demonio se esconde en la sombra, puedes encontrarlo en las comisuras de un niño cruel, y aunque cierres los ojos a causa del miedo, él puede estar acechando tras tus párpados, extendiendo sus dedos hacia tu corazón. Siempre hay un rincón donde puede esconderse. Siempre habrá un lugar para la oscuridad. Por eso el demonio es igual que el monstruo. En

cualquier sitio que el monstruo convierta la luz en oscuridad, aparece el demonio, hambriento, como si se hubiese abierto una puerta. Y dondequiera que aparece el demonio, él deja una profundidad insondable, y de ese modo surge otro hogar para el monstruo.

El monstruo y el demonio son hermanos, pero jamás se han encontrado.

Desde hace una eternidad intentan reunirse, porque solo cuando consigan reunirse encontrarán la paz. Y en verdad que la anhelan, mucho. Están hartos de sus crueldades, porque cada corazón devorado y cada alma tragada dejan un sonido hueco en ellos, como una piedra que cae en un pozo, y luego no sucede nada. Pero el pozo se llena, sin que nadie se dé cuenta.

De modo que el monstruo busca al demonio, y el demonio busca al monstruo.

Y así rezaba el final del cuento, un cuento que nunca entendiste, sobre todo no podías entender que tu abuela jamás te contara si los dos hermanos se encontraban o no. En eso ella era sincera: no lo sabía. Y por eso le hacías repetir el cuento una y otra vez desde el principio, con la esperanza de que en algún momento apareciera un final sensato. Porque ya entonces sabías que las historias crecen a medida que se cuentan. Y quizá algún día la historia tendría otro final. Algún día. Pero no, nada sucedió. De modo que decidiste que era hora de tomar las riendas de aquella historia en tu mano. Tenías siete años y saliste en busca de esos dos hermanos.

Muchos te consideraban un chico temeroso, cuando te veían a la orilla del lago, en un embarcadero, mirando fijamente el agua oscura. Se equivocaban. Tú no sentías miedo, solo curiosidad. Buscabas al monstruo, pero el monstruo no se dejaba ver. Aunque te arrojaras al agua y te sumergieras hasta el fondo, nada te salía al paso en esas profundidades, y eso no tenía sentido para ti.

¿Por qué iba a mentirte la abuela?

Y del mismo modo que creías que en cada profundidad se escondía un monstruo, estabas seguro de que el demonio te esperaba, hambriento, en esa oscuridad. La oscuridad era más fácil de explorar. No tenías que saltar a ningún pozo, no era necesario entrar en una cueva ni escuchar la propia respiración. La oscuridad no es como la profundidad, es mucho más fácil de encontrar. Pero también la oscuridad te decepcionó, y el demonio seguía sin querer mostrarse. Ni en las habitaciones con las cortinas corridas ni en los sótanos abandonados, ni detrás de las palmas de tus manos, que te apretabas contra los ojos hasta que unas luces explotaban delante de ellos. Intentaste traer al demonio con tu corazón como cebo, pero no vino.

Durante cinco años enteros buscaste a esos hermanos. Era un juego, pero también algo serio, y el tiempo pasaba. ¿Cómo ibas a saber que habías estado buscando en el sitio equivocado? Cumpliste los doce, luego los trece, y empezaste a olvidar el

cuento; y, como si la profundidad solo hubiera estado esperando ese momento, ella se te mostró de manera inesperada, cuando arrastraste contigo a otro niño hasta el fondo de una piscina. Entonces entendiste de qué trataba realmente aquel cuento. Abriste los ojos de par en par y miraste hacia la profundidad. Y ella, la profundidad, te devolvió la mirada, y comprendiste dónde se escondía el monstruo.

Cinco días después de la muerte de Robbie, dos días después de Navidad, viajaste en autobús a casa de tu abuela. Querías contarle que habías descubierto el secreto y que ahora sabías quién era el monstruo y por qué no te asustaban ni la profundidad ni la oscuridad. Lo habías entendido. Tenías la boca llena de palabras.

«Soy yo —quisiste decir—, abuela, mírame, yo soy el monstruo y ahora solo debo prestar atención, y así encontraré a mi hermano en la oscuridad.»

Con esa idea te bajaste del autobús y caminaste por la calle bajo la fuerte nevada. Ya ibas a llamar a la puerta de tu abuela, pero vacilaste. Hasta el día de hoy no has podido explicarte lo que te hizo dudar. Tal vez fuera el miedo. Para alguien que no conoce el miedo debe de ser extraño encontrarse con ese sentimiento la primera vez. Pero probablemente fuera tu buen juicio.

Cobraste conciencia de que sería un grave error contarle a tu abuela tu descubrimiento. A ella, a tus padres, o a cualquiera. Nadie te hubiera entendido.

Desististe de llamar, cruzaste la calle y esperaste al siguiente autobús.

Una tranquilizadora sensación de comprensión te colmaba. Como si Dios se encontrara con su rostro en un charco en un día de perros, y viera que todavía era Dios, y asintiera satisfecho. Esa comprensión te sentó bien. En alguna parte, ahí fuera, te esperaba tu hermano, y solo dependía de ti encontrarlo.

Es agosto.

Es el año 2006.

Es de noche.

Desde primera hora de la tarde estás en Brunswick, visitando a un viejo amigo. Vais al cine, luego coméis en un restaurante, antes de que tú emprendas el viaje de regreso a Hannover. Poco antes de que cojas la autovía, oyes un ruido extraño en la caja del motor. El coche pierde velocidad poco a poco y se detiene finalmente.

Tú, ni por un segundo, piensas en matar, piensas en tu piso.

Los del auxilio en carretera te prometen que llegarán donde estás en una hora, pero llegan a los treinta minutos. Entre tanto, tú has estado buscando el problema. No eres uno de esos idiotas sin idea de nada que solo saben conducir y repostar. Los coches te interesan. Le dices al técnico cuál podría ser el problema. Él mira bajo el capó, mide la carga de la batería y te da la razón. El generador está probablemente en otro sitio. La grúa llega un cuarto de hora después. Le das al técnico la dirección de tu

taller y diez euros, y luego subes a un taxi.

Empieza a llover. El día está gris desde por la mañana, y ahora darías lo que fuera por un baño caliente. La estación parece abandonada, falta poco para las once, y si tienes suerte estarás en Hannover antes de la una. Te alegrará llegar a tu piso, tomar una taza de té y ver quizá todavía las noticias del último telediario, si es que no se te cierran los ojos después del baño.

Pero el tren interurbano se te va delante de las narices.

Te quedas en el andén y ves cómo se alejan las luces. El próximo tren con dirección a Hannover no llegará hasta dentro de cincuenta y cinco minutos. Estás cansado, e intentas imaginarte el tiempo que pasarás esperando, leyendo una revista en el banco de algún parque. No te gusta nada lo que imaginas. Te quedas de pie delante del horario de los trenes. En siete minutos parte un tren con rumbo a Berlín. Sin pensártelo mucho, cambias de andén. Eres consciente de que al día siguiente tienes que participar en una conferencia. Tampoco te gusta la idea.

El tren se detiene soltando un largo suspiro. Gente que se baja, gente que sube, tú eres de esos últimos. Todavía no has pensado en matar, pero te has olvidado de tu piso. Como si ese piso jamás hubiese existido.

Estás de camino, viajando de nuevo.

El tren tiene en la parte delantera seis vagones de segunda clase, al fondo está el restaurante y un vagón de primera clase en la cola. Subes en un vagón de delante. Solo hay otros cinco pasajeros en tu vagón. Es un día entre semana, la gente está cansada, es el último tren a Berlín.

Diez minutos después de que el tren parta viene el revisor y tú compras un billete. Después de que el revisor haya salido del vagón, tú cierras los ojos y te concentras, como si tuvieras que almacenar tus pensamientos para los tiempos de vacas flacas, cuando los pensamientos sean escasos. Una mujer pasa dos veces por tu lado en dirección al lavabo. Oyes el roce de sus pantalones ajustados. Su perfume sigue adherido al aire durante un par de minutos después. Un hombre tose, luego se oye un crepitar, y anuncian algo por el altavoz. El tren no puede parar hoy en Spandau, debido a unas labores de reparación en las vías. Alguien suelta un improperio, y luego vuelve a reinar el silencio. Tú respiras hondo, abres los ojos y te levantas.

Un tren, ocho vagones, cincuenta y seis pasajeros, un revisor, un conductor y un técnico de los Ferrocarriles Alemanes. En tu vagón viajan la mujer con la vejiga floja y otros tres hombres. Mantienen la distancia entre sí, nadie busca voluntariamente, tan tarde en la noche, la compañía de un extraño. La mujer ni siquiera se despierta. Uno de los hombres levanta la vista brevemente y cierra los ojos de nuevo cuando tú pasas por su lado. Le coges la chaqueta y lo asfixias. A los otros dos hombres les rompes el cuello.

Te detienes detrás de sus asientos y les coges las cabezas. Un tirón y todo ha acabado. Te deja perplejo, una y otra vez, lo fácil que puede ser. Fácil y silencioso.

El segundo vagón te cuesta algún esfuerzo. A una pareja la dejas dormir. Un hombre lee y levanta la vista brevemente, tú le haces un gesto con la cabeza y él vuelve a prestar atención a su libro. Pasas a su lado y lo estrangulas con tu cinturón. La que más tiempo te lleva es una mujer que se ha tumbado sobre dos asientos. Cuando tu mano se cierra alrededor de su cuello, ella te mira asustada. Durante dos minutos se te queda mirando, mientras sus ojos se van saliendo de las órbitas y sus pies se quedan tiesos, después de haber estado golpeando el asiento. Luego regresas a donde está la pareja. No piensas dejar a nadie. Algo es diferente. Algo no encaja.

En el tercer vagón viajan nueve pasajeros. Necesitas un cuarto de hora.

Después, tienes la camisa sudada y la chaqueta se te pega a la espalda. En el cuarto vagón surge un problema. Un hombre está hablando por teléfono en el momento en que tú te sientas a su lado. Él te mira sorprendido y pregunta qué pasa. Tú le quitas el móvil de la mano, como si le quitaras un juguete a un niño desobediente, y lo golpeas.

—Pero ¿qué hace?

No has visto a la mujer. Pasaste junto a su asiento y no la viste.

Seguramente estaría durmiendo. Es bajita, tiene rizos, labios pequeños.

Pensaste que era una chaqueta olvidada sobre el asiento. Cuando te levantas, ella ve la sangre en tu cara.

—Necesitamos un médico —dices—, de lo contrario este hombre se va a desangrar.

—Oh, santo cielo.

La mujer se acerca por el pasillo. Lleva unos salvapies en los pies y los zapatos en una mano, con la otra, se tapa la boca. Te recuerda a tu madre y su mirada asustada cuando se enteró de que Robbie estaba muerto. Los ojos de la mujer son distintos, son como luces curiosas. Ella se inclina hacia delante y mira al hombre muerto. Tú la coges por la nuca y la atraes con fuerza hacia ti, la mujer cae sobre el hombre. Sus zapatos golpean en el suelo. Antes de que pueda gritar, le oprimes la cara contra el asiento.

El vagón número cinco llevaba seis pasajeros. No dejas a nadie.

El sexto vagón llevaba cuatro. Tampoco dejas a nadie allí.

En el último vagón de segunda clase hay un hombre sentado a una mesa. Tiene un libro delante de él y lee pasando la yema del dedo por las líneas. Tomas asiento a su lado para tomarte un descanso.

—¿Quién está ahí?

Tú no respondes, solo lo observas, lo observas. Ves tu reflejo en los cristales de sus gafas oscuras y te preguntas qué color tendrán sus ojos muertos.

—Sé que hay alguien ahí.

—Aquí no hay nadie —dices.

—¿Se supone que eso es un chiste?

—No, realmente no.

El ciego cierra el libro y se inclina hacia delante. Extiende un brazo como si quisiera agarrarte. Sus dedos se mueven como hojas al viento. Tú entrecruzas tus dedos con los suyos. Intimidad. Él pretende retirar el brazo, pero tú lo retienes.

—Por favor —dice el ciego.

Tú sueltas su mano y le quitas las gafas. Ves sus ojos muertos. Azules.

No tienen profundidad, no tienen oscuridad. Son ojos embotados, azules, con nada detrás. «Conque así son», piensas, te levantas y vas hasta el coche restaurante.

Cuando el tren, poco después de medianoche, entra en la estación berlinesa del Zoologischer Garten y se detiene con una última sacudida, se abre una sola puerta en el último vagón, el de primera clase, y un hombre baja. No lleva equipaje ni nadie lo espera. El hombre baja las escaleras y sale de la estación. Se ha lavado las manos y la cara en el tren. Una mancha de color rosa está todavía húmeda en su camisa, los nudillos de su mano derecha están hinchados. El hombre ni se entera de lo que pasa luego en el andén: puesto que nadie se bajaba, la gente en el andén empezó a impacientarse, e intentó mirar dentro del tren a través de las ventanillas, subió tras una breve vacilación, y encontró a los pasajeros muertos, y a un ciego en uno de los vagones, con las manos sobre la mesa, mientras todavía preguntaba si había alguien allí.

Una de las cámaras de vigilancia del andén te ha grabado. Eres una mancha borrosa que avanza hacia la escalera. La policía ha intentado agrandar la imagen, pero ha fracasado. No obstante, mostraron la grabación en la televisión. Tú no levantaste la vista ni una sola vez, tus movimientos son rápidos. Una sombra que se mueve a través de la luz. Más de cincuenta personas le contaron a la policía por teléfono que sabían exactamente quién era la persona que se veía en la imagen. Interrogaron a los sospechosos durante la semana siguiente: todos tenían coartada.

La segunda grabación no llegó a las cadenas de televisión. Una cámara situada en la entrada de la estación te captó y filmó de espaldas, en el momento en que arrojabas algo a la papelera al pasar. Encontraron las gafas oscuras pertenecientes al ciego, y en las gafas encontraron tus huellas. Ahora la policía sabía con certeza que el Viajero había vuelto a salir de viaje y se encontraba en Berlín. No sabían lo decepcionado que

estabas de ti mismo.

Durante once años habías estado saliendo una y otra vez de las profundidades, abriendo las puertas a la oscuridad, pero nada había sucedido. Tal vez tu abuela se equivocó y no existe ningún demonio. Tal vez únicamente existas tú, que estás en una búsqueda eterna, solo y abandonado.

No puedes encontrar nada si no hay nada que encontrar. Da igual adónde te lleve tu viaje. Esa es una idea que da miedo.

Ese día, en Berlín, te sentiste por primera vez cansado de ti mismo.

Delante de la estación te diste la vuelta y miraste hacia atrás, como alguien que pretende cerciorarse de que la puerta que está a sus espaldas se ha cerrado. Lo que quedaba atrás era un tren fantasma con cincuenta y siete muertos, y tú no habías pensado en matar ni una sola vez.

NESSI

Si no fuera por el viento, podrías estar en cualquier parte. En tu casa, en el balcón, con los pies sobre la barandilla, o a orillas del Lietzensee, con las manos metidas entre la tupida hierba y el olor de la ciudad en la nariz.

«En cualquier parte, pero no aquí.»

El viento lo barre todo. Es salobre e intenso. Tú abres los ojos y estás muy lejos de Berlín. Tus manos se aferran a la barandilla de la cubierta, y debajo de ti espumea el mar del Norte; sobre tu cabeza, las gaviotas revolotean como pensamientos en fuga. Desearías poder cogerlas y meterlas en tu cabeza. Tal vez de ese modo todo estaría en orden y vosotras todavía seríais cinco.

Aspiras el viento, sientes cómo te llega hasta la punta de los dedos de los pies, y lo sientes especialmente en la espalda. De niña, solías dormir siempre boca abajo, pues pensabas que tus omóplatos eran el nacimiento de unas alas y necesitarían mucho espacio si deseaban desplegarse durante la noche. Si ahora tuvieras alas y el tiempo fuera un paisaje, volarías hacia atrás e irías a salvar a Rute.

Y entonces ella estaría de nuevo a vuestro lado, todo sería como antes.

Unos pasos se acercan, y por un momento es como si Rute se te acercara en cubierta y te rodeara las caderas con un brazo. Sonríes, y si tu sonrisa tuviera un sabor, sería salobre e intenso, como el del viento. No tienes que mirar para saber quién está a tu lado.

—Oye, yo podría ser un loco que viene a lanzarte por la borda.

—Ningún loco huele tan bien.

Stinke se apoya en ti, miráis el agua y os sentís perdidas y vacías. Un murmullo de voces os rodea, música, mujeres que ríen, niños que gritan, el vocerío de unos borrachos y, una y otra vez, los graznidos de las gaviotas, que jamás se acercan y jamás desaparecen.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntas.

—No tengo ni idea, pero lo conseguiremos. Si nos mantenemos unidas, podremos conseguirlo todo. No te rompas la cabeza.

Ella no sabe cuánto te gustaría poder romperte la cabeza. Pero ahí dentro no hay nada preocupante. Todos los pensamientos han echado a volar o están varados, ya nada tiene sentido.

—Sencillamente ya no sé qué es todo esto, y tengo miedo, mucho miedo.

Y al decir esto último, no sabes si sientes miedo por ti o por tus amigas.

Un miedo es como el otro. El día no tiene fin, y eso te da miedo. No sabes lo que pasará cuando lleguéis a vuestro destino, y eso te da miedo. Es la triste comprensión de que ya nada será como antes, de que ya no hay vuelta atrás.

—¿Ya no podremos volver atrás, verdad?

Stinke se aprieta más contra ti, y eso también es una respuesta. Y así os quedáis, mirando por encima del agua, como si todavía fuera martes y estuvierais de nuevo en el cine, como si de inmediato fuera a pasar algo y la película os fuera a llevar de viaje. Pero la película sigue siendo el monótono golpeteo del agua, y no sucede nada más. Ya ni siquiera podéis llorar. Y el día todavía no acabará, se aferrará a cada segundo, como un alpinista muy cansado que sabe muy bien que si afloja el agarre aunque sea un momento, se despeñará y nadie podrá salvarlo. Así os sentís: tensas, concentradas en no perderos. Por eso os aferráis la una a la otra, en la cubierta, respirando la tristeza.

En realidad, teníais intenciones de viajar con el trasbordador de Kiel a Oslo, pero entonces Schnappi, poco antes de llegar a Kiel, le contó al cajero de una gasolinera vuestro plan, y este os dijo que no encontraríais sitio en el barco, porque los billetes se agotaban con semanas de antelación. Entonces el hombre os sugirió que continuarais viajando hasta Hirtshals, y que allí tomarais el barco hasta Kristiansand. En Hirtshals apenas había gente.

—¿Y dónde está Hirtshals? —quiso saber Schnappi.

Lo comprobasteis en el mapa. Hirtshals está situada en el extremo norte de Dinamarca, y justo enfrente se encuentra la ciudad portuaria noruega de Kristiansand. Es un atajo, pues con el trasbordador que parte de Kiel hubieseis necesitado diecinueve horas para llegar a Oslo, mientras que el viaje desde Hirtshals hasta Kristiansand, atravesando el Skagerrak, solo dura unas cuatro horas. Además, Kristiansand está más cerca de vuestro objetivo.

Y de ese modo el asunto quedó decidido.

Al cabo de tres horas habíais atravesado Dinamarca y llegasteis a una Hirtshals totalmente atestada de gente. El hombre de la gasolinera había olvidado deciros que cada año, por esas fechas, se celebraba un gran festival de música pop en Kristiansand, al que acudían más de doscientos mil visitantes. Stinke le dedicó una sarta de improperios al tipo, mientras que, según Taja, no podía sucederos nada mejor.

—Mirad a vuestro alrededor, no llamamos la atención.

Y así fue. Nadie os pidió papeles, estabais sentadas en vuestro imponente Range Rover, como unas cuatro chicas más a las que les gustaba la música pop y que querían bailar en primera fila. Al cabo de una hora de espera, pudisteis subir al trasbordador.

Una vez que hayáis cruzado hasta Kristiansand solo necesitaréis programar el navegador para que os guíe hasta Ulvtannen, tras ocho horas y media de viaje. El plan es muy simple. Queréis sorprender a la madre de Taja y luego instalaros en el hotel de la playa. Dos plantas, habitaciones con vistas al fiordo, una vida en libertad. Y a pesar

de que Taja solo conoce el hotel por fotos, lo ha descrito tan vívidamente que lo podéis ver ante vuestros ojos.

Stinke te acaricia el vientre.

—Tendrás a tu hijo justo donde nació Taja. Eso es genial.

—Mejor no me lo imagino.

—Aire fresco y todo eso.

—Stinke, cierra el pico de una vez.

Escupís al agua y esperáis a que Noruega se aproxime. Todavía no sabes si te quedarás con tu hijo.

Te ves una mañana, sentada para el desayuno, mirando a tus amigas y diciéndoles de pronto lo que has decidido. Una mañana.

Una italiana muy excitada se planta junto a vosotras y os dice en inglés lo bueno que es que vosotras también estéis allí, que ella acude todos los años al festival, y que solo no había podido asistir el año pasado, porque no vendieron suficientes entradas, pero eso había sido el año pasado, y que este sería un desfase, ¿o no? Luego os rodea un grupo de chavales belgas que os preguntan qué pensáis de Volbeat, y como no tenéis ni idea de quién es Volbeat, ellos os cuelgan el cartelito de lesbianas. Stinke ríe y te pregunta si quieres que te dé un beso con lengua. Tú te ruborizas y dices: — Mejor que no.

Los belgas continúan su camino. Stinke te dice que eres una monja. Tú le das un intenso beso en la boca y le dices que preste más atención a lo que desea. Una mujer increíblemente flaca, con una cesta llena de bocadillos de pescado, hace su ronda. Cuando os oye hablar en alemán, dice que es de Leipzig, sajona de pura cepa, que trabaja para pagarse los estudios y que va al festival de Qart para vender camisetas.

—Primero bocadillos de pescado, luego camisetas. Y si queréis, os hago un buen precio. Mi tío imprime las camisetas en su casa, en el sótano. Ahí detrás está su coche. Tengo de todo, hasta salsa y guarnición. Y si queréis, también puedo conseguiros dos entradas para el próximo viernes, si es que queréis ver a Chris Cornell. Pero, en fin, ¿quién no quiere verlo? Ja, ja, ja, ja, ja.

Un cuarto de hora después, le habéis comprado a la mujer dos bocadillos de pescado y ella, por fin, os deja en paz.

—¿Quién es Chris Cornell? —preguntas tú.

—Mejor me dices quién se va a comer estos bocadillos.

Los panes están muy blandos, una mayonesa blanquecina se derrama por los costados, como si los panes tuvieran un ataque de pánico y estuvieran sudando su alma.

—No me extraña que esté tan flaca —dices, y preferirías arrojar el bocadillo por la borda. Pero como jamás pudiste hacer una cosa así, se lo regalas a una mujer con cuatro niños que te mira como si le estuvieras entregando un pañal lleno de caca. De

todos modos, la mujer coge el bocadillo y lo guarda en el cochecito. Stinke ya está hasta las narices de la gente que os aborda solo porque estáis en cubierta. Avanzáis entre la muchedumbre y regresáis al aparcamiento. Taja duerme en el asiento trasero.

Schnappi está sentada en el lado del copiloto, jugando con el móvil de Nessi.

Ha puesto los pies sobre el salpicadero, y las uñas de sus pies, pintadas de negro, son pequeñas como guisantes y se mueven al ritmo de la música. La radio escupe uno de esos éxitos del verano.

—¿No habrás llamado a nadie, verdad? —le pregunta Stinke.

Schnappi entorna los ojos.

—¿Cómo iba a hacer eso? No me sé ningún número de memoria. ¿Por qué tuvimos que darle a ese tío todos los móviles? Y mi pistola, por si fuera poco. Me la había ganado. Pero, de verdad...

—Schnappi, la pistola era más grande que tu cabeza, apenas podías sostenerla con la mano.

—Claro que podía sostenerla. ¿Acaso tengo manos de niña?

Ella os muestra sus manos de niña.

—¿Sabéis cuántos idiotas me han preguntado en las últimas dos horas si toco en algún grupo? Uno hasta pensó que yo era Björk. ¿No es una estupidez? ¿Es que de verdad soy tan bajita? Es triste, la verdad. Una chica sin pistola está totalmente perdida en este mundo.

Te alegra que Schnappi haya entregado el arma. Insististe en ello, y Taja también estuvo a favor. No debíais ir armadas. Y lo de los móviles era algo sensato, porque el tío de Taja pudo seguir el rastro. Además, Neil no parecía un farsante. En reciprocidad, os dejó su propio móvil, con las instrucciones de que lo usarais únicamente en caso de emergencia, que él os llamaría en cuanto se aclarase todo. También os dejó el número de su nuevo móvil de tarjeta y recalcó que de verdad tenía que tratarse de una emergencia para que lo llamarais.

Había algo en Neil muy agradable. No puedes explicarlo de otro modo.

Era como si supiera lo que hiciera, sin entenderlo del todo.

«¿Así como nosotras?»

«Sí, como nosotras.»

—Bueno, no vayas a romperle el móvil ahora —le dices a Schnappi.

Esta te ignora y sigue estudiando el menú.

—Esto es una chatarra cara. Tiene tanta capacidad de almacenamiento como mi ña. ¿Queréis ver la libreta de direcciones? Todas son tías. Ahí están Gabi, y Uschi, y Franka, y Klara. Vamos a ver, ¿a quién se le ocurre llamarse Franka?

—A Franka Potente —dices.

—Nunca he oído ese nombre —miente Schnappi, y sigue leyendo nombres—: tenemos también dos Clarissas, una Debo, una Mascha y tres Nicoles. Apenas hay

ningún tío. O no tiene ningún amigo o nunca los llama.

—¿Tiene música? —pregunta Stinke.

—Ni una sola canción.

Y entonces, sencillamente, lo tienes que preguntar:

—¿Conoces a Chris Cornell?

—Ni idea —dice Schnappi.

Bostezáis y miráis al agua, y veis la costa de Noruega, que se va agrandando y agrandando. Schnappi aparta el móvil y pregunta cuánto más va a durar el viaje.

—Tengo un hambre descomunal.

—Por ahí delante hay una chica vendiendo bocadillos de pescado —le dices.

—Solo porque tenga los ojos achinados no tengo que comer pescado todos los días.

Miras a Schnappi sorprendida.

—Vaya, creía que tenías los ojos achinados precisamente porque comías pescado todos los días.

Stinke suelta una carcajada. Taja, desde el asiento trasero, dice con voz cansada que ella también lo había pensado. Es tu primer chiste desde la muerte de Rute. Es como llegar a casa y ver que todos los muebles están en su sitio y que en la cocina te espera la comida, aunque te duela, porque faltan las paredes y el suelo esté agujereado. «¿Cómo puedo hacer chistes ahora que Rute ya no está con nosotras? Debería guardar un año de luto, vestirme de negro y no decir una palabra más.» Y mientras piensas eso, cobras conciencia de que eso es lo último que Rute hubiera deseado. El luto.

Schnappi os muestra un dedo y se pone a trastear la radio, hasta que encuentra la emisora adecuada. La pone a todo volumen.

—¡¿A ver quién se ríe ahora, eh?! —os grita, mientras un conjunto de cuerdas llena el coche con su cantinela y un par de chicos del coche vecino os abuchean.

Estáis junto a un kiosco y coméis patatas fritas con unas extrañas hamburguesas, que saben a carne y a pescado al mismo tiempo. El kiosco está lleno, y hay mucho ruido. El traspasador ha atracado hace media hora, y aun así no creéis que estéis en Noruega.

Las nubes se agolpan en el cielo, la oscuridad ya cubre parte del cielo, como si el día se hubiese agotado y se echase una manta sobre la cabeza. Y así, exactamente, te sientes tú. La última noche se te ha metido hasta el tuétano, y el recuerdo de aquella mañana en Hamburgo es como la hoja de una cuchilla que se te mete debajo de la piel. No piensas ni en la criatura que llevas dentro. Habrá tiempo para eso, eso es para después. «Hay cosas peores que traer a un niño al mundo en Noruega», piensas, y te preguntas si en Noruega se podrá abortar. Jamás quisiste tener un hijo por una estupidez. Tu hijo debía ser fruto del amor. Sea lo que sea que está creciendo ahora en

tu barriga, no hubo amor en aquellos cinco minutos.

Tus amigas esperan a que decidas si continuáis viaje o si hacéis una pausa. Una pausa no estaría nada mal, pero no quieres quedarte por ahí, al borde de una carretera, invitando a la policía a que os dé el alto. Solo tendrían que preguntarte por el carné de conducir, y eso sería todo. Prefieres mantenerte en movimiento. Os quedan todavía exactamente ocho horas y cuarenta y dos minutos para llegar a Ulvtannen, y tú quieres salir de eso, después puedes estar durmiendo tres días seguidos. Prometido.

—Sigamos —dices.

Son poco más de las nueve cuando por fin partís. Habéis tenido tiempo para comprar algunas bebidas y cosas de picar, habéis ido al baño rápidamente y ahora estáis de camino. El navegador te fue guiando fuera de Kristiansand y doblaste en la E18 hacia la ruta 41 en dirección al norte. El cielo está totalmente vacío de estrellas, el aire es agobiante y bochornoso.

Lleváis ya veinte minutos en la carretera y habéis cruzado un puente cuando la lluvia os sorprende. En este caso, «lluvia» no es la palabra correcta. En Alemania llueve, en Noruega se abren los cielos. El viento aumenta, y, sin previo aviso, las nubes se abren y la carretera desaparece tras una cortina de agua. Después del primer torrente, te mantienes en la vía durante un minuto, antes de arrimarte a la derecha. Los limpiaparabrisas no bastan. La lluvia martillea contra el coche, y suena como si cada gota dejara una abolladura en la carrocería.

Tenéis la sensación de estar atrapadas en una lata de aluminio. Stinke golpea contra el techo desde su asiento, como si con ello pudiera parar la lluvia.

—¡Mierda, qué ruido!

—Mirad ahí delante, hay una luz.

Taja se inclina hacia delante por tu lado y te señala, como si tú no supieras lo que es delante y detrás. De verdad hay una luz. Tú arrancas de nuevo. El coche se mueve hacia delante como un caracol escorado. La luz se torna más clara y va agrandándose, y al final se ve que es una gasolinera con un área de descanso.

Por supuesto que todas las plazas de aparcamiento techadas están ocupadas, así que pasas al lado de la gasolinera y te colocas junto a un tráiler, pegada a la parte delantera del área de descanso. A través de la lluvia puedes distinguir las siluetas de las personas sentadas a las mesas. El local está repleto. ¡Cuánto no darías ahora por ser una de ellas!

—Mejor enciende los intermitentes —dice Schnappi—, de lo contrario alguien puede darnos por detrás.

Tú miras por el retrovisor. La carretera está inundada, lo inunda todo, la gasolinera te recuerda a una luz opaca que parpadea bajo las ráfagas de la tormenta como un alga marina bajo el agua. Schnappi tiene razón. Estáis a un metro de la carretera. Sería divertido que un coche os embistiera ahora. Pones los intermitentes.

—¿Qué es eso? —pregunta Stinke, irritada.

El tictac de los intermitentes la saca de quicio. Stinke quiere que los apagues, pero Taja dice que hay que velar por la seguridad.

Un par de personas pasan por vuestro lado. Se mueven como sonámbulas hacia la entrada del local del área de descanso. Las mujeres llevan bikinis y bailan bajo la lluvia. Es verano en Noruega. Un hombre ha abierto un paraguas de color rosa y os hace una estúpida señal de la paz. Te alegras mucho de estar en el coche.

—¿Y cuánto tiempo vamos a estar aquí? —pregunta Schnappi.

Ninguna de vosotras responde, miráis fijamente la lluvia, los intermitentes siguen haciendo tictac y vosotras no sabéis qué es peor: si el golpetear de la lluvia o ese ruidito. Pero entonces, desde el asiento trasero, os llega un nuevo ruido, y las cuatro empezáis a chillar como locas.

—¡cerrad el pico! —grita Stinke, y saca el móvil de Neil de su vaquero.

Neil ha configurado el sonido a todo volumen, para que vosotras no perdáis ninguna llamada suya.

Stinke aprieta la tecla de aceptar llamada y se lleva el teléfono al oído.

—¡¿Qué?! ¿Hola? Habla más alto, que aquí está cayendo un aguacero.

Stinke escucha, luego aparta de nuevo el móvil y mira a Schnappi.

—Neil intentó hace dos horas localizarnos, pero la tía a la que le gusta el pescado estuvo jugueteando con el teléfono.

—Solo me conecté un momento a internet —se defiende Schnappi.

Tú no lo puedes creer.

—¿Qué buscabas en internet?

—Pues, ver mis correos.

—¡Schnappi, estamos huyendo! ¡¿Y tú te dedicas a revisar tus correos?!

—Bueno, alguna de nosotras debe permanecer con los pies en la tierra, ¿no?

—No me lo puedo creer.

Taja quiere saber qué ha dicho Neil. Stinke responde:

—Tenemos que deshacernos del coche.

—¡¿Qué?!

Lo decís todas al unísono, sois como uno de esos coros griegos que anuncian el hundimiento de Oriente.

Stinke os explica que Neil se ha encontrado con el tío de Taja y que le ha entregado la llave de la taquilla. Taja no da crédito a lo que está oyendo.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—Porque está loco —dice Schnappi, satisfecha de sí misma—. Lo he dicho todo el tiempo. Primero nos quita los móviles, luego mi pistola, y ahora le entrega al tío de Taja la llave de la taquilla donde está la droga. Ese tío está como una cabra.

—No está como una cabra —dices—. Apuesto a que pretendía protegernos.

—Pretendiera lo que pretendiese Neil —dice Stinke—, él cree que nuestro coche tiene incorporado un transmisor.

—Pero esto no es una película de James Bond —dice Schnappi.

—Tampoco es un coche de juguete —responde Stinke—. Si fuera mi coche, también le habría puesto una alarma y un transmisor.

Todas miráis a vuestro alrededor dentro del coche.

—Si el coche tiene un transmisor, lo encontraremos —afirma Taja, y abre la guantera. Hay allí unas gafas de sol, una bolsa de caramelos y un par de papelitos arrugados.

—Dame un caramelo —dice Schnappi.

Taja le pasa la bolsa.

—¿Cómo creéis que será ese chisme? —preguntas.

—Seguro que tiene un botón rojo que parpadea —dice Taja.

—Y seguro que está oculto bajo uno de los asientos —dice Stinke.

Miráis debajo de los asientos, os estiráis, pero nada tiene pinta de ser un transmisor. Miráis hacia atrás. Taja lo dice.

—Deberíamos examinar el maletero.

Schnappi sacude enérgicamente la cabeza.

—No quiero salir bajo la lluvia.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunta Stinke—. ¿Es que eres de azúcar o qué?

—¿Ves mis pelos?

—Claro que los veo.

—Pues cuando se mojan, parezco un caniche escaldado.

Taja toma una decisión tajante.

—Pues salimos todas o ninguna.

Bajáis todas a la vez y al cabo de unos segundos estáis empapadas.

Abrís el maletero y os veis frente a vuestro equipaje. Os duele esa visión, porque entre vuestras cosas está todavía la bolsa de Rute. Nadie ha dicho «sus cosas», ya que sabéis que ella no volverá nunca más, es lo que os pasa por las cabezas, y tú te sientes de inmediato una estúpida por pensar tal cosa.

Antes de haber emprendido aquel viaje y antes de que Stinke tuviera la maldita idea de visitar a Neil en Hamburgo, cada una de vosotras hizo una breve incursión en vuestras casas. Eran las seis de la mañana, y la primera fue Schnappi, que no quiso despertar a sus padres. Les dejó una nota diciendo que pasaría la semana en casa de Taja. Hizo la maleta y salió. Luego pasaron por la tuya, y tú también dejaste solo una nota. Hiciste la maleta y saliste. La madre de Rute estaba sentada más derecha que una vela en la cama, cuando Rute intentó deslizarse dentro de la casa. Y ella sí que no pudo escaparse tan fácilmente. Fue interrogada durante quince minutos y, entre lágrimas, confesó que estaba por los suelos, porque Eric había roto con ella. Rute

puede hacer esas cosas. Su madre la abrazó y le dijo que ella siempre estaría a su lado. Y por supuesto que entendía que quisierais estar juntas, y ya que el instituto había acabado, a Rute le sentaría bien estar una semana en casa de Taja para que se olvidara del tal Eric. Entonces preparó la maleta y se marchó.

Stinke fue la que batió el récord. Su tía dormía, su hermano estaba totalmente fumado delante del televisor de la mesa del desayuno, y le preguntó si también quería fumar un poco. Pero Stinke ya estaba otra vez sentada en el coche antes de que su hermano pudiera acabar la frase. Y ahora estáis ahí, bajo una lluvia torrencial, delante de cinco maletas y tres mochilas, y Taja dice: —Hay que sacarlo todo.

Colocáis el equipaje en el suelo, bajo la lluvia. Revolvéis el cajón de los primeros auxilios y una caja de cartón llena de cachivaches. Nada. Abrís todas las puertas, sacudís una manta, os inclináis dentro del coche y miráis de nuevo bajo los asientos. En el caso de que haya un transmisor, lo cierto es que se ha escondido muy bien para que nadie lo encuentre. La lluvia os va calando hasta la raja del culo.

Nada de nada. Volvéis a guardar vuestras cosas, y tú te planteas si no deberías cambiarte de ropa. Cada vez que te mueves, hueles el miedo que se te sale por cada poro de la piel, cuando recuerdas a aquellos dos armarios que aparecieron delante de vosotras en Hamburgo, ante vuestra mesa. Ves todavía cómo uno de ellos agarra a Rute, cómo os persiguen, cómo...

Stinke chasquea los dedos delante de tus narices.

—Nessi, ¿a qué esperas? Hemos acabado.

Subís de nuevo al coche, cerráis las puertas de golpe y os libráis de la lluvia.

—Joder, esta ha sido la acción más estúpida que he hecho nunca —dice Schnappi, y estornuda. Stinke le acaricia la cabeza y le dice que el nuevo peinado le queda bien. Has olvidado sacar algo seco de la bolsa, tu camiseta se ha vuelto casi transparente a causa de la lluvia. Taja pone al máximo la calefacción. Tenéis un aspecto lamentable y os sentís frustradas. Si a alguna de vosotras se le hubiese ocurrido levantar la alfombrilla del maletero y mirar debajo de la rueda de repuesto, habríais descubierto la cajita con la bombilla verde y parpadeante, y os hubieseis salvado.

En eso Taja señala con el mentón hacia delante.

—Todavía no hemos mirado bajo el capó.

Miráis el capó. La lluvia impacta sobre la pintura como los petardos en Nochevieja. Tú estás tan mojada que ya no te importa. Así que te bajas de nuevo e intentas abrir el capó. Nada. Los intermitentes de emergencia te hacen aparecer y desaparecer, aparecer y desaparecer. Casi te partes los dedos, pero el capó no quiere abrirse. Subes al coche de nuevo.

—¿Te has mojado? —te pregunta Schnappi.

Taja opina que en algún sitio debe haber una palanca que abra el capó.

Ahora te gustaría tener a mano una de esas toallas enormes y mullidas. Taja mete

la mano entre tus piernas buscando la susodicha palanca. Pretendes preguntarle si no puede hacerlo más suave, cuando el interior del coche se ve inundado de luz y vosotras entornáis los ojos, obnubiladas.

—Viene un coche —dice Stinke.

—Ya nos ha visto —dices tú.

El coche se detiene justo delante de vosotras, sus faros se mantienen encendidos, de modo que no podéis ver nada dentro. Nada delante de vosotras, nada a vuestro lado, y por mucho que miráis lo único que veis es el sol. Te gustaría bajarte y echar a correr. «Peligro», piensas, pero no puedes reaccionar, porque todo es como en uno de esos sueños donde te pasan cosas que uno en la vida puede evitar con facilidad, pero que en el sueño son incontenibles.

—Tenemos que salir —dices, pero en eso todas pegáis un salto, porque a unos centímetros de tu oído izquierdo alguien golpea el cristal de la ventanilla.

TANNER

Este día ha exigido mucho de ti. Ya no eres joven, y deberías estar sentado en tu casa del Wannsee, disfrutando de la tarde y olvidándote del día de ahí fuera. No debiste hacer ese viaje de Berlín a Hamburgo y luego de vuelta, para luego subir al Teufelsberg y que una avispa te pusiera de los nervios. No debiste ver, asombrado, cómo Ragnar bajaba la cabeza y lloraba.

Te alegras de que ni Leo ni David estuviesen allí.

Nadie debería ver a Ragnar de ese modo.

Habéis regresado de Hamburgo hace una media hora y estáis los tres ahora en el Teufelsberg. Darian sostiene la urna, Ragnar mira la ciudad de Berlín, como si nunca la hubiera visto. La torre de televisión es una línea muy esbelta. Oskar está muerto.

—Vamos a hacerlo de una vez —dice Ragnar.

Darian le entrega la urna a su padre. Durante los siguientes minutos observáis cómo las cenizas caen entre los dedos de Ragnar y el viento las esparce. Luego él cierra la urna, se la entrega a Darian y se agacha para limpiarse la mano sucia en la hierba.

—Darian, ve tú delante.

El chico te mira sorprendido, antes de darse la vuelta con la urna en la mano. Esperas a que ya no os vea para situarte al lado de Ragnar y echarle el brazo por encima del hombro. Él se pone tieso, se pone de inmediato a la defensiva, contiene el aliento. Rigidez. Sientes que respira con cautela, cómo va soltando la tensión y se apoya en ti. Calma. Miráis sobre Berlín. «Nuestra ciudad», piensas, y te imaginas que se trata de Múnich o de Hamburgo. No, tiene que ser Berlín. Una sola alma, un solo pulso.

Ragnar Desche se convirtió en lo que es porque supo escucharte. Tú fuiste su maestro, él todavía te mira con reverencia y te respeta. Muchos piensan que tú eres su mano derecha, pero eres su mano y su hombro a la vez. Vuestra familia es una familia de hombres. Las mujeres nunca fueron importantes, ellas son algo que está en un sitio intermedio y que es inevitable.

Como una salida del sol o un día bueno después de muchos días malos. Tú siempre tuviste dificultades con las mujeres, pero no vamos a hacer aquí un recuento de tu vida, no tenemos tiempo para eso. Solo te acompañaremos durante unas horas hasta que te despidas de esta historia. Como un cansado apretón de manos después de una larga noche, o como las vibraciones de un hacha que ha quedado clavada en la madera. Pero antes vas a hablar con Ragnar y con su hijo, de lo contrario no podríamos dejarte ir.

—Ragnar, deberíamos dejar las cosas como están.

—¿De qué estás hablando?

—He tenido tiempo para pensar mucho sobre el asunto. No podemos perseguir a esas chicas.

—Claro que podemos. ¿Es que dudas de mí?

—Yo no he dicho eso. Solo pienso que el tiempo está de nuestro lado.

Ellas no pueden desaparecer para siempre. Piénsalo de nuevo. ¿Qué tenemos aquí? ¿Por qué mejor no mantenemos la mente despejada y esperamos a ver si...?

—Yo no voy a esperar. Mi mente nunca estuvo tan despejada, no te lo puedes ni imaginar. Esa guarra mató a mi hermano. Por eso estamos aquí. Es un asunto privado y hay que ponerle fin. ¿Cómo puedes dudar ante una cosa así, una hija que mata a su padre?

Ragnar sabe que para eso solo hay una respuesta. Tú levantas el brazo de su hombro y buscas las palabras adecuadas.

—¿Cuál es realmente tu problema? —pregunta él.

—Nosotros somos el problema. El hecho de que nos inmiscuyamos.

Deja que otros hagan el trabajo. Tenemos ciertas reglas, y una de esas reglas dice que nunca intervendremos personalmente. Tienes a Johannes Melben en Oslo, él podría...

—Olvida las reglas —lo interrumpe Ragnar—. Cuando digo que es un asunto personal, es porque lo es. Bruno y Oswald fracasaron. Fuimos en coche hasta Hamburgo y fracasamos. Tanner, no estamos en la guardería. O tomamos las riendas de este problema o damos media vuelta con el rabo entre las piernas. ¿Acaso te parezco alguien que se va con el rabo entre las piernas? ¿Qué me enseñaste? ¿Qué me inculcaste en todos estos años?

—Que nunca debes perder de vista el tiempo.

—Yo veo mi objetivo. Y quiero conseguirlo. ¿Cómo puedes cuestionarte mis planes ni por un momento?

—Lo siento.

—Pues sí, deberías sentirlo.

No os miráis, pero tú tienes que preguntarlo.

—¿Qué le hizo ella a Oskar?

—Lo ahogó con un cojín. Discutieron y ella lo asfixió con un cojín. Y él estaba tan colocado que probablemente ni siquiera se dio cuenta.

Sientes un apretón frío alrededor del pecho.

—¿Ella lo asfixió? No lo entiendo. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Pues esa será justamente la pregunta que le haré cuando la hayamos encontrado.

Es el ritmo lo que cuenta. La lentitud es para los perdedores. El que tiene tiempo es porque no lo tiene, miente. Quien se mantiene en movimiento, controla el mundo.

Pero ¿qué es lo que se siente cuando todas las enseñanzas se vuelven contra uno? Te sientes traicionado por ti mismo.

Como si el ímpetu y la disposición a correr riesgos se apagasen, los elementos que han mantenido funcionando tu motor hasta ahora. También podrías decir que te has vuelto más viejo. Más viejo, más sabio y más débil.

Has decidido que te quedan dos años más. Después de ese tiempo, quieres dejarte sorprender por el vuelo de las aves migratorias, y mantener la mente despejada durante tus paseos. Quieres ser tan lento que las noches no acaben nunca.

Estáis en un aeropuerto privado en las afueras de Potsdam. Habéis dejado el coche y bajado. En ese momento suena la llamada de David. Y aunque sabes lo que ha hecho Taja, confías hasta el último segundo que no tengáis que volar hasta Noruega. Pero tus esperanzas se desvanecen en la nada cuando oyes a David decir: — En la taquilla había una bolsa deportiva, pero dentro solo había libros.

Miras a Ragnar. Podrías guardar silencio. La situación es lo suficientemente grave. «Puede enterarse más tarde», piensas, y te preguntas cuándo habrá de ser ese «más tarde». No cometas ningún error ahora, pásale el móvil. Hazlo.

—¿Ragnar?

Él alza las cejas en un gesto inquisitivo.

—La mercancía no está en la taquilla.

Ragnar coge el teléfono, se lo pega al oído, escucha brevemente y solo formula una pregunta: —¿De qué color es la bolsa?

Después de haber colgado, te devuelve el móvil.

—¿Piensas que Neil Exner nos ha tomado el pelo?

Ragnar niega con la cabeza.

—Hasta ahora hemos sido demasiado ingenuos en toda esta historia.

Esas chicas solo usaron a Exner para ganar tiempo. ¿Todavía opinas que no debemos ir en su caza?

Tú le das la única respuesta que es aceptable.

—Yo estoy contigo plenamente, ya lo sabes.

Ragnar sonrío de repente y te da un golpecito en el brazo con el puño, te dice que no esperaba otra cosa de ti. No te dice que has eludido su pregunta.

Tomas Zenna ha puesto a vuestra disposición su avioneta. Es uno de vuestros clientes más importantes. Exportación de armas, importación de drogas. Ha bastado una llamada. El piloto os saluda palmeándoos las manos.

Treinta y cinco minutos después aterrizáis en un pequeño aeródromo cerca de Amlí. El aeródromo está junto a la ruta 41, que os llevará hasta abajo, hacia el sur.

Hace bochorno, el verano aquí huele distinto. Un olor más intenso, más pesado. Es la primera vez que estás en Noruega. En aquella ocasión, Ragnar viajó solo para la boda de Oskar, porque necesitaba tomarse un descanso.

Eres consciente de que todo hubiera sido diferente si hubieseis viajado juntos.

Un coche de alquiler os espera en la pista con el motor en marcha. En el maletero hay una bolsa. Zenna lo ha preparado todo. Os armáis, no sabéis lo que os espera, no sabéis con quién colaboran las chicas o si actúan por su cuenta. Leo vacila por un momento y es el único que se pone uno de los chalecos antibalas.

—Más vale prevenir que curar —dice.

Subís al coche.

Darian hizo que Fabrizio le explicara cómo funciona el programa del GPS y ha estado verificando durante todo el vuelo en su portátil el lugar donde se encontraban las chicas. Son poco más de las nueve. Ellas han dejado el trasbordador hace una hora, pero todavía están en Kristiansand. Estáis a unos cien kilómetros de distancia.

Los horarios se mantienen. Vuestro vuelo de regreso está previsto para la una. Ragnar no tiene intenciones de regresar a Berlín sin Taja, pero no ha dicho qué va a pasar con las demás chicas.

Ragnar y Darian van sentados detrás, Leo conduce. Si Ragnar tiene razón y las chicas quieren ir realmente a Ulvtannen, no pueden hacer otra cosa que pasar por vuestro lado. Estáis en su ruta. Va siendo hora de poner fin aquí a esta historia, para luego no tener que hablar de ella nunca más.

Pongamos las cartas sobre la mesa. La incertidumbre te corroe desde que habéis hablado en la oficina: no te crees a Ragnar, o mejor dicho, no quieres creerle, porque conoces a Taja desde que era una cría y ella no es capaz de hacer algo así. Sin embargo, por otro lado, ¿por qué iba a mentirte Ragnar? Esas dudas te inquietan. Ves lo que está pasando aquí. Un hombre y su orgullo herido.

Tu misión es estar a su lado y salvar lo que se pueda salvar. Una chica muerta ya es demasiado. Y tú, maldita sea, quieres averiguar lo que Ragnar te está ocultando. No le ves racionalidad a sus actos. Y aunque te pronunciaste a favor, el viaje a Hamburgo ya fue ir demasiado lejos. Y ahora esto. Un portero puede abandonar su portería por un momento, pero debería saber hasta dónde puede llegar dentro del campo. Mantente listo. Tú tienes una misión importante en esta historia, una misión que has de cumplir, de lo contrario todo se saldría de quicio y tú no quieres cargar con ello en tu conciencia.

Darian dice que el Range Rover acaba de salir de Kristiansand y se encuentra en la 41, pero al cabo de diecisiete kilómetros se ha detenido de nuevo. Vosotros mismos vivís en carne propia la razón por la que las chicas se han detenido, cuando, a la altura de Søre Herefoss, la lluvia cae sobre vosotros con una fuerza brutal. Parece como si de repente estuvierais avanzando a través de una pared de agua.

Leo enciende los faros antiniebla y se inclina un poco hacia delante para ver mejor. La carretera es una explosión de reflejos de luz, y la lluvia tamborilea

sordamente sobre el techo del coche, como si quisiera acallar no solo cada palabra, sino cada uno de vuestros pensamientos. Leo no quita el pie del acelerador. Te alegra no ir sentado detrás del volante. El asfalto mojado te pone nervioso.

Treinta y nueve minutos después.

—¿Cómo pinta la cosa?

Tú miras hacia atrás. Ragnar no se refiere a la carretera o al estado del tiempo, se ha inclinado hacia Darian y los dos miran ahora el monitor del portátil. Sus caras están iluminadas por una luz mate.

—No se mueven.

—¿Cuánto falta todavía?

Darian alza la vista.

—Tienen que estar delante de nosotros.

Miráis hacia delante, el asfalto arroja vapores por el calor acumulado, no veis lo que hay a diez metros, y cuando intentáis mirar fijamente hacia la oscuridad para distinguir algo, aparece ante vosotros una nube de luz centelleante que se va haciendo cada vez más y más grande.

—Una gasolinera —dice Leo.

—Sí, a doscientos metros —dice Darian.

Un coche avanza hacia vosotros, las largas se encienden como una llama y os ciegan tanto que por unos segundos Leo conduce sin ver nada. El vehículo pasa a toda velocidad a vuestro lado.

—¡Vaya hijo de puta!

Leo suelta una buena sarta de impropiedades, pone el intermitente y entra en la gasolinera, que parece un mercadillo. La gente baila bajo la lluvia, debajo de un voladizo alguien ha instalado una parrilla y vende salchichas.

Hay cuatro furgonetas VW de colores en fila, y sus puertas laterales están abiertas a pesar de la lluvia, podéis oír la música que sale de su interior. Unos adolescentes se os cruzan en la entrada de coches, sostienen una lona de plástico sobre sus cabezas, parecen una tienda de campaña ambulante.

También hay caras cansadas que miran fijamente desde los coches aparcados, como si alguien los tuviera prisioneros. Un perro le ladra a un charco, y entonces un relámpago atraviesa el cielo, se oye el trueno y la lluvia se acalla, pero luego su golpeteo supera cualquier otro ruido.

Leo avanza muy lentamente. La gasolinera y el área de descanso pasan de largo, como la vana añoranza de un hippie que sigue soñando con los años sesenta. Los fumadores que están de pie bajo la marquesina se retiran al unísono cuando una ráfaga de viento dirige el viento en su dirección. Todo aquí te recuerda el decorado de una película, un decorado que pronto será demolido. Los titilantes tubos de neón sobre la entrada del área de descanso te ponen nervioso. Estás tenso, te tiembla el

pulgar izquierdo. Te dices que es el clima, y buscas el Range Rover. También el aparcamiento que está detrás del área de descanso está repleto. Leo comprueba que ahí delante está la salida hacia la autovía.

—Hemos pasado por su lado —anuncia Darian.

Leo frena, mira por el retrovisor y gira. Nadie le dice nada a Darian, no es culpa suya. El GPS reacciona con retraso. Os concentráis. En algún lugar tienen que estar. El brazo de Darian sale disparado hacia delante.

—¡Ahí están!

Cuando descubres el coche, bien oculto junto a un tráiler, no te asombra que no lo hayáis visto. Leo hace un giro y frena justo delante del coche de Oskar. Ya no hay posibilidad de que escapen. Se ha acabado. *Finito*.

En el coche que está delante de vosotros no sucede nada. Los cristales oscuros están como muertos. Esperas que las puertas se abran de golpe y que las chicas salgan corriendo. Lo deseas.

«¿A qué esperan?»

—No veo nada —dice Leo, y apaga el motor.

Además de la lluvia y el movimiento de los limpiaparabrisas solo se oye vuestra respiración y el zumbido sordo del portátil, entonces se oye un suave clic y el zumbido se acalla. Darian lo ha cerrado.

—Quedaos en el coche —dice Ragnar.

Tú no quieres dejarle ir solo, así que bajas también.

—Para ser un anciano eres asombrosamente rápido —te dice Ragnar.

—¿A quién le llamas «anciano»?

La lluvia os escupe en la cara, sois adrenalina pura.

—Yo arreglaré esto —dice Ragnar, y saca su arma.

Miras hacia el área de descanso. Nadie os presta atención. Ragnar camina hacia el Range Rover y se detiene junto a la puerta del conductor. Da unos golpecitos en la ventanilla y espera. Sabes que va a abrir la puerta de golpe en cualquier momento. Estás preparado para todo. Eso piensas. Sí, de verdad lo piensas.

STINKE

El tío tiene el pelo negro, a la altura de los hombros, parece que lleve un casco y brilla debido a la lluvia como si se lo hubiera aceitado. Debe de estar completamente empapado, pero no parece importarle el tiempo, pues sonríe hacia vuestro coche como si estuviera en la playa, comprando un helado en un kiosco. Las personas que están siempre alegres te resultan sospechosas.

Como si la comida de su restaurante favorito siempre supiera bien. Eso es imposible. Hay días buenos y días malos. Ese tipo, probablemente, jamás se ha despertado y se ha enfrentado a un día malo.

—He visto que venís de Alemania. ¿Tenéis algún problema?

—¿Qué?

—Vuestro intermitente de emergencia está encendido, y pensé que teníais problemas con el coche.

—Apaga el intermitente —dices, y te inclinas hacia delante para verlo más de cerca. Es mayor que vosotras, pero solo unos pocos años. Te gustan sus ojos. No hay recelo, son unos ojos honestos. Nessi apaga los intermitentes. Él no sabe a quién debe mirar, y se vuelve otra vez a Nessi, porque ella está sentada delante de sus narices.

—¿Y bien? —pregunta.

—Nosotras...

—El motor se ahoga una y otra vez —dices, interrumpiendo a Nessi, antes de que tu amiga le cuente toda su vida. Tus amigas te miran como si te hubieses meado dentro del coche. Tú las ignoras y le regalas al tipo una sonrisa gratis. El tipo te devuelve la sonrisa, qué otra cosa iba a hacer.

—Abrid el capó —dice.

Nessi alza los brazos como si quisiera rendirse, y dice que no tiene ni idea de cómo se hace. Él mete la mano por la ventanilla, palpa debajo del volante y acciona una palanca. Se oye un clic. Va hacia la parte delantera para abrir el capó.

Cuando ha desaparecido de vuestro campo visual, Taja te dice entre dientes: —¿Y esto a qué viene?

—Es simpático que alguien nos ayude.

—¿Estás loca? Ese tipo está calado hasta los huesos por nuestra culpa, no le vaciles.

—¿Y quién dice que le estoy vacilando?

El chaval saca la cabeza de detrás del capó y grita: —¡Arrancad!

Nessi arranca el motor, que, por supuesto, se enciende sin problemas.

El capó baja haciendo un ruido, y él aparece de nuevo junto a la ventanilla del conductor con cara satisfecha.

—He tirado un poco de los cables, eso siempre ayuda, solo debéis procurar no arrancarlos.

Vosotras asentís como si fuera una máxima de vida. Mejor que tus amigas no tengan ni idea de lo que está pasando en ese momento por tu cabeza, de lo contrario se acabaría ese gesto de asentimiento. Le extiendes la mano al hombre.

—Isabell —dices.

—Marten —dice él.

Tiene la mano cálida y firme. Presentas a tus amigas, y al final le dices que él es vuestro salvador y que por eso queréis invitarlo a un café, porque, por lo visto, esa lluvia no parece que vaya a acabar nunca y es una estupidez quedarse sentadas en el coche mientras el agua golpea el techo. Marten sonrío de nuevo. No estás segura de si está flirteando o es un poco cortito.

—Bueno, no es necesario que me invitéis a un café —dice él.

—Claro que lo es —dice Taja, y se vuelve hacia sus amigas.

Nadie le dice que no a Taja.

—Bien, si tiene que ser —cede él, y le guiña un ojo a Taja.

«Sí, definitivamente es cortito de entendederas», piensas, y eres la primera en bajar.

El área de descanso está repleta, oyes el murmullo y el ruido de las sillas al moverse, el entrechocar de los platos, las risas; y por si fuera poco, de fondo hay una música machacona de una máquina con éxitos de los años ochenta y, como siempre, un par de borrachos cantan al unísono. Os apretujáis junto a dos roqueros en una mesa, os hacen sitio sin rechistar.

Consigues coger la silla que está al lado de Marten. Os sentáis y miráis la mesa, cubierta de botellas de cerveza vacías; dentro flotan las colillas de los cigarrillos, entre las botellas hay un cenicero limpio.

Los dos roqueros os explican, en un inglés chapurreado, que son de Suecia y que hace dos días que están esperando a unos amigos. Como estáis tan apretados, uno de ellos le ofrece a Schnappi que se siente en sus piernas.

Schnappi da las gracias y dice que ya ha estado sentada en un váter. Los roqueros ríen. Una camarera se acerca con una bolsa de basura de color verde que sostiene al borde de la mesa. Los roqueros ya conocen el procedimiento, así que hacen un gesto con el brazo y todas las botellas caen tintineando dentro de la bolsa. Solo queda el cenicero limpio.

—¡Guay! —exclama uno de los roqueros.

—¡Guay! —exclama el otro.

Cuando vosotras queréis pedir, la camarera niega con la cabeza y se va con la bolsa de basura hacia la siguiente mesa.

—Autoservicio —dice uno de los roqueros.

—Autoservicio... esto —dice el otro, y se agarra los testículos.

Marten está temblando de frío a causa de la lluvia y quiere tomar un té, pero vosotras necesitáis café. Vas con Taja a buscar las bebidas. Y cuando ya estáis en la cola, ella te pregunta: —¿Desde cuándo te llamas Isabell?

—Es solo para despistar, él no tiene por qué saber cómo me llamo realmente.

—¿Me dices ahora qué está pasando aquí?

—Es un plan secreto.

—Stinke, deja ya esa mierda. ¿Por qué estamos tomando este té?

Tú miras hacia la mesa, miras nuevamente a Taja y le preguntas: —¿Hemos encontrado el transmisor?

—Claro que no lo hemos encontrado...

Taja enmudece. Su rostro se ilumina como un anuncio de neón. Y aunque Taja todavía se tambalea un poco, ya puede hacer cálculos y sumar uno más uno.

—Eres una chica mala, muy mala —dice.

—Lo sé, por eso somos tan buenas amigas.

Marten os cuenta que acaba de cumplir los dieciocho hace dos semanas y que su padre le ha regalado un viaje a Noruega por su cumpleaños.

Incluidas las entradas para el festival de música. Está alojado con su padre a un par de kilómetros de allí, en un apartotel, y que ha venido hasta la gasolinera para conseguir un postre para la cena.

—Entonces, ese de ahí fuera no es tu coche, ¿no? —le preguntas.

—No, es de mi padre.

Marten ríe.

—Me alegra que me lo deje conducir. El coche no tiene ni mil kilómetros recorridos.

Miráis hacia fuera. Los coches están aparcados con los morros frente a frente, como dos perros que se olfatean. Si vuestro coche es un bulldog, el coche del padre de Marten es un collie.

—Un coche elegante —dice Schnappi.

—Es un Peugeot, mi padre adora los coches franceses. Antes tuvo un Nissan.

Entonces se da cuenta de que os aburrís y cambia de tema. Pregunta a qué conciertos pensáis asistir.

—Al de Chris Cornell —dices tú, rápidamente, y Nessi suelta una carcajada.

Marten dice que nunca ha podido digerir del todo que Soundgarden se disolviera. Vosotras no tenéis ni idea de quién está hablando, pero vuestras cabezas se iluminan, y decís que es una absoluta mierda que Soundgarden se disolviera, sí, señor.

—Y Michael Jackson también está muerto —dice Schnappi.

Vosotras la miráis. Todas. Y entonces Schnappi se pone a mascullar algo,

insegura: —Está muerto, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver con Chris Cornell? —le preguntas.

—Se refiere a *Billie Jean* —dice Marten, acudiendo en su auxilio—. Cornell hizo una versión de *Billie Jean*, y es tal vez la peor versión de todos los tiempos. Te refieres a eso, ¿no?

—Es justamente a lo que me refiero —miente Schnappi, al tiempo que os sonrío, y añade que tal vez por eso no es de extrañar que el pobre Michael Jackson tomara una sobredosis, al ver que cualquiera podía hacer una versión de sus canciones. Y como nadie dice nada, Schnappi levanta su café y exclama: —¡Por Michael!

Brindáis por Michael Jackson. Los dos roqueros murmuran algo con la boca en sus botellas de cerveza y ni siquiera piensan en unirse al brindis.

Marten no cesa, probablemente se le estén agotando los temas de conversación, así que quiere saber a quién más queréis ver aparte de Chris Cornell. Y como ninguna de vosotras sabe quién más toca en el festival, Schnappi no puede quedarse callada y dice que vosotras no habéis venido por los conciertos. Ser sinceros da mejores resultados, la mentira tiene las piernas cortas.

—¡Joder, Schnappi! —resopláis todas.

—No las escuches —dice Schnappi, y tira del brazo de Marten para que solo la mire a ella—. En cuanto se hace de noche, mis amigas ya no coordinan. En realidad, estamos aquí en una misión secreta. Taja ha heredado un hotel de playa de su abuela, y queremos ir allí. Está situado muy al norte.

Es un hotel con vistas a un fiordo. De vez en cuando hay que salir de Berlín, ¿no te parece?

Tienes unas ganas enormes de plantarle una hostia a Schnappi. Taja mira hacia fuera y ve el Peugeot, mientras Nessi se mantiene otra vez al margen y le echa a su café un tercer azucarillo.

—No te pongas tanto azúcar, o se te caerán los dientes —dices.

—Sencillamente, necesito algo dulce —dice Nessi, y remueve esa papilla azucarada. Marten os dice que jamás ha estado en Berlín.

Probablemente venga de algún pueblo y solo sepa de vacas y espantapájaros, así que le contáis cosas de la capital, de vuestro instituto, y de cómo os conocisteis. En esa historia, Berlín se convierte en un lugar de maravillas, vuestro instituto es un agujero y vosotras unas heroínas. Es como si contarais la historia de cuatro chicas que alguna vez existieron, pero que ya no existirán más. Y evitáis mencionar a Rute, ni una sola palabra.

—La siguiente ronda la pago yo —dice Marten, y se pone de pie.

Cuando está lo suficientemente lejos como para que no pueda oír, los dos roqueros se inclinan hacia delante en gesto confidencial y dicen que tienen entradas para Ozzy Osbourne, y mucho sitio en su tienda de campaña.

Y puesto que no queréis ir con ellos a ninguna parte, y como tampoco necesitáis entradas, deciden que continuarán viaje para ir en busca de sus colegas. Se meten las botellas de cerveza medio llenas en los bolsillos de las chaquetas, os estrechan la mano y prometen que os volveréis a ver en Suecia.

Luego abandonan la cafetería del área de descanso y se marchan.

—¿Qué estamos haciendo aquí en realidad? —pregunta Nessi.

—Luego te lo digo —replicas tú.

Schnappi intenta descifrar la carta.

—Es muy mono —dice, y arroja la carta sobre la mesa, al tiempo que mira hacia donde está Marten—. Mono, pero no es mi tipo. Es más bien para ti. Te gustan los tipos que parecen actores.

—No es cierto —se defiende Taja.

—Nico se parecía a Johnny Depp. Y Kalle era una copia de Ethan Hawke. ¿Y qué hay de Kai, que te dejó por esa estúpida rubia, Jenni?

—Se parecía al enano de «Perdidos». Te refieres a Charlie —dices.

—¡No se parecía!

Marten llega con té y cafés, también trae una gran ración de patatas fritas y la coloca en el centro de la mesa. Nessi hace una mueca, ella prefiere seguir con el dulce. Marten saca, como por arte de magia, un Mars y dice que es para Nessi. Poco falta para que Nessi se le arroje al cuello para abrazarlo.

Y Schnappi, por supuesto, tiene que meter baza:

—¿Sabes a quién me recuerdas?

—¿A quién?

—A Jake Gyllenhaal.

—¿El de *Donnie Darko*?

—El mismo.

Taja mira al techo y le muestra un dedo a Schnappi. Marten se ríe. Tú abres de un mordisco una bolsita de ketchup. Las patatas están demasiado saladas, el café está casi frío, pero no importa, porque ese es el único y breve instante en que podéis relajaros. Taja ha apoyado la barbilla en ambas manos y ha puesto su mirada de flirteo. De vez en cuando Marten le da una patata, y cuando ella no está prestando atención, él le roza el pie. Schnappi le habla del puesto de las pizzas de la Stuttgartplatz, como si en Berlín solo hubiera un único kiosco de pizzas. Os dais todavía diez minutos, diez minutos de diversión está bien. Os enteráis de lo que Marten pretende estudiar, y también de que ha crecido con la música. Pero mientras habla solo tiene ojos para Taja, que también ha crecido en un entorno musical, ¡qué casualidad! «Si se descuidan, antes del amanecer, los dos estarían concibiendo un pequeño Mozart», piensas, aunque no dices nada, porque te alegra que Taja esté ahora en el centro del escenario, pues si alguien necesita atención es ella. Se ha

pasado la mayor parte del viaje durmiendo, y se siente muy débil a causa de los medicamentos.

«¿Qué diría Marten si supiera lo que hemos pasado en los últimos días?», te preguntas, mientras él garabatea su número de móvil en un ticket de caja y se lo pasa a Taja.

—A lo mejor te llamo —dice Taja. Y Marten se pone rojo y decide que ya han transcurrido los diez minutos. Como de pasada, dices: —Tengo que ir al baño.

Taja dice que va contigo, y mira de reajo a Schnappi, que primero frunce el ceño, pero luego se agarra el pelo y dice que parece un caniche mojado, y que va a ver si puede arreglar ese desastre. Solo Nessi permanece aferrada a su coma diabético mirando su café, hasta que tú extiendes una garra por debajo de la mesa y le clavas las uñas en el muslo.

—O vamos todas o no va ninguna —dices.

Nessi suelta un gemido y se levanta.

—Yo os guardo el sitio —promete Marten.

Camináis a lo largo de la cafetería, recorréis el pasillo que lleva hacia los baños, y pasáis de largo por delante de ellos.

—Hemos pasado por delante de los baños —constata Nessi, y se detiene.

—Sigue andando —dice Taja.

—Pero...

Le rodeas las caderas con tu brazo y la empujas hacia delante. Salís fuera, al viento y la lluvia, pasáis apretadas junto a los fumadores, que se apartan de mala gana. Y una vez más, Schnappi no puede mantener el pico cerrado.

—¿Alguna de vosotras me puede explicar lo que está pasando? Ese tipo no es un problema, ¿por qué huimos?

—¿Qué te parece esto: porque no hemos encontrado el transmisor? —le dice Taja.

Llegáis a la parte delantera del área de descanso. Cuando estáis a la altura del Range Rover, tus amigas se detienen detrás del vehículo. Tú te agachas y miras con cautela por encima del capó. El jaleo en la cafetería permanece invariable. Ves a Marten sentado a la mesa, tiene el móvil pegado al oído, mira a su alrededor, mira hacia los baños. «Ya puedes buscarnos cuanto quieras», piensas, y te agachas otra vez detrás del coche.

—Yo ya no entiendo nada —dice Nessi.

—¡Cógela! —dices, y le lanzas la llave.

Nessi la atrapa y se mira la mano.

—Esta no es...

—... nuestra llave —dices, completando la frase—. No lo es.

MARTEN

—Conducen un Range Rover.

—¿Qué modelo?

—Adivina.

—¿El Vogue?

—Mejor aún.

—¿No será el Autobiography?

—¡Bingo!

—¡No me lo puedo creer!

—Es increíble, ¿verdad?

—Hazle una foto.

—Ya sabes cómo es.

—No me refiero al coche, Marten, sino a tu chica.

—Se llama Taja y no es mi chica. Es una entre cuatro más.

—¿Cómo pueden cuatro chicas conseguir un coche como ese?

—Ni idea.

—O son ricas o lo han robado.

—Nadie roba un coche así.

—Tienes razón. ¿Dónde están ahora?

—En el lavabo. Primero pensé que estaban aquí por lo del festival, pero pretenden seguir hacia más al norte. Taja es medio alemana y medio noruega.

Ha heredado un hotel de playa de su abuela. Con vistas a un fiordo.

—Si quieres, pasamos un día y las visitamos.

—Eso suena bien.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿Ya le diste tu número?

—Claro que no, ¿cómo se te ocurre?

Te imaginas la cara de satisfacción que está poniendo tu padre. Cuanto mejor os conocéis, más va dejando de ser tu padre y se va convirtiendo en un amigo. Durante tu infancia fue un extraño que pasaba por casa los fines de semana y hacía como si le divertiera jugar contigo durante un par de horas.

Pero luego fuiste creciendo, y llegó la pubertad, y tu padre se mostró como un hombre comprensivo, lo cual era embarazoso porque él no tenía ni idea acerca de tu vida. Pero el verdadero cambio tuvo lugar en los últimos dos años. Desde entonces os habéis acercado mucho, lo cual no le gusta nada a tu madre. Y luego este regalo.

Te propuso ir juntos a Noruega por tu cumpleaños. Se había comprado un coche nuevo y quería que lo probaráis juntos. «Juntos.» Sería vuestro primer gran viaje. Y

ahora él es tu copiloto, hace chistes contigo sobre las chicas y sobre la vida, y te trata como a un adulto. Tú habías contado con todo, pero no con ese cambio.

—¿Estás seguro de que es un Autobiography?

—Claro, lo estoy viendo por la ventana.

Tu padre silba entre dientes.

—¿De qué color es?

—Gris metálico.

—Típico.

Oyes un timbre por el móvil, tu padre dice que tiene que abrir el horno, que no te olvides del postre y que les des saludos a las chicas.

—Hasta ahora.

Tu padre alquiló para vosotros un apartamento en las afueras de Kristiansand, pues quería mantenerse al margen de la vorágine del festival.

Tú hubieras preferido estar en el mismo centro, pero no se lo dijiste. Es vuestra segunda semana en Noruega, y el festival empieza mañana. Tu padre solo sacó entradas para ti. La música no le va, y no piensa estar todo el tiempo a tu lado como un perro guardián. Le parece que necesitas libertad, así que te la da. A tu madre le daría algo si lo supiera. Para ella no serás adulto hasta que hayas acabado la carrera y te vea empujando un cochecito de niño por el barrio.

Sé sincero, te sientes como si toda tu vida hubiera empezado en el momento en que el trasbordador atracó en Kristiansand. La gente aquí es amable, todos parecen divertirse, y aunque está lloviendo, no ves caras malhumoradas. Tu padre es quien ha hecho posible todo eso. Es un enigma para ti cómo tu madre no supo entenderse con él.

«Tal vez fuera al revés», piensas, pero en eso dos mujeres preguntan si hay sitio en tu mesa. Tú señalas las sillas de los dos roqueros, y las mujeres toman asiento. Miras hacia los baños, y luego vuelves a mirar afuera, hacia la lluvia. El reflejo en el cristal te devuelve la sonrisa, eres transparente como un espíritu. Los rasgos de tu padre, el pelo oscuro de tu madre. Te haces un guiño a ti mismo, sacas tu móvil y ya te dispones a revisar tu buzón de voz.

Cuando ves salir a las chicas en fila de detrás del Range Rover. Las cuatro.

Llevan mochilas y maletas, y te recuerdan aquel tiempo en que deambulabas por el barrio con tus amigos, jugando a indios y vaqueros. «¿Qué hacen?», te preguntas cuando se detienen junto al coche de tu padre, abren el maletero y arrojan dentro sus mochilas y maletas. Luego suben al vehículo.

Por un momento de embotamiento permaneces sentado, inmóvil, y no crees que eso esté pasando. El coche arranca, pega un salto hacia delante y luego retrocede un tramo, antes de que el motor se ahogue. Un tráiler pasa lentamente junto al área de descanso y tapa por unos segundos el coche de tu padre. Te pones de pie, coges tu

chaqueta y te palpas en busca de la llave.

«Gracias a Dios», piensas, y la sacas. No es tu llave. De esta cuelga un círculo de cuero, con un monograma: «O. D.» Miras de nuevo hacia fuera. El coche de tu padre ha dado un giro y, de repente, te sacudes la parálisis del cuerpo.

Sales corriendo de la cafetería, chocas con unos fumadores, los empujas a un lado, y resbalas sobre el bordillo, sientes la lluvia y avanzas a trompicones por la calle, te detienes y...

Se han marchado.

Punto.

Se han marchado de verdad.

Ni siquiera ves las luces traseras.

No ves nada.

Miras a tu alrededor. Uno de los fumadores te hace un gesto grosero con el dedo, y otro dice: «*Fucking German.*» Miras hacia la salida de coches y no lo puedes creer todavía. El temblor te empieza por las manos, va bajando, y cuando tienes la sensación de que todo tu cuerpo es un escalofrío, sacas el móvil del bolsillo de la chaqueta y llamas a tu padre.

«Me va a matar, no volverá a hablar conmigo jamás, él...»

—Dímelo otra vez.

Le repites lo que ha sucedido. Estás de pie bajo la lluvia, y eres el idiota al que cuatro chicas le han robado el coche nuevo de tu padre. Nadie va a escribir un poema sobre eso, no vale ni para un relato corto, y si alguna vez se viera una cosa así en el cine, puedes apostar que un par de personas se largarían de la sala.

—¿Y qué pasa con el Range Rover?

—Está todavía ahí.

Le das la vuelta al coche, miras el número de la matrícula y compruebas que el coche ha pasado la ITV hace poco, como si eso significara algo. Desde el lado del conductor intentas echar un vistazo dentro del vehículo, mientras tu padre te da instrucciones.

No debes moverte del lugar, él va a coger un taxi y estará en diez minutos contigo.

—La puerta está abierta —lo interrumpes.

—¿Qué?

—La puerta del conductor está abierta.

Te inclinas hacia el coche, miras tu mano izquierda, en la que todavía reposa la llave. «O. D.»

—Creo que me han dejado la llave del Range Rover con toda intención.

—Eso no tiene sentido —dice tu padre.

—Tal vez el coche sí que sea robado —le dices, y te sientas dentro, a resguardo

de la lluvia, lejos de la realidad desnuda, la de ser un absoluto fracasado. La puerta se cierra con un suave clic. La luz interior se atenúa, como si en cualquier momento fuera a empezar la proyección de una película.

«¿Y qué pasa si esta no es la llave?»

Arrancas el coche, el motor se enciende al momento, y por un instante te imaginas que viajas hasta vuestro apartotel, tocas el claxon y tu padre sale.

Tú bajas del Range Rover, mientras tu viejo se queda sin habla, pues ahora puede ver con claridad que se trata de verdad de un Autobiography.

—Marten, ¿estás todavía ahí?

Pegas un brinco. «¿Qué estoy haciendo aquí?» Apagas el motor. Tienes a tu padre al móvil, pero lo habías olvidado completamente.

—Sí, estoy aquí —le respondes, y ya te dispones a bajar cuando unas luces te ciegan. Vienen directamente hacia ti. Reprimas una risotada. Qué sencillo. No ha sido más que una broma. Las chicas han vuelto. Y se lo dices a tu padre: —Han vuelto. Te llamo enseguida.

Apagas el móvil. Están delante del morro del Range Rover. Todo es como antes, morro contra morro. Te cubres los ojos de la luz de los faros y te preguntas qué te van a contar ahora, pero entonces alguien golpea en el cristal de la ventanilla. Te sobresaltas de nuevo, a decir verdad, ya va siendo hora de que te tranquilices. Miras a través de los cristales tintados, pero solo ves unas siluetas, así que bajas la ventanilla. El rumor de la lluvia inunda el interior del coche, unas salpicaduras aterrizan en tu cara, y un hombre te mira con cara de pocos amigos. Lleva traje, y debajo un jersey de cuello alto.

Su boca es una línea muy fina, la lluvia baja como regueros brillantes por su cara y se acumula en su barbilla. Puedes darte cuenta de que tú eres lo último que esperaba encontrar en aquel coche.

—¿Quién eres tú?

—Nadie —se te escapa, y de inmediato quieres explicarle por qué estás allí sentado y contarle la estupidez que te ha pasado, pues tal vez se trate del verdadero propietario del Autobiography, y tú, por supuesto, no quieres interponerte en su camino, pero entonces la puerta se abre de golpe y, a partir de ese momento, todo sucede de una manera vertiginosa. Sales volando bajo la lluvia y aterrizas en el asfalto. Oyes un juramento. Y entonces aparece un segundo hombre que se planta delante de ti. Lleva una camisa blanca, empapada, de modo que puedes verle claramente los pelos del pecho a través de la tela. Él te alza del suelo y te incrusta contra el Range Rover. Te golpea contra el coche una vez, dos veces. Y como si eso no bastara, recibes una hostia. Tu cabeza vuela hacia un lado, te retumban los oídos, sientes el sabor de la sangre y pareces una marioneta a la que le han cortado los hilos. Un brazo te mantiene contra el coche.

Pausa. Los dos hombres hablan entre ellos, como si tú no estuvieras allí, sus voces son un murmullo. El hombre del traje se planta de nuevo delante de ti. Su boca se mueve, pero tú no oyes nada.

Tu cabeza está llena de agua. Toses. El hombre te agarra por el cuello, y tú ves el arma en su mano, el hombre se alza, tu espalda se desliza hacia abajo, emitiendo como un chirrido, a lo largo de la puerta trasera del Range Rover. Se oye un clic. Un viento silbante se te cuele en la cabeza y te desatasca los oídos.

—¿Dónde están?

—Yo... Yo no lo sé, ellas...

—¿¡Dónde están esas jodidas chicas!?

—Ellas... me... me robaron el coche... de mi padre... y...

El hombre te golpea. Sientes como si su puño te atravesara el estómago y te aplastara la columna vertebral. Te conviertes en una boca, una boca que se abre y se cierra, y que espera que alguien la llene de aire. Tienes los pulmones secos, tu conciencia desaparece.

III

*und ich will lichterloh brennen
damit ich leuchte wenn es dunkel ist
und ich will dass ihr mich seht
wenn ich ausgeh*

*pascal finkenauer
verdammt sein*

EL VIAJERO

Y ese es el final. Ahora estamos todos en Noruega, ahora llueve sobre todos nosotros, y te vemos allí, en ese lugar, desconcertado.

Te sientes como si alguien te hubiera retirado el suelo de debajo de los pies. Tu actitud nos lo revela. Los hombros hacia delante, los ojos como ranuras. Estás confundido.

«¿Qué está pasando aquí?»

Te tambaleas bajo la lluvia y vuelves a tener trece años, un chico que está de pie al borde de una piscina, bajo un viento helado, con la carne de gallina; al mismo tiempo, sin embargo, eres un hombre de unos cuarenta y cinco, que ha asesinado incansablemente, hasta cobrar conciencia de que no tiene sentido.

¿Sientes cómo tiembla el suelo?

¿Sientes cómo se desplaza la realidad?

Hace tres años te perdimos de vista y pensábamos que habías desaparecido para siempre. La brigada que se ocupó de manera exclusiva de ti fue disuelta. Hace ya mucho tiempo que nadie lleva flores a las tumbas de tus víctimas, y el recuerdo del Viajero no es más que otro episodio en una serie de crueldades que ya han perdido su valor. Las desgracias de ayer han sido reemplazadas por otras nuevas. Es un cambio fluctuante. La compasión tiene la memoria corta. Ya conoces esa canción. Aspiramos a llegar a la luz pero queremos vernos rodeados de sombras. Tenemos hambre de paz y de caos, y jamás nos sentimos hartos, queremos más y más. Y entonces te bajas, porque tú no eres parte de nosotros. Tú no eres nosotros. Tú eres un yo.

Por esa razón nos quedamos a tu lado. Queremos ese yo. Queremos tu reacción, tu desamparo, y queremos verte sufrir. Porque, ¿qué puede haber más seductor y atractivo que un mito que sufre?

Tus cronistas se han preguntado qué has hecho en los últimos años.

Algunos pensaron que habías muerto o te habías cansado. «¿Cuánta crueldad puede soportar un hombre?», escribían en sus blogs, sin recibir jamás una respuesta. Muchos creyeron que habías abandonado el país y seguido tu viaje en alguna otra parte. En España, en África, en la India, tal vez. Nada de eso.

Bajaste en Berlín de un tren. Fue tu última estación.

Luego seguiste viajando mucho, despertaste en camas ajenas, te pasas cada mañana sentado un cuarto de hora en el baño, riéndote de chistes buenos y de chistes malos, estos últimos por cortesía, y meneas la cabeza cada vez que alguien muere. Sigues tomando tu café muy fuerte, y no te gusta ir al médico. Amas, maldices, intentas no hablar mal de otras personas.

Los días en que hay elecciones haces cola en el colegio electoral, sientes tus testículos debajo de la ducha y los palpas para ver si hay alguna hinchazón sospechosa. Cada domingo corres una vuelta más por el parque, pues el médico opina que eso te sentará bien. Es una existencia agradable. Has buscado durante mucho tiempo en la oscuridad sin encontrar el demonio.

Has aprendido a vivir con esa decepción, porque ahora sabes todo lo que querías saber sobre ti. Tu existencia ya no es un enigma para ti. Millones de personas aspiran a saber cuál es el sentido de su vida. Quieren tener objetivos y alcanzarlos. Y luego fracasan o ganan. Tú has dejado eso atrás. Estás en un estado de conciencia perfecto. Tu cuenta bancaria está bien repleta, tu futuro, asegurado, los años se portan bien contigo.

La gran pregunta es: ¿por qué tiene que pasarte esto ahora?

Tú no te has cruzado en el camino de nadie, no has ofendido a los dioses ni has contraído ninguna deuda. ¿Acaso el destino, después de todo ese tiempo, va a escupir hacia atrás? ¿Es el último ajuste de cuentas?

Sea cual sea la respuesta, ahora estás en Noruega bajo la lluvia, mientras la gente te insulta sin cortarse un pelo, mientras el cielo se te cae encima. Miras en todas direcciones, y todas las direcciones te devuelven la mirada. Pero por mucho que te esfuerzas, tu hijo ha desaparecido sin dejar rastro.

Desde tu viaje en aquel tren rumbo a Berlín fuiste aproximándote conscientemente a tu hijo. Tu mujer se mostró muy recelosa. Vivías en otra ciudad y de pronto te habías convertido en un cuerpo extraño dentro de la familia, con un renacido interés por tu hijo. Tu exmujer quiso una explicación. Dijiste que habías cambiado. Tu mujer se rio, burlándose de ti.

Tú sabías que no solo se había divorciado de ti a causa de vuestro hijo. Ella ya no te amaba, quería ofrecerle a Marten cierto equilibrio. Pero finalmente fue tu hijo quien decidió. Dijo que quería verte. Dijo que quería conocerte. Y al decirlo, su voz de chico de dieciséis años sonó tan adulta que se te saltaron las lágrimas.

Fueron noches entre hombres, fuisteis juntos al cine, visteis partidos de balonmano y agostasteis vuestro entusiasmo por los coches. Tu hijo se fue abriendo de un modo vacilante, pero se abrió, y de eso se trataba. Que pasara algo.

No querías repetir el error de tus padres: una madre neurótica y un padre distanciado. No, eso no debía sucederte a ti.

Cuando estaba cerca la fecha en que Marten cumpliría dieciocho años, te tropezaste por azar con un artículo sobre el festival Quart de Kristiansand.

Le hablaste de tu idea de viajar a Noruega con el coche nuevo. Lo viste delante de tus ojos: anchas carreteras, soledad, y tu hijo a tu lado. Su primer gran viaje sería vuestra primera aventura juntos. Ocho semanas, cuatro de ellas en Kristiansand, cuatro en la costa occidental. Un plan perfecto. Tú y tu hijo.

Y ahora entras empapado en la cafetería del área de servicio, y hablas con tu chapurreado inglés con una de las camareras. Le dices que tu hijo ha estado allí con cuatro chicas, y al decirlo alzas cuatro dedos de una mano.

La camarera señala hacia el salón. «*Too many people, too many talk.*» Se da la vuelta. Vas de mesa en mesa, preguntas a la gente, y miras una y otra vez hacia fuera, como si tu hijo pudiera estar en uno de los ventanales, saludándote con una mano. Has intentado llamarlo a su móvil, le has dejado mensajes, su buzón de voz salta tras la sexta llamada.

Nadie lo ha visto. Nadie se acuerda.

Así que sales de nuevo a la lluvia, tienes que tranquilizarte rápidamente, te aprieta el cuello, la situación te hace sudar. Todo esto es nuevo para ti.

Has de aceptar el miedo.

—*Excuse me...*

Los fumadores niegan con la cabeza, una limpiadora pasa con un cubo, tú no eres capaz de formular una frase, entonces ella levanta la mano.

«*Sorry.*» Ella no sabe inglés. Miras en los lavabos y vas a la tienda de la gasolinera. Preguntas en las dos cajas y te ves de nuevo de pie en la salida de coches, frente al área de descanso, junto al Range Rover. En una de esas mesas ha estado sentado Marten hablando contigo, mirando el Range Rover, y ha dicho: «Claro, lo estoy viendo por la ventana.»

Tú no entiendes nada y marcas de nuevo su número. No se habrá largado con las chicas... Marten no es de esos. Te pegas el móvil al oído y miras a tu alrededor.

«Por favor, cógelo.»

El timbre te llega como un susurro. Lo sigues alrededor del Range Rover. El móvil de tu hijo está bajo un tráiler y se ilumina con cada llamada.

Lo coges.

¿Qué ha pasado aquí?

Ves unas manchas oscuras sobre el asfalto. Las tocas, pones el dedo bajo la luz. Es sangre. Sientes un mareo, te apoyas de espaldas contra el vehículo, sin saber que hace un cuarto de hora tu hijo estaba justamente ahí. Tus ojos están tan entornados que unas luces explotan en tu cerebro.

Minuciosamente, repasas vuestra conversación.

—La puerta está abierta.

—¿Qué?

—La puerta del conductor está abierta.

Parpadeas, miras hacia la puerta y tiras de la manilla. La puerta se abre, la luz del interior se enciende. El asiento del conductor está todavía húmedo.

«Ha estado sentado ahí.»

Pones tu mano en el asiento, como si pudieras sentir el calor de tu hijo.

Ha pasado un cuarto de hora. No más. Subes al coche y de ese modo tienes la agradable sensación de que te acercas a Marten. Cierras la puerta y respiras hondo. La lluvia ha quedado fuera. La luz se atenúa.

—Creo que me han dejado las llaves del Range Rover a propósito.

Tu mano busca y encuentra la llave. Está puesta. Echas la cabeza hacia atrás, la lluvia golpea el techo. Estás sentado en un maldito Autobiography y oyes la voz de Marten como si fuera una lejana emisora de radio: «Se llama Taja y no es mi chica.» Cada palabra resuena en tu cabeza: «Ha heredado de su abuela un hotel en la playa. Con vistas a un fiordo.»

Todavía no lo entiendes. ¿Dónde está la relación?

¿Cómo es que han robado tu coche y luego han regresado?

—Han vuelto.

Nada de eso tiene sentido. Marten jamás se hubiera ido con ellas.

—Te llamo enseguida.

Él dijo que te llamaba enseguida. Entonces ¿cómo es que su móvil está allí tirado? ¿Y qué significa esa sangre? Te miras la yema de los dedos. De nada sirve quedarse ahí de brazos cruzados, tienes que hacer algo.

Registras el coche. Una bolsa vacía de caramelos sobre el asiento trasero, envoltorios rotos en el suelo y botellas de plástico vacías. Abres la guantera. Unas gafas de sol, cinco facturas de gasolineras, un lápiz roto, nada más.

Cierras de golpe la puerta de la guantera y miras el salpicadero. Alta tecnología. Giras la llave del encendido. El reproductor de cedés salta, bajas el volumen. El navegador se enciende y anuncia que todavía faltan ocho horas y once minutos para llegar a Ulvtannen. Tocas la pantalla y ves el recorrido marcado. Lleva hacia el norte.

—Ellas pretenden ir hacia el norte.

Arrancas. Sea a donde fuese que se hayan llevado a tu hijo, te pones en camino para traerlo de vuelta. Porque eso es lo que hacen los padres por sus hijos. Los protegen.

DARIAN

Está empapado a causa de la lluvia y tiembla, sangra por la boca y cada dos segundos toma aire entre jadeos, como si no hubiera suficiente oxígeno dentro del coche. Es mayor que tú, más alto, uno de esos larguiruchos con el pelo por los hombros y que le caen bien a todo el mundo. Escriben poemas, oyen a Damien Rice y todas las tías los adoran, porque son muy románticos.

Tú debes de pesar el doble que él. Los músculos contra la razón. Lo coges por la nuca y lo sacudes. Él empieza a gimotear. «Ya está bien así.» Ahora sabe quién manda. Apesta. El interior del coche se llena de su olor, y te recuerda aquella noche, hace tres días, cuando te pillaron en la calle y Mirko salió huyendo. Así mismo olías tú aquella noche, y ni siquiera después de darte una ducha desapareció el olor, seguía pegado a tus manos.

Tú no quieres pensar en Mirko, pero tus pensamientos hacen lo que les da la gana. Intentas imaginarte que una de las chicas dirige un arma hacia su cabeza y luego: «¡Pam!» La imagen no quiere cobrar nitidez, como si intentara negar la realidad, pero tú averiguarás qué pasó exactamente. En detalle. ¿Qué chica le disparó? Y lo que pensó al hacerlo. Y percibirás ese mismo olor en su piel.

Las puertas se abren. Tu padre y Tanner suben. Tu padre se sienta junto al chico. Hasta ahora han estado registrando el Range Rover, y se han subido al coche con las manos vacías. Su pesada respiración llena el interior del vehículo. Tanner abre un poco la ventana para que se vaya el hedor. Leo arranca y pone la calefacción. Tu padre le pregunta al chico cómo se llama. Él se lo dice.

—Bien, Marten, quiero que ahora me escuches muy bien. Tengo que saber qué tienes que ver tú con esas chicas.

El chico se lo cuenta, tartamudeante y nervioso. Como él había pensado, las chicas tenían problemas con el coche. Le cuenta que tomaron café juntos y que luego ellas desaparecieron en el baño, y que al momento siguiente le robaron el coche de su padre. Y le cuenta que él salió corriendo.

—Pero ellas se habían marchado.

Tú asientes. La historia tiene sentido, y les pega a esas guarras, pero a tu padre eso no le basta. Él tiene otra pregunta.

—¿Y cómo es que estabas sentado en el Range Rover?

El joven le cuenta que estaba lloviendo, y que la puerta del conductor estaba abierta. Así que pensó que podía subir.

—Ellas me habían dejado las llaves.

Eso no debería haberlo dicho. Suena tan barato, es tan pobre como historia, que te entran ganas de romperle los dientes. Tu padre le pregunta a Tanner que qué le parece, y Tanner dice que le suena todo muy estúpido.

«Pues ya somos dos», piensas, y dices:

—¿Y qué pasa si este solo nos está montando un numerito y está conchabado con ellas?

Tanner ya había insinuado en Berlín que era probable que esas chicas contaran con la ayuda de alguien. Por lo que se veía, Neil Exner no era el único que estaba de su parte. Tú apoyaste esa idea.

Tu padre te mira con expresión de reconocimiento. Está bien que de vez en cuando aportes tu granito de arena.

—Tal vez su misión era deshacerse del Range Rover —dices.

El chico se encoge unos veinte centímetros. Tu padre le pregunta si sabe adónde pensaban viajar las chicas. El chico no reacciona. Ha entornado los ojos, y seguro que desea que el día comience de nuevo y despertar en su cama. Tú lo coges de nuevo por la nuca. Él se sobresalta y gimotea. Los mocos se le salen por la nariz. Tanner y Leo se dan la vuelta por primera vez.

Creen que esto está durando demasiado. Tu padre repite la pregunta.

—¿Adónde pensaban ir?

—Hacia el norte... Creo que... ellas... querían ir a un hotel de playa... En un fiordo...

Estás impresionado. Es un misterio para ti cómo sabía tu padre adónde se dirigían las chicas. Lo admiras tanto que casi te duele.

—Ella lo ha heredado —añade el chico.

—¿Quién lo ha heredado? —pregunta tu padre.

—Taja, ella heredó el hotel.

Leo silba entre los dientes, y tú no tienes ni idea de por qué lo hace. Tu padre mira un momento por la ventana hacia la lluvia, antes de dirigirse de nuevo al joven.

—¿Qué coche llevan?

—Un 807.

—¡¿Un qué?! —decís todos al unísono.

—Un Peugeot —responde el chico—. Un Peugeot 807.

Leo se da la vuelta y quiere saber de qué color es el coche.

—Es rojo.

—¡Mierda!

Leo pega dos golpes en el volante.

—¡Mierda, mierda, mierda!

No sabéis lo que pasa. Pero Leo se tranquiliza y dice: —El cacharro de antes, el que nos cegó con los faros, ¿os acordáis? Rojo, esa chatarra era roja. Estoy seguro de que eran ellas.

Tanner mira su reloj.

—Tienen a lo sumo una ventaja de veinte minutos, las alcanzaremos.

Tu padre no dice nada. En la semioscuridad del coche ves cómo se seca la lluvia de la cara, como si ahora le molestase. Él no tiene prisa, nadie se le escapa. Te mira.

—Darian, enséñale tu arma.

Tú sacas la Five-Seven de tu chaqueta. Cuando se la quitaste a Exner y sentiste la culata en tu mano, supiste enseguida que era un arma de lujo. Una pistola de fabricación belga de primera división, ligera y elegante. La conoces de las revistas de armas. Material usado por la OTAN. Veinte cartuchos en el cargador. Tus chicos en Berlín se van a cagar en los pantalones cuando se la enseñas. Sabes que Neil Exner se la quitó a las chicas, y te preguntas si es la misma arma con la que mataron a Mirko.

El chico mira fijamente, con los ojos desorbitados, la Five-Seven, que ahora reposa sobre tu rodilla. Sientes un temblor a tu lado, va y viene, por oleadas, y te parece sorprendentemente excitante. Si lo que acabas de descubrir es tu lado homosexual, estás en un apuro.

Tu padre le explica al chico las reglas.

—Darian se va a ocupar de ti a partir de ahora, Marten, ¿lo entiendes?

El chico no entiende, pero así y todo asiente.

—Para nosotros.

El chico deja de asentir. Ahora sí que ha entendido. Tú sonríes.

Leo pone la marcha, retrocede un poco y gira. Dejáis atrás el área de descanso y estáis de nuevo en la ruta 41. Transcurren veinte minutos en silencio, entonces el chico se atreve a romperlo: —Por favor, dejadme marchar.

Nadie reacciona, eso ya no es vuestro problema. Eres tú quien tiene que ocuparse, así que pegas tu boca a la oreja del chico y le dices en un susurro: —Di una palabra más, una sola, y te vuelo la cabeza. Me da igual si tienes que ver con esas guarras o no. Yo me ocuparé de ti, y si yo me ocupo de ti, me perteneces hasta el final de tus putos días. Eres mi responsabilidad, ¿lo entiendes?

Los ojos del chico se han cerrado de nuevo. Te ha entendido.

«Bien. Sin reglas nada funciona», piensas. Sería interesante oír cuáles serían tus pensamientos si supieras el grave error que acabas de cometer.

Porque el miedo no siempre es miedo. Hay también un miedo que infunde valor.

MARTEN

Para entenderte necesitamos una historia de tu vida de la que tú no estás orgulloso. Tu padre no sabe nada de eso, y tu madre hubiera corrido a avisar a la policía si se hubiera enterado.

Es tu historia más privada.

Había una vez un niño que no se defendía. Y ese niño eras tú. Durante años mantuviste la boca cerrada. Un psicólogo hubiera determinado que te faltaba un padre que te cubriera las espaldas. Un amiguete te habría dicho que tú eras un flojo y un inútil. Y hubo un chico que adoraba que mantuvieras la boca cerrada y que no te defendieras. Te zurraba cada vez que tenía ganas. En el instituto, y después de las clases. Nadie hacía nada. Te metía la lengua en el oído y te llamaba «marica». Se comía tu merienda, te vertía refresco en la mochila y te tiraba bolas de papel. A veces algunos amigos intentaban ayudarte, a veces venía un profesor y se interponía. Pero cualquier ayuda lo empeoraba todo. Aquel chico te robó la bicicleta y la vendió. Te ponía zancadillas en la piscina, y una vez te rompiste el brazo en dos partes al caer, y tu madre se preguntó cómo podías ser tan torpe.

En un libro, finalmente, leíste algo acerca de la transmigración de las almas, y te preguntaste cómo sería todo si ese chico fuera tu archienemigo llegado desde otra vida anterior. ¿Podía ser que vuestros destinos estuvieran entrelazados? ¿Era él tu flagelo y tú, su víctima? La idea de que pudieran estar en juego conceptos metafísicos te daba valor. Cualquier cosa era mejor que la realidad. Cualquier magia tiene su contramagia. El año en que cumpliste los catorce, tu archienemigo hizo algo inesperado. Golpeó a otro chico. Y eso te confundió. Pensaste que él era tu enemigo, un enemigo propio, personal, y quisiste saber por qué había hecho aquello. Él no entendió de qué hablabas, y te dio una bofetada. Pero tú no desististe, corriste tras él por el patio y lo seguiste hasta el lavabo de los chicos. Él quería fumarse un pitillo con tranquilidad, y tú necesitabas una respuesta. Volvió a pegarte un par de veces más, en el estómago, y te preguntó si te bastaba con esa respuesta.

Caíste al suelo, deslizándote por la pared. Él te preguntó si era eso lo que querías. Dijo que a partir de ese momento le pertenecías solo a él, para siempre, por toda la eternidad, y que esperaba a que tuvieras una novia para follársela, y tú tendrías que mirar.

Él tenía tu edad, era diez centímetros más pequeño que tú. Y esa fue la última vez que te pegó.

Cuando se inclinó sobre ti, lo agarraste por los hombros. Era como si quisieras abrazarlo, y él se sorprendió. No necesitaste nada más. Le golpeaste la cara con la tuya. Una y otra vez, sin soltarlo. Él no encontraba dónde agarrarse, sus deportivas

resbalaban en las baldosas, mientras intentaba apartarse de ti, pero tú no cediste, se te rompió incluso la nariz, pero no cediste ni un centímetro, y cuando por fin lo soltaste, ya no tenía ganas de luchar. Él cayó sobre ti. Y así os quedasteis.

Desde ese día ya no perteneces a nadie, eres dueño de ti, y has encontrado la contramagia: orgullo y violencia. Contra él jamás tuviste que volver a usarla, bastó con una vez.

Pero ahora estás sentado en un coche en marcha, con cuatro desconocidos, y tu cráneo está a punto de estallar, y ese paquete de músculos mueve un arma delante de tus narices, pega su cuerpo al tuyo y apenas te deja aire para respirar. Todo sucede demasiado rápido para ti. Tú solo ibas a la gasolinera para comprar helado para el postre, hacía poco estabas ligando con una chica de pelo negro que conocía casi todos los grupos de música que te gustan. Hasta ese momento tu vida era una excitante serie de acontecimientos. Y todo eso se resquebrajó sin motivo, de golpe, y se convirtió en esta situación actual de la que aparentemente no hay salida. Tú lloriqueas; tú temeroso; tú que haces acopio de fuerzas para poder decir:

—Por favor, dejadme marchar.

Suena como si un enano estuviera sentado en tu boca y hablase en tu nombre. Deseas aclararte la garganta, pero la sangre de la nariz no para de brotar y corre por el esófago abajo. Tragas y quieres escupir, pero no te atreves, no te atreves, no eres más que un montón de mierda dentro de un coche que vuela a través de la noche y va en busca de un hotel de playa en Noruega.

«¡Conmigo, mierda, conmigo!»

Sabes que no puede ser. «No puede ser», quieres decir en voz alta, pero entonces el paquete de músculos se inclina hacia delante y te susurra al oído como si hubiese leído tus pensamientos.

—Di una palabra más, una sola...

Tu cerebro registra la amenaza, tu cerebro se desconecta y erige una barrera mental, pero lo que tu cerebro también hace es filtrar las palabras, y tu cuerpo se encoge y se tensa. Vuelves a tener doce años, y trece, y luego catorce, y las amenazas resuenan en tu cabeza y te obligan a cerrar los ojos.

«Nunca más.» Cuando los abres de nuevo, la lluvia se acalla.

Al cabo de un segundo todo es silencio en el coche, solo se oye el rodar de los neumáticos. Todos miran sorprendidos hacia arriba, como si el techo del vehículo fuera el único responsable de aquel silencio.

Todos lo hacen, menos tú. Porque ese es el momento en el que reaccionas. Tus brazos se alzan, y empujas al paquete de músculos contra la ventanilla, su cara golpea contra el cristal, un ruido seco, y tú le gritas, le gritas en la cara y sientes bajo tus dedos la tersa y afeitada piel de su cráneo, pero no tienes ni idea de qué palabras salen de tu boca. Aprietas y gritas, y entonces se oyen los disparos, unodostres, y el

coche empieza a dar volteretas y frena con violencia, de modo que caéis hacia delante y luego sois lanzados de nuevo hacia atrás. Pero eso a ti no te preocupa. La magia es tu magia, y te resistes, tú quieres justicia y no enemigos que se te queden pegados a la nuca para toda la vida. Con una vez basta. Con una vez es más que suficiente.

«Nunca más, nunca más.»

El coche se ha detenido, oyes una respiración pesada, sientes el viento que entra en el coche, húmedo y cálido, y entonces oyes un gimoteo. El musculitos que estaba a tu lado ha desaparecido, la puerta está abierta de par en par.

«Libertad.»

Bajas del vehículo, te tiemblan las piernas, el coche se ha detenido en medio de la carretera, los faros abren dos brechas en la oscuridad, el asfalto está humeante y brilla como la piel de un reptil.

Lo registras todo, tus sentidos están totalmente alertas y sensibles. Los hombres del coche se mueven. Oyes unos gemidos y unos juramentos, y sabes que tienes que desaparecer cuanto antes.

«Hazlo ya.»

El musculitos te atiza en el costado, te golpeas contra la puerta abierta, retrocedes, te quedas sin aire. Intentas agarrarte al marco de la puerta, pero la puerta toma impulso y se cierra. Sueltas el marco en el último instante y la puerta no te pilla los dedos por unos milímetros. El musculitos vuelve a agarrarte por la nuca y tira de ti hacia él, te empuja la cabeza hacia abajo, como si fueras un perro desobediente. Ves sus deportivas, levantas el pie y le clavas los tacones en los dedos de los pies. Él grita, retrocede, pero sin soltarte, luego resbala sobre el asfalto mojado. Caéis los dos contra el coche y aterrizáis en el pavimento. Estás debajo del paquete de músculos, su cara es una luna furiosa, la sangre le sale por la nariz y gotea sobre ti. Apartas la cabeza, tu rodilla se alza y se clava en sus testículos. Él se retuerce y se aparta de encima de ti. Empiezas a arrastrarte debajo del coche.

Pretendes levantarte al otro lado y correr, correr más rápido que nunca.

Ya la mitad de tu cuerpo ha desaparecido casi bajo el coche cuando él te coge por el tobillo. Lanzas una patada, le golpeas los dedos, pierdes una zapatilla, le pegas con el pie desnudo y él te suelta. Ahora ya estás completamente bajo el coche, te deslizas y llegas al otro lado. Sales, pero allí te espera el hombre del traje. Está agachado delante de ti, como alguien que lleva un rato esperando y observa al animal que ha caído en su trampa. No lleva arma, no se aproxima, no tiene que tocarte, él es el arma.

—¿Cómo has podido hacer eso? —le oyes decir.

Y entonces desistes. Te llevas las manos a la cabeza y desistes. Es suficiente.

RAGNAR

La primera bala alcanzó a Leo en la parte de atrás de la cabeza, un agujero sanguinolento brilla en el lugar donde antes estaba su ojo izquierdo.

Leo yace apoyado en la puerta del conductor, con la cara destrozada contra el cristal, el otro ojo está abierto de par en par y mira fijamente al asfalto. Una mano reposa sobre el volante, como si lo tuviera todo aún bajo control. Ves las cicatrices en torno a sus nudillos, la otra mano reposa sobre la rodilla, con la palma hacia arriba. Jamás habías visto a Leo tan inmóvil. Nada de temblores nerviosos, nada. La segunda bala ha abierto un agujero limpio en el parabrisas.

La tercera bala alcanzó a Tanner en el costado. Le aplastó dos costillas y le arrancó un trozo del tamaño de la cabeza de un clavo en un lado del corazón, antes de hacerse añicos en el alvéolo pulmonar izquierdo. La cabeza de Tanner ha caído hacia atrás, respira agitadamente y mira fijamente al techo. Su mano derecha está aferrada a la manilla de la puerta, y los huesos de los dedos resaltan por su palidez. El olor a meados impregna el aire como un perfume derramado.

Oyes pasos, tu hijo sale corriendo del coche, con la cara llena de sangre y la maldita pistola en la mano. Te ve de pie junto a la puerta del conductor, mira al chico que yace a tus pies. Lo abofeteas, una a la izquierda, otra a la derecha, coges a tu hijo por la oreja, lo arrastras alrededor del coche y le enseñas a Leo.

—¿Ves esto, gilipollas? ¡¿Lo ves?!

Tu hijo jadea, tu hijo asiente. El arma se le cae de las manos, jamás debiste permitir que se la quedara. Todo esto ha sucedido porque él se ha dejado sorprender.

«Todo esto.»

Lo sueltas y regresas a donde está el chico, que no se ha movido del sitio. Yace con los brazos sobre la cabeza, tumbado sobre el asfalto, temblando.

«Vaya mierda», piensas, y te quitas la chaqueta. La doblas y la pones sobre el asiento trasero. Luego te arremangas y te dispones a sacar a Tanner del coche. Él sigue aferrado a la manilla de la puerta. Le dices que la suelte, pero Tanner no reacciona. Das unos golpecitos en el cristal.

Tanner no te mira. Los ojos le brillan. Esperas un par de segundos y lo intentas de nuevo. Tanner ha aflojado el agarre, la puerta salta hacia fuera.

Tiene las pupilas muy dilatadas, y estas se mueven, intentan mirarte fijamente, pero su cabeza se mantiene rígida. Te inclinas para meterte en su campo visual. Él suspira, te mira. Una lágrima se desprende de su ojo izquierdo y rueda por la mejilla. El ruido cavernoso de sus pulmones te pone la carne de gallina.

—Vaya mierda —dice Tanner, y tose una bocanada de sangre.

—Tranquilo —le dices, y lo agarras por debajo de los brazos, lo alzas con cuidado y lo sacas del coche—. Tranquilo, Tanner, ya te tengo.

—¿Qué puedo hacer?

Tu hijo está ahí otra vez. Por lo menos tiene valor para dar la cara. Se ha limpiado la sangre del rostro.

Le dices lo que tiene que hacer.

—Y limpia el asiento y la ventana.

Ayudas a Tanner a llegar hasta la cuneta, a unos diez metros de distancia hay una roca. Sientas a Tanner en el suelo, con sumo cuidado, de modo que pueda sentarse con la espalda apoyada en la piedra. Nadie puede verle desde la carretera. Tú te sientas a su lado y le limpias la saliva del mentón. El suelo está blando y húmedo. Todo se ha desquiciado. Ojalá estuvierais ahora en Berlín, en el teatro, charlando en una cena, en la cama.

—Ya no llueve —dice Tanner.

Sientes una quemazón en los ojos y le aprietas la mano.

«Es cierto, ya no llueve.»

—Típico de Noruega —dice Tanner, bajito—, aquella vez...

—Lo sé, debí llevarte a la boda.

—... todo hubiera ido mejor.

—¿Qué?

Tanner está en otra parte con sus pensamientos, su mirada busca el asfalto y el coche, sabe por qué está allí sentado.

—¿Y Leo?

—Está muerto —le dices.

Tanner suspira de nuevo, se le cierran los ojos, el ruido de sus pulmones disminuye.

—Pobre Leo —dice Tanner después de una larga pausa—. Pobre Leo, pobre.

Oyes cómo se cierra el maletero. Los pasos de tu hijo.

—... aquí —dice Tanner.

—¿Qué?

—Tráeme a Darian.

Vacilas, pero te levantas y llamas a tu hijo. Los dejas a los dos solos, regresas al coche y te agachas junto al chico, que no se ha movido ni un centímetro de donde estaba. Tiene los brazos alrededor de la cabeza, con la rodilla pegada al pecho. No te oye cuando pronuncias su nombre. Observas su cuerpo, que tiembla y se sacude, le falta una zapatilla, sus vaqueros están mojados en la entrepierna. El chico ofrece una imagen lamentable y tú piensas: «Es el hijo de alguien.» Y luego: «¡Todos somos hijos de alguien, idiota!»

Pasa un minuto, otro.

Oyes a Tanner, su voz está muy distante.

«Despedida.»

Tus pensamientos se te escapan mientras observas la espalda del chico.

Ya no estás en el sur de Noruega, agachado al borde de la carretera, estás en un cementerio de Berlín-Charlottenburg, llovizna, y Tanner no tiene el pulmón destrozado, habla contigo y tiene que repetir tres veces sus palabras para que puedas oír realmente su voz.

—¡Ragnar, ya es suficiente!

Retrocedes. Un hombre yace retorcido en el suelo, ante ti, sin moverse, solo su espalda es como una burbuja que sube y baja. Tú escupes y te das la vuelta. Es la primavera de 1993, y estás en el entierro de Flipper, tu hijo tiene nueve meses, Oskar se ha casado hace un año y Majgull está grabada en tu cabeza como una sanguijuela que poco a poco te va sorbiendo los sesos.

Tanner te alcanza un cigarrillo. Te tiembla la mano. Le das las gracias y aceptas el fuego que te ofrece. El entierro ha terminado, y todavía no sabes por qué todo eso te afecta tanto. El último año ha sido perfecto, aunque tú jamás tuviste la sensación de estar realmente presente. Una mujer, un niño y tú, que no encajabas del todo en la ecuación.

Y ahora ese entierro.

Tanner se tomó la muerte de Flipper con serenidad, aunque era muy buen amigo suyo. Sabías que Flipper, en los últimos años, se había especializado como correo de piedras preciosas. A nadie le sorprendió realmente cuando os llegó la noticia, hacía cinco días, de que Flipper había muerto por una sobredosis en un hotel de Ginebra. Sabéis que fue un asesinato. El cargamento de piedras preciosas ya no estaba en su equipaje, pero nadie habló de ello. En vuestro oficio siempre hay riesgos.

Mucha gente asiste al entierro para tratarse de alguien al que todos consideran un yonqui y sin un hogar en ninguna parte. Todo el que hubiera tenido que ver alguna vez con Flipper en esa ciudad fue a su entierro. No es el luto lo que los reúne, todos ellos pueden sacar provecho de su muerte y andan en busca de nuevos contactos. El negocio es el negocio.

Es una reunión en la que lo que importa son los beneficios. Una reunión de hombres de negocios. Hasta hacía cinco minutos, uno de esos hombres de negocios se encontraba de pie a tu lado, y había dicho que a Flipper no le ha sentado nada mal haber consumido todas esas drogas.

—Parece una jodida momia, se podría ganar dinero exhibiéndolo.

Entonces le pediste al hombre de negocios que fuera contigo a un lado.

Y ahora él yace en el suelo, lo has machacado a golpes, hasta que ya no se puede sostener en pie. Salvo Tanner, nadie se interpone. Te duele el puño, pero no te arrepientes ni por un segundo de haber perdido el control. Te ha sentado bien. Tanner está totalmente desconcertado, y no entiende lo que acaba de pasar. Por lo menos eso piensas tú.

—¿Qué pasa contigo? —quiere saber tu mentor.

—Nada.

—Conociste a Flipper solo un día, ¿qué pasa contigo?

La respuesta pesa en tu boca. La escupes.

—¿De verdad se llama Flipper?

Tanner suelta una risotada triste.

—No, se llama Felipe. Odiaba ese nombre, y ya desde la guardería se hacía llamar Flipper.

—¿En la guardería? ¿Hacía tanto tiempo que os conocíais?

—Éramos vecinos, y uno se conoce en esos casos. Pero no se trata de eso, así que deja de evitarme. ¿Cuál es tu problema?

Tú aprietas el puño, que te duele, e intentas mostrarte tan sobrio como te sea posible.

—Él fue como un padre para mí.

—¡¿Qué?!

—Sé que suena estúpido, pero así lo sentía yo. Como jamás sentí a mi padre. Una vez, en Nochevieja, cuando estaba fatal, me limpió hasta los vómitos de la cara. Se ocupó de mí. Como un padre. No como tú, que eres un amigo, y no como alguien cualquiera. ¿Lo entiendes?

—Joder, Ragnar, solo lo viste un día.

—Lo sé, eso es lo extraño. Algo pasó ese día.

—Que pasó en tu casa esa noche que usó tu cuarto de baño... ¿Hay algo más que yo no sepa?

—Flipper me enseñó un rumbo.

Tanner ríe.

—Chaval, tú encontraste tu rumbo. Él solo te dio unas drogas para que las entregaras. Y tú las entregaste. No pasó nada más.

—Él sabía lo que hacía.

—Flipper sabía demasiadas cosas, por eso ahora está en ese maldito agujero.

—Hay algo en todo ello.

Tanner te mira con ojos inquisitivos.

—¿No te irá a dar ahora un ataque de nervios?

—No digas chorradas.

—Flipper no era más que un tipo simpático, eso es todo.

—Sí, pero sin él nadie nos hubiera conocido. ¿Crees que eso fue casualidad?

—Sabes lo que pienso de la casualidad.

Sonríes. Sabes cuál es la respuesta, pero quieres oírla de nuevo. Tanner te hace ese favor.

—La casualidad es la hermana del destino. Y el destino es un tipo con sífilis y

una polla de acero que te mete en el culo en cuanto miras para otro lado.

—Lo recordaré.

—Siempre dices eso.

Miráis hacia el hombre de negocios que está más allá. Se ha llevado las manos al estómago y se apoya en otros dos. No mira hacia donde estáis vosotros.

—Puedes alegrarte de no haberle roto un par de costillas.

—¿Has oído lo que dijo?

—Estaba a tu lado.

Tanner espera, hace tres años que te conoce, pero sabe cuándo tiene que esperar y cuándo tiene que hablar.

Miras a los asistentes al entierro, que ya caminan rumbo a sus coches.

Se intercambian tarjetas, se pone fin a las conversaciones, se estrechan manos.

La vida continúa. Tu entierro será exactamente así. Puro negocio.

Mientras contemplas la procesión de los dolientes, cobras conciencia de lo que acaba de suceder. Tu frustración tiene ya un año. La has ido fermentando, y mientras tanto has buscado una válvula de escape. En realidad no se trataba de Flipper ni de tu padre. Tanner había hecho bien en no creerte. Aquello no ha sido más que una coartada para tranquilizar tus pensamientos.

«Abre los ojos. Tu problema está en otra parte», y Tanner espera que puedas comprenderlo.

—¿Tanner?

—Te escucho.

—Tengo que llamarla.

—Mierda.

No es necesario que os digáis nada más.

Dos días después la llamas. Dos días es lo que necesitas para aclararte y saber realmente lo que estás haciendo. Después de haber estado haciendo *jogging* por el bosque, a lo largo de diez kilómetros, después de tomar una ducha fría y de que tu cuerpo se hubiese asentado algo, después de que tu mente pudo trabajar otra vez como es debido, te sientes capaz y marcas su número.

Ella responde a la cuarta llamada. Sabías que estaba allí. Cualquiera otra cosa no hubiera sido aceptable. Tu voz suena extraña incluso para ti mismo cuando dices: —*It's me.*

Ella ahoga una exclamación.

Toma aire.

No sucede nada más.

Sientes cómo te tiembla la mandíbula, y te pones a escuchar los ruidos de fondo.

Nada. Como si ella estuviera en una campana de cristal, y tú fueras su único

vínculo con el mundo. Por fin ella dice algo.

—*I know.*

Como si todo en ti floreciera. «Sabía que yo la llamaría.»

Como si todo un mundo se abriera, un mundo que antes había permanecido oculto. Sabes que es una tontería, sabes que es cursi, e irracional. Pero es justo así como es. Tienes veintiocho años, y es así.

—*I need to see you.*

—*Where?*

—*Can you get away?*

—*I can.*

Le mencionas el nombre de un hotel en Amsterdam. Amsterdam es la primera ciudad que te viene a la mente. Podría haber sido también Estambul o Skopje. No se te ocurrió ninguna ciudad en Noruega. Su reacción es como ese corte primero que hace un cirujano, sin vacilación.

—*See you there.*

Ella cuelga. Miras tu móvil. La llamada ha durado veintidós segundos.

Ni más ni menos.

Ese mismo día te marchas a Amsterdam y la esperas. Le dejas en la recepción tu número de móvil y deambulas sin rumbo por la ciudad. Por la noche cenas en el bar del hotel y lees.

Ella llega al tercer día, poco antes de medianoche. Levantas los ojos de tu libro y allí está. No sabes cuánto tiempo lleva allí de pie. No trae equipaje, solo un bolso de mano colgado del hombro.

Acercas una banqueta del bar hacia ti. Se te acerca y se sienta. No os tocáis, solo os miráis, y entonces ella te pregunta en alemán cuántos cafés te has tomado. Te encanta que hable alemán contigo. Hay un atractivo especial, desde el primer momento, en el hecho de que cambiéis de idioma a vuestro antojo. Como si tuvierais una conexión muy privada que va más allá de los continentes. Miras al mostrador. Hay cuatro tazas de café vacías, pero no puedes recordar haberlas tomado.

—Más de cuatro —dices.

Ella mira el libro.

—¿Qué tal está ese libro?

Tú lo apartas.

—Como todos los libros.

Ella sonrío. Hace como si leyera el título. Su voz suena como si te fuera a preguntar la hora.

—Estoy embarazada.

Y añade:

—De seis meses.

Y a ti no se te ocurre otra cosa que responder: —Me alegro.

Ella ríe, de repente, como si acabara de acordarse de que está permitido reír.

—Estoy aquí de verdad.

—Sí, estás aquí de verdad.

Suena absurdo, todo entre vosotros suena absurdo. El hecho de que ahora hable en alemán contigo, que estéis juntos, hombro con hombro, en el bar de un hotel en Amsterdam, que el camarero haya dejado allí las tazas de café vacías. Y, en especial, que no os toquéis. Especialmente eso.

—Ven —le dices.

Dejáis el bar y pasáis junto al vestíbulo. Entráis en el ascensor y os quedáis allí de pie, uno al lado del otro, con familiaridad y extrañeza a la vez.

El ascensor se pone en movimiento, el suelo se estremece y no sucede nada más. En la quinta planta, abres la puerta de tu suite y la dejas pasar delante. Su olor flota en el aire, sándalo y naranja. Respiras hondo antes de seguirla.

A la mañana siguiente, ella viaja de regreso a Noruega. No habla en ningún momento de amor. No habla en ningún momento del futuro. Tu hermano no debe enterarse, es lo único que dice, una sola vez. No quiere que la saques de Noruega y te la lleves a Berlín, todo debe quedar como está. Y tú la crees, y ni por un segundo ves que miente. «Las cosas son como son», piensas. En otra época te hubieran dicho que eras un payaso, un imbécil.

Majgull vuelve cuatro veces a Holanda, tú la esperas en el hotel, le abres la puerta de la suite, y la dejas pasar delante. No sabes lo que le cuenta a Oskar sobre ese tiempo que está fuera, pero a ti, en realidad, no te interesa.

No te cuestionas vuestra manera de actuar. Cuando su embarazo llega a los nueve meses, os encontráis en un hotel en Bergen, que solo está a tres horas de Ulvtannen. Está nerviosa, pronto llegará el momento y va a ser una niña.

Ella te dice su nombre. «Taja.» Os amáis con mucho cuidado. Seis días después te llama Oskar.

Estás en Múnich, oyes su voz nerviosa, la voz de tu hermano, y te preguntas otra vez cómo vas a salir de todo este lío.

—¡Una hija, tengo una hija!

Tú ríes con él, quiere saber cuándo vas a ir. Mascullas que tienes mucho trabajo, y preguntas si puedes felicitar a Majgull. Oskar camina a través del hotel, o no, más bien corre, oyes sus pasos resonando en la escalera.

—Hasta pronto, hermanito —se despide.

—Hasta pronto, papá —dices.

Los pasos se alejan, suena un grifo.

—¿Majgull?

—Hola.

Silencio.

—¿Estás bien?

—Estupendamente.

Silencio.

—Mucha suerte.

—Gracias.

Ella respira en tu oído y tú no te atreves a decir nada equivocado. Te quedas allí sentado y tienes una erección. Pasa otro minuto de silencio y tú cuelgas sin decir palabra.

Pasas dos años sin que habléis. Dos largos y miserables años en los que no llamas, en los que te vas endureciendo cada vez más y más por dentro, como un diamante en el interior de la tierra, como un muerto que no puede desprenderse de la vida. Tanner es el único que lo sabe. A él le parece que una vez ya fue un error.

—Deja a esa mujer —dice—. Tienes un hijo del que debes ocuparte, y tu trabajo exige absoluta atención. No puede haber más escapadas.

Escuchas a Tanner.

Y luego, tras esos dos años, llega un breve mensaje a tu móvil. Son las tres de la madrugada y te menciona un hotel en Oslo. Quiere que tú veas su mentira. Quiere que la veas como realmente es. No tienes ni idea de lo que está hablando. Un tonto siempre será un tonto, y ese tonto tiene que ir a ver a Majgull. Sin que Tanner lo sepa. No quieres discutir, y discutiréis si se lo cuentas. Vuelas ese mismo día. «*I need to see you.*» No puedes sospechar que ella no tiene intenciones de acudir sola.

—¿Papá?

Tu hijo está delante de ti, y volvemos a estar en el ahora, se te han cortado los pensamientos. El rostro de tu hijo está lleno de lágrimas. No sabes cuánto tiempo ha transcurrido. En tu boca hay un sabor extraño que te hace pensar en Majgull, es un sabor dulce y acre a la vez, el sabor de la pérdida. El chico yace todavía en el asfalto. Su espalda baja y sube. Tú sigues agachado junto a él, como una fiera que cuida de su presa. Han pasado pocos minutos.

Levantas la vista hacia tu hijo, ves sus lágrimas y piensas que está llorando por Tanner. No estás concentrado. Cada vez que te acuerdas de Majgull, pierdes el contacto con la realidad. Como ahora, cuando interpretas mal las lágrimas de tu hijo. Es imperdonable. Si estuvieras centrado en este momento, podrías salvar tu vida. Pero no has prestado atención, y ese descuido tendrás que pagarlo más tarde.

—Yo...

—No digas nada —lo interrumpes, y te levantas.

Tu hijo guarda silencio, y tú regresas con Tanner. Su torso ha resbalado hacia un lado. Lo enderezas de nuevo, le alisas el pelo. Casi tiene la cara blanca. El ruido de sus pulmones suena húmedo. No va a durar mucho más.

—Sostenme.

Te sientas a su lado, respiras hondo, acoges a Tanner en tus brazos. La única luz proviene de los faros del coche, que está a diez metros, en la carretera. Solo entonces te das cuenta de que el motor ha estado encendido todo el tiempo. Ha pasado la tormenta. No hay estrellas, no hay tráfico.

Dondequiera que esté Dios ahora, es mejor que se quede allí. Tanner tiembla de frío en tus brazos. Algo húmedo te corre por la mano, no te mueves, lo sostienes y no te mueves. Le das calor.

—¿Ragnar?

—¿Sí?

—¡¿Ragnar?!

—Te escucho.

—Déjame...

Esperas.

—... déjam...

Esperas.

—... por favor.

—Claro, amigo mío, claro.

Tanner cierra los ojos, apoya su cabeza contra tu hombro, le besas la frente y le pones suavemente la mano en la boca. Sus fosas nasales se abren más, y tú se las cierras con el índice y el pulgar, Tanner se apretuja contra ti, como si quisiera fundirse contigo. Un minuto, dos. El estertor se acalla. La boca de Tanner se mueve una última vez, como si besara tu mano. El temblor disminuye, y entonces Tanner yace en tus brazos, inmóvil como la noche, en ese maldito día. Ya no hay dolor.

Te desprendes del abrazo y te levantas. Tu cuerpo vibra como si estuviera bajo una descarga eléctrica. Te inclinas hacia delante y vuelves a tomar a Tanner en tus brazos. Él es más bajo y pesado que tú. Lo cargas y lo llevas hasta el coche. Tu hijo está sentado sobre el capó. Él te entiende sin que medie palabra y abre el maletero. Acuestas a Tanner junto a Leo.

—¿Dónde está tu arma? —le preguntas a tu hijo.

Él se palpa la chaqueta. Ves que está en un estado de *shock*, y está bien que sea así. Debería seguir viviendo en estado de *shock* durante todo un siglo, porque por su culpa han muerto dos hombres.

—Lleva al chico detrás de esa roca.

SCHNAPPI

Durante unos segundos sois como unas gallinas presas del pánico corriendo por un campo minado, antes de que volváis a ser cuatro chicas que estáis sentadas en un coche nuevo que no os pertenece y que no se mueve ni un centímetro de su sitio.

—¡Mierda, no es automático!

—¡Vamos, conduce, conduce! —grita Stinke.

—¿Estás sorda o qué? —dice Nessi, chillando—. No puedo conducirlo, ¿no es automático!

—¡Mierda, nos está mirando! —grita Taja, y sonrío forzosamente hacia fuera, como si con esa sonrisa pudiera mantener alejado a Marten. Os inclináis hacia delante y miráis hacia el café del área de descanso. Cuatro gallinas atascadas en un campo minado, detenidas allí para que os hagan una foto. Marten ha abierto la boca. Está sentado a unos diez metros de vosotras, en el área de descanso, y no da crédito a lo que está viendo. Para él, estáis todavía en los lavabos. Para él, aquello no es real.

—¡ARRANCA YA! —gritas de repente, y tu voz suena como la de una de esas chicas de las películas manga—. ¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!

Nessi hace girar la llave. El motor despierta. Nessi pisa el acelerador, el motor aúlla, y Nessi está tan nerviosa que se olvida de las maniobras más simples, tira de la palanca de cambios, el coche salta hacia delante y choca ruidosamente contra el morro del Range Rover, antes de que el motor se ahogue.

Stinke golpea a Nessi en la nuca.

—¡CONTRÓLATE, ESTÚPIDA, TENEMOS QUE SALIR DE AQUÍ!

—¡LO ESTOY INTENTANDO! ¡¿VALE?! ¿ES QUE NO LO VES? ¡LO ESTOY INTENTANDO!

—¡PON LA MARCHA ATRÁS! —le grita Taja—, ¡PON LA MARCHA ATRÁS!

Nessi sacude sus manos como si tuviera un calambre, entonces arranca de nuevo el motor y acciona la palanca de cambio. El coche salta hacia atrás y vuelve a ahogarse.

—¡NO SÉ CONDUCIRLO!

Nessi habla como si estuviera a punto de echarse a llorar. Ves que Marten se ha levantado de la mesa.

—VIENE HACIA AQUÍ —dice Taja.

Tú te echas a reír a carcajadas.

—Deja de reír.

—Eso ha sonado como si alguien te hubiera hecho un nudo en los ovarios.

Stinke pateo el suelo.

—¡NESSI, HAZLO YA, HAZLO! ¡¿O ES QUE QUIERES QUE ESE TIPO CONDUZCA ESTE CACHARRO POR TI?!

Nessi tira de la palanca, busca el embrague, patalea con ambos pies, como si aquello no fuera un coche, sino una bicicleta acuática.

—Tienes que soltar el embrague suavemente —le dices desde atrás, tan tranquila como puedes.

—¿Qué?

—El embrague, Nessi, hazlo suavemente.

Nessi empieza a lamentarse. El motor se ahoga. Nessi levanta las dos manos y dice que no sabe hacerlo, que no quiere hacerlo, y que Stinke deje de sacarla de quicio. Stinke tira de ti.

—Hazlo tú.

—Yo soy muy bajita.

—¡No hay bajita que valga!

Stinke tira de ti para atraerte, al tiempo que ella se hace atrás.

Nessi te hace sitio y se desliza hacia el asiento del copiloto. Detrás del volante te sientes como una enana en el país de los gigantes.

Te estiras, la punta de tu pie izquierdo encuentra el embrague, tu pie derecho el freno, mientras que tu espalda se estira y estira a más no poder.

Y ahora solo tienes que hacer como si supieras lo que haces. Cuando tu padre te estuvo dando clases, tú te sentabas sobre un cojín y podías conducir por un aparcamiento. Pero entonces todo era un juego.

Te concentras y arrancas. Pones la marcha atrás, sueltas el embrague poquito a poco, y os vais moviendo a paso de tortuga hacia atrás. Tus amigas sueltan exclamaciones de júbilo.

Frenas, pisas el embrague y pones la primera. Lentamente, sueltas otra vez el embrague. Lo haces con mucha elegancia, pero lo estropeas cuando pisas el acelerador. El coche sale disparado hacia delante, tus amigas chillan, giras el volante hacia la izquierda, y por un centímetro no te incrustas contra el restaurante del área de descanso, pero consigues girar a tiempo y vas disparada en dirección a la salida, sin hacerle ni un solo rasguño al coche. La lluvia parece aplaudirte, el parabrisas es como una cascada que fluye hacia arriba.

—¡NO VEO NADA! ¡LLUVIA DE MIERDA! ¡NO VEO ABSOLUTAMENTE NADA!

Nessi mete las manos por debajo de tus brazos y el limpiaparabrisas se pone en movimiento, pero tú sigues sin ver nada, porque está oscuro, y porque es de noche. Y porque falta algo. Stinke te lo grita en la oreja:

—¡LAS LUCES! ¡JODER, SCHNAPPI, ENCIENDE LAS LUCES DE UNA VEZ!

Zigzagueáis por la carretera, intentas mantener la línea central a tu izquierda, mueves todas las palancas cercanas al volante hacia arriba y hacia abajo, y por fin se

enciende la luz y ves que estás en el carril contrario. Y por supuesto, en ese instante, un coche viene de frente hacia vosotras, y una voz grita en tu cabeza: «¡HASTA AQUÍ LLEGAMOS!» Das un volantazo y el otro coche pasa volando por vuestro lado.

La carretera delante de ti está vacía e iluminada como un estadio de fútbol.

—Tienes puestas las largas —dice Nessi.

—Bueno ¿y qué? —respondes, y crees saborear la adrenalina. Te gusta el papel de conductora acelerada.

Nessi pasa otra vez las manos por debajo de ti y encuentra el botón correcto.

Las largas se apagan, se encienden las cortas.

—¿Todo bien ahí detrás? —preguntas, y estiras la mano hacia el retrovisor, como lo has visto hacer en las películas, pero tu brazo es demasiado corto. Ni siquiera puedes llegar al retrovisor. Joder, tía, ¿cómo es que eres tan pequeña? Echas un vistazo por detrás de ti. Taja está pálida por las sacudidas, y Stinke pone una cara como si hubiera mordido un limón.

Mira su mano derecha y se queja:

—¡Se me ha roto una uña!

—¡Chúpatela! —dice Nessi.

—Gilipollas —dices tú.

Stinke da una patada contra tu asiento, tú haces que el coche serpentee a propósito, de izquierda a derecha, y tus amigas chillan de nuevo, y luego ríen, porque lo tienes todo bajo control y siempre es tranquilizador saber que alguien tiene algo bajo control. Si tu padre pudiera verte ahora sabrías lo que diría.

«Es pequeña, pero, uy, uy, uy...»

Al cabo de media hora deja de llover, y vosotras miráis con recelo hacia fuera, sentís como si alguien hubiera quitado emoción a la noche. La tormenta ha pasado, y estáis todavía en la carretera. Ahora es más fácil conducir, pero tienes los hombros entumecidos, porque todavía tienes que estirarte mucho para poder ver la carretera delante. «Lo divertido es divertido —piensas—, y cuando ya no es divertido, es que no sirve para nada.»

Taja dice que tiene que orinar, y de repente todas tenéis ganas. Te arrimas a la cuneta, y buscáis un sitio entre los matorrales, os agacháis y meáis. No puedes evitar sonreír. Cuatro chicas en un círculo, con las bragas a la altura de las rodillas y los culos hacia atrás. Nessi reparte pañuelos, os limpiáis y los dejáis caer. Sabes que Nessi está pensando en recogerlos.

—Eso es celulosa, se disuelve —dice Taja, y se sube de nuevo los pantalones.

—Porque tú lo dices.

—Porque lo sé.

Nessi tiene que conducir de nuevo. Le explicas cómo funciona el embrague, y te

sientes llena de valor. Os encontráis en una especie de limbo, como si nada pudiera pasaros mientras os mantengáis en movimiento. Pero ¿qué mentira es esa? La muerte de Rute os ha pillado por sorpresa, aunque estabais en movimiento. Por un momento has querido incluso desistir.

Echarte al suelo y no levantarte más, no respirar más, sencillamente desaparecer. Pero Taja y Nessi se te adelantaron. Cuando las viste a las dos llorando desconsoladamente, supiste que desistir no era la opción, porque entonces solo quedaríais Stinke y tú para sosteneros a todas. Y eso de tumbarse en el suelo y dejar de respirar no hubiera sido justo con Stinke.

—Bueno, continuemos viaje —dice Taja.

Está nerviosa, mira hacia atrás una y otra vez, porque quién sabe lo que va a hacer Marten cuando entienda que no vais a volver.

—Me siento una miserable, ese chico era tan simpático.

Stinke le acaricia el brazo a Taja.

—La próxima vez buscaremos a uno que sea un cabrón.

—La próxima vez nos quedamos todas en casita —dices tú.

Nessi se huele su camiseta empapada por la lluvia y dice que necesita ponerse algo limpio. Stinke le pide que le traiga una sudadera. El maletero se abre, y oís a Nessi revolviendo en las bolsas. Mientras, haces algo razonable y te pones a trastear el sistema de navegación, y le preguntas a Taja cómo se llama ese sitio tan extraño.

—Ulvannen —responde ella.

—Deletrámelo.

Taja te lo delecta, se ha tumbado y ha puesto las piernas sobre el regazo de Stinke. Solo falta un *jacuzzi* y un minibar. El navegador muestra la ruta y tú ya te dispones a anunciar que estáis en el camino correcto, cuando Nessi grita: —¡Stinke, eres la mayor hija de puta de todos los tiempos!

Os quedáis rígidas y miráis a Stinke.

Ella pone cara de sorprendida.

—Yo no he hecho nada —dice.

—Ven aquí —dice Nessi.

Bajáis y vais hasta la parte trasera del coche. Dos de las mochilas están abiertas. En una hay una bolsa deportiva amarilla. Nessi sostiene un paquetito blanco en la mano.

—¡No puede ser! —dice Taja.

—¡Joder, Stinke! —gritas, y quieres poner voz de furiosa, pero el tono te traiciona. Te resulta demasiado difícil enfurecerte con Stinke.

—¿Cómo has podido? —pregunta Nessi.

Stinke se encoge de hombros.

—Estaba segura de que Darian me la jugaría, así que me llevé dos bolsas. En una

había libros. Tampoco fue tan estúpido de mi parte, ¿no?

Seguro que pusieron caras largas cuando sacaron la otra bolsa de la taquilla.

Nessi tiene un centelleo extraño en los ojos, y entonces le arroja la bolsita a Stinke, que se aparta a un lado con desgana. La heroína pasa volando junto a su cuerpo y aterriza en la carretera, donde se desliza sobre el asfalto con un sonido sibilante. El envoltorio de plástico se rompe. El polvo blanco se vuelve gris de inmediato.

—Sí, claro, estupendo, seguid así, tirando nuestra jubilación.

Ves que Taja se pasa la lengua por los labios y que probablemente esté pensando si vale la pena lamer el polvo blanco del asfalto. No entiendes por qué Nessi ha armado tanto jaleo. Ya da igual cómo Stinke metió la droga en su mochila, porque el material está aquí y no en Berlín, y en realidad hasta podríais celebrarlo.

Nessi no parece tener ganas de celebrar nada.

—No me extraña que no nos dejen en paz —dice—. Y para colmo también se la has jugado a Neil.

—¿Qué? ¿Cómo que se la he jugado?

—Él le dio al tío de Taja la llave de la taquilla, lo que él pretendía era protegernos, pero ahora...

—Ahora nosotras estamos en Noruega y seguras —la interrumpe Stinke. Ya nadie tiene que protegernos, Nessi, nos protegeremos nosotras mismas. Tu querido Neil ya se las arreglará, no nació ayer. Si lo deseas, podemos parar en la siguiente oficina de correos, hacemos un paquetito y le enviamos toda esa mierda al tío de Taja. A mí me da igual.

—Una idea estupenda —dice Taja—, como si en las aduanas no controlaran los paquetes. Mi tío se pondrá a dar saltos de alegría cuando la policía se plante delante de su puerta y le pregunte quién es su suministrador de heroína.

—Pues se lo tiene merecido.

—Claro que se lo tiene merecido —te da la razón Taja—. Pero ese no es el asunto.

Hay una tregua. Nadie pregunta cuál es el asunto. Taja hunde sus manos en los bolsillos delanteros de su vaquero y pregunta si, por favor, podíais seguir viaje. Nessi cree que no ha oído bien.

—¿Cómo? ¿Eso es todo? Stinke nos la juega, trae la droga sin decirnos ni una palabra, ¿y vosotras solo queréis continuar viaje, así, sin más?

—¿Y qué otra cosa vas a hacer? —preguntas—. ¿Vas a castigarla o qué?

—Prueba —dice Stinke, y se pone con ambos puños delante de la cara, de modo que solo se le ven los ojos. Lo único que falta es que se ponga a dar saltitos y le muerda una oreja a Nessi.

—Eres una hija de puta —dice Nessi, y no se lo dice en broma, ahora va en serio.

Stinke baja los puños e intenta parecer sincera.

—Lo siento.

—No te creo una palabra.

—De acuerdo, en realidad, no lo siento, pero ha sucedido así.

Nessi asiente, sí, ha sucedido así, y entonces dice algo que ninguna de vosotras quiere oír: —¿Sabéis que tengo ganas de irme a casa? Estoy hasta las narices de todo este caos. Nos mentimos unas a las otras, puteamos a gente que se porta bien con nosotras, y no hacemos más que seguir acumulando mierda y más mierda. Si seguimos huyendo de esta manera, ni siquiera estaremos allí cuando entierren a Rute. ¿Es lo que queréis?

Todas apartáis la mirada. Por supuesto que no es lo que queréis.

—Nadie quiere eso —dice Taja—, pero ahora no podemos regresar.

—Lo sé. Solo quería que lo supierais. Sois mis amigas, pero preferiría estar en Berlín.

Nessi le lanza a Stinke una sudadera limpia y dice que ahora podéis continuar viaje. No tienes buenas sensaciones, algo se ha vuelto diferente, en este momento no pondrías un hacha en las manos de Nessi. Subís de nuevo al coche. Stinke te da un golpe en el costado y te susurra que todo será peor cuando a Nessi le crezca la barriga.

—Cierra el pico de una vez —le dice entre dientes Taja a Stinke, y Stinke cierra el pico. Nessi espera a que todas estén sentadas de nuevo en el coche y se hayan acomodado, y entonces arranca. Oís un golpe, luego un segundo y miráis hacia atrás. Una bolsa de plástico tras otra golpea contra la carretera. Te gusta eso, te gusta que tus amigas se vuelvan un poquito locas.

No por casualidad son tus amigas. Y cada una necesita una válvula para soltar el vapor, aunque ese vapor cueste un par de millones de euros.

Taja maldice y salta fuera del coche. Stinke la sigue, y tú vas detrás, pero, por supuesto, sois demasiado lentas, y antes de que podáis poner un pie en el asfalto, Nessi ya ha lanzado la séptima bolsa y parece como si hubiera nevado inmediatamente después de la lluvia.

—¡No te acerques! —advierte Nessi.

Ella sostiene la siguiente bolsa en una mano. Parece enloquecida. Si la tocas ahora, va a explotar de ira.

—Estás como una auténtica cabra —dice Stinke.

Nessi lanza la bolsa, Stinke intenta capturarla, pero se le rompe entre los dedos y se abre, manchándole los vaqueros, desde los pies hasta las rodillas. Parece como si Stinke llevara unas botas muy altas. Nessi sacude las siguientes dos bolsas sobre el asfalto. Queda una. Nessi va hasta allí y la aplasta. Luego se planta delante de Stinke.

—¿Dónde están las pastillas y la otra mierda?

Stinke dice a media voz que están en la bolsa deportiva, en el fondo.

Nessi lanza las pastillas y la otra mierda a los matorrales.

Cuando acaba, respira con dificultad y cierra el maletero de golpe. Se queda detrás del coche, para que no la veáis vomitar, entonces regresa y dice: —Eso ha sido por Rute.

De inmediato las lágrimas te acuden a los ojos. Stinke baja la mirada, ella ha entendido. Nessi pasa por vuestro lado y se sienta detrás del volante.

Un minuto después ya estáis de nuevo en camino. El ambiente está tenso.

Stinke murmura algo, dice que no había querido ofender con lo de la barriga.

Nessi murmura de nuevo que vale, que ya está bien. El silencio se cierne de nuevo sobre vosotras. Revisas la caja de los cedés de la guantera. Depende de ti el salvar el momento. Seleccionas el disco con el nombre más raro.

Experimental Pop Band. Lo metes en el reproductor y esperas, interpretando que no sea ninguna de esas idiotas orquestas sinfónicas que se hacen las modernas con una sonata de Bach con acompañamiento de motosierra. La música y el texto tienen que encajar. Quieres que tus amigas vuelvan a sonreír, de modo que te fías de los dioses, de que te vean con piedad, como siempre ha predicado tu madre: «Sé una buena chica del país y los dioses te mirarán con piedad.» Como si los dioses no tuvieran nada mejor que hacer.

El reproductor arranca, subes el volumen y cierras los ojos. Durante un respiro, no sale ningún sonido del reproductor, puede que los dioses se estén preguntando qué está sucediendo. Entonces, por fin, una voz de mujer susurra: «*Bang, bang, you're dead.* »

EL VIAJERO

Al cabo de media hora, ves algo blanco en la carretera y frenas. Te detienes dos metros por delante y bajas. Es una zapatilla deportiva. La coges y miras a tu alrededor. De lejos se aproximan unos faros. Estás allí. Esperas.

Las luces se acercan y se convierten en cuatro motocicletas. No levantan el pie del acelerador, y pasan a toda velocidad a un metro escaso de ti. Uno de los moteros te hace un gesto con el dedo, pero un instante después ya se han marchado. Estás ahí todavía, sosteniendo la zapatilla en la mano. Cada fibra de tu cuerpo está ardiendo. No puedes moverte. Notas las marcas de la frenada en el asfalto. Un coche estuvo a punto de volcar aquí y se detuvo en el arcén.

Justo ahí.

Miras hacia la derecha, te duele cada centímetro, pero tú te sales de la carretera y examinas los matorrales. Hay huellas de zapatos en la tierra húmeda. Un poco más allá hay una roca. Algo te impide ir hasta allí. Pero vas. Hay sangre en la tierra, sangre en la piedra. Ahí estuvo sentado alguien.

Deberías regresar a la carretera. Das la vuelta a la roca, y allí yace tu hijo, con la cara contra la tierra húmeda. Tiene los brazos doblados en ángulo, muy pegados al cuerpo, las manos están clavadas en la tierra, al lado de la cabeza, como si quisiera agarrarse. Junto a sus caderas ves las marcas profundas de unas rodillas. Quien estuviera sentado encima de tu hijo, intentaba impedirle que se moviera.

Le das la vuelta. Tiene los ojos abiertos, están llenos de suciedad. Le quitas el barro con cuidado, con tu pulgar, y le cierras los ojos. Y lo contemplas. Lo contemplas. Te sientas en el suelo y le quitas la zapatilla.

Haces un lazo, no te sale bien. Lo haces de nuevo y entonces terminas de quitarle el barro de la cara. Le metes la mano en la boca y sacas la tierra que hay dentro. Le acaricias los labios. Ahora ya está limpio.

Esperas.

No miras al cielo, no murmuras ninguna oración. Eres un hombre que tiene a su lado a su hijo muerto, no sucede nada más en este mundo. Ninguna catástrofe se va a desatar por eso, nadie se prenderá fuego, ninguna estrella del pop escribirá una canción.

En el maletero del Range Rover encuentras una manta. Envuelves a Marten en ella y lo cargas hasta el coche. Después de acostarlo en el asiento trasero, te quitas la camisa y se la metes debajo de la cabeza, a modo de almohada. Debe estar cómodo, será su último viaje. Cierras la puerta y te detienes al lado del coche, llevas una camiseta de tu hijo. Te la prestó y te animó a que la llevaras durante todo un día. Y hoy es ese día. Una cruz blanca en un círculo negro. Como en las papeletas electorales. Y encima hay unos caracteres. «Voto nulo.» Te ves un poco tonto. Como

alguien que es lo que nunca ha querido ser.

Subes de nuevo al coche y pretendes arrancar, pero te empieza ese temblor. Primero en la mandíbula, los dientes te castañetean, luego el temblor se desplaza hacia abajo, y en unos pocos segundos tu cuerpo se sacude de tal modo que tienes que agarrarte al volante.

Los testículos se te encogen, como si pretendieran ocultarse en tu bajo vientre, tus intestinos desean vaciarse, pero los controlas, te controlas, el coche se sacude, el temblor se vuelve un huracán que pasa por tu vida como un bólido y arrastra todo lo que no está bien sujeto. También a tu hijo.

Unos minutos después estás empapado en sudor, pero tranquilo. Los cristales de las ventanas están cubiertos de vaho por dentro, tienes la espalda empapada en sudor, y el coche está detenido. Con cuidado, separas los dedos del volante y alargas la mano hasta la llave del encendido. La calma continúa.

Arrancas, pones la marcha. El coche empieza a moverse. Bajas la ventanilla y el viento refresca el sudor de tu cara.

Con un breve movimiento, el monstruo se desprende de las profundidades y emerge. El Viajero está de nuevo en camino.

TERCERA PARTE

*you think the world owes you
she don't owe you a thing*

sean hayes
rosebush inside

EL VIAJERO

La noche es un túnel estrecho por el que tú te mueves consciente de tu destino. Todo en ti es eficiencia. Incluso tu respiración, hasta tus miradas, cada movimiento tiene un sentido. Te detienes dos veces: una para repostar, y la otra para relajar la espalda. En la gasolinera, tomas agua y te comes un sándwich de queso. Ves, respiras, te mueves. No pasa nada más.

Cuando tenía siete años, Marten quiso saber qué cosas te daban miedo.

No pudiste darle ninguna buena respuesta. Así que dijiste lo más estúpido que un padre puede decirle a un hijo que siente miedo.

—Eso no es algo a lo que tengas que temer. Cuando seas mayor, tú mismo verás que no hay nada a lo que temer en la vida.

«Aparte de la muerte de tu propio hijo.»

Mientras buscabas a Marten en el área de descanso, te asaltó un auténtico miedo por primera vez. Pero cuando levantaste el cadáver del barro y lo colocaste en el Range Rover, el miedo se desató de nuevo. Como si una enfermedad te abandonase. Para siempre. Ya no hay nadie por quien tengas que preocuparte. Ya no hay motivo para sentir miedo nunca más.

Siete horas más tarde el cielo se despeja. Viajas a través de Vik, la mañana llega vacilante, y a tu izquierda un fiordo se va desprendiendo del paisaje, cubierto de neblina y de gris. Te detienes en un cruce solitario. El navegador te dice que has llegado a tu destino. El coche se ha detenido, pero el motor sigue en marcha, miras el retrovisor y te tropiezas con tu propia mirada. Un extraño te mira, y ese extraño es tu mejor amigo. Programas el navegador para que calcule de nuevo tu destino. El resultado es el mismo.

Has atravesado Noruega para verte ahora en un cruce. Desconectas el navegador. Hay dos carreteras. Una de ellas conduce hacia arriba, la otra discurre a lo largo del fiordo. En un cartel se lee: LUNNIS 1 KM. No hay mención de Ulvtannen. Continúas a lo largo del fiordo.

Es un sábado, son las siete de la mañana y hasta las panaderías siguen cerradas. Una furgoneta de reparto pasa y te toca el claxon, porque te has parado en medio de la calle. Te bajas, vas hacia atrás y le preguntas al hombre si sabe dónde está Ulvtannen. Él niega con la cabeza, no es de la zona. Vuelves a subir al coche y apartas el Range Rover a un lado. ¿Qué hacer en ese momento? Durante un cuarto de hora te quedas sentado allí, en el coche, mirando la carretera. Intentas entender qué se te ha perdido a ti en Lunnis.

Un hombre con un perro al que lleva de una correa golpea en el cristal.

Bajas la ventanilla. El perro te mira con la cabeza ladeada, como si quisiera decirte algo. El hombre tendrá unos veinticinco, tiene la cara picada de viruela y huele a fogata de leños.

—*Good morning.*

—*Good morning.*

—*Do you need help?*

—*I'm looking for a place called Ulvtannen.*

—*You are looking for the hotel?*

Antes de que puedas responder, el hombre ríe y empieza a hablar con su perro en noruego. El perro bosteza, el hombre te mira de nuevo y te dice: —*Sorry. My dog is tired.*

—*I'm tired, too* —dices.

El hombre señala con su pulgar por encima del hombro.

—*You see the building behind the church? There is a path to the water. You climb the hill. Up and up. You don't need your car. You can walk it easily. Fifteen minutes.*

—*Thank you.*

—*No problem.*

Aparcas el Range Rover delante de la oficina de correos, que está cerrada, pasas por delante de la iglesia y de un edificio antiguo, y empiezas el ascenso por un camino que, en su mayor parte, consiste en unas baldosas agrietadas. Ahora el fiordo puede verse de nuevo, a tu izquierda. También podría ser un campo de fútbol, a ti las vistas no te interesan en absoluto. Una niebla densa flota como una capa de nata sobre el agua. En la orilla ves un embarcadero techado que tiene al lado un asta de la que cuelga la flácida bandera de Noruega. Un estrecho camino viene a continuación del camino de baldosas, y se va metiendo entre las rocas, hacia lo alto, y desaparece tras un recodo.

Al cabo de veinte minutos has alcanzado una considerable altura, y ves tu coche, que parece estar esperándote allí abajo. Te detienes. Nada sucede.

Te acercas un poco más y ves a cuatro chicas. Duermen, y parecen tan inocentes que el corazón se te encoge.

La ventanilla del lado del conductor está bajada. Una de las chicas está apoyada contra la puerta, tiene el pelo dorado, y un par de mechones ondean fuera de la ventana abierta. En su regazo reposa la cabeza de la pelirroja, y detrás duermen una asiática menudita, cuyos brazos son de una belleza pálida. Las chicas parecen fijadas en un momento eterno. Sabes que algo va mal, pero todavía no sabes lo que está mal. Puedes oír la respiración de las chicas y te preguntas cuál de ellas será Taja y si eso puede tener todavía algún significado. Has pensado que las encontrarías y les harías pagar por lo que le han hecho a tu hijo. Pero no contaste con este instante ni con este panorama. Miras a tu alrededor.

«Si esto de aquí es Ulvtannen, ¿qué buscan ellas aquí? ¿Dónde está el hotel?»
Tantas preguntas y tan pocas respuestas.
Metes la mano por la ventanilla y sacas la llave del encendido.
«Más tarde.»

TAJA

Debajo de ti, agua, por encima de ti, el cielo, y tú estás sentada en la hierba, con los pies colgando sobre la ladera, pero nada es como había sido en tu sueño: el día no es gris, no nieva y las paredes del valle parecen, a la luz del sol matutino, como plata líquida, y ya no recuerdan esos dibujos de tinta japoneses.

Son las nueve de la mañana, y tus amigas duermen todavía en el coche.

Tú te has despertado hace media hora y has mirado hacia fuera. Y allí estaba, allí estaba todo. El suelo y el cielo, las rocas y el fiordo.

«El hogar, la patria.»

A tu derecha, el acantilado se eleva hacia lo alto, y a veinte metros a tu izquierda ves el estrecho sendero cubierto de hierbas que conduce hasta la playa de piedra. Allí, en la playa, hay un embarcadero techado, con los tablones pintados de verde, la pintura se ha descolorido en el borde inferior.

La sombra de un asta de bandera traza una nítida línea a través de la fachada. Estás allí sentada, muy quieta, observas esa línea y esperas a que siga desplazándose. Los rayos de sol son incansables, abren agujeros en la alfombra gris de la niebla, de modo que atraviesa la superficie del agua. Un grito muy agudo te provoca un sobresalto. Por unos segundos resuena por encima del fiordo, y luego vuelve a reinar el silencio. Miras las nubes. Tal vez sea un ave de rapiña, tal vez una gaviota.

«O mi padre, que me está llamando.»

Alzas la nariz. Desde que estás ahí sentada, las lágrimas no quieren dejar de correr. Lágrimas por tu padre, lágrimas por Rute y, en especial, lágrimas por ti. Es tan melodramático y patético que te provoca dolor en la nuca. Pero las lágrimas ayudan, alivian la presión que pesa sobre ti como una mano enorme que pretende hacerte más pequeña.

—¡Qué increíble!

Te enjugas rápidamente las lágrimas. Schnappi se detiene a tu lado y mira el fiordo.

—¡Esto es de puro cuento de hadas!

La puerta del copiloto se abre. Stinke parpadea con desconfianza, examinando el lugar, luego apoya los pies sobre el tablero de mandos y se pone los botines. Ella es a la única a la que temes.

Nessi y Schnappi son ideales escuchando, siempre comprensivas y llenas de amor. Stinke es crítica, solo ve el lado oscuro, pero es justa, y eso es algo que estimas mucho de ella. Justa y peligrosa. Cuando ve una mentira, le clava los dientes y la despedaza. Lo cual no le impide mentir como una loca.

Tú la quieres y la odias por eso. Entre vosotras siempre hay una distancia.

Como si no debierais acercaros demasiado. Y por cómo salta fuera del coche y se

pasa las dos manos, furiosa, por el pelo, como si se estuviera lavando la cabeza, te recuerda una guerrera salida de una película de vikingos. Después de estirarse, dice: —Oye, tía, necesito un café con urgencia. Café y pan.

—Primero mira esto —dice Schnappi—, es increíble.

—Sí, sí... Ahora mismo.

Stinke se baja los pantalones y se agacha entre los matorrales.

Bosteza, te hace un guiño y dice:

—Bueno, ¿qué? ¿Eres una mirona?

—Te ves fatal.

—Mírate tú al espejo, pareces un queso camembert.

—Estás realmente pálida —dice Schnappi, y señala su peinado—. ¿Cómo me veo yo?

Tú le haces señas para que se acerque, Schnappi se inclina hacia delante y tú le arreglas el pelo, colocándoselo detrás de la oreja. Después de eso, su aspecto es pasable.

Stinke chasquea los dedos.

—Eh, ¿acaso alguna de vosotras podría...?

Metes la mano en su chaqueta y le alcanzas a Schnappi un paquete de pañuelos de papel, y esta se los lanza a Stinke. Un minuto más tarde, Stinke se os une y dice: —Qué lago tan extraño.

Schnappi frunce el ceño.

—Tía, eso no es un lago, es un fiordo.

Stinke le da un empujoncito con el culo.

—¿Ah, sí?

—¿Dónde piensas que estamos?

—En el país donde se puede vacilar a las vietnamitas bajitas. ¿Puede ser?

Schnappi le devuelve el golpe.

—¿Alguna vez te has caído a un fiordo?

—¿Alguna vez has tenido el pelo más desastroso de todos los tiempos?

—Vamos, sentaos y cerrad el pico —las interrumpes. Y tus amigas te obedecen y se sientan, dejan colgando las piernas hacia abajo y guardan silencio. Dos minutos enteros.

—¿Y el café?

Suspiras. Una gaviota aterriza en el asta de la bandera. Stinke bosteza y pregunta quién quiere un cigarrillo. Schnappi echa la cabeza hacia atrás y escupe hacia el fiordo. La saliva describe un arco.

—Eso ha estado bien.

—Sí, y la mitad me ha caído en la cara.

Stinke se frota el rostro con la camiseta. Miras entre tus piernas y hacia abajo.

—¿Qué creéis? Si saltamos hacia ahí abajo, ¿nos moriremos?

Tus amigas también miran hacia abajo, Stinke extiende la mano hacia delante y deja caer el pañuelo usado. Lo veis volar hacia abajo, describiendo curvas y lazos, y luego aterriza en el agua como un pájaro que escora.

—No, de eso no muere nadie —dice Stinke. Cuando llegas ahí abajo, haces «plaf» y te pones a nadar. Pero ¿dónde estamos en realidad?

«En un sueño», querrías responderle, pero sabes lo estúpido que sonaría eso. Además, tus amigas no saben nada de tu sueño. Para ellas tu añoranza es tan ajena como tú misma, que te has vuelto ajena para ellas desde hace un tiempo.

—Nessi sabrá dónde estamos —dices, y te levantas.

Claro que no podéis esperar a que Nessi se despierte. Pero mientras estáis de pie al lado del coche, discutiendo sobre quién tiene que despertarla, Nessi se incorpora.

—Habláis tan alto que me despertaría aunque estuviera en coma.

—Y bien, ¿has dormido suficiente? —pregunta Stinke.

—No. ¿Cómo va la cosa?

—¿Qué cosa?

—Hemos llegado...

—¿Adónde hemos llegado, Nessi?

Ella frunce el ceño.

—Pues, a ese sitio, Ulvtannen.

Nessi se inclina hacia adelante por la ventanilla y mira a su alrededor, también vosotras miráis a vuestro alrededor. No hay mucho que ver, una elevación que apunta hacia el fiordo, y al lado rocas y un acantilado.

—¿Dónde está ese pueblucho? —pregunta Stinke.

—Pregunta mejor dónde está el hotel —dice Schnappi.

Ellas te miran. Tú no tienes respuesta. Estar aquí es como si hubieras encontrado algo y lo hubieras perdido de nuevo inmediatamente. De la euforia a la depresión en dos segundos. Adondequiera que mires, aquí no hubo jamás un hotel, y el embarcadero techado de ahí abajo, en la playa, no cuenta.

—Tal vez el navegador esté flipando —dice Schnappi.

—¿Por qué iba a estar flipando el navegador? —pregunta Nessi.

—Déjame ver.

Nessi se baja y Schnappi sube al coche. Nessi respira hondo y dice que el aire es magnífico, una pasada. Se estira como ha hecho Stinke antes. Nessi es la única que no tiene problemas con su pelo. Parece un ángel planchado.

La mano de Schnappi sale por la ventana. Hace un gesto con los dedos.

—¿Las llaves?

—Están puestas —dice Nessi.

—Aquí no hay nada.

Schnappi busca en el suelo, bajo el asiento. Nada.

Nessi rebusca en los bolsillos de su vaquero.

—No lo entiendo. Te aseguro que no las quité. Y no han podido salir volando durante el viaje.

—Eso no puede ser.

—Vaya, Schnappi, ¿de verdad que no?

—Tías, la llave no puede desaparecer así como así —di ce Stinke, y saca a Schnappi del coche, para ponerse a buscar dentro.

—¿Esto es una película de terror? —pregunta Schnappi—. ¿Alguna de vosotras se volverá loca ahora y esperará a que caiga la noche?

Os miráis desconcertadas.

Tú miras hacia la carretera que conduce hacia el pueblo. Luego miras hacia la que sube serpenteando entre las rocas hasta el acantilado.

—¿Qué hay ahí arriba?

—No tengo ni idea. He hecho caso al navegador, por eso estamos aquí.

—Pues echemos un vistazo —decides, y encabezas la marcha.

La euforia aparece de nuevo, y borra el mal humor de un manotazo.

Sabes que estás en el lugar correcto. Puedes sentirlo. Y tienes que demostrárselo a tus amigas para que todo salga bien.

—¿Y qué pasa con la llave? —te grita Stinke a tus espaldas.

Te das la vuelta y le extiendes una mano.

—Ya la encontraremos. Ven.

La carretera, después de la primera curva, os lleva hacia una segunda curva. Al cabo de cincuenta metros, veis la cima ante vosotras, el cielo alrededor parece haber sido cortado por un cuchillo romo. Te alegra estar en movimiento. Durante los últimos días has estado o tumbada en cama o sentada en un coche. Stinke, en cambio, no para de quejarse, y al cabo de pocos metros parece faltarle el aliento. Piensa que ya no podrá continuar, que ya nada le funciona y que pronto tendrá que escupir los pulmones si no camináis más despacio.

—Necesito un café, tengo que cargar pilas.

Schnappi se le engancha del brazo, Nessi hace lo mismo por el otro lado. Le sirven de apoyo a Stinke como si fuera una abuelita que ha olvidado su bastón. Te colocas detrás de Stinke, plantas las manos en su culo y empiezas a empujarla. Stinke chilla y echa a correr. La seguís, y podríais ser cuatro chicas que os habéis escapado de un campamento de vacaciones. Y así llegáis a la cima y os detenéis, como si hubieseis chocado con una pared de cristal. El acantilado está delante de vosotras: — No puede ser verdad...

—Pero...

No sale nada más de ti.

Nessi se lleva la mano a la boca, como si quisiera retener las palabras.
Schnappi ya no tiene palabras.
Estáis ahí, y no creéis lo que estáis viendo.

DARIAN

«Chaval, escúchame...»

Te despiertas asustado y tratas de respirar. Sientes como si te quitaran un peso de encima. El cinturón de seguridad te corta las costillas, lo sueltas y miras a tu alrededor, examinas tu entorno, y respiras aliviado. Tus manos están cerradas en dos puños, las abres y te preguntas cuánto tiempo llevas allí sentado. A la luz amarilla de la gasolinera tus dedos parecen rojos. Están helados y sucios, tienes tierra bajo las uñas. Sientes como punzadas cuando la sangre empieza a circular de nuevo. El resto de tu cuerpo se despierta con retraso. Una rigidez muy molesta te sube de los pies a la cabeza, como si estuvieras en el agua. Te tocas la rodilla, está seca. Observas tus manos. Están sucias. Cierras los ojos de nuevo e intentas que desaparezca todo a tu alrededor. Tus brazos se tensan, estás en un sótano y levantas pesos. Por unos segundos.

«Tu padre pretende educarte...»

Las últimas palabras de Tanner no te dejan en paz. La idea de que tu padre quiera educarte todavía. La idea de que Tanner te haya dicho la verdad.

«Está haciendo lo que tiene que hacer...»

Te asustas, te habías adormecido de nuevo. El sótano desaparece, la voz de Tanner enmudece, y vuestro coche está todavía en la gasolinera, con la luz opaca rodeada de bichos, y tu padre es una silueta llamando a una puerta junto a la tienda cerrada de la gasolinera. Se ha puesto su chaqueta, es otra vez el hombre de negocios.

El edificio parece estar muerto desde hace una década. Se ha inclinado un poco hacia un lado, y hasta los marcos de las ventanas parecen torcidos.

En otra vida hubieras estado haciendo tonterías por allí, sacando fotos: Darian apoyado en la casa. Pero en esta vida miras fijamente la fachada y te imaginas que todo se incendia.

En la planta de arriba está encendido un televisor, la planta baja está a oscuras. Una bombilla de bajo consumo se enciende. Cómo detestas esa luz sin vida. Una sombra pasa junto a la ventana. Ves claramente que uno de esos viejos se mueve por la casa, murmurando y protestando, caminando con sus pantuflas, y baja, con la escopeta en el brazo y la boca llena de rabia. «Pero tú no conoces a mi padre.» Nadie conoce a tu padre. Quién sabe si tu padre se conoce a sí mismo después de esta noche.

No es la primera vez que te preguntas quién serías ahora si tu madre te hubiera llevado con ella a España. Probablemente dirigirías en Madrid alguna de sus *boutiques* y te pasearías del brazo de una chica.

«Probablemente sería maricón.»

Eres quien eres porque tu padre te ha convertido en lo que eres.

«¿Soy lo que soy porque mi padre me ha convertido en lo que soy?»

No estás seguro de qué pensar. Tal vez te guste tanto estar con tu madre este verano que no regreses. Todo es posible.

La puerta de la casa se abre. La mujer lleva un chaleco de lana y, en lugar de una escopeta, tiene una taza en la mano. Por un instante parece como si le ofreciera un té a tu padre. Esperas un arranque de ira, el reloj marca las seis de la mañana pero la mujer, en cambio, ríe. Ragnar Desche y su carisma, su simpatía. Tu padre abre la cartera, la mujer hace un gesto de rechazo y bebe de la taza. Se da cuenta de tu presencia en el coche, pero tú miras en otra dirección.

La noche se deshilacha en sus bordes, y un gris turbio se va fundiendo con lo negro, mientras la carretera sigue siendo una cinta sin color que conduce a través de toda Noruega hasta Ulvtannen. Sabes de vuestro objetivo solo por algunas historias, pues tu padre nunca te habló de su pueblo de origen, el encargado de eso era tu tío. Desearías que él hubiese cerrado el pico.

Cuando Oskar dejó Noruega con Taja y se fue a vivir a Berlín, tú tenías cuatro años, y tu tío te habló del hotel de la playa que tenía vistas al fiordo, te habló de la gente del pueblo vecino y de sus características, pero lo que más te impresionó fue el nombre del acantilado y por qué lo llamaron así.

Ulvannen significa «Diente de lobo».

Invierno tras invierno, se supone, se reunía en aquel acantilado una manada de lobos. Por entonces todo el lugar estaba cubierto de abetos. Y un verano llegó allí tu tatarabuelo con sus cuatro hermanos. Ellos talaron todos los abetos y construyeron una casa enorme para su familia, y de esa casa saldría luego un hotel de playa. Solo quedó allí un abeto del norte, y se convirtió en el árbol de la familia. Por entonces, todos pensaron que los lobos no volverían, pero en invierno aparecieron puntualmente cada noche de luna llena y se quedaban mirando la casa. La manada de lobos no se dejaba espantar ni con ruidos ni con disparos. Solo desaparecía cuando llegaba la luna menguante. Y desde entonces cada nueva generación había tolerado a la manada de lobos durante los meses del invierno, y observaba cómo yacían pacientemente en la nieve o rodeaban la casa o se frotaban contra la verja, dejando allí mechones de su pelaje. En cuanto el invierno pasaba, los niños recogían los mechones de pelo y los lanzaban al fuego, a fin de mantener alejados a los hambrientos lobos.

Tú desearías que tu tío jamás te hubiera contado esa historia, porque, debido a la atención que él te prestaba, se te hizo alguien más cercano que tu propio padre. Sin el interés de tu tío jamás hubieras cobrado conciencia de la distancia que mediaba entre tú y tu progenitor.

Entonces la añoranza se instaló en ti. La añoranza por un padre que hablase contigo, que se interesase por ti, y al mismo tiempo era la añoranza de Ulvtannen, un

lugar situado en el fin del mundo. Y aunque tú apenas compartiste cosas con Taja, ambos teníais el mismo anhelo, deseabais pasar el invierno en el hotel: delante de una gran chimenea, con flores de hielo en las ventanas y una manada de lobos delante de la puerta que se pasaban el tiempo aullando y gimoteando. ¿Cómo ibas a saber que Taja compartía más cosas contigo, aparte de esa añoranza? Añorabais tanto a vuestros padres que os habéis perdido a vosotros mismos.

Un coche pasa junto a la gasolinera y te saca de tus pensamientos. Por un instante hubieses jurado que era el Range Rover, pero es una idea tonta. El coche de Oskar estaba a unos seiscientos kilómetros de distancia, frente a un área de descanso, y allí se quedaría hasta que tu padre se ocupara de él.

«Mi padre.»

Miras hacia la casa. Tu padre le pone en la mano a la mujer un par de billetes. La mujer entra de nuevo en la casa y cierra la puerta. Tu padre regresa al coche y abre la tapa del depósito. Oyes cómo la gasolina va llenando el depósito. Tres minutos después sigues sentado en el coche, y tu padre está a unos metros de un grifo de agua y se lava la cara y las manos. Ha colgado su chaqueta en la punta de un arbolillo, que se inclina por el peso.

«Así me siento yo exactamente», piensas, y quisieras correr hacia abajo, arrancar el coche y largarte de allí sin más.

«Como si pudieras.»

Después de que tu padre ha cerrado el grifo, se sacude las manos, se baja de nuevo las mangas de su jersey y se pone la chaqueta. Es la tranquilidad en persona. Cuando sube al coche, hueles el agua en su piel. Un agua oxidada y fría. Y también hueles a tu padre. Esa familiar mezcla de sudor y energía. No lo miras. Tu resolución es firme. Él jamás va a saber lo que Tanner te ha dicho. Porque si lo sabe, tendrías que reaccionar, y si lo haces, todo tu mundo se pondría patas arriba, y todo sería diferente, y tú no estás seguro de que puedas soportarlo.

Lleváis horas sin hablar, por lo menos desde que apareció aquello blanco en la carretera y tú pensaste que era nieve sucia. Tu padre levantó el pie del acelerador y, a la luz de los faros, visteis las bolsas reventadas centellear. Tu padre vaciló un instante, luego pisó de nuevo el acelerador y continuó.

En el espejo retrovisor pudiste ver que la heroína flotaba en el aire, como niebla.

Tu padre no gastó una palabra en eso. No te preguntó lo que pensabas, y por primera vez te agradó su desinterés. La visión de la heroína te había llenado de tranquilidad. Como si fuera lo correcto que tu padre también tuviera un fracaso. «Satisfacción» era la palabra.

En las horas siguientes te quedaste dormido en varias ocasiones, porque no había nada que decir. Ahora estáis a setenta kilómetros de vuestro objetivo, en una gasolinera cerrada. La mañana ya muestra sus grises, y el silencio se ha acomodado

en el asiento trasero y no piensa abandonaros.

—Tú también deberías lavarte —dice tu padre, y arranca el coche, pero no pone la marcha, como si fuera a darte la oportunidad de que saltaras. Tú ni te mueves. Miras hacia delante, todavía tienes las manos sucias, y no hay motivo para salir del coche.

Tu padre pone la marcha y salís de la gasolinera.

Quince minutos después.

—¿Y bien?

Él hace una pausa, y esa pausa es como un espacio sin aire en el que estás de repente, y no sabes qué hacer, cómo continuar. Todo en ti se encoge, no quieres preguntar, pero preguntas.

—¿Y bien, qué?

—¿Qué has sentido?

Miras tus manos, que son otra vez dos puños. Sucede de forma automática. Es como si tus manos quisieran quitarte la respuesta.

—Estuvo bien.

—¿Bien?

—Fue...

El oxígeno se convierte en plomo en tus pulmones, buscas la palabra adecuada, una palabra de hombres. Y sabes que solo puedes decir algo equivocado. Y dices:

—¿... un alivio?

Tu padre no reacciona. Por un instante estás seguro de que no le has respondido, de que la palabra se quedó en las circunvoluciones de tu cerebro, entonces tu padre dice:

—Dame la pistola.

Él alarga su mano derecha. Tú dudas. ¿Cómo puedes dudar? Su mano queda colgada en el aire, espera. Cuando tu padre habla de nuevo, te estremeces.

—Eres el responsable de la muerte de dos personas importantes. Leo siempre te cuidó, te enseñó a boxear y estuvo a tu lado cuando la loca de tu madre se tiraba a las calles por las noches. Y Tanner era tu padrino. Él lo hubiera hecho todo por ti...

Él enmudece. Los dos sabéis lo que iba a decir, pero las palabras se quedan colgadas, como un suave sonido en el aire. Tu padre cambia de tema, no hay tiempo ahora para los sonidos suaves.

—Dame la pistola.

Sacas el arma, le pones a tu padre la culata en la palma de su mano. Él tiene razón. No te mereces esa pistola. Tu padre la sopesa, como si quisiera saber si ha perdido su peso. No te mira, al hacerlo, ni una sola vez, mira hacia la carretera y, de repente, el cañón del arma está apoyado contra tu sien, empujando tu cabeza hacia un lado, de modo que tú también tienes que mirar hacia delante.

Sientes un calambre, una rigidez.

—¿Cómo pudiste?

En verdad no es una pregunta, es una afirmación, pero tú, idiota, intentas defenderte.

—Yo... Yo lo siento. El chico hizo...

—No fue culpa de ese chico.

El sudor cubre tu pecho y tienes la sensación de que ese mismo sudor te sale por la nuca, aunque eso es poco probable, debe de ser tu alma que se va.

—¿Por qué tuvo que morir? —se te escapa, y te das cuenta de que estás poniendo en entredicho a tu padre. Como si dijeras: «¿Qué estoy haciendo yo aquí?» La presión en tu sien aumenta, y tú resistes a ella, no puedes mostrar debilidad.

—Eso fue un castigo —dice tu padre.

—Pero pensé que él no tenía culpa.

—¿Y quién te ha dicho que fue él el castigado?

Entiendes, quieres bajar la cabeza, pero sientes vergüenza y mantienes la cabeza en alto.

—Jamás te lo perdonaré —dice tu padre—. Jamás.

Entiendes. Tu padre aprieta el gatillo. Una vez, dos veces. Cada movimiento del gatillo es como una descarga de corriente que entra por un lado de tu cerebro y sale disparado por el otro. Piensas en Mirko, piensas en tu madre, piensas en Gina y en Nadine, y piensas que jamás decidirás cuál de las dos es la chica adecuada para ti. Lo piensas todo simultáneamente y permaneces sentado tranquilo, a la espera. Tu padre quita el arma de tu sien.

Una huella se te ha quedado marcada.

—Puedes agradecerme que no me haya olvidado de poner el seguro.

—Gracias —dices en voz baja.

Tu padre te devuelve la pistola. «Se ha acabado», piensas, y entonces él te mira, sus dos manos están apoyadas sobre el volante, la carretera ya no le interesa, te está mirando a ti, y solo hay rabia en sus ojos, y en ese momento eres consciente de que te desprecia, de que tu propio padre te desprecia profunda e íntimamente. Quieres justificarte, quieres reaccionar ante su mirada, pero él vuelve a mirar hacia delante como si nada hubiese pasado, aunque ahora la pistola está en tu mano. Todo sucede muy rápidamente, como lo de Timo, que se quedó colgado hace dos años por el LSD, y terminó en un manicomio, durante unos meses, y luego os contó que el mundo era como un tocadiscos que gira demasiado rápido. Y tú necesitas algo para bajar de ahí. Moderar el ritmo. Hacer una pausa. Un poco de hachís estaría bien.

Solo dos caladas, para relajarte. Tu padre no piensa concederte una pausa. Te dice:

—Por lo menos has comprendido lo que significa ser un hombre.

Conoces el alivio. Conoces la soledad. ¿Lo has mirado a los ojos?

Reaccionas demasiado rápido.

—Por supuesto.

Tú padre se ríe, y su risa es como el ladrido de un perro, ese ladrido que a veces se oye de madrugada en la ciudad, breve y seco. Y entonces sientes su mano en tu rodilla, la presiona.

—Este es mi chico, un jodido asesino a sueldo, frío como un témpano, pero no puede ni mirar a sus víctimas a los ojos.

Eso es tan espantosamente íntimo que la carne se te pone de gallina.

«¿Cómo puede conocerme tan bien?»

Tu padre baja la ventanilla y escupe fuera, escupe su rabia y su cercanía a ti. Miras tu rodilla, su mano ha desaparecido, y no entiendes lo que sucede dentro de ti. El amor y el odio entran en una pugna violenta, y también estás lleno de orgullo. Has estado cerca de tu padre, él te ha tocado. Sé sincero, ¿no es eso triste? ¿Muy triste? El hombre que te educa como si entrenara a un maldito pitbull. El hombre que te hace matar y no se cansa de conducir a cien kilómetros por hora en dirección al caos. Ese hombre también te hizo orgulloso.

Desayunáis en un café que un taxista os ha recomendado.

Vik va despertando lentamente. Oskar había trabajado allí, en la hidroeléctrica. Allí conoció a Majgull, durante el turno de noche. «Amor a primera vista», así lo llamó él. Le hablas a tu padre de ello y le preguntas si sabe algo más de esa historia. Tu padre no responde y continuáis comiendo en silencio.

Te pone nervioso que no os deis prisa. No tienes ni idea de por qué tu padre se toma tanto tiempo. Es un poco como si ya no se comportase de una manera lógica. Tú habías tenido ya en Berlín esa sospecha, cuando estuvisteis en el Teufelsberg y él esparció las cenizas de Oskar. También Tanner debió de pensarlo. Y ahora esta lentitud. Desde que estáis en la carretera, no conduce por encima del límite de velocidad, se come su tortilla a cámara lenta y parece tener una calma infinita. Tú, sin embargo, te sientes como si estuvieras sentado sobre un montón de bolas chinas ardiendo.

Y a tu padre eso no se le escapa.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Esas chicas no se van a escapar, nos esperarán. Termínate tu café, luego seguiremos viaje.

Tú podrías preguntar por qué está tan seguro, pero oyes en tu mente la voz de Tanner: «Cuando no entiendas algo, intenta entenderlo. La respuesta vendrá por sí sola.» Bebes tu café y deseas que la seguridad de tu padre sea contagiosa. Tienes una mala sensación, Noruega no te gusta, Noruega fue, hasta este día, el recuerdo de tu tío, o sea, únicamente Ulvtannen. No quieres quitarle la magia a ese recuerdo y afilarlo con la realidad. Debe seguir siendo un recuerdo. Echas de menos Berlín,

porque Berlín es realidad, un lugar seguro, tu lugar, el sitio que conoces y controlas. Son tantas las cosas que han cambiado en tu vida. Y ahora la muerte viaja contigo. Se esconde en los rabillos de tus ojos, y en las sombras que te rodean y acompañan cada uno de tus pensamientos. Has notado el cambio. Pregúntale a tu padre, él sabrá lo que te está sucediendo. Él es el responsable de que tengas un nuevo acompañante. La muerte se ha comido tu inocencia. Y a partir de ahora cada momento de tu vida lo sentirás como si corrieras por un lago congelado, y te dirás: «Pronto se partirá el hielo; pronto llegará la hora, pronto.» Y tú seguirás corriendo y corriendo, porque sería un error detenerse. En cuanto te detengas, todo habrá acabado.

Tu padre comparte esa sensación contigo. En su caso es una cuesta muy pronunciada por la que él cae sin parar. Tú, en cambio, corres sobre el hielo.

NESSI

La casa ya no es una casa. Es un perro atropellado que yace al borde de la carretera sin poder moverse. El techo ha sido arrancado de cuajo, y las vigas desnudas recuerdan el costillar de una ballena que viste una vez en el Museo de Ciencias Naturales. A un lado hay un abeto derribado hace mucho tiempo, lo retoños se han abierto paso a duras penas entre los escombros y estiran sus delgadas ramas hacia el cielo. Las ventanas están rotas, el muro tiene un aspecto quebradizo, y hasta los grafitis están deteriorados, así como el revoque antes azul de la fachada, que ahora ha cobrado una tonalidad gris mugrienta. A la derecha de vosotras se apila la basura de un vertedero público. Ves lavabos, colchones, tendederos, sillas. Hay una pirámide de sacos de basura negros e hinchados, y entre ellos centellea una bolsa de color amarillo chillón de Ikea, de la que salen unos cables. Duele mirar hacia allí demasiado tiempo. Es como si alguien hubiese abierto un cadáver y hubiera olvidado suturarlo.

—Pellízcame —dice Stinke.

—Mierda, esto tiene un aspecto de mierda —dice Schnappi.

—Taja, ¿qué es esto? —preguntas.

—Yo... Yo no sé.

—Debemos de estar en el sitio equivocado —dice Schnappi con determinación y mirando a su alrededor—. Taja, este no es el sitio, ¿verdad?

Taja no responde, solo contempla la ruina.

—No lo entiendo. Nosotros...

Ella se acerca un poco más.

—Estamos en el sitio correcto.

—¿Estás segura?

Taja señala hacia un montón de piedras.

—Ahí está el viejo pozo del que os hablé, y allí, al otro lado, donde la verja está rota, estaba la casita del perro. Y donde está ahora toda esa basura estuvo el aparcamiento. Lo sé por las fotos. También el árbol, que fue un abeto enorme. Y justo por aquí corría una valla. ¿Lo veis? Pero... No lo entiendo.

El tronco del abeto caído ha aplastado un cuarto del edificio del hotel, y su copa ha hecho que se venga abajo el techo. Estás segura de que si la naturaleza pudiera asesinar conscientemente, ese sería el resultado.

—¿Y dónde está tu madre? —pregunta Stinke.

—No lo sé.

—Aquí no está viviendo, eso seguro, vamos —dice Schnappi.

—¿Qué crees tú? ¿Quién podría saber dónde está tu madre?

—No tengo ni idea, Stinke —responde Taja, irritada—. No conozco a nadie aquí.

—Pero si tú...

—¿Es que estás sorda? —la interrumpe Stinke—. Si Taja dice que no lo sabe es porque no lo sabe.

Te vuelves hacia Taja.

—Tal vez debamos preguntar ahí abajo, en el pueblo. Seguramente todos se conocen.

—Sí, claro, tal vez —admite Taja, y por un momento la situación se distiende, y tú te alegras de haber abierto la boca.

Tu estómago ya no necesita más tensión, ya lleva un buen tiempo retorciéndose, y ahora necesitas muchas cosas —una ducha, por ejemplo, con desayuno incluido—, pero eso de vomitar como una estúpida embarazada no forma parte de lo que quieres.

«Probablemente todo se aclare —piensas—, tal vez la madre de Taja viva en una de esas casas elegantes que están junto a la orilla, y se está riendo a carcajadas de que hayamos subido hasta esta ruina.»

Durante un tiempo seguís mirando la ruina, entonces Schnappi se da la vuelta.

—Vamos, quien quiera café que...

Ella enmudece, se queda como petrificada. Tú sientes un cosquilleo en la espalda, justo debajo de tu omóplato izquierdo. No quieres darte la vuelta.

«No, no quiero.»

Si pudieras detener ese momento y contemplarlo desde fuera, verías la escena surrealista en la que estás. El sol se ríe a carcajadas de vosotras, la niebla sobre el fiordo se ha disipado, el aire matutino es claro y refrescante.

Es un magnífico día de verano en Noruega, los pájaros cantan, estás ante las ruinas de una casa, unas ruinas horribles, pero todo está bien, porque todo parece estar en armonía, y si todo está en armonía, la vida se torna más fácil.

«Todavía no quiero.»

En contra de tu voluntad, te vuelves, y miras la oscuridad de ese rostro.

DARIAN

Dejáis Vik, y al cabo de tres kilómetros veis emerger el fiordo a vuestra izquierda. Tu padre ignora el cartel que indica la dirección a Lunnis, gira en el cruce a la derecha y se mete por una carretera estrecha que sube una colina.

Una iglesia aparece ante vosotros. Está hecha de madera oscura, parece sacada de esas viejas películas japonesas de samuráis, que ladran sus órdenes como perros. No puedes saber que se trata de una iglesia típica, y tampoco puedes saber que tu padre estuvo en esa iglesia, en la boda de Oskar y Majgull, sin poder apartar los ojos de la novia. Junto a la iglesia hay un pequeño cementerio. Parece que allí solo se entierra a alguien cada cien años.

Pasáis por delante de la iglesia y entráis en un camino forestal.

—¿Y adónde vamos ahora? —preguntas.

—Sorpresa.

Al cabo de pocos minutos os veis rodeados de coníferas. El bosque es bastante tupido y oscuro. Bajas un poco la ventanilla, y el aroma de la resina se posa fríamente en tu cara e inunda el coche. Al cabo de quinientos metros, el bosque se abre y veis una capilla con una cúpula. Delante de la capilla hay un aparcamiento abandonado. Bajáis, camináis a través de un sendero de piedra, pasando junto a la capilla, y llegáis a un segundo cementerio. Ahora ya sabes adónde van a parar todos los muertos. Un cementerio, rodeado de un bosque de coníferas. Sigues a tu padre a través de las hileras de lápidas, y os detenéis ante la tumba de tu abuela. Renunció al nombre de Desche y adoptó nuevamente su nombre de soltera, el que tenía de niña: Sinding. Tu padre dice: —Si murieses antes que yo, te enterraría aquí.

—Yo quiero que me incineren.

Él ríe.

—Veo que te ha gustado el crematorio.

—No quiero estar ahí abajo y que me devoren los gusanos.

—Bien, pues te incineraremos.

—¿Y tú?

—Yo no tengo planes de morir.

Él mira la lápida, como si buscara algo. Tú tenías siete meses cuando tu abuela murió. Y del mismo modo que tu padre hablaba muy poco de Noruega, tampoco hablaba mucho de su madre. Solo la conoces por las historias de Oskar.

—¿La echas de menos?

Tu padre se encoge de hombros.

—Ella nos traicionó cuando éramos niños. Siempre estaba del lado de nuestro padre, y una madre siempre debe estar del lado de sus hijos.

—¿Y qué pasa con los padres?

—Los padres están solo de su propio lado. Así ha sido siempre. Si algún día eres padre, lo entenderás. —Tu padre escupe en el suelo bajo el que yace tu abuela, su madre—. Era una mujer cobarde. A alguien que te traiciona no se le echa de menos.

—¿Y por qué estamos aquí?

Él sonríe.

—No estamos por ella.

Tu padre se sienta sobre la lápida de su madre y señala las tumbas que están a su izquierda.

—Desde aquí hasta aquella estatua del ángel yace enterrada toda tu parentela. Fueron ellos los que construyeron Ulvtannen. Y ese sitio de ahí... —dijo, señalando al lado derecho, que estaba vacío— está reservado para nosotros. El pasado y el futuro, ¿lo entiendes? —pregunta, pero antes de que puedas responder, tu padre hace un gesto de desdén—. Bueno, no tienes por qué entenderlo. Junto a la capilla hay un cobertizo. Allí encontrarás unas palas. Ve y trae dos.

Tú no te mueves.

—La tumba no es para ti —dice tu padre, y puedes leer en sus ojos que todo es posible, también que la tumba sea para ti, si no logras controlarte.

Vas hasta el cobertizo. La puerta está cerrada. De una pared cuelgan algunas herramientas, en el otro lado hay apoyadas tres carretillas, rastrillos, palas y un cortacésped nuevecito. También hay unos cubos metidos uno dentro del otro, y varias regaderas de zinc. Coges dos palas y te imaginas cómo enterraréis a Tanner y a Leo. Sabes que no es lo correcto. Ellos dos se merecían un entierro decente.

Cuando regresas, tu padre se ha quitado la chaqueta y la ha colocado encima de la lápida de su madre. No puedes evitar preguntarle.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

Tu padre coge una de las palas, se aleja un par de metros de la tumba de su madre y la clava en la tierra antes de responderte.

—Vamos a cavar una tumba. Una tumba bien bonita y profunda para esas cuatro chicas.

Pasáis la siguiente hora y media en el cementerio. La tierra está tan blanda que parece que la remuevan cada dos semanas. Trabajáis espalda con espalda. Ya no tienes más preguntas. Estás a la defensiva. Tú solo eres una parte del todo, tu padre conoce todo el plan y no piensa revelártelo. Te inspira miedo, pero conoces ese sentimiento, y te sorprendes una y otra vez.

Como si vieras una película de terror por décima vez. Sabes muy bien lo que va a pasar después, pero el miedo no se aparta de ti.

Salís de la tumba empapados en sudor, sientes tus músculos en forma.

Os laváis en un fregadero que está junto al cobertizo, y tu padre comenta la suerte que tenéis.

—Si fuera domingo no estaríamos solos aquí.

Y entonces regresáis a la tumba. Tu padre se pone de nuevo la chaqueta y se agacha, de modo que su espalda se apoya contra la lápida. Suelta un suspiro. El sol le brilla en la cara, hace un frío agradable, y el calor del verano aún no se hace sentir en el bosque.

—Siéntate, descansa un momento.

Permaneces de pie y miras por encima del cementerio. Le das la espalda a tu padre conscientemente. «Si ahora da una cabezada, yo flipo.» Tu padre suspira por segunda vez. Tiene todo el tiempo del mundo. No tiene planes de morir.

Dejáis las palas junto a la tumba y abandonáis el cementerio, pero no regresáis al coche. Tu padre toma la dirección contraria. Camináis a través del bosque, hasta que veis el agua. El fiordo es como una talla en madera de color azul, que se hace cada vez más grande a cada paso. Te gustaría sentarte en la orilla y meter la mano en el agua.

—Por aquí.

A cien metros del agua, tu padre te guía hacia un acantilado bastante escarpado. Un sendero serpentea hacia arriba. No sabes por qué conoce tan bien este lugar. Eres un estúpido que no sabe nada, alguien que pasa unas breves vacaciones en Noruega. Sería bonito que lo de las vacaciones fuera verdad.

Subís el acantilado. Es una subida ardua, el sol quema, y vosotros no decís palabra. Antes de llegar a la cima, tu padre te agarra por el brazo, tienes que detenerte.

—No será bonito verlo.

—¿Qué no será bonito ver?

—El pasado...

Tu padre mira hacia la derecha. Allí están el fiordo, la orilla opuesta y algunas casas aisladas. Solo falta un velero que se desliza por el agua lentamente, así todo sería perfecto. Tu padre acaba la frase.

—... mires como mires el pasado, al final siempre parece barato, cutre.

Tu padre te suelta el brazo y hace un gesto invitándote a que vayas delante. Al cabo de seis pasos estás arriba, y retrocedes, asustado. Tu padre está detrás de ti, y te pone una mano en la espalda, no hay vuelta atrás.

Es ahí.

Es ahí donde están todas las historias de tu tío, condensadas en un único momento: el hotel sobre el acantilado. Las montañas al otro lado del fiordo. Todo.

«Ulvannen», piensas, mientras las historias de tu tío se van despidiendo de tu memoria con un sonido estridente. Tu padre tenía razón.

Parece como si todo vuestro pasado noruego se hubiese desplomado en esa elevación. Pero eso, por supuesto, no basta, porque delante de la ruina del hotel hay

cuatro chicas que te miran atónitas.

SCHNAPPI

Primero solo asoma una cabeza, y flota en lo alto como un repentino balón; luego aparece el resto. Una calva brillante, una cara pálida. Darian lleva un chándal de color rojo y negro, y unas deportivas blancas. Él os ve y se queda de piedra. Tras él viene un hombre con un traje oscuro y un jersey gris de cuello alto. A pesar de llevar un jersey como ese, no parece que se dedique a escribir poemas. Es delgado y esbelto. Tiene una cara estrecha y una extraño brillo en los ojos. Si alguien así se te cruzara por la calle, cambiarías de acera. Eso lo aprendiste de tu madre. «Presta atención a los ojos.» Ese brillo es desnudo, furibundo. No hay calidez. Lo notas, aunque él no te ve, él solo tiene ojos para Taja. No necesitas tener un coeficiente de inteligencia de doscientos para saber a quién tenéis delante. A tu cerebro le cuesta más esfuerzo averiguar cómo Darian y su padre han conseguido encontraros.

«Nos hemos deshecho del coche —piensas—, lo hemos hecho todo bien.» Quieres gritarles a tus amigas que sería inteligente largarse de allí tan rápido como fuera posible, pero entonces el tío de Taja se pone en movimiento. Es tan veloz que no sabes cómo lo consigue. De repente está a un metro de Taja y dice:

—¿Estás huyendo de mí? —pregunta, y se da unos golpecitos con el dedo en el pecho—. ¿De mí?

Él no se acerca, está allí, delante de Taja, inmóvil, como si hubiera viajado medio mundo solo para decir esas dos frases. Vosotras, instintivamente, habéis dado un paso atrás, en lugar de agruparos en torno a Taja, pero ahí está ese brillo en los ojos de él. Si alguien no retrocede, se lo habrá buscado. Taja empieza a respirar agitadamente.

—¿Qué piensas tú que se te ha perdido aquí exactamente? —quiere saber su tío.

Stinke toma impulso, y Nessi la sostiene por el brazo. Tú quieres moverte, agarrar la mano a Taja y tirar de ella, para apartarla de la furia de su tío, pero entonces vuestra amiga habla, y sus palabras son un susurro en voz alta; si existiese algo así.

Ella dice:

—He venido a visitar a mi madre.

—¿Qué?

Taja se aclara la garganta y dice más alto: —Yo... Hemos venido a visitar a mi madre.

—¡¿Me estás vacilando?!

Su tío, de repente, alza la voz, escupe perdigones de saliva por la boca.

Le pregunta de nuevo si pretende vacilarle.

Taja niega con la cabeza.

Stinke ya tiene suficiente y se libera de Nessi. El tío de Taja la hace detenerse sin dignarse a mirarla: —Muévete un centímetro más, un puto centímetro más, y Darian te volará las rodillas.

Vuestras cabezas se dan la vuelta rápidamente, veis a Darian, que está al fondo, como una sombra expectante, con una pistola en las manos, como si fuese un poli en una peli estadounidense: la sostiene con ambas manos, una colocada a modo de apoyo, bajo la culata, la otra con el dedo en el gatillo, los brazos a la altura del pecho, hacia delante, el cañón apuntando a Stinke.

—¿Qué has hecho? —dice el tío de Taja—. ¿Pensaste que no os encontraría porque habéis cambiado el coche? ¿Y cómo pudisteis joder a Neil Exner? Primero estaba seguro de que formaba parte de vuestro plan, pero luego comprendí que ni siquiera tenéis un plan. Hacéis lo que os viene en gana sin consideración por los demás, y eso se nota. Mira a tu primo. Se ha convertido en un asesino porque vosotras tuvisteis que robarle el coche a un chico al que no conocíais de nada. Sí, Taja, tu primo es ahora un asesino, ha matado por mí. Sería un milagro que se acordase del nombre de ese chico.

Todos cometemos errores, claro...

Entonces él se da la vuelta y escupe unas palabras hacia donde está Darian.

—¡... pero no vamos dejando por ahí los malditos cadáveres!

Vosotras estáis ahí como si os hubiera convertido en estatuas de piedra.

«Marten —piensas—, ¿acaso ese cabrón está hablando de Marten?»

El tío de Taja se dirige de nuevo a su sobrina.

—¿Te sorprende todo esto? ¿Acaso te sorprende algo? ¿Qué pasaría si te digo que esos muertos son culpa tuya? ¿Te sorprendería?

Stinke no puede quedarse callada.

—Ella no ha hecho nada...

—¡CIERRA ESE JODIDO PICO!

Stinke enmudece. Lo que surte efecto en Stinke, no siempre surte efecto en ti. A veces deseas que fuese al revés. «Menudos cuentos chinos son los deseos», le gusta decir a tu madre. Tengas miedo o no, no te gusta que alguien se pase más de dos minutos rajando estupideces, y el tío de Taja ya ha rebasado hace tiempo ese límite.

—Eh, relájate —dices.

—¿Qué?

Él te mira. Ese maldito brillo en sus ojos te hace temblar, pero no eres toda una bastarda por casualidad. Tu coraza es gruesa. No obstante, tienes un deseo. «Si ese tipo cerrara ahora los ojos, sin más, todo estaría bien.» Os separan tres metros. Y si la cosa se pone fea, echarás a correr. Eres rápida, y lo demostraste ayer, así que puedes demostrarlo de nuevo. Pero, por desgracia, no es rapidez lo que se requiere ahora. Primero tienes que reafirmarte aquí.

Ojo por ojo. Sabes cuál es el problema de ese tipo. No se trata de la madre de Taja o del pobre Marten, se trata de Oskar, al que sacasteis del congelador rígido como un bloque de hielo. Por lo menos eso esperas, porque si no se trata de eso, ya va siendo

hora de que te vayas despidiendo. Tu voz se esfuerza por parecer más sonora.

—Que te relajes, he dicho. Taja no ha hecho nada. A Oskar se le paró el corazón. O el cerebro. Fue un derrame cerebral o algo así, ¿lo entiendes?

El tío de Taja te observa como si estuviera delante de una nueva especie animal. A continuación te pregunta: —¿Quién dice eso?

Estás acalorada y le devuelves la pregunta: —¿Quién dice qué?

RAGNAR

—¿Quién dice que a mi hermano se le paró el corazón?

Schnappi te mira como si fueras un idiota de remate. Has de admitir que admiras su insolencia, pero eso no te impediría darle una bofetada.

—Taja, por supuesto —responde ella—. ¿Quién iba a ser? Ella estaba allí cuando sucedió.

—¿Es así?

Tú te concentras de nuevo en Taja. Te dominas, has estado dominándote todo el tiempo. Quisieras agarrar a ese pedazo de mierda y estrangularlo hasta que la delicadeza y la inocencia desaparezcan de su rostro y la verdad se trasluzca tras él.

—¿Y qué pasó después de que metieras a Oskar en el congelador y te atiborraras de drogas? —le preguntas—. ¿Pensaste que podías desaparecer con mi mercancía y venir a visitar a tu madre? ¿Era ese el plan? Si ese era el plan, entonces permíteme que te repita la pregunta: ¿qué se te ha perdido aquí?

—Yo... Yo pensé que mi madre vivía en el hotel. No sabía que...

Taja alza los hombros, mira hacia la ruina, vuelve a mirarte y, por unos segundos, te entran dudas, por unos segundos aceptas su ingenuidad y crees en su inocencia. Te transmite la cálida sensación de que te engañas, que te equivocas, que estás cometiendo un error. ¿Cómo iba a saber ella que eres de esas personas que no cometen errores?

—No sabía lo que había sucedido aquí —dice.

—Ahora lo sabes. En fin, ¿qué opinas? ¿Debo llevarte hasta donde está tu madre?

Taja te mira, no hay ninguna otra reacción, la ingenuidad ha desaparecido de su mirada. Ella niega con la cabeza, no quiere.

—¿Qué tal si les cuentas a tus amigas por qué no quieres?

Taja empieza a llorar sin hacer ruido. Unos hilos invisibles salen de ella y pretenden enlazar tu corazón. Se parece tanto a Majgull que se te hace un nudo en la garganta. Tienes que apartar la vista, y les dices a las chicas: —No tenéis ni idea de lo que está sucediendo aquí, ¿verdad? Vosotras sois las buenas amigas, las que lo hacéis todo juntas porque os conocéis desde hace una eternidad. Leales hasta el final. Una para todas y todas para una.

Niegas con la cabeza, no lo puedes creer.

—Me habéis causado ya tantos problemas, tantos... pero, al mismo tiempo, sois tan estúpidas que deberían prohibiros salir a la calle. ¿Sabéis por qué vuestra Taja, ahora, de repente, no quiere ver a su madre? Porque su madre...

Taja te interrumpe, acentuando cada sílaba.

—Mi madre no está muerta.

—¿Quién lo dice?

—Oskar. Él... Él me estuvo mintiendo todos estos años. Mi madre no debía verme. Él... Él me secuestró. Mi madre no está muerta, jamás tuvo un accidente.

Te acercas mucho a ella, como si quisieras besarla. Ella puede ver a través de ti. «Tendrás que prestarme atención», piensas, y hueles su aliento.

Se parecen tanto, madre e hija. El tenue aroma de la madre, sándalo y naranja. En todos estos años, mantuviste conscientemente la distancia con Taja, porque ese parecido acababa contigo. «¿Qué pasaría si supieran igual?

¿Qué pasaría si su lengua tuviera el mismo sabor?» Ya es hora de que te enfrentes a los hechos.

—¿Quieres saber por qué yo sé mejor que cualquier persona que tu madre está muerta?

Taja frunce el ceño y asiente. Quiere saberlo de verdad, y levanta el mentón, en un gesto desafiante. Tu mirada. Su mirada. Entonces ella pregunta: —¿Por qué?

—Porque fui yo quien la mató hace catorce años.

Hemos vuelto al año 1995, es el final de aquel silencio entre Majgull y tú. Te ha dejado un mensaje en el contestador. Quiere que tú captes su mentira, y por eso, quiere encontrarse contigo en el hotel Plaza de Oslo.

«¿Qué mentira?» Esa pregunta no te deja en paz.

Ese mismo día vuelas a Noruega. Nadie sabe nada del asunto. Solo Majgull y tú. Tu nerviosismo es como una borrachera controlada. Eres el hijo de tu padre, claro, y no has perdido el control, pero en lo más hondo de ti predomina desde hace mucho tiempo un grave desequilibrio. Sin esa mujer solo estás presente a medias, eres feliz a medias, estás satisfecho a medias.

Con ella todo es pleno, perfecto. Ella te hace soñar, ella te hace añorar. Tu matrimonio, en comparación, no tiene valor alguno, y tu hijo es solo como una pieza del equipaje, que uno puede llevarse u olvidar.

Tras tu llegada al hotel Plaza te fuiste a nadar a la piscina hasta quedar exhausto. Estuviste en la sauna e hiciste que te dieran un masaje. Eso hizo que te concentraras en tu cuerpo, y de ese modo tu mente quedó silenciada por un rato. Cuando saliste de la ducha, sonó tu móvil. Estabas preparado para todo: problemas con la empresa, Tanner, confundido, queriendo saber dónde te habías metido, o tu mujer, que ya no tenía interés alguno en esperarte durante un día. Todo era posible, pero no habías contado con tu hermano. Estaba deshecho en lágrimas y no sabía qué hacer.

—Respira hondo —le dijiste.

La situación parecía irreal. Hacía un momento estabas en Berlín, y de repente estás vestido con una toalla, en una habitación del hotel Plaza de Oslo, hablando con tu hermano, con el que hablaste por última vez en Navidad, y quien no puede saber lo cerca que estás de él.

—Ella ama a otro —dijo Oskar.

—¿Quién?

—Majgull, por supuesto. ¿De quién iba a estar hablando?

—Oh.

—Lo sabía, Ragnar, lo estuve intuyendo durante algún tiempo, pero hoy me lo ha confesado. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo hacer? Yo la quiero, ¿qué voy a hacer ahora?

—Lo primero es tranquilizarte.

—Quiere que me encuentre con ese hombre hoy.

—¡¿Qué?!

—Ella... Ella dice que quiere aclararlo todo, que ella...

Tu hermano respira con dificultad, inspira hondo.

—¿Qué debo hacer, Ragnar?

—¿Dónde estás ahora?

—Camino como un loco a lo largo de la terraza, y estoy a punto de arrojarme al fiordo. Ya es la cuarta vuelta, he dado cuatro veces la vuelta a este maldito hotel y ya tengo agujetas.

—Detente.

—No puedo.

—¡Oskar, detente!

—De acuerdo. Ya me he parado. ¿Y ahora qué?

—¿Dónde está Majgull?

—Está cambiando a Taja, quiere que nos vayamos ahora mismo. Ha quedado con ese cabrón en Oslo. Quiere que... Quiere que vayamos todos.

Como una familia. ¿No es una aberración? Me gustaría que estuvieras aquí.

No sé si yo solo podré aguantar esto. Quiere llevar a la pequeña. Dice que no va a salir de la casa sin Taja. ¿Qué pasará si me deja?

—No va a dejarte.

—Ragnar, tengo mucho miedo.

Un sonido estridente resuena en tus oídos y te dice que desaparezcas lo antes posible de Oslo. «Lárgate, esto es demasiado para ti, márchate.» Pero Ragnar Desche no huye. Eso es una ley.

—¿No podrías hablar con ella?

—¿Qué?

—Por favor, Ragnar, ¿no podrías hablar con ella? Tú le caes bien, tal vez puedas hacer que ponga los pies otra vez en la tierra.

Tuviste intenciones de preguntarle qué rayos tenías tú que ver con eso, precisamente tú, pero eso habría sido mera hipocresía. Negaste con la cabeza.

Ni pensar en hablar con Majgull. La viste delante de ti. La viste acercándose al teléfono y preguntándote por qué te inmiscuías. La ves pasándole el auricular a tu

hermano y diciendo: «Mi amante quiere hablar contigo.»

Piensas en que no volverás a verla a ella ni a tu hermano, y en que te mueres de vergüenza. Entonces tuviste muy claro que habría que sacrificar a alguien.

Majgull u Oskar.

—Oskar, yo ahora no puedo hablar con ella. Estoy aquí trabajando, la sala de conferencias está a tope, y la gente me espera. Intenta calmar a Majgull, y dile que no irás con ella.

—Pero es que quiero ir.

—¿Qué? ¿Por qué quieres ir?

—Quiero verle. Quiero saber qué clase de gilipollas se atreve a romper mi familia.

—Oskar, déjalo.

—No entiendes cómo son las cosas. Tienes una buena vida en Berlín, y tu mujer te quiere...

—Majgull también te quiere —lo interrumpes, y sientes que una acidez te sube desde el estómago. Hasta esas simples palabras te causan dolor.

Majgull te pertenecía.

—Me está llamando, tengo que irme —dijo Oskar.

—Espera.

—Gracias por escucharme. Te llamaré en cuanto haya visto a ese cabrón. No quiero perderla, Ragnar, haré todo lo posible por no perderla.

Y tras esas palabras tu hermano colgó.

Quisiste llamar a Majgull y preguntarle cuál era su juego. Pero, en lugar de ello, miraste tu móvil como si fuese un oráculo y buscaste el último mensaje de Majgull que tenías grabado. Nueve horas antes aún no tenías ni idea de cuál era la mentira de la que ella hablaba, pero ahora empezabas a comprenderlo. Majgull quería ofrecerse a ti, quería poner a Oskar ante los hechos, y renunciar a su familia por ti. Oskar debía verte, hablarte, y todo se aclararía. Su distancia, su interés por ti, aparentemente solo sexual, había sido una mentira. Ella pretendía dejar a su familia, y que tú dejaras a la tuya. No sabías si eso te alegraba o te daba miedo.

Era importante ponerse en acción, no podías quedarte allí sentado, a la espera de que los acontecimientos te superasen. Así que alquilaste un coche y condujiste en dirección al norte. Seis horas de viaje, ¿y luego? No sabías lo que pasaría luego. Resultaría difícil explicarle a Oskar que habías subido de inmediato a un avión para ir a resolver su problema con Majgull. Hasta una persona tan crédula como Oskar te habría descubierto la mentira.

«¿Y ahora qué hago aquí?»

Seis horas es mucho tiempo para forjar un plan. Tu móvil estuvo todo el tiempo

sobre el asiento del copiloto. Tal vez ella llamase, tal vez lo cancelara todo. Sin embargo, todo podría ser muy sencillo. Podrías tomar el siguiente avión con rumbo a Berlín. Su nombre podría desaparecer de tu memoria, su número de tu móvil. Pero algo tiraba de ti, esa hambre desmedida. Deseabas a esa mujer. Maldita sea, la deseabas.

Dos coches en camino, dos planetas que no deben tocarse jamás.

Oskar conducía, Taja dormía en el asiento trasero, Majgull no decía palabra. Si lo hubieras visto, hubieras notado el dolor en el rostro de tu hermano pequeño, quién sabe si al verlo no te hubieras dado la vuelta al momento. En cambio, el rostro de Majgull no te hubiera revelado nada. Ella estaba apoyada contra la puerta del copiloto, como si quisiera mantener la distancia con Oskar.

Tu hermano sabía que estaba a punto de perder a su mujer, lo sabía y se dominaba. Quién sabe lo diferentes que hubieran sido las cosas si Taja no hubiera estado acostada en el asiento trasero. Oskar no quería hacer ninguna escena delante de su hija. Quería mirar a los ojos a su rival y luego decidir cómo seguiría la cosa. Tú y él siempre os habíais parecido. En las situaciones de crisis habíais esperado siempre al último momento para decidir cómo reaccionar. Tu hermano y tú.

Y tal vez hasta os cruzarais en el camino, y de ese modo cada cual habría llegado a su destino. Tú, a Ulvtannen; ella, a Oslo. Tú, a los peldaños del hotel de la playa; ella, al vestíbulo del hotel Plaza. Tal vez se habría esfumado toda esa energía oscura, pero tú sabes que eso no sucedió.

No llevabas ni dos horas en la carretera cuando no aguantaste más, cogiste el móvil y marcaste su número. Tenías que averiguar si estaban de camino. Ni por un momento pensaste en llamar a Oskar. Lo que te importaba era hablar con Majgull.

Ella respondió a la segunda llamada. Sus palabras fueron cálidas, te sonrió a través del teléfono.

—En cuatro horas llegaremos a Oslo —dijo ella en inglés—. Me alegro mucho —dijo, y lo repitió—. *I am happy, I am so happy.*

Y entonces oíste a Oskar decir en alemán:

—Pásamelo.

Y a Majgull diciendo:

—No pienso hacerlo.

Y oíste a Oskar maldecir y exigir que le diera el teléfono.

Y a Majgull diciendo que prestara atención a la carretera.

—¡DAME ESE TELÉFONO O TE METO UNA HOSTIA!

—¡TÚ NO VAS A PEGARME! ¡TÚ NO!

Oskar jamás había tenido la intención de pegarle, te lo juró más tarde, dijo que solo la había amenazado porque quería que le entregara ese maldito teléfono. Ella ignoró su amenaza, así que él tiró de su mano. No pudo coger el teléfono y le agarró

la muñeca. Ella tiró, el coche empezó a zarandearse, Oskar conducía a mucha velocidad. Cuando un coche empieza a pegar bandazos a ciento treinta kilómetros por hora se necesita mucho control para mantenerse en el carril. Y Oskar perdió el control. Su mano derecha estaba sobre la muñeca de Majgull. Quería aquel maldito teléfono costase lo que costase. Majgull dio otro tirón y trató de liberarse. Por suerte no venía ningún coche en dirección contraria.

El coche saltó al otro carril, volvió al suyo, se apartó de la carretera, cayó en una fosa, salió disparado por el talud y dio dos volteretas, antes de caer de costado.

A través del teléfono, oíste el grito de tu hermano, el chirrido de los neumáticos, el golpe seco y sordo, cuando el coche se volcó. Luego, de repente, reinó el silencio, y en medio del silencio apareció el llanto tenue de una niña.

Hasta el día de hoy no has entendido tu reacción. Abriste la ventana y arrojaste el teléfono. A través del espejo retrovisor, lo viste rebotar dos veces sobre el asfalto, antes de deshacerse en pedazos. Solo en ese instante frenaste y te arrimaste al borde de la carretera. Te temblaban los brazos, el corazón te palpitaba a ritmo irregular. Estabas sentado en el coche y repasaste una y otra vez en tu mente, una y otra vez, cada segundo transcurrido. Al cabo de quince minutos le diste la vuelta al coche y pusiste de nuevo rumbo a Oslo.

Te fuiste directamente al aeropuerto y no tuviste que esperar ni una hora para que saliera un avión en dirección a Berlín. Poco antes de las ocho, bajaste de un coche delante de tu casa y llegaste a tiempo para leerle a tu hijo un cuento, mientras en un hotel de Oslo una toalla húmeda colgaba de una percha y se secaba.

Nadie te preguntó dónde habías estado.

Nadie pensó que te habías marchado.

La llamada llegó poco antes de medianoche. Oskar llamaba desde el hospital de Laerdal. Tenía una herida en la cabeza, pero a la pequeña Taja no le había sucedido nada, no se había llevado ni un rasguño. Era un milagro.

Los médicos habían atiborrado a tu histérico hermano de tranquilizantes, de modo que solo decía cosas incoherentes, pero el sentido de lo que decía se fue filtrando, ese sentido llegó hasta ti y de ese modo te enteraste de que, al volcarse el coche, Majgull se había roto el cuello. Y una y otra vez Oskar dijo que debía haberte escuchado, que todo hubiera sido distinto si te hubiera escuchado.

Y de ese modo acaba esta breve historia de Ragnar, que destruyó al amor de su vida con una sola llamada telefónica. Y nos la reservaremos para nosotros, porque esa historia no le incumbe a nadie más.

La frase «Porque fui yo quien la mató hace catorce años» es más que suficiente como declaración.

No es necesario que haya más verdad.

STINKE

—¿Y es ahora cuando nos enteramos de todo eso?

No puedes quedarte callada, así que das un paso hacia delante y empujas al tío de Taja hacia un lado, como si fuese un mueble atravesado. No tienes ni idea de cuándo alguien lo empujó por última vez, pero por el rabillo del ojo ves cómo su rostro se ensancha, como una maldita crepe que se ha salido de la sartén. Bueno, da igual, tu problema aquí es otro. Y la torre Eiffel, en comparación, es solo como una caja de cerillas.

—¡Taja, dame una respuesta!

Ella no responde. Tú la golpeas con ambas manos en el pecho, y ella se tambalea hacia atrás, casi a punto de caerse. En realidad, no tiene que responder, su cara te lo revela todo. Y tú no lo crees, sencillamente no lo crees. Vuestra buena amiga os ha mentado. Le habéis salvado el culo y habéis limpiado su mierda, y ella os ha mentado. Señalas a Ragnar Desche, tu voz es un chillido: —¡¿Entonces tu madre está muerta y este cabrón la mató?! ¿Es así?

¿Cuándo pensabas contárnoslo?

En el instante siguiente te estalla la cabeza. Sientes como si una bomba te hubiera dado un beso con lengua. No entiendes lo que ha pasado. «Ahora mismo estaba aquí de pie.» Intentas levantarte, pero el brazo se te resbala, tu equilibrio va en una montaña rusa, yaces en el suelo. Que te sirva de lección: la violencia imprevista es una hija de puta que se alimenta de la sorpresa. Y esa hija de puta lleva ahora un traje elegante y dice: —Qué ganas tenía de hacerlo.

El tío de Taja se sacude la mano, y en ese mismo instante Taja echa a correr. Pretende llegar hasta la carretera, y cree de verdad que será capaz de pasar de largo junto a su tío, el cual solo necesita estirar el brazo para agarrarla. Ragnar tira de ella bruscamente, y la espalda de su sobrina golpea contra su pecho.

—¿Adónde piensas ir? Si acabamos de llegar.

Él se da la vuelta con Taja, para que vosotros podáis verla. Tus amigas te levantan, Nessi te rodea con su brazo. Oyes un clic en tu oído izquierdo que se disipa solo lentamente. «Está utilizando a Taja como escudo», piensas, y la lógica te lo revela todo: «Quien necesita escudarse es porque está cagado de miedo.»

—Aún no hemos acabado —dice el tío de Taja—. Aún no lo hemos escuchado todo. ¿No es verdad, Taja? Ahora vas a contarnos lo que le pasó realmente a Oskar.

—Fue... Fue un accidente —dice Taja, y os mira con expresión suplicante.

«Salvadme, vamos, ayudadme», os dice su mirada.

—¿Qué clase de accidente? —pregunta su tío.

—Él... Oskar estaba allí sentado y... discutimos, y de repente... ya no estaba... dejó de respirar. Sencillamente... Se acabó. Como el abuelo...

También el abuelo murió así, ¿no? Eso me lo contó Oskar...

—Taja...

—¡Lo juro! ¡De verdad!

Su tío saca una pistola y apunta, claro, hacia ti. Estaba claro, tiene una deuda privada contigo, estaba más claro que el agua. Que se atreva a enfrentarse contigo sin pistola, entonces le aplastarías los huevos, y chillaría como un ratón.

—Mira bien a tus amigas —dice él—. Les voy a cerrar esas bocas con un disparo si no cuentas lo que pasó de verdad.

—Ya lo dije...

—¡DEJA YA DE MENTIR! ¡YO LO VI TODO!

Taja cierra los ojos.

—Lo vi todo —le susurra su tío, pero vosotras entendéis cada palabra, porque de pronto reina un silencio absoluto en aquel acantilado, no hay gaviotas, no hay viento que estorbe cuando él le dice a Taja en un susurro—: tres de las cámaras estaban funcionando. Estuvieron funcionando durante los últimos diez días. Es como si hubiera estado allí. ¿Vas a poner en riesgo las vidas de tus amigas por tu mentira?

Todas miráis a Taja, pero no tenéis ni idea de qué cámaras está hablando. Pero podéis notar que Taja sí lo sabe. Su rostro cobra una expresión tan triste que estás segura de que se va a echar a llorar. Ella abre los ojos, no hay lágrimas en ellos, Taja os mira y, en esos instantes, algo sucede con vuestra amiga, como si una parte de ella se desprendiera de su persona y desapareciera para siempre. Y entonces ella dice dos palabras que vosotras no queréis oír. Lo que queréis oír es: «¡Corred, este hombre está enfermo!»

Queréis oír que Ragnar Desche es un cerdo miserable, y que todo eso no son más que pérfidas mentiras. Querríais oírlo todo, pero no esas dos palabras.

Sin embargo, ahí están. Vivid con ello.

—Lo siento.

TAJA

No es uno de tus momentos más heroicos. Mira a tus amigas, aún no saben cuál es la sorpresa que les aguarda, pero pueden oler que algo podrido se cierne en el aire, lo perciben en cada fibra de sus cuerpos, como si esa descomposición tuviera alas y cayera sobre ellas desde diez mil metros de altura.

¿Pensaste de verdad que no iba a salir a flote? Como mínimo, cuando estuvisteis delante del hotel en ruinas, debiste comprender lo tambaleantes que son las piernas sobre las que se sostiene la realidad.

Claro que te sorprendiste.

Pensaste que el hotel todavía tendría el aspecto de las fotos. Pero ¿por qué el tiempo iba a mostrarse generoso con un sitio que está vacío desde hace doce años? El tiempo no se muestra generoso con nadie. Aunque lo conviertas en tu dios, él se ríe de ti. Como ahora. ¿Lo oyes? Su risa suena como una tormenta, y esa tormenta llegó exactamente hace un año, con una refrescante lluvia de verano cayendo sobre Berlín. Los truenos te mantuvieron durante un tiempo en vela, como si el tiempo supiera muy bien lo que querías.

Reuniste todo tu valor y bajaste para beber un vaso de agua. Pensaste que de paso podrías echar un vistazo a lo que estaba haciendo tu padre.

Había noches en que se quedaba en su buhardilla hasta altas horas de la madrugada, trabajando en algún nuevo *jingle*. Y había noches en que tenía visita.

Sabías que esa noche estaba solo.

Por eso fuiste arriba y miraste en el dormitorio. Él estaba tumbado de costado, respirando relajadamente. A veces pegaba una sacudida, cuando, fuera, algún trueno hacía temblar el cielo. Tú oías la lluvia caer sobre el suelo de tablones y cerraste la claraboya. Estabas en su habitación, habías dado el primer paso. Vacilaste unos minutos y te quedaste contemplándolo, escuchando su respiración, antes de tumbarte a su lado, como solías hacer antes, cuando eras pequeña. A los diez supiste que aquello había acabado.

«Ya no soy una niña», dijiste. Y esta noche tampoco eres ya una niña, pero quieres estar junto a tu padre. Por un rato, a resguardo. Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que Kai te había dejado y ahora estaba con Jenni; tal vez te sintieras sola y solo querías escuchar que todo estaba bien. Aunque tal vez eso también sea una mentira.

Te tumbaste detrás de tu padre, y te sentiste bien. Calidez. Él sintió tu presencia, porque se volvió y te miró sorprendido. Pero antes de que pudiera decir nada, lo rodeaste con tus brazos y lo apretaste contra tu cuerpo, como si estuvieras perdida y él fuera tu salvación. Tu corazón latía desaforadamente al hacerlo, confuso, y tu pierna se deslizó entre las de él. Solo entonces tu padre empezó a comprender, poco a

poco, que ya no eras su niña pequeña.

Quiso apartarte, retrocedió verdaderamente asustado, y eso fue demasiado para ti, eso no podía ser, él no podía apartarte de un empujón, por eso lo agarraste por los hombros, tu respiración en su cuello. Sentiste su erección, y fue a la vez chocantemente hermoso y agradable, porque una erección quería decir algo, significaba que estaba excitado, significaba que lo excitabas.

Él te echó de la cama. Estaba asustado, se libró de tu abrazo y te echó de la cama. Se cubrió las piernas con la manta, mientras que tú, perpleja, te quedaste sentada en el suelo, en camiseta y con unas bragas negras que habías escogido especialmente para esa noche. La planificación lo es todo. Y solo quien se arma de valor alcanza su objetivo.

—Tú... ¿Eres tú?

Tu padre intentó reír.

—¿Qué te pensaste? —preguntaste, y te acariciaste el culo, pensando en su erección, al tiempo que te preguntabas si todavía la tendría. Hasta entonces solo te habías acostado con Kai y siempre tenías que darte prisa, porque su erección llegaba y se iba como si cada dos minutos dudara de si quería tener sexo o no.

—¿Tienes miedo por la tormenta? —preguntó tu padre en un falso tono desenfadado, y tú viste en sus ojos que había querido decir otra cosa. Algo así como: «¿Estás loca? ¡¿Cómo has podido hacer eso?! ¡Yo soy tu padre!»

Pero él no lo dijo, y eso te insufló valor.

—Una pesadilla —respondiste, y te levantaste. Te diste la vuelta y le mostraste tu culo, y le preguntaste si había algún moratón, y al hacerlo lo observaste de reojo. Él no miró, se quedó con los ojos fijos en la manta y dijo que no, que no había ningún moratón, y que si te apetecía un poco de leche caliente con miel.

Y así acabó la noche, con vosotros dos en la cocina, cada uno con una taza de leche caliente y miel en la mano, con unas velas, mientras una tormenta de verano hacía de las suyas afuera, y vosotros, dentro, hablabais de música.

Y durante dos días reinó la paz.

Durante dos días él te estuvo observando de soslayo.

Al tercer día te plantaste de nuevo, en plena noche, delante de su cama.

—¿Papá?

—Sí.

No estaba durmiendo. Debió de oírte cuando entraste. Tal vez te estuviera esperando. Te gustaba esa idea. Estaba de espaldas a ti.

—¿Puedo tumbarme a tu lado?

—Taja, esto no puede ser.

—Me siento muy sola.

—Pequeña, esto...

Entonces empezaste a llorar. Era un llanto auténtico, ni por un segundo fue fingido. No sabes cómo manejar el rechazo. Te quedaste de pie al borde de la cama, llorando, y extendiste una mano hacia él. «Ayúdame.» Él se dio la vuelta. Te temblaba la mano. Vuestros dedos se tocaron. Él te atrajo hacia la cama y te sostuvo entre sus brazos, del mismo modo que solía sostener en sus brazos, seis años antes, a su pequeña hija. Estabas de espaldas a él, y él te sostenía con firmeza. Era bonito, pero no era lo que tú querías. «Más.»

Lentamente, empezaste a frotar tu culo contra su entrepierna. Él se echó hacia atrás, intentando ocultar su erección, pero tú agarraste sus brazos y él no pudo alejarse más. «Quédate.» Lo oíste suspirar, su respiración en tu nuca, el olor a hierba y a un poco de vodka. «Mío», pensaste, mientras tu culo se frotaba contra él, y entonces le cogiste la mano sudada y te metiste el dedo pulgar en la boca. Así de sencillo fue todo.

No era amor, no era pasión, era puro poder. Y por supuesto que queremos oír que fue la desesperación lo que te arrastró a eso. La soledad, el maltrato, la violencia. Danos algo para que podamos entenderte y perdonarte. Pero no hay nada. Solo vemos una chica de quince años que ha querido saborear su poder y cuyo único pretexto es que su novio la ha dejado. Nada más.

Tú lo has querido. Has crecido con eso. Con cada ocasión se incrementa tu valor, mientras que los intentos de resistencia de tu padre se hacen cada vez más débiles. Cuando te metiste en la ducha con él, cuando le pusiste la mano sobre los pantalones por la mañana, en la cocina. Discretamente, siempre discretamente. Nunca cuando había visitas, nunca cuando estaba componiendo. Todavía podías ser la hija que vivía su vida y no se interponía en la de su padre; pero también podías ser aquella guarrilla que lo seducía y que se sentía triunfante al hacerlo.

Cuando alguna que otra mujer se quedaba a pasar la noche, le preguntabas por la mañana si había estado bien. Él se ruborizaba, intentaba justificarse, pero tú lo dejabas con la palabra en la boca. Te divertía, habías asumido el papel de tu madre, pero sin pensarlo. Y tal vez en algún momento te hubieras hastiado, y la costumbre se hubiera perdido y habrías dejado ir a tu padre, como a un chico que ya no te interesa. Sin embargo, las cosas no llegaron a ese punto, porque tu padre empezó a alejarse.

No podía más, no quería más.

Había pasado medio año. Nadie sospechaba nada, tampoco tus amigas tenían ni la más remota idea. En la casa solo vivíais tú y tu padre, encerrados en un capullo. Tu padre sabía que no estaba bien. Decía que no quería mostrarse como un pequeño burgués con prejuicios, pero que aquello no podía seguir. Tú conocías tus armas y las usaste. Te pareces tan jodidamente a tu madre, por eso tocaste todas las teclas. Vestidos y peinados. Y en Navidades te cortaste el pelo, ya que tu madre, en su boda,

llevaba un corte a lo chico. Te convertiste en su segunda Majgull, y tu padre sería un mentiroso si hubiera afirmado que no le gustaba.

Pero no duró mucho tiempo. Hasta el verano estuvo evitándote, pero entonces se vino abajo del todo, tomó más drogas, bebía vodka desde el desayuno y planteó la posibilidad de que fueráis a ver a un psicólogo. Se volvió paranoico a causa de la culpa. No quería quedarse contigo a solas en casa, en una misma habitación, se avergonzaba y decía que se metería él mismo en la cárcel, voluntariamente, si era preciso.

Y en eso llegó aquel miércoles.

Por la noche no había dormido, había estado trabajando en unas canciones y se había puesto hasta las cejas de anfetaminas, porque temía que lo sorprendieras mientras dormía. Por la mañana apareció en tu cuarto y se quedó allí, mirándote, sin más. Te despertaste asustada cuando él se tumbó a tu lado. Habíais cambiado los papeles, él ya no podía estar sin ti, y por mucho que se resistiera, no lo conseguía. Entonces lo dijo. Dijo: «Me rindo.»

Él, ahora, eras tú, y quiso que lo abrazaras. Lo abrazaste hasta que se quedó dormido, y entonces te levantaste y te duchaste. Algo no iba bien, tu victoria tenía cierto regusto a vacío, había algo, definitivamente, que no iba bien.

Cuando saliste del baño, él ya no estaba en tu cama. Te sentiste aliviada. Tuviste la sensación de que acababas de despertar de un sueño.

Entonces lo oíste hablando por teléfono, abajo. Su voz sonaba como si en cualquier momento pudiera echarse a reír a carcajadas. Tú te acurrucaste detrás de la escalera y escuchaste.

—Tal vez una semana, tal vez más tiempo. Unas vacaciones me harán bien. Diana siempre ha querido ir a la Côte d'Azur. No, sin Taja. ¿Qué te piensas? Ella se las arregla sola. Ya sabes cómo son los chicos.

Tu padre puso fin a la conversación, y tú bajaste las escaleras. Él estaba en la cocina bebiendo zumo de naranja. Estabas furiosa, increíblemente furiosa, y quisiste saber qué se traía entre manos. Él rio.

—¿No te lo he contado?

Te había tomado el pelo y ni siquiera lo ocultaba. Su desamparo parecía haberse esfumado de golpe, otra vez tenía el control sobre sí mismo. Una fría y distanciada indiferencia te miraba desde sus ojos. Tu padre dijo:

—Necesitamos una pausa.

—Yo no necesito ninguna pausa.

—Mala suerte.

Y de repente apareció otra vez esa risa.

Pasó por tu lado, fue hasta el salón y se dejó caer en el sofá. Puso los pies sobre la mesilla, cogió el mando a distancia y empezó a hacer *zapping*.

Fuera lo que fuese lo que le hubiera devuelto el equilibrio, era algo que te enviaba de nuevo al principio de todo. No podías probar suerte, nadie te había dado una carta para jugar allí, todo era falso, y hasta tu voz daba pena.

—No puedes dejarme aquí sola.

Eras otra vez su hija. Él se incorporó y se lio un porro, sin mirarte, encendió el mechero, dio una calada, suspiró, todavía sin dignarse a mirarte y dijo:

—Ya eres una niña grande. Invita a tus amigas. Haz una fiesta.

—Oskar, no puedes huir de mí, así sin más.

—No me llames Oskar.

—Es tu nombre.

Por fin te miró.

—Eres una guarra. Como tu madre. ¿Lo sabías?

Pensaste que habías oído mal. Podía insultarte cuanto quisiera, pero no insultar a tu madre.

—Mamá no era ninguna guarra.

—Tenía aventuras con otros, así que era una guarra.

—¡¿Que hacía qué?!

—¿Crees que soy tan mal conductor como para perder el control de un coche y caer en una cuneta? Tu madre se rompió la crisma porque quería abandonarme. ¿Lo has entendido? Quería abandonarnos a ti y a mí. Y Dios la castigó por eso. Si es que existe un Dios, en este caso hizo bien.

—¿De qué estás hablando?

—De que era una guarra, Taja. Que se te meta bien en la cabeza. Y no tienes que saber nada más. Lo llevas en la sangre.

—¡Mientes! ¡Eres un mentiroso de mierda!

—Cree lo que te dé la gana. Debí verlo desde el primer día. Tu madre siempre hizo lo que quiso.

—Por lo menos no se dejó follar por su padre.

Él guardó silencio y miró fijamente el televisor, con los ojos muy abiertos. Ya no respiraba, lo habías pillado, él había querido ocultártelo, y su voz sonó embotada:

—Tú no eres mejor que tu madre, así que desaparece. Ya no puedo verte ni en pintura.

Y tú desapareciste, desapareciste en lo más hondo de ti misma, y rodeaste la mesa, y te plantaste delante de él, de modo que ya no podía ver el televisor. No se atrevió a alzar la vista, su mirada estaba fija en tu entrepierna, porque tu entrepierna estaba a la altura de sus ojos. Ya no pensaba en sexo, ya no pensaba en nada. Entonces abriste las piernas y te sentaste sobre sus muslos.

—¡Mierda, lárgate!

Pero no se resistió de verdad. Sus manos encontraron tus caderas, pero se sentía

débil, estaba colocado y no consiguió bajarte de encima de él.

—Taja, ¿a qué viene esto? ¡Esfúmate!

Entonces tú cogiste uno de los cojines y lo oprimiste contra su cara.

Querías asustarlo, querías que le entrara miedo de verdad y entendiera el daño que eso te haría. Él se volvió como loco y empezó a pegarte. Era ridículo. Te habías peleado con algunas chicas que eran más fuertes. Intentó apartarte de él, empujando tu barriga. Y entonces te enfureciste de verdad.

¿Qué estaba haciendo? Tú solo querías asustarlo, ¿por qué se ponía así? Su puño derecho te acertó en la cara, el mando a distancia te arañó la frente. Te dolió, la sangre se te metió en el ojo, sentías un dolor muy agudo. Le gritaste que se tranquilizara.

—¡JODER, TRANQUILÍZATE!

Ni siquiera lo pensó, era un amasijo de pánico, e intentó levantarse.

Pero tú te sentaste con todo tu peso sobre el cojín. No supiste hacer otra cosa, no te merecías eso, ese pánico, esos golpes, esa maldita injusticia. Habías hecho tanto por él, hasta te habías cortado el pelo, y siempre habías estado a su disposición, le regalaste tu amor, y ahora él te abandonaba, como a otra de tantas.

Y ahora pretendía irse al puto sur de Francia.

Y sin ti.

Al final su pierna izquierda pataleó una única vez, y se quedó sentado, quieto, con la cabeza hacia atrás, sin pánico, muy tranquilo. Pero tú no podías aflojar la presión, se había atascado el interruptor de la presión, no podías soltarlo, sencillamente, y seguiste apretando el cojín contra su cara, un minuto más, y otro. En algún momento tu cuerpo cedió y caíste exhausta encima de tu padre, pegaste tu frente contra la suya. Solo el cojín os separaba.

Durante todo un día. Durante todo un día no retiraste el cojín. Lo observabas, eras como una gata que se deslizaba por la casa, y quitaste las baterías de sus teléfonos. El silencio era importante. Bebiste todo lo que encontraste, y no dejabas de observar a tu padre allí sentado, con el cojín sobre su cara.

El segundo día retiraste el cojín. Él tenía un aspecto apacible. Lo sentaste bien, tenía los ojos abiertos y no querías que estuviera mirando todo el tiempo al techo. Buscaste en su mirada, y sentiste como si pudiera verte, como si pudiera entenderte. No querías cerrarle los ojos. Era hora de poner fin a todo, de separarse de verdad. Pero tú no querías que acabara. Tu padre estaba sentado en el sofá, del mismo modo que se sentaba siempre, con el mando a distancia en la mano. Solo que ahora su mirada pasaba de largo de ti, estaba perdida.

Al tercer día sacaste las drogas de la maleta de metal. Ellas te hicieron la

situación más soportable, pero también provocaron que no soportarás más ver a tu padre. Después de arrastrarlo hasta el sótano, pasó un siglo a cámara lenta. Viviste de dormir y de tomar heroína, el sofá era tu casa, y los días eran como juegos de luces sobre las paredes. Y así te encontraron tus amigas.

Ellas se asustaron, se compadecieron, y aunque te juraste que se lo contarías todo, al final no pudiste hacerlo. Te hubieran odiado, jamás se habrían mostrado contigo como hasta ahora. Nada de admiración, nada de amor, nada.

Te hubieran llamado «follapadres», y no querías arriesgarte a que eso sucediera.

Las mentiras salieron de tus labios como nuevas verdades. Y así fue como te ganaste a tus amigas para tu causa. Tú eras la víctima, y ellas querían salvarte, tú te dejaste salvar y te creaste una nueva realidad.

Stinke encajaba perfectamente en todo. Conocías las teclas que tenías que pulsar, podías prever sus reacciones. Por eso le mostraste las drogas en el escondrijo de tu padre. Pretendías desaparecer con tus amigas, pero, bajo ningún concepto, debía parecer que el plan fuera tuyo. Eso hubiera llamado demasiado la atención, hubiera sido un error. Tu meta era tu sueño, tu meta era Ulvtannen. Estabas segura de que si empezabas todo desde el principio, lejos de Berlín, bien lejos, todos te olvidarían, y entonces tu alma tendría una oportunidad de empezar de nuevo y todo te sería perdonado. Además, así, cuando acabase el instituto, podríais seguir juntas. Todo lado oscuro tiene su espacio de luz. Tú y tus amigas. Nada os retenía verdaderamente en Berlín.

En algún lugar de Oslo o de Bergen encontraríais a un traficante que pagaría un buen dinero por las drogas de tu tío. Lo que Darian conseguía con sus rondas por los clubes nocturnos, vosotras lo resolveríais en un pispás. Y luego estaba el hotel de la playa, en el que podríais vivir. Pertenecía a la familia, y tú eras tu familia. Creías firmemente que Noruega te recibiría con los brazos abiertos. Y cuando el dinero empezase a escasear, pensabas trabajar en la hidroeléctrica, como tu padre, como tu madre. Querías cultivar algo y convertirte en una noruega de pura cepa. Y estabas segura, además, de que a tus amigas les encantaría. Tendríais siempre la casa llena, seríais inseparables y esa sería vuestra nueva vida.

Eso era todo lo que querías.

Tu primer error fue no contárselo, no decirles de quién eran las drogas.

Tu segundo error fue pensar que sabías cómo actuaría Stinke. ¿Cómo pudiste ser tan estúpida? Stinke es impredecible. Ella cogió las drogas y se las ofreció a tu primo. Eso jamás hubieras podido preverlo. Jamás. Y cuanto peor se ponía la situación, tanto más te aferrabas a tu mentira. Y perdisteis a Rute.

No es, en realidad, uno de tus momentos más heroicos. Nos has mentido. Y para proteger tu alma oscura, has llenado de suciedad nuestras almas. Y nosotros te

creímos, ingenuos como somos, caímos en la trampa de creer lo de la llamada desde Noruega, te aceptamos lo de la discusión con tu padre, la historia de que tu abuela había muerto y que te había dejado un hotel en herencia, y también creímos que tu padre era un miserable, un mentiroso que te había ocultado la existencia de tu madre durante catorce años, te creímos todo eso, porque tienes dieciséis años, y eres un cielo y estabas en apuros; ¿quién no hubiera caído en la trampa? Con nosotros podías haberlo hecho, en definitiva nosotros somos meros espectadores, pero el que hayas mentido a tus amigas, que les hayas hecho creer que tu madre estaba viva todavía... Quién sabe si ellas te lo perdonarán alguna vez.

Una única verdad nos dijiste, sin embargo. Fue tu sentimiento de culpabilidad el que te arrojó a las drogas. No podías dormir, te reconcomías por dentro, y buscaste una salida de emergencia. Tu culpa sí que era auténtica. Tu padre jamás debió morir. Y tú lo sientes. Y sabes que ya no puedes volver atrás. Es la única verdad que nos has dicho.

Les cuentas a tus amigas cada detalle porque esperas que ellas te entiendan. Durante esos minutos, tu tío deja de existir. Estáis solo tú y tus amigas. Tras la última frase se instala el silencio, un verdadero silencio. Tu tío baja el arma y te suelta. Quieres darte la vuelta y gritarle. Y del mismo modo que no creíste a tu padre cuando te dijo que tu madre era una guarra, tampoco crees que tu tío la matara. Es un mundo de mentiras, y en ese momento tú eres el centro de ese mundo. Pero en eso Stinke da un paso adelante. Claro, tenía que ser Stinke. La guerrera. Es a su veredicto al que más temes. Su veredicto. Su rabia. Ella da un paso adelante y te pega. Con la mano abierta, te cruza la cara. Una vez. Luego otra. Y tú le sigues ofreciendo el rostro. A tu Stinke, que tiene los ojos llenos de lágrimas, a tu querida Stinke, a la que has traicionado. Cuando ella levanta la mano por tercera vez, tus amigas la retienen. Stinke resopla y maldice.

—¿Y qué hay de Rute, pedazo de mierda? ¡Nuestra Rute ha muerto porque tú no fuiste capaz de no bajarte las bragas!

Stinke intenta liberarse.

—¡Maldita sea, soltadme! ¡Nos ha mentado, y voy a acabar con esa guarra! ¡Soltadme de una vez!

—Soltadla —dice tu tío, y guarda el arma—. Tiene derecho a estar furiosa.

Schnappi y Nessi sueltan a Stinke de mala gana. Vuestras miradas se encuentran. No te defenderás, da igual lo que pase, Stinke puede hacer contigo lo que le apetezca: por Rute, por toda la mierda que has organizado.

Stinke pasa por tu lado, en dirección a la montaña de basura, y coge un tubo del tamaño de un brazo. Lo sostiene en la mano como una espada, suelta un gruñido y echa a correr hacia donde estás tú. Tú no habías contado con eso. No tienes tiempo

para reaccionar. Te quedas allí de pie, y cierras los ojos.
«Esto ha sido todo.»

DARIAN

Tienes los brazos muy pesados, los músculos muertos, tu sangre bulle, los ojos te duelen, y tu cerebro intenta procesar lo que está pasando.

«¿Que Taja ha hecho qué?!»

Intentas entenderlo, pero no hay nada que entender, y entonces te das la vuelta. Y en ese momento Stinke empieza a golpear a Taja, una bofetada, otra, y las demás chicas se interponen y la retienen, pero en eso tu padre dice:

—Soltadla. Tiene derecho a estar furiosa.

Tu padre se equivoca. Es tu misión estar furioso. Solo tuya. «¿Cómo pudo ella hacer eso?» Tienes intenciones de interponerte, quieres decir que tu misión es darle una mano de hostias a la psicópata de tu prima. De no ser por ella, ahora no estaríais todos ahí. Ella lo ha destruido todo, ella ha destruido el cuento de hadas de Ulvtannen. Pero antes de que puedas decir una palabra, Stinke coge un tubo y echa a correr hacia donde está Taja.

«Esto ha sido todo.»

Tu padre está satisfecho. No tiene que ensuciarse las manos, Stinke lo va a hacer por él. Te mira, te ve allí, desconcertado, con el arma en la mano, sin entender el mundo. Tu padre ha hecho sus deberes, lo ha sabido todo el tiempo y te lo ha estado advirtiendo. Por eso jamás pudisteis ver las grabaciones de las cámaras. No quería revelarlo. Ni siquiera quiso decírselo a Tanner. Y ahora te sonrío satisfecho. «Así se hacen estas cosas, chaval», te dice su mirada.

«Es maquiavélico», piensas, en el momento en que Stinke pasa corriendo junto a Taja y le pega con el tubo a tu padre en la sien, con toda su fuerza. Tu padre cae al suelo, y tú te quedas allí de pie, incapaz de procesar todo aquello.

«¿Qué...?»

Tus brazos se hunden, un sordo gemido sale de tu boca. Las chicas ven lo asustado que estás, como si ellas tampoco supieran lo que está pasando.

Stinke está de pie delante de tu padre, hay sangre en el extremo del tubo, y ella también te mira, deja caer el tubo, se da la vuelta y les grita a sus amigas:

—¡CORRED!

Todas corren en dirección al hotel. Tienes sus espaldas delante de los ojos, tienes un arma en la mano, y levantas los brazos, sostienes la pistola con tranquilidad. Nessi va en retaguardia, y empuja a Schnappi; Taja corre justo detrás de Stinke. Cabellos rojos, negros y rubios. Tu dedo reposa sobre el gatillo, los pasos de ellas apenas se oyen sobre el suelo, y solo cuando han llegado a la zona embaldosada, delante de la entrada del hotel, resuena un ritmo agitado, y eso te libera de tu rigidez. Respiras hondo y contienes el aliento. He ahí de nuevo el hielo bajo tus pies, y el cielo sobre tu cabeza, y lo sabes: «Si dudo ahora, todo habrá acabado.» Esas son las reglas, así que

ni lo pienses, nada de dudar.

SCHNAPPI

Sientes como si te movieras bajo el agua, con esos lentos movimientos del nadador que tanto detestaste siempre, porque apenas te permitían avanzar. Nadar nunca fue tu pasión, es algo más bien para jubilados con dolores de espalda o para gente a la que les gusta mearse en el agua en secreto. Ayer eras un cohete, y hoy podría ganarte en una carrera hasta una mariposa con mochila. Y aunque sientes que no avanzas, sorprendentemente no eres la que va última, lo cual no se debe ni por asomo a tus largas piernas.

Nessi te empuja desde atrás. Tiene la mano apoyada en tu espalda, pero no por eso el hotel se aproxima más rápidamente.

—¡Corre, Schnappi! ¡Joder, corre!

Ella te empuja, tú tropiezas y casi te caes, y entonces, tus piernas vuelven a ser tus piernas, el tiempo se compadece, y todo sucede de un modo vertiginoso. Stinke desaparece dentro de la casa, y cuando Taja se dispone a atravesar la puerta torcida de dos hojas, oyes el primer disparo. Tu espalda, de golpe, arde, y te detienes abruptamente, casi te caes.

Luego el segundo, el tercer disparo.

Te das la vuelta.

Nessi ya no está detrás de ti, nadie está detrás de ti. Miras al suelo.

Nessi yace allí, y su hombro izquierdo es solo unos jirones de carne, ves el brillo de los huesos, la sangre mana y mana, formando un charco alrededor de tu amiga. No puedes apartar los ojos de ese brillo, y sientes el calor de tu espalda y que algo te corre por el brazo. No quieres mirar, pero miras, y en tu brazo hay un jirón de piel, justo donde acaba la manga de tu camiseta.

Levantas la vista. Darian te ha apuntado con el arma y tú sabes que eso no ha sido todo. «Ese cabrón me va a volar ahora la tapa de los sesos, y yo estoy aquí de pie, sin poder hacer nada. Pero ¿qué final estúpido es este?»

Darian aprieta el gatillo, el disparo te golpea en el estómago, con un calor abrasador, y Nessi te dice:

—¿Todo bien?

Parpadeas, estás en el vestíbulo del hotel, y todo está envuelto en una especie de bruma; el aire a vuestro alrededor centellea a causa de las partículas de polvo que habéis levantado al correr. Te miras la barriga. Una franja de sol se ha clavado en tu estómago, calentándolo. Stinke cierra de golpe la otra hoja de la puerta, el sol se ha quedado fuera, viene hacia vosotras y quiere saber si has visto algún espíritu o qué. Coges a Nessi por los hombros y le das la vuelta.

—¿Qué pasa contigo? —pregunta Nessi.

La abrazas, la aprietas contra ti.

—Pequeña, ¿qué tienes?

—Dejad ya de decir memeces —dice Stinke—. Ese cabronazo casi nos pilla. No podemos quedarnos aquí, esperando el próximo autobús. Tal vez haya una salida trasera.

—No.

Os dais la vuelta. Taja está sentada al pie de una amplia escalera que conduce hasta la primera planta y que parece como si alguien la hubiera estado destrozando durante doce años con un martillo neumático. Taja se abraza, como si sintiera un frío de muerte, y se mece ligeramente hacia delante y hacia atrás.

—La casa fue construida justo sobre el acantilado —dice—. No hay salida trasera.

La miráis fijamente; tu fuga mental ha quedado olvidada, ahora solo tienes delante a Taja, que está pálida, con un aspecto penoso, y la ves meciéndose ahí, y por ese instante quedan olvidados también Darian y su padre. Estás a punto de pedirle que deje de mecerse, pues es algo inquietante, es como si se hubiera roto todo su equilibrio interior. Nessi formula la pregunta que os asalta a todas.

—Pero ¿por qué, Taja?

No se refiere a lo del padre de Taja ni a todo lo que pasó entre ellos. Eso a vosotras os interesa una mierda, para ser sinceras, eso es asunto de Taja.

—Pensé que podíamos empezar de nuevo —responde ella—. Pensé que podía funcionar.

Ahora vosotras podríais animarla y decirle que todo está perdonado y que conseguiréis empezar de nuevo. Podríais, pero no lo hacéis, porque sería mentira. Las heridas están demasiado frescas. Sientes cómo la tensión aumenta. En cualquier momento Stinke puede echársele encima a Taja. Haz algo.

—Tenemos que escondernos —dices rápidamente—. Este hotel es enorme, y si vienen a buscarnos podríamos encontrar un modo de escabullirnos.

No es que el plan sea muy brillante que digamos, pero es mejor que nada. Tú haces lo mismo que Taja cuando se le ocurrió la idea de subir por la carretera que va hasta el acantilado: corres delante, y tus amigas te siguen, también Taja. «Gracias a Dios también Taja», piensas, y enfilas el pasillo a la izquierda, pasando delante de habitaciones llenas de escombros y basura.

Finalmente, el tronco del abeto os corta el paso, la pared de alrededor se ha venido abajo, y no podéis vadear los escombros.

Os dais la vuelta y llegáis de nuevo al salón de la entrada. No sabéis con certeza lo que estáis buscando. ¿Una puerta sobre la que haya un cartel anunciando una salida de emergencia? ¿Un agujero en un sótano en el que podáis ocultaros? Sabes que jamás te ocultarás en un sótano.

«Primero me muero.»

Hay un cuarto que antes debió de ser la biblioteca. Estanterías combadas, libros manchados por todas partes, una chimenea en la que hay una silla destrozada, el grafiti de un pirata enorme que cruza una pared como un cuadro al óleo. La habitación da al fiordo. Salís a la terraza y os quedáis junto a la barandilla. La caída es muy escarpada. No, eso no es una salida de emergencia.

Continuáis corriendo.

Un baño, una habitación muy pequeña, una sala de baile, una habitación grande, más escombros. Se lo han llevado todo. Hay cables que cuelgan del techo, cortinas hechas jirones, más grafitis. Al final del pasillo veis una puerta cerrada. Es la primera que veis cerrada. Todas las demás puertas faltan o cuelgan torcidas en sus marcos. Empujáis la puerta para abrirla. Es el cuarto más apartado. El último. Ya no podéis seguir. Una imponente cocina se abre ante vosotras, está intacta. Es cierto que hay unas grietas en el techo, y en la esquina de una pared se ha formado una capa de moho, también algunas ventanas han sido apedreadas pero, por lo demás, la cocina parece intacta: dos cocinas, un fregadero de cerámica, tan grande como una bañera, sartenes y ollas colgando de las paredes, y en medio una maciza mesa con doce sillas. En el extremo de esa mesa está sentado un hombre, con las manos sobre el tablero, como si quisiera impedir que la mesa saliera flotando. No estás segura de si se trata de uno de esos lapsos tuyos, una de tus alucinaciones. Tal vez de un momento a otro tu padre entre por la puerta y pregunte quién quiere pizza.

—Podéis entrar tranquilamente —dice el hombre.

Parece como si hubiera estado esperándoos. Es extraño. No sonrío, no hace absolutamente nada, solo os observa, con las manos sobre el tablero de la mesa, sin trucos. Sientes que ya no puedes respirar. Los ojos del hombre están como apagados. «Fríos —piensas—, jodidamente fríos.» Estáis todas agolpadas en el marco de la puerta, y miráis y miráis. Entonces Stinke dice lo que todas estáis pensando.

—¿Nos hemos equivocado?!

DARIAN

Las chicas han desaparecido dentro de la casa, y no le has acertado a ninguna. Tres disparos y, joder, no has acertado a ninguna. Te pasas el arma de una mano a la otra, y mueves los dedos agarrotados. Tenías el cuerpo demasiado rígido. Hubieras deseado tener la flexibilidad de un gato, pero eras como un trozo inerte de madera, sin ninguna agilidad.

Vas hasta donde está tu padre, que yace en el suelo, inmóvil. No puedes ver si respira o no. La sangre tiene un brillo opaco en el sitio donde el tubo le pegó, en plena cabeza. Apartas el tubo y te agachas. Pretendes preguntarle si te oye, dónde le duele y qué debes hacer. De esas tres preguntas saldrá una simple corroboración. Y esta te asusta tanto como la verdad que has oído por boca de Taja.

—Has matado a mi mejor amigo.

Tu voz suena estridente. Es la adrenalina, el eco de los disparos, y, sobre todo, la decepcionante sensación de haber fracasado. «Ya está dicho.»

Estás sobreexcitado y cambias el arma de mano, a la de disparar. Tienes a tu padre tumbado delante de ti, podría estar muerto, podría estar vivo, pero sea como sea, tus pensamientos han salido por tu boca sin filtrar y ahora esperas que la realidad a tu alrededor se quiebre con una explosión. Por supuesto que no sucede nada, de modo que sigues hablando: —Me has mentido porque pretendías educarme. Lo sé. Tanner me lo dijo, me lo dijo todo.

Es una nueva sensación, estás agachado delante de tu padre, dices lo que piensas, y no pasa nada. Te cagas en el hielo que está debajo de ti, que debe romperse, te cagas en tu padre, porque debe estar muerto. «Muerto», piensas, y sientes alivio, un alivio que no has sentido jamás. Como después de un orgasmo, como un trago de agua después de una semana de sed.

«Muerto.» Tu padre ha fracasado, se ha dejado derrotar por una chica. Y te ha mentado. Eso pesa, eso tiene su peso. Querías reservártelo para ti, y ahora ya está dicho. Eres una nenaza.

—Él era mi mejor amigo.

Observas el arma en tu mano y mueves el seguro hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo. Qué fácil sería ahora meterle una bala a tu padre. Entonces sí que todo habría acabado. Ya no volverías a ser tú, él ya no volvería a ser él.

«Si él está muerto, yo vivo.»

Luego tirarías el arma al fiordo, te echarías a tu padre al hombro y regresarías al cementerio. Lo meterías en la fosa abierta y también meterías allí a Tanner y a Leo. Te aliviaría cubrir de nuevo la fosa tú solo, poner de nuevo las palas en el cobertizo y luego irte hasta el coche. Tal vez regresarías a Berlín, o tal vez te perderías en algún bosque noruego, convirtiéndote en un mito.

«Todo es posible.»

Apartas los ojos del arma y miras a tu padre. Tiene los ojos abiertos, la voz ronca.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Tú mataste a Mirko.

—Joder, Darian, ¿qué ha pasado aquí?

—Stinke te ha derribado de un golpe.

Él no se mueve, solo sus ojos, su boca.

—¡¿Qué?!

—Te pegó con un tubo. Ese que está ahí. No la viste venir.

Él parpadea, se pasa la lengua por los labios, entorna los ojos, pretende echar un vistazo a su alrededor, pero no puede mover la cabeza; le tiembla la mano derecha, pretende cerrarla, pero desiste.

—Y tú mataste a Mirko. Tanner me lo contó. Mataste de un disparo a mi mejor amigo.

Tu padre tose, toma aire, su mirada acusa el dolor, él no quiere oír eso, pero no tiene opción, está desamparado.

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué dijiste que habían sido las chicas?

—Porque encajaba en la historia.

—¿Encajaba en la historia? ¿Qué quiere decir eso?

—Tienes que aprender a encauzar tu rabia. Te he trazado un rumbo.

Además, ese Mirko era un cagón. Me ofendió. Por lo visto Tanner no te contó eso. Tu amigo nos estuvo tomando el pelo a todos. Tú habrías hecho lo mismo si...

—¡No puedes matar a mi mejor amigo así, sin más! —lo interrumpes.

Interrumpes al hombre al que nadie interrumpe, y añades en voz baja—: Eso no puede ser.

—Claro que puede ser. Soy tu padre. Puedo hacer cualquier cosa. ¿¡Es que has olvidado quién soy!?! ¿Qué te pasa? ¿Es que estás empezando a lloriquear? ¿Dónde están tus huevos? ¿Eres un castrado? Tú has matado a un chico y no pudiste ni mirarlo a la cara. Reflexiona sobre eso. Piénsalo, maldita sea, y abre los ojos y mírame. ¿Qué pasa? ¿Te tiembla la mano? ¿Es que quieres vengarte ahora de mí y meterme una bala en la cabeza?

Tú solo lo miras, tu mano deja de temblar, mueves el seguro de la pistola hacia arriba y hacia abajo, arriba y abajo. Y entonces piensas en Leo, y piensas en Tanner. Piensas en cómo el arma se disparó en tu mano, cuando el chico enloqueció. Tres disparos y dos muertos.

«Porque lo estropeé.»

—Ayúdame a levantarme, no siento las piernas.

—Quiero una disculpa.

—¡¿Qué?!

—Quiero que te disculpes conmigo.

—Darian, deja ya esa chorrada, la cabeza me va a reventar y no puedo mover mis jodidos brazos ni mis jodidas piernas. ¡Ayúdame a levantarme!

—Discúlpate.

Tu padre te clava la vista, su mano izquierda se aferra a la tierra, no puede hacer nada más. Su voz es el siseo de una serpiente.

—Tú, mamón de mierda, que te quede claro, no tengo ningún motivo para disculparme, yo...

Enmudece, los ojos se le salen de las órbitas, se pone pálido, luego vuelve la cabeza hacia un lado y vomita. Da pena. Ya nada le funciona. Stinke le ha pegado con ganas, ni siquiera puede limpiarse el vómito de la barbilla.

Su cabeza gira rápidamente, escupe perdigones de saliva al aire.

—¡Ayúdame, Darian! Te lo diré otra vez, ayúdame, pedazo de hijo de puta con musculitos. ¡AYÚDAME A LEVANTARME, SOY TU PADRE!

Sabes que si pudiera te zarandearía ahora mismo. «Pero no puede.»

Impasible, estás agachado junto a él, y no hay ningún motivo para retroceder ni un milímetro. Está muy débil. Te llevas la mano al pecho, te la pones sobre el corazón, ahora sí que tienes ganas de llorar desconsoladamente, porque acabas de comprender, y esa comprensión está llena de emociones, y te entristece. Crees entender a tu padre por última vez.

—Creo que no tienes corazón —dices—. Por eso no sientes nada, por eso puedes ser como eres. Se olvidaron de darte un corazón.

Tu padre ríe.

—Deja ya de decir sandeces. Todos tenemos corazón. Sin corazón nadie podría vivir. Tal vez debería enviarte de vuelta al instituto, idiota.

Es una risotada falsa, ni siquiera se refleja en sus ojos. Los dedos de su mano derecha se mueven un par de centímetros en dirección a ti, el brazo inerte los frena. No apartas la mirada de tu padre.

—Darian, ayúdame a levantarme, estoy aquí, tumbado en mi propio vómito, ¿es que no lo ves? Ayúdame a levantarme y larguémonos de aquí.

—No pienso hacerlo.

—¿¿Qué?!

—He dicho que no pienso hacerlo.

—¿Qué quiere decir con que no piensas hacerlo? Nadie quiere que pienses nada.

En eso tiene razón, y eso duele, pero tiene razón. Así que hazlo rápido y sin rodeos. Dilo.

—Tú ya no eres mi padre.

EL VIAJERO

Después de dejar a las chicas durmiendo, miraste hacia lo alto del acantilado y solo ves rocas, algunos arbustos, pero ningún hotel. Sigues la carretera, alcanzas la cima y no das crédito a lo que ven tus ojos. Allí donde las chicas verán dos horas más tarde ruinas y caos, tú ves algo muy diferente.

«¿Qué es esto?»

Te recuerda un hotel de playa que viste hace muchos años en Montenegro. La casa podría ser de la época colonial, pero no encaja aquí.

Ahora entiendes por qué aquel hombre con el perro se rio antes. ¿Quién se toma el trabajo de subir a este acantilado para ver una ruina como esta?

Las habitaciones están destrozadas, hay grietas en los techos y agujeros en las paredes, los suelos están cubiertos de basura. Pero puedes ver que son suelos de calidad. Tablones que resisten los elementos, no se han torcido ni doblado. El salón de la entrada está embaldosado y tiene cuatro columnas, una ancha escalinata conduce a la planta de arriba, le falta el pasamanos aquí y allá, y parece como si los escalones fueran a ceder bajo el menor peso.

Caminas con cautela y subes a la primera planta. Habitaciones vacías, y en los baños han arrancado los sanitarios y la grifería. Tú pasas el dedo por el empapelado, como si buscaras el pulso. En la segunda planta alzas la cabeza y miras al cielo. Ya no hay techo, las vigas están al desnudo, las ramas secas de un abeto cuelgan dentro y te recuerdan los tristes árboles de Navidad a principios de febrero en los bordes de las calles.

Mientras bajabas te imaginaste a los muchos huéspedes que habrían bajado y subido por esas escaleras. Te imaginaste lo que pensaban, cómo verían el futuro desde este lugar. Cada casa tiene su alma. Y el alma del hotel no ha desaparecido. Sigue respirando, y vive oculta en las paredes. Y aunque aún no has podido encontrarle el pulso, sabes que está ahí.

De vuelta en la planta baja, al final del pasillo encuentras una puerta cerrada. Está trabada, la madera debe de haberse hinchado. La empujas con el hombro y la puerta se abre de golpe.

La cocina es imponente y está casi intacta. Hay una mesa con sillas, y en el suelo restos de cristal y piedras, un calendario de 1997, con la foto de dos gatitos. En el fregadero hay un esqueleto de paloma, debió de haber entrado por la ventana y seguramente fue demasiado estúpida para encontrar la salida. Un antiguo reloj de estación ferroviaria cuelga en un lado de la pared, le falta el minuterero. «¿Quién robaría un minuterero?», te preguntas, y abres los armarios. Platos, tazas, copas. Encuentras latas caducadas hace diez años. La cocina es una cápsula del tiempo. Vas

hasta la puerta y la cierras de nuevo, la cápsula ha quedado sellada, solo a través de las ventanas rotas entra el presente y te echa su aliento en el rostro. Te sientas y colocas las manos sobre el tablero de la mesa. El polvo y la suciedad no te estorban. Estás muy quieto, solo escuchas los sonidos de la casa, esperando tomarle el pulso.

Parece que han pasado minutos, pero has estado sentado allí dos horas, y seguirías sentado más tiempo probablemente si no oyeras ahora unas voces.

«Ellas han encontrado la casa», piensas, y no te mueves.

Es como una pieza de teatro transmitida por la radio. Oyes a las chicas discutir. Luego se hace el silencio. Un hombre habla. Habla con dureza, con furia. Te gusta el sonido. Entiendes cada palabra, y poco a poco, se van estableciendo las relaciones.

«El asesino de mi hijo está delante de la casa.»

No te mueves. La chica que se llama Taja se confiesa. Y tú escuchas y no te mueves, con ambas manos sobre el tablero de la mesa, los ojos fijos en la puerta cerrada. Pacientemente.

Puedes imaginarte quedándote aquí para siempre. Empezarías por la planta baja, devolviéndole la vida al hotel paso a paso, eliminando la basura, techando el edificio, sacando de las ruinas su antiguo esplendor. Cuando estuviste en la primera planta saliste a la terraza. Delante de ti estaba el fiordo, y debajo las rocas. El fin de la civilización no podría ser más hermoso.

«Un lugar para quedarse.»

Los disparos hacen que te estremezcas. No oyes gritos. Nada. Solo tres disparos secos y luego silencio. Sigues esperando, con las manos sobre el tablero de la mesa, en silencio, muy quieto. Miras hacia la puerta, que se abre de golpe para dejar paso a las chicas. La puerta golpea contra la pared, rebota, la frágil asiática la sostiene con una mano. Te miran asustadas. Dices:

—Podéis entrar tranquilamente.

Ellas no se mueven, han contado con todo, pero no contigo. La pelirroja frunce el ceño y dice:

—¿Nos hemos equivocado?!

Te miras el pecho, vuelves a mirar a las chicas.

—Mi hijo me regaló esta camiseta. Pensó que nunca me la iba a poner, pero se equivocó. Sentaos.

La asiática niega con la cabeza. Es lo último que quiere hacer. Tendrás que ser más convincente. Diles la verdad, transmíteles la sensación de que han llegado.

—Aquí estaréis seguras.

No hay reacción. No cifran muchas esperanzas en la seguridad que les promete un extraño que está sentado en una casa en ruinas y lleva puesta una camiseta estúpida.

—¿Cuál de vosotras es Taja?

Por fin reaccionan, se miran, se dan la vuelta. La chica del cabello dorado dice:
—¿Dónde está Taja?

TAJA

Estás de pie en medio del pasillo, mientras que las chicas continúan corriendo. Ellas no lo notan, miran dentro de las habitaciones y se van alejando cada vez más de ti. Es el fin de las dulces amigas. Tu mayor temor se ha hecho realidad. Ya no eres parte de ellas. Ya no eres parte de nada.

Aunque en los últimos días hayas hecho como si todo fuera como antes, has vivido únicamente del recuerdo de una Taja que perteneció a ese grupo.

«Había una vez cinco chicas y yo era una de ellas.»

La vergüenza te desborda, y probablemente te echarías a llorar de nuevo si no sintieras ese dolor. La bala ha penetrado algunos centímetros por encima de tu pelvis. Te ha acertado cuando entrabas corriendo por la puerta principal. Primero fue solo un desgarrón, te tambaleaste y diste con el hombro contra una de las columnas, pero luego vino el dolor. Te llevaste la mano a la cadera, y viste sangre en tus dedos. Tus amigas no deben enterarse, no quieres sus cuidados ni su compasión. «Es solo un rasguño», te mientes a ti misma, mientras la herida late como la luz de un estroboscopio, agitada y nerviosa.

Y a veces estás ahí y a veces no estás.

Tus amigas no han notado nada, ni siquiera Nessi, que se entera de todo; tienen el miedo metido hasta los huesos, en cualquier momento pueden entrar Darian y tu tío, en cualquier momento puede llegar la hora, y entonces ya no servirá de nada que Stinke haya atrancado las dos puertas, porque si tu tío viene, ya nada en este mundo os puede salvar. Por eso habéis corrido por el hotel, buscando un sitio donde esconderos. Seguiste a tus amigas durante un rato, como si un escondite pudiera salvarte. Cuando os visteis ante un callejón sin salida, os disteis la vuelta y las seguiste hasta la entrada, pero entonces te paraste. Sencillamente no querías seguir y te separaste de tus amigas.

Desde que entraste en el hotel solo tienes un objetivo.

La escalera gime a cada paso. Evitas los huecos que hay en el suelo y te sostienes con la mano derecha en la pared, pero no te atreves a quitar la otra mano de la herida. Tus labios se mueven, y murmuras tu mantra.

«Una casa entre las rocas. Agua por debajo de mí, y sobre mí, el cielo.»

En la primera planta escoges el mejor cuarto, el que da al fiordo.

También aquí ha desaparecido el cristal del ventanal de la terraza, y solo una esquirla cuelga del marco como una coma. Tu padre te contó que el cristal de las ventanas y las puertas eran Jugendstil. Arrancas la esquirla del marco y la sostienes en la mano, hacia el sol, a contraluz. Brilla con un suave color naranja.

«Aquí nació yo», piensas, y sales al exterior.

La terraza tiene dos metros de ancho y le da la vuelta a toda la casa. Te gustaría

recorrerla a todo lo largo, pero el suelo se ha hundido al cabo de pocos metros, y la pared que da al exterior se ha derrumbado, llevándose consigo la terraza y su barandilla. Cuando te estaban saliendo los dientes, tu madre te daba la vuelta en el cochecito a toda la terraza, porque era la única forma de tranquilizarte. Y eso noche tras noche. Dieciséis vueltas a la terraza deben de haber sido su récord. Tú no podrás dar ni una sola vuelta, estás atrapada.

«Una casa entre las rocas.»

Estás temblando de frío, aunque el sudor perla tu frente y el aire es cálido. La luz del sol reposa sobre el fiordo como una piel de celofán. La niebla ha desaparecido, y en la otra orilla ves las montañas y una carretera por la que avanzan lentamente dos coches. Te inclinas hacia delante, la barandilla cruje y se dobla ligeramente hacia fuera. Ahí está la playa de guijarros con el embarcadero techado. Todo es como tu padre te lo describió.

Miras hacia abajo. El acantilado es alto, muy alto. Una gota de sudor se desprende de tu nariz. Stinke diría ahora: «Es lo suficientemente alto.» Te preguntas cómo sería caer ahí abajo y golpearte. El trozo de cristal se te cae de la mano y desaparece en las profundidades. No, no estás pensando en morir, pero tampoco estás pensando en vivir. Quieres quedarte en ese estado intermedio. Con tu dolor, tu culpa y tu sufrimiento. Te lo mereces, mereces sentirte tan sucia.

Si tu madre estuviera aquí, te entendería, y entendería tu soledad. Lo crees, te aferras a ello. Tu madre comprendería que la hayas despertado de nuevo a la vida durante un par de días. Durante dos días has estado viajando hacia ella.

Detrás de ti, apoyadas contra la pared, hay seis tumbonas, están deterioradas, como la fachada, y han adoptado el mismo color gris. Mientras viajabas en pos de tu madre, en tu delirio, las tumbonas eran de color verde y cedían suavemente bajo tu peso. Abres una, y esta se desmonta bajo tus manos. Coges la tumbona que está detrás. Cruje y se tambalea cuando te sientas y estiras las piernas. La tela aguanta, te apoyas completamente, es la mayor sensación de relajación que has tenido desde hace mucho tiempo.

Mejor que cualquier droga, mejor que cualquier mano que te acaricie. Miras el fiordo. Es como llegar a casa.

«Debajo de mí, el agua; encima de mí, el cielo.»

STINKE

Miráis el pasillo, gritáis su nombre, pero Taja no responde. Miráis al hombre, como si él pudiera saber lo que está pasando. Y poco a poco cobras conciencia de lo descabellado que es esto. Encontrarse a alguien en esta casa en ruinas. Alguien, además, que habla alemán.

«Alguien que nos conoce.»

—¿Cómo conoces a Taja?

—Sentaos, así podremos hablar.

Vosotras no os movéis.

—Mejor nos quedamos de pie —dices—, porque no tenemos tiempo para charlar, ahí fuera hay dos locos que quieren matarnos a tiros.

Nada de eso conmueve al hombre. Es la tranquilidad personificada, y repite que allí estaréis seguras. Nessi se mueve como si tuviera que ir urgentemente al baño, y entonces te susurra que ese tipo es muy extraño.

Vaya novedad. Finalmente, Schnappi explota: —¿Por qué estamos seguras aquí? ¡Además!, ¿quién eres tú?

El hombre coloca una llave sobre la mesa.

—Vosotras habéis venido con mi coche.

«¡Ahí está la llave!», piensas, y enseguida te dices que eso es una estupidez, porque le robasteis el coche a Marten y no a un hombre que tendrá unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años y lleva puesta una camiseta idiota. Ese no es su coche. Entonces se oye un clic, y tú, de repente, sabes quién está sentado delante de vosotras. Schnappi lo comprende en ese mismo momento.

—No puede ser —dice ella.

Nessi está otra vez bloqueada, no entiende ni papa.

—¿Qué pasa?

—Es el padre de Marten —dices tú.

—¡¿Qué?!

Nessi te mira con ojos desorbitados, y luego mira al padre de Marten, y empieza a balbucear.

—Nosotras... no queríamos hacerlo. Pero luego... Necesitábamos el coche, ya que...

—Está bien —dice el hombre, y por un instante ves que una nube cubre sus ojos, pero a continuación la nube desaparece de nuevo y lo que queda es una frialdad que hasta entonces no te había llamado la atención.

«Ese hombre está aquí, pero al mismo tiempo está muy lejos.»

—Nosotras no le hicimos nada —dices.

—Pues yo pienso que sí. Le robasteis el coche. Si no hubieseis aparecido

vosotras, Marten estaría ahora en Kristiansand.

No puedes replicar nada a eso. La voz serena de ese hombre te pone nerviosa, y casi desearías que se enfureciera. Pero no hay nada ahí, está allí sentado y acaricia la llave con la yema de los dedos. Si la cosa se pone fea, os libraríais de él en unos diez segundos. Pero ¿adónde vais a ir? El padre de Marten en el hotel y el tío de Taja ahí fuera, y para redondear la escena, está Darian, pegando tiros a tontas y a locas. La vida no os está mostrando precisamente su lado más dulce, pero el hecho de que no suceda nada desde hace un par de días, no cuenta mucho.

El hombre mira hacia la ventana, y entonces os pregunta quién son los dos que están ahí fuera. Se lo decís, le contáis el pozo de mierda en el que os habéis metido. Primero hablas tú, después lo hace Nessi, pero quien toma la palabra, principalmente, es Schnappi. Cuando ella empieza a hablarle de las drogas, el padre de Marten la interrumpe.

—No se trata de eso.

«Por supuesto que no se trata de eso —quieres decir—, no se trata de orgullo ni de venganza, pero tampoco de un par de millones de euros que Nessi ha tirado por el asfalto, porque yo no pude evitar llevarme las drogas, y porque Taja no pudo evitar follarse a su padre y luego asfixiarlo con un cojín.»

—Aquí tenéis la llave de mi coche —sigue diciendo el padre de Marten—. Ya os devolveré el Range Rover, pero Marten está muerto en el asiento trasero, y no tengo ganas todavía de moverlo de allí. Además, es un Autobiography.

El hombre sonrío, cansado. No tenéis ni idea de lo que está diciendo.

—Podéis quedaros con mi coche todo el tiempo que queráis. Marchaos y no miréis atrás.

—¿Que hagamos qué? —preguntas, como si el padre de Marten se hubiera pasado todo el tiempo hablando en chino.

—Que desaparezcáis.

—No podemos salir ahí, nos dispararán.

El hombre niega con la cabeza.

—Ellos no os harán nada.

En ese preciso instante oís unas voces fuera. Schnappi se acerca a la ventana y retrocede de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntas.

—Darian está agachado junto a su padre. Están hablando. Le has dado bien, el cabronazo sigue tumbado en el suelo.

—¿Le has pegado? —te pregunta el hombre.

—Nos amenazó.

—Pudiste haberlo matado.

—En aquel momento daba igual.

—¿Y si ya estuviera muerto?

—También daría igual —admites, y sabes que es cierto, porque el tío de Taja se merecía algo más que un tubazo. El hombre te hace un gesto de aprobación con la cabeza, respeta tu rabia. ¿Cuándo ha respetado alguien tu rabia?

«Le caigo bien.»

No estás segura de si eso es bueno o es malo. Schnappi se da cuenta de que algo está pasando entre vosotros dos, así que ladea la cabeza y le dice al padre de Marten: —Mi madre me ha hablado de ti.

El hombre aparta la vista de ti, eres libre de nuevo. Su voz delata que está sorprendido cuando pregunta: —¿Lo ha hecho?

Schnappi asiente.

—Mi madre me ha dicho, cuando veas a alguien que no la tiene, echa a correr más rápido que el viento, más rápido que la luz. Porque los que no la tienen te roban el aliento, ellos no tienen nada que perder y por eso no temen a nada ni a nadie.

—Tu madre es una mujer inteligente.

—Mi madre es una bruja, y por eso no la soporto.

—Nadie soporta a las brujas.

—No, nadie las soporta.

—En fin...

Schnappi respira hondo.

—¿... tú también eres de los que no la tienen?

—Yo soy uno de los que no la tienen —le confirma el hombre, y por mucho que te esfuerzas, no sabes de lo que están hablando esos dos.

El hombre empuja la llave del coche, y esta se desliza por la mesa hacia vosotras. Nessi la atrapa. Pero tú sientes el apremio de preguntar: —¿Cómo nos encontraste?

El hombre sonríe.

—Eso es un malentendido. Vosotras me habéis encontrado a mí, yo jamás os he buscado.

—¿Cómo? ¿Eso es una respuesta?

—Es una respuesta. Y ahora marchaos y cerrad la puerta al salir.

Por supuesto que esa respuesta no te basta, pero Nessi te tira de un brazo y Schnappi del otro.

Abandonáis la cocina, y Nessi cierra la puerta a vuestras espaldas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella en voz baja.

—Ese sí que está como una cabra —dice Schnappi en voz alta.

—Pssst. Baja la voz, todavía puede oírnos —dice Nessi, y tira de vosotras por el pasillo, en dirección a la entrada.

—¿A qué te referías con eso de que «no la tiene»? —le preguntas a Schnappi.

—Es uno de los que no tienen alma, y también lo habrás notado tú.

—¿Que es qué?!

—¿Es que no lo habéis visto? No tiene alma, ¿lo habéis entendido?

No puedes describir lo que has visto, solo puedes decir que el hombre era frío y distante. Pero ¿cómo suena eso?

«Bueno, en cualquier caso, mejor que eso de no tener alma.»

Ahí has estado bien.

Llegáis al salón de la entrada. No hay rastro de Taja. Miráis hacia la entrada del hotel. Las puertas cuelgan torcidas en el marco, de modo que el sol introduce sus delgados dedos a través de ella.

—¿Vendrán a por nosotras?

—Si vienen, los mandamos a la cocina, a ver al padre de Marten.

Nadie te ríe el chiste. No podéis apartar los ojos de la puerta. Podríais quedaros allí todo el día, diciendo tonterías. Como hacíais delante del instituto, cada vez que había exámenes y apurabais el último cigarrillo, hasta que el filtro se chamuscaba.

—En cualquier caso, yo no salgo ahí fuera.

—No podemos escondernos como conejos y esperar a que vengan a buscarnos —dices.

—Primero deberíamos encontrar a Taja —dice Nessi.

Sabías que ella iba a salir con eso. Schnappi se muerde el labio, y tú intentas ignorar a Nessi, pensando: «Prefiero salir ahí fuera y que me metan una bala en el cuerpo», pero Nessi añade: —Chicas, es nuestra Taja.

—Nuestra Taja nos ha mentado —le recuerdas—. Estamos aquí únicamente porque ella nos mintió. ¿Es que no lo entiendes, Nessi? Es una farsante.

Schnappi asiente, es de tu opinión. Es el peor juicio que se puede emitir sobre cualquiera, pero tienes que ser sincera, porque sin la sinceridad no podríais seguir unidas.

—Ya sé que lo que ha hecho es una mierda —dice Nessi—. Una tremenda mierda, de acuerdo, pero aunque haya hecho la mierda más grande del mundo, ella es y seguirá siendo una de nosotras. Así somos, y así queríamos ser siempre. ¿Es que lo habéis olvidado?

Claro que no lo habéis olvidado, y vas a lavarle el cerebro a vuestro ángel dorado con un par de argumentos tajantes cuando el tío de Taja vocifera algo ahí fuera, de repente. Schnappi se acerca hasta la puerta para ver qué pasa.

—Schnappi, apártate de ahí —le dices.

Las voces se acallan. Silencio. Schnappi mira por una rendija de la puerta.

—¡Schnappi, no! —dice Nessi.

—Sí, sí. Sois unas cobardes —dice Schnappi, y mira por la rendija hacia fuera. Pasa un segundo, pasan dos, y al instante siguiente un trozo de la puerta, a la izquierda, queda pulverizado, al lado de su cabeza, y unas astillas de madera van a

vuestras caras.

—¡Al suelo!

Os arrojáis al suelo y, a continuación, se oye un impacto tras otro, unos agujeros tan gruesos como puños se abren en la puerta de la entrada, mientras el hotel se estremece y tiembla bajo los impactos de las balas.

DARIAN

El hombre que ya no es tu padre yace en el suelo y alza la vista hacia ti.

Lo has negado. Le has dicho: «No.» Tú, maldito Judas. La satisfacción no desata explosiones en tu cuerpo, pero ahora te sientes seguro ante él. Al menos por el momento.

Al hombre que ya no es tu padre se le pone la cara roja, le tiembla la barbilla, un hilillo de sangre le sale por la nariz, la sangre es casi negra, y él te grita:

—¡ENTONCES ESFÚMATE! ¡PROCURA LARGARTE! ¡Y CUANDO VUELVA A ESTAR EN PIE, ACABARÉ CONTIGO!, ¿LO ENTIENDES? PUEDES ESCONDERTE DONDE TE PLAZCA, ACABARÉ CONTIGO. ¡¿ME HAS ENTENDIDO?!

Asientes, lo has entendido, vuelves a ser un chico sin músculos que ve a su madre al borde de una calle con dos maletas, esperando un taxi, prometiéndote que te llamará pronto. Eres otra vez el chico sin músculos que corre llorando hacia donde está su padre, porque espera recibir un abrazo, pero en lugar de un abrazo solo recibe burlas. Durante mucho tiempo has sido un chico con músculos. Pero ya no quieres seguir siendo tú. Así que te levantas y miras hacia el hotel, y en ese momento el hotel representa todo lo que has sido. Tu tío y sus historias sobre los lobos, y el recuerdo de una época que jamás volverá a existir, porque tu tío ha dejado de existir. Solo este hotel ha quedado, y tu desesperación tiene una meta. Levantas el arma con ambas manos, quitas el seguro y aprietas el gatillo, una y otra vez, agujereando la puerta de la entrada, como si ella fuera la culpable de todo. Tras catorce disparos, el cargador se queda vacío, y solo el eco de tu desesperación flota en el aire, persistente.

«Se acabó. *Finito.*»

Te das la vuelta y vas hacia el talud que has subido con tu padre. Tu vida va marcha atrás. Oyes vociferar a tus espaldas al hombre que ya no es tu padre, pero él ya no habla tu idioma. Caminas, te marchas, porque ya no estás furioso con nadie. No estás furioso con Taja ni con lo que ha hecho, no estás furioso con tu padre, que nunca te quiso. Los perdonas. Y perdonas a tu madre. A tu primera novia, que te dejó al cabo de dos semanas sin darte explicaciones. A esos cerdos que os sacudieron a ti y a Mirko. A todos.

Incluso perdonas a Mirko, que se dejó matar. Y en especial perdonas a tu padre, que ya no lo es. Has cambiado, sea lo que sea eso, ya no eres la persona que eras esa mañana. Los perdonas a todos, solo conservas tu propia culpa, porque todavía no puedes perdonarte el asesinato de ese chico cuyo nombre has olvidado. Eso no tiene perdón. Su muerte te acompañará mucho tiempo. En algún momento estarás en Berlín, en el cruce de alguna calle, y te quedarás mirando un autobús que pasa de largo, un autobús que te haya tocado el claxon. Y en ese momento recordarás el

nombre del chico. Pero para ello tendrán que transcurrir veintiún años. Veintiún años sin perdón. Así que tómate tu tiempo. Las heridas tienen que curar. En cada cruce mira a tu alrededor y tómate tu tiempo.

SCHNAPPI

—¿Está muerto?

—Eso parece.

—Joder, qué miedo me ha metido en el cuerpo ese tío. Imagínate que se levante.

—Cierra el pico.

—¿Es que piensas que puede oírte?

—No si está muerto.

Mantenéis la distancia, pues habéis visto muchas películas de terror.

Miras una y otra vez hacia el talud tras el cual ha desaparecido Darian, después de haber disparado contra el hotel como un loco. Habéis estado tumbadas en el suelo de la entrada del hotel, con los brazos sobre la cabeza, y en ese momento pensaste: «Así debe de ser la guerra, así.» Te hubiera gustado tener al padre de Marten a tu lado, preguntarle si era eso a lo que se refería cuando dijo que allí estaríais a salvo, seguras. Y entonces se hizo el silencio fuera. Nada. Ni voces, ni pasos, ni disparos. En alguna parte cantaba un pájaro, y cuando los pájaros cantan, la mayoría de las veces todo está en orden.

Te levantaste y miraste con cuidado a través de uno de los agujeros hechos por las balas. La madera estaba podrida y olía a papel quemado. Viste a Darian caminar hacia el talud.

—Darian se larga.

—¿Y su padre? —quiso saber Stinke.

—Sigue ahí tumbado.

Pretendíais desaparecer antes de que a Darian le diera por regresar.

Nessi no pensaba irse, así que te entregó la llave del coche.

—¿Y esto a qué viene?

—Podéis iros si queréis, pero sin Taja yo no voy a ninguna parte.

Stinke le hizo un corte de mangas.

—Joder, Nessi, Taja se ha largado. ¿O es que la ves por alguna parte?

Nessi miró hacia la escalera.

—¿Y adónde se iba a largar? Debe de estar en el hotel. No voy a dejarla colgada.

—Dios, odio cuando te pones así —dijo Stinke.

—¿Cuando me pongo cómo?

—Cuando te pones tan jodidamente considerada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que te estaremos esperando fuera —dijiste, porque si alguien puede interpretar las palabras de Stinke esa eres tú.

—Gracias —dijo Nessi, y cuando iba a darse la vuelta, Stinke la retuvo.

—Para que nos entendamos bien: jamás voy a perdonar a Taja. Ella podrá seguir

siendo una de nosotras, y eso no va a cambiar, pero jamás le perdonaré esto.

—No tienes por qué hacerlo —respondió Nessi—. Creo que solo ella puede perdonarse.

Tras esas palabras, Nessi subió las escaleras, y Stinke te miró con ojos inquisitivos, a lo que tú respondiste encogiéndote de hombros; solo entonces abandonasteis el hotel. Desde entonces estáis al sol, a tres metros de Ragnar Desche, esperando a Nessi y a Taja, confiando en que Darian no regrese.

—Él jamás abandonaría a su padre, ¿no te parece?

Dejas a Stinke allí plantada y te acercas al borde del talud. No se ve a Darian. Miras a tu alrededor. No se ve a nadie. No pasan coches, nadie está paseando un perro, ni siquiera hay un alce junto al agua, bebiendo.

Probablemente todos los noruegos hayan emigrado y vosotras sois las últimas personas en ese país. Miras hacia el hotel y te preguntas si el padre de Marten seguirá sentado a la mesa de la cocina.

Cuando regresas a donde está Stinke, ella está inclinada hacia delante, con las manos apoyadas sobre las rodillas. Está observando detenidamente a Ragnar Desche, pero sin acercarse más.

—No respira. Y tampoco sangra.

—Qué horror.

—¿A quién se lo cuentas?

—¿Tenía que ser un tubo?

—¿Qué piensas? ¿Que debí coger algo más suave, o qué?

—No, no, está bien.

—No me suponía que cayera tan pronto.

—Tú nos has salvado, y ahora cierra el pico.

—Y Taja.

—¿Y Taja qué?

—No lo sé, ¿crees que podemos salvar a Taja?

Casi has estado a punto de decir que ya nada se puede salvar, pero incluso una Schnappi consigue a veces contenerse y no decir nada. Estáis allí, sin saber qué hacer. Observáis a Ragnar Desche durante otro minuto, pero entonces os dais la vuelta y miráis hacia el hotel.

Nada. Ni Nessi ni Taja. Te imaginas al padre de Marten decidiendo de pronto que ha estado sentado demasiado tiempo.

—¿Qué pasa si el padre de Marten se vuelve loco?

—Odio cuando dices esas cosas.

—Solo estoy pensando en voz alta.

—Pues piensa en voz baja.

Aprietas los labios, trazas una cruz en el suelo y escupes encima.

—¿Qué es eso? ¿Brujería?

—No, es que estoy aburrida. ¿Dónde están esas dos?

—Tal vez Nessi no la encuentra.

—Tal vez Taja no quiere que la encuentren.

Miráis hacia el edificio.

«Ojalá», piensas, y lamentas de inmediato haberlo pensado.

TAJA

Y entonces todo ha acabado, los disparos de la planta baja cesan, pero tú sigues en la tumbona. El sol ha dado la vuelta a la esquina y cubre tus piernas como una manta de luz. Sientes como si te cargaran las baterías.

Crees oír a lo lejos la voz de tu padre. Él habla contigo, y aunque no entiendes ni una sola palabra, es una sensación agradable sentirlo allí. Te pones a la escucha, sientes la vibración de unos pasos que se acercan por la terraza.

«Si aparece le preguntaré si me perdona.»

—¿Taja?

No puedes responder, estás allí tumbada y no puedes ni siquiera abrir los ojos. No puedes quedarte dormida ahora, así que levanta la vista.

Levantas la vista.

Nessi está en el marco de la puerta, con una mano tapándose la boca, a causa del susto, la otra cerrada en un puño, un puño que no sabe qué hacer.

«Típico de Nessi», piensas, e intentas esbozar una sonrisa. Nada te funciona, tu boca está demasiado cansada para una sonrisa. Nessi sale a la terraza, y se mueve tan rápidamente que, aunque hace un instante estaba junto a la puerta, ahora está agachada junto a ti. No hay ningún espacio intermedio. Suspiras y sueñas como una niña pequeña que acaba de despertar.

—Estoy bien —dices, y no ves lo que Nessi ve: el oscuro charco que se va extendiendo bajo tu tumbona y que la madera seca se traga.

—Estás sangrando.

—Estoy bien, Nessi, me siento... bien.

—No puedes sentirte bien. Has perdido muchísima sangre. —Te coloca una mano sobre la frente. Está entumecida y húmeda. Estás en estado de *shock*. Tu cuerpo se viene abajo poco a poco, todo tu sistema se despide. Nessi te coge el brazo.

—Tienes que levantarte, te llevaremos a un hospital.

—¡Nessi, no!

Tu voz tiene una firmeza que hace que Nessi retroceda, asustada.

—Me quedaré aquí.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Me quedaré. Todo está bien... De verdad.

—Pero, bonita...

Nessi empieza a llorar. Te resulta difícil mantenerla enfocada. Tus ojos tiemblan como los reflejos de la luz en el agua, a veces luminosos, a veces oscuros; podrías quedarte dormida, con el sol cubriéndote lentamente, con Nessi a tu lado. Sus lágrimas te sientan bien. «Guarda luto por mí.» Quieres decirle que acerque una silla y que...

—Taja, ¿me oyes?

Ella te sacude por el hombro, tu cabeza se cae hacia un lado, tu mejilla roza su mano.

«Paz.»

—¿... exactamente te ha dado?

—¿Qué?

Nessi pasa la mano por tu herida, tú sueltas un grito, Nessi retira la mano como si se la hubiese quemado, tiene los dedos rojos. Os miráis, y de repente aparece una claridad en tus ojos que hace que Nessi deje de llorar al instante.

—No puedo dejarte aquí abandonada, Taja, por favor, no puedo.

—Nessi, iré a la cárcel, ya lo sabes.

—Pero si nadie sabe que tú...

—Iré a la cárcel lo sepa alguien o no. Mi padre está muerto, y yo iré a la cárcel. ¿Te lo imaginas? ¿Yo en la cárcel?

—Eres menor de edad.

—Mi tío se ocupará de que me castiguen. O él mismo me matará. Así que prefiero quedarme aquí.

—Pero...

—Todo está bien, de verdad. Estoy feliz de poder estar aquí.

—Pero te estás desangrando.

—Es solo un rasguño, Nessi. Parece peor de lo que es, te lo juro.

Nessi sabe que mientes, tú sabes que mientes. Pero lo necesitáis, de lo contrario jamás os separaréis. Y es preciso separarse. Muy preciso.

—Y llámalo, prométemelo.

Nessi sabe de inmediato a quién te refieres, y te lo promete.

—Y diles a las chicas que las quiero y que lo siento. No olvides que os quiero mucho a todas.

Nessi te acaricia la cabeza, se agacha a tu lado y os apoyáis la una contra la otra, frente con frente. Es una sensación de calidez, de seguridad, y sería bonito que Nessi se quedara todo el tiempo así a tu lado, porque así podrías soportarlo todo: el frío, el calor, la soledad. Entonces pierdes el conocimiento por un instante, emerges de nuevo, sedienta y cansada, el sol hormiguea en tu muslo y se te quiere subir al regazo como un perrito nervioso, tú te incorporas, pues te encantaría beber agua del fiordo.

«Solo un trago.»

—Dame un beso de despedida —dices.

Nessi te besa, su aliento en tu boca; es un beso largo y cálido.

«Añoranza, me muero de añoranza», piensas, y oyes la voz de tu padre desde muy lejos, diciéndote: «Si hay algo que quieras mucho, no debes entregarlo, porque, sea lo que sea, tu corazón lo echará de menos.» No tenía razón. Tú lo escuchaste y quisiste

retenerlo, y el caos se desató. Él lo entendió todo mal. Se trata de amor cuando se deja ir aquello que queremos.

—Sería agradable que hubiera otro par de sillas —dice una voz a tu izquierda, y entonces ves a Stinke sentada en el suelo, diciendo que su culito respingón no va a soportarlo mucho tiempo.

—Quien no busca no encuentra —dice Schnappi desde la puerta de la terraza.

Trae bajo el brazo tres sillas y te hace un guiño. En un instante, tus amigas están sentadas a tu lado, con las piernas extendidas, suspirando, porque la vista es muy bonita, y tú ya no te asombras de que no haya espacios intermedios, estás contenta de que tus amigas compartan contigo este lugar. Reina el silencio, nadie habla de culpas, no hay pasado, solo cuatro amigas, aquí y ahora. Todo es como debió ser siempre. Y a veces oyes a tu padre hablar desde lejos, a veces oyes el suave rodar de unas ruedas, cuando tu madre da la siguiente vuelta, empujando el cochecito por la terraza durante la noche, aunque ahora es de día. El sol te hace bien, y tus amigas están a tu lado, y así puede seguir siendo todo. Tal vez alguien traiga té y galletitas, tampoco estarían nada mal un par de mantas para los días de frío, lo cierto es que te quedarías aquí para siempre, contemplando el fiordo, y no habría mejor vida que esta.

NESSI

Ella no te escucha, desde hace un buen rato ya no te escucha, cualquier promesa y cualquier perdón ya no tiene ningún sentido si ella no puede escucharte. Su cabeza está apoyada contra la tuya. Todavía tienes su sabor en los labios, como si con su beso te hubiese entregado una parte de ella. Le acaricias la mejilla, le tomas el pulso en el cuello. No la sacudes; aunque todo en tu cuerpo clama por hacerlo, para que la despiertes de nuevo a la vida.

Pero la dejas marchar.

«Es suficiente.»

Le colocas la cabeza suavemente hacia atrás, te quitas la chaqueta y la cubres con ella. El sol ya ha llegado hasta sus manos, que parecen desnudas y desprotegidas. No puedes levantarte. Coges sus manos entre las tuyas y les brindas protección. Sus ojos están entreabiertos, ella mira hacia el fiordo y así la dejarás: en paz consigo misma, en un sitio que solo le pertenece a ella.

Le sueltas las manos, te levantas y la besas en la frente antes de marcharte.

Ellas te esperan delante del hotel.

—¿Tía, por qué has tardado tanto? —pregunta Stinke.

—Imagínate que Darian hubiera regresado —protesta Schnappi, pero entonces ve la expresión de tu cara, frunce el ceño y quiere saber lo que ha pasado.

—Nada, no la he encontrado.

—¡¿Has estado una hora ahí dentro y no la has encontrado?!

—Stinke, el hotel es grande.

—Mi culo también es grande cuando miento. ¿Y dónde está tu chaqueta?

Stinke guarda silencio, Schnappi dice en voz baja: —¿Y cómo es que tienes sangre en la mano?

Te miras la mano, sorprendida, eres una miserable mentirosa. Sin darles una respuesta a tus amigas, pasas de largo junto a ellas. Ellas no te siguen. Al cabo de un par de pasos, te das la vuelta.

—¿Venís o no?

—¿Y Taja?

Por la voz, parece como si Stinke fuese a llorar.

—Taja está bien —dices, y te tragas las lágrimas, y reúnes todo tu valor para continuar hablando—: Taja no quiere venir con nosotras. Se siente muy culpable, y solo debo decirles, de su parte, que os quiere, que debéis saber que jamás quiso mentiros, pero sucedió, y ahora lo lamenta, y solo espera que la podáis perdonar, aunque tampoco tenéis por qué hacerlo, porque, como dije, ella misma tendrá que perdonarse. Solo eso es lo importante.

—¿Que...? ¿De qué estás hablando? —balbucea Schnappi, y cuando Schnappi se pone a balbucear, es que el mundo está a punto de venirse abajo.

Ella mira hacia el hotel, y luego te mira a ti, con una expresión casi suplicante.

—Nessi, ¿qué ha pasado ahí dentro?

—Nada. Y ahora no os deis la vuelta, ¿lo entendéis? Nos vamos. Si no nos vamos ahora, me pondré histérica y empezaré a gritar hasta que me oigan en Berlín. Así que, por favor, venid ya.

Jamás te habían visto así, ni tú misma te reconoces, estás ahí y esperas, deseas volver a ser tú, amable y cariñosa, no dura y decidida. Por fin tus amigas se ponen en movimiento.

—Respira, deja salir un poco de aire —dice Schnappi, cogiéndote la mano.

—Ya vamos —dice Stinke, y te coge la otra mano.

El camino por la sinuosa carretera hasta abajo, donde está el coche, es un lento sueño en retrospectiva. No sientes los pasos. A veces Stinke dice algo, otras veces habla Schnappi, pero tú guardas silencio y no intentas ni pensar, ni sentir, ni caminar con cuidado. Subís al coche, las puertas se cierran, tú respiras y arrancas el motor, estás allí sentada, simplemente, sin poner la marcha, con las manos sobre el volante, ligeramente inclinada hacia delante, como si esperases la señal de arrancar. Schnappi te pregunta si todo está bien, y tú estás casi a punto de soltar una carcajada, porque ya nada volverá a estar bien, pero eso no se lo dices a tus amigas, sino que te das la vuelta hacia donde está Stinke y le preguntas dónde está el móvil. Ella te lo alcanza, y tú levantas las manos del volante y cumples la promesa que le has hecho a Taja.

NEIL

También a ti te tendremos que dejar ir ahora. Fuiste nuestro invitado, uno muy especial, robado de otra historia, lanzado en medio de este caos. Sin ti todo hubiera transcurrido de otro modo, sin nosotros nadie sabría cuánto has cambiado. Te hemos visto crecer y ahora ya es el momento de decirte adiós. El principio es como el final. Estás sentado en el coche, y una vez más estás en camino. Tu madre duerme durante todo el viaje, como si supiera exactamente a lo que tendrá que enfrentarse y necesitará fuerzas para ello.

Desde el principio no te creyó ni una palabra, cuando, sin venir a cuento, le dijiste que querías viajar al campo con ella. Y ahora estáis aquí.

Tú conduces, ella duerme, y el paisaje pasa de largo.

Tres horas después os detenéis en una calle lateral cercana a la Schlesisches Tor y coméis en un restaurante indio. Habláis de todo, pero no sobre lo que está sucediendo.

El edificio es antiguo, y están rehabilitando la fachada. Tu madre te sigue escaleras arriba. Solo en una ocasión te agarra del brazo. Esperas. No es que le falte el aliento, está pensando.

—Podemos seguir —dice ella.

Seguís.

En la puerta no hay ninguna placa con el nombre, la madera en torno a la cerradura está arañada, y el marco de la boca del buzón está abollado.

—Todo es exactamente tal y como me lo había imaginado —dice tu madre.

—¿Todo bien? —preguntas.

Ella asiente.

Tocas el timbre.

Esperáis.

Se oyen pasos.

La puerta se abre.

Tú te das la vuelta y corres escaleras abajo.

—Richard... —le oyes decir a tu madre.

—Ah, Kristin —le oyes decir a tu padre, que no está ni sorprendido ni decepcionado, lo dice como alguien que lleva ocho años cargando con un arcón lleno de pensamientos y ahora, por fin, puede dejarlo en el suelo.

Los dejas solos.

Delante del edificio, tus ojos parpadean al sol, como si acabaras de despertarte. Estás en Friedrichshain, todo Berlín está a tus pies, y no sabes qué hacer. Cuando

estuviste aquí la última vez, Stinke se cruzó en tu camino.

Parece que ha pasado una década, es como ayer, pero solo hace cuatro días.

Nessi ha dejado una huella profunda en tu memoria.

«Como si siempre hubiera estado ahí y yo no lo hubiese notado.»

La noche anterior intentaste dos veces localizarlas, pero tenían el móvil apagado. Quién sabe, tal vez lo hubiesen tirado, habría sido lo mejor.

También esperaste que hubieran sido lo suficientemente inteligentes como para deshacerse del coche.

Caminas en dirección a la Alexanderplatz, te compras un helado y miras los escaparates. Te mezclas con la gente y esperas la llamada de tu madre. ¿Qué decisión tomarán tus padres? ¿Volverán a vivir juntos o no? No quieres pensar en ello, tú has hecho lo que has podido.

Las dos horas se convierten en tres, y entonces suena tu teléfono. Pero no es tu madre. En la pantalla ves tu viejo número de móvil. Con cautela, aceptas la llamada.

—¿Neil?

—Sí.

—Soy yo, Nessi.

Te detienes, alguna gente choca contigo, pero te quedas ahí.

—¿Hola? ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Yo... Yo solo quería decirte que ya estamos de regreso.

—Bien, eso es bueno. ¿Estáis bien?

—Nosotras... Bueno, solo quería preguntarte si tú... Si puedes... ¿Estarás ahí?

Guardas silencio, sabes a lo que se refiere, pocas palabras pueden significar mucho a veces. «Si estarás ahí.» Y por un momento estás seguro de que aquella mañana, cuando le acariciaste la mano al despedirte, ella te leyó el pensamiento. «Quédate aquí y yo cuidaré de ti y del niño, si a cambio tú salvas mi alma.» Tu alma todavía desea ser salvada. Ahora solo tienes que estar ahí.

—Estaré —dices.

—Gracias. Eso es...

Ella guarda silencio, oyes un ruido, entonces Stinke se pone al teléfono y dice: — Vaya mierda, ahora está lloriqueando de nuevo. Espero que le hayas dicho algo bonito, ¿o no?

—Le he dicho algo bonito.

—Tienes suerte, de lo contrario tendrías que vértelas conmigo.

—Jamás haría eso.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

Ríes, estás en el centro de Berlín, en una acera, y te pones a reír. La gente te mira con hosquedad, te evitan como a un leproso, un apestado.

Sientes como si tu vida acabara de comenzar, y quien no ríe es porque no sabe lo que es. Guardas el móvil y miras al cielo, y creces unos diez centímetros. Jamás te has sentido tan bien siendo un apestado.

STINKE

Dos minutos después.

—¿Y qué ha sido eso exactamente? —pregunta Schnappi.

—He cumplido con una promesa, nada más —responde Nessi, que se enjuga a continuación las lágrimas y pone la marcha.

Tú hablas en voz baja desde atrás porque en realidad no quieres oír lo que ha sucedido dentro del hotel, pero lo que es preciso hacer, hay que hacerlo. Por eso levantas un poco más la voz:

—Bien, ¿y cuándo nos lo contarás todo?

—Primero déjame conducir un poco.

Respiras aliviada. Rodáis carretera abajo. Hay una calma agradable dentro del coche. Solo se oyen el motor y los neumáticos. Solo vuestras cabezas y los pensamientos encerrados en ellas.

—Oye, mona, no te pongas a llorar otra vez.

Schnappi le alcanza a Nessi un pañuelo, a ella se le cae, Schnappi lo recoge, se inclina hacia su amiga y empieza a secarle las lágrimas del ojo derecho. Nessi ríe. Te ofreces para hacerle lo mismo en el ojo izquierdo. Nessi te advierte que puede estamparse contra el próximo árbol si no dejáis de tratarla como a un bebé.

Schnappi decide que ya es hora de poner fin a aquel silencio y pone un cedé. Escucháis una guitarra que recuerda unas olas que se acercan y se alejan, se acercan y se alejan. Entonces se oye cantar a Damien Rice, *tiredness fuels empty thoughts*, y mientras tanto Ulvtannen va desapareciendo en el retrovisor, y sabes que Nessi os lo contará todo después de la canción. Lo mismo piensas al escuchar la siguiente canción, y la siguiente. Estás esperando sus palabras. Palabras que no duelan. Palabras que lo reparen todo. Palabras que nunca nadie ha pronunciado.

RAGNAR

Yaces sobre un terreno que antes estuvo cubierto de abetos y en el que, en las noches navideñas, se reunían manadas de lobos, antes de que tus antepasados lo limpiaran para construir un hotel de playa sin playa. Ya no sientes nada de aquella vieja época, y pronto pasarás a formar parte de esa maldita tierra si el sol sigue quemándote como lo está haciendo. Si aparte de la conmoción cerebral sufres ahora un golpe de calor, serás pasto de las gaviotas. Pero algo está sucediendo. Algo que tiene buena pinta. Hay cierto temblor en tus piernas, y también tus dedos se estremecen. Tu cuerpo se desentumece, como si hubiera estado congelado por un tiempo.

«Como Oskar.»

Tu mundo se ha salido de quicio. Tu hijo ha renegado de ti, dos de tus mejores amigos están muertos en el maletero, y tú estás lleno de rabia.

Desvías esa rabia de la cabeza a tus caderas, necesitas tu sentido común de inmediato para salir de esa situación. Hagas lo que hagas ahora, deberías acumular fuerzas para el final, pues necesitarás un montón de fuerza.

El dolor se ha reducido, también el mareo, el estómago se te ha tranquilizado. Caes en un aliviador desmayo y desapareces por un rato en la ciudad de Begrenz, en un café con vistas al lago de Constanza, un café que visitaste hace muchos años, cuando uno de tus clientes te invitó a la inauguración del festival de la ciudad. Estás sentado con Oskar y Tanner junto a la ventana, el sol penetra por ella, y todo es de una luminosidad cegadora. Tanner te da un codazo, y tú alzas la vista, Leo está pasando delante del café, pero tiene prisa y os hace una seña fugaz. Bebes una limonada con mucho hielo, Oskar está comiendo un trozo de tarta, el tercero, y os maravilla que no haya engordado ni un gramo en todos esos años.

Tanner se lleva la mano a la barriga. Casi siempre está haciendo dieta. «¿Y de qué me ha servido? Ahora ya ni respiro», dice. Oskar asiente, conoce esa sensación. Miras tu limonada y no te ves capaz de moverte. «Ahora ya sabes cómo me sentía — dice Oskar—, nada te funciona.» La camarera trae un plato con más trozos de tarta y dice: «Invitación del jefe.» Miráis hacia la barra, el jefe es un joven con delantal y un hueco en la frente. Le dedicáis un gesto de agradecimiento. Él os devuelve el saludo. Tú no quieres decirlo. Es Tanner quien lo dice: «¿No es ese Mirko?» Oskar dice: «Por lo menos tiene un trabajo.» Tú bebes un sorbo de tu limonada e intentas no reír. Estás rodeado de muertos, y si levantas la vista ahora mismo, entrará Rute, llevando de la mano a Marten, pero eso es algo que en realidad no quieres ver en ese momento. La oscuridad te salva. El sol desaparece tras la noche, como si la noche fuera una cortina. El ambiente se torna agradablemente fresco, y cuando abres los ojos ya no estás solo. Hay un hombre inclinado sobre ti, el sol brilla por detrás de su hombro, no

puedes reconocer su rostro. El hombre te pregunta: —¿Te acuerdas de mí?

—¿Qué?

—¿Recuerdas quién soy?

Tragas saliva, sientes como si tu lengua fuera tres veces más grande de lo que es. Tus ojos se han acostumbrado a la oscuridad. El rostro del hombre flota ahora muy nítidamente sobre ti. Apenas puedes oírte a ti mismo, de tan débil que es tu voz.

—No tengo ni idea de quién eres.

El hombre asiente, ya se lo esperaba.

—Ya vendrá.

—¿Quién?

—El recuerdo. A veces se pierden.

Intentas mantenerlo enfocado. Lleva una camiseta con una cruz encima.

Tiene tu edad. Dice:

—Yo, en cambio, sé quién eres tú. Eres el hombre que hace que su hijo mate por él. Por tu culpa mi hijo estaba boca abajo en la tierra.

Percibes el temblor en tu mano derecha, y aprietas el puño. «¡Despierta, cuerpo de mierda, despierta y haz algo, antes de que este tipo acabe conmigo!» Un músculo en tu pierna se estremece, tu tacón pega contra el suelo.

—Marten —dices.

—Correcto, se llamaba Marten.

Claro que podrías mentirle, pero entonces no serías tú. Ragnar Desche no miente. Ragnar Desche es sincero y dice: —Fue culpa suya.

—No.

—Él hizo...

—He dicho que no. Mi hijo no tuvo culpa alguna. Da igual lo que haya pasado, sé que no tuvo culpa alguna. ¿Quién tuvo la culpa entonces?

Os miráis. Él conoce la respuesta, pero quiere oírla de tu boca. Tu hijo Judas. Te resulta fácil traicionarlo.

—Fue mi hijo.

—Gracias.

El hombre se inclina hacia delante.

—Esto te va a doler.

Él mete una mano bajo tu espalda, la otra por debajo de tus piernas y te alza. Es un poco como si alguien te metiera un hierro al rojo vivo por el trasero. El dolor se expande, te sube a toda velocidad por la columna vertebral y lo saludas como a un viejo amigo al que no has visto hace una eternidad. Tener dolores significa que todavía hay esperanza, que no hay parálisis, que no va a ser una vida en una cama, alimentándote con una pajita. Las conexiones del cuerpo aún no se han cortado. Se te saltan las lágrimas. Cualquier persona con cien años tiene más dignidad. La cabeza te

cuelga hacia abajo, los brazos y las piernas ya no existen realmente, solo tu mano derecha palpa el aire, te cae la saliva de la boca, y al cabo de unos pasos el dolor es demasiado fuerte hasta para una mente tan fuerte como la tuya, y pierdes el conocimiento.

Parpadeas. Tienes delante un vaso de agua. Estás sentado a una mesa, tu cabeza se puede mover, tus músculos funcionan, tu brazo izquierdo no reacciona, pero el derecho se alza lentamente, tus dedos rodean el vaso. Te tiembla el brazo. Bebes y miras al hombre. Está sentado en el otro extremo de la mesa, con las manos sobre el tablero, mientras te observa y espera.

El vaso está vacío y lo colocas otra vez sobre la mesa.

—Estamos solos —dice el hombre.

—Mi hijo regresará.

—No lo creo. Tu hijo no vendrá, como tampoco vendrá el mío. Ahora somos dos padres sin hijos.

Por un instante estás seguro de que el hombre ha secuestrado a Darian, lo crees capaz. Pero entonces te viene a la memoria la manera en que Darian te habló y se marchó.

«Después de que, el muy idiota, vaciara el cargador disparando contra el hotel.»

—Tenemos mucho tiempo —dice el hombre.

—No lo creo. En cuanto mi cuerpo vuelva a funcionar, me largo de aquí.

El hombre niega con la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntas.

—Quiere decir que no te largarás de aquí. Morirás aquí. Este es tu fin.

—¡¿Qué?!

—Ya me has oído.

Él sonríe. No es una sonrisa cruel, ni arrogante, es amable.

Creces sentir que el tiempo te echa su aliento en la nuca. Aunque se trata solamente del viento del verano, que se cuele por las ventanas rotas. Por supuesto que el hombre que está delante de ti es un comediante. Así que ríes y le dices exactamente eso.

—¿Qué eres? ¿Un comediante?

—Me conoces, sabes quién soy.

Pegas un puñetazo encima de la mesa, el vaso salta en el aire, rueda por el tablero y se hace añicos en el suelo. Tu voz no es más que un gruñido.

Ragnar Desche empieza a despertar lentamente.

—Tú, pedazo de mierda, ¿qué te has pensado? ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿Creces que puedes arrastrarme por todo este lugar, sentarme en esta mesa y contarme que voy a morir aquí? A mí nadie me amenaza. Nadie, ¡¿está claro?!

—No te he amenazado.

—¿Qué?!

—Nadie te está amenazando, son los hechos.

Tu mano busca, te la llevas a las caderas, tu arma no está en el cinturón.

El hombre coge tu automática de una de las sillas. Se inclina hacia delante y la empuja hasta el centro de la mesa.

La mesa tiene una longitud de cinco metros. Si te levantas ahora, tendrías tu arma en dos segundos, y acabaría todo para el comediante. Pero ¿qué pasa si solo quiere ponerte en evidencia? ¿Qué pasa si le ha sacado el cargador? Podría ser muy embarazoso.

—El arma está cargada.

Ese hombre no solo te pone nervioso, también te lee el pensamiento.

—¿Y qué me impide cogerla? —le preguntas.

—Tus piernas. Todavía tienes que esperar un poco para que te funcionen de nuevo.

—¿Y quién dice que no están funcionando ya?

—Si funcionaran, ya haría rato que hubieses intentado coger tu pistola.

Tiene razón, y detestas que la tenga.

—¿Y qué pasaría después?

—En cuanto tengas el arma, te mataré.

Lo miras con expresión de incredulidad.

—¿Con qué?

Él se mira las manos.

Tú miras sus manos.

Están sobre el tablero de la mesa.

Te ríes.

—¿A qué viene eso? ¿Eso es todo lo que tienes que ofrecer? ¡¿Tus malditas manos?! ¿Tienes acaso una idea de quién está sentado delante de ti?

Necesitarás algo más que esas dos manos si pretendes acabar conmigo.

Él no reacciona. Tú continúas. Tu juego es siempre el mismo. Irritas a tus enemigos, ves cuán lejos puedes llegar con ellos.

—¿Crees que la mesa saldrá volando si levantas las manos de ella?

El hombre reflexiona antes de decir:

—Si las levanto, te matarán. —Entonces sonrío, y añado—: Así son estas manos.

A eso no hay nada más que decir. Sientes un temblor en tus piernas.

«¡Despertad, maldita sea, despertad de una vez!»

Y aunque no quieres hacerlo, tienes que preguntárselo.

—¿Quién eres tú?

EL VIAJERO

—Te voy a contar una historia, y después de que te la cuente sabrás quién soy — le dices, y te inclinas un poco hacia delante.

Es una sensación maravillosa. El pulso de la casa inunda tus dedos, sabías que todavía había vida en ella, y sigues hablando: —El verano en el que cumplí los doce años, estaba una noche leyendo a la luz de una vela, en secreto, y una mariposa nocturna entró en mi habitación a través de la ventana. Dio unas vueltas alrededor de la llama de la vela. No pasó ni un minuto y se achicharró. Me pregunté entonces cómo aquella mariposa podía ser tan estúpida. Y entonces me vino la idea de que tal vez la mariposa habría visto algo en esa llama que yo no podía ver.

¿Quería morir o no sabía nada del peligro que corría? ¿Y qué hubiera pasado si la mariposa hubiera conocido el peligro y se hubiera lanzado hacia la muerte con toda intención? Eso me hizo pensar durante bastante tiempo, y reflexioné sobre cómo sería volar hacia esa llama pero sin quemarse. ¿Dónde estaría entonces? ¿Estaría en el centro del fuego? ¿Y qué ocurriría si allí no me pasase nada y, a partir de ese momento, me volviera intocable? Y si me volvía intocable, ¿seguiría siendo yo?

Ragnar Desche te mira, empieza a entender, lo puedes leer en su mirada. Y donde tú ves una llama, él ve a su padre. Sigues hablando.

—Estuve reflexionando sobre ello durante un año y medio. Durante un año y medio todo en mí giró únicamente en torno a esas cuestiones. Un buen día arrastré a un chico hasta el fondo de una piscina y lo dejé morir. Fue muy sencillo, no estaba planificado y tampoco fue un accidente. Volé conscientemente hacia la llama y no pasó nada. Nada. En ese momento me volví intocable, ¿entiendes? Me convertí en el que soy ahora. Sin sentimientos de culpabilidad, sin lamentos, y también sin moral. Me convertí en parte de la llama, y no hubo venganza, no hubo castigo. Ningún dios bajó del cielo para hacerme pagar. Nadie me señaló con el dedo. Lo imposible se hizo posible.

Esa vivencia estaba en contra de todas las normas de nuestra sociedad. Fue embriagadora. Y entonces me hice la pregunta más importante que se puede hacer cualquier individuo: «Si la llama no puede hacerme nada, ¿cómo puedo mantenerme lejos del fuego?»

Guardas silencio durante un momento, antes de añadir: —Por eso estamos sentados aquí.

Silencio. No sabes lo que él está pensando, su rostro no te revela nada, sus manos trabajan, y hasta la mano izquierda ha despertado ya, se abre y se cierra. Y si pudieras echar un vistazo dentro de su cabeza verías a un Ragnar Desche de dieciséis años, que abandona un edificio de apartamentos después de haber matado a su padre y se

marcha. Un chico que no camina por la acera, sino por el medio de la calle, porque necesita sitio, porque de repente es un chico violento y mayor, y ya no le basta la acera. Tú te adentraste en la llama a tu modo. Él lo hizo al suyo. El resultado es el mismo, ambos habéis crecido con ello. Y ahora él está sentado delante de ti y no te quita la vista de encima. Él está viviendo su momento, está en medio de la llama y te mira, hacia fuera.

—Somos iguales —dices.

No hay reacción. Tal vez todo sea distinto y él no está pensando en nada, y se pregunta lo rápidamente que puede coger su arma. Todo es posible.

Por fin dice algo:

—¿Y qué te hace creer que somos iguales?

—La oscuridad y la profundidad —respondes.

—Tú estás enfermo —dice él.

—Y tú no tienes corazón.

—¿Qué?

—Y yo no tengo alma. Tú y yo, yo y tú. Nos hemos encontrado. Y ahora podremos tener paz.

Y es entonces cuando le revelas quién es el Viajero, y no omites nada, le cuentas todo, muerto por muerto, con detalles, le describes tu búsqueda, le hablas de la profundidad de la que tienes que emerger siempre, a fin de abrirle la puerta a lo oscuro. Tu búsqueda te ha traído hasta este lugar después de treinta y cuatro años.

A esta habitación.

A esta mesa.

«Has llegado.»

Ragnar Desche mira a su alrededor. Te da a entender que no le interesa que hayas estado buscándolo durante cien o mil años. Sabes que esto puede tardar. Aún tiene que mostrarte su verdadero rostro. Y de hecho tarda. Su expresión no revela nada, solo su cuerpo reacciona. Los hombros se le suben, pone las manos sobre el tablero de la mesa, de modo que ahora está sentado igual que tú. Un pie da golpecitos en el suelo, puedes sentir las vibraciones a través de la madera. Respira más aceleradamente, con más seguridad, y está dispuesto a todo.

El golpeteo del pie cesa.

—Ahora hemos llegado —dices tú.

—Ahora hemos llegado —dice él.

Dos hombres en una cocina.

En un hotel en ruinas.

Sobre un acantilado.

Solos.

Ya no hay yo ni él.

Solo una cosa queda.

Tú.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud para:

Gregor, tú avivaste el fuego, y les cogiste cariño a estas simpáticas gamberras desde el principio. También ellas te lo agradecen.

Daniela, una vez más disipaste todas mis dudas en largas conversaciones, me acariciaste la cabeza en gesto tranquilizador y espantaste con una sonrisa todas las inseguridades.

Christina y Peter, Ulrike, Stephanie y Martina, habéis leído como unos posesos, mientras yo, en casa, también como un poseso, me quedaba sentado, esperando vuestros comentarios.

Evi y Felix, por la confianza que tenéis en lo que escribo.

Ulrike, que tuviste que salir tantas veces de viaje, hasta el extremo de que mi novela se convirtió por un tiempo en una segunda casa.

Arnon Grünberg, Larry McMurtry y George R. R. Martin, es una alegría aprender de vosotros.

Misophone, William Fitzsimmons y Lloyd Cole, sea lo que sea, vosotros lo tenéis.

Corinna, mi mayor heroína, que ensombrece cualquier sol.